Joyce Carol Oates

A media luz



Lumen

A media luz

Joyce Carol Oates

Traducción del inglés de
Carme Camps

Lumen

narrativa

A mis amigos de Princeton,
que no están en estas páginas

… Intentaba averiguar el significado de ciertos sueños…

Sócrates hablando en *Fedón*, de PLATÓN

La vida devora la vida, pero el hombre rompe el ciclo, el hombre tiene memoria.

ADAM BERENDT

Prólogo

Cuatro de julio

1

¿Es justo? Sales de tu casa de Salthill-on-Hudson la bochornosa tarde del Cuatro de Julio para asistir a una barbacoa (invitación que en realidad no querías aceptar, pero que por alguna razón has aceptado) y regresas días más tarde en forma de cenizas metidas en una urna funeraria que parece un queso: pedacitos y astillas de hueso y polvo grueso para esparcirlos y mezclarlos con la tierra de tu jardín.

Fertilizante para las malas hierbas.

Sales de casa con las mejores intenciones. ¡Ningún deseo de suicidarte! Ni mucho menos. Atas a tu fiel pastor alemán en el jardín trasero con una correa corrediza larga y le dejas un gran cuenco de agua con cubitos de hielo y su pienso favorito, con la promesa de que a medianoche como mucho estarás de vuelta, cuando los fuegos artificiales llevarán horas explotando en el firmamento sobre el río Hudson, cuando tú llevarás muerto horas, te habrán declarado muerto de un infarto y la temperatura de tu cuerpo estará bajando rápidamente en el depósito de cadáveres del centro médico de Jones Point. Presentas (tú o el cadáver en que te has convertido) un

problema al que los profesionales están acostumbrados. ¿A quién hay que notificarlo? ¿Quién es el pariente más próximo? Al cuerpo le han adjudicado el nombre de «Adam Berendt», si la tarjeta de identificación encontrada en la cartera empapada de agua es correcta.

Qué hacer con «Adam Berendt», el hombre misterioso.

Yo era «Adam Berendt». Durante un período de tiempo muy largo, llegué a creer que él era mi vida.

Sales de casa, conduces junto al río hasta Jones Point, Nueva York. Te encuentras entre gente a la que no conoces y no conocerás. Te han invitado a subir con tu anfitrión y otras personas a bordo de un barco de vela de siete metros, de un blanco deslumbrante, llamado *El Albatros*.

En el río oyes gritos de niños. Te entra pánico pensando que oyes gritos de niños. Luego los oyes de verdad: son gritos de niños. ¿Están pidiendo ayuda?

2

No donde nací, que hace tiempo lo he olvidado. Ni donde habría de morir, que no lo sabía. Era donde vivía, donde me conocían. La ciudad de Salthill-on-Hudson, Nueva York. Donde mediante un acto de fuerza de voluntad continuado durante veintiún años creé a ADAM BERENDT igual que se podría moldear una figura humana, o un humanoide con materiales como arcilla, barro, estiércol. Madera

podrida y trozos de madera a la deriva rescatados del río. Fragmentos de cristal, trozos de plástico. Materiales toscos para moldear con dedos toscos.

ADAM BERENDT: si le mirabas una vez, posiblemente le mirabas dos. Era uno de esos tipos feos y fornidos que no puedes imaginar más que de edad madura. Mandíbula grande, cabeza de cromañón, cabello ralo de color acero que se afeita para que parezca que la calvicie es intencionada. ¡Incluso estética! Su piel, sonrosada, es como cebolla, una piel que se descama, de texturas diversas, pero en general áspera, como si tuviera cicatrices. Solo ve por un ojo, el izquierdo, a menudo enrojecido debido a la tensión; el ojo derecho, entre tejido cicatrizal, vítreo como una canica y blanco resplandeciente, ciego. (Se había herido en este ojo, solía explicar, en un accidente sufrido en la infancia, lo que era más o menos verdad.)

ADAM BERENDT, el cadáver. No fue un acto hermoso. Ni monumental. ¡Ni heroico! Ni siquiera (en mi opinión) especialmente valiente. Solo impulsivo. Terco. Quizá imprudente. «Lo que hago, lo hago por principio. A la mierda lo demás.»

Porque yo era escultor. O intentaba serlo. Y ni siquiera los escultores mediocres se dejan desanimar o disuadir fácilmente.

3

«¡Socorro! ¡Ayúdennos! ¡Sálvennos!» Los gritos le desgarraron el corazón, se dio la vuelta y vio un pequeño barco de vela que

volcaba, niños que caían por la borda gritando y agitando los brazos y las piernas. Y ningún chaleco salvavidas.

Esto ocurría a nueve metros de *El Albatros*, que se hallaba a su vez a nueve metros de la costa. La lancha motora, una lujosa Chris Craft, que viraba a gran velocidad, prosiguió su camino.

No había tiempo para pensar, solo para actuar. «¡A la mierda lo demás!»

Uno de los chiquillos era una niñita rubia y nadó hacia ella, decidido a salvar a esa niña.

4

ADAM BERENDT, cuya edad oficial sería objeto de conjeturas entre sus amigos de Salthill. Porque no se encontró ningún certificado de nacimiento entre sus papeles. Sus amigos más íntimos, uno de los cuales era su abogado, no sabían absolutamente nada de ADAM BERENDT, salvo lo que él les había contado, con cautela. En general se aceptaba que tenía entre cincuenta y cincuenta y cinco años. En general se aceptaba que había nacido en algún lugar del Medio Oeste. O el Oeste.

Se había quedado ciego de un ojo en un accidente que sufrió de niño, decía. Y tenía el cuerpo tatuado de cicatrices, cicatrices de quemaduras, en su fornido y peludo pecho, y en otras partes. (Más privadas. Unas cuantas mujeres las habían visto.) Era una pena, era trágico, ADAM BERENDT no se hallaba en su mejor forma cuando se zambulló en el río para nadar hacia el barco de vela volcado con los niños, quizá obró con temeridad, quizá tenía poco juicio, no se paró

a pensar, simplemente actuó; quizá esto lo convierte en un héroe o quizá tan solo en un hombre irreflexivo, que actúa sin pensar; un hombre que, después de actuar, habrá abolido para siempre la posibilidad de pensar.

Pero no se rendirá. Maldita sea, no. La niña rubia, aterrorizada, solo está a unos metros, y «Adam Berendt la salvará».

5

Dieciocho de los veintiún años que residí en el paraíso flotante de Salthill-on-Hudson viví lo que la gente consideraba «por encima de sus posibilidades». Porque era un escultor con aspecto de pobre que se comportaba como tal y mi fama no rebasaba el ámbito local. Porque creaba rápidamente mi arte-basura despreciando la posibilidad de hacerlo mejor, con más profesionalidad, de forma que fuera más duradero. ADAM BERENDT vivía al día. Y nunca terminaba nada, nunca alcanzaba la perfección. Como mi compañero de excentricidades, Albert Pinkham Ryder, que preparaba tan mal sus telas, pintando y repintando superficies sin tratar, que sus hermosos paisajes oníricos se desconchan y descascarillan camino de la eternidad.

«Por encima de sus posibilidades» porque de alguna manera había reunido dinero suficiente para comprar una de las pintorescas ruinas de la ciudad. Una vieja casa de piedra junto al río, al norte de la ciudad. En la década de 1750, el edificio había sido un molino propiedad de un holandés. Después de la revolución sirvió de taberna y, posteriormente, de burdel. A mediados de la década de

1800 fue adquirido junto con seis hectáreas de tierra y reconstruido por un granjero acomodado llamado Elias Deppe, y el Salthill Trust menciona la propiedad como Elias Deppe House. Para el nivel del lugar no se trata de una casa distinguida, pero posee un aire de nostalgia y romanticismo. Dos pisos, tejado de tablillas muy inclinado, piedra de color peltre que exuda humedad haga el tiempo que haga. Construida en un promontorio sobre el río, donde el sol que sale por el este inunda su interior como con llamas.

Vivía «por encima de sus posibilidades», nadie sabía exactamente cómo. También moriría «por encima de sus posibilidades».

6

Sales de casa una tarde y jamás regresas tal como eras.

Al salir de casa no prevés que no regresarás tal como eres.

El hogar del que sales deja de ser un hogar en cuanto te has ido. Si no regresas se convierte en una casa, una propiedad. Una finca que irá a parar a las manos de los que te sobrevivirán.

7

ADAM BERENDT, el solitario. ADAM BERENDT, sociable, gregario. ADAM BERENDT, que vivía solo en el momento de su muerte, sin contar a Apolo (cuyo nombre completo era Apolodoro), un cruce de husky y pastor que tenía unos bellos ojos melancólicos y el pelo áspero, con las puntas plateadas. ADAM BERENDT, a quien con frecuencia se veía

entrar a pie en la ciudad por River Road. O en bicicleta (un modelo inglés, comprada de segunda mano). O al volante de su furgoneta Ford o su Mercedes-Benz de 1979. ADAM BERENDT, que de vez en cuando enseñaba escultura y dibujo de figuras en el Programa de Adultos de Salthill. ADAM BERENDT, que daba sangre el día de la Donación de Sangre. ADAM BERENDT, el bombero voluntario. ADAM BERENDT, que hacía campaña en el condado de Rockland en favor de la educación, del medio ambiente y del control de las armas. ADAM BERENDT, al que habían invitado a presentarse como candidato local en la lista demócrata. (Y declinó la oferta cortésmente.) ADAM BERENDT, que confesó a los amigos, en un momento de descuido, que nunca había salido de Estados Unidos pero tenía la esperanza de hacerlo antes de morir: viajar a Atenas, Grecia, donde Sócrates había vivido más de dos mil años antes, y a Extremo Oriente, la región de misterio budista.

Sócrates era su héroe. Había descubierto al filósofo cuando era un muchacho de dieciséis años, y de eso hacías una vida entera. Ya tenía ciego el ojo derecho y anhelaba poseer un mayor conocimiento, conocimiento no del cuerpo, sino del espíritu; no anhelaba la fe religiosa sino la fe en la razón. «¡Conócete a ti mismo!», enseñaba Sócrates. Y a través del conocimiento de uno mismo, conocer el mundo. Sócrates había sido un hombre feo y fornido, de aspecto corriente. Un hombre de la calle, un albañil. Y mediante una votación del tribunal ateniense fue condenado a muerte a los setenta años. (¿Por qué? Por hacer preguntas perspicaces e instigar a los jóvenes a hacer preguntas a sus mayores.) Sin embargo, fue una muerte elegida por el propio Sócrates, porque se negó a exiliarse. Fue una muerte elegida por él

mismo, pues eligió la manera exacta de morir. (Bebiendo cicuta.) «El filósofo practica el morir, practica la muerte, continuamente, pero nadie lo ve.»

8

«¡Adam, por favor, no vayas! No conoces a esa gente.

»Claro que conozco a esa gente. En lo esencial les conozco.

»Quédate con nosotros en Salthill. Vamos a hacer una barbacoa, solo unos cuantos amigos íntimos. Veremos los fuegos artificiales sobre el río cuando anochezca. ¡Di que sí!

»He dado mi palabra de que iría a Jones Point.

»Será un gran acontecimiento, ¿no? ¿Un acto para recaudar fondos? ¿Cien invitados al menos? Nadie te echará de menos.

»No puedo, he dado mi palabra.»

Nada más banal que una barbacoa el Cuatro de Julio destinada a recaudar fondos para una causa liberal. Qué decisión tan banal que tomar, asistir a un acto del Cuatro de Julio. «Lo insignificante es lo que constituye la vida. Lo insignificante es lo que nos mata.»

9

No murió ahogado, como cabría creer, sino debido a una parada cardíaca. No en el río, sino en la ambulancia, camino de urgencias.

Aunque tenía los pulmones llenos de agua del río. Y el cráneo, que parecía duro como el cemento, presentaba graves fracturas porque se lo había golpeado con el costado del barco de salvamento.

10

El Albatros, ¡qué nombre tan ingenioso!

Tenías tendencia a ser ingenioso, irónico, cohibido cuando tenías dinero, cuando en realidad eras rico y participabas en causas idealistas para desvalidos como el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. (Estos «inocentes» eran en su mayor parte indigentes negros, prisioneros del corredor de la muerte, abandonados por el sistema de justicia criminal estadounidense a morir por crímenes que, en realidad, no habían cometido.) Adam Berendt no era conocido como hombre rico, ni mucho menos, pero había sido adoptado por gente rica, gente rica con mentalidad liberal, como los que habían organizado la barbacoa del Cuatro de Julio en Jones Point. «No; no tenía muchas ganas de ir. Pero era una buena causa, sin duda. Y había dado mi palabra.»

La injusticia del mundo le deprimía, debía poner de su parte para ayudar. Condujo por la concurrida autopista 9W en dirección norte junto al ancho y reluciente río Hudson hasta Jones Point, unos cincuenta kilómetros más arriba de Salthill-on-Hudson. Una ciudad que Adam no conocía, nunca había estado allí. Una casa frente al río, espléndida, un moderno dúplex de cristal y madera de secuoya con vistas al río, con un muelle, en el que estaba amarrado *El Albatros*.

ADAM BERENDT, que carecía de toda capacidad para lo sobrenatural. Que solo creía en el hombre. No en Dios.

ADAM BERENDT, sin esposa ni hijos. (Sin embargo se harían cábalas: seguramente había estado casado en algún momento, ¿no? Seguramente había engendrado hijos, él, el más masculino y paternal de los hombres. En algún lugar.)

ADAM BERENDT, del que se sabía que era una especie de «socio» de una mujer llamada Troy, Marina Troy, de la librería de Salthill, en Pedlar's Lane. (¿Qué relación tenían Adam Berendt y Marina Troy? ¿Eran amantes o solo amigos? ¿O solo socios de la librería? ¿Y cuánto podía haber invertido Adam en la tiendecita? Porque Adam no tenía ingresos ni propiedades, salvo su casa y su terreno… ¿verdad? El tema del dinero, las finanzas, los negocios de cualquier índole le hacían sentirse inquieto, incómodo; si no podía escapar, se irritaba; sentía repugnancia.)

ADAM BERENDT, que sin darse cuenta daba por supuesto que viviría eternamente.

11

En Jones Point el río Hudson era ancho, turbulento, de color azul pizarra por la luz que se reflejaba en él, su superficie como algo metálico, agitada. El viento era ideal, constante a unos veinticinco kilómetros por hora. Había nubes en el cielo pero no eran nubes de tormenta. A media tarde no parecía haber amenaza de rayos o lluvia. Los hombres tenían intención de navegar hasta West Point y volver, lo que era un objetivo razonable, ¿no?

No; Adam Berendt no había bebido. Entre mucha gente que sí lo hacía. Su rápida respuesta, sonriente y estoica, cuando le ofrecían una copa era: «No, gracias. Yo no. ¿Soda?».

Posiblemente su anfitrión, el dueño del barco, había bebido. Los otros hombres que iban en el barco habían bebido. ¡Todos los que estaban en el río! Era una de esas alegres fiestas estadounidenses.

La detonación de los petardos como carcajadas maníacas.

Adam Berendt dio la impresión a sus compañeros de *El Albatros*, como después recordarían, de que era un marinero competente y tranquilo. Les había contado que vivía junto al río, en Salthill. Era un hombre robusto y musculoso, muy sereno, con anchos hombros, fuertes brazos y piernas; de altura moderada, pero parecía más alto. Llevaba una gorra blanca con visera, una camisa deportiva azul marino ceñida al torso, arrugados pantalones cortos color caqui y zapatos de lona con la suela de goma. Los zapatos y los holgados pantalones cortos enseguida quedaron empapados cuando se zambulló en el río, y el peso lo empujó hacia abajo. Y ejerció presión en su corazón.

El médico forense del centro médico de Jones Point confirmaría que Adam Berendt no tenía alcohol ni drogas en la sangre en el momento de morir.

Tras un retraso, los cuatro hombres zarparon hacia las cinco y media. El sol aún estaba alto en el cielo. Había suficiente viento, con cierto gusto a audacia. Claro, un barco de vela en el río Hudson siempre tiene algo de peligro. De lo contrario, ¿qué placer habría en navegar?

De lo contrario, ¿qué placer habría en la vida?

12

La barbacoa se celebraba en casa de L., un abogado agregado a las oficinas de Nueva York de la Unión Americana para las Libertades Civiles, la UALC. L. también era un litigante de éxito en la práctica privada. Adam Berendt había visto a L. un par de veces, se habían estrechado la mano y nada más, apenas habían hablado hasta aquel día.

S., otro abogado de la UALC, una mujer de cuarenta y tantos años que aquel día llevaba un juvenil top rojo descubierto por la espalda y sin mangas, dijo que había estado hablando con Adam Berendt, al que acababa de conocer, y que él la llevó aparte y «allí mismo» extendió dos cheques para la causa, cada uno por dos mil quinientos dólares. Uno para la UALC y el otro para el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. S. miró al hombre con asombrada gratitud y, siguiendo un impulso, lo abrazó y lo besó en la áspera mejilla, sintió un estremecimiento de atracción sexual entre ellos y se apartó, ruborizada. «¡Gracias, Adam! Te lo agradecemos mucho.»

S. decidió que volvería a ver a Adam Berendt, pronto.

S. decidió que vería a menudo a Adam Berendt, e íntimamente, pronto. O eso esperaba.

Los cheques serían efectivos el día de la incineración de Adam Berendt.

13

En principio Adam desconfía de los abogados, ¿por qué está con abogados?

Pasan a toda velocidad ruidosas lanchas motoras. Traidoras como avispas gigantescas.

Música rap procedente de un yate que pasa cerca. De un blanco deslumbrante, como *El Albatros*. Adam se ha puesto un chaleco salvavidas, como los otros hombres. Le llora el ojo izquierdo a causa del viento.

En el río, vistos desde lejos, los barcos parecen elegantes y veloces como recortes de papel movidos por el viento; pero cuando estás en uno de ellos, en el agua, hay poca elegancia, hay torpes maniobras, órdenes impartidas a gritos, intentos de llevarse bien con atareados desconocidos. El río, hermoso desde lejos, compuesto por hebras fibrosas de agua, es incoloro, espumoso, hediondo. Un ligero regusto a pánico al imaginar el mundo subacuático. Qué hay bajo la superficie, en aquel denso y oscuro lugar. Qué hay para ahogarse.

«Ahora no. Hoy no. No pienses en ello.»

No piensa en ello. Tampoco se permite pensar cuando *El Albatros* navega dando tumbos en dirección norte entre una discordante flotilla de embarcaciones. «¿Por qué demonios estoy aquí, por qué hago esto?»

Esperando no fastidiarse la espalda.

Había sido un muchacho fuerte. Un joven de veinte años, complexión como un novillo. Ahora que se ha hecho mayor, le falta el aliento. Le preocupa su espalda. Dios mío, un hombre debería tener más dignidad, ideales. Ayuda amablemente a su anfitrión con las velas. Y cómo pesan las condenadas.

«Qué vida, ¿eh?», le grita uno de los nuevos amigos de Adam, pero él oye: «Qué riña, ¿eh?».

Piensa en Marina. De pronto, con sentimiento de culpa. Debería haberla llamado aquella mañana. Hace días que ella espera tener noticias de Adam, tiene que hacerle una pregunta. «Sí. Te quiero. Pero no, no puedo.»

«No me creas mejor de lo que soy. ¡Perdóname!»

Es entonces cuando Adam empieza a oír gritos. Al principio no está seguro de lo que oye, con el ruido de las olas y el viento. Por un instante el cerebro le falla. Ve la terrible lengua de fuego. Las primeras llamas y la suave explosión. Llamas líquidas que salen de sus dedos extendidos hacia el techo bajo de la caravana, como un rayo al revés. Y los gritos. ¡Los gritos! Su madre, su hermana de seis años, Tanya. Atrapado por el fuego gritas, gritas hasta que no te queda aliento para gritar. Gritos ahogados de pura agonía, agonía animal. «¡Socorro! ¡Ayúdennos! ¡Sálvennos! ¡No nos dejen morir así!» Adam está deslumbrado, su consciencia ha desaparecido, arrasada. Se dice que no puede estar oyendo gritos, aquí no, son los petardos, cadenas de petardos como cañonazos.

Pero no. Son gritos humanos. Gritos de niños, en el río.

A unos nueve metros de *El Albatros*, que se mece en la estela de una lancha motora que vira, hay un barquito de vela naranja DayGlo que se balancea aún más peligrosamente, con fuerza, y vuelca. Un muchacho de unos doce años, delgado, en bañador, y dos niños más pequeños, indefensos, están gritando, de pronto, en el río.

Adam, con los ojos entrecerrados, ve, o cree ver, que los niños no llevan chalecos salvavidas.

En unos instantes Adam Berendt está en el agua.

En un abrir y cerrar de ojos, sin que le dé tiempo a pensar, a experimentar cautela o precaución o miedo, Adam se zambulle en el agua y se pone a nadar. Su zambullida es chapucera, torpe; es un hombre de edad madura, con sobrepeso, y no está en forma; en el impulso del momento recuerda su joven yo, un yo desaparecido, un chico delgado y fuerte y experto en el agua como una rata de agua, e igual de temerario. Ahora tiene tiempo para darse cuenta de que algo va mal. El agua es inflexible, densa y nervuda como las serpientes, resistente, sorprendentemente fría, Adam intuye que tiene problemas, ha sobrestimado su potencia. Levanta la cabeza e intenta mantener a la vista el barco de vela de los niños. Naranja fluorescente, la vela mayor en el agua. Intenta gritar: «¡Aguantad! ¡Allá voy!», pero traga agua, tose y se atraganta. Los otros hombres de *El Albatros* le observan alarmados, pero solo le observan.

14

De niño era muy buen nadador. En los rápidos del río, detrás del cámping de caravanas, después de las fuertes lluvias. Que crecía hasta las vigas del puente. Los camiones que transportaban madera y ganado entraban traqueteando en Helena a través de aquel puente de tablones. El olor del agua y el de las aguas residuales mezclados. Pero no te importaban las aguas residuales, no pensabas en eso. Te limitabas a respirar por la nariz. No tragabas.

Aunque Adam posiblemente pesa ahora cincuenta kilos más que entonces. A los once, doce años. La furiosa felicidad animal de aquella época. Antes de la otra, el tiempo venidero. De niño no tenía

miedo a nada. Se llamaba Frankie; le admiraban, le temían, incluso los chicos mayores lo respetaban. Sin duda no le daba miedo el agua, ni nadar. Ni tirarse desde el puente. Un chiquillo se había ahogado en las aguas tempestuosas, pero no Frankie, que nadaba y se movía como una rata de agua, poseídas sus extremidades por una poderosa fuerza radiante, su lustrosa y reluciente alma combativa brillando como luz reflejada en el agua de color fango.

Siempre crees que vivirás eternamente. Aunque otros se separen de ti y se hundan en la muerte, en el olvido.

15

Adam nada en dirección al barco volcado, brazada tras brazada, como ha nadado siempre, y el pulso le late en el ojo bueno, inútil el ojo ciego. No hay razón para este miedo súbito, ¿verdad? No puede ahogarse, es imposible. Lleva el chaleco salvavidas, no puede ahogarse. Sin embargo, es difícil nadar con el chaleco salvavidas, es difícil nadar (ahora lo sabe: esto es un error) con los pantalones cortos y los zapatos empapados, pesados. Tiran de él hacia abajo como cemento. Es como tratar de nadar cuesta arriba. (Como subir pedaleando por la empinada colina antes de entrar en la ciudad de Salthill, al pasar junto al antiguo cementerio de la comunidad de Salthill, donde las lápidas de piedra cubiertas de moho y ajadas por el tiempo se inclinan en el mohoso suelo como naipes tirados, con los números grabados en la década de 1700 levemente descoloridos. Tanto tiempo atrás la Muerte no podía ser real. Adam, pedaleando en su bicicleta, empieza a notar que le falta el aliento; apenas

perceptible, una rápida y extraña opresión en el pecho que no reconoce. Aunque recuerda que, desde el mes de abril anterior, la frente se le llena de sudor cuando asciende por la colina, cuando camina demasiado deprisa colina arriba y Apolo trota impaciente delante de él. No es más que debilidad, maldita sea, no cederá a la debilidad.)

«Aguantad, ya casi estoy ahí…»

A unos metros de distancia hay una niñita rubia en el agua, el pelo le cae sobre la cara, una cara muy pálida, crispada por el terror, y las olas la zarandean, se hunde, se eleva, araña el borde del barco. El muchacho mayor, que era quien pilotaba el barco, ha desaparecido. Quizá está en el otro extremo del barco, quizá está debajo del barco, quizá se está ahogando o está nadando hacia la orilla para salvarse. Adam solo ve a la niña. Nada hacia ella, la coge. ¡Al fin! La agarra bien por el pequeño hombro, con intención de apartarse con ella del barco, para nadar libremente hacia la orilla o hacia un muelle, debe de haber un muelle cerca, pero… a Adam se le nubla la vista, solo tiene un ojo, que le chorrea agua. Y respira fuerte, jadea. Y la niña patalea y forcejea, presa del pánico, como un animal aterrorizado. Adam le grita, la tiene agarrada, ¡la salvará, por Dios! De pronto está exhausto, de pronto es un anciano, siente un peso terrible en las musculosas piernas, en los brazos, siempre ha confiado en su fuerza, ahora su fuerza le está abandonando. Han pasado horas en menos de tres frenéticos minutos. En las olas la luz del sol se mueve formando manchas como bolas de fuego. Está confundido respecto a las direcciones. ¿Hacia dónde…? Se acerca otro barco, un barco de salvamento. Siente una bola abrasadora que se hincha en su pecho. Quería ocultar este vergonzoso hecho, pero ya no puede. Abre la

boca, jadeando en busca de aire como un pez agonizante. El ojo izquierdo, como el derecho, ahora está ciego. De no ser por el chaleco salvavidas, que le mantiene a flote, se hundiría, ahora no sirve de nada. Cogen a la niña histérica de sus brazos y la suben a un barco. ¿En brazos de extraños? Pero ¿de dónde ha salido el barco?

Adam no ve. La bola que le abrasa el pecho no cede. Dolor, un dolor paralizante como jamás en su vida ha sentido, salvo el dolor de aquel fuego original, quizá es un dolor idéntico, y algo le golpea la coronilla con tanta fuerza que ya no siente dolor. No piensa: «Al fin… la niña está a salvo». No es capaz de pensar: «Lo he conseguido al fin». No le queda aliento. Ni fuerza. El ojo izquierdo se ha apagado como una bombilla fundida. Adam Berendt está agonizando. El chaleco salvavidas mantiene el cuerpo moribundo a flote como la ropa empapada de la colada.

No sabrá el nombre de la niña rubia por la que ha dado la vida.

PRIMERA PARTE

Si me atrapas…

Sus deudos…

1

Cómo entra la muerte en tu vida. Suena un teléfono.

Quizá aún esperas que Adam Berendt te llame. Y quizá te sientes desconcertada, el corazón ya te late deprisa sin motivo, cuando la voz de un hombre pronuncia el nombre de Adam Berendt, y tú dices impaciente, esperanzada:

«¿Sí? Soy Marina Troy. ¿Qué… qué ocurre?»

Ese instante antes de que el miedo golpee. Miedo como una astilla de hielo, penetrando en el corazón.

2

Thwaite fue el portador de la muerte de Adam Berendt. Marina se enteraría.

Un apellido feo, ¿no? Aunque el nombre de la niña es bonito: Samantha.

Thwaite se pegaría al cerebro de Marina como un erizo. Thwaite se convirtió en su obsesión, ella, que se habría definido como una mujer libre de obsesiones. Una mujer inteligente, razonable, nada emocional; sin embargo, Thwaite se alojó en su cerebro como muerte por asfixia, ahogo, con sabor a alquitrán. Thwaite Thwaite

en su desdichado sueño las noches después de la muerte de Adam. Sollozando, furiosa. «Si hubiera estado con él en el barco, no habría dejado que Adam muriera.»

En el trastorno producido por la aflicción, Marina Troy llegó a creérselo.

3

¡Las noticias locales de la televisión! Cuánto se habría azorado Adam, aunque, solo tal vez, en secreto habría estado orgulloso.

«Buen samaritano. Adam Berendt. Residente de Salthill-on-Hudson. Accidente el Cuatro de Julio. Río Hudson. Rescate de una niña de ocho años.» El rostro de Adam en la brillante pantalla: con el ojo ciego entrecerrado, sonriente. La cabezota como algo esculpido en tosca arcilla. Un simple instante en la pantalla del televisor. Rápido corte a unos Thwaite mucho más jóvenes, padres de la niña salvada. «Thwaite. Harold y Janice. Residentes en Jones Point. Desolados. Trágico episodio. Lo lamentan mucho. Están muy agradecidos. Hombre tan valiente sacrificando su vida por nuestra hija. Nuestra Samantha. Rezaremos por Adam Berendt. Esperamos ponernos en contacto con su familia, sus deudos. Oh, esperamos…» Marina apagó la televisión, irritada.

Cómo podía soportarlo, la banalidad de Adam como «buen samaritano». La banalidad de la emoción de los Thwaite. Qué decepción ver lo corrientes que eran, y jóvenes, balbuceando ante los micrófonos que acercaban a sus rostros desconcertados.

«Bueno, he de aprender a soportarlo. Esto y más.»

Era una mujer adulta, sabía qué era la pérdida, la muerte. No era una persona ingenua, dada a la autocompasión.

Su madre sufría una enfermedad crónica y su padre había muerto hacía tres años, a los setenta y nueve, así que Marina sabía lo que era, Marina sabía qué esperar de la vida, con el tiempo todos los tópicos se hacen dolorosamente ciertos; sin embargo, sobrevives hasta que te toca a ti; no llegas a la edad madura sin haber adquirido esta sabiduría primitiva. No obstante, cuando el padre de Marina murió, no la había pillado por sorpresa. No solo fue una muerte esperada, sino «misericordiosa». Tras varias operaciones de cáncer y meses de quimioterapia, el debilitamiento de la vida del padre de Marina había sido un lento debilitamiento de la luz hacia la penumbra y por último hacia la oscuridad. Y ahí está: la muerte.

No como la muerte de Adam.

«Adam, maldita sea. ¿Por qué?»

Intentaba desesperadamente recordar la última vez que habían hablado. Cerraba los ojos y se los frotaba con la palma de las manos: ¡el rostro de Adam!

Un doctor del centro médico de Jones Point le había recetado un sedante. (¿No significaba eso que se había puesto un poco histérica? ¿Que había perdido la dignidad y se había derrumbado?) A la mañana siguiente se levantó tambaleante de la cama, que era como una tumba, en lo alto de su casa de North Pearl Street. Su casa de libro de cuentos, como Adam la llamaba con cariño. Igual que Marina Troy era una criatura de libro de cuentos que debía ser rescatada. (¿Por él?) En camisón, que olía a sudor, con un tirante caído, tironeó de la ventana para abrirla más. «¡Tengo que respirar! ¡Tengo que respirar!» Había un hecho que la atormentaba con su

crueldad, su injusticia: ¿qué? «La última vez que hablamos, yo no lo sabía. Si lo hubiera sabido…» El techo se inclinaba sobre su cabeza con un aire de ebria ligereza. Papel de pared con flores de lis de color lila de una belleza sutilmente burlona. Thwaite mezclado con las campanas de la iglesia. Thwaite Thwaite burlándose a gritos en su cabeza.

El dormitorio de Marina era una habitación pequeña y encantadora con ventanas pequeñas y preciosas de cristal antiguo, que databan de mediados de la década de 1800, ventanas que necesitaban urgentemente un calafateado y daban a la iglesia católica romana de Saint Agnes, cuya aguja heráldica flotaba en el cielo nocturno, y a su antiguo cementerio, construido en un terreno desigual. (En el que sin duda no enterrarían a Adam Berendt. Adam era pagano, no católico; y Adam quería que lo «achicharraran» cuando muriera.) North Pearl Street era una de las calles más antiguas de Salthill, empinada y muy estrecha, sin salida, que acababa en tres encantadoras casas con armazón de madera, una de las cuales era la de Marina Troy.

De alguna manera había ocurrido (¿cuándo exactamente?): había cumplido treinta y ocho años.

Era lo bastante joven para ser su hija, solía decir en broma Adam Berendt.

«¡No seas ridículo! ¿Tú cuántos tienes… ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y dos?

»Marina, si he de serte sincero, he perdido la cuenta.»

Marina se quitó el camisón de nailon empapado de sudor, formó una bola con él y lo arrojó al suelo. Le habría gustado quitarse la piel pegajosa, que le picaba, y hacer lo mismo. En el silencio que siguió

a las campanadas de la iglesia se oyó el eco ¡Thwaite! ¡Thwaite! El sonido de la muerte, aquella gente odiosa, padres imprudentes, jóvenes, asustados, leyendo comunicados preparados para los periodistas de la televisión, sin saber si debían sonreír o no; pero uno siempre ha de sonreír en la televisión, ¿no?, aunque fugazmente, ¿con tristeza? A decir verdad, Marina no detestaba a aquella gente. Era Thwaite lo que se le había metido en la cabeza. Thwaite enmarañado como su largo y rizado cabello rojizo oscuro, que durante el día llevaba trenzado y enroscado en la cabeza («como Isabel I»), pero por la noche se le enredaba y enmarañaba, sinuosos zarcillos que le caían sobre la boca. Thwaite era una masa de nudos que ningún cepillo podía deshacer. Thwaite, que era la adivinanza: ¿cómo me llamo?; mi nombre es un secreto, mi nombre es tu muerte; adivina cómo me llamo. Thwaite, la indefensa ternura que hacía tiempo sentía por Adam Berendt, que no había sido ni su marido ni su amante. Thwaite, fuerte como ninguna otra emoción que hubiera sentido jamás por otra persona.

Y la ira. «Maldita sea, cómo has podido. Sin despedirte. ¿Sabías, querías saber, por qué no me dejaste decirte qué sentía por ti? ¡Y ahora!»

Un accidente de barco. Hay muchos cada Cuatro de Julio. En todo Estados Unidos. Accidentes de barco y de tráfico. Y accidentes con los fuegos artificiales y los petardos, en especial los petardos comprados ilegalmente; Marina se encontró escuchando en trance… ¿qué?, un voz extraña, una voz en la radio esta vez, antes de apagarla y dar un puñetazo al transistor de plástico (estaba en el alféizar de la ventana de la cocina). Oh, ¿qué le importaban a ella

los accidentes de personas desconocidas? Incluso sus muertes «sin sentido».

Ahora que Adam había desaparecido, sería difícil que le importara gran cosa.

El diagnóstico oficial fue que Adam Berendt había muerto de una parada cardíaca. También se había fracturado el cráneo. Había muerto, era evidente, unos minutos después de que lo sacaran del río; en la veloz ambulancia. Aproximadamente a las 18.20 del Cuatro de Julio. Marina esperaba que hubiera muerto inconsciente, sin darse cuenta, pero no se había atrevido a preguntar. Thwaite, muerte. No había nada que hacer. Era una tragedia. Si es que un accidente puede ser una tragedia. Te oías pronunciar la palabra «tragedia» como lo hacían los demás. Era una manera de hablar, una manera de intentar calmar el dolor. No dirías de la muerte de un buen hombre que ha sido accidental y, por lo tanto, estúpida. «Tragedia» era la palabra, pues no había otra. «Nunca me besó. Como yo quería que hiciera.» Nunca le había tocado los pechos, el vientre, entre las piernas. Ese no tocar y no besar era su secreto. Durante mucho tiempo reflexionaría sobre ello por la noche. Pensaba en ello en la librería, sabiendo que Adam Berendt jamás pasaría por allí, no volvería a hacerlo. Si sonaba el teléfono no sería él, y si alguien llamaba a su puerta no sería él. A pesar del aturdimiento inducido por los barbitúricos, que hacían que el corazón le latiera tan despacio que casi parecía pararse, reflexionaba sobre estos sencillos hechos.

La familia Thwaite había expresado públicamente el deseo de conocer a la familia de Adam Berendt. A sus «deudos». Para agradecerles el sacrificio de Adam. Alguien que no fuera la familia

inmediata de Adam, una esposa o un pariente consanguíneo, no serviría.

«Hipócritas hijos de puta. Yo era tan íntima de Adam como cualquiera que le conociera.»

Sin embargo no les odiaba. No se obsesionaría con un enemigo ilusorio. El señor y la señora Thwaite, de Jones Point (Nueva York). En veinticuatro horas habían recibido su parte de atención de los medios de comunicación y censura: los periodistas no les habían acusado de ser «padres imprudentes», pero se había dado a entender y la policía iba a «investigar» el accidente en el que la hija de ocho años de los Thwaite, Samantha, y su hijo de diez años habían salido al río Hudson en el barco de vela de un vecino, tripulado no por un adulto, sino por un muchacho de trece años. El barco estaba equipado con chalecos salvavidas infantiles, pero ninguno de los niños lo llevaba puesto. Sí, era estúpido. Era una imprudencia. Posiblemente una imprudencia temeraria. Sin embargo, cuánto más misericordioso era perdonar simplemente.

Oía su propia voz al teléfono, diciendo a modo de consuelo:

—Amargarme no me devolverá a Adam. Y Adam era el hombre más lógico.

Y de nuevo:

—¿No es típico de Adam? Si… tenía que irse… sin avisar, de pronto… habría deseado… algo así.

Pero ¿era cierto? Allí estaba Thwaite, Thwaite acosándola, cuando se mostraba de lo más racional, responsable. Thwaite, la negra flema alquitranada de la muerte.

4

Habían llamado a Marina para que fuera a Jones Point porque en la cartera de Adam Berendt no había información de ningún pariente próximo. «En caso de accidente» estaba en blanco.

¿El hombre no tenía familia? ¿Nadie?

Lo que encontraron en la muy ajada cartera fue una tarjetita blanca empapada de agua:

THE SALTHILL BOOKSTORE
fundada en 1911 Pedlar's Lane, 7 Salthill-on-Hudson, NY Propietaria: Marina Troy

En el reverso de la tarjetita estaba el número de teléfono particular de Marina, garabateado a lápiz, y a este número llamaron las autoridades.

Por eso citaron a Marina. Lo hizo la voz de la autoridad. Ella obedeció como una sonámbula. Estaba demasiado aturdida para pensar: «No puede ser. Así no».

Condujo en un estado de calmado pánico. Después no recordaría haber subido al coche ni puesto el motor en marcha. La suspensión del tiempo antes de ver el cadáver irrefutable. Sin embargo, había tenido la sensación, pues Marina Troy era una mujer que sabía apreciar las ironías agridulces, de que era un momento cruel para estar conduciendo hacia Jones Point en semejante misión. Porque el anochecer era el momento luminoso, el momento romántico. Al anochecer, a menudo pensaba en Adam Berendt. Al anochecer, a

menudo había estado con Adam Berendt. Ahora, al otro lado del reluciente y ancho río había algunas luces dispersas como pensamientos asustados. En el río había fantasmales barcos de vela y lanchas motoras con luces parpadeantes. Marina se preguntó: ¿era seguro navegar en el río cuando anochecía? Había algunos cargueros, enormes barcazas comerciales a cuyo lado las embarcaciones de placer parecían no tener más consistencia que las polillas. ¿Por qué Adam estaba en el río, en un barco de vela? ¿De quién era el barco de vela, de dónde? ¿Por qué en Jones Point? «Si hubiera estado con él. ¿Por qué no estaba con él?» Marina y Adam tenían intención de verse, con amigos de Salthill, la noche siguiente. Esos eran sus planes.

«¿Por qué no nos llamaste, Marina? Te habríamos acompañado. Qué impresión para ti. ¿Seguro que estás bien?»

Seguro. ¡Oh, sí! Solo que estaba tan furiosa y tan desconsolada… Quería ir a verle sola. No quería hablar. Ni que la compadecieran siquiera. Lágrimas compartidas. «Quizá no está muerto, tal vez es otra persona. Otro hombre.» A Marina solo le habían dicho que Adam, o un hombre que supuestamente era «Adam Berendt», había muerto poco rato antes a consecuencia de complicaciones derivadas de un «accidente de barco» en el río.

¡El río! Marina recordó que desde el estudio de Adam, en la parte trasera de su casa, se divisaba el otro lado del río, aquellos largos momentos hipnotizados cuando la luz se desvanecía en las agitadas olas y el anochecer se hacía más profundo en los bordes de las cosas; el anochecer, una cualidad de la tierra; mientras en el agua permanecía una misteriosa luz reluciente como aceite. En el oeste, el

sol tenía un tono rojo químico, espléndido, sangrando en el horizonte como una yema de huevo reventada.

En ambos lados del río explotaban fuegos artificiales. Era el Cuatro de Julio, la fiesta estadounidense que celebra los disparos, los cohetes, la agresión, la muerte al enemigo. Al otro lado del río, en la orilla oriental del Hudson, en las proximidades de Tarrytown, se elevaban llamativos molinetes de luz roja, dorada, blanca cegadora, que se remontaban muy arriba y caían sin ruido al río. Y un instante después eran sustituidos por más explosiones, llamativos colores relucientes que se elevaban y se hundían en silencio hasta extinguirse. «Basta. Basta. Basta.» Esta idiota celebración, en un momento de muerte. Como burlándose de la muerte de un hombre. Incluso en Jones Point, donde la muerte la aguardaba. Brillantes colores de carnaval traspasaban el cielo que ahora oscurecía sobre el río. Cálices amarillos que explotaban, globos oculares rojos, serpentinas de intestinos formando un arco iris. Espantoso, infernal. Marina recordaba que los fuegos artificiales son símbolos festivos de los orgasmos sexuales, y esa idea le repelía. «Nosotros nunca. Y ahora nunca.»

En su estado de conmoción en suspenso localizó el centro médico de Jones Point. No era un recinto grande. Aparcó el coche y corrió a la entrada trasera. Estaba sin aliento, respiraba por la boca. Como Adam, en sus caminatas por la reserva de Eagle Mountain, le había advertido que nunca hiciera. Dentro, en un vestíbulo profusamente iluminado, Marina fue recibida por unos desconocidos que era evidente la estaban esperando. Oyó su nombre: «¿Marina Troy?». Era la amiga de Adam Berendt. Aquellas personas a las que Marina no conocía, media docena y sin embargo una multitud, se

presentaron como «amigos» —«nuevos amigos»— de Adam, organizadores de la barbacoa de aquel día para recaudar fondos. (¿Barbacoa para recaudar fondos?) Marina miró fijamente a aquellos individuos sin decir una palabra. Una mujer llorosa de cuarenta y tantos años, con los ojos muy enrojecidos, vestida con un juvenil top sin mangas, con la espalda descubierta y un chal sobre los hombros, se atrevió a llamar «Marina» a Marina y a abrazar sus rígidos hombros como si fueran dos mujeres unidas por una pérdida común; como si la conmoción y el creciente horror pudieran compartirse tan fácilmente.

—Marina, lo lamentamos mucho, mucho, mucho.

Marina, respirando por la boca, se apartó y consiguió no gritar.

Los Thwaite no estaban presentes. Marina se ahorró conocer a los Thwaite hasta una hora después.

Las siguientes horas pasarían como un delirio de distorsiones y rápidos y deslumbrantes cortes.

—¿Marina Troy? ¿Está aquí por Adam Berendt? Venga con nosotros, por favor.

¡Escapar! Separaron a Marina de esos «amigos» con cara de culpabilidad vestidos con ropa deportiva, uno de los cuales, como descubriría ella más tarde, consiguió ponerle en la mano las llaves del coche de Adam. ¿Qué tenía que ver Adam con aquella gente, por qué no le había hablado de ellos, una barbacoa del Cuatro de Julio en Jones Point? ¿Aquella espantosa mujer le había adorado y perseguido? Marina temblaba de furia, contra ellos y contra Adam por su poco juicio. ¡No era propio de él! ¡Impulsivo, impetuoso! Un hombre joven con bata de hospital y una mujer mayor asiaticoamericana que había mirado a Marina compasivamente la

conducían al depósito de cadáveres para que viera e identificara el cadáver, y le hablaban con suavidad, preparándola para la dura prueba (¿se trataba de un guión fijo?, aunque Marina nunca lo había oído, de alguna manera lo reconocía), pero le costaba comprender y, en su estado de desconcierto y falta de aliento, no era consciente de los relucientes pasillos por los que la llevaban; subió a un ascensor y bajó en una planta inferior. ¿Subterránea? «¿Adam? ¡Adam!» Solo era vagamente consciente de que alguien hablaba en voz alta. Posiblemente era ella. Se secó la nariz con el dorso de la mano. Hurgó en el bolso pero no encontró ningún pañuelo limpio, maldita sea. Y maldita sea, ¿por qué hacía tanto frío allí? Fuera el aire era caliente y pesado como el aliento exhalado.

No podía dejar de temblar. Adam había comentado a veces, en sus caminatas, cuando las uñas de Marina se volvían azules, que debía de tener la presión baja, ¿estaba anémica? Y Marina protestaba entre risas, no, claro que no. No se sentía cómoda siendo observada, examinada. No tenía una reserva normal de vanidad, y eso en verdad era una desventaja. Después de que la llamaran, había corrido a su coche, conducido casi cuarenta kilómetros vestida tal como iba, con unos tejanos cortos, una camiseta que se veía ancha en su delgado torso, piernas pálidas y sandalias gastadas. Zarcillos de pelo húmedo pegados en la frente y el cuello como algas. No se había mirado en ningún espejo desde hacía horas y se preguntó si parecía muy desesperada al ojo crítico de Adam. «Marina, por el amor de Dios, contrólate.»

O diría, aliviado por haber escapado por los pelos: «¡Gracias, Marina, por acudir a mí tan deprisa!»

Estaban previniendo a Marina. ¿De qué? El hombre joven y la mujer asiaticoamericana con sus almidonados uniformes de hospital. ¿La prevenían de que se preparase? ¿Cómo prepararse? Las llaves del coche apretadas en la mano. La mano sudada. Le habían confiado las llaves y le habían dicho que el Mercedes de Adam estaba aparcado detrás de urgencias. (Qué ansiosa estaba la pareja de la barbacoa por pasar las llaves a Marina y deshacerse del estorbo que era el coche de Adam.) La acompañaron a una gran sala refrigerada. El depósito de cadáveres. Allí, iluminación austera. Fuerte olor a productos químicos. «Sí, es él. Es el hombre correcto.» Idiota, ¿por qué había dicho esto? Sin embargo, su voz era firme y calmada, segura. Marina Troy era una de esas personas que se preocupan por comportarse de un modo civilizado, de un modo que ayude, no que perjudique, a los demás. No era una mujer de emociones vivas. No era una mujer que prorrumpiera en llanto. No era una mujer que se desmoronara. En público. Sin embargo, su visión se había estrechado extrañamente (bien, puesto que estaba en un centro médico, si tuviera una hemorragia o un derrame cerebral no podría sucederle en un momento más oportuno), de modo que poco podía ver en el espacio iluminado por el fluorescente, salvo al hombre que yacía inmóvil en una camilla bajo la más potente de las luces. «¿Adam?» Qué fornido era su cuerpo, qué desgarbado. Sin embargo, profundo. ¿Había visto Marina alguna vez a alguien, vivo o muerto, con un aspecto tan profundo? Adam parecía una escultura de plomo pintado con colores sutiles. Pesaría, ¡cuánto pesaría!; literalmente una tonelada. Aquella cosa era y no era Adam Berendt, su amigo. ¡Qué indignidad estar desnudo ante ojos extraños! Marina había visto a Adam en bañador, le había

sorprendido su torso, que parecía un barril cubierto de rizos plateados como el pelaje de un animal, pero en aquellas ocasiones se hallaba en movimiento; siempre en su memoria Adam había sido un hombre en movimiento, y esa era la diferencia. Aquí, tendido de espaldas, desnudo, sin almohada bajo la cabeza, de modo que la cabeza también descansaba plana sobre la superficie de aluminio, era evidente que Adam estaba «muerto»; la «falta de vida» salía como vapor de su piel cenicienta, muerta, los ojos sin vista, la boca entreabierta. No se podía decir cuál era el ojo ciego. Ambos estaban casi cerrados, medialunas de un blanco enfermizo. «¿Adam? Soy Marina.» Susurraba. Aunque sabía que Adam estaba muerto, estaba cerca de él susurrando. Como si pudieran comunicarse algún secreto, desconocido para los observadores. Marina cogió la mano de Adam. ¡Cuánto pesaba! La levantó con dificultad. Los músculos de Adam estaban rígidos por el rígor mortis del abrazo de la muerte, ¿era esta la explicación? El hombre que en vida había sido tan especial, único, sometido ahora al más común de los síntomas de la muerte. Y la podredumbre que le seguiría. «Incineración. Su deseo era ser incinerado.» Marina habló con aire distraído. Solo era medio consciente de que le habían hecho una pregunta. «Debe de tener parientes próximos, en el Medio Oeste, creo, o el Oeste, pero… no sé quiénes son. No soy yo la que lo ha de saber.» Si los que le preguntaban creían que ella era la amante de Adam Berendt, ahora debían de estar reevaluándola. Pero había cogido la mano de Adam firmemente entre las suyas, como para tranquilizarlo. Sabiendo que el instinto de él habría sido apartarla con gran turbación. Qué avergonzado estaría Adam, tendido desnudo de aquella manera bajo una delgada sábana, y no le habría gustado ver allí a Marina, ni a

ninguno de sus amigos de Salthill. Ninguna de sus amigas. La voz de Marina resonaba débilmente en la habitación, que parecía tan grande; su visión, muy reducida, concentrada en Adam. «Sí, puedo darles el nombre de su abogado. Pero ahora no. ¿Puedo quedarme a solas con él, por favor? Ahora.» Su voz subió de tono al decir «ahora». Aquella mano cogida entre las suyas, temblorosas: no cabía duda de que era una mano «muerta». Sin embargo, era la muerte de su querido amigo. Los grandes nudillos magullados, gruesos dedos y pulgares el doble de grandes que los suyos, y las uñas descoloridas y ribeteadas de suciedad. Adam era un manitas, jardinero, albañil, escultor ocasional; un hombre al que le gustaba trabajar con las manos y hacerlas trabajar con dureza. Se veía, por la forma en que Adam se trataba a sí mismo, que era un hombre de los que desean prestar poca atención a cómo se desgastan físicamente. En los últimos tiempos las uñas de Adam habían empezado a resquebrajarse, él se había quejado de ello con indiferencia, y esto hacía casi imposible sacar la suciedad incluso con la hoja de un cuchillo; Marina decía que debía de ser una deficiencia de vitaminas o minerales. «Adam. Oh, Dios mío.» Le zumbaban los oídos. El corazón le latía de un modo extraño. (¿Quizá fuera de verdad una hemorragia cerebral? Una acumulación de presión como de agua que se creara fuera del espacio iluminado; como si, por un fugaz instante, como en la lógica del sueño, ella creía que podía ser así, hubiera descendido a una embarcación como un submarino, bajo el agua, muy hondo.) Los desconocidos vestidos de blanco la habían dejado sola con Adam. Se le ocurrió la idea de que la estaban observando a través de un cristal que ella no podía ver. Tocó la cara de Adam como quizá no lo hubiera hecho en vida. Tenía las mejillas

fláccidas. Carne como crepé bajo sus mandíbulas. Extraño: tenía el rostro grisáceo, él, que en vida siempre estaba sonrosado, como si estuviera acalorado. Ahora la sangre se le había ido de la cara. Se le había ido hacia abajo. Se había espesado en su propia rigidez, como si se coagulara en una herida enorme. Adam tenía una brecha en el cráneo y en la frente, donde el barco le había golpeado (¿un barco de salvamento?), y la herida había sangrado, pero había dejado de sangrar; ahora no sangraría; si se cortara en algún otro sitio, Adam no sangraría; su carne estaba «muerta». Marina detestaba que Adam pareciera tan viejo. Quería protestar ante el personal del hospital: Adam Berendt no tenía este aspecto. Tan viejo, tan feo. Profundas arrugas oscuras bajo los ojos, el cráneo con bultos visibles a través del pelo ralo y muy corto, la boca floja. En la comisura de la boca, algo blanco, como una costra. Si Marina pudiera arrancarle una sonrisa, pues Adam era de esos hombres con los que se podía bromear, él volvería a ser el mismo, y apuesto, con aquel atrevido y divertido contoneo tan sexy, pero empezaba a desesperarse, no podía hacerle responder. «Estoy aquí. Marina. Adam, me conoces.» Claro que sabía que estaba muerto. Sin embargo, no podía evitar pensar que, con su picardía, Adam le estaba gastando una broma; tenía que estar gastándole una broma; respirando muy débilmente, pero respirando. «¿Es posible que este hombre esté en coma?» Marina hablaba con aspereza, acusadoramente. Estaba temblando, le castañeteaban los dientes. Se le puso la piel de gallina, el vello de la nuca se le erizó. Susurró: «¿Me oyes, Adam? —Sí, era ridículo, pero tenía que preguntarlo, ¿no?—. Creen que soy tu amante. Pero ¿quién es tu amante? No la envidio.» A menudo Marina se enfadaba con Adam sin informarle del porqué. Se enfadaba con él por

comportarse de un modo imprudente. Estúpido. ¿Zambullirse en el río Hudson? ¿«Salvar» a una niña para que no se ahogara? ¿Dónde estaban los padres de la niña? ¿Quién pagará? ¿Adam Berendt había muerto de parada cardíaca en un «accidente de barco»? No era propio de él ofrecer ayuda a unos completos desconocidos. En todo caso, echar una mano a los amigos necesitados. Forzar la espalda, después de una fiesta de Fin de Año en casa de los Hoffmann, ayudar a un amigo borracho a sacar su enorme y lujoso Lexus atascado en la nieve en Old Mill Way.

Cuando Adam comentó a Marina que quería que le incineraran, no que lo enterraran, en una ceremonia sencilla y privada, y que sus cenizas fueran esparcidas en su propiedad, mezcladas en el suelo de su jardín, le había preguntado a continuación si ella sería su «albacea personal»; y Marina, profundamente conmovida, pero agitada, sin querer en absoluto seguir con el tema de la muerte de su amigo, se había apresurado a decir que sí, sí, claro, fuera lo que fuese lo que «albacea personal» significaba. (Ocuparse de los efectos de la casa, tal vez. Hacerse cargo del perro. ¡Ah, pobre Apolo! Marina había intentado, pero no lo había conseguido, sentir afecto por el perro mestizo de Adam, mitad husky, mitad pastor, que ansioso lamía cualquier parte del cuerpo de Marina que no se le impidiera lamer.) Tampoco había aprovechado la oportunidad para preguntar a Adam por su familia, sus parientes, a quién habría que avisar en caso de accidente, dónde vivían esos misteriosos padres; ¿habría dejado una lista de instrucciones a su abogado? Marina no había preguntado por ninguna de estas cuestiones prácticas, se había reído nerviosamente y había dejado que Adam cambiara de tema. No quería pensar que Adam moriría antes que ella. (Como si,

considerando que Adam tenía cincuenta y pocos y Marina cerca de cuarenta, no fuera probable.)

«Si me atrapas y no escapo de ti.» Estas misteriosas palabras eran de *Fedón*, de Platón, que Adam a veces citaba, la lírica, larga muerte de Sócrates, que tras beber el veneno, mientras esperaba la muerte en compañía de sus amigos, se había puesto festivo. Pero a los muertos se les atrapa fácilmente, pensaba Marina. Los muertos no escapan de nadie. «Oh, pobre Adam. No estabas preparado, lo sé. Cariño, lo siento muchísimo.» Besó ávidamente las manos de Adam, sus manos rígidas, dañadas. Se apretó contra él absorbiendo su frío, su terrible mole, un coloso caído, pesado como el plomo; le besó la frente; los ojos semicerrados. Le acunó la cabeza. Le acarició el pelo rizado. Le besó los labios. Se atrevió a besar los labios de un hombre muerto. Iba a preguntarle abiertamente: «¿Sabes cuánto te quiero, Adam?». Aunque se arriesgara a poner fin a su amistad. «Adam, ¿por qué no lo sabes?» Volvió a apretarse contra él. Sin vergüenza, desesperada. Perdió la conciencia, en un desmayo. Una ola asfixiante la inundó, volvió a experimentar la sensación de estar bajo el agua, y condenada. Se quedó sin fuerzas, débil, se caía. Se vio sacudida por espasmos de vómito. Se golpeó el costado de la cabeza contra algo metálico y puntiagudo y cuando la levantaron, para despertarla, llamándola con urgencia, descubrió que la parte delantera de su blusa estaba cubierta de un líquido glutinoso que apestaba, había vomitado la hedionda agua del río que había ahogado a Adam Berendt, pero de qué servía, Adam seguía muerto.

5

—¡Bueno, Marina! Dime, ¿cuál es el propósito de la vida?

Caminaban juntos, Marina y su amigo Adam Berendt, en la reserva de Eagle Mountain, al norte de Hastings-on-Hudson. No eran pareja, aunque a menudo estaban juntos. «Solo amigos. Pero amigos muy íntimos.» Marina comprendía que Adam tuviera muchos amigos, y era un hombre al que le gustaba acosarles con preguntas agudas formuladas de repente. Era sabido que los intereses de Adam eran apasionados pero curiosamente impersonales. Nunca llegabas a conocerle de un modo íntimo, pero podías llegar a conocerte a ti mismo.

Fue en el mes de mayo del año anterior a la muerte de Adam. Marina era la única amiga de Adam que disfrutaba al aire libre y que era lo bastante atrevida para acompañarle en sus excursiones. Él se burlaba de ella y la atormentaba, la ponía en evidencia, pero a ella no le importaba. Ella preguntó:

—¿Te refieres a cuál es el propósito de la vida o el propósito de «mi vida»? Hay una diferencia crucial.

—Responde una, y responderás la otra —dijo Adam.

Marina se rió, aunque se sintió un poco desairada.

—El propósito de la vida, Adam —dijo y aspiró hondo mientras ascendían por una empinada colina—, es llegar a lo alto de esta colina.

—¿Y después de esta colina? —preguntó Adam.

—No veo lo que hay detrás de esta colina todavía. Solo puedo formular teorías —respondió Marina.

¿Era una forma de sexo?, se preguntaba ella. El que Adam Berendt pinchara, sondeara a sus amigos. A sus amigas.

—Después de todas las colinas, Marina —dijo Adam con tono vehemente.

—¿Después de todas las colinas físicas?

—¿Qué otra clase de colinas hay, Marina?

Marina sabía adónde iría a parar la conversación. Ella era un joven perro testarudo, sin adiestrar. Su amo le daba instrucciones, le enseñaba solo con su voz, que era amable, hipnótica e incansable.

—Colinas interiores. Colinas espirituales.

—¿Crees que hay colinas espirituales en tu vida, Marina, por las que aún tienes que ascender?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Y cómo las describirías, Marina?

«¡No me hagas esto! No me pongas al descubierto.»

«No tengo por qué responderte. ¿Quién eres para mí?»

Adam Berendt había entrado en la vida de Marina de forma inesperada. Con la autoridad de un protector, de alguien que la conocía desde la infancia.

Como sabía que la librería Salthill tenía problemas económicos, Adam había invertido como socio comanditario. A menudo pasaba por la tienda para ayudar a Marina abiertamente; saludaba a los clientes, ponía libros en las estanterías y hacía inventario, y la convencía de que no se desanimara. (¡Adam percibía que ella era una suicida! Al modo de las mujeres estadounidenses, casadas o no casadas, jóvenes o no jóvenes, que meditan al atardecer mientras miran por ventanas que, a medida que avanza el atardecer, se vuelven fantasmales espejos del alma.) «¡Desanimarse, deprimirse

por los negocios, simple dinero, cuando el mundo es un lugar de éxtasis, Marina! No.» La tocaba, con sus grandes manos, de aspecto bastante ajado. Era de los que tocan mientras hablan, sonriendo. Los antebrazos de Marina, los hombros de Marina. En ocasiones le ponía una mano sobre la coronilla y le daba una palmadita de aprobación, como (por ejemplo) podría dar una palmadita en la cabeza de su perro Apolo, en un gesto similar de aprobación, o fácil afecto. En ocasiones besaba a Marina en la mejilla, en ocasiones abrazaba a Marina como saludo o como despedida. En Salthill estos besos y abrazos, algunos de ellos bastante exagerados, eran exhibiciones sociales. Las mujeres abrazaban a los hombres y los hombres tenían que fingir pasividad; las mujeres abrazaban a las mujeres con emoción, afecto. O el ritual de exhibirlo. Marina Troy probablemente fuera una compañera rígida en semejantes exhibiciones, pues se sentía insuficientemente mujer o femenina; y, como no estaba casada, no tenía la libertad de abrazar a los hombres, en especial a hombres como Adam, por el que sentía una fuerte emoción, como hacían sus amigas casadas. «¡Oh, Adam! Si me atreviera a tocarte.»

Era un misterio. Cómo Adam Berendt, profesor a tiempo parcial y escultor sin éxito, en general desempleado, tenía suficiente dinero para ayudar a Marina a devolver el préstamo al banco e invertir en la librería Salthill. (Y había invertido bastante, lo que sorprendió a Marina.) Y no quería que nadie lo supiera. «Este es nuestro secreto, Marina.» Adam a veces pasaba por la tienda varios días seguidos, haciendo palpitar el corazón de Marina, y luego no la pisaba durante una semana o más; le desagradaban los teléfonos y raras veces llamaba; si telefoneabas a Adam, como a veces hacía Marina, en un

momento de debilidad, su teléfono sonaba y sonaba sin que nadie lo cogiera; no tenía contestador. Era una persona a la que le irritaban las expectativas de los demás. Podía acudir a una fiesta o quizá no. Parecía guiarle el impulso. A menos que fuera una estrategia. No se podía prever lo que haría Adam Berendt, era un amo que no necesitaba a su súbditos. Sin embargo, en su presencia era imposible no pensar: «¡Este hombre! Me quiere, solo a mí».

—¿… mi yo espiritual? Las colinas por las que aún no he ascendido.

Marina se sentía turbada diciendo estas cosas. Se sentía como una niña, ansiosa y no obstante confiada; como no había sido nunca en su propia infancia, pues no había habido ningún Adam Berendt en su familia ni entre sus conocidos. Que dijera, que la provocara con su voz cariñosa y vehemente:

—Marina, ¿qué son exactamente esas colinas por las que no has ascendido todavía?

Era puro método socrático. La búsqueda impersonal de la verdad. Marina sentía el malestar, y la excitación, de la cacería. No es que la cazaran a ella, sino a la esquiva verdad. Pues aquí no había nada personal. ¿O sí?

«Adam, tú. ¡Tú eres las colinas! Amarte.»

«Amar a un hombre. Plena, sexualmente.»

En cambio Marina dijo, en voz baja, como si se avergonzara, tropezando y parpadeando para esconder las lágrimas:

—Yo… quería ser artista. Desde siempre, que yo recuerde. No había nadie en mi familia con estas ideas. La mía era una familia práctica. Mi padre era profesor de instituto; era un empleo. Mi madre, antes de casarse, era enfermera. Trabajaban, tenían un

sueldo. Yo tenía «visiones». Era una niña nerviosa, excitable. Cuando estudiaba en la Universidad de Maine comprendí que, para ser artista, debes filtrar tu visión a través de la técnica. Me interesé por la escultura y la cerámica. Pero no la cerámica convencional… trabajo experimental, extraño. ¡Cerámica que no se vende! Era relajante, tenía la impresión de salir de mí misma en una especie de trance. Después de la licenciatura, era en los ochenta, viví con unas amigas en Provincetown, muy barato, y allí era feliz, una galería local vendió algunas de mis cosas, luego me impacienté y me trasladé a San Francisco, y por un tiempo viví en un maravilloso rancho, viejo y destartalado, en Mendocino, te habría gustado, Adam; en lugar del río habrías visto montañas frente a tu casa. Una montaña es una especie de río vertical, ¿no? Y la luz que caía en cascada. Allí era feliz y hacía un trabajo decente; durante mucho tiempo no tuve el menor contacto con mi familia, ellos odiaban mi forma de vida, no querían comprenderlo, después mi padre se puso enfermo y regresé al Este, y allí ocurrió algo entre yo y lo que estaba haciendo, entre mis manos y lo que ellas tocaban, y esto es fatal para un artista, ¿no? Era como si hubiera perdido el nervio. Una joven artista es valiente, quizá tiene la valentía de la ignorancia. Después pierdes esa valentía. Al principio yo no lo sabía. Seguí durante un tiempo, mecánicamente. Me gustaba mucho mi trabajo, pero se volvió demasiado importante para mí. Era mi vida, mi aliento. Era obsesivo. Hacía escultura, supongo que se le podía llamar así, a menor escala que tu trabajo, y en formas naturales, no metal, pero me agotaba, no podía dormir, tenía la cabeza llena de «visiones». Quería crear cosas asombrosas que nadie había imaginado. Quería… —Marina sintió la antigua excitación enfermiza;

había hablado muy deprisa, sin pensar. «¿Por qué estoy haciendo esto? Exhibirme. ¡Como si así pudiera hacer que este hombre me amara!»

Habían llegado a la cumbre de la colina y se hallaban en una zona abierta, cubierta de hierba; había rosas silvestres que formaban racimos blancos; al este, a kilómetros de distancia, el río Hudson era del tono de la piedra ajada por el tiempo, aplanado por la lejanía, sin movimiento, como un dibujo en un papel pintado. Adam, que había subido por la colina sin dejar traslucir el esfuerzo, cuyas piernas tenían fuertes músculos, el doble del tamaño de las delgadas piernas de Marina, esperó un respetuoso momento antes de preguntar:

—¿Cuánto duró esa fase de tu vida?

—Cerca de un año. Un año y medio. Huí para vivir de nuevo en Nueva York, con un amigo. Él también era artista. Y tenía un trabajo comercial de diseño gráfico. Creía que le amaba, era parte de mi desesperación.

—¿Y qué ocurrió después, Marina? —preguntó Adam.

—No lo sé —contestó Marina—. He intentado no pensar en ello. No le doy vueltas al pasado. Me hundí, supongo. Supongo que estaba enferma, físicamente. Siempre parecía tener fiebre. Me aterraba dormir, estaba ansiosa y enfadada todo el tiempo. Destruía todo cuanto tocaba. Mis manos se habían vuelto contra mí. Mi amante no podía vivir conmigo, dijo. Le eché y le rogué que volviera; volví a echarle; y odiaba lo que estaba haciendo, mi obra, lo destruí casi todo, perdí la fe en mí misma; incluso tiré casi toda mi ropa. Regresé a Bangor, encontré un empleo. Creí mi deber visitar a mi madre, aunque ella no supiera quién era o no le importara. Cuando alguien está muy enfermo, puedes medirte comparándote

con esa persona y consolarte pensando que tú no estás tan mal. Eso es la cordura, la emoción del alivio. Incluso con la tristeza, alivio. Pero esto confirmó mi decisión de no correr el riesgo de sufrir una crisis mental. El «arte» no lo merece. Y había otra parte de mí: había trabajado en librerías y me gustan los libros. Me gustan el aspecto y el olor de los libros, la cultura de los libros. También hay romanticismo en la cordura, ¿no crees? Me gusta el tipo de gente que entra en las librerías. Gracias a Dios, pensé, había abandonado lo otro… aquella locura. Reuní un poco de dinero y pedí prestado un poco más y obtuve una hipoteca sobre la pequeña y «curiosa» librería de Salthill y aquí he sido feliz. —Marina se rió. Era terca y estaba un poco enojada—. Soy feliz.

Y Adam, ¿estaba impresionado? A su manera divertida y franca, era evidente que no.

—Quizá has aceptado el fracaso demasiado deprisa. —dijo.

A Marina le dolió. ¡Fracaso!

—Te daré otra oportunidad, Marina. Una opción. Una nueva entrada a la vida que abandonaste.

Fue entonces cuando Adam propuso a Marina Troy hacerle un regalo. «Hacer un regalo» fue la expresión que empleó. Él le cedería la propiedad de una finca de unas dieciséis hectáreas en los montes Pocono, en Pensilvania, a unos ciento sesenta kilómetros al oeste de la colina en la que se encontraban. Una casa vieja, pero en buen estado; de piedra y entramado de madera, a once kilómetros de una pequeña ciudad llamada Damascus Crossing, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de East Stroudsburg, a orillas del río Delaware. Marina le escuchó sin acabar de comprender. Adam

señalaba hacia el oeste, y Marina se volvió para ver una secuencia de confusas colinas cada vez más pequeñas, un horizonte de árboles que debían de estar a unos pocos kilómetros, pero que parecían distantes.

—No pongas esa cara de alarma, Marina… —dijo Adam, divertido, como si este fuera el origen de la alarma de Marina—, la casa está preparada para el invierno, tiene aislamiento térmico. Está amueblada, más o menos. Hay un manantial, el agua más pura que jamás he probado. Podrías vivir allí sola, Marina, sin que nadie te molestara y sin que ninguno de nosotros, los de Salthill, te distrajera. Podrías hacer el trabajo para el que naciste.

Adam hablaba con entusiasmo, con sinceridad; Marina nunca le había oído hablar así, ni a él ni a ninguno de sus conocidos adultos. «Este hombre me ama, pero en un plano espiritual, no humano.» Las lágrimas acudieron a sus ojos, tan profundamente conmovida estaba; sin embargo era imposible, por supuesto, era una proposición absurda.

—Pero, Adam, ¿y la librería? No podría…

—¿Qué pasa con la librería? Estaría allí cuando regresaras, si quisieras. Si regresaras. Digamos que te vas un año; contrataremos a un gerente a tiempo completo. Tu actual ayudante parece muy capaz. Y, por supuesto, yo estaría en la ciudad y lo supervisaría todo.

Adam dejó caer la mano sobre el hombro de Marina y le dio un apretón; el peso de su mano y su calor casi hicieron que se tambaleara. Marina siguió protestando, y Adam siguió haciendo planes.

—La casa de Pearl Street puedes alquilarla por un precio elevado. Da la casualidad de que conozco el tema de la vivienda en Salthill, y

los precios están hinchados, como las propiedades del condado de Westchester. Tu bonita casa, del tamaño de una casita de muñecas, duraría veinticuatro horas en el mercado, y con el dinero del alquiler tendrías más que suficiente para mantenerte.

Marina miraba el rostro de su amigo, que ahora parecía resplandecer con más intensidad. Y la mano que estaba sobre su hombro, tan cálida. «No puedo. No puedo respirar.» Hacía mucho tiempo que Marina deseaba que Adam Berendt la tocara; sin embargo, el contacto era extraño para ella, desconcertante. Estaban tan cerca el uno del otro que podrían haberlos tomado por una pareja. Marina tuvo que resistir un impulso súbito de arrojarse a los brazos de Adam, de abrazarlo, apoyar la cabeza contra su fornido pecho y ser consolada en su angustia, aun cuando él fuera el agente de su angustia. Se liberó del peso y del calor de su mano.

—Adam, no podría aceptar semejante regalo. ¿De dónde has sacado esa propiedad para poder ofrecerla así? ¿En qué estás pensando?

Adam dijo, sorprendido:

—¿En qué estoy pensando? Estoy pensando en ti.

—Ya no soy una jovencita, Adam. Y aunque yo…

—Tonterías.

Entonces, de repente, Adam se volvió y siguió andando por el sendero. Estaba ofendido, frustrado. No hablaría más del tema aquel día. Como una mujer que ha salido a nado de un naufragio, Marina se miró a sí misma para ver si aún estaba allí. Se secó con cuidado el rostro húmedo y pegajoso con un pañuelo de papel, se apretó los cordones de los zapatos y siguió a Adam, que casi había desaparecido de la vista.

Marina esperaba que la absurda oferta que le había hecho cayera en el olvido discretamente, pero al cabo de unos días Adam pasó por la casita de color espliego de lo alto de North Pearl Street, junto al cementerio católico, para presentarle varios documentos legales plenamente formalizados en los que le transmitía legalmente una propiedad en el condado de Damascus (Pensilvania); y, en un sobre de papel manila, un mapa dibujado a mano en tintas de colores, unas llaves con etiqueta y una lista de una página con instrucciones respecto al funcionamiento de la casa. Con un aplomo exasperante dijo:

—Cuando lo desees, Marina. Ahora es tuya. Yo estaré esperando.

Marina estaba asustada, furiosa. Quería golpearle con los puños.

—Adam, ¿estás loco? No puedo aceptar este regalo.

—¿De quién, entonces, lo aceptarías? —dijo Adam, parpadeando.

—Adam, por el amor de Dios, no puedo.

Adam se limitó a dejar los papeles sobre una mesa de la habitación delantera de casa de Marina y volvió a la cocina para prepararse café. (Adam tenía la costumbre de pasar por las casas de Salthill donde le conocían y, según sus palabras, le toleraban. Marina no tenía idea de lo amplio que era su círculo de amigos, conocidos y vecinos. A veces él salía en bicicleta, a veces iba a pie. A veces le acompañaba su perro, Apolo, Apolodoro. Si invitabas a Adam, seguro que no se presentaba, y si no lo hacías, era posible que se presentara.) Marina rogó a Adam que recogiera el regalo, pero Adam dijo amablemente:

—Marina, no puedes rechazar un regalo de los dioses sin que caiga sobre ti una maldición. Ya lo verás.

Adam se llevó el tazón de café a la solana y Marina fue con él, con otra taza para ella, y durante media hora aproximadamente hablaron de otras cosas; cuando Adam se marchó, tras declinar la oferta de quedarse a cenar, le dio un fuerte apretón en la mano, la besó en la mejilla y se rió de ella. Marina pensó: «¿Está loco?». Le oyó reírse hasta que estuvo a media manzana.

Pensaba en ello como «el regalo». Durante varios días no se atrevió a tocar los papeles que le había dejado. Este sería el destino de Marina, ¿verdad?

No.

Sucedía lo que ella sabía. No era lo bastante fuerte. No resistiría la libertad en los montes Pocono ni en ningún otro sitio. Había perdido la valentía de su juventud. La audacia de su juventud. Para su alivio, Adam jamás volvió a sacar el tema de la granja en el condado de Damascus (Pensilvania), y Marina jamás lo planteó. Por supuesto, el tema estaba pendiente entre ellos, latente; igual que, como suponía Marina, el tema de un niño no nacido, una criatura abortada en el seno, debe de cernerse entre una mujer y un hombre, siempre en la conciencia pero jamás comentado.

Marina guardó «el regalo». No se atrevía a devolvérselo a Adam. Después de este incidente, aunque siguió amándole, le temía también, y más bien le guardaba rencor. Ningún hombre debería ser tan poderoso, entrometerse en el alma de otro.

Y un año y seis semanas más tarde, Adam estaba muerto. Marina era el albacea personal de sus propiedades. Con una punzada de temor, suponía que «el regalo» seguía siendo suyo.

6

Cómo entra la muerte en la vida. Después de la muerte de Adam, y aquel cuerpo extraño en el depósito de cadáveres, las cosas empezaron a aflojarse y desenredarse. Marina era una pasajera en un vehículo que, cuando va a gran velocidad por una curva, empieza a estremecerse. El instinto es cerrar los ojos.

Con todo, en realidad era una mujer responsable. La propietaria de la última librería independiente de la localidad, muy admirada como una mujer aún joven, independiente económicamente. La amiga de Adam Berendt y «albacea personal» de los bienes de Adam.

Marina se ocuparía de que incineraran el cuerpo de Adam a través de una funeraria de Nyack. Tenía que notificarlo a los parientes. (Pero ¿quiénes eran los parientes de Adam?) De alguna manera habría que llevar su coche a Salthill. Y estaba el asunto urgente del perro de Adam; ¿qué le había ocurrido a Apolo? Cuando Marina volvió a Salthill la noche del Cuatro de Julio, mareada y agotada por la dura prueba por la que había pasado en el centro médico, fue directa a casa de Adam pensando: «Solo yo soy responsable de ese perro». Una vez en casa de Adam, ¿dónde estaba Apolo? Cuando Adam se ausentaba durante breves períodos, solía dejar al perro fuera, atado a una correa larga, pero Marina no encontró a Apolo en el lugar de costumbre; ¿se había liberado de la correa, sabiendo de alguna manera que su amo tenía problemas, y había huido? El husky con el pelaje de puntas plateadas no se hallaba en la propiedad de Adam, Marina lo llamó una y otra vez hasta quedarse afónica, pisando la alta hierba, a través de una zona boscosa, y al fin por

River Road, con los ojos desorbitados, despeinada, llorando. «¿Apolo? ¡Apolo!» ¡Qué furiosa estaba, con el perro y con su difunto dueño! Su semblante pálido, crispado, se iluminaba con los faros de los coches que pasaban a su lado, la cegaban y, gracias a Dios, desaparecían. Salthill era una comunidad tan pequeña que Marina temía que alguno de aquellos conductores la reconociera, pero nadie lo hizo, y tampoco los residentes de River Road ante cuyas casas se detuvo para preguntar si habían visto al perro perdido. Nadie había oído «ladridos inusuales». Marina pensaba: «Apolo sabe que Adam ha muerto». Informó de la desaparición del perro al Servicio de Vigilancia de Animales de Salthill y se fue a casa, tan agotada que apenas se tenía en pie.

«¡Envidio a Apolo! —había dicho en una ocasión Adam—. De todos nosotros, solo Apolo no sabe que ha de morir.»

Cuando Adam murió, hacía siete años que Marina vivía, bastante satisfecha, en la mágica ciudad de Salthill-on-Hudson, donde todo el mundo era de edad madura.

Se había fijado enseguida: los residentes de Salthill que le parecían jóvenes —«juveniles»—, en algunos casos sorprendentemente atractivos, rondando los treinta, en realidad eran de edad madura. Bien entrados en los cuarenta, los cincuenta y algunos en los sesenta. Los residentes de Salthill que claramente parecían de «edad madura» eran ancianos. Las únicas parejas jóvenes que podían permitirse vivir en Salthill eran hijos de los ricos y poseían un aura de estadounidenses de edad madura, vigorosos, preocupados por la salud y «optimistas». Los adolescentes e incluso los niños de Salthill, que se tambaleaban bajo el peso de las

ambiciones que sus padres tenían para ellos como camellos con exceso de carga, eran de edad madura en espíritu. Lo más encomiable que se podía decir de esos retoños es que eran «maravillosamente maduros para su edad», incluso cuando lo más encomiable que se podía decir de los ancianos, si se pudieran identificar, es que eran «maravillosamente jóvenes para su edad». No importaba cuál fuera el perfil demográfico de Salthill y sus alrededores, la media de edad debía de ser de cincuenta años.

Adam Berendt refutaba estas observaciones. La gente creía que tenía cincuenta y pocos, y aparentaba exactamente esa edad. Pero, claro, él sí era de edad madura. («La esencia misma de ese estado del alma.»)

Marina Troy, que al cumplir los treinta y ocho se sintió alarmada, al menos podía consolarse, si consuelo era lo que quería, pensando que parecía «mucho más joven» de lo que era. Si no se la miraba demasiado de cerca, a una luz demasiado generosa.

Durante mucho tiempo se había imaginado como una niña, no una mujer, con una maldición que malograba su madurez. Aunque en realidad no era virgen, durante mucho tiempo había llevado una vida virginal. En Salthill se había convertido en un «personaje» en la imaginación de los demás. Como Adam Berendt, aunque Marina no era un personaje tan fuerte, tan popular como había sido Adam. «Un personaje menor. Una excéntrica.» Todas la comunidades crean mitos, y ninguna lo hace tanto como las comunidades de los privilegiados y los aislados, como Salthill. «¿Donde algunos nos hemos convertido en estatuas de sal, como la esposa de Lot?»

La localidad de Salthill-on-Hudson, de dos mil trescientos habitantes, se hallaba a menos de una hora de coche al norte del

puente George Washington; en tren se llegaba a Grand Central Station en veintiocho minutos, al menos si todo iba bien. Era una región «histórica» —una antigua comunidad holandesa fundada en 1694 en la orilla occidental del río Hudson, reconstruida y ampliada en 1845 por miembros devotos de la utópica comunidad de Salthill bajo el mesiánico liderazgo del capitán Moses Salthill, que con el tiempo, abrumado por voces angelicales y demoníacas en «fiera contención», se quitaría la vida— y al mismo tiempo apasionada, vibrantemente contemporánea. Existía un espíritu de comunidad casi en sentido literal. Se decía con cariño (aunque no con exactitud) que en Salthill hasta los republicanos votaban a los liberales. Existía una identidad de comunidad palpable, un alma. No se podía evitar. La propietaria de la famosa librería Salthill de Pedlar's Lane, en el núcleo del «encantador» distrito histórico, Marina Troy, no podía evitarlo.

Adam había dicho, refiriéndose a Salthill, que era un lugar que, como carecía de leyendas, salvo las relativas a los primeros colonos, muertos mucho tiempo atrás, tenía que inventárselas. Y quizá esto había llegado a ser cierto, a partir de la Segunda Guerra Mundial, del propio Estados Unidos. No había auténticos «héroes», porque no podía haber «acciones heroicas». Sin embargo, el instinto de crear «héroes», «heroínas», «leyendas» no era reducido. En cualquier momento un número de individuos debían ser nombrados «legendarios» por los medios de comunicación; un número de individuos debían ser nombrados «personajes locales» en sus comunidades. El deseo de creer que Adam Berendt había sido un ser solitario, por ejemplo, un hombre misterioso, no se vio confirmado por ninguna conducta real de Adam en el curso de los años; aunque

Marina percibía que con su muerte se intensificaría. Y estaba Marina Troy, un «personaje» en menor escala.

Marina Troy, que no se había casado nunca, de aspecto virginal y «fieramente independiente». Una figura de novela, al menos para otros, en este verde mundo suburbano en el que todos estaban casados o lo habían estado.

—Hacen cábalas sobre nosotras… —le comentó Abigail Des Pres, la amiga de Marina—. Yo soy la solitaria divorciada, neurótica y sexualmente rapaz, siempre a la busca de un hombre; tú eres la misteriosa doncella, con una larga y espléndida cabellera, como la protagonista de un cuento. No Rumpelstiltskin…

—¿Rapunzel?

—… una especie de tentadora inconsciente. Los hombres se sienten atraídos, intrigados, pero huyen asustados.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Todo el mundo tiene la impresión de que debe de haber un secreto en tu vida, Marina. Eso piensan ellos.

Marina se rió, aunque la revelación le produjo alarma e irritación. Su verdadero secreto, su esperanza repudiada de ser artista, no quería compartirlo con nadie (excepto con Adam, que jamás revelaría un secreto).

—¿A quiénes te refieres, Abigail?

—A ellos. A los que nos rodean.

Conque la gente hablaba de Marina Troy. ¡Aquellos hermosos y sombríos ojos gris piedra! ¡Su semblante sereno, tan melancólico! Se podía hacer reír a Marina, pero en silencio. Aunque era hija de un profesor de instituto, de ciencias, en la poco romántica Pike River (Maine), al norte de Bangor, y una mujer que por breve tiempo

había sido enfermera titulada, su leyenda en Salthill era que procedía de una familia «patricia de Nueva Inglaterra» que había perdido su fortuna (¿en la construcción de barcos?, ¿en la banca?) durante la Depresión. Aunque Marina viajaba con frecuencia a Maine para ver a su madre, que vivía en una residencia en Bangor, y a una hermana mayor, casada, se creía que la familia «patricia» de Marina no quería saber nada de ella. (¿Quizá el distanciamiento tenía que ver con el sexo? ¿Quizá con la política? Marina Troy era «muy de izquierdas, muy liberal».)

Marina no rebatía ninguna de estas historias, pues nunca se las contaban directamente, pero era consciente de ellas del mismo modo en que somos incómodamente conscientes de nuestros reflejos en espejos o superficies relucientes en las que, en compañía de otros, no queremos mirarnos. Excepto con Adam, Marina sabía que era mejor no hablar de su vida privada con los amigos de Salthill. Sabía que cualquier confidencia, aunque se hiciera con reparo, pronto era recogida por el círculo de Salthill, que la arrojaba al aire y la golpeaba, como una manada de perros podría atrapar a una desventurada criatura, arrojar su cuerpo al aire, gañendo y ladrando excitados, hasta que no quedara nada más que un pedazo de piel ensangrentada o unas cuantas bellas plumas también ensangrentadas.

Sin embargo, comprendía que lo que más admiraba Salthill de Marina Troy era su «entrega» a la librería Salthill. Esta tiendecita atestada se hallaba situada en una manzana de casas adosadas pintadas de diferentes colores, marrón, amarillo, verde pálido, rojo ladrillo, blanco tiza, como una ilustración de un libro infantil del siglo XIX. Por supuesto, Pedlar's Lane estaba empedrado y era de una sola

dirección, y tan estrecho que los camiones circulaban despacio, como trozos de tosco hilo pasando por el ojo de una aguja de coser. Desde luego, no estaba permitido aparcar ni en Pedlar's Lane ni cerca de allí, lo cual reducía considerablemente el número de clientes. Debido a un enorme Barnes & Noble en el gigantesco centro comercial White Hills de Nyack, a veinte minutos, y a las ventas de libros por internet, la librería poco a poco perdía incluso a los fieles clientes de siempre; no obstante, había algo romántico en este idealismo condenado, ¿no? En especial para los ricos que no lo sabían por experiencia propia, como Marina.

En Salthill también intrigaba que en un gesto galante o quijotesco, unos años antes, Adam Berendt hubiera invertido en la librería Salthill. O que al menos hubiera prestado dinero a su amiga Marina. (Cuánto, nadie lo sabía. Nadie suponía que Adam tuviera mucho dinero. ¿Un escultor que regalaba la mayor parte de su obra y daba la impresión de no trabajar nunca? ¿Que conducía desde hacía décadas un Mercedes de 1979 y vivía en una casa de piedra del siglo XVIII que necesitaba urgentemente ser restaurada?)

Marina residía en el número 388 de North Pearl Street, a diez minutos a paso rápido del 7 de Pedlar's Lane, o cinco minutos en bicicleta, en una casa victoriana de tablillas pintada de color espliego que empezaba a desconcharse, apenas perceptiblemente, con parras de adorno; vista desde la calle, la casa de Marina producía la extraña sensación de pertenecer a un libro de cuentos, como su tienda; la fachada era tan estrecha que un hombre casi podía rodearla estirando los brazos como, en un gesto divertido, un visitante había hecho en una ocasión. «¡Marina, vives en una casa de muñecas!» Marina se sentía obligada a plantar pensamientos y petunias

morados en las jardineras de las ventanas de su casa. El pequeño jardín delantero estaba rodeado por una valla de hierro forjado de noventa centímetros de altura; ante la puerta delantera había una estera que daba la bienvenida. En el interior de la casa había tres habitaciones en el piso de abajo y tres en el de arriba; la escalera era desalentadoramente empinada y estaba combada; las tablas del suelo de todas las habitaciones estaban combadas; el viejo cristal de las ventanas estaba curvado como si padeciera de astigmatismo. Se podía amar una casa así y estar terriblemente cansado de vivir en ella. Como se pueden amar los libros y estar terriblemente cansado del comercio de los libros.

Adam había visitado muchas veces a Marina en la casa de North Pearl, pero ni una sola había yacido en su cama de latón, que estaba en lo alto de la casa. El círculo de Salthill sentía curiosidad por esta posibilidad, y ni Marina ni Adam se sentían obligados a aclararlo. En realidad, Adam había subido por la empinada escalera, haciendo crujir la vieja madera, y había entrado en el dormitorio de techo inclinado, pero solo para ayudar a Marina a empapelar las paredes. Había reparado unos grifos que goteaban en los cuartos de baño, de arriba y de abajo. Se había ofrecido a calafatear las ventanas, y sin duda lo habría hecho antes de la primera helada de aquel año, pero murió a mediados del verano.

¿Qué tenía de romántico Marina Troy para sus amigas casadas? Ella suponía que debía de ser su soledad. Las mujeres que no podían soportar unos minutos de soledad en sus suntuosos hogares, que telefoneaban frenéticamente a amigas durante el día y llenaban sus agendas de cenas, cócteles, almuerzos, partidos de tenis, visitas a la ciudad, organizaciones de caridad; mujeres que se derrumbaban

cuando sus hijos se marchaban de casa para ir a la universidad o a pasar el verano en el extranjero, o incluso al campamento de verano; mujeres a las que aterraba la posibilidad de divorciarse, y sin embargo también la posibilidad de pasar un tranquilo fin de semana a solas con su marido; mujeres que hacían largas listas de individuos que «tenían deudas» con ellas y con los que ellas «tenían deudas», y en qué medida las tenían, decían no obstante que admiraban y envidiaban a Marina. Sin embargo, tenían muchas ganas de contaminar su soledad. La invitaban a sus continuas fiestas, sin importarles que, aunque estaba en deuda con toda la ciudad, raras veces devolvía la invitación; procuraban sentarla al lado de solteros tan deseables como Adam Berendt, quien, al parecer, nunca se había casado, y Roger Cavanagh, que tras la disolución de su matrimonio se había vuelto ingenioso e irónico, discapacitado como si le faltara un miembro o lo tuviera lisiado. Estas mujeres, la mayoría guapas y maduras, hablaban amablemente de la belleza «única» de Marina; de su perfil «patricio», pues una mujer valorada por su círculo no podía ser fea.

Marina vestía ropa llamativa, a diferencia de sus amigas de Salthill, que compraban exclusivamente en tiendas de diseñadores; pero quizá era llamativa por casualidad. Largas faldas de bajo estrecho, a menudo con alarmantes rajas en los costados; chaquetas de terciopelo con los codos gastados y hombros demasiado ajustados; costosas botas de piel descolorida por el agua; curiosos zapatos de aspecto ajado con o sin tacones, o zapatillas para correr negras con cordones negros. Era conocida como una de las «corredoras» de Salthill, y era de conocimiento público que ella y su amigo Adam Berendt iban a caminar juntos y realizaban largas

excursiones. Llevaba pantalones cortos, pantalones largos, tejanos; a menudo eran una talla o dos demasiado grandes; y jerséis de punto que parecían confeccionados a mano aunque no lo eran. En realidad, Marina no era muy hogareña. Cuando por fin no podía evitarlo e invitaba a algunos amigos a cenar, la comida solía estar preparada de forma apresurada; a menudo la compraba en Chez Hélène, la primera tienda de alimentación de Salthill. (Si los amigos de Marina veían envases de Chez Hélène en la cocina, hacían circular la buena noticia: «Estamos de suerte esta noche».)

El miedo de Marina a lo doméstico tenía una cara más oscura. Temía abrir esa vena porque ¿qué ocurriría si se desangraba hasta morir?

Siete años antes de la muerte de Adam, se lo había presentado una pareja mayor de Salthill, los Hoffmann. Se contaría con cariño cómo en aquel encuentro Adam Berendt había estrechado la mano de la joven pelirroja y clavado en ella su crítico ojo izquierdo, y en voz alta, estentórea, había declarado que era contemporánea de Isabel I («Los retratos de Hilliard»). De forma impulsiva Adam se llevó a los labios la mano de Marina para besarle los nudillos, mientras ella, la tímida Rapunzel, le miraba fijamente con asombro. «¿Quién demonios es este hombre?»

Evitó a Adam el resto de la velada. El simple hecho de verlo la hacía sonrojarse como una hemorragia en el rostro.

Con todo, también la había emocionado agradablemente. Porque en el fondo era una mujer vanidosa. Marina Troy, reina virgen.

En realidad los celebrados retratos de Isabel I pintados por Hilliard, que Marina buscó en su librería a la mañana siguiente, muestran una mujer pelirroja muy pálida, sin cejas, que no sonríe,

de edad indeterminada, ni joven ni vieja; nariz larga y estrecha, ojos cautelosos, vigilantes. Salvo por el atuendo excesivamente adornado de la reina, que exudaba un aire casi de locura, no se habría adivinado que aquel individuo era una mujer, hembra.

Marina pensaba en estas cosas como una forma de no pensar en la muerte de Adam. En el piso de arriba de su destartalada casita de armazón de madera en lo alto de North Pearl Street, al lado del cementerio. No podía esperar conciliar el sueño tan pronto. Solo era medianoche. El 5 de julio, y los exasperantes fuegos artificiales por fin cesaron. Había hecho varias llamadas telefónicas y hablado en voz baja al teléfono, y por último pidió a otros amigos que efectuaran el resto de llamadas por ella; ahora el aparato estaba descolgado, completamente en silencio, como si hubieran cortado el cable.

Ella le había abrazado, o lo había intentado. Le había acariciado el rostro contraído, besado los párpados sin color. «Del cuerpo en que se había convertido. No de Adam.»

Una vigilia para Adam. Había revuelto los cajones del escritorio y encontrado «el regalo», que rápidamente dejó sobre la mesa, sin examinar los documentos. Encontró fotografías de Adam y de ella, y varios esbozos al carboncillo que ella había hecho de él unos años atrás. «Una prueba. Él sí existía. En mi vida.» Por alguna razón, un día había sentido la necesidad de dibujar a Adam, aunque hacía años que no cogía un carboncillo. «¿Mi fea jeta? —había preguntado Adam—. ¿Por qué?» En realidad no quería posar para Marina, estar sentado de ese modo era demasiado pasivo para él, le ponía un poco nervioso, pero había cedido, pues Marina le había convencido y

él era un tipo con buen carácter, un buen tipo. Y quizá había sentido curiosidad por ver si Marina tenía talento.

De modo que Adam había posado para Marina, en la solana de detrás de su casa, y ella había intentado, por Dios que lo había intentado, captar su aspecto, su espíritu; al final se rindió y guardó los esbozos, sin enseñárselos a Adam, pues sabía que se reiría de ellos y querría romperlos. Los había guardado porque eran una señal de su intimidad, de ella y Adam; y de la hora sumamente intensa y concentrada que habían pasado aquella tarde de enero, que, de lo contrario, habría caído en el olvido. (Excepto porque Marina recordaba que aquella noche ella y Adam aparecieron juntos de manera oficial en un acto público, en el salón del Consejo de las Artes de Salthill. Un donante anónimo, presumiblemente acaudalado, había entregado a la organización, en la que aquel año Marina ocupaba un cargo, una alta escultura en forma de columna, de mármol travertino y madera de cerezo, del distinguido escultor argentino Raúl Farco, y el Consejo de las Artes había pedido a Adam que presentara la escultura a un público que en gran parte desconocía la obra de Farco. Adam declaraba que le desagradaban los actos de esa naturaleza; sin embargo, una vez en pie, seguro del interés de su auditorio, habló con vehemencia y entusiasmo, y recibió un caluroso aplauso. Vestía una gruesa chaqueta informal de tweed de color verde brezo, pantalones grises que no conjuntaban, camisa azul oscuro y corbata cuyo estilo y belleza hicieron sospechar a Marina que debía de ser regalo de una mujer. Pero ella no era celosa.) Ahora, al examinar los esbozos, Marina quedó profundamente decepcionada. Esperaba, tras el horror de Jones Point… Pero no había logrado captar la esencia misteriosa de aquel

hombre. Se podía identificar en aquel personaje de aspecto bruto a Adam Berendt, pero no era Adam Berendt; era un muñeco, un maniquí; un simulacro de un hombre fornido, de edad madura, con el rostro arrugado, la cabeza calva y ojos poco naturales, del que toda juventud, todo vigor y misterio habían desaparecido. «Como en el depósito de cadáveres, tendido inerte. Ambos ojos ciegos. La boca entreabierta como si le quedara algo por decir… pero ¿qué?»

Marina cogió un carboncillo e intentó corregir el aspecto de Adam. Obligándose a recordar a Adam tal como había sido en vida. No en la muerte, sino en vida. De pie ante ella, allí, en aquella habitación, como había estado cuando vivía. Sonriendo. Tendiéndole los brazos. ¿Bromeando? ¿Sobre qué? «¡Las colinas siguen ahí, Marina!» Pero también se había reído de ella. Se había reído de todo Salthill, aunque sin mezquindad. Marina se puso a temblar al verle con tanta claridad. Al oír su voz. Sin embargo, manoseó el carboncillo, incapaz de expresar lo que veía, como cuando era niña. «Oh, Adam.» Era cierto: se mirara como se mirase, tenía una fea jeta. Su piel parecía chamuscada, y se había roto la nariz, y tenía una cicatriz desigual, de un blanco sorprendente, que le cruzaba la ceja derecha. Sin embargo, ¿por qué no era feo? Al contrario, a Marina Adam le parecía guapo…

En *Fedón*, de Platón, Sócrates nos asegura: «Nuestra alma es imperecedera e inmortal y existía antes de que naciéramos».

«Oh, Adam, ¿es cierto? Yo no creo que eso sea cierto.»

Era la 1.08 de la noche. La mano le temblaba. El carboncillo que se había revelado tan inepto cayó al suelo. Los dibujos eran toscos, desastrosos. El hombre había desaparecido. Adam se había marchado. ¿Cómo soportar aquella noche? Marina debería haber

roto los dibujos, testamentos de su pérdida, pero incluso este acto desafiante le resultaba imposible.

7

Cómo entra la muerte en la vida. Y la vida se altera. Ella sabía que Roger Cavanagh, que era el abogado de Adam y había sido su amigo, la llamaría pronto, y al cabo de unos minutos de colgar el auricular, con cautela, con temor, sonó el teléfono y era Roger. Para indicarle que, por favor, fuera a verle a su despacho de la ciudad, si estaba libre. Tenía que tratar con ella un asunto privado y urgente.

—¿Es… el testamento de Adam? —preguntó Marina, y Roger respondió:

—Sí, el testamento de Adam.

Marina había despertado en un estado de emoción contenida. La noche anterior había dormido mal. Haciendo esfuerzos para no ahogarse mientras Thwaite Thwaite entraba en sus sueños con la lógica de las pesadillas. Thwaite, que era una asquerosa sustancia de regaliz que le bajaba por la garganta. En un día de brillante claridad se movía como una sonámbula. O como una mujer que sufre la clásica resaca. Pensando que, en circunstancias normales, se habría irritado con Roger Cavanagh, tan absorto en su función de abogado que ni siquiera le había dado el pésame por la muerte de Adam.

Roger Cavanagh, cuya esposa se había divorciado de él y había conseguido la custodia de su hija. Cuántas veces en Salthill habían sentado a Marina al lado de este hombre en cenas, como si, de

alguna manera, a los ojos de sus amigos Marina y Roger tuvieran que estar «predestinados»; sin embargo, ninguno de los dos parecía sentir mucho por el otro, excepto cautela, una vaga incomodidad sexual. Roger raras veces iba a la librería Salthill. Era un hombre que reconocía, casi jactanciosamente, que no «tenía tiempo» para las lecturas serias; periódicos, televisión y publicaciones profesionales eran lo único para lo que «tenía tiempo». Cómo le toleraba Adam era algo que Marina no acertaba a comprender. Roger le hacía pensar en cosas afiladas, oscuras: aletas de tiburón, pinchos de vallas de hierro forjado, dolorosos sobresaltos en la oscuridad cuando te levantabas tambaleante de la cama. Años atrás, la había llamado varias veces para pedirle… Marina no recordaba qué. Lo esencial del hecho de que un hombre no casado telefonee a una mujer no casada en semejantes circunstancias debe de significar, para decirlo claramente: «¿Te acostarás conmigo?». Marina se echó a reír mientras se enrollaba a tientas una trenza en la cabeza, sin preocuparse de mirarse en el espejo con atención. ¡Sí, una resaca! ¿Por qué no pensar en la pena de este modo?

En algún lugar, cerca, ladraba un perro. ¿En el cementerio?

¿Apolo?

Adam había llevado el perro a visitar a Marina en numerosas ocasiones, ¿podía Apolo haber encontrado el camino hasta allí?

Cuando Marina salió presurosa de la casa llamando: «¿Apolo? ¿Apolo?», los ladridos habían cesado.

Fue en coche a la oficina de Roger Cavanagh, en Shaker Square. Y Roger la estaba esperando en los escalones delanteros, fumando un cigarrillo. El aire de impaciencia apenas reprimida. Era última hora de la mañana, domingo, el fin de semana del Cuatro de Julio. La

plaza estaba vacía. La empresa de Roger, Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook, era propietaria de uno de los edificios de piedra caliza rojiza del siglo XVIII, en el centro del núcleo «histórico». Roger era un reputado abogado de Salthill, capaz, digno de confianza, conservador. Marina nunca había entrado en ninguna casa de Shaker Square, que en su mayoría albergaban a abogados; abogados caros; cuando no podía evitar contratar a un abogado, elegía uno con despacho en un distrito periférico o en un centro comercial. Cuando Marina se acercó, Roger frunció el entrecejo a modo de saludo, miró arriba y abajo la calle, como si le preocupara que pudieran verle, y la invitó a entrar.

—Entra, por favor.

En cuanto Marina lo hizo, Roger cerró la puerta con llave.

La serie de despachos estaba desierta, claro. Marina se sentía incómoda, a solas con Roger en aquel lugar. Y qué diferente parecía él: se había afeitado con descuido, dejando un poco de barba, y tenía un leve rasguño en la mandíbula con un poco de sangre; su pelo oscuro, en general cortado y peinado de modo impecable, estaba alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él. Y tenía ojeras, los ojos más hundidos de lo que Marina recordaba.

—Una noticia terrible —murmuró Roger—. Increíble.

Sin embargo habló con sequedad, como si no quisiera malgastar aliento. O emoción. Aunque solía exudar un aroma a colonia adusta y masculina, ahora olía abiertamente a su cuerpo. Y vestía ropa informal, ropa arrugada. También él había pasado una mala noche, pensó Marina, que sintió por un instante una punzada de ternura hacia ese hombre calculador.

—Precisamente Adam. Que estaba tan… —añadió Roger, que hablaba por hablar, como, obligada por la cortesía, lo hace la gente que tiene otra cosa, algo mucho más importante, en la cabeza, y apenas sabía lo que decía— lleno de vida. Precisamente él. ¡Qué noticia tan terrible!

Condujo a Marina a paso rápido, sin ceremonia alguna, a través de la lujosa oficina, hasta su gran despacho, que estaba en la parte de atrás; aunque era una soleada mañana de mediados del verano, las persianas de finas tablillas estaban cerradas. Sobre el escritorio de Roger, entre montones de documentos, una taza de plástico, probablemente café caliente; un cenicero y colillas. Por deferencia a Marina, que se había apartado de su cigarrillo, Roger lo apagó en el cenicero. Sorbió por la nariz, emitió una especie de resoplido como si se aclarara los orificios nasales; alzó los hombros dentro de la camisa informal y pidió a Marina que tuviera la bondad de tomar asiento. Marina se preguntó qué era tan crucial, por qué la había llamado. Sus ojos se pasearon inquietos por el despacho, que estaba amueblado con costosa teca, cuero negro y cromados. Había un decorativo tabique de ladrillo de cristal opaco que separaba lo que Marina suponía era un lavabo particular en la parte posterior del despacho; y esa pared le recordó el depósito de cadáveres del centro médico de Jones Point y lo que había visto allí… Marina murmuró:

—Sí. Terrible.

El elegante despacho de Roger Cavanagh era un escaparate para ser admirado, pero Marina no iba a decir lo que se esperaba, la frase convencional en Salthill, ni pondría violento a Roger con un arrebato de dolor, aflicción, lágrimas. En un armario de madera de teca vio

una figura de latón esculpida del tamaño de un violín, con una lisa superficie oval elevada que sugería un rostro humano en el que apenas cristalizaban unos tenues rasgos protoplasmáticos. Era una antigua obra de Adam Berendt de una serie que a Marina le parecía bella, aunque él la había rechazado y ni en su estudio ni en su casa tenía ninguna pieza de aquella época. «Demasiado artístico y cohibido; demasiado Brancusi», había dicho Adam de las piezas de latón. Roger explicó:

—Me lo regaló. No me dejó pagarlo ni a precio de coste.

Había un aire de vergüenza y frustración en esta frase, aunque Marina no sabía por qué. Roger estaba hojeando unos documentos que tenía sobre el escritorio y respiraba roncamente. Marina fingió interesarse, y luego se interesó de verdad, por varias fotografías enmarcadas que estaban sobre el escritorio de cristal de Roger. Como si Roger Cavanagh quisiera decir: «¿Lo ves? Soy un hombre normal. Esto es lo que verdaderamente me importa». Una de las fotografías era de una niña de unos once años, evidentemente la hija de Roger, una niña que no sonreía y entrecerraba los ojos para protegerlos del sol, con una pose tan extraña que Marina dedujo que otra persona, probablemente la ex esposa, había sido recortada de la escena; en otra fotografía, la niña era mayor, fea, con la mandíbula cuadrada, los ojitos entrecerrados de Roger y el pelo oscuro, espeso y basto, y sonreía levemente; la tercera era la de mayor tamaño y la que reflejaba la mayor esperanza, Roger y la niña, ambos con traje blanco de tenis, con la raqueta en la mano, posaban juntos con los ojos entrecerrados y sonriendo delante de una red de tenis; ahora la niña aparentaba unos catorce años y era casi tan alta como su padre. Marina preguntó:

—¿Es tu hija?

Roger respondió sin mirar las fotografías:

—Sí.

Abrió un voluminoso documento de unas veinte páginas delante de Marina. «Últimas voluntades y testamento de Adam Berendt.» Estaba fechado en abril de aquel año. Roger dijo:

—Posiblemente sabes que Adam ha dejado casi todos sus bienes a organizaciones benéficas. Su casa y sus terrenos a la Fundación Histórica de Rockland, y una donación suficiente para crear en ella un centro de arte. Ha hecho otras donaciones a organizaciones medioambientales, la Unión Americana por las Libertades Civiles y causas liberales afines, el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, etcétera, exactamente lo que cabría esperar de Adam. Aparte de la propiedad junto al río, que podría valer un par de millones de dólares, dudo que Adam tenga muchos bienes, pero podría llevarme una sorpresa. Los abogados, igual que los sacerdotes, a menudo se llevan sorpresas. La muerte no suele hacer salir lo peor que hay en nosotros, ni siquiera lo mejor, sino lo que no se sabe, lo secreto; te acostumbras a las sorpresas, que no son siempre desagradables. Pero te aliviará saber, Marina —prosiguió Roger mirándola de reojo, con una mirada tan llena de tensión que Marina no comprendía cómo podría sentir alivio—, que Adam no dejó sumas de dinero o regalos importantes a ningún particular, ni siquiera a sus amigos íntimos, ni ninguna de sus posesiones, excepto «obras de arte al azar», como él las llama, para que su albacea personal, tú, disponga de ellas como le parezca adecuado. Yo soy el albacea de sus bienes, como sabes.

Marina, inquieta, preguntó:

—¿No designó ningún heredero?, ¿ningún pariente?

—No.

—Pero tenemos la obligación moral de localizarles, ¿no? A los parientes de Adam. Informarles del… funeral.

—Podemos intentar localizarles. Iremos a su casa esta mañana y veremos lo que encontramos, si no te importa revolver sus papeles tan pronto después de lo que ocurrió ayer, pero el propio Adam nunca me dio el nombre de ningún pariente, y puedes estar segura de que se lo pregunté, se lo pregunté más de una vez, por lo que dudo que encontremos lo que buscamos.

Marina objetó, pues no le gustaba el tono perentorio, de abogado, que empleaba Roger.

—De todos modos tenemos que intentarlo. Es nuestra obligación moral. Aunque Adam quisiera cortar con su pasado, sus parientes tienen derecho a ser informados de su muerte, ¿no crees? Solo tenía cincuenta años, al menos uno de sus padres aún podría estar vivo. Por comentarios que Adam hizo algunas veces, sin saber lo que decía, en especial cuando íbamos de excursión, tengo la idea de que pasó su infancia en un estado del Oeste, como Montana o Wyoming.

Marina no sabía si hablarle del «regalo», pero decidió no hacerlo; se sentía incómoda, culpable al respecto y por lo secreto de la transacción; lo moral sería devolver la propiedad al patrimonio de Adam, de alguna manera; pero ¿era posible dar algo a un hombre muerto?

Roger decía:

—Esto es más importante, Marina. La voluntad de Adam.

Roger había abierto el documento por las páginas finales, donde Adam había firmado, con su característico garabato, sobre la palabra

«testador». Los otros espacios, sobre «testigo» y «notario público», estaban en blanco. Marina dijo:

—Adam firmó el testamento, pero ¿no lo hizo nadie más? ¿Por qué?

—Por ciertas circunstancias —respondió Roger.

—¿Por qué no hubo testigos de la firma en su momento? —preguntó Marina.

—Por ciertas circunstancias, Marina, como ya he dicho.

Marina parpadeó, sin comprender. La noche anterior se había sentido tan desdichada que había regresado a casa, después de su inútil búsqueda de Apolo, y se había desplomado sobre la cama, exhausta, demasiado desmoralizada incluso para quitarse la ropa, con el cerebro desenfrenado, al borde de la locura; no era de extrañar que ahora le costara entender cosas sencillas. Estaban los ojos evasivos de Roger, y su boca, pequeña, de aspecto amoratado, una curiosa boca para un depredador, ¿qué estaba diciendo? Algo acerca de que el testamento no estaba «completo», «no del todo formalizado».

—¿Marina? Mira esto.

Roger parecía irritado. Explicó a Marina que aunque este era el testamento que Adam quería, en todos los detalles, había aplazado durante años el que Roger lo redactara; después de que Roger lo preparara en abril, Adam había retrasado el momento de firmarlo durante semanas, y luego meses, hasta que fue demasiado tarde.

—Entonces, ¿esta no es la firma de Adam? —preguntó Marina con ingenuidad. Un instante después se dio cuenta. «Ha falsificado su firma. ¡Eso es!»

Roger decía, con el aire de un hombre que defiende un caso:

—Fue imposible. Adam concertaba una cita y luego no acudía. Habríamos utilizado, claro, testigos de esta oficina. Aunque era un hombre inteligente, podía comportarse como un estúpido. Con terquedad. Bueno, ya sabes cómo era Adam.

Marina examinó las páginas finales del testamento y vio que el Adam Berendt garabateado en la página veintiuno se parecía mucho, pero no era idéntico, al de la página veintidós. La firma estaba ejecutada con habilidad, pero no era perfecta. Se quedó un rato contemplando las firmas y los espacios en blanco para los testigos, sin saber, aunque desde luego lo sabía, qué se esperaba de ella. Por qué Roger Cavanagh la había llamado con tanta urgencia. Roger dijo:

—Legalmente, Adam ha muerto sin testamento. Este testamento carece de validez. Sería enviado a un tribunal de testamentarías y allí languidecería durante años. Gran parte de los bienes se emplearían para pagar los impuestos de sucesión y, como es posible que jamás se localice a ningún pariente próximo de Adam, la mayor parte iría a parar al estado de Nueva York. Los deseos especiales de Adam no se cumplirían, ¿lo entiendes, Marina? Por Adam, no por nosotros, tenemos que ayudarle.

—¿Esto no es… ilegal? ¿Un delito?

La pregunta quedó en el aire, sin contestar. Roger suspiró y esbozó su rápida sonrisa sin alegría.

—Has hecho la firma por él. Por Adam.

—Alguien lo ha hecho.

—Entonces, ¿yo tengo que ser el testigo? ¿Y quién será el notario público?

—Yo soy notario público —respondió Roger.

—¿Y la fecha de hoy es…?

—Veintidós de junio, miércoles. La fecha de la cita más reciente de Adam, que está en el ordenador del bufete.

—Roger, ¿esto es… un delito?

—No tenemos otra opción, Marina. Sabes que Adam querría desesperadamente que lo hiciéramos.

—¿Qué ocurriría si tú, un abogado, fueras…?

Roger preguntó con aspereza:

—Marina, ¿vas a firmar?

—Sí.

Marina cogió la pluma que Roger le ofrecía y firmó.

Cómo entra la muerte en la vida. *Y después todo se altera*. Fueron en coches separados a casa de Adam Berendt, junto al río, a unos dos kilómetros de Shaker Square. El estado de ánimo de Marina era ahora de euforia, esperanza; flotaba sobre el anterior estado de desesperación y desolación. Porque ahora era una delincuente, por su amante muerto.

Imposible no imaginar que los muertos nos observan. Nuestro amor por ellos es una suave gasa reluciente que se arrastra detrás de nosotros.

Cuando Marina llegó al largo sendero de grava con roderas, entre hileras de descuidados árboles, sintió la creciente excitación que experimentaba siempre que iba a casa de Adam, pero se dijo: «No. Ahora no». Sin embargo, esperaba ansiosa que el perro de pelo plateado saliera corriendo a saludarla, como habría hecho el perro de Adam en circunstancias normales si este estuviera en casa; pero no apareció ningún perro y Marina tragó saliva, y cuando vio la casa

a la orilla del río, tras los arbustos de hoja perenne que Adam no había recortado después de la tormenta de nieve del anterior enero, la casa que siempre se le había antojado tan romántica, con la estropeada piedra de color gris borgoña, los inclinados tejados de pizarra y las altas chimeneas, le pareció ahora melancólica y abandonada. Al lado de la casa había un campo de altas hierbas y flores silvestres, sobre todo achicoria, no un césped bien cuidado; Adam se reía, se burlaba de los céspedes de las zonas residenciales; él nunca se había tomado la molestia de retirar las hojas caídas, año tras año. En su jardín crecían las malas hierbas, una exuberante colmena de verdor. En el tejado del antiguo garaje, donde antaño se guardaban los carruajes, crecía musgo. Aparcado en la parte trasera de la casa estaba el coche americano último modelo de Roger Cavanagh, no el coche que debía estar allí. Marina tendría que ocuparse de que llevaran el coche de Adam de aquel lugar de muerte. Por segunda vez aquella mañana vio a Roger Cavanagh esperándola ante una puerta abierta, salvo que ahora la miraba de un modo que hizo que se le acelerara el pulso y aumentara su intranquilidad.

«Mi socio en la conspiración. Por Adam.»

¡Su nuevo estado de ánimo! Marina sonrió para asegurar a Roger que no estaba alterada, que estaba bien. La mueca de la boca al sonreír tan parecida a la mueca de la boca en un gesto de angustia. De apetito sexual.

Cuando Marina tropezó en los escalones de la entrada, Roger la cogió del brazo, y la sensación que le produjo su contacto, su firme apretón, fue como una puñalada.

—Lo que estamos haciendo es extraño. Pero hay que hacerlo.

Entraron en silencio en la casa de piedra, que estaba fresca incluso en una cálida mañana de mediados de verano. Marina empezó a temblar. Deseaba desesperadamente gritar: «¿Adam? ¡Adam!». Aún esperaba que apareciera el ruidoso y excitable Apolo, ladrándoles y meneando la cola. Pero solo hubo silencio. Se quedaron en el vestíbulo, manchado de sol y sombra. La intensa luz del sol se derramaba sobre el amplio y desordenado salón, donde se esperaba que Adam Berendt recibiera a sus visitas, ya que no lo había hecho en la puerta delantera; pero la luz del sol estaba vacía, carecía de alma. Marina se movía lentamente contemplando con otros ojos las cosas que le eran familiares. El desvencijado sofá de piel de Adam con cojines disparejos; las sillas de estilo Shaker que había hecho con gran cuidado, a juego con las seis sillas que había tallado y montado para el comedor de Marina; mesas con pilas de libros, revistas, periódicos, discos; sobre la alta repisa de la chimenea, el par de antiguos candeleros de peltre que Marina había regalado a Adam en uno de sus misteriosos cumpleaños. (Misteriosos porque Adam nunca daba una fecha exacta, solo aproximada; y jamás especificaba la edad.) Apoyado contra la pared del fondo había un reloj de pie de metro ochenta de alto, de cerámica y metal, que Adam había construido con diversos materiales idiosincrásicos. Todo el que visitaba a Adam admiraba este objeto, que tenía un péndulo que funcionaba pero no carillón, y tampoco manecillas en la reluciente esfera de cerámica; Adam quitaba importancia a la pieza diciendo que era «demasiado simpática, al estilo de Rauschenberg»; no quería venderlo. Marina vio con pueril alivio que el péndulo aún se movía. Su metálico latido llenaba la habitación.

Marina dijo, incómoda:

—No está bien que estemos aquí. Adam no esperaba visitas.

—Ahora Adam no está. No espera nada —repuso Roger.

Recorrieron la casa. «Como fantasmas», pensó Marina.

Como si ellos, no Adam Berendt, estuvieran muertos.

Pasaron por delante de la cocina pero no entraron, solo miraron dentro. A Marina se le saltaron las lágrimas; ¡la cocina de Adam! Era su habitación favorita, después del estudio. Cuando tenía invitados a cenar, lo que raras veces ocurría, todos se reunían en la cocina y ayudaban a Adam a preparar la comida; si Marina le visitaba de día, solían sentarse en la cocina. Las ventanas daban al río. Era una vista que cambiaba constantemente. Él había hablado a Marina de una extraña ausencia de todo deseo, una profunda paz, en especial en invierno, con los codos apoyados sobre el tablero de la mesa, mirando fuera. «No es que sea un hombre feliz ni un hombre infeliz —le había dicho—, pero la felicidad y la desdicha son demasiado insignificantes para que importen. En un lugar como este te conviertes en tu propia creación. No sientes nada, o lo sientes todo. Te fundes con el cielo.»

Marina dijo, procurando emplear un tono práctico:

—El frigorífico. Vendré a vaciarlo, y también los armarios, en otro momento. Ahora no.

Roger caminaba deprisa delante de ella. Marina, al ver un montón de libros en el suelo, al lado de un armario con la puerta entreabierta, se paró a hojearlos, y esta fue la primera de sus sorpresas: aquellos libros, con sus brillantes cubiertas, recién comprados, eran de la librería Salthill. Marina abrió el armario para ver más libros, un centenar tal vez, apilados en los estantes. Poesía,

ficción, arte, historia. Al principio los miró fijamente sin comprender. Luego entendió de pronto y sintió como un golpe en el pecho: el propio Adam los había comprado.

Desde que Adam había invertido en la librería y realizaba frecuentes visitas, en especial cuando se encargaba de ella en ausencia de Marina, esta había observado un aumento de las ventas y los beneficios. Algunos meses el incremento era modesto; en otras ocasiones era… bueno, alentador, estimulante. «Adam, hay buenas noticias: estamos ganando dinero.» Marina había atribuido la prosperidad del negocio a la simple presencia de su nuevo socio en la tienda: Adam era una figura popular en Salthill; a los otros hombres les gustaba hablar con él y a las mujeres les resultaba atractivo. Individuos que nunca habían entrado en la librería Salthill pasaban por allí cuando Adam estaba. Fue idea suya comprar unas sillas de ratán, poner una cafetera, animar a los clientes a sentarse, una clara imitación de las grandes librerías; había previsto ampliar el negocio comprando la tienda contigua, que se dedicaba al enmarcado de cuadros e iba mal; a diferencia de Marina, a él no le preocupaba el futuro. «Porque él subvencionaba el negocio. Era nuestro mejor cliente.»

Marina recordó con una punzada de vergüenza haber empaquetado una caja de libros no vendidos, el mes de enero anterior, sobre todo libros de poesía de distinguidas pequeñas editoriales, y haber pedido a su ayudante que los devolviera al distribuidor, y regresar al día siguiente a la tienda y descubrir que la caja había desaparecido. La ayudante de Marina le informó de que Adam había «vendido» toda la caja… a un «coleccionista de New Jersey». Janice no se encontraba en la tienda en el momento de la

compra y no había visto al espléndido cliente, que fue descrito como un profesor de inglés, jubilado, de un colegio superior femenino católico, con un interés especial por la poesía estadounidense contemporánea, pero la venta estaba en el ordenador, 618,95 asombrosos dólares. ¡Qué ingenua había sido Marina, qué desesperada debía de estar por querer creer! Al ver ahora algunos de los títulos en los estantes del armario de Adam, guardados sin leer, recordó cuán hábilmente la había engañado. Aunque había sospechado algo, de un modo burlón, respecto a los clientes especiales de Adam («Mujeres, evidentemente»), que solo aparecían cuando Marina no se hallaba cerca.

«¿Cuándo conoceré a esa clienta, Adam?

»Marina, querida, es mucho mayor que tú, ten piedad de ella. Todos debemos tener nuestras fantasías románticas.»

—Marina, ¿ocurre algo?

Roger, que había seguido adelante, regresó para ver por qué no lo acompañaba. Marina levantó la vista, con los ojos anegados de lágrimas, furiosa, para mirarle a la cara.

—Adam compró todos estos libros en la librería. Para animarme.

Roger frunció el entrecejo y pareció turbado. En un torpe gesto de compasión cogió un libro de poesía y lo hojeó como si buscara alguna prueba para refutar las sospechas de Marina. Esta dijo:

—Yo deseaba tanto creer que… el negocio mejoraba. —«Y un buen hombre, un hombre galante, había entrado en su vida, para cambiarla para siempre»—. Supongo… que todo el mundo en Salthill lo sabía.

Roger preguntó, con su voz de abogado, discutidora:

—¿Qué sabía exactamente? No hay ninguna prueba de que los libros sean de tu tienda.

Marina no iba a discutir. Aquel hombre también quería animarla. Cerró la puerta del armario con fuerza y se volvió.

En el despacho de Adam, en la parte trasera de la casa, con sus ventanas enrejadas llenas de polvo y el suelo de losas manchadas, que daba al estudio, Marina sentía su presencia. Y la tensión entre Roger Cavanagh y ella, tensos como la carga eléctrica que precede a la tormenta. No soportaba que aquel hombre le tuviera lástima, como había hecho Adam Berendt.

—¿De dónde sacaba Adam el dinero? ¿Lo sabes, Roger?

Marina procuró mostrar indiferencia, desapego; como si el tema crucial fuera el dinero, no el engaño de un hombre. Como si los aspectos materiales de la vida de Adam Berendt no tuvieran nada que ver con ella. No obstante, la pregunta sonó ansiosa, suplicante. Roger se había acercado al escritorio de Adam, un recio mueble antiguo con numerosos casilleros atestados y pesados cajones; con expresión seria abría sobres y carpetas para hojearlos. ¡Estaba revolviendo los papeles de un amigo muerto! Había algo de chacal en aquel acto, desagradable.

—Inmobiliarias, creo. Inversiones. Se mostraba misterioso respecto a su pasado, desde luego. Yo nunca le hacía preguntas personales, no lo veía práctico. Algunos hombres alardean de sus éxitos, pero daba la impresión de que a Adam le daba vergüenza hablar de ellos; había que deducir que había tenido suerte con los negocios. Al menos, tenía dinero. Pero parece que se consideraba un hombre de tal pureza que no debía tener dinero. Pagaba mis honorarios en efectivo.

La boquita herida de Roger se contrajo aún más. «¡En efectivo!» En un prestigioso bufete de abogados de Shaker Square. Marina tuvo ganas de reírse al imaginarlo. «Como entregar mierda, ¿no? Pero lo aceptabas.»

Marina retiró en silencio un jarrón de zinnias mustias del alféizar de una ventana. Zinnias del jardín de Adam. En el que poco después se esparcirían sus cenizas. No podía ser, semejante horror; sin embargo, era. Ella, Marina Troy, se ocuparía de que la ceremonia se celebrara como era debido. A dondequiera que iba, en la casa mortalmente silenciosa de Adam, Marina esperaba verle. Su expresión de asombro, su lenta sonrisa de desconcierto. «¿Marina? ¿Qué haces aquí?» Se acercaría a ella presuroso y le cogería las manos, que estarían temblando. «¿Marina? ¿Por qué lloras?»

Marina observó que los alféizares de las ventanas de Adam estaban mugrientos; los cristales estaban salpicados de agua de lluvia y sucios; sin embargo, el sol atravesaba el cristal, idiotizado, en absoluto afligido.

«¿Por qué, pues, he de estar yo afligida? Adam no lo querría.»

Al cabo de una hora Roger descubrió otro de los secretos de Adam: tenía créditos y cuentas de ahorro con varios nombres en bancos de Nueva York, New Jersey y Pensilvania. Tenía 180.000 dólares en bonos municipales emitidos por la ciudad de Nueva York, 325.000 dólares en bonos emitidos por la Power Authority de Long Island, cientos de miles de dólares en valores diversos. Los nombres eran Adam Berendt, Ezra Krane, T. W. Bailey, Samuel Myers. Quizá había otros en otras carpetas. Marina intentó examinar los documentos que Roger le había pasado, pero los nombres y las cifras se volvían confusos a sus ojos; se sentía mareada y asustada.

—No lo entiendo, Roger. ¿Por qué? —dijo.

Roger se apresuró a explicar:

—No es ilegal tener cuentas con otros nombres. No debemos juzgar a Adam sin saber más.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué utilizaba esos nombres? ¿Y de dónde procedía tanto dinero? —insistió Marina.

Roger dijo, irritantemente evasivo:

—Hay un momento en que el dinero empieza a producir dinero.

Marina protestó:

—¡Pero Adam era pobre! No era rico. Se reía de los ricos. Era… bueno, ya sabes cómo era Adam. Tú también eras su amigo.

Roger hizo un gesto de incomodidad con los hombros y dijo:

—Sí, yo era amigo de Adam, pero no creo que lo conociera.

Aparte de documentos financieros y legales, Roger no había encontrado ningún papel personal de Adam, ninguna carta ni documento que indicara que «Adam Berendt» tenía parientes, un pasado, una historia. En una de las casillas encontró media docena de vales de casinos de Las Vegas; en otra, un documento arrugado que pasó a Marina sin comentar nada, ¿una escritura de venta de una galería de arte de Manhattan? ¿Un recibo de 45.600 dólares por la adquisición de una obra de arte de Raúl Farco? Debía de ser la escultura donada al Consejo de las Artes de Salthill por un «donante anónimo». ¡Adam Berendt! Marina estaba aturdida. Recordaba que habían tenido que convencer a Adam de que presentara formalmente la elegante pieza de mármol en el vestíbulo del Consejo de las Artes y que, una vez que Adam hubo vencido su torpeza inicial al hablar delante de un grupo en el que se encontraban tantos amigos, había hablado no con elocuencia exactamente, pero sí con

calor y entusiasmo, explicando por qué la escultura de mármol era una obra importante, mencionando la gratitud de la comunidad hacia el donante «desconocido». Por una vez, dijo Adam, artista y donante no debían ir unidos, solo el artista y su obra serían celebrados. Todos aplaudieron efusivamente. Les había parecido que la visión de Adam era profunda. «Pero estaba hablando de sí mismo.»

Debajo de unas páginas de periódico esparcidas sobre una mesa Marina encontró la sucia y muy gastada libreta de direcciones de Adam. Rápidamente miró en la letra B… pero no aparecía ningún Berendt en ella. Muchos nombres de la libretita estaban tachados de cualquier forma y faltaban páginas enteras. Había numerosas inserciones, tarjetas de visitas y recortes de papel, que se caían de las manoseadas páginas. Marina no pudo resistirse y pasó a la «T», y allí estaba «Marina Troy». La mano empezó a temblarle. Qué sórdido era, anotar los nombres de seres humanos, direcciones y números de teléfono a medida que se cruzaban en nuestra vida; cuando ya no se cruzan, los tachamos o arrancamos la página. Adam había señalado algunos nombres con →; a Marina le pareció que → indicaba que el individuo ya no vivía. Por alguna razón el corazón le latía deprisa. ¿Qué significaba que «Marina Troy, North Pearl Street, 388», estuviera incluido en la libreta de direcciones de Adam Berendt, con tantas otras? No significaba nada, por supuesto. Marina dijo con súbita amargura:

—¿Qué queremos los unos de los otros, en realidad, todo este frenético «coleccionar» los unos de los otros? Amigos, vida social. Después de la muerte, todo debe de parecer inútil.

Roger, sentado en la silla giratoria de Adam, emitió una especie de resuello.

—Quizá antes de la muerte también.

Marina arrojó la libreta de direcciones sobre el escritorio ante el que él se encontraba, con repentina vehemencia.

Roger la hojeó rápidamente, como si sus secretos pudieran revelarse al instante. Ella sabía que estaba buscando la C. «Roger Cavanagh.» Marina sintió una punzada de desagrado hacia aquel hombre. ¿Por qué no podía ser él Adam? ¿Por qué no podía haber muerto él en lugar de Adam? Tenía la frente grasienta y llena de finas arrugas; su pequeña boca, herida e hinchada, le resultaba ofensiva, como si la hubiera besado una vez y le hubiera sabido a podrido. Roger debía de estar fatigado por el esfuerzo de la mañana, pero siguió sentado tamborileando con los dedos sobre el escritorio, y Marina sintió el impulso de poner una mano sobre la suya. ¡Pero jamás tocaría a aquel hombre! «Somos socios de conspiración. Criminales unidos. Pero ninguno de los dos comprende el alcance del delito.» Sentía vergüenza por haber invadido el hogar de su amante muerto; por haberse enterado de datos suyos que él no quería que los demás conocieran, al menos no ella; y la vergüenza se veía agravada por la presencia de Roger Cavanagh, como si los dos estuvieran mirando a Adam desnudo y cada uno tuviera que saber que el otro lo sabía. Marina procuró encontrar el tono adecuado para decir, en voz baja:

—Lo más extraño, Roger, es que hace veinticuatro horas Adam estaba vivo, y ahora no lo está. El resto, su vida privada, su secreto… no es tan extraño.

Pero ¿esto era cierto? Marina pretendía ser valiente.

Se daba cuenta de que Roger quería mirarla y no mirarla al mismo tiempo. ¡Eso era lo verdaderamente extraño! Roger era muy consciente, como hombre, de que se hallaba a solas con Marina, una mujer; su amiga y amiga de Adam, pero una mujer al fin y al cabo; era consciente de que los ojos de ella estaban llenos de pesar y amenazaban con infectar los suyos con su emoción. No era un hombre que confiara en la emoción. No en la suya, y sin duda no en la de otra persona. Era abogado no solo de profesión, sino por naturaleza. Por eso a Marina le caía mal de forma instintiva; a diferencia de Adam, era un hombre que precisaba control. Un hombre irritable, con fama de ofenderse enseguida. Su divorcio le había afectado de forma negativa y le desagradaban todas las mujeres, de las que desconfiaba por principio; sentía un deseo sexual agresivo e impersonal por todas las mujeres, un deseo de agarrar, de vapulear, de aporrear, de penetrar; sin embargo, más poderoso era el deseo de no tocar, ni siquiera de acercarse. ¡No, acercarse no! Su repulsión por las mujeres, suponía Marina, era física y moral. Sagazmente ella se dio cuenta de que, si podía herirte sin tocarte, te heriría; pero no lo haría al precio de tocarte. Y allí estaba Marina Troy, incómodamente cerca, a unos pasos de él, en la casa iluminada por el sol pero mortalmente silenciosa, junto al río, la casa de Adam Berendt, donde nunca hasta entonces habían estado juntos a solas, y quizá nunca habían estado siquiera juntos, incluso en compañía de Adam. Y ahora Adam había muerto. Marina dijo, insegura, sin saber lo que decía, con intención de disipar la tensión que había entre ellos:

—Me parece… que no estoy a la altura de la muerte de Adam. De la muerte. No merezco… lo que sea. Me da rabia, creo, que muriera

como lo hizo, entre desconocidos. Para desconocidos. Ese espantoso nombre, «Thwaite», se me atraganta.

El torrente de palabras hizo que Roger la mirara aún más intensamente. Levantó los ojos, que a Marina le parecieron inquietantes, de reptil, con los párpados pesados y sin embargo de movimiento rápido, ojos curiosamente hermosos, con un brillo dorado, que contemplaban absortos el cabello pelirrojo de Marina, trenzado con descuido, con mechones y ricitos húmedos que se habían soltado, y su cuerpo delgado y anguloso de jovencita bajo la ropa, su piel, que desprendía el calor de la desesperación. Estaba pensando que Roger Cavanagh nunca había visto a Marina Troy tan expuesta, sin la protección de la brillante y frágil armadura de su personalidad.

Roger se puso en pie e hizo un movimiento hacia Marina como si fuera a consolarla, pero Marina instintivamente dio un paso atrás.

Él preguntó:

—¿Qué aspecto tenía Adam anoche?

Marina le miró de hito en hito, ofendida.

—Por favor, Marina. Tú fuiste la única que lo vio. Te necesito.

—¡No quieras saberlo!

—Dímelo.

Los ojos de reptil: Marina se estremeció.

Sin embargo, dijo con calma:

—Adam… tenía aspecto noble en la muerte. Como una estatua. Un Rodin.

Se llevó la punta de los dedos a los ojos. Mientras veía de nuevo al hombre real, el cadáver en que su amante se había convertido. La rigidez del rígor mortis, pero la mandíbula y la boca flojas, perdiendo

su forma. Marina temía a aquel hombre, un rival de Adam, mientras veía a Adam con sus propios ojos, desnudo y expuesto.

—¿La muerte fue… instantánea? No sufrió, ¿verdad? —preguntó Roger.

—No. No sufrió. El médico de urgencias me lo dijo —respondió Marina.

¿Por qué decía esto, cuando era mentira, simplemente para calmar a Roger Cavanagh, que se comportaba de un modo tan extraño, tan diferente de como era?; ¿por qué lo hacía, si le detestaba? Con una extraña semisonrisa Roger dijo:

—Eso está bien, ¿no, Marina?, que no sufriera.

Marina iba a decir que sí, que estaba bien; en cambio rió con aspereza.

—¡No! No hay nada que esté bien en todo esto. No seas ridículo.

Huyó de él. ¿Había pretendido tocarla con sus repulsivos dedos? ¿Consolarla? Corrió a ciegas hacia la larga habitación rectangular que era el estudio de Adam. Allí el aire era más fresco, el techo más alto. En aquella habitación, que siempre olía a arcilla, a pintura, a trementina, había un leve frescor que procedía del antiguo sótano, de su suelo de tierra. Adam decía en broma (pero ¿tenía gracia?) que en los viejos tiempos, antes de que Salthill se civilizara, en la época del famoso burdel-taberna, aquel sótano de tierra seguramente se había utilizado para entierros rápidos. (Preguntaron a Adam si había excavado allí, y él dijo que claro que no; no tenía la más mínima curiosidad por encontrar, o no encontrar, huesos de doscientos años de antigüedad.) De todas las habitaciones de la casa esta era la que más se asociaba con Adam. Si no lo encontrabas en ningún otro sitio, lo encontrabas allí; y a Apolo

cerca. «Adam. ¡Adam. ¡Por el amor de Dios!» Era posible pensar que el hombre se estaba escondiendo de ella a propósito. Un reguero de sudor le resbaló por la cara, caliente como una lágrima. ¿Qué quería Cavanagh de ella? Percibía su interés sexual, un interés impersonal, y su repugnancia contra este; quizá ella experimentaba una sensación idéntica, ella, que se habría descrito como aturdida, asexuada, por la pena. En los últimos diez años o más no había hablado con aspereza, ni con el corazón, a nadie, como acababa de hablar a Roger Cavanagh, nunca había alzado la voz. «La muerte de Adam me está abriendo. Una herida negra.»

¿Roger la seguía? Deseaba que el hombre se marchara a casa y la dejara sola. Ella era la albacea personal de Adam Berendt. Se ocuparía de la casa, de que la limpiaran, empezaría a poner en orden la misteriosa vida de Adam. Recorrió el estudio tocando las cosas de Adam, que ahora habían adquirido un nuevo significado, pues le habían sobrevivido. Obras de arte, muebles, la enorme chimenea de piedra; sobre un banco, una prenda suya tirada, una camiseta corriente, sin vergüenza alguna ella la cogió, la apretó contra su rostro y aspiró el olor salado y arcilloso de Adam. No iba a llorar. Allí no. Ya había llorado suficiente. Tropezó con una tosca figura de arcilla incompleta que estaba en el suelo. El suelo era de madera y estaba cubierto en algunos lugares por restos de alfombra y periódicos extendidos, salpicados de pintura seca. En la neblina producida por el dolor le pareció ver… ¿qué?, ¿a Apolo?, una figura gris, fantasmagórica, dormitando en el lugar de costumbre, junto a la mesa de trabajo de Adam; pero no, no seas ridícula: era una mancha de sol con motas de polvo.

No recordaba por qué estaba allí. Si Adam no estaba para saludarla, y no estaba. Pero si había ido a la casa de Adam debía de ser con un propósito, y Adam debía de ser ese propósito. Estaba buscando… ¿qué? Sabía que no debía gritar: «¡Adam!», porque alguien, un hombre, un hombre al que apenas conocía, estaba en la casa con ella, observándola, y contaría a los demás: «Marina Troy está loca de pena».

Allí estaba la larga mesa de trabajo de Adam, desordenada, adosada a una ventana. En el alféizar, cáscaras desecadas de moscas muertas, de avispas. Y la ventana —todas las ventanas— precisaba un lavado. Ella las limpiaría. Allí estaba la mecedora de Adam, con el respaldo roto, cubierta con una colcha manchada; y allí estaba el sofá de segunda mano de Adam, con su gastada tapicería de pana de color calabaza, donde él a veces dormía cuando trabajaba hasta tarde en el estudio y le daba pereza desvestirse y acostarse en la cama como era debido, incluso quitarse los zapatos. «Cómo iba a casarse un hombre así —pensó Marina—; evidentemente no podía hacerlo. Ni vivir con ninguna mujer.» En todo el estudio de Adam había obras inacabadas, figuras de arcilla que Marina había visto durante años, esculturas-collage hechas con trozos de metal, madera de deriva, restos de tormentas, fragmentos de espejo, pedazos de loza y cerámica. Pesadas formas humanoides hechas de madera aguardaban la magia de la vida, y ahora que Adam había muerto jamás la recibirían. Decenas de telas de diversos tamaños apoyadas contra las paredes, festoneadas de telarañas. La mayoría estaban inacabadas, hacía años que Adam no las miraba, y sin embargo afirmaba recordarlas todas y tenía intención de volver a cada una de ellas, algún día.

¿Aquel hombre creía que viviría eternamente?

Durante meses Adam había trabajado en una escultura en forma de espiral, su visión personal, decía, de la antigua pesadilla de Laoconte: la serpiente marina que aplastó a un padre y a sus hijos entre sus anillos, la terrible venganza de un dios. Sin embargo, en la visión americana de Adam las figuras humanas semejaban largos y delgados peces que parecían nadar en una sustancia de ámbar estriado. La extraña escultura medía casi dos metros de altura y aproximadamente un metro veinte de circunferencia en la base. Qué bella era para Marina, podías rodearla y ver ondulados dibujos de luz a través de su material parcialmente transparente; Adam lo había elaborado fundiendo capas de plástico y pintándolas del color de la madera, la paja, los juncos. Ahora, de pie ante ella, Marina pensó que Laoconte estaba vivo. Alargó el brazo para tocarlo y lo encontró inesperadamente cálido.

¿Por qué Adam la había animado a retomar el arte, abandonado tanto tiempo atrás, y se mostraba tan indiferente hacia el suyo propio? Marina había conocido a muchos artistas de talento años antes, pero ninguno con menos empuje, menos ambicioso que Adam. Carecía tanto de «ego» que preocupaba que se olvidara de respirar. Su «ego masculino» no tenía mayor importancia para él que un cordón de zapato desatado. Sin embargo, se consideraba vanidoso. Se consideraba feo. Se había dibujado a sí mismo como un cromañón, con la frente baja y huesuda. Si una mujer se atrevía a insinuar que le encontraba atractivo, Adam se reía y descartaba esa posibilidad. No podías hacerle pensar lo que su lógica interior se negaba a permitirle pensar. Una vez, cuando en una cena Marina y algunos otros le regañaron por no tomarse más en serio su talento,

él les dijo que, en la edad madura, no se tomaba nada en serio excepto la verdad; le interesaba mucho más la vida moral que la vida estética.

«¿Acaso el arte no es una forma de verdad?

»No. El arte es una cruel falsedad erigida sobre el cadáver de la verdad.»

Esto sonó un poco dictatorial en boca de Adam Berendt, que solía ser categórico. Él se rió de sus pretensiones y atribuyó el comentario a Spinoza o, mejor aún, a Walter Benjamin.

Marina estaba abriendo cajones y armarios en el estudio de Adam, buscando… ¿qué buscaba? Detrás de ella, en el umbral de la puerta, Roger Cavanagh se mordisqueaba su boca herida y la observaba sin saber qué hacer. ¿Marina Troy le había gritado o solo le había hablado con aspereza? De un modo en que las mujeres de Salthill jamás hablaban. Al menos a hombres que no eran ni su esposo ni su amante.

Este hombre se lo haría pagar, Marina lo sabía. Si podía. Había visto los ojos de reptil bajo los párpados hinchados fijos en ella.

Luego ocurrió algo.

Como una escena febril de una película.

Hasta este momento, durante la zambullida de cabeza que habían sido las últimas dieciocho horas, Marina habría descrito la película como sombría, trágica; dolorosa, como si algo en sus entrañas se retorciera. No la habría descrito como cómico-grotesca. Sin embargo, ocurrió que Marina abrió la puerta de un armario que estaba cerca de la mesa de trabajo, y que ella siempre había supuesto que Adam utilizaba para guardar los artículos de arte, y allí descubrió un alijo de objetos personales: jerséis de punto hechos a

mano pulcramente doblados, en pilas; bufandas de cachemira; elegantes corbatas de seda aún en sus cajas. Había una cajita negra de Cartier con unos gemelos de oro y platino con la inscripción «A. B.» y una tarjeta: «Con amor para Adam en su misterioso cumpleaños, Gussie». (¿Augusta Cutler? ¿La esposa de Owen Cutler?) Prendida a un grueso jersey de lana de Aran había una rosa de satén negro del tamaño de un puño de mujer, con una tarjeta en la que, en tinta color carmesí, se veía: «♥ Leila». (¿Quién era Leila? Marina no conocía a ninguna Leila en Salthill.) La sangre coloreó el rostro de Marina. Eran regalos de mujeres que adoraban a Adam. Y la mayoría daban la impresión de no haber sido utilizados nunca.

En un estante alto del armario había una caja de cartón, y Marina, como su predecesora Pandora, no pudo dejarla en su sitio, aunque sabía (cómo no saberlo; el corazón le latía con furia, de pura mortificación, y el rostro le ardía como si le hubieran dado una sonora bofetada en cada mejilla) que sería mejor para ella cerrar la puerta del armario con dignidad y retirarse. Aun así tiró de la caja, haciendo caso omiso de Roger Cavanagh, que se ofreció a bajársela, y vergonzosamente la caja se volcó y su contenido se desparramó por el suelo: un montón de tarjetas, cartas perfumadas y fotografías satinadas.

Incluso ahora Marina podía haberse retirado con un mínimo de dignidad. Sin embargo, estaba arrodillada entre esa escabrosa dispersión de cosas, con el pelo caído sobre la cara. De lejos parecía un codicioso penitente.

Las mujeres de Adam. ¿Tantas? No debería haber sorprendido a Marina; sin embargo, le sorprendió, pues (como comprendería más tarde, en un momento de más calma) hacía mucho tiempo que se

negaba a pensar en la vida de Adam que no tenía relación con ella; hacía mucho tiempo que se negaba a pensar que, si no era su amante, debía de buscar a otras mujeres con fines sexuales, e incluso románticos; el papel de célibe no era para Adam Berendt, y sin embargo ella había deseado imaginarle de ese modo. Ahora, allí estaba la prueba que refutaba su engaño. Un paquete de cartas escritas a mano de… ¿era Camille Hoffmann, la esposa de Lionel? Llevaban fecha de los últimos siete años y estaban firmadas «Con amor, Camille». En papel de correspondencia azul pálido, fino como lencería, una larga carta escrita a mano, fechada en mayo de aquel año y firmada «Con amor, Abigail». ¡La amiga de Marina, Abigail Des Pres! Marina apartó la mirada al instante, pues no quería ver ni un fragmento de lo que Abigail había escrito a Adam. Había muchas postales de cumpleaños, postales de vacaciones, tarjetas de «Gracias» y «Pienso en ti», que Marina no deseaba examinar. Había numerosas postales, y muchas de ellas eran reproducciones de obras de arte, pues las mujeres de Adam deseaban dar muestras de su buen gusto. Con temor dio la vuelta a una postal que le resultó familiar, un paisaje surreal del alemán Caspar David Frederich, y descubrió su propia letra en el dorso, y «Con amor, Marina». La postal estaba fechada dos veranos atrás, cuando había viajado a Europa. Con una mueca de dolor, Marina la apartó, pues no quería que Roger la viera, aunque probablemente ya la había visto. ¡Sus ojos no se perdían nada! Marina habría hecho pedazos la postal, pero formaba parte de los bienes de Adam.

Pensó: «De todas las palabras del pasado, ninguna resulta tan dolorosa como las que se han escrito con la esperanza de conseguir el amor de otro».

Fotografías de Adam con amigos de Salthill y con desconocidos. ¡Tanta gente sonriente! ¡Tanta felicidad! Marina cogió una de vivos colores para examinarla de cerca; parecía una fotografía publicitaria, con un Adam Berendt de rostro rubicundo, con ropa informal y con un desconocido bigote, en lo que podía ser un casino; Adam parecía solo un poco turbado, con aquella expresión suya tan característica, con un ojo entrecerrado, mientras una rubia de complexión fuerte con un vestido rojo de lentejuelas se apoyaba en él con familiaridad, descansando un brazo y parte de su amplio pecho en su hombro. Adam tenía aspecto de triunfador. Tendría unos cuarenta años, el pelo aún espeso, canoso, y pocas arrugas en el rostro. La espléndida rubia tal vez era una prostituta de lujo. En el reverso de la foto se leía: «The Dunes, Vegas. 23 nov. 1989».

¿Y qué era esto? Varias fotografías con filtro suave de una mujer desnuda, metida en carnes, reclinada en un sofá, en la pose de la Olimpia de Manet; con senos muy grandes de rosados pezones y una mata de oscuro vello púbico; extravagantes perlas alrededor del cuello, y a sus pies, un gato persa de aspecto insolente y rostro chato. La mujer no era joven, aunque sí atractiva; como la prostituta de Las Vegas, iba muy maquillada y en los dedos le brillaban varios anillos; su sonrisa era estudiada y lasciva. Una de sus rollizas manos descansaba en su redondeado vientre. Marina sintió una punzada de repugnancia, y también desaliento, por su sexo; el sexo femenino; qué patéticas somos, ofreciéndonos como carne. Marina vio de pronto que aquella mujer era… ¿Augusta Cutler? Reconoció el gato persa.

—Esto es odioso.

Adam Berendt caminaba a zancadas como un cíclope entre estas ridículas mujeres. Se agachaba para recogerlas a voluntad y devorar carne femenina. ¡Y Marina Troy se hallaba entre ellas! Empezó a manotear y romper las fotos, postales, cartas, regalos, mientras Roger, en cuclillas a su lado, trataba de calmarla.

—Marina, no. No lo hagas. No sabes lo que significan en realidad.

—¡Lo sé! No soy tonta.

—A las mujeres les gustaba Adam, tú lo sabías. Era amigo de hombres y mujeres, pero las mujeres tienen tendencia a escribir y a ser efusivas. Esto será confidencial, por supuesto.

—¡Augusta Cutler! Esa mujer tiene hijos mayores.

Ese era el verdadero horror, peor que las finanzas sospechosas de Adam: una comedia sexual de baja categoría, allí donde Marina, en su pena, había esperado encontrar aflicción, pura emoción purificadora.

A Roger tal vez le parecía divertido, una comedia, o tal vez estaba afectado como Marina, desconcertado y desorientado; a Marina le resultaba difícil interpretar su conducta, pero sentía que la oprimía, y su olfato se cerró al olor empalagoso que desprendía su piel, a colonia y a sudor de axila masculina. ¡Odiaba a aquel hombre! ¡Aquel hombre, que era testigo de su humillación! Él ni siquiera le permitía destrozar las pruebas, le cogía las manos para contenerla, con suavidad pero con firmeza, como si ella fuera una niña, y él, el padre de la niña, el macho, que poseía el control supremo. Marina se había echado a llorar, furiosa. No había pena en sus lágrimas. Ella era material inflamable, y Roger, una cerilla encendida que se acercaba peligrosamente. Marina exclamó:

—¡Déjame en paz, maldita sea! No me toques. Te odio.

—No me odias. Eso es una tontería —repuso Roger.

Ella sintió su aliento en la cara. Le apretaba las manos con más fuerza. Sin transición estaban forcejeando, en una especie de silencio con gruñidos. Lo que estaba ocurriendo tenía el aire de lo inverosímil y lo fantástico. Una luz brillante parecía iluminarles, como en un escenario, ante un público invisible. Estaban en casa de Adam, ¿y dónde estaba Adam? ¿Por qué se encontraban en el estudio de Adam, solos? ¿Por qué estaban arrodillados en el suelo? No podía haber explicación alguna. La mañana anterior, exactamente a esta misma hora, Marina no habría podido comprender este hecho. «Ni siquiera me gusta Roger Cavanagh.» Le caigo mal. Sin embargo, Roger la estaba besando, apretando sus dientes contra su boca y su cuello, como si quisiera hacerle daño, y Marina se hallaba en un estado de ánimo que la predisponía a resultar dañada; vencida por su deseo de él, o de quien fuera, de un hombre, de un ser sexual, en el lugar de Adam; en la exigencia del momento, presa del deseo como una sed violenta, no habría podido recordar el nombre de Roger. Sin embargo, sus manos le palpaban. Sus manos le agarraban. Le sorprendió su espalda de duros músculos, su tamaño y peso superiores. Se oyó a sí misma gemir, con tristeza. Con deseo sexual. ¿Era aquello, tan repentino, una escena de amor? ¿La aflicción había dado paso a la frenética comedia, y esta a su vez a una frenética escena de amor? «Hace tanto tiempo. He olvidado cuánto.» Lo que estaba ocurriendo era torpe, hostigador; ella y el hombre se movían con dificultad, como nadadores en un fuerte oleaje. Roger tiraba de la ropa de Marina, casi arrancándosela, y los aturdidos dedos de ella tironeaban de su camisa y de sus pantalones, donde él le guiaba la mano. Marina no recordaba lo

deprisa que un hombre se excita sexualmente cuando está con una mujer por primera vez; la respiración caliente y acelerada como el resuello de un perro; la fuerza de los brazos y el cuerpo empujando con urgencia; Roger le llevó la mano al maravillo miembro que cobraba vida entre sus piernas, para que lo acariciara, mientras se bajaba la cremallera de los pantalones. Se estaban besando, gimiendo. Habrían hecho el amor en el suelo, el duro y manchado suelo que dolía, el suelo que olía a arcilla, a pintura, a trementina y al antiguo sótano de abajo, pero cuando Roger apartó los muslos de Marina y se alzó sobre ella como una bandera, debió de vislumbrar algo en su rostro que le alarmó; los ojos de Marina cerrados y los labios apretados en una mueca de dolor anticipado, y la incomodidad de su cabello trenzado, aplastado en la parte posterior de la cabeza contra el suelo, o quizá fue que los dos oyeron los pasos de su amigo, que se acercaba, la voz de Adam alta y divertida: «¿Qué demonios hacéis, Marina? ¿Roger? No hace ni veinticuatro horas que he muerto, y ya estáis follando en mi casa». Casi al instante la erección de Roger desapareció; murmuró algo que sonó como: «No puedo. Lo siento». Marina le golpeó con los puños. Estaba enloquecida, incontrolable; le dio patadas y levantó la rodilla en dirección a su entrepierna; después recordaría su frenética conducta con profunda vergüenza; en el momento le produjo una salvaje satisfacción arañarle, hacerle sangrar la cara y debajo de la oreja. ¡Su rostro, crispado por la alarma! Marina tuvo que reír. Él la cogió por las muñecas y la inmovilizó; le mordió el hombro, donde le había desgarrado la blusa, y le mordió los senos; estaba jadeando, furioso; su pene se había vuelto fláccido como un globo

deshinchado, aplastado contra la rizada y rojiza mata de vello púbico de Marina.

Entonces, bruscamente, terminó. La locura había pasado por ellos y les había abandonado. Una tormenta de verano. Se quedaron tumbados juntos en el suelo del estudio de Adam Berendt, sin necesidad de mirarse, durante largo rato, exhaustos y derrotados.

Old Mill Way:

la cueva

1

«A través de las paredes de la majestuosa y antigua casa colonial, a través de los suelos de madera y las capas de gruesa alfombra, dilatado como por obra del tiempo, llegó el llanto de una mujer.

»Tenía el corazón destrozado, y no por él.»

Una vez vivieron juntos en Old Mill Way, al norte de la población de Salthill-on-Hudson, en una casa colonial del siglo XVIII meticulosamente restaurada, en la ladera de una colina, un hombre y una mujer de juvenil edad madura que llevaban casados tanto tiempo («Al menos la mitad de nuestra vida») que ya no se veían el uno al otro, como topos en una madriguera.

Había en ello una evidente comodidad y las satisfacciones de la costumbre. Este hombre y esta mujer eran vástagos de familias de Custom. (Esto significaba buena educación y dinero, aunque no un ostentoso exceso de dinero, en ambas partes del matrimonio.)

¡Qué extraño!, la madriguera, la casa, era espaciosa y muy admirada y cara, con más de una hectárea y media de excelente terreno del condado de Rockland, y sin embargo seguía siendo una

madriguera. Qué extraño que resultara tan aprisionadora y asfixiante, aunque los actuales propietarios, así como los anteriores, la habían ampliado y restaurado, y se habían gastado una elevada suma de dinero para convertirla en una vitrina. («Vivir aquí es como un sueño. A veces tengo miedo de despertar de pronto… y que toda esta felicidad haya desaparecido.»)

La parte más antigua de la casa, de madera, se mantenía recién pintada, tablillas de un blanco ostra que al comienzo del atardecer relucían como radio. Y había piedra, y ladrillo rojo descolorido, tan antiguo que parecía que se desmigajaría al tacto, y había estuco blanco, muy práctico, como hueso a la vista. Muchas ventanas arriba y abajo, pero eran pequeñas y estrechas, de estilo colonial; el cristal era tan viejo que parecía ondulado. Por Navidad, que en Salthill-on-Hudson se celebraba con cristiano fervor, cada ventana visible desde Old Mill Way se iluminaba con una vela eléctrica, y ristras de luces castamente blancas, entrelazadas, atravesaban de punta a punta la fachada de la casa y envolvían como telarañas los árboles cercanos. Las persianas eran de color verde oscuro, un conocido tono patriótico, y la sólida puerta delantera era de viejo roble, adornada con un aldabón de latón con el águila estadounidense forjado en la época colonial. Durante el verano, en los escalones delanteros se colocaban macetas de barro con geranios rojos, y en otoño, macetas de barro con crisantemos; las macetas se lijaban para darles un aspecto más tosco, más «de campo».

«Es difícil de creer semejante felicidad. ¡No es que no hayamos trabajado para conseguirla, claro! A Lionel le da vergüenza hablar de estas cosas, ya sabes cómo son los hombres como Lionel. Por eso nunca hablamos de ello.»

La casa original había sido construida en 1763 por un destacado comerciante de Manhattan llamado Elias Macomb. Poco se sabía de Macomb salvo que había sido un *tory* convertido, en 1774, al federalismo y que prestó un generoso apoyo económico a la revolución contra Gran Bretaña gracias a la oportuna amenaza de ser embreado, emplumado y linchado públicamente desde un «mástil de la libertad»; en 1781 la casa pasó a manos del general Cleveland Wade, amigo íntimo y edecán del presidente George Washington, y se añadieron numerosas habitaciones, el tejado se elevó y se construyeron un cobertizo y dependencias anexas. Con igual autoridad se podía uno referir a la propiedad como Macomb House o Wade House, como los posteriores propietarios se sentían obligados a explicar, de ese modo vehemente y animado de los dueños de casas que se toman en serio las preguntas corteses que sus invitados les formulan sobre su hogar y se han aprendido de memoria pasajes de la historia local para recitarlos como si se tratara de las sagradas escrituras. Detrás de la casa estaba el cobertizo, de estropeada madera, con una alta base de piedra; en la punta del tejado, un gallo de latón se pavoneaba en inmutable perfil. Frente al pintoresco cobertizo había un estanque bordeado de espadañas, de un intenso color verde, que desprendían un fuerte olor; en abril, decenas, ¡centenares!, de narcisos de un vivo amarillo florecían y «danzaban» en el ondulado césped y en el borde del camino. Debajo de este cuadro: «La felicidad mora aquí».

Esta era la casa vitrina de los Hoffmann, Camille y Lionel. Sus hijos eran mayores y no vivían con ellos. Su matrimonio aguantaba como un barco resistente atrapado en un remolino. Era un vehículo clásico fabricado a mano y mantenido con tanto orgullo que jamás

se haría pedazos. Camille, la mujer de la casa, naturalmente era más sensible al peso de la historia, al privilegio de vivir en semejante casa; la había amueblado con antigüedades, en la medida de lo posible, y se había convertido en una de las expertas aficionadas en historia del estado de Nueva York, época de la revolución. Lionel era un hombre muy ocupado, vicepresidente de Hoffmann Publishing Inc., la empresa de su familia, y uno de los editores estadounidenses de libros de texto y manuales médicos de más éxito, con sede en Manhattan. Aun así, los Hoffmann llevaban una intensa vida social, como la mayoría de los residentes de Salthill. Ahora que sus hijos se habían ido de casa, en la edad madura necesitaban otra familia, una familia más comunicativa y en cierto modo más digna de confianza, a mano, sociable como ellos, íntima sin ser familiar; eran ricos, pero no acaudalados; sabían lo bastante de la riqueza para comprender que una verdadera fortuna lleva consigo el potencial de la tragedia, y la tragedia no era un concepto con el que se sintieran cómodos. «Nos encanta Salthill porque es un auténtico crisol estadounidense.» Pocos en su amplio círculo de amistades tenían mucho interés por lo que en una era anterior, más primitiva, se conocía como «ascensión social»; porque, al fin y al cabo, ¿adónde ibas a ascender cuando vivías en Salthill-on-Hudson? Los que jugaban a golf en serio pertenecían al Club de Golf de Salthill, y los que tenían barco pertenecían al Club de Vela y Yates del Valle del Hudson, y estaba el Club de Tenis de Lost Creek, pero la mayoría de los miembros del espléndido Club de Campo de Salthill eran nuevos ricos que vivían en las afueras de la ciudad. (Es cierto que en el condado de Rockland había una indignante cantidad de estos, y cada año había más, a medida que, en la orilla del pintoresco río o en los ondulados

terrenos de cultivo, se construían bloques de muchos pisos y casas de dos millones de dólares.) A los Hoffmann y su círculo les molestaba que se les etiquetara de «habitantes de una zona residencial»; ellos se consideraban muy diferentes, otro tipo de estadounidense por completo distinto, que moraba en un pueblo o en una zona rural.

Los Hoffmann y su círculo podían ser tan amigos de tipos extraños e independientes como Adam Berendt, el escultor, y Marina Troy, de la librería Salthill, como de sus vecinos de Old Mill Way, Old Dutch Road, Sylvan Pass, Wheatsheaf Drive, Deer Link, Derrydown Lane, Pheasant Run, Sparkhill Pike. Podían ser tan amigos del fundador del Salthill Pro Música, de la anciana francesa que enseñaba ballet a los niños, del reverendo de la Iglesia unitaria y su esposa poeta, del director barbudo del *Salthill Weekly Gazette* ydel oficial jubilado de la marina mercante que cultivaba orquídeas en su casita adosada de la ciudad, como de propietarios de casas que pertenecían al Patrimonio Histórico Nacional, como la de los Hoffmann, y en cuyos pastos inclinados pacían pacíficamente caballos purasangre, ganado con pedigrí y ovejas de cara negra como en un sueño de la vieja Europa. Era posible que hubiera una clara distinción de clase entre los residentes de Salthill cuya propiedad estaba rodeada de antiguos muros de piedra y aquellos cuya propiedad estaba rodeada de una simple verja —de madera de secuoya, de tela metálica, de estacas —, pero esta distinción no parecía importar mucho cuando se trataba de amistad. «Necesitamos a nuestros amigos. Constantemente. Por qué, no lo sabemos.»

En su espaciosa madriguera amueblada, en su mayor parte, con antigüedades o fieles reproducciones, los Hoffmann eran conocidos

por su hospitalidad. Hacía tiempo que habían convertido el pintoresco viejo cobertizo en una casa de invitados completamente modernizada, y los Hoffmann tenían invitados con frecuencia. Incluso sus invitados tenían invitados. Ofrecían numerosas fiestas con las que devolvían la invitación a fiestas a las que les habían invitado. En su círculo los Hoffmann tenían la costumbre de celebrar una cena-baile la noche de Fin de Año, a la que asistían unos cuarenta de sus amigos más íntimos. Corbata negra para los hombres, vestido largo para las mujeres. La casa, famosa en la localidad, se iluminaba con velas. El árbol de Navidad, de cuatro metros y medio de altura, colocado en el vestíbulo delantero de dos pisos, se adornaba generosamente. Macizos de poinsetias y un agradable fuego en cada una de las varias chimeneas del piso de abajo. La primera vez que Adam Berendt fue invitado a esta fiesta anual se entretuvo fuera, en la escalera de piedra, bajo una ligera nevada, mientras otros invitados pasaban a su lado. «Tengo miedo de cruzar ese umbral —comentó en broma—. Dentro parece que se encuentra la perfección.» Esto ocurrió diecisiete años, seis meses y una semana antes de su muerte. En la plenitud de la joven edad madura, Adam era fornido, pero no rollizo; pesaba diez kilos menos de lo que pesaría a los cincuenta; de hombros anchos y musculosos, que le daban la apariencia de un trabajador manual, rostro corriente pero bien parecido, menos estropeado y arrugado de lo que llegaría a estar más adelante, cabello espeso y de punta, apenas salpicado de gris. Para la ocasión formal no llevaba corbata negra (como se recomendaba en la invitación), sino una chaqueta de satén color salmón, camisa de seda de cuadritos blancos y negros, y pantalones negros con ribete de satén. La pajarita era tan blanca que parecía

luminiscente y quizá demasiado grande. En aquella época Adam Berendt aún no era tan conocido, aún no era un «personaje»; había sorprendido solo a unos cuantos residentes comprando la antigua Deppe House junto al río, a la que se trasladó desde una casa para carruajes que tenía alquilada en una finca de las colinas. Nadie de los que le vieron aquella noche en casa de los Hoffmann sabía con certeza si aquel hombre se mostraba irónico o juguetón, si se burlaba de la fiesta de Fin de Año de los Hoffmann o de todas las fiestas de Fin de Año; o si, en su franca inocencia social, tosca como la de un tipo de la frontera, Adam imaginaba que su atuendo era apropiado.

Pronto, transpirando en la ruidosa multitud, bailando con una bella mujer tras otra, Adam se quitó la chaqueta de satén color salmón y se subió las mangas de la camisa.

«Adam Berendt el artista local, escultor.» Esta era su identidad en Salthill. Había sido profesor de arte de Camille Hoffmann en una escuela nocturna; como otras mujeres de la clase, Camille se había rendido al encanto de Adam. (Había pocos hombres en las clases nocturnas, y casi todos ellos eran bastante mayores.) «Qué tenía Adam de diferente, ¡cómo decirlo!» Sin duda era distinto de otros profesores, de arte, yoga, danza, cerámica, escritura creativa, tenis, golf y otras materias que se impartían en la escuela nocturna, los cuales adulaban sin vergüenza alguna a sus ricas alumnas casadas con el fervor de un hombre muerto de frío que arroja leña al fuego; tampoco encantaba ni seducía. Era amigo —pero de un modo impersonal— de todas. «Estimulaba» a sus alumnas, con cautela. Decía que el verdadero talento artístico es raro y precisa ser cultivado; ser profesional implicaba demasiadas obligaciones, y por

eso tal vez fuera preferible ser «aficionado». Cuando no podía alabar el esfuerzo de una mujer, se quedaba callado, reflexionando; había noches en que apenas hablaba, pero con sus expresiones faciales y el movimiento de su cuerpo comunicaba mucho. En ocasiones bromeaba, tomaba el pelo. Si una mujer (jamás Camille Hoffmann, que era tímida e insegura de sí misma, en especial en presencia de Adam) aplastaba su figura de arcilla porque no le gustaba, Adam se reía y decía: «Querida, hay que tener agallas para tomarse tan en serio a uno mismo». A veces parecía hablar en clave. Se paseaba por la clase disfrutando claramente de su ser físico, como observó una mujer, igual que un novillo puesto de manos, mientras recitaba poesía con una alegre cadencia, para estimular y perturbar (*Sobre la naturaleza de las cosas*, de Lucrecio, *Matrimonio del cielo y el infierno*, de Blake. *Hojas de hierba*, de Whitman). Las mujeres de Salthill recordarían el resto de su vida la estremecedora sensación en la entrepierna que la apasionada voz de barítono de Adam Berendt engendraba.

Apenas sabrás quién soy o lo que quiero decir,
pero seré buena salud para ti,
y filtraré tu sangre y le daré carácter.
Si al principio no me encuentras, sigue adelante,
si me echas de menos en un lugar, busca en otro,
me detendré en algún lugar a esperarte.

Alquiló un microbús para llevarlas a Manhattan, al Museo de Arte Metropolitano, donde, como un siniestro centauro, las guió, su manada de mujeres mortales, a través de las resonantes salas del mundo grecorromano; les prohibió hablar entre sí, o con él, incluso

pensar. «Limitaos a mirar.» ¡Vieron tanto! Se empaparon hasta casi reventar, como globos que se hinchan más de la cuenta.

Algunas noches, Adam Berendt desprendía un olor a carne masculina lavada con descuido. A menudo llevaba la ropa arrugada y no muy limpia. Solo tenía un ojo «bueno», el izquierdo, y este ojo a menudo las miraba como si fueran invisibles, como si los esfuerzos que hacían con el arte fueran invisibles, como si ellas no existieran. O como si, existiendo simplemente en un espacio y tiempo finitos, no pudieran competir en la imaginación de Adam con otro mundo más elevado e imperecedero. «El mundo de las formas. El mundo de las ideas. El mundo del alma. Sabemos que está ahí, aunque no siempre podamos experimentarlo.» (Pero ¿lo sabían ellas? Las mujeres de Salthill se sentían esperanzadas pero estaban confusas.) Si se atrevían a hacer preguntas personales a Adam, él declinaba amablemente responder, y había algo emocionante en este modo de no recibir respuesta, ya que era algo poco habitual en su círculo de Salthill. Nunca se enterarían del lugar donde había nacido Adam Berendt ni dónde se había criado; si tenía familia; si había estado casado y… ¿qué le había ocurrido en el ojo derecho?

En su imaginación enfebrecida y romántica por la falta de uso, Adam Berendt irradiaba una misteriosa autoridad. Pero era una autoridad que él no explotaba. «O eso creíamos nosotras.»

—¿Soy celoso? Claro que no.

Porque era Lionel Hoffmann y no era por naturaleza un hombre celoso. Alto, ágil, taciturno, «muy inteligente y muy rico» (como había oído decir una vez a una mujer que le describía, para su turbación); con un rostro de facciones delicadamente marcadas que

resultaba atractivo, o más bien anodino, según el estado de ánimo y el gusto del observador; y cabello oscuro que empezó a adquirir un distinguido gris en las sienes cuando tenía treinta y pocos. En el tren de cercanías Lionel a menudo levantaba la vista del periódico para percibir a otros muchos hombres como él; por timidez o desazón, estos otros enseguida desviaban la mirada cuando Lionel los observaba para concentrarse en las serias columnas llenas de datos impresos que constituían el *New York Times*, como si estuvieran leyendo un breviario. Igual que los hombres mayores de la familia Hoffmann eran jóvenes ancianos, activos en el negocio familiar hasta bien entrados en los noventa, los jóvenes como Lionel hijo eran viejos jóvenes, e incluso en la infancia Lionel había sido modelo de madurez, un reproche para su hermano menor y más imaginativo. «Un muchacho en el que se puede confiar.»

Se había enamorado y casado joven. Recordaba a Camille de novia, pero no a sí mismo como novio. A veces le costaba recordar a Camille con precisión, pues en aquella época tenía el mismo aspecto que muchas mujeres jóvenes, y tendía a confundirla con… —¿quién era?— una de las amiguitas de su compañero de habitación de Colgate. ¿Kitzie, o había sido Mimi? La que había llorado en sus brazos y disimuladamente se limpió la nariz en el hombro de su vestido.

No era probable que ningún hombre de la familia Hoffmann fuera celoso, pues ningún hombre de la familia Hoffmann era sexualmente inseguro. Eras un hombre, un hombre de verdad, y apuesto e inteligente, y trabajabas para Hoffmann Publishing Inc., la editorial estadounidense de textos manuales y médicos de más éxito, y en eso no había ambigüedad. La vida no era un enigma que la Esfinge

debiera resolver (a menos que fuera la Esfinge la que planteara el enigma), sino algo parecido a una copia impresa. Números, ecuaciones. Una vez casados, los Hoffmann permanecieron casados, y no tuvieron más inclinaciones románticas. (Pero ¿fue enteramente así? Cierto es que Lionel Hoffmann, de una manera serena, distante y caprichosa, se sentía atraído por la esposa de algunos de sus amigos, pero jamás se habría acercado a ellas; nada le resultaba más repugnante que la simple idea de una relación íntima, una confusa relación sexual, con una conocida. «Nunca ensucies tu propio nido» era el consejo más elocuente que Lionel padre daba a sus hijos.)

«¿Celoso de quién? ¿Él? Nunca.»

Adam Berendt, un excéntrico artista local. Escultor. Al que le faltaba un ojo. O quizá tenía un ojo ciego. De complexión similar a una boca de incendios. Antes de la fiesta de Fin de Año no conocía personalmente a Adam Berendt, aunque había oído hablar de él, en Salthill, desde hacía varios años.

Si Camille se sentía atraída por Adam Berendt de un modo romántico, Lionel estaba obligado a experimentar un sentido de la posesión propio de un marido, como un sordo dolor de muelas. Ella era su esposa, y era vulnerable, y se hallaba bajo su protección. «Si ella se pone en ridículo… oh, Dios mío.» Salthill era tan insular como una isla.

(La mayoría de los hombres de Salthill iban a trabajar a Manhattan en tren, y a menudo estaban fuera cinco días a la semana; muchos, como Lionel, tenían un apartamento en la ciudad y con frecuencia pasaban allí la noche; cabía suponer que la vida laboral de un Lionel Hoffmann ocupaba la mayor parte de las horas que pasaba

despierto, no porque ambicionara más dinero, sino por una auténtica perplejidad sobre qué podía hacer, aparte de trabajar, un hombre adulto responsable. En ausencia de sus devotos maridos, que algún día podría tabularse como una ausencia de años, era inevitable que las esposas de Salthill se sintieran «atraídas» por hombres que no eran sus maridos. Raras veces se trataba de aventuras amorosas catastróficas que acabaran en divorcio y otro matrimonio, sino más bien de aventuras románticas de una naturaleza indefinida: había pautas cíclicas apreciables en las que una mujer podía imaginarse enamorada del marido de una amiga, y cuando ese encaprichamiento se disolvía, tal vez se imaginaba enamorada del marido de otra amiga, y con el tiempo, de otro y aun de otro; en un período de años, en un círculo social tan limitado como el de los Hoffmann, una mujer podía imaginarse enamorada de un hombre, o de hombres, de los que se había imaginado enamorada tiempo atrás. Mientras una mujer no se involucrara con un hombre que no perteneciera a su círculo social, los maridos percibían semejante conducta como inocua. Estaban en Salthill-on-Hudson, donde los matrimonios, las familias, la propiedad eran sacrosantos, y no estaban en los setenta.)

En la fiesta de Fin de Año Lionel observó disimuladamente a este tal «Adam Berendt» al que su esposa había invitado y del que había oído rumores. Lionel se mostró discreto, pues siempre lo era. (Otro anfitrión habría hecho una mueca al ver la chaqueta de satén color salmón, pero Lionel mantuvo una expresión imperturbable.) En el transcurso de la larga y alegre velada, animada por el champán, Lionel llegó a la conclusión de que Adam Berendt no se mostraba más que calurosamente cortés con Camille; no parecía estar

enamorado de ella, ni la alentaba a enamorarse de él. A través de los ojos afligidos de Camille se veía que Adam bailaba con mucha más animación, al estilo discoteca, enérgicamente aunque no con mucha habilidad, con la opulenta esposa de Owen Cutler, Augusta, que con Camille Hoffmann, de rostro tan dulce.

Lionel sacó la conclusión: «Es tosco. Pero un caballero».

Más tarde, hacia las dos de la noche, cuando la mayoría de los invitados de los Hoffmann se había marchado y, después de dar un beso a su esposo y otro a Adam Berendt, la anfitriona desapareció escaleras arriba para ir a acostarse, los dos hombres se sentaron ante una chimenea que ardía sin llama y hablaron tranquilamente. Es decir, Lionel habló. Agradablemente ebrio de champán y animado por la ocasión. Ambos se habían quitado la chaqueta y aflojado la corbata. Lionel no era un hombre hablador, y menos aún en una de sus fiestas. Su sentido de ser anfitrión era algo así como una conciencia. Sin embargo, ahora que la fiesta más o menos había terminado, hablaba con animación, casi acaloradamente. ¡Adam Berendt le caía bien! Un hombre tan diferente de él como para pertenecer a otra especie. El tema era la política, la moral, los «valores humanos». Lionel había sido un muchacho en los años sesenta y le desagradaba gran parte de lo que veía. Es decir, fuera de su familia y parientes. El «deterioro» de Estados Unidos como una nación con serios principios morales. Después había ido a la escuela superior —a Colgate, donde había estudiado su padre— y su vida había cambiado. Su vida interior. Aunque posiblemente Lionel no leía un libro de filosofía o de poesía desde que se había graduado, creía fervientemente que en algunas de sus clases de humanidades se había «forjado» su alma. Por supuesto, después

había ido a la Wharton School como estaba previsto y se había abierto camino en el mundo de los negocios.

—Lo que mejor recuerdo es lo de «Conócete a ti mismo». Es Sócrates, ¿verdad? También recuerdo las tragedias griegas. Un hombre comete un error, lo confiesa; se arranca los ojos o se cuelga. No había autocompasión ni se suplicaba justicia o misericordia. Todo era una extraña clase de justicia. Si eras culpable, lo pagabas. Aunque no fueras culpable. Porque a veces no estaba claro cuál era el delito. Así es la vida. ¡Qué mundo! Soy cristiano, pero… bueno. «Los mansos heredarán la tierra», ¡me asombra! Es más como ganadores y perdedores, ¿no? Gente que se convierte en pájaro o en árbol o en río, una mujer que se ha convertido en cisne y es violada por un toro. ¿O es al revés? Pero es un dios en realidad. El toro, me refiero. Y a veces los dioses eran invisibles. Todo era una especie de parábola, supongo. Seguro que no era cristiano. El cazador despedazado por sus propios perros de caza porque ha visto a una diosa bañándose desnuda en el bosque. Solo la vio por casualidad, ¿dónde está la culpa? Aun así le castigan. Le convierten en… Lo he olvidado.

—Un ciervo.

—Un ciervo. —Lionel reflexionó sobre este hecho. Su voz era un poco turbia pero firme—. Lo que él estaba cazando. Le convierten en un ciervo y lo matan, y en esto hay una extraña justicia, ¿no?

Así hablaron él y Adam Berendt. Lionel habló. En las primeras horas del Año Nuevo fue presa de una nostalgia que no sabía que sentía; era nostalgia por la juventud perdida, una juventud que en realidad nunca había tenido. Estas cosas se las confesaría, ¡casi!, a Adam Berendt. «Mi amigo. Adam es mi amigo.» Después recordaría

con una vaga felicidad entusiasta la conversación que había mantenido aquella noche con Adam Berendt. Diría a Camille que su profesor de arte le caía «muy bien». Daría las gracias a Camille por presentarles. Explicaría a sus amigos que Adam Berendt era muy «sensato, sólido», una persona «realista», «agradable». Sin duda la intención de Lionel era volver a ver pronto a Adam y cultivar su amistad, pues la verdad era que no tenía muchos amigos en Salthill ni en Manhattan; incluso podría decirse que desde la época de la escuela superior y sus primeros tiempos de soltero no tenía ningún amigo íntimo. Tenía numerosos «amigos» en Salthill, pero ningún amigo de verdad. (Porque en Salthill, como en todas partes, las mujeres hacían girar las ruedas de la vida social. Estas ruedas se mueven continuamente, siguiendo los caminos conocidos con roderas.) Sin embargo, después de aquella noche de Fin de Año pasaron meses, y años. Y Lionel Hoffmann, que estaba tan inmerso en el trabajo, nunca buscó a Adam Berendt del modo en que había esperado hacer. Y Adam, con tacto, no se acercó a él. Sus apretones de mano eran rápidos y fríos. Y sus saludos, al estilo de Salthill, pronunciados con sonriente buen humor: «¿Cómo estás, Adam?», y «Lionel, ¿cómo estás tú?».

2

«Adam, ¿cómo ha de vivir un hombre cuando sabe que debe morir?»

En aquella época lejana, los sesenta. Cuando Lionel tenía diez años y era un chiquillo serio y formal. Alumno de sobresaliente en la escuela de Broom Hills Country, condado de Westchester. Cuando Lionel vio su primer cadáver, en realidad dos. ¡Y nunca lo dijo!

Los sesenta. ¡Drogas! ¡Cabello largo y desgreñado, y ropa desaliñada! Ni siquiera los pueblos antiguos como Broom Hills, Bedford Hills, Katonah eran inmunes a ello. Ni siquiera familias respetadas como los Thayer, los Briscoll, los Lister (vecinos de los Hoffmann en Broom Hills Heights, en amplias parcelas boscosas a orillas del lago artificial Broom) eran inmunes a ello. Los hombres iban en tren a Nueva York a primera hora de la mañana, y en otoño e invierno jamás regresaban antes de que anocheciera; las mujeres se ocupaban del servicio doméstico, enviaban invitaciones escritas a mano y hasta quinientas postales de Navidad firmadas personalmente, con su correspondiente sobre, cada una, cada año. La guerra de Vietnam se balanceaba en la otra cara de la luna. Por qué importaba tanto, de repente, no estaba claro. Si no encendías la televisión, salvo para ver las noticias locales y de Nueva York, y otra vez después de las ocho de la noche, y solo hojeabas rápidamente algunos periódicos, podías evitarla casi por completo. Los niños que iban a la escuela de Broom Hills Country estaban a salvo de ella. En Broom Hills, a diferencia de lo que ocurría en otros sitios, la vida transcurría serena y más o menos controlada. Control moral y control estético. La división urbanística era el tema que más pasiones despertaba en el votante. Había que trazar límites, había que mantener la costumbre. Porque si Broom Hills no era lo ideal, no podía haber ideal; y el espíritu humano pide a gritos el ideal, no en un lugar apartado y en un momento lejano, sino aquí y ahora. Sin

embargo, en Broom Hills, como en otras partes del país divididas en zonas de manera menos escrupulosa, a veces surgían problemas. Entre ellos, los «problemas de la droga». La herencia de la «cultura hippy». ¿Pues no había amenazado a los padres de Estados Unidos un gurú hippy con la terrible profecía de que «¡Os tendremos a través de vuestros hijos!». Y cuando los hijos crecieron pero seguían siendo niños, hubo peligro. Cuando los hijos abandonaron la protección de Broom Hills para estudiar en la universidad (especialmente en zonas urbanas) hubo peligro. Así ocurrió, en el calor de agosto de 1966, que el hijo de los Lister, vecinos de los Hoffmann en la prestigiosa zona conocida como Broom Hills Heights, de veinte años y expulsado de Yale, inyectó a su novia y a sí mismo una potente anfetamina, y pasearon descalzos por el bosque que había detrás de la casa de los Lister y se tumbaron para hacer el amor a la luz de la luna, a menos que lo hicieran simplemente para morir, y no encontraron sus cuerpos hasta al cabo de tres días. ¡Tres días! Los Lister afirmaban creer que su hijo «con problemas» había regresado a New Haven, donde vivía con unos amigos, no tenían ni idea de que él y la muchacha, que tenía dieciséis años y era de Katonah, se hallaban tan cerca. En el calor de agosto los cadáveres se descomponen rápidamente. Estos serían descubiertos en el bosque a seis metros del lago artificial, liso como un espejo, por varios jóvenes que, gritando, corrieron a buscar ayuda.

Lionel Hoffmann, de diez años, no era uno de estos chicos. Pero el secreto de Lionel era que había descubierto los cadáveres el día anterior, atraído por el terrible olor, y había huido presa del terror, con una confusa sensación de vergüenza, y no había dicho nada. Y no diría nada. ¡Aquel hedor! Y el horror de lo que había visto: en lo

que sus ojos se habían clavado. Había sentido náuseas y casi vomitado, y al verse obligado a comer a la hora de las comidas había sentido náuseas y vomitado, en el comedor, lo que se atribuyó a la «gripe»; era una época, y sigue siéndolo en la actualidad, en la que gran parte de lo inexplicable en el seno de las familias puede atribuirse a la «gripe».

Para Lionel, esto eran los sesenta. Esto era lo que amenazaba, y aguardaba, cuando llegaban agentes tóxicos extraños a las poblaciones escrupulosamente divididas en zonas de Broom Hills o Salthill.

Las mujeres de su vida dirían de Lionel que era «sensible» a la comida, a las horas de las comidas, a los olores. Tenía un «estómago sensible» que seguramente indicaba un alma sensible.

Sensible, también, al pelo de los perros. Y a la «caspa» de los gatos. Se le tapaba la nariz como si llevara un taco de algodón mojado. Le dolía el cerebro y le lloraban los ojos. En el transcurso de los años aparentemente interminables en que se hacían mayores, en la madriguera del siglo XVIII restaurada de Old Mill Way, los hijos de Lionel, un niño y una niña, suspiraban por tener animales domésticos. Porque todos sus amigos tenían animales, un perro o al menos un gato, la mamá de todo el mundo tenía gatos, ¿por qué ellos no podían?, ¿por qué eran diferentes?, ¿por qué papá era tan egoísta? Camille intervenía en fragmentos de diálogo que Lionel escuchaba a escondidas, aprobando cuando era razonablemente severa y odiándola cuando pedía disculpas o se quejaba como los propios niños.

—Vuestro padre es alérgico. Ya lo sabéis. Le sabe mal. A mí me sabe mal, pero no se puede hacer nada.

Graeme, de once años, protestaba:

—¿No podría papá vivir en el cobertizo? Está arreglado.

Se imaginaba «en el cobertizo» para siempre. Y sonreía. Aunque estaba en la casa colonial del siglo XVIII bellamente restaurada, en Old Mill Way, con su esposa e hijos, en realidad estaba en el cobertizo. O tal vez en el bosque.

Nunca había contado a sus padres ni a nadie de Broom Hills que había descubierto a la pareja hippy («pareja hippy» era la expresión que había elegido; lo había tomado de una noticia sobre las muertes por drogas que había leído en un periódico de Westchester), ni se lo contaría a su esposa, Camille, a la que nunca le había contado nada que pudiera molestar; o que pudiera incitar, al modo alarmantemente maternal de las mujeres aun menos eróticas, a abrazar a un hombre apasionadamente y consolarle. «Oh, Lionel, qué terrible debió de ser para ti. Diez años. ¡Oh!, imagino el olor.»

No quería que su esposa, ni ninguna mujer, le tocara con semejante compasión. La compasión estaba demasiado cerca de la lástima.

«En el cobertizo» era su refugio en casa. En la ciudad, en el apartamento de dos habitaciones de la Sesenta y uno Este, donde Lionel pernoctaba dos y a veces tres noches a la semana, atrapado por las largas horas que pasaba en la oficina, con el inesperado gusto por el anonimato de la vida urbana, no precisaba ningún refugio. Sin embargo, en Manhattan sentía una punzada de

culpabilidad, pues al fin y al cabo su madriguera, su hogar, se hallaba en Salthill.

Cuando su hermano menor, Scott, murió inesperadamente a los treinta y seis años —¡treinta y seis!— de un aneurisma, la noticia dejó tan aturdido a Lionel que apenas era capaz de expresar su dolor. Después del entierro, en Broom Hills, fue incapaz de hablar durante días. En aquella época tenía cuarenta y un años, y le obsesionaba una idea: ¿empieza tan pronto? Veía la Muerte como el reluciente lago de oscuras aguas cerca de la pareja hippy que había muerto y se había podrido, un hervidero de gusanos en su joven carne expuesta. «¡Tan pronto! Nuestro fin.» Camille estaba loca de ansiedad, temía que también su esposo sufriera alguna clase de ataque que le impidiera hablar y oír y le dejara la cara paralizada en una mueca de dolor, como una apuesta calavera. Advirtió a los niños que estuvieran callados en compañía de su padre, pues había sufrido una conmoción y se sentía triste. Era cierto que a veces Lionel había guardado rencor a Scott, pero también le quería.

«¡Quererle! Jamás. Te alegras de que haya muerto.

»¡No es cierto! No es cierto.

»Ahora Scott no puede pasárselo mejor que Lionel. Ahora no puede caer mejor que Lionel.

»¡No es cierto!»

De manera que la pena paralizó a Lionel. Su cabello, que hasta entonces solo tenía algunas hebras grises en las sienes, ahora era plateado. Tenía un aire sombrío, preocupado. Transcurrían las semanas, y él se movía como un sonámbulo. Los niños le evitaban. Llevaba consigo las esporas mismas de la mortalidad, de la podredumbre. Camille asistía a fiestas y reuniones sola, una mujer

valiente, agitada, que sonreía nerviosamente cuando aseguraba a los amigos que Lionel estaba bien y volvería a verles pronto. («Bien» era desde hacía mucho tiempo el adjetivo más popular de Salthill, empleado en una gran variedad de contextos.) Pero, inevitablemente, llegó la soleada mañana de abril en que conducía hacia la ciudad para coger el tren de las 7.08 con destino a Manhattan, en una procesión de flamantes y relucientes coches de lujo (el suyo era un Lexus de color crema con tracción en las cuatro ruedas, techo solar, CD y reproductor de casete), recorriendo Old Mill Way, bordeada de narcisos, y Old Dutch Road, y pasando por el pintoresco puente de madera de Lost Brook y por Wheatsheaf Drive hasta Pheasant Run, y hasta Fox Pass, a través de Battle Park hasta Linden Lane, West Axe y Depot, y Lionel sintió que por fin su máscara de gárgola se relajaba y oyó una salvaje risa de hiena que llenó el interior de su coche.

¡Risa, risa! Brotó de sus labios apretados, de su garganta oprimida. No se había sentido tan bien en veinte años.

Requiescat in pace. El latín era un consuelo, grave y sonoro. Sabías, pero medio no sabías, lo que significaba.

Pero los Hoffmann eran luteranos, no católicos. Eran luteranos desde hacía siglos. Camille, que había sido presbiteriana, ingresó en la Iglesia luterana al casarse con Lionel y ambos intercambiaron juramentos en la Primera Iglesia luterana de Broom Hills (Nueva York). En Salthill, Camille asistía a los servicios del domingo con más frecuencia que Lionel y, mientras los hijos fueron pequeños y maleables, los llevaba consigo; Lionel siempre intentaba observar la Navidad y la Pascua, aunque durante los servicios le costaba estar

atento a lo que el ministro decía tan fervorosamente, y cuando la congregación cantaba himnos o se unía en la plegaria, él tenía que apretar las mandíbulas para no pronunciar… ¿qué?, no lo sabía. O quizá era la salvaje risa de hiena que amenazaba con salir a borbotones.

Los domingos por la mañana se despertaba temprano con una sensación de temor morboso que debía expiarse llevando a la familia en coche a la Primera Iglesia luterana de Salthill. Una comunidad formada por gente que iba a misa, cristianos del domingo por la mañana. La buena nueva del Evangelio es que Jesús es tu salvador si permites que entre en tu corazón, ¿no le dejarás entrar en tu corazón? Lionel lo había hecho en numerosas ocasiones.

Pero ¿creía de verdad?

Se imaginaba hablando con Adam Berendt. El Lionel más racional, sincero. «Hay… tiene que haber… algo más grande que nosotros. Algo más allá… de nosotros.»

Pero Adam no estaba con él, Lionel estaba solo. Se paró. Aguzó el oído. Distante como el trueno en el horizonte, o como máquinas excavadoras en la nueva urbanización de Wheatsheaf Drive, aquella risa.

«¡Qué vergüenza!», había dicho ella entre sollozos. Él había dicho: «Eh, por favor, no te avergüences». Cuántas veces él y la muchacha del vestido de gasa rosa repitieron estas palabras; Lionel no lo recordaba. Muchas veces.

No Kitzie ni Mimi; en realidad había sido Camille. La chica que moqueaba, a la que le resbalaban por las mejillas lágrimas

manchadas de rímel. Había tratado de secárselas en el hombro del vestido mientras Lionel la abrazaba con torpeza, para consolarla.

Pobre Camille; Lionel no sabía su apellido. Ella había balbuceado «Camille» como habría podido hacerlo una niña, como si él debiera conocerla; era la hermana menor de un tipo que vivía en la residencia de estudiantes de primer año donde se alojaba Lionel. Ahora Lionel estaba en segundo y vivía en la bella casa Deke, en la colina, y durante el fin de semana de los antiguos alumnos uno de los hermanos de Deke, borracho, había dejado plantada a esta pobre muchacha temblorosa, y eran las diez de la noche y en la casa había tanto ruido que no podías ni oír tus pensamientos. No podías oírte hablar. La muchacha, escondida en el vestuario. Un rostro suave enrojecido que hizo parpadear y tragar saliva a Lionel. Las palmas de las manos sudorosas. Por casualidad la había pillado llorando. Vestido de gasa de color rosa, y senos, y cabello rizado castaño claro como el de una muñeca cayéndole en cascada sobre los hombros. La joven figura de Camille con el vestido de gasa rosa estaba bien formada, sin embargo el efecto que produjo en Lionel no era sexual, sino una compasión fraternal por ella, una necesidad de protegerla de sus groseros hermanos de fraternidad, y de otra humillación. Sin embargo, cuando ella volvió hacia él su rostro húmedo y manchado, los labios temblorosos, carente de todo disfraz, sin subterfugio alguno, y se lanzó a sus brazos, Lionel no estaba preparado. Ella había ido a Colgate desde el Ithaca College para pasar el fin de semana y se alojaba en un hotel de la ciudad, oh, solo era viernes por la noche y qué iba a hacer, qué iba a hacer, quería morir, estaba tan avergonzada que quería morir, aquel desaprensivo la había insultado, la había tratado fatal, se había burlado de ella, sí, y la

había hecho beber más de lo que ella quería, y estaba segura de que había algo en su bebida, quizá LSD, la cabeza le daba vueltas, el corazón le latía muy deprisa, se alojaba en un hotel de la ciudad pero no disponía de ningún medio para ir hasta allí, ni siquiera sabía dónde estaba el hotel, si quedaba muy lejos de la casa Deke, oh, ¡estaba tan avergonzada!, ¡tan avergonzada!, ¡quería morir!, ¿cómo podía ser tan cruel un chico, tan grosero, tratarla así?, al teléfono le había parecido muy agradable, y ella había esperado con ganas este fin de semana, se había comprado un vestido nuevo, su hermano había concertado la cita, ¡tendría que responder de algo!, ¿no?, le contaría a su padre este insulto, mañana por la mañana, había ido al campus en coche con otras tres chicas del Ithaca College, no volverían hasta el domingo por la tarde, ¿cómo regresaría a casa?, ¡oh, estaba tan avergonzada!, todo el mundo en Ithaca College lo sabría, todo el mundo hablaría de ella, sentiría lástima por ella, oh, no soportaba la lástima, nunca la habían tratado así, ¡quería morir!, ¡sí, morir! Y Lionel le dijo que, por favor, no se avergonzara, por el amor de Dios, era su estúpido hermano de fraternidad el que debería estar avergonzado, Lionel consoló a la llorosa y temblorosa muchacha con torpeza, mientras trataba de recordar el apellido de su hermano; el fin de semana de antiguos alumnos en Colgate era así, ensordecedoras y salvajes borracheras no adecuadas para chicas sensibles como Camille, incluso su nombre era sensible, delicado, Camille era para Lionel el nombre más hermoso que jamás había pronunciado, como música; la ayudó a buscar su abrigo, ¿quería que la llevara al hotel?, tenía coche, le gustaría llevarla al hotel, era lo mínimo que podía hacer, intentar resarcirla de lo mal que la habían tratado. Una vez en el coche, camino del hotel, mientras las lágrimas

de Camille remitían, mientras se enjugaba la cara acalorada con un pañuelo de papel (lo había encontrado en el bolsillo de su abrigo) y se sonaba la nariz, Lionel sentía que se estaba portando bien; se estaba portando como un caballero; su padre estaría orgulloso de él; por una vez, él estaría orgulloso de sí mismo. Y fue tan fácil… Simplemente sucedió. Más tarde se enteraría de que la familia de Camille era rica: vivían de las rentas que les proporcionaban las grandes propiedades que poseían en Rhode Island, donde Camille se había criado. Ella era dos años menor que Lionel y medía siete centímetros menos, lo que parecía correcto. Era una buena cristiana que respetaba la autoridad bíblica tanto como la moda en el peinado y la ropa; no era una estudiante de matrículas, pero sí una estudiante de magisterio «entregada» de Ithaca College. Deseaba trabajar en la enseñanza elemental, quizá antes ingresaría en el Cuerpo de Paz, oh, pero quería casarse algún día, claro, y quería ser madre, ¡claro!

Así pues (aunque no inmediatamente: Lionel salió con otras chicas después de licenciarse en Colgate y se trasladó a Nueva York para trabajar en Hoffmann Publishing Inc., y la dulce y vulnerable Camille sufrió algunas «decepciones»), estaban destinados a casarse y a tener hijos y a trasladarse a Old Mill Way en Salthill-on-Hudson, donde, año tras año, serían muy felices.

3

«Adam era el único con el que podía hablar. Aunque no pudiera hablar con él.»

Una de las profundas conmociones de la vida de Lionel en Salthill fue que Adam Berendt muriera de forma tan repentina e inesperada. ¡Jamás volvería a verle!

«¿Adam? ¿Muerto? Por el amor de Dios, ¿cómo?», se oía exclamar en todo Salthill, a los hombres de Salthill.

Las mujeres reaccionaron de manera muy diferente. Pero, claro, las mujeres siempre reaccionaban de forma muy diferente. Se quedaban con la mirada perdida y rompían a llorar, incapaces de contenerse. La reacción era instantánea, no había defensa, resistencia, incredulidad. Aunque exclamaban: «¡No! ¡Oh, no! ¡Adam!», la aceptación era inmediata. Como Camille, era probable que las mujeres se taparan instintivamente sus ojos afligidos, el rostro que se resquebrajaba como vajilla barata.

Para los hombres la pregunta crucial de la muerte era cómo, pues Adam estaba, según afirmaban con congoja, «muy vivo». Estaba «lleno de vida» y parecía «indestructible». Y la siguiente pregunta crucial era: qué edad tenía.

Ni siquiera Roger Cavanagh parecía saberlo. Cabía presumir que más de cincuenta, pero no mucho más. Lionel pensaba en su propia edad, cincuenta y dos (¡cincuenta y dos!), con una punzada de ansiedad. De niño había sido incapaz de imaginarse con veintiuno. Cuando tenía veinte, era incapaz de imaginarse con treinta. En la treintena, cuarenta había parecido el punto terminal absoluto; y, cuando era cuarentón, cincuenta parecía el punto terminal absoluto. Y ahora. Qué extraño que la muerte de Adam afectara a Lionel con más fuerza de lo que le había afectado la muerte de Scott. Aunque Scott era muy joven y hermano de Lionel.

Al final de la tarde del Cuatro de Julio y durante el día siguiente la terrible noticia de la muerte de Adam Berendt (¿ahogado?, ¿de un infarto?) se propagó por todo Salthill. Lionel se había enterado al entrar en una habitación y ver a su esposa de pie con el auricular del teléfono pegado a la oreja, el semblante pálido, los ojos anegados de lágrimas y los hombros encorvados como para esquivar un golpe, no más consciente de la presencia de Lionel que si este hubiera sido un fantasma, incorpóreo. Camille lanzó un grito, profundamente herida. Acto seguido estalló en lágrimas de pena, y así se enteró Lionel.

Poco a poco se fue desarrollando una narración. En ella subyacía un tono de pueril reproche, como en un cuento en el que incluso los inocentes —¡en especial los inocentes!— son castigados por comportarse como unos incautos. Porque si Adam no hubiera dejado a sus amigos de Salthill para asistir a un acto destinado a recaudar fondos en Jones Point, entre extraños, sin haber dicho siquiera a Marina que pensaba ir, ahora estaría vivo; si hubiera asistido a la barbacoa anual de los Archer, ahora estaría vivo. Si había tenido necesidad de ir a navegar (aunque a Adam no le interesaba mucho la navegación, y vivía junto al río), ¿por qué no había ido con Owen Cutler y los demás, aquella tarde? Según tenían entendido, Adam había recibido una invitación de los Owen, así que ¿cómo explicar su conducta? Había aceptado una invitación de unos desconocidos. Había ido a navegar con desconocidos. Había muerto entre desconocidos. Ahogado en el río Hudson mientras rescataba a una mujer cuando el barco en que esta iba volcó, o ahogado mientras rescataba a una niña o, no, de un infarto después de haber efectuado un dramático rescate, lanzándose al río desde una altura

«peligrosa». Así se difundió la narración por todo Salthill. Por teléfono, personalmente. No Roger o Marina, sino otros se habían convertido en portadores de la terrible noticia y su desarrollo. El estribillo siempre era: «¡Por qué él…! ¡Por qué, tan temerario!». Se decía —se había vuelto un trágico tema secundario— que Marina había ido en coche hasta Jones Point, «desesperada» por ver a Adam en el hospital, pero había llegado tarde. Se decía que Marina se había «derrumbado» y estaba «medicada». El estribillo era: «¡Pobre Marina! ¡Qué pérdida para Marina!». Aunque no todo el mundo creía que Adam y Marina eran amantes; había quien disentía en este punto, y probablemente eran mujeres. Estas conjeturas repelían a Lionel. Sus crispados nervios no lo soportaban. Se retiraba, huía de casa. Conducía el Saab hasta las colinas. No soportaba ver a Camille al teléfono lamentándose con alguna de sus amigas, llorando como si sus lágrimas fueran inagotables. Y aquella voz dolida, consternada, quejumbrosa como la de una niña, la que había oído más de treinta años atrás en el vestuario de Deke. «Aquella chica. La nariz que le moqueaba. Oh, Dios, mi vida… ¿por qué?»

La tierra se abrió bajo los pies de Lionel, como debió de abrirse para Adam.

—¿Por qué iba a consolarla yo? Adam también era mi amigo.

Recorría la casa a oscuras. Como un animal nocturno en su madriguera. Oía, a poca distancia, aunque amortiguado, el llanto de una mujer. A través de las tablas del suelo y de las capas de caras alfombras orientales. Como si en la historia de la Macomb House, o de la Wade House, numerosas mujeres desconocidas se hubieran

escondido para llorar en secreto por hombres que no eran sus esposos, y su pena acumulada constituyera una áspera y desgarradora música.

Lionel, abajo, en la habitación a la que llamaban despensa, contigua a la cocina, destapó una botella de bourbon Kentucky y bebió directamente de la botella, solo un traguito, para humedecerse la reseca boca; y el sabor y el lento ardor del bourbon en su boca, en la garganta y más abajo le resultaron muy agradables. Lionel no era bebedor; los hombres de la familia Hoffmann no eran bebedores; o, si lo eran, bebían con moderación y en digno secreto; no llamaban la atención, jamás. Lionel tomaría otro traguito, y posiblemente otro. Pero nada más. «Te echaré de menos, Adam. Maldita sea.» Quería que la muerte de Adam fuera privada, para él solo. Detestaba la naturaleza de ceremonia pública de la muerte. En Salthill había muchas cosas públicas, como si uno tuviera que volver su alma del revés para dejarla al desnudo frente al mundo. En sus estados de ánimo solitarios cuando iba al trabajo en tren, en su apartamento de Manhattan, en aviones cuando notaba que el aparato se estremecía como si se encontrara en la cima, a punto de zambullirse en la muerte, Lionel volvía sus pensamientos hacia dentro, para descubrir que el interior también era peligroso; su alma era una especie de superficie reflectante curvada que distorsionaba, como los espejos de feria, el rostro al mirarse. Podías ser cualquiera, cualquier rostro. El rostro es simple piel. Un accidente. En esos momentos tenía la impresión de estar acercándose a una verdad profunda aunque incalificable: que nuestra identidad es un accidente. Recordaba, sin demasiada precisión, la alegoría de Platón de la cueva, de aquel arduo libro la *República*: la humanidad está

prisionera en una cueva de vacilantes sombras, hipnotizada por la ilusión. Sin embargo, liberarse de la cueva significa correr el riesgo de quedarse ciego, porque la luz del verdadero día es deslumbradora. Y verse libre de la cueva significa arriesgarse al ostracismo de los que se quedan ciegos.

A través de las tablas del suelo el llanto proseguía. Lionel endureció su corazón contra este ruido. Su rostro se paralizó en una media mueca de tristeza o de desprecio por semejante tristeza. «Hagas lo que hagas, no te rías. En la incineración, no te rías.» No lloraría por Adam, no había llorado por Scott. Los hombres de la familia Hoffmann, en general, no eran de los que se afligían fácilmente. No iría a buscar a Camille, que se escondía en el cuarto de baño; no iba a consolar a una esposa que cometía adulterio en su corazón, con el amigo más íntimo y de más confianza de su marido. Que la mujer le consolara a él.

—Adam también era mi amigo.

Tomó otro traguito de bourbon, tapó la botella y la escondió en el armario.

«Las cenizas a las cenizas, y el polvo al polvo.»

No habría funeral para Adam Berendt, ni servicio religioso. Solo la austera ceremonia de la «incineración» a kilómetros de distancia, en Nyack. ¡Nyack! Nadie iba nunca a Nyack voluntariamente. Lionel sentía pánico al pensar en la incineración de Adam Berendt, pero dijo a Camille que no quería asistir por razones morales, la simple idea de la incineración ofendía a su temperamento cristiano, y Camille le miró fijamente con tristeza y le preguntó si permitiría que su esposa fuera sola, ¿era tan insensible?, ¿tan poco le importaba su

amigo Adam?, y cuando la voz le tembló al borde de la histeria, Lionel se apresuró a ceder, pues Camille tenía razón, claro. «Si se pone en ridículo en público…»

Quería a su esposa, la perdonaría. Pero ningún hombre puede soportar la publicidad.

Esto era como un sueño. En una mañana de un día laborable de julio, cuando Lionel debería estar en su oficina de ejecutivo en Hoffmann Publishing, Inc., en la decimoquinta planta de uno de los edificios más nuevos de Park Avenue, agradecido por regresar después del agobiante fin de semana de cuatro días, él y su esposa Camille entraban en un gran aparcamiento asfaltado de la fea carretera 9W. Servicios de Entierro e Incineración de Nyack, Inc. Ya había varios coches —Lionel reconoció los de algunos amigos— en el aparcamiento. «¡Qué pesadilla!», pensó con un estremecimiento. Salvo por las altas y sucias chimeneas, el crematorio parecía una biblioteca pública de las afueras de la ciudad, un edificio de ladrillo barato de color ante, bajo, de tejado plano. En su interior, antes de que pudieran orientarse, los Hoffmann fueron saludados por el director del crematorio, el señor Shad, un alto caballero vestido con traje oscuro, con un destello de gravedad en los ojos y una piel que parecía que se la habían levantado y estirado; el señor Shad les dio la bienvenida en aquella triste ocasión, les estrechó la mano con vigor, sonriendo con gravedad, les animó a hacer preguntas sobre el procedimiento si así lo deseaban, después del servicio quizá, y los Hoffmann dijeron que sí, sí, lo harían, estaban impacientes por seguir, pues el destello en los ojos del señor Shad era espantoso. Un acomodador con patillas oscuras y copete grasiento les hizo pasar a un salón con aire acondicionado muy fuerte que recibía el nombre

de la capilla, donde había hileras de asientos y, sobre una plataforma elevada, en el frente, un feo ataúd de pino. ¡El ataúd de Adam! Lionel sonrió desconcertado mientras buscaba a sus amigos con la mirada. La capilla carecía de ventanas y estaba oscura como el interior de una cueva. Numerosas personas permanecían en pie, turbadas, sin querer sentarse tan pronto; si se trataba de una reunión social, las cosas habían ido mal.

—¡Allí están nuestros amigos!

Como fantasmas con el impedimento del cuerpo, se dirigieron dando traspiés hacia las caras de Salthill. Sus amigos y conocidos, bien vestidos, estaban tan fuera de lugar que parecían impostores. También había desconocidos, personas a las que no mirarían. Camille se vio envuelta en abrazos femeninos, mientras parpadeaba para no llorar. A Lionel le estrechaban la mano con energía.

—Qué pesadilla, ¿eh?

—Por Dios.

Era una reunión de individuos en la que de forma natural uno buscaría con la mirada el rostro afable y estropeado de Adam. Su ausencia era notoria. Y el momento del día no era el adecuado. Aún no era mediodía y Lionel hacía horas que estaba despierto. Se había servido medio vaso de bourbon para calmar los nervios, pero no parecía haberle producido ningún efecto, ninguno; ni siquiera le había ardido al bajar. Y había hecho gárgaras, dos veces, con Listerine, aquel elixir bucal que detestaba. Camille, él lo sabía, aunque sin duda no la había espiado, se había tomado un par de «calmantes». (Lionel ignoraba para qué eran exactamente esas píldoras que le habían recetado. No había querido preguntar. Antidepresivos, probablemente. Los antidepresivos ahora estaban de

moda, eran muy populares en Salthill entre las esposas de los amigos de Lionel, igual que, décadas antes, los tranquilizantes habían sido populares entre las esposas y madres de Broom Hills.) Qué desorientados estaban los amigos de Adam. Los que le habían sobrevivido. Plañideros. Trataban de no mirar fijamente el ataúd de pino agresivamente feo colocado en una plataforma elevada frente al altar. Intentaban no hacerse la pregunta evidente: «¿Adam está dentro? ¿Un cadáver?» A qué olía el lugar, a pesar de las frenéticas corrientes de aire gélido. El sensible olfato de Lionel se quejó. Rogó para no tener náuseas.

Un órgano tocaba la *Misa de réquiem* de Mozart. La cinta parecía un poco defectuosa, iba un poco acelerada.

Lionel nunca había asistido a un servicio de incineración. Suponía que era un buen método, necesario: quemar, no almacenar el cuerpo muerto; si no creías en la resurrección del cuerpo en el Segundo Advenimiento de Cristo, ¿para qué servía guardar a los muertos? La tierra se estaba llenando rápidamente, no cabía duda. Siempre había artículos que hablaban de la escasez de suelo para cementerios. Era peor que la falta de viviendas. Las naciones asiáticas, con su gran exceso de humanidad, no eran sentimentales, sabían qué hacer, encendían piras funerarias junto a ríos «sagrados»; por supuesto, aquella gente era pagana. La incineración ofendía al sentido del protocolo de Lionel. Que detrás de aquellas sombrías cortinas de terciopelo color borgoña hubiera un rugiente horno, preparado para reducir a cenizas un cuerpo humano. «Las cenizas a las cenizas, y el polvo al polvo.» Las paredes de la capilla parecían presionar hacia dentro. Cubiertas de inocuos murales de un estilo del siglo XIX, como los paisajes de estilo falso primitivo de

aquel pintor francés llamado Rousseau. Su exagerado verde nervado estaba descolorido; la profunda vibración del verde de la vida, del jardín real de Adam, allí estaría fuera de lugar.

—Por favor, tomen asiento.

Camille, que había estado hablando en susurros con algunas amigas, se volvió hacia Lionel, con su rostro aturdido y dulce. Se torció el pie al andar con aquellos poco prácticos zapatos de tacón alto y Lionel la cogió del brazo instintivamente para que recuperara el equilibrio. Se sentaron en una fila del medio, temblando. Una mujer que estaba justo detrás de Lionel le sobresaltó al inclinarse hacia él y gruñirle al oído:

—¡Es tan perverso, Lionel, Dios mío! Adam en esa caja. Y nosotros dando tumbos por aquí como ovejas con una lesión cerebral.

La voz de la mujer era ronca, sensual; el aliento le olía a algo rico y maduro, como oporto. Se creía que había sido amante de Adam Berendt, también, aunque Lionel nunca se lo había acabado de creer: la esposa de Owen Cutler, Augusta, la heredera del jamón ahumado. Augusta tenía la extravagante costumbre de murmurar este tipo de comentarios íntimos al oído de Lionel Hoffmann en presencia de su esposa y otros, pues, de su círculo, él era el más rígido, el más reservado, el que más fácilmente se turbaba y ofendía, y este era el modo de coquetear de Augusta. Tenía los ojos rasgados y pícaros, y se los había pintado de un color negro azulado que enseguida se le corrió, de modo que parecía tener los ojos morados, como por culpa de un amante cruel. Su boca era un perfecto corazón carmesí que rezumara sangre. Besar aquella boca, pensaba a menudo Lionel, era invitar a la hemorragia. ¿Adam había amado a esta mujer, había echado raíces en su suave y opulento cuerpo?

Había algo estimulante y repugnante en esta idea. Augusta Cutler tenía una edad indeterminada, era madre de hijos mayores, esposa del caballero Owen, que caía bien a todo el mundo, hasta cierto punto; a Adam sin duda le caía bien y no habría atraído (Adam no, ¿verdad?) a su mujer hacia el adulterio. «Es demasiado mayor para eso. ¡Está demasiado gorda!» En realidad Augusta era una mujer opulenta al estilo de Rubens, robusta, sensual, con una cascada de pelo rubio con reflejos; aunque Lionel evitaba mirarla cuando ella era consciente de su presencia, a menudo la miraba durante las largas y lentas cenas, cuando ella estaba con otros hombres. Sus escotes eran profundos y, a medida que transcurrían las horas y Augusta bebía y comía, sus senos se hinchaban más y pequeñísimas gotas de sudor relucían en su piel rosada. Una vez, en la fiesta de Fin de Año de los Hoffmann, Augusta se había apretado con atrevimiento contra Lionel cuando bailaban un fox-trot, mirándolo de reojo, asomando la punta de su rosada lengua entre los labios húmedos. Sus uñas pintadas de rojo se le clavaban en los brazos como garras de plástico. «Lionel. Algún día. ¿Sí?» Lionel, turbado, fingió no oír. La música de baile sonaba muy fuerte.

Lionel se estremeció y se pasó las manos por los ojos.

—¡Qué pesadilla!

—¿Quieres parar de decir eso? —Camille le dio un codazo.

Lionel no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. Alguien se estaba dirigiendo al grupo: el señor Shad. Explicaba que el servicio sería breve. El cabello negro teñido de Shad se amoldaba a su cabeza como un zapato lustrado. Al hablar separaba los labios de las encías de un modo que fascinaba y repelía; sus dientes, o dentadura postiza, eran de un blanco reluciente y daban una especie

de digno eco a sus palabras. Lionel frunció el entrecejo fingiendo concentración. «¿Adam? ¿En esa… caja?» La perversidad de la muerte lo inundó. Era una sensación repugnante que había experimentado en el funeral de su hermano Scott, aunque el funeral de su hermano, celebrado en la iglesia familiar de Broom Hills, había sido hermoso; montones de flores, un excelente organista que tocaba con delicadeza piezas de Bach y al menos doscientos asistentes. Era una sensación que a los diez años había experimentado con mayor intensidad, en la orilla cubierta de hierba del lago Broom, al ver a la joven pareja muerta, entrelazada, que se pudría suavemente uno en brazos del otro. «¡Pero no lo vi! No vi nada. No fui yo.» El señor Shad quería que el grupo de amigos de Adam Berendt supiera que, si deseaban hacer alguna pregunta sobre el procedimiento, estaría muy satisfecho de responderla después del servicio. Y había publicaciones «educativas» disponibles. Lionel intentaba no oler. Olía el horno caliente. Detrás del muro de cortinas de terciopelo. El ataúd de Adam, el más austero que Lionel jamás había visto fuera de una película del Oeste, estaba hábilmente enganchado a un mecanismo que lo haría avanzar, pasar a través de las cortinas de terciopelo y una abertura en la pared, hacia el horno encendido y la eternidad. Lionel tragó saliva con fuerza y razonó que esto era lo que Adam quería, ¿no? Aquel tipo brusco y franco, que había dicho coged mi cuerpo muerto y tiradlo a la basura, qué diablos. Lionel trataba de escuchar al segundo orador: Roger Cavanagh. Uno de los viejos amigos de Lionel en Salthill, con quien quizá intercambiaba una docena de palabras al año y con el que a veces jugaba a squash y a tenis, ambos hombres asesinos en la pista, buscando la yugular; pero Roger tenía fama de tener una

conducta dudosa, quizá hacía trampas, mientras que Lionel era la quintaesencia del buen deportista, elegante en la derrota. Aquella mañana, los ojos de Roger daban muestras de fatiga, como si hubiera pasado noches sin dormir. Su piel tenía un aspecto áspero y pastoso, como una sustancia aplicada con una paleta. Pero llevaba un bonito traje oscuro de verano, el pelo ralo cepillado pulcramente hacia atrás desde su afable rostro, en el que todos estaban concentrados. Lionel no había entendido por qué el matrimonio de su amigo se había desintegrado años atrás, y por qué Roger se había quedado en Salthill, herido, furioso, y por supuesto jamás había preguntado. La vida sexual de los amigos es mejor no imaginarla. Roger hablaba con tono vacilante de lo repentino de la muerte de Adam y de la conmoción que había supuesto; habría un servicio en memoria suya en otoño, esta ceremonia se había retrasado dos días mientras él y Marina intentaban sin éxito localizar a algún pariente de Adam. Con su voz de abogado críptica y monótona, Roger dijo:

—Al parecer no hay ningún Berendt que haya oído hablar de nuestro Adam.

El comentario revoloteó a merced de las corrientes de aire de la sala.

¿Qué quería decir? Lionel estaba muy irritado.

A continuación Marina Troy se adelantó para hablar. Siempre había algo enigmático e imprevisible en aquella mujer; era una de las mujeres más jóvenes del círculo de los Hoffmann, pero uno la habría catalogado como una mujer joven-mayor, una muchacha que se había hecho mayor perdiéndose la juventud. O eso le había parecido siempre a Lionel, que a veces pasaba por la librería Salthill para

comprar libros cuya entusiasta reseña había leído, sobre todo de historia, biografías de financieros, estadistas y otros hombres de mundo, libros que Lionel raras veces leía, pero tenía intención de hacerlo, algún día; entretanto acumulaba una impresionante biblioteca, y le gustaba, como decía, ayudar a la pobre Marina con aquella tienda. Lo que sorprendía de Marina era que nunca se sabía lo que podría decir o hacer, ya que parecía no saberlo ni ella misma.

—Gracias… por venir, en esta triste ocasión. Adam estaría… oh, bueno, sabéis que Adam estaría… muy contento de veros y lamentaría que… que… —Marina se quedó sin aliento, el rostro radiante y extraño para sus amigos, que la miraban como si nunca la hubieran visto, temiendo lo que pudiera decir a continuación.

La conmoción que la muerte de su amigo (¿amante?) le había producido parecía haberla destrozado; haberla hecho joven, como si le hubiera arrancado violentamente las capas de su frágil personalidad construida con esmero en la edad adulta. Estaba muy pálida, con la piel traslúcida de las pelirrojas; las venas azul pálido temblaban bajo su piel, como alambres. Sus ojos enormes, húmedos, parpadeaban. Su pálida boca semejaba una herida animada. Parecía ser apenas consciente de lo que la rodeaba, como una sonámbula. Vestía de negro, pero un curioso negro púrpura iridiscente, vago e indefinible, arrugado, posiblemente una túnica sobre una falda larga, un chal de punto negro sobre los hombros; temblaba visiblemente a causa del aire frío y el nerviosismo; mientras hablaba, miraba una y otra vez hacia el feo ataúd de pino, situado a unos pasos, que parecía relucir con la iluminación indirecta, como si esperara… ¿qué? ¿Alguna respuesta por su parte, o del hombre que estaba dentro? Lionel observó con disgusto que

Marina no llevaba medias y calzaba unas viejas sandalias descoloridas. ¡Qué mal gusto! Evidentemente aquella mujer no tenía un marido que supervisara su atuendo o su acicalamiento. El reluciente pelo rojo, que Lionel, con su desapego habitual, admiraba y a menudo se encontraba mirando, estaba trenzado de forma tan apretada que las comisuras de los ojos de Marina parecían oblicuas; el bulto de la coronilla estaba cubierto con una mantilla negra y llevaba clavada, por extraño que pareciera, una rosa de satén negro de blandos pétalos. Era de esas rosas de tela que adornan los sombreros de mujer. Tenía un aspecto de teatro barato, de llamativo exceso; clavada en la cabeza de Marina, se movía de un modo que distraía. Lionel frunció el entrecejo en gesto de desaprobación, igual que, años atrás, fruncía el entrecejo con desaprobación ante sus hijos cuando lo ponían en una situación embarazosa y le disgustaban. Marina hablaba con una voz engañosamente calmada de Adam Berendt, su «amado amigo común»; de la «terrible pérdida» que la muerte de un hombre tan bueno y generoso suponía para su comunidad; de su muerte «heroica», «como un sacrificio». Hizo una pausa, como si hubiera perdido el hilo. Sonrió, desconcertada. Miró el ataúd casi con coquetería.

—Lo que todos queremos saber, Adam, es ¿por qué?, ¿por qué entregaste tu vida, si eso es lo que hiciste, y qué significa para nosotros?

En el sobrecogedor silencio que reinaba, nadie se movió; Lionel tenía la sensación de percibir a todos los que se encontraban en la capilla, unas cincuenta o sesenta personas, incluidos el señor Shad y varios acomodadores que permanecían en la parte de atrás, muy quietos. Marina, con la mirada perdida, parpadeando y sonriendo,

como una sonámbula que consigue despertar, aunque solo por unos instantes, para orientarse, siguió hablando de una manera normal, explicando a sus oyentes que la incineración era lo que Adam había pedido; él le había dicho una vez, cuando caminaban por el campo y tropezaron con el cuerpo de una criatura muerta, que cuando muriera quería que le «achicharraran». Entonces hubo un estallido de risas nerviosas en la capilla. Los labios de Marina también formaron una mueca. Miró el ataúd como si aprobara el ingenio de Adam.

—Y por eso, Adam —añadió casi con alegría—, cumpliremos tu petición.

Marina terminó sacando de los pliegues y capas de su curioso atuendo un baqueteado libro de bolsillo, *Grandes diálogos de Platón*, consiguió leer Lionel, pues en la edad madura era hipermétrope, y con seriedad infantil Marina leyó un breve pasaje de *Fedón* que, como explicó, narra la muerte de Sócrates mediante el suicidio ordenado por el Estado, en compañía de unos cuantos seguidores que eran discípulos suyos y le amaban. Cuando le preguntaron en su lecho de muerte cómo quería que le enterraran, Sócrates respondió: «Como queráis, si me atrapáis y no escapo… No estaré aquí con vosotros; me habré ido lejos… Tened confianza y enterrad mi cuerpo como os agrade y como creáis que sea más acorde con la costumbre». Tras leer estas palabras Marina se interrumpió bruscamente, como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la espalda.

—¡Oh, Dios mío!

El rostro infantil, suave y tenso, se resquebrajó, y Marina rompió a llorar, atormentada por el dolor. En aquel instante, para horror de

todos cuantos observaban la escena, Marina Troy envejeció treinta años.

Así terminó la ceremonia formal.

Enseguida volvió a sonar la *Misa de réquiem* de Mozart, en mitad de una frase, quizá demasiado alta y a un ritmo demente. ¿El tipo de música que le gustaba a Adam? Nadie lo hubiera dicho; Adam solía silbar animadas melodías poco melodiosas. Tenía pocos discos, que Lionel supiera.

—¡Qué pesadilla!

El feo ataúd de pino había empezado a moverse. Había cierta cualidad cinemática en su marcha. Avanzaba dando bandazos, después con más suavidad, tirado de un gancho de goma parcialmente escondido; desapareció de la vista por una abertura en las cortinas de terciopelo mientras todos los presentes, horrorizados, miraban fijamente. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estaba ocurriendo? Las vulgares cortinas de terciopelo prometían una experiencia teatral, pero no habría ninguna otra revelación: el ataúd de Adam desapareció y las cortinas volvieron a su sitio.

¡Desaparecido! Tan deprisa.

Para ser achicharrado.

Lionel se excusó para huir a los servicios. Allí, encerrado en un retrete, temiendo que alguno de sus amigos entrara y le oyera, y reconociera sus zapatos, vomitó en la taza.

Aquella mañana no había comido mucho, pero estaba el ácido bourbon, más abrasador en su trayectoria ascendente que en la descendente.

Hora de marcharse, de escapar. Sin embargo, nadie podía irse todavía. Sin un ritual religioso para señalar el final, ¿cómo terminar? Se encontraban en el aparcamiento, entre sus relucientes coches. Cuántos centenares de miles de dólares. El reflejo del sol en el negro asfalto les deslumbraba. El sol resplandecía en todas direcciones. Lionel se sentía mejor después de haber vomitado; había vomitado no solo el traguito de bourbon, sino el nauseabundo olor de la capilla. ¡Pobre Marina!, sus lágrimas habían provocado el llanto de muchas de las mujeres, de modo que sus rostros meticulosamente maquillados empezaban a parecer pasteles de boda derretidos. Incluso algunos de los hombres más sensibles, más débiles. Pero no Lionel Hoffmann, que era estoico; decidido a no demostrar ninguna emoción en público, ni en privado. La histeria le disgustaba igual que a todos los hombres de la familia Hoffmann. Y qué era aquello que tenía en la mano: una rígida tarjetita de color marfil que el señor Shad le había metido en la mano cuando salía del edificio, una tarjeta comercial que Lionel rompió en pedazos y tiró. ¿Había entregado a todo el mundo una de aquellas despreciables tarjetas?

—No es peor que un ataúd metido en una fosa, quiero decir verlo —razonó Owen Cutler—, y arrojarle tierra encima, y en realidad no lo hemos visto. No hemos visto nada.

Augusta Cutler, que enseguida se puso gafas oscuras, señaló por encima de sus cabezas.

—¡Mirad!

Bocanadas de humo de un color blanco perla salían de una chimenea y se elevaban en el cielo.

—¿Y qué es ese olor?

Con voz trágica, Camille dijo:

—Es el fin de una era.

Y rompió a llorar de nuevo. Lionel miró a su esposa por primera vez en la memoria reciente. ¿Aquella mujer era su esposa? ¿La suya? La muchacha que moqueaba en el vestuario de la casa Deke, treinta años más tarde. Y tenía treinta años más. El infantil rostro redondeado, blandamente bello, estaba más lleno; la piel bajo la mandíbula, floja; la tez sonrosada parecía de goma, como la cara de una muñeca. La pena y la ira provocada por la pena habían hecho más profundas las arrugas de su frente, normalmente disimuladas por el maquillaje, y de las comisuras de la boca. A Lionel le parecía una boca de lucio, retorcida por el sufrimiento. Sintió ternura y repugnancia al mismo tiempo al ver así a Camille. Expuesta ante el mundo. Sabía que no era justo creer que solo las jóvenes y atractivas deberían demostrar semejante emoción en público, y a pesar de ello quería acercarse a Camille para ocultarla, literalmente, con sus brazos o su chaqueta a la risa y la piedad del mundo. Sin embargo, cuando se volvió, parpadeando por la fuerte luz, para ver a los demás, a sus amigos, se dio cuenta de su error. El cambio se había operado en todos ellos, todos eran de edad madura y estaban desolados. «Camille Hoffmann era el mundo, el mundo era Camille Hoffmann.»

4

Aquella noche, en la casa de Old Mill Way, los Hoffmann dormían. En su matrimonio-madriguera, los Hoffmann dormían. En la antigua cama con dosel en lo alto de la antigua y colonial Macomb House, ¿o

era la Wade House?, un hito en la historia local, los Hoffmann, exhaustos, dormían. Por costumbre dormían siempre en una sola cama; su matrimonio estaba santificado por la costumbre. (Salvo cuando Lionel se veía obligado a pasar la noche fuera, en Manhattan, o se ausentaba de la ciudad por motivos de trabajo, lo que en los últimos años ocurría con frecuencia. Entonces dormían en camas separadas.) Sus intensas, separadas y largas tandas de sueño.

Porque el sueño no es uno, sino muchos. Estas regiones del alma, inaccesibles a los demás, salvan al que duerme; e incluso el que duerme está indefenso y no puede determinar el curso de los sueños, el vertido de emociones. Por mucho que otros se aprieten contra nosotros o nos estrechen en sus brazos. «Llévame contigo. ¿Adónde vas? ¿No me amas?»

En su caro matrimonio-madriguera, en el que había habido una fuga de oxígeno que había dejado el aire húmedo y rancio, como sábanas manchadas. Aunque las sábanas de la cama con dosel eran caras y apenas estaban manchadas. Y las enormes almohadas, caras y lujosas, estaban rellenas de plumas de ganso. Y el dormitorio, el dormitorio «principal», como los agentes inmobiliarios llamaban a estas habitaciones, estaba bellamente amueblado con objetos de la época de la revolución; y las paredes estaban empapeladas con una red de flores de lis de color gris paloma y sinuosos zarcillos, reproducción exacta del papel pintado del dormitorio del general Cleveland Wade y su esposa. En este ambiente dormían los Hoffmann. En la que era su madriguera desde hacía treinta años dormían los Hoffmann. En las sobras de la pena dormían los Hoffmann. En lados opuestos de la cama de matrimonio dormían.

Estaban agotados, exhaustos; como nadadores que acaban de regresar a la orilla a través de un oleaje traidor; nadadores que han sobrevivido a un naufragio común y temen ver lo que ha ocurrido, y lo que casi ha ocurrido, en los ojos de los demás. «¡No! No puedo mirar. No me hagáis mirar. No os conozco.»

En la historia de la casa colonial de Old Mill Way, cuántas esposas y maridos habían dormido bajo el alto techo del dormitorio principal un sueño tan agotado, tan exhausto.

Camille, que vivía el presente, comprendía que Lionel, su esposo, estuviera profundamente decepcionado con ella. Su debilidad, sus lágrimas. Su forma de derrumbarse en público. En el coche, al volver de Nyack, apenas le había dicho nada, salvo: «Suénate, Camille, por favor». Y por miedo a él, a sus severos ojos, Camille había decidido acostarse y subir despacio al piso de arriba, mientras Lionel se quedaba en su estudio de la planta baja con la puerta cerrada para que no le molestara; como años antes cerraba la puerta para que los niños, que hablaban en susurros y reían muy bajito fuera, no le molestaran. Sus atrevidas suaves palmetadas en la puerta. «¿Papá? ¿Pa-pá? ¿Por qué te escondes?» A veces Camille apoyaba la palma de la mano contra ella y aguzaba el oído, y al no percibir el menor ruido en el interior no se atrevía a hablar; esa noche, no se había atrevido a acercarse a la puerta. La casa era tan grande que podías pasar días enteros sin ver a otra persona. En cualquier caso, Lionel tenía que subir a acostarse, en el dormitorio «principal», como dictaba la costumbre. Él era fiel a la costumbre, Camille lo sabía. Con gratitud, lo sabía. Ella se había dado un exuberante baño y puesto un camisón de franela con un estampado de flores (aunque la noche era calurosa, Lionel había dejado el aire acondicionado encendido y

en la zona donde dormían hacía un frío invernal), y se tumbó en su lado de la cama con dosel a esperarlo; había dejado una luz encendida en la mesita de Lionel. Sus labios se movían en una plegaria silenciosa por Adam Berendt, y por sí misma y su esposo. «Oh, Dios, ayúdanos a soportarlo. ¡Permite que volvamos a ser felices!» Ella no había cometido adulterio salvo con el corazón. No estaba exenta de culpa, pero tampoco era culpable. ¿Debería confesar? ¿Que había amado a otro hombre? ¿Que mientras seguía amando a su esposo había estado loca de amor por otro hombre? Lionel, siempre tan distante, no podía saberlo; no tenía ni idea. ¡Qué ofensa para su masculinidad! ¿Debía Lionel conocer toda la verdad para perdonarla, si es que iba a perdonarla? «Oh, Dios mío, dime qué he de hacer. ¿Adam?» Camille siempre había sido una persona religiosa, pero sus relaciones con Dios eran formales y no muy confortantes. Había largos períodos en que no pensaba en Él más de lo que pensaba en el anciano de barba blanca que había sido su bisabuelo, el abuelo de su madre, que le había hecho tantos bonitos regalos, incluido un poni shetland, que había desaparecido de su vida para siempre antes de que cumpliera diez años. (Cuando preguntaba dónde estaba el bisabuelo, su madre siempre decía, con una extraña sonrisita: «El bisabuelo ha regresado a las Highlands, de donde era».) Camille entrecerró los ojos en la oscuridad. Se hallaba en un lugar salvaje, acercándose a la boca de una cueva. Estaba sola y en camisón, y asustada; pero alguien, quizá Adam, se encontraba cerca, para protegerla. No lo veía, pero sabía que estaba allí. Como en vida la había protegido. Empezaba a sumirse en el sueño, que era el interior de la cueva. Sin embargo, al mismo tiempo estaba completamente despierta, consciente de la sucesión de

crujidos de la escalera. En realidad, los pensamientos desfilaban por su mente a toda velocidad, ¡como conejos perseguidos por sabuesos! ¡Estos pensamientos atropellados la habían agotado! Desde aquella terrible llamada de la otra noche. «Camille, tengo una noticia triste para ti. Para nosotras. Es Adam. Adam ha… en un accidente, Adam ha… muerto.» (No la había llamado Marina Troy, sino Abigail Des Pres, que era una de las mujeres de la clase de arte de Adam en el instituto.) La comunicante prorrumpió en sollozos, y Camille, profundamente afligida, lloró con ella. No podía creer que Adam estuviera muerto, tan pronto. Desde aquel momento su mente no conocía la paz. Sus pensamientos eran tan afilados como hojas de afeitar. Giraban, brillaban. En medio del brillo se abrió una puerta con cautela, y era su esposo que por fin iba a acostarse. En la casa reinaba un silencio sepulcral, era plena noche. Lionel Hoffmann iba descalzo, con los zapatos en la mano; por galantería, no quería despertar a su exhausta esposa. (No quería, Camille lo sabía, tener que hablar con ella, tocarla.) Era un violador que entraba a hurtadillas en la oscura habitación. Camille sonrió ante esta idea, pues Lionel no era un hombre que pensara en la violación.

—Lionel, cariño —susurró Camille.

Lionel se sobresaltó y no tuvo más remedio que responder:

—¿Sí? ¿Qué quieres?

Camille se removió en la cama, se incorporó, y la enorme almohada de plumas de ganso suspiró detrás de ella.

—¿Qué… qué hora es?

Lionel se apresuró a responder:

—¿Qué importa? Es tarde. Lamento haberte despertado.

—No estaba dormida.

—Creo que sí lo estabas, Camille, y te he despertado. Lo siento.

—De veras que no dormía, Lionel. Te estaba esperando.

—Creo que dormías. He oído tu respiración. Siento haberte despertado.

Aquel hombre esquivo, que se cernía detrás del arco de luz, hizo sonreír a Camille. Tenía ganas de gritar: «¡Deja de sentirlo! Te odio». En cambio, dijo con tono quejumbroso:

—Lionel, ¿me quieres?

Pero Lionel ya se había ido al cuarto de baño, que se abría en el otro extremo del espacioso dormitorio; el extractor ya estaba zumbando.

—¿Qué haré si no me quieres? Y Adam ya no está.

La estrategia de Lionel era pasar un buen rato en el cuarto de baño antes de ir a la cama. Camille comprendió que estaba esperando a que ella se durmiera. Desde la noticia de la muerte de Adam no había querido consolarla, ni siquiera tocarla. Ni siquiera mirarla. «Adam también era amigo mío»; extraño comentario, expresado mientras se apartaba de ella como si le recriminara algo. Sin embargo, la actitud distante de Lionel no era nueva. Cuántos meses, cuántos años hacía. ¿Desde que se habían marchado los hijos? Ahora ya no era madre, pero volvía a ser esposa. Ella había actuado bien, para él y para los niños, como madre. Como esposa, ¿era posible que fuera deficiente? A menudo había oído a Lionel quejarse del personal de su oficina, de las «muchachas» que se veía obligado a contratar, ninguna de ellas capaz, y comprendía que, si Lionel tuviera que entrevistarla como posible esposa, no la contrataría. De alguna manera su personalidad había empezado a desvaírse a los cuarenta años. Como se había desvaído su ondulado

cabello castaño claro. Cuando se conocieron, Camille era una vivaz alumna de primer curso en la universidad, de dieciocho años; muy bonita y popular con los chicos; en Ithaca College estaba frenéticamente ocupada con múltiples actividades; estuvieron a punto de elegirla encargada de relaciones públicas de la clase, un puesto de responsabilidad. Había conocido a Lionel Hoffmann en una fiesta en la casa Deke, en Colgate, una noche en que la pareja de él se había emborrachado y bailado con una sucesión de chicos, y él se había marchado de la casa de la hermandad, furioso; y la pareja de Camille, que era un amigo de Lionel, le había pedido que pasara con él y Camille el resto del fin de semana; y de alguna manera sucedió que Lionel, furioso y con el corazón destrozado, se fijó en ella. Y amó a Camille durante varios años hasta que por fin ella accedió a casarse con él, abandonando sus esperanzas de dedicarse a la enseñanza y colaborar por un tiempo con el Cuerpo de Paz. (Camille había rogado a Lionel que ingresara con ella en el Cuerpo de Paz; podrían pasar la luna de miel en la exótica África, pero, por supuesto, Lionel vetó la idea.) Casi inmediatamente después de casarse su relación cambió. Poco a poco Camille perdió su «chispa», sus ojos «danzarines», como su bisabuelo los había descrito. Con todo, había sido muy capaz como madre, con niñeras, doncellas y cocineras que la ayudaban, y esto había complacido no solo a su exigente esposo, sino también a los aún más exigentes padres de su esposo; y durante años Camille se había regocijado con el placer que saber esto le producía. Después los hijos se hicieron mayores y se marcharon, a ella le pareció que de la noche a la mañana. Y Camille empezó a perder su aspecto. En los espejos a menudo veía un rostro irreconocible. Camille sabía que era suyo, igual que en

sueños «conocemos» a personas que no se parecen en absoluto a como son en realidad; sin embargo, podía faltar alguna parte (un ojo, una ventana de la nariz, el lado derecho de la mandíbula desaparecía). En las fotografías familiares Camille salía borrosa. Su figura era un ectoplasma, informe. Su cabello perdió el color, el brillo, la textura; lo que los expertos en belleza llaman «cuerpo». Sus ojos perdieron el color: lo que en otro tiempo fuera de un azul profundo, ahora era de un gris pálido, como papel impreso mojado. Numerosas veces Camille respondía al teléfono y oía al que llamaba decir: «¿Oiga? ¿Oiga?», aunque ella había dicho claramente: «¿Diga?»; cuando Camille insistía en que estaba allí, que era Camille Hoffmann, el que llamaba parecía no oír y colgaba. ¡Era tan frustrante! Era desgarrador. Ser un fantasma estando aún viva, y siendo aún relativamente joven. Solo Adam Berendt, en su bondad, la veía.

Había pasado un rato, el extractor del cuarto de baño seguía zumbando. Camille estaba decidida a permanecer despierta aunque eran las 2.06, según el reloj de su mesilla de noche. Pensó en que sus relaciones sexuales con Lionel en los últimos años eran tan escasas que habían adquirido, para cada uno, una nueva y alarmante torpeza; como si fueran recién casados inexpertos o desconocidos que por alguna misteriosa casualidad (¿un sorteo?) se veían obligados a compartir cama. ¡La cama! Camille ahogó un sollozo. Se colocó bien la enorme almohada bajo la cabeza. Oh, ¿por qué Adam Berendt nunca fue a aquella habitación, a aquella cama? «Por qué no me amabas como yo te amaba —pensó—; si me hubieras hecho el amor en esta cama, la cama ahora estaría santificada y yo podría dormir.» Se había dado un baño y empolvado

el cuerpo con talco que olía a lilas, para eliminar el olor acre del crematorio, pero le costaba encontrar una postura cómoda en la cama. Si se tumbaba de espaldas, el seno derecho caía hacia la derecha y el izquierdo hacia la izquierda, de un modo desconcertante; si se tumbaba de costado, el corazón empezaba a latirle más deprisa y el seno izquierdo quedaba aplastado sobre el colchón, mientras el derecho quedaba aplastado bajo el brazo. (Porque solo podía mirar hacia la izquierda de la cama, ya que Lionel dormía a su derecha; ese era el territorio de él.) Y sus senos ahora le daban miedo. Aun cuando su función maternal había concluido a su debido tiempo, parecían cada vez más grandes. (En realidad, Camille no había amamantado a ninguno de sus hijos. Su ginecólogo no se lo había recomendado. Y Lionel se había preguntado en voz alta, con su habitual actitud distante y caprichosa, si dar de mamar no era un poco aborigen para su tiempo y lugar.) Qué poco natural había parecido aquel día en la «capilla» del crematorio que Camille se sintiera al mismo tiempo un fantasma y un ser físico mamífero, cargado con los impedimentos de la carne de una mujer. «Y no hay nadie con quien pueda hablar de estas cosas ahora que Adam no está.» Si se atreviera a abordar este tema con Lionel, él se quedaría consternado y turbado; le desagradaba lo que denominaba tendencias «metafísicas» de Camille, pues temía que su emotiva esposa creyera en los espíritus, las sesiones de espiritismo, las ideas *new age* como la reencarnación y el *channeling* y la comunión con los animales. «Porque yo no soy mi cuerpo —se dijo—. ¡Soy mucho más!» No mucho tiempo atrás, en un almuerzo destinado a recaudar fondos para Paternidad Responsable, la imprevisible Augusta Cutler había sorprendido a sus amigas declarando que estaba harta de su

cuerpo femenino; que con los años había logrado superar a su cuerpo, aunque este, al madurar y hacerse más grande, parecía superarla a ella. Levantando sus senos con las manos, llenas de anillos, y eran senos bastante grandes, bajo un jersey gris oscuro decorado con una multitud de perlitas, Gussie dijo con su ronca voz: «A veces me siento como una muñeca hinchable que algún tipo ha inflado y dejado a un lado». Abigail Des Pres, la única divorciada de su círculo, que había perdido tanto peso desde su divorcio que se había vuelto etérea, como una acuarela descolorida, se miró el estrecho torso y comentó: «Pues yo soy una muñeca hinchable que han desinflado y dejado a un lado». Camille soltó un bufido y se echó a reír.

Ah, ¿pero era divertido todo esto? Camille sabía que Lionel estaba furioso con ella y que su furia tenía algo que ver con el tamaño de sus pechos, y de sus caderas y muslos, y la naturaleza ectoplasmática de estos; estaba furioso con el hecho de que fuera mujer; aunque la honraba como esposa y jamás soñaría (¡Camille lo sabía!) con serle infiel y aun menos abandonarla. Sin embargo, estaba molesto porque había llorado por Adam ante testigos, sus amigos de Salthill. Camille oía los grifos que se abrían y cerraban. La cadena del retrete. En estos sonidos vibraba el reproche. Un armario de medicinas que se abría y se cerraba. ¿Y se volvía a abrir? «Es una prueba de voluntades. Si puede esperar más que yo. Si me quedo dormida antes de que él venga a la cama.» Camille sonrió, pensando que aquello podría ser un programa de televisión. Matrimonio a la hora de acostarse: la prueba de las voluntades. ¡Qué éxito tendría!

Por fin cesó el zumbido del extractor. Una puerta se abrió en silencio. La figura de un hombre, descalzo, con pantalones de pijama

y camiseta blanca, se acercó sigilosamente a la cama. Apagó la luz de la mesilla de noche. Se deslizó bajo las sábanas, tenso; se quedó tumbado de espaldas, respirando lo más discretamente posible. Camille estaba despierta (¿no estaba despierta Camille?), y sin embargo parecía incapaz de mover la cabeza o susurrar siquiera: «¿Lionel? Tengo mucho miedo». Notaba el cuerpo blando, laxo, como si le hubieran puesto una inyección de novocaína. No, era la píldora blanca que había tomado antes de acostarse. Lethesse era la marca. Había tomado tres, posiblemente cuatro, aquel día. El gusto ligeramente amargo, a polvos, de las pastillas se confundía con el gusto acre-amargo, a polvos, del aire de la capilla y del aparcamiento al aire libre de Servicios de Entierro e Incineración de Nyack, Inc. Oh, qué conmoción. Levantar la mirada hacia la alta chimenea manchada donde grandes bocanadas de humo se elevaban hacia el cielo, ligeras como un globo. «Mi tarjeta, señora. Estaré encantado de responder a cualquier pregunta que tenga, señora. En cualquier momento.» El señor Shad, con una sonrisa grave, había puesto la tarjeta en la mano de Camille mientras le murmuraba al oído, como si le diera un encargo. (Y Lionel solo estaba a unos pasos, ajeno a ello.) Camille se estremeció al recordarlo. Había hecho trizas la tarjeta. Ella era una mujer cristiana. Lionel jamás le permitiría ser otra cosa. También él estaba pensando con rapidez; Camille notaba cómo le funcionaba el cerebro, un mecanismo más delicado que el suyo; sus pensamientos zumbaban y vibraban, como el extractor del cuarto de baño. Lionel yacía de espaldas, aunque con la cabeza inclinada hacia el borde de la cama, tras haber apartado su almohada (pues Lionel temía, desde hacía décadas, asfixiarse con las almohadas de plumas de ganso), y por

supuesto empezaría a roncar en cuanto conciliara el sueño; y Camille no se atrevería a despertarle dándole un codazo. Cuando lo hacía, él reaccionaba con irritación y orgullo dolido. («Camille, no estaba dormido. ¿Cómo quieres que roncara? Estoy tan despierto como tú.») Los ronquidos de Lionel eran sorprendentemente fuertes para un hombre con una complexión tan delgada y unos modales tan finos. Tenían el poder de penetrar en el sueño de Camille como un taladro penetra en una pared de yeso. Durante treinta años los sueños de Camille se habían reconvertido en narraciones que incorporaban los ronquidos de su marido. A menudo se encontraba en aeropuertos o en aviones que rugían en el cielo. Estaba en un tren, mecida por las rítmicas y ensordecedoras ruedas. Utilizaba máquinas de coser, segadoras, tornos. A veces los ronquidos de Lionel eran húmedos, gorgoteantes, y Camille se encontraba en camisón, descalza, en un turbulento oleaje. ¡Qué eterna es una sola noche, y de qué eternidades se componen nuestros largos matrimonios! Sin embargo, el sonido más inquietante era el silencio; la repentina ausencia de ruido. Si Lionel dejaba de roncar, Camille se alarmaba. «¿Lionel? ¿Te ocurre algo, cariño?» Le zarandeaba suavemente, no para despertarle, sino para que reanudara el confortante ritmo de sus ronquidos. Solo entonces Camille podía reanudar su sueño. Ahora se estaba abriendo paso a través de un paisaje desconocido y, no obstante, burlonamente conocido: ¿Battle Park? Daba traspiés por el suelo rocoso, enganchada a un espino que roncaba. Los profundos y sonoros ronquidos de Lionel se mezclaban con las zarzas de rosal silvestre. Pequeñas espinas que arañaban la ropa de Camille y su piel desnuda. En una cueva de la ladera de la colina Adam Berendt la esperaba. Ella estaba

desesperada por llegar hasta él. Comprendía que le había ocurrido algo terrible; sin embargo, si ninguno de los dos lo mencionaba, ese hecho terrible no habría ocurrido todavía. No era verano, sino la tarde de invierno en que, años atrás, había tenido la osadía de ir a la casa de piedra de Adam junto al río. El estudio de Adam de alguna manera se encontraba en la cueva y sin embargo, al mismo tiempo, en la casa de piedra. Y la cueva no estaba oscura, sino cálidamente iluminada; era el exterior, el cielo invernal, donde reinaban las tinieblas, del color de la congoja. Camille entró sacudiéndose la nieve de las botas y avanzó hacia un espacio iluminado como no había visto otro igual. «Un artista mora en la luz», había dicho Adam a sus alumnas. Y allí estaba Adam Berendt, con ropa de trabajo manchada, barba de dos días, complexión cuadrada, extrañado de verla. Ella le había interrumpido cuando estaba deliberando sobre una difícil esculturacollage. «¡No me eches, Adam! Necesito hablar contigo.» Camille llevaba una chaqueta de piel de zorro de los años veinte, heredada de una abuela, y pantalones de lana de pata de gallo y botas hasta la rodilla; las mejillas le ardían; el viento le había alborotado el cabello, castaño claro, que empezaba a estar veteado de plata. Tenía unos cuarenta y cinco años y aún se hallaba en el inconsciente apogeo de la belleza femenina estilo Renoir. Pero no tenía ninguna visión de su persona, pues le habían quitado la visión y no se sentía segura de sí misma. Ante la interrogante mirada del ojo bueno de Adam Berendt empezó a temblar. ¡Si la echaba! «Soy tan desdichada, Adam», susurró. Adam le cogió las manos con suavidad. Le sonrió, pero permaneció en silencio. Dos perros se frotaban contra las piernas de Camille, el más viejo, un labrador amarillo llamado Butterscotch, y el más joven, un husky-pastor

llamado Apolo, que temblaba y ladraba con excitación, pues su amo le había prohibido saltar y lamer la cara de Camille. Este perro, nuevo en la vida de Adam, tenía menos de un año y sin embargo ya había terminado de crecer; su pelaje era brillante y de aspecto sano, una mezcla de negro, marrón oscuro y plata, con las orejas y el hocico negros. Adam había encontrado a Apolo abandonado en una autopista cuando era un cachorro y se lo había llevado a casa. Camille miraba el bonito perro, tan lleno de vida que parecía estar a punto de saltarle encima, no por maldad, no enseñándole los dientes, sino con un afecto animal al que no se podía dar nombre. Adam lo apartó riendo a modo de disculpa.

—El poder de Eros —dijo—. No importa que no seáis de la misma especie.

—Oh, Adam. Qué perro tan bonito. ¿Apolo?

—Su nombre completo es Apolodoro. ¿Recuerdas?, el joven y leal amigo de Sócrates.

Camille, que no tenía ni idea de lo que decía Adam, asintió sonriendo. ¡Ah, sí!

Se produjo entonces una escena que Camille recordaría en fragmentos el resto de su vida. «En este espacio iluminado, esperándome como un escenario.»

Adam llevó a los perros a otra parte del estudio y volvió con Camille, en cuyos ojos brillaban lágrimas de deseo y de amor. ¡Cuántos meses había amado en secreto a aquel hombre! Ahora cogió las manos de Adam, y se las habría llevado a los labios para besarlas si él, sorprendido y turbado, no las hubiera apartado.

—Adam, te… quiero —afirmó Camille con tono suplicante—. Has de saberlo.

—Camille, tengo las manos sucias. Huelen a muerte.

Camille dijo:

—No espero que sientas lo mismo por mí, Adam. Sé que esto es una indiscreción. Es de muy mal gusto. No puedo creer que esté aquí… así. Pero, por favor, acepta mi amor, Adam. ¿Lo harás?

Al otro lado de la habitación Apolo gemía en una especie de parodia de deseo sexual, moviendo los cuartos traseros y bajando el hocico al suelo, conteniéndose apenas para no saltar hacia delante. Adam, que raras veces se quedaba sin palabras, ahora estaba perplejo y disgustado; un intenso rubor acudió a su rostro.

—¡Camille, querida! Sabes que quieres a tu marido. Quieres a tu familia, no a mí.

Camille protestó:

—Sí, les quiero, pero… no como a ti.

—¿Qué es lo que «amas» en mí, Camille? Apenas me conoces.

—Yo… lo amo todo en ti, Adam. Creo que desde el primer… cuando nos conocimos. Tu rostro…

—¿Mi rostro? —Adam sonrió con incredulidad.

—Sí, amo tu rostro.

—Mi ojo ciego no, seguro.

El ojo derecho de Adam hacía que Camille se sintiera inquieta, igual que los demás, incluso Lionel, pues no parecía un ojo verdaderamente ciego y tampoco era un ojo normal. El globo ocular era más grande que el otro y sobresalía bajo una ceja entrecana con una cicatriz; el iris inmóvil poseía la elasticidad del cristal. A veces había una luz dorada reflejada en él, misteriosa. El otro ojo de Adam, el izquierdo, estaba alerta, vivo, era humano; a menudo estaba inyectado en sangre, tal vez debido a la tensión. Este ojo

guiñaba, este ojo comunicaba. Ahora miraba a Camille con una expresión de divertida paciencia.

—¡No pienso en tu ojo, Adam! —repuso Camille—. Te quiero a ti.

Había llegado el momento de que, en la escena romántica ensayada de forma compulsiva, Adam se acercara a Camille para tocarla; para abrazarla, quizá para besarla, al menos para consolarla. Para que se sintiera menos ridícula, menos expuesta. En cambio, lo que hizo fue cruzar sus fornidos brazos y decir, al modo de un albañil o un carpintero que, contratado por los Hoffmann, quiere estar seguro de saber qué se espera de él, aunque solo sea para discutirlo de una manera respetuosa:

—¿Exactamente qué crees que amas en mí, un hombre al que apenas conoces? Esto es lo que estamos tratando de determinar.

Camille tomó aliento para hablar, pero estaba desconcertada y se sonrojó. Adam hacía caso ahora de su discurso socrático; cuando esto ocurría, casi había un pavoneo sexual en su actitud.

—¿«Amas» mi rostro…? Pero ¿no sus componentes? ¿Mi piel con soriasis? ¿Mi frente abultada, mi cráneo de cromañón? ¿Mis dientes torcidos?

Camille dijo, dolida:

—Adam, cuando digo que te amo, quiero decir que te amo. ¿Por qué eres tan cruel?

—No soy cruel, Camille. Solo trato de entenderte.

—Cuando una mujer ama a un hombre, ama… todo lo que es ese hombre. La parte física es… solo una parte.

—Pero ¿una parte de qué?

—De todo lo que eres.

—«Todo lo que soy.» ¿Cómo es posible? —Adam tenía la frente arrugada en un gesto de auténtica perplejidad—. Apenas me conoces, Camille. No sabes nada de mí, mi pasado, mi yo privado; me has visto con otros, como podrías ver a un actor en un escenario iluminado. Eso no es conocerme.

Camille insistió con terquedad:

—Conozco… a alguien. Que dice la verdad. Como pocas personas la dicen.

—Camille, ¿cómo quieres conocerle? Tendrías que saber toda la verdad sobre mí, y también sobre ti, y probablemente no la sabes.

—Pero sé… que eres la persona que eres —repuso ella—. Tu presencia en el mundo, Adam, me hace sentir menos… —Se interrumpió para buscar la palabra adecuada—. Menos inútil.

¡Inútil! Sí, eso era. La presencia de Adam Berendt en el mundo hacía que los otros se sintieran menos inútiles.

La elocuencia de Camille, poco característica en ella, pareció pillarla por sorpresa. Sin embargo Adam se mantuvo firme; meneaba la cabeza, tenía el entrecejo fruncido. ¡Si al menos le dejara tocarle!, ¡estrecharle en sus brazos!, esconder su rostro encendido en su cuello.

—Camille, eres una mujer encantadora y siento ternura por ti, pero no creo que te des cuenta de las consecuencias que podría tener el hecho de que te presentes ante mí de este modo; que te presentes así ante cualquier hombre. Podría destruir tu matrimonio, que ha constituido tu vida, y destrozar tu vida. No vale la pena, querida. Ni conmigo, ni con nadie.

Camille dijo alzando un poco la voz:

—¡No quiero a nadie, Adam, por el amor de Dios! Te quiero a ti. Te amo a ti.

—Pero ¿cuál es el objeto de este amor, Camille? ¿Qué amas?

Camille lo miró con incredulidad cuando él empezó a tironear de su ropa para desnudar partes de su anatomía mientras los perros ladraban, nerviosos, dando saltos.

—¿Mi pecho? —Adam se abrió la camisa para dejar al descubierto un ancho y musculoso torso, grueso en la cintura; bajo una desordenada mata de pelo grisáceo, su piel tenía manchas, se descamaba y parecía cubierta de cicatrices, como tejido quemado; sus pezones eran puntitos sonrosados como de goma—. ¿Mi vientre? —Era un vientre fláccido, con una palidez poco natural y, al mismo tiempo, con puntitos rojos, imperfecto como su pecho, y con la cicatriz de una antigua quemadura—. ¿Mi polla? —Una gruesa y corta protuberancia, como un brazo de un niño de la talidomida, de un rojo azulado, húmedo en la punta, parcialmente erecto. El vello púbico de Adam era abundante, erizado, crecía incluso en la cara interna de los muslos. Camille, ruborizada, se apartó para ocultar la mirada. Adam se echó a reír—. No te lo reprocho, querida, es fea, ¿verdad? Nunca he sido de esos hombres que creen que su polla es impresionante.

Los dos perros ahora oliscaban los tobillos de Camille con sus hocicos húmedos e inquisidores. Ella no sabía si llorar o reír; no sabía si la habían insultado profundamente o tratado con una original clase de consideración. La intensa escena romántica con la que había fantaseado durante muchos meses había escapado a su control como un coche sin frenos y se había convertido en una comedia. Adam se metió el pene en los pantalones, se abrochó la

cremallera y se puso bien la ropa como si nada extraordinario hubiera ocurrido, mientras Camille se retiraba con la espalda erguida, con la poca dignidad que le quedaba. Adam la llamó.

—Camille, no estarás ofendida, ¿verdad? Espero que me hayas entendido.

Parecía un anfitrión medianamente arrepentido y sobre todo divertido. Los dos perros de Adam, el viejo labrador amarillo Butterscotch y el joven y delgado husky-pastor Apolo, trotaron al lado de Camille en actitud protectora, como si su amo les hubiera encargado que la acompañaran a través de la atestada casa, llena de corrientes de aire, hasta su coche, aparcado en el sendero.

¿Había dejado las llaves puestas? Y los faros encendidos, en un atardecer de invierno.

La superficie del río era opaca, del tono del acero inoxidable.

«Aun así le amo.»

Camille volvió a casa, con cautela, como una persona disminuida. Se sentía muy avergonzada, destrozada, y sin embargo, de pronto, vio lo absurdo de la escena y, de forma inesperada, se echó a reír. Aún estaba riendo, con lágrimas en los ojos, cuando llegó a la casa de Old Mill Way y entró en la cocina cálidamente iluminada, donde la jamaicana que iba dos veces por semana a limpiar estaba sentada en el rincón del desayuno tomando café. Cuando vio a Camille, la saludó con una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura mellada.

—¡Señora Hoffmann! Por la forma en que se ríe, seguro que le han contado algún chiste.

Camille asintió mientras se secaba los ojos.

—Sí, Felicia, eso es.

Inmediatamente se encontró en otra parte. La cocina desapareció, Camille se tambaleaba dentro de una monstruosa máquina que vibraba como una segadora. O era un helicóptero. A punto de despertar —de que la despertaran bruscamente los ronquidos de Lionel—, pero aferrándose a la protección del sueño. ¿Dónde estaba Adam? Ahora sabía que le había ocurrido algo terrible e irrevocable, pero que no podía dejarla, aún estaba con ella.

«¡Debo decírselo a Lionel! Debo confesar. Desnudar mi alma. Mi amor por ti, Adam. No es demasiado tarde.

»Camille, claro que es demasiado tarde.

»No. ¡Te quiero!

»Pero ahora me he ido. Incluso mi feo y estropeado cuerpo se ha ido.

»Mi amor no ha desaparecido.

»No puedes amar a un hombre muerto, Camille. Ama a los vivos.

»Pero, Adam…

»Ama a los vivos.»

Camille se despertó con un estremecimiento. Los números luminosos verdes del reloj de su mesilla de noche indicaban las 3.02. A su lado, de espaldas a ella, Lionel no solo roncaba de manera irregular sino que además le rechinaban los dientes. Su larga espalda y su pelo alborotado desprendían calor. Camille, agitada por el sueño, salió de la cama y fue al cuarto de baño para lavar su rostro calenturiento y beber un vaso de agua. (Pensó en tomar otra píldora blanca, pero decidió no hacerlo.) Oh, ¿qué había soñado? ¿Qué visiones le había traído Adam desde la Tierra de los Muertos? Contempló en un espejo sobre el lavabo el rostro hinchado de una muchacha y unos ojos muy abiertos. Estaba agitada, temblaba. En

su sueño había tomado una decisión: no hablaría a Lionel de su amor por Adam, como había pensado hacer. Su amor sin esperanza (aun así, radiante) por Adam Berendt.

«Ama a los vivos, Camille», le había dicho él. Y eso haría.

Lionel dormía su propio sueño agitado, secreto. Enredado en el sueño como en las sábanas de la hermosa cama con dosel y en las enormes almohadas de plumas de ganso, que (por mucho que las apartara) siempre le apretaban la cara y le hacían cosquillas en la nariz. Antes de meterse en la cama se había tomado un vasito, o dos, de bourbon. Se había enjuagado la boca, había hecho gárgaras. No había dado a Camille un beso de buenas noches. (Cuando se había metido en la cama, Camille dormía tranquilamente.) En la cama, en su postura habitual, le dio la espalda y miró hacia la oscuridad. ¡Qué pesadilla de día! Qué tristeza. «Mi mejor amigo. Muerto de un infarto. Incinerado.» Y qué perverso era que, mientras conciliaba el sueño, Lionel se estuviera excitando sexualmente; gemía para sí, le rechinaban los dientes. Parecía estar agazapado en la entrada de una cueva. O quizá era una cava, una de esas antiguas cavas excavadas en la montaña que había visto en granjas del estado de Nueva York, en los Adirondacks, cuando era niño. Estaba sentado torpemente en cuclillas; la entrepierna le palpitaba. En el interior del misterioso agujero practicado en la tierra, que tenía aproximadamente la anchura de una puerta corriente pero no era tan alto, yacía lo que parecía una figura femenina desnuda, enroscada. Tenía el pelo largo, enmarañado y grasiento. Su cuerpo estaba desnudo y sucio de polvo. Lionel entrecerró los ojos y vio que tenía sucia la planta de los pies. Le repelía, y sin embargo era

sexualmente excitante, seductora. Una criatura sexual, puramente femenina, aún en el seno materno. Él tenía que dar a luz a esa criatura, si se atrevía. «La tierra es el seno materno. La luz del día es el parto», explicaba Adam Berendt. Lionel se acercó poco a poco, agachado, a la boca del agujero. ¡Dios mío, cómo le palpitaba el pene, tenso, dolorosamente erecto como un puño! Se atrevió a inclinarse hacia el interior del agujero e inhaló el cargante y fétido olor de la hembra. Su olor a carne, el olor de su pelo, el olor entre sus piernas, el olor almizclado a sangre que tan poderosamente repelía e invitaba. ¿La muchacha estaba despierta y fingía dormir? Movía el cuerpo de forma provocativa en el polvo. Su vientre y sus muslos eran de un refulgente blanco lechoso, pero manchado de polvo. Los senos de la muchacha, turgentes y duros, con pezones como ojos; vello en las axilas (qué impresión para un hombre de la sensibilidad de Lionel cuando vio por primera vez vello en unas axilas femeninas, pues Camille, por supuesto, se afeitaba puntillosamente todo el feo vello del cuerpo, ya que le habría avergonzado reconocer que semejantes pelos crecían en su cuerpo); los dedos de los pies se curvaban lascivamente en el polvo, como los de un mono. «Tráela a la luz, has de traerla a la luz. Has de darla a luz.» Lionel comprendía que el objetivo del sueño era instruirle. Era un hipócrita, había sido un hipócrita durante mucho tiempo. Adam Berendt, que era su verdadero hermano, le había llevado a la boca de la cueva, ahora la tarea de Lionel era cumplir la orden. Tenía que arrastrarse al interior de la cueva, a aquel lugar de fétida oscuridad, despertar a la hembra que dormía y llevarla a la luz. «Nada de vergüenza. Nunca más. Las mitades rotas de tu vida.» Lionel se despertó con un estremecimiento, casi a punto de un orgasmo.

Durante largo rato, mientras el corazón le latía a toda velocidad y la piel rezumaba sudor, no se atrevió a moverse.

Poco a poco la sangre se retiró de la entrepierna.

Notó que el cerebro empezaba a funcionarle, que sus pensamientos se aclaraban. A su lado, en feliz ignorancia, tendida de costado, respirando suavemente y durmiendo un sueño que a Lionel le parecía plácido, bovino, sin sueños, Camille yacía inerte como una de las almohadas de plumas de ganso. De vez en cuando suspiraba. ¡Pobre Camille! Lionel la amaba. Siempre la amaría. Aunque sabía que había estado enamorada de su amigo Adam y Adam no la había amado. «El triste y pequeño secreto de mi esposa. Debo permitirle este secreto». Lionel sintió que el corazón se le henchía de magnanimidad, por primera vez que él recordara.

Aunque cuando se había acostado estaba exhausto y deprimido, ahora se sentía jubiloso, inspirado. «Las mitades rotas de mi vida. ¡Debo unirlas!» Decidiendo que Camille estaba dormida, Lionel bajó de la cama.

Descalzo, en pantalones de pijama y camiseta, ambas prendas húmedas de sudor, salió en silencio del dormitorio y fue por el pasillo a oscuras hasta la escalera trasera. Como el ojo de un dios benévolo, la débil luz de la luna le guiaba. En su estudio, cerró la puerta tras de sí. Sonrió. ¡Suspiró! Según el reloj digital de su escritorio eran las 3.58. «Llama en cualquier momento, cariño. Por arte de magia sabré que eres tú.» Lionel contuvo el aliento al marcar el número que había memorizado, los dedos ágiles y certeros. A kilómetros de distancia, en el apartamento de la tercera planta de la calle Veinte Oeste, sonó y sonó un teléfono; y al fin levantaron el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es?

Lionel hizo pantalla con la mano sobre el auricular y dijo atropelladamente:

—Siri, cariño, soy yo. Ha ocurrido algo terrible, algo maravilloso.

Cuarenta minutos más tarde, entusiasmado, haciendo eses como un borracho, Lionel salía de su estudio a oscuras para regresar a la cama cuando, para su sorpresa, se encendió la luz de la escalera y allí estaba Camille, asustada, con la mirada fija, una bata puesta precipitadamente sobre el camisón, en lo alto de la escalera.

—Lionel, ¿qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

Al ver que Lionel se quedaba quieto, estupefacto, Camille bajó rápidamente por la escalera, y con el movimiento los rollizos senos le temblaron, el rostro ansioso envuelto en sombras como telarañas. Se acercó a Lionel, una mujer de baja estatura, de cuerpo blando, inquieta, que le puso una mano en el brazo.

—Lionel, cariño, ¿qué ocurre? Pareces… enfermo.

Lionel balbuceó que estaba demasiado inquieto para dormir, no podía quitarse de la cabeza la espantosa visita a Nyack, sentía haberla molestado. Camille le abrazó, se hizo un hueco entre sus brazos y apoyó la cabeza contra su pecho. Él se quedó inmóvil, atrapado. No podía resistirse. Camille estaba temblando y olía a talco, dulce y rancio.

—¡Oh, Lionel! Lo sé. Tengo tanto miedo. ¡Abrázame!

Lionel, obediente, rodeó con los brazos a su esposa. ¡Gracias a Dios que no podía verle el rostro culpable, sonrojado!

—Me quieres, Lionel, ¿verdad? —preguntó Camille con tristeza.

Lionel le acarició los suaves hombros, donde no se notaban los huesos, su fino cabello despeinado, y murmuró:

—Claro que te quiero, cariño. Lo sabes. Siempre te querré.

Lionel había recuperado en gran medida la compostura y cobró fuerzas al consolar a su temblorosa esposa. A la mañana siguiente se lo contaría. A la noche siguiente. Le hablaría de Siri. Uniría las mitades partidas de su vida.

De pronto Camille se puso tensa.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ese… ruido.

Aguzaron el oído, abrazados al pie de la escalera. ¿Un ruido como unos desesperados arañazos?, ¿unos palos frotados contra la madera?

—Debe de ser un animal —susurró Lionel. Se le erizó el vello de la nuca.

Cogidos de la mano, los Hoffmann se dirigieron, temerosos, a través de la oscura casa, hacia la cocina, donde Lionel, valiente, encendió una luz de fuera. Camille se acercó a una ventana a mirar y exclamó:

—¡Oh, Lionel! Ven a ver.

Allí, en la repentina elipsis de luz del sendero, arrastrando una pata trasera herida y con los ojos desbordados de tristeza, se encontraba Apolo, el perro perdido de Adam.

La Virgen de las rocas

1

En la lente de los prismáticos el rostro de un adolescente salta hacia ella. ¡Tan bello!

Once días después de la muerte de Adam Berendt.

Se dice que no está incumpliendo las condiciones del acuerdo. No está en contacto personal con su hijo Jared.

Jared Tierney. El hijo de quince años de Abigail Des Pres lleva el apellido de su padre, no el suyo. Su hijo, con el apellido de su enemigo.

Le observa a través de la lente de los prismáticos que amplían, distorsionan un poco. No está acostumbrada a este instrumento, pesado e incómodo; las manos, con su temblor culpable, lo cogen con fuerza, lo aprietan contra el puente de la nariz. El sensible puente de la nariz ya empieza a estar irritado. ¿Abigail Des Pres es tan sensible? Es una pervertida que finge ser una madre preocupada. No, es una madre que niega rotundamente que sea una pervertida.

En la vida real Abigail no podría mirar a su hijo con tanta avidez. Sin vergüenza. Él se habría sentido muy incómodo, incluso disgustado; habría salido de la habitación dando un portazo. Pero esto no es la vida real, es otra cosa. Desde que Adam murió, todo es irreal. Una fina cubierta sobre el olvido como un envoltorio de

celofán. Abigail se muerde el labio inferior, con fuerza. Contempla los pómulos del muchacho, la curva de su mandíbula, un hoyuelo en la mejilla derecha como una diminuta incisión; las espesas cejas más oscuras que el cabello castaño. Los ojos que sabe son de un azul acero aunque no puede ver su color desde tan lejos. Azul acero, viendo demasiado.

Pero Jared ahora no puede verla. Camina con sus amigos debajo de altos árboles, a la luz moteada del sol, hablando y riendo, ajeno a los ojos de su madre, atentos a él. Una vez, un hombre apretó su grueso y corto pulgar contra una arteria que latía en la garganta de Abigail y esa arteria ahora está latiendo, caliente y urgente. «¡Jared! Jared. Te quiero.»

Es casi mediodía de un brillante día de verano. En un lugar del norte: ¿Vermont? ¿Por qué Jared se ha ido tan lejos de casa, a la escuela de verano? Pero era necesario, reconoce Abigail. Lo comprende. Jared ha pasado un mal año en la academia Preston, a causa de la presión emocional ejercida por ambos padres; sacó un suficiente en inglés, un suspenso en matemáticas, ha estado resentido ante la perspectiva de irse durante seis semanas a una escuela de verano, y sin embargo ahora parece muy feliz, incluso relajado, y su madre Abigail reconoce que sí, que es una buena cosa, ¿no? Quieres que tu único hijo sea feliz, aunque esté claro que no eres el agente que produce esa felicidad.

Por un fugaz instante Abigail piensa que Jared la ha visto. Por el modo en que levanta la cabeza, con expresión ceñuda. Su desesperada madre disfrazada a una distancia de unos doce metros, escondida en un coche aparcado. Si la ve, si la descubre, ella dejará los acusadores prismáticos y se entregará a la misericordia del

muchacho. «¡Jared, perdóname! No me daba cuenta de lo que hacía. No me daba cuenta de que la lente ampliaría. No me daba cuenta de que ese muchacho eras tú.»

¿Tal vez él se reiría? ¿La miraría meneando la cabeza con gesto de adolescente consternación y se reiría?

Tal vez no.

Sin embargo, lo doloroso es que Abigail Des Pres, divorciada, de cuarenta y dos años, ex debutante, ex belleza, una mujer razonablemente inteligente y educada, no una intelectual, pero dotada de sentido común, una mujer moral, una mujer decente, una mujer con sentido del humor, que participa de forma moderadamente activa en organizaciones de carácter cívico como Paternidad Responsable, Voluntarios de América para la Alfabetización, Amigos del Salthill Trust, está acosando a su propio hijo.

Lo doloroso es que Abigail Des Pres está haciendo exactamente lo que le han prohibido.

«Ahora es diferente, Adam no está. Ahora no tengo a nadie.

»Y Jared jamás lo sabrá.»

No tiene intención de pasar otra noche en Middlebury. Se marchará esta misma tarde. Regresará a Salthill. Lo promete.

Y Jared, de todos modos, no sabe que está allí. Ni Jared ni los chicos con los que va. Abigail Des Pres, la ex esposa de Harrison Tierney, agachada detrás de una ventanilla con el cristal ahumado de un lujoso Lexus alquilado; con el entrecejo fruncido y los ojos entrecerrados mientras mira por unos prismáticos; ha elegido el Lexus por las ventanillas discretamente oscuras, es de alquiler porque Abigail no quiere que su hijo reconozca su coche. Se lo ha

pensado mucho, ¿no? No es un acto impulsivo, sino premeditado. Desvergonzado, inadmisible. Lo sabe. Ha aparcado el Lexus junto a otros vehículos en una calle residencial, para no llamar la atención, en una zona azul donde ha pagado un cuarto de dólar por una preciosa hora. Abigail lleva en el bolsillo un puñado de monedas de veinticinco centavos que tintinean como el oro de los piratas. Estaba dispuesta a esperar toda la mañana en el límite del campus de Middlebury para ver a su hijo, al que no ha visto, no ha tocado, no ha besado desde hace casi dos semanas.

Cuando recibió la terrible noticia telefoneó a Jared. A Jared siempre le había caído bien Adam, lo había tratado mucho durante algunos meses, durante lo peor del divorcio, pero Jared no devolvió las llamadas de Abigail hasta un día y medio después, y entonces, al teléfono, se mostró distante, desapegado, hosco. «Oh, cielo, ¿no es una noticia terrible y trágica? —dijo Abigail entre sollozos—. No puedo creer que haya muerto, cielo. Oh, Dios mío.» Lejos, en Vermont, el muchacho dijo con calma: «Sí, es muy triste, el señor Berendt era simpático. Será mejor que te tranquilices, mamá. No voy a ir a casa».

Abigail se sorprendió; no había pensado en sacar a Jared de la escuela de verano.

Es fascinante, es peligroso, observar así a Jared, sin que él lo sepa. Y ser invisible. Cuando Abigail lo observa a través de las potentes lentes, él está inquietantemente cerca; cuando baja las lentes, su figura salta hacia atrás, su rostro se convierte en una miniatura, podría no reconocerle. Él está a una distancia prudente. Ella está a una distancia prudente.

Mientras Jared sepa (y Abigail no se hace ilusiones respecto a que él esté pensando en ella) que su madre está en su hogar de Salthill, en la espaciosa y solitaria Cape Cod, en el tramo más rural de Wheatsheaf Drive, quinientos kilómetros al sur; mientras Jared esté en Middlebury (Vermont), donde la academia Preston, a cambio de una matrícula elevada, ofrece su curso de verano de seis semanas. Mientras Jared sepa esto, no hay nada que saber ni que sospechar. «Claro que no vas a venir a casa —le dijo Abigail, dolida—. Solo quería que supieras lo de Adam.»

¿Tal vez, después de colgar, Jared lloró? ¿Es posible?

Jared bien podría estar de luto, lleva la ancha camiseta negra que a Abigail le desagrada especialmente, aunque en realidad puede que tenga varias de estas camisetas con un críptico mensaje en clave que ningún adulto puede descifrar (la palabra MIERDA, en llamativo rojo, en el pecho), y pantalones cortos de color caqui, muy grandes; las sucias zapatillas de deporte Nike que deben de poseer algún misterioso valor sentimental para él, pues se niega a renunciar a ellas, desabrochadas, y por supuesto sin calcetines. ¡Sin calcetines! Por eso (Abigail arruga la nariz al recordarlo) los pies de su hijo huelen como setas podridas. Pero los otros muchachos tampoco llevan calcetines. Quizá sus olores se mezclan y forman un olor singular, la declaración de una generación estadounidense nacida a mediados de los ochenta. ¿Mezclado a su vez con hormonas masculinas?

Estado de ánimo de madre desesperada. Lo vergonzoso es que Abigail Des Pres adora a su hijo exactamente igual que le adoraba cuando era un niño de pecho, cuando empezaba a caminar, cuando ella aún lo cogía en brazos y él no solo no se quejaba, sino que se

mostraba muy feliz. Quizá más, ahora que su matrimonio ha terminado y su vida emocional es un desastre. De buena gana viviría entre los olores de los grandes pies de Jared metidos en aquellas zapatillas de deporte, olores de pelo grasiento, olores de axila y de entrepierna, si Jared adorara a su madre la mitad de lo que ella le adora a él. ¡Una pizca, una migaja, un nanosegundo de adoración!

Si Jared no desviara la vista cuando ella le mira. Y le dijera que la quiere, y su amor no fuera lástima. La quiere y la respeta. En la incesante y agotadora lucha contra su ex marido, que resulta que es el padre de Jared, Jared siente compasión de ella, su madre. «Eh, mamá, está bien. Estoy de tu parte.»

Si la pillara ahora, Abigail no podría declarar que se trata de un acto impulsivo. Espiar a su hijo. Al fin y al cabo había ido deliberadamente hasta Middlebury (Vermont). Había pasado por la gran pesadilla del centro comercial de Nyack para comprar los prismáticos, también conocidos como lentes de los espías, en una tienda de artículos de deporte. Fríamente se había identificado como aficionada a la ornitología con miopía, necesitaba un instrumento muy potente y el precio no era ningún problema.

«¡Adam, no me juzgues con dureza! Lo he intentado. Pero Jared se marchó para pasar seis semanas fuera, y ahora tú te has ido, para siempre.»

Desde la terrible mañana de la incineración de Adam, Abigail ha adquirido la costumbre de hablar en voz alta. Desde aquella mañana en que, sedada, balanceándose sobre los pies y con los ojos hinchados de tanto llorar, miró con inocencia hacia el cielo… Cuando el humo se elevaba en suaves bocanadas y zarcillos llevándose el espíritu del único hombre al que había amado verdadera,

puramente; el único hombre, en su larga vida después de la infancia, que le había parecido merecedor del amor de una mujer inteligente. «Ahora te has convertido en cenizas, en humo. Una urna de desechos.»

Y después, la ceremonia de esparcir las cenizas. Abigail se había negado a asistir. Le habían llamado Marina Troy y Roger Cavanagh, pero había declinado. Tenían intención de esparcir las cenizas de Adam en su jardín junto al río, tal como él quería. Al teléfono, Abigail se había mostrado inesperadamente brusca, grosera.

«¡No puedo! ¡Basta! Quiero recordar a Adam como hombre, por el amor de Dios, no como abono.»

Abigail está agazapada tras el volante de un Lexus alquilado, apretando los pesados prismáticos contra el delicado puente de su nariz, donde dejarán una marca. Desde la muerte, la piel de Abigail es sensible, vulnerable. Abre su boca húmeda. Al contemplar el atractivo muchacho que es su hijo. (Espera que sus senos no rezumen dulce y cálida leche bajo la larga túnica de seda negra marca Shanghai Tang.) Espiarle de este modo, sí, es despreciable, sí, está avergonzada, pero Jared no permitiría que le mirara de este modo, jamás. Detesta que lo mire de cualquier modo, que pese sobre él su sombría mirada erótica bajo los gruesos párpados. Él es demasiado normal, es extremadamente normal. Quiere ser del montón. El muchacho estadounidense, no como el *David* de Miguel Ángel, blandamente perfecto, sino como el *David* de Bernini, con el entrecejo fruncido y actitud rebelde.

Jared es el núcleo caliente y palpitante de la vida de Abigail. Como si su corazón mismo estuviera fuera de ella, en carne viva y vulnerable, impregnado de su propia misteriosa vida.

En un cruce de caminos Jared y sus amigos se paran a charlar con otros muchachos. ¡Muchachos que fuman! Todos llevan gorras de béisbol puestas al revés, todos llevan mochila. Anchas camisetas con inescrutables códigos y logos de bandas de rock, pantalones cortos que les resbalan de la cintura, piernas musculosas cubiertas de vello, pies desnudos en zapatillas de deporte desabrochadas. Son un montón. Abigail espera con paciencia mientras estos altos y larguiruchos desconocidos le impiden ver a Jared. Muchachos corpulentos que son los preciosos hijos de otras madres; simples manchas confusas al lado de la llama erguida de su hijo. A la escuela de verano Preston acuden sobre todo estudiantes que, como Jared, han suspendido o tenido un mal rendimiento durante el año académico, y a cuyos padres empieza a preocuparles que no les admitan en las universidades de primera clase, y Abigail se pregunta si Jared es uno de estos, un adolescente corriente de escaso rendimiento escolar entre la multitud, o si la apariencia de ser así es solo un disfraz.

Abigail observa con consternación que Jared acepta un cigarrillo que le ofrecen y lo enciende. «Oh, cariño, no.» Pero en realidad no se sorprende. (El año anterior había olido varias veces a humo en su habitación, en su pelo y ropa. Aunque Jared lo había negado. Poniendo los ojos en blanco e informando a su madre de que se comportaba como una paranoica. Más tarde admitió que posiblemente había fumado alguna vez para calmar los nervios. «Nada importante, mamá.»)

Jared y sus amigos se ponen en marcha. Jared exhala humo mientras sacude la cabeza para apartarse el pelo de los ojos. Con qué naturalidad realiza los movimientos más corrientes: mientras no

sepa que le están observando. Alguien lanza un plato volador en su dirección y Jared da un salto para atraparlo, salta como un delfín, el cigarrillo entre los dientes, y haciendo girar la muñeca envía el objeto naranja de vuelta. Tan rápido, tan ágil que Abigail está deslumbrada. Es como si el muchacho hubiera desplegado un rollo de seda al sol, una pancarta de reluciente luz, seda que es su propia alma, y un segundo más tarde la dejara caer.

Los muchachos avanzan bajo la luz del sol salpicada de sombras. Pasan junto a unas chicas que llevan pantalones cortos y escotados tops, chicas un poco mayores que ellos, probablemente alumnas de Middlebury College; los grupos de jóvenes no se dicen nada y, mientras siguen caminando, Jared y sus amigos murmuran pícaramente entre sí y prorrumpen en carcajadas. Abigail no alcanza a oír las risas desde tan lejos, las ventanillas del coche están cerradas, pero se estremece, pues sabe que es algo grosero. ¿Qué palabras groseras salen sin esfuerzo de la bella boca de Jared?

Abigail Des Pres, que muchas veces ha oído (¡sin querer!) a su hijo con sus amigos de la escuela preparatoria, que van a su casa de Salthill, nota el rubor que acude a sus mejillas.

«Oh, Jared, cariño, ¿tenéis que emplear este lenguaje tú y tus amigos?

»Joder, mamá, ¿ya has vuelto a espiarme?

»¡Jared! No te espío, esta es mi casa. Te estoy preguntando por qué empleas esas palabras.

»No escuches, mamá. Así no te molestarán, ¿de acuerdo?»

Habían mantenido esta conversación anteriormente aquel verano. Jared no se había enfadado ni puesto a la defensiva. En semejantes ocasiones se muestra extrañamente dulce y razonable. Igual que

cuando, años antes, había querido saber por qué «negrata» era una palabra fea, pero si decías la palabra fea como en la tele, estaba bien.

Buena pregunta. Todas las preguntas de los niños son buenas. Pero ¿cómo responder? Abigail ya no puede besar la frente arrugada de su niñito con la serenidad de una Virgen de Botticelli y murmurar: «¿Por qué? Porque mamá lo dice».

Jared y sus amigos se han acercado a la calle donde está aparcado el Lexus, no de frente sino oblicuamente. Parece que no se dirigen a la residencia ni al comedor, sino que van en dirección a una pequeña zona comercial, una manzana de tiendas y restaurantes. Abigail mira con avidez, solo le quedan estos pocos minutos robados antes de perder a Jared. (No le telefoneará desde el hotel, se marchará al cabo de unas horas. No se pondrá en contacto con él.) Tiene la sensación de que sus ojos están inyectados en sangre. El corazón le late con fuerza. Jared empieza a aparecer en la lente de los prismáticos como una imagen cinemática en primer plano. Su piel tersa y bronceada está un poco estropeada, tiene algunos granos en la línea del pelo y parece que se ha estado rascando. Algunos mechones de cabello asoman bajo la sucia gorra de los Yankees; le ha crecido hasta el cuello y tiene un aspecto grasiento. Casi con toda seguridad Jared no va limpio. Duchas de dos minutos, unas pasadas rápidas con una pastilla de jabón, toallas sucias arrojadas al suelo. ¿Qué se puede hacer? Durante los largos meses de la separación y el divorcio, cuando Harrison se fue a vivir a Nueva York con una nueva mujer de la que se decía que parecía una Abigail más joven, una de las formas en que se manifestaba la profunda infelicidad de Jared era la negativa a lavarse bien; una reacción que

divertía a su ex marido, Harry, pero irritaba a Abigail. Sin embargo, ¿qué puede hacer un padre o una madre? Una de las condiciones de la custodia era que, en lugar de vivir un tiempo con cada progenitor, Jared estaría interno en la academia Preston, cerca de Springfield, Massachusetts; el verano lo pasaría en su mayor parte con Abigail, pero estaría algún tiempo con Harry; alternarían, o compartirían de alguna manera, los períodos de vacaciones escolares. La academia Preston era una escuela privada respetada y muy cara para estudiantes no lo bastante buenos para Andover, Exeter, Saint Paul's, Lawrenceville; tenía fama de estar menos infestada de drogas que la mayoría, y ningún alumno se había quitado la vida en su recinto. (Aunque, como señaló Jared, este prístino historial no incluía a los alumnos de Preston que se «quitaban de en medio fuera del campus».) En Preston, Jared había compartido habitación con muchachos que no estaban más dispuestos a mantenerse limpios que él, entonces, ¿qué se podía hacer?

Abigail no es una de esas madres obsesionadas con la suciedad. Una madre pesada. Una madre de televisión. No, ella solo desea controlar a su hijo sin que él lo sepa. Con mando a distancia, por ejemplo, como un costoso juguete electrónico.

¡Un leve bozo sobre el labio superior de Jared! O quizá tan solo una sombra. Jared ha empezado a afeitarse, cree Abigail. ¿Cuántas veces a la semana? No tiene ni idea. Si lo sabe no es por Jared (moriría antes de contar semejante intimidad a su madre), sino por su ex marido, Harrison, que no puede resistirse a explicarle cosas que cree podrían perturbarla, inquietarla; cualquier hecho que indique hasta qué punto la estabilidad que ella tanto anhela va a serle negada. En una de sus pocas conversaciones telefónicas

recientes, Harry hizo saber a Abigail que, un fin de semana en que Jared había ido a visitarlo, le prestó una hoja de afeitar, y así había empezado la vida de afeitados de Jared. Era muy propio de Harry, astuto, cruel y encantador cuando quería, infiltrarse de nuevo en la vida emocional de su hijo después de años de indiferencia. «Un chico en edad de crecimiento necesita un padre. No solo una madre. Incluso tú, Abigail, debes de saberlo.» Abigail reaccionó con dignidad, gracias a Dios que era una conversación telefónica y su ex marido no podía ver su expresión angustiada, derrotada. Sí, en ese punto estaba de acuerdo, sí, lo sabía. «Un chico necesita un padre. No a ti.»

Desde el divorcio algunos hombres se han mostrado interesados por mantener una relación con Abigail, pero ella se obliga a no sentir ningún interés por ellos. ¡Nunca más! Se ha quedado sexualmente anestesiada —neutralizada— y trata de permanecer en ese estado. Por eso no es probable que vuelva a casarse pronto, no es probable que Jared, el chico en edad de crecimiento, viva pronto con un padrastro.

¿Adam Berendt había amado a Abigail? Sí. Pero no de ese modo.

(En los tiernos oídos de Abigail aún resuena la crueldad de aquellas palabras de Harrison, «solo una madre», como uno podría decir «solo un resfriado sin importancia», o «solo una ensalada de col, por favor». Y el insultante «incluso tú, Abigail».)

Ahora Jared y los otros muchachos se alejan a zancadas en dirección a un McDonald's. Como hipnotizada, Abigail sigue mirando fijamente la parte posterior de la cabeza de Jared, la gorra colocada al revés, los estrechos hombros en la ancha camiseta negra, el brillo del vello de sus brazos y piernas al andar. Le anima ver, o imaginar

que ve, a Jared arrojar el cigarrillo a una alcantarilla. «Cielo, ten cuidado. Te quiero.» ¿Y ahora qué? Siente alivio porque él no la ha visto y al mismo tiempo está muy defraudada. Ahora no le queda más que el largo trayecto de regreso a Salthill, a la solitaria casa. Antes de partir hacia Middlebury, Jared le propuso que pasara un mes en Nantucket, donde tenía unos buenos amigos muy ricos con una casa enorme junto al océano, pero no, Abigail no había querido salir de Salthill, pues allí estaba Adam, su querido amigo Adam… A la mañana siguiente, muy temprano, unos frenéticos arañazos bajo su ventana la habían despertado de su sueño inducido por los sedantes, y al mirar fuera descubrió a Apolo, el perro de pelaje plateado de Adam, junto a la puerta trasera, con un viejo guante de jardinería de Adam entre los dientes.

Dio de comer a Apolo, lo mimó y acarició su grueso pelo, y lloró sobre él. Menuda pareja hacían. Eran almas perdidas del Hades.

Aunque Jared casi ha desaparecido de la vista, Abigail sigue con los prismáticos pegados a los ojos, haciéndose daño en el delicado hueso de la nariz. Ahora está inclinada, con los codos sobre el volante. De pronto se oyen unos golpes en el parabrisas. Abigail baja los prismáticos y, para su horror, ve a un hombre de uniforme que atisba en el interior del coche.

—Señora, ¿quiere hacer el favor de abrir la puerta?

¡Una pesadilla!

Abigail, sonrojada, abre con torpeza la portezuela, que pesa como si fuera de plomo. El policía de Middlebury, con gafas de sol de aviador, camisa azul almidonada de manga corta con una insignia que parece de hojalata, pistolera de cuero y elegante pistola pulida a

la cadera, no la ayuda con la puerta, sino que la mira fijamente, entre ceñudo y divertido.

—Señora, ¿qué está haciendo?

—Agente, puedo explicarlo.

Las muñecas de Abigail son demasiado débiles para soportar el peso de los prismáticos y los baja al regazo. Tiene la sensación de que los ojos van a explotarle cuando alza la mirada en un suave gesto de súplica femenina. Le tiemblan los párpados. Le tiemblan los labios. En semejantes ocasiones la educación social de Abigail Des Pres puede ayudar. Hasta cierto punto. Las mujeres de la familia Des Pres han sido educadas durante generaciones para exudar esta suavidad, esta súplica de comprensión, frente al recelo y la hostilidad masculinos. En la joven edad madura, Abigail aún es una mujer guapa, aunque muy delgada; por timidez siempre viste ropa cara, de buen gusto, y lleva el pelo, la cara y las uñas impecables. Para esta vergonzosa expedición lleva la elegante túnica de Shanghai Tang de seda negra, pantalones a juego, sandalias Gucci con los dedos al aire. Los anillos en los largos y delgados dedos, el reloj de oro tachonado de piedras en la delgada muñeca; el Lexus alquilado con los cristales ahumados; el perfume francés de Abigail… todo esto está penetrando en el policía de Middlebury, un hombre de vientre plano de unos treinta y cinco años. Abigail dice en un ronco susurro:

—Agente, estaba… mirando a mi hijo. Eso es todo. De lejos. No quiero que sepa que estoy aquí. Él cree que estoy en casa. Su padre y yo estamos divorciados. Solo tiene quince años, ha venido al curso de verano de la academia Preston, le prometí que no intentaría verle, pero… no he podido cumplir mi promesa. Me sentía tan sola

sin él… Agente, estoy muy avergonzada. ¡Por favor, no me arreste! —Abigail sonríe lastimeramente, secándose los ojos. Sabe que no la arrestarán.

Y no lo hacen. El policía mira su carnet de conducir y los documentos del coche. Observa que a Abigail aún le quedan cuatro minutos de aparcamiento. Dice, con una semisonrisa que podría ser de lástima, o coqueta, o semidespreciativa:

—Está bien, señora. Buena suerte.

Conduce hacia el Mountain View Inn, contenta como unas pascuas.

—¡Estoy libre! No me han arrestado.

Abigail se ríe, no tiene el menor remordimiento. Tampoco se arrepiente de nada. Está impaciente por llegar a la habitación del hotel y pasar a la siguiente fase de su estrategia.

Es una bella y nada barata suite que da a las fabulosas montañas Green. ¿Impresionará a Jared? Se necesita mucho para impresionar a un niño mimado de quince años, pero Abigail lo intentará.

Va al mostrador de recepción para informar a la dirección de que se quedará otra noche. Llama al número de la residencia de Jared, que al parecer ha memorizado. Jared no está, lo que no resulta sorprendente. Con voz cálida, no apasionada, Abigail deja un mensaje:

—¿Jared? Soy tu madre. Estoy en Vermont. Me alojo en un hotel a unos tres kilómetros del colegio. No te alarmes, cielo. —La voz de Abigail empieza a temblar, imagina la expresión ceñuda de Jared—. No ocurre nada. Solo es que… me sentía un poco sola. Te echo de menos. A ti y a… Adam. Y la casa está tan vacía… No te enfades conmigo, ¿eh? Esta visita quedará entre tú y yo, tu padre no ha de

saberlo. —Abigail se interrumpe, tiene la respiración acelerada. Es una escena en una película extranjera de otra época, una turbia historia de obsesión sexual y catástrofe inminente. Ella ve su rostro, un pálido pétalo flotante, en un espejo que hay al otro lado de la habitación. ¿Por qué las mujeres bellas son tan poco profundas, como figuras recortadas? Presentada en el Baile Internacional de Debutantes de 1976 en el Waldorf-Astoria, en Nueva York. Trata de no suplicar—. Llámame cuando puedas, Jared. Estaré esperando. Cenaremos juntos esta noche, eso es todo. ¡Te lo prometo! Solo una noche. Mi número es…

Abigail dice el número y cuelga enseguida. Demasiado tarde, ¡no puede desdecirse de sus palabras, incriminatorias y fatales!

De pronto se siente exhausta. Se quita la túnica de seda negra, que está desagradablemente húmeda bajo los brazos, y los pantalones de seda, arrugados y húmedos en la entrepierna, se quita de una patada las elegantes sandalias Gucci y se deja caer, en ropa interior, sobre la alta y dura cama, con un almohadón con volantes, para dejarse arrastrar a un sueño de delicioso delirio-olvido. A aquella región donde Adam Berendt aún no está muerto y su hijo aún no ha nacido, sino que está acurrucado cálidamente en su interior, a salvo.

2

«Como el latido del corazón de un gorrión.»

La arteria de la garganta de Abigail, que él de pronto apretó con su gran pulgar allí donde palpitaba. Esto la alarmó, pues no estaba

preparada para este repentino gesto íntimo.

No retrocedió, le cogió la mano y la apretó con más fuerza contra su garganta. «¡Oh, Adam!»

«¿Por qué tanta intensidad, Abigail? Te quemarás.»

A esta pregunta razonable, que Adam Berendt le haría, de maneras diversas, muchas veces, Abigail no tenía respuesta, ni siquiera ahora.

Aquella noche. Después del divorcio. Jared se había ido al internado. Ella invitó a Adam a cenar; nerviosa, preparó cena solo para los dos y dejó el teléfono descolgado. No eran —aún— amantes. Eran muy buenos amigos. Aunque a veces la imprudente Abigail se apretaba contra el hombre como una anfitriona tiene el privilegio de hacer, al saludar a un invitado que es un amigo querido, al decir buenas noches a un amigo invitado que se va con una sonrisa soñolienta, sí, quizá seductora; sin embargo, también a modo de juego; pues Abigail Des Pres es una seductora juguetona, no agresiva, esbelta, la piel sonrosada pese a su palidez, la clase de divorciada que se burla de su soledad incluso cuando la ofrece, como uno podría ofrecer un corazón ensangrentado, arrancado de su pecho, en la palma de una mano temblorosa. «¿Lo ves? Es mío. Pero, eh… puedes hacer caso omiso de él.»

Adam hurgaba en los hondos y deshilachados bolsillos de su abrigo de pelo de camello de color arena (comprado de artículos de segunda mano en la feria de la iglesia Trinity por cuarenta y cinco dólares, como alardeaba Adam) buscando sus guantes, y sacó un puñado de vales de Caesars Palace, en Las Vegas; Abigail se los arrebató coquetamente de los dedos diciendo que no sabía que fuera jugador, que frecuentara los casinos, ¿era esa su vida secreta?,

y Adam vaciló un instante antes de decir que sí, que a veces jugaba, en particular tenía debilidad por los dados.

—No para ver si ganarás, sino si tienes suerte; y si no tienes suerte, hasta dónde te llevará la ausencia de «suerte» y qué te hará.

Adam hablaba de un modo tan extraño, con semejante aire de vulnerabilidad, que Abigail no pudo por menos de hacer caso omiso de sus enigmáticas palabras; actuó casi exclusivamente para la parte más entusiasta del hombre, no para la otra, la reflexiva y filosófica, cuando preguntó:

—¿Me llevarás contigo, Adam, la próxima vez? ¿A Las Vegas? Nunca he estado allí. Pero me gusta apostar, ¡creo!

(¿Era cierto? La mitad de lo que brotaba de la boca de Abigail la sorprendía por completo.) Adam se limitó a reír, el rostro acalorado, haciendo un guiño con su único ojo con vista.

Cogió los vales de la mano de Abigail y lentamente, con aire pensativo, los hizo pedazos.

«Como el corazón de un gorrión late late late.»

Tanto anhelo.

«Un chico en edad de crecimiento necesita un…

»… un segundo pene, un gigantesco pene de papá en casa.»

¿Afeitarse? Un muchacho de quince años se afeita, quién sabe con cuánta frecuencia, es un pequeño secreto, un pequeño secreto conmovedor; pero un secreto que no hay que contar a mamá.

Entre otros secretos. Por ejemplo, cuánto dinero le permite gastar Harrison cada mes a cuenta de su tarjeta de crédito. (Según el acuerdo de la custodia, Harry tiene que pasar una pensión a su hijo

pero, por supuesto, Abigail, que tiene dinero propio y, con dignidad, se ha negado a pedir dinero a su ex marido, no puede resistirse a contribuir también. Y a comprar cosas al chico directamente.) Como cuánto gasta Harry en los viajes para ir a esquiar, para ir de excursión con mochila, a pie, pensados para recuperar el amor de su hijo. Excursiones a Costa Rica, Ecuador, Alaska (monte McKinley). Unas memorables vacaciones de Navidad a las islas Seychelles, en el océano Índico, a todo un mundo de distancia. (Cuando Abigail estaba débil a causa de la pena, y la gripe, por la muerte de su madre.) Y cuánto había pagado Harry por su piso en Nueva York, en Beekman Place; y por su nueva casa de campo en Cornwall (Connecticut); y lo que Harry y su nueva esposa, la atractiva madrastra de veintinueve años, dicen de Abigail Des Pres, a quien no hay por qué explicárselo.

Abigail se empeña en interrogar a Jared: «¿Qué dicen de mí, Jared? ¿Es cruel? ¿Es la verdad? ¿Se ríen? ¿Todos os reís?». Eso hace reír a Jared y sonrojarse y encogerse de hombros de ese modo en que lo hace cuando mamá hace preguntas tan tontas. Como si tuviera tortícolis.

—Oh, vamos, mamá.

—¿«Oh, vamos, mamá…» qué?

—Nunca dicen nada de ti. Nunca decimos nada.

Secretos. Abigail explicó a Adam, su principal consejero durante la crisis del divorcio y la depresión que le siguió, que la división fatal entre ella y su hijo empezó cuando Jared tenía unos dieciocho meses. El primer intento de confundirla. ¡La primera mentirijilla del niño! Trata de hacer creer a mamá que se ha comido el puré de remolacha cuando en realidad lo ha sacado con gran habilidad del

plato y lo ha tirado al suelo. Con ese pequeño gesto, fútil pero de alguna manera noble, el niño se opuso a mamá, como un querubín rebelde contra el omnipotente Dios. Después Abigail lo convierte en una divertida anécdota, una fábula de madre, y siguió un torrente de mentirijillas; con el tiempo, cuando el niño supo hablar, se convirtieron en auténticos embustes.

Abigail y Harrison, que en aquella época aún estaban enamorados y eran unos padres jóvenes, se reían de los torpes engaños del niño, no estaban alarmados, sino encantados. Jared era normal. Contar transparentes mentiras de niño es divertido, ¿no? Abigail comentaba: «¡Dios! Me pregunto si todas nuestras mentiras son tan evidentes, incluso cuando somos adultos». Harry murmuraba, evasivo: «Sí, yo también me lo pregunto».

Ahora, en momentos de debilidad, que parecen cada vez más frecuentes, mientras se da un baño caliente, toma un whisky, duerme el sueño-delirio provocado por los somníferos en una habitación de hotel, Abigail recuerda con una punzada de placer aquella época lejana en la que no había secretos, absolutamente ninguno, entre madre e hijo. Cuando el niño aún estaba en el seno materno, por ejemplo. (Ella esperaba tener mareos durante el embarazo, todas las mujeres Des Pres los tenían, le había advertido su neurasténica madre, pero en realidad Abigail había estado sorprendentemente bien, y de buen humor, feliz y contenta, y dando por supuesto que su hijo sería perfecto.) No es que hubiera secretos durante la infancia de Jared. Tiernamente se había ocupado de la lactancia, que le gustaba bastante y le parecía (¡casi!) mejor que el sexo, y tiernamente se había ocupado del ritual de los pañales, que el quisquilloso padre de Jared no soportaba (Abigail tenía que

lavarse prácticamente de la cabeza a los pies después de la sesión de cambio de pañales, antes de volver a acercarse a Harry); tiernamente se había ocupado de bañar al niño, un alegre niño de pecho que daba patadas, a veces un niño de pecho inquieto, terco; de enjabonarle el escaso cabello de color castaño claro, de enjuagarle la cabeza, su cráneo, que a ella le parecía delicado como una cáscara de huevo, y de lavarle con delicadeza el pene, aquel diminuto apéndice, blando como un caracol, apenas del tamaño de un caracol, suave como la seda y mucho más agradable que el de un hombre adulto, le parecía a Abigail. En la cálida agua del baño, Abigail sostenía la bolsita en sus dedos.

Cómo iba a prever la rabia que un día se desataría en el cuerpo de su hermoso hijo. Su cara contraída. Su masculinidad de muchacho. Durante los peores meses de insomnio en la época del divorcio, cuando Jared tenía trece años, en ocasiones rompía a llorar, furioso, y gritaba: «¡Te odio!, ¿sabes? ¡Os odio a los dos! Él es un jodido hijo de puta y tú eres una, una… ¡qué sé yo lo que eres! ¿Por qué no os morís los dos?». Y Abigail, que se esforzaba por mostrarse calmada, estoica, admitía que sí, Jared tenía razón, tenía derecho a estar tan enfadado, nada de eso era culpa suya. «Solo mía, y de tu padre.»

(Pero sobre todo era culpa del padre. ¿Sí?)

Secretos. Estrechamente ligados a aquel diminuto pene, suave como la seda y perfecto, que crecería y se convertiría, inevitablemente, en el pene de un adolescente, escondido bajo la ropa; en el que Abigail, que no es una madre incestuosa, se niega a pensar. Por supuesto, ha de haber secretos en la vida personal de un chico de quince años. Habrá aún más secretos, un torrente de secretos, sobre todo secretos sobre sexo, que hay que evitar que

mamá conozca. «Por mi propio bien. Él no querría consternarme ni disgustarme. Su semilla brotando de él, a punto de derramarse. Oh, Dios, lo sé.»

Al menos Abigail Des Pres nunca se ha comportado como las madres obsesivas de preciados adolescentes de ciertos países mediterráneos y de Oriente Próximo que examinan las sábanas de sus hijos cada mañana para ver si…

«¡Jamás!»

Abigail, que duerme un sueño inquieto entre sábanas húmedas y retorcidas, de pronto despierta, con repugnancia.

3

Horas más tarde. El teléfono de la mesita de noche no ha sonado. Ella es una mujer que flota en la superficie de una cama ahora deshecha como un racimo de lirios de agua pudriéndose en la superficie del agua estancada de una charca. Sin embargo, se traga la derrota, ese gusto amargo pero conocido. Saca sus esbeltas piernas de la cama, se sienta, sonriente y esperanzada, y marca el número de Jared otra vez.

El teléfono suena en la habitación de la residencia de Jared, en el campus de Middlebury, a tres kilómetros de distancia. Abigail ha visto esta residencia bajo altos robles, construida de ladrillos de aspecto sólido, desde una distancia discreta, esta mañana; ahora ve la mano de un muchacho sobre el auricular, vacila… y lo levanta. Pero nadie habla. Abigail dice con voz suave:

—¿Hola? ¿Jared?

Al fondo se oyen voces, música rap. Tras una pausa, un muchacho dice con cautela:

—¿Hola?

No es Jared. Uno de sus compañeros de habitación. Abigail se identifica y pide hablar con Jared, y el muchacho dice sin precisar, de aquella manera atrayente y gangosa del que miente:

—Jared ahora no está aquí, señora Tierney. Está…

Entonces se produce otra pausa, y un intercambio de voces. Abigail imagina que arrebatan el aparato de la mano del muchacho, con furia y consternación.

—¿Sí? ¿Diga?

Es Jared, y parece que ha estado corriendo.

—¡Jared! Soy yo, ¿has oído mi mensaje?

—Claro. —Jared habla con su voz inexpresiva. Abigail ve su rostro impasible—. He oído tu mensaje.

—¿Te… paso a recoger a la residencia? ¿A las siete y media?

—Mejor a las seis y media, mañana tengo trabajo.

—¡A las seis y media! Allí estaré.

—De acuerdo, mamá.

—Y, Jared…

La comunicación se ha cortado. Jared ha desaparecido.

En la ducha Abigail vuelve su rostro sonriente hacia las cálidas salpicaduras y trata de no pensar en lo que sea: una muerte, una partida. Comprende que Jared esté enfadado con ella por incumplir las condiciones del acuerdo con su padre (no un acuerdo legal, nada verdaderamente vinculante) y por ponerle en la difícil situación, en la que Jared se halla con frecuencia, de tener que proteger a un

progenitor del conocimiento del otro. «No se chivará. Puedo confiar en él.» Al mismo tiempo Abigail quedaría desolada si Jared protegiera a su padre de ella; si, por ejemplo, Harry hubiera incumplido las condiciones del acuerdo y hubiera ido a verle. «¡Pero Jared me lo diría! Puedo confiar en él.»

El cuerpo demasiado delgado de Abigail chorrea agua. Las abultadas vértebras, costillas y clavícula y muñecas; la suave y cremosa palidez de su piel, que le da el aspecto, como Adam observó una vez, de una Virgen del Renacimiento italiano.

El rostro de Abigail, al menos.

Su cuerpo ya no es un cuerpo maternal. Está sexualmente anulada. Sus senos se han encogido. La incisión en el pecho izquierdo (la palpa con cuidado con los dedos, nunca la mira) se ha curado casi por completo, la cicatriz en forma de cimitarra ha desaparecido.

«¡Prueba de mi buena suerte! Hasta ahora.»

Seis años atrás, Abigail se vio obligada a comprender que a Harrison ya no le interesaba, y aún menos la amaba, sexualmente, cuando se preocupó y enfadó después de que en una mamografía de control apareciera un quiste del tamaño de un guisante en su pecho izquierdo. El ginecólogo de Salthill se encargó de los trámites necesarios para que le efectuaran una biopsia en el Columbia-Presbyterian Hospital y, si era preciso, una mastectomía si el quiste era maligno, y Harrison le advirtió que no lo dijera a nadie.

—No quiero que esto se sepa. No quiero que los otros hombres me tengan lástima.

Abigail no estaba segura de haber oído bien.

—¿Qué sientan lástima de ti?

—Eso es.

—¿Porque tienes una esposa con cáncer?

—No. A la que le falta un pecho. —Enseguida Harry añadió, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho—: Quiero decir, cariño, que no me avergüenzo del cáncer. Del cáncer de nadie. Es algo que ocurre. Solo que no quiero que la gente de por aquí sienta lástima de nosotros. Que hablen de nosotros. Ya conoces Salthill, Abigail.

Abigail repuso con voz calmada:

—Sí, conozco Salthill. —«Y te conozco a ti.»

El hecho era que Harry no la había abrazado. Ni siquiera la había tocado. «Ya soy defectuosa para ti. ¿No?»

En realidad Abigail ya había hablado del quiste a varias amigas. ¡Claro que sí! Inmediatamente le habían brindado su comprensión, apoyo. Le habían hablado de miedos similares, de biopsias que les habían practicado; cada mujer se ofreció, de manera independiente de las demás, a acompañarla a la ciudad si Harrison se encontraba fuera.

Más tarde, Abigail se daría cuenta de que sus amigas sabían, o adivinaban, lo que ella no sabía ni adivinaba: que Harrison le era infiel, y Harrison probablemente estaría «fuera de la ciudad» cuando lo necesitara.

El quiste del tamaño de un guisante resultó ser benigno. No le extirparon el pecho sano. Posteriores mamografías resultaron negativas. Harry la regañó por adoptar una «actitud morbosa». Aun así, Abigail tiene la costumbre de llorar. En la ducha, donde nadie la oye. Como llora ahora, mientras se acaricia tímidamente el pecho con la sutil cicatriz.

«Compra siempre ropa de diseño, Abigail. Discreta, nunca llamativa. De ese modo nadie se meterá contigo.» Este fue el consejo más profundo de la madre de Abigail, pero ha resultado inútil.

Aun así, Abigail cuida su atuendo. Para ella se ha convertido en un ritual, como rezar el rosario para los católicos, de memoria, sin pensar; un talismán para tener buena suerte. Sabe que en Salthill, incluso entre las protectoras amigas de su círculo, Abigail Des Pres tiene fama de ser vanidosa. Su inseguridad se malinterpreta como arrogancia. «Mira, no puedo evitarlo. Si no soy guapa, ¿qué soy?» Para esta visita ilícita a Middlebury. Abigail ha llevado consigo varias prendas y, para pasar esta velada con su hijo, se ha puesto una combinación de seda color marfil con finas rayas, de importación italiana, una chaqueta a juego con una falda que le llega justo por encima de las rodillas; y unos zapatos de cabritilla color crema con tacón medio. Jared, que mide un metro setenta y ocho, será más alto que ella. Abigail no lleva sujetador bajo la blusa y la chaqueta abrochada le queda ancha. Se cepilla el fino y ondulado pelo, de color humo, hasta que se levanta y flota alrededor de su cabeza, y se maquilla con esmero, blanca como la porcelana, raya negra en los ojos, largas pestañas, boca opalescente pálida. Pendientes de aro de oro, reloj de platino y anillos. Pero no alianza de casada. Aunque sabe que Jared llevará la ropa holgada de costumbre, sucias Nikes y gorra de béisbol, y que al verla hará una mueca o, peor, le dirigirá una fría mirada pétrea, Abigail no puede evitarlo. Cada temblor de sus pestañas es una súplica. «¡Solo quiero que me ames!» Impaciente y ansiosa como una joven novia, conduce hacia la idílica escuela, aparca el Lexus negro alquilado y cruza un cuadrado en dirección a la residencia de Jared; todavía no ha anochecido, aún es

un apacible día de verano, Abigail se ha puesto gafas oscuras de diseño y un sombrero de paja de ala flexible; el campus es un hervidero de jóvenes que van en pantalón corto, vaqueros, escotados tops, y muchos van descalzos y juegan al plato volador en el césped. Abigail parece moverse en su elemento. Deslizándose, reluciendo. Entre los ruidosos jugadores se encuentra su hijo, Jared, que distingue a su madre cuando ve que otros la están mirando fijamente como tratando de situarla. ¿Es una modelo? ¿Un personaje de la tele? ¿Quizá están filmando en el campus de Middlebury? Jared, con el rostro enrojecido, devuelve el plato volador a sus amigos y murmura:

—Tengo que irme. Es mi madre.

Se apresura a ir a su encuentro, a llevársela, no hay necesidad de presentarla a sus compañeros, y se produce un momento doloroso en que parece que la ansiosa madre de Jared va a cogerle, darle un húmedo beso, llorar de felicidad, como a veces ha hecho, como si fueran supervivientes de un cataclismo que acaban de encontrarse; pero, gracias a Dios, Abigail se reprime, aunque está a todas luces ansiosa, temblando, aprieta la mano de Jared y le besa levemente en la mejilla. Su saludo es un suspiro jadeante:

—¡Hola, cielo! ¿Te las lavado el pelo?

Juntos, pero sin tocarse, cruzan el cuadrado hasta el coche de alquiler. Jared detesta, aunque también le excita, que su madre llame tanto la atención; ella se imagina que es tímida, pero en realidad es fantásticamente vanidosa; los ojos de los desconocidos que la miran de arriba abajo no parecen molestarla, como un actor cegado por las luces del escenario que actúa para otro actor.

—¡Jared! ¡Qué alivio… verte! Tienes buen aspecto.

—Claro, mamá.

—Y esto está bien, ¿no? Venir a verte. —Su voz está cargada de melancolía y obstinación—. Me sentía tan puñeteramente sola en casa…

Cuando Abigail quiere acercarse a Jared, conspirar con él, ser una adolescente como él, se permite alguna suave palabrota. Jared no se inmuta.

—Claro, mamá.

Abigail mira alrededor, sonriendo.

—Esto… es bonito. Parece tan… —Se interrumpe, incapaz de encontrar la palabra adecuada—. ¿Te gusta? ¿Estás contento?

—Está bien.

—¿Solo «está bien»?

Jared se encoge de hombros.

—Es una escuela de verano, mamá. Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—Y esto —dice Abigail con tono alegre, dando un apretón al antebrazo sorprendentemente musculoso de su hijo— es lo que yo estoy haciendo.

Si Jared se sorprende al ver el coche desconocido, intenta no demostrarlo. Se ha acostumbrado a los arranques impulsivos, irracionales, de su madre. Tirar porcelana, macetas con plantas, muebles «viejos» —cambiar el diseño de las habitaciones de la casa, incluso los jardines y el césped— con tanto fervor que se diría que tenía algún significado, algún fin. Posiblemente la madre de Jared ha destrozado el Acura blanco y no tiene coche propio; él no preguntará. Si hace una pregunta inconveniente, ella se echará a llorar. A Jared apenas le sorprendería que alguien, un hombre, a

quien él no verá, la hubiera llevado a Middlebury; pero no puede ser el señor Berendt, su amigo, que ha muerto.

Jared comprende que su madre, que está en la edad madura, que a sus ojos es vergonzosamente vieja, tras haber superado los cuarenta (no quiere saber cuánto, pero sabe que su padre aún es mayor que ella) es una mujer seductora, una mujer por la que los hombres adultos se sienten atraídos, y esto le enfurece, le parece horrible. Lo detesta, se niega a pensar en ello. Este hecho le hace sentirse inquieto y resentido, aunque posiblemente también excitado. Los tipos que le dicen: «Joder, Jared, ¿esa es tu madre?». La cara que ponen sus profesores. «¡Jared! Saluda a tu madre de mi parte, por favor. La próxima vez que hables con ella.» Y el director de Preston le preguntó con naturalidad: «¿Tu madre vendrá a visitarnos pronto?».

¡No! Pronto no.

Jared se ha dicho que siente un gran alivio porque sus padres por fin han llegado a un acuerdo sobre la custodia: pasará la mayor parte del año fuera de Salthill y estará interno en la academia Preston, en terreno neutral. El divorcio y los pleitos por la custodia, ex cónyuges amargados que ahora se odian a muerte. Sobre todo las madres que son abandonadas resultan patéticas. Perdedoras. Los padres tienen nuevas esposas, jóvenes, ¿por qué no? Es un país libre. Los tiempos han cambiado. Dios ha muerto. Uno de los compañeros de habitación de Jared en Preston le preguntó si no se sentía solo, y Jared respondió con desdén: «¿Solo? Ojalá supiera cómo hacerlo». Quizá se siente solo a veces. Claro. Pero prefiere la soledad a lo otro.

Es irónico que los hombres se sientan atraídos por Abigail Des Pres, con una notable excepción: el padre de Jared. En una frase memorable, el hombre le confió una vez que estaba «harto» de la madre de Jared.

Harto. Esto podría resumir el deseo de un hombre por Abigail y el deseo de un hombre por la mujer. Jared contempla a ambas.

En el coche, Abigail no puede más y abraza a Jared.

—Vamos, un abrazo de verdad. ¡Un buen abrazo!

Y un beso húmedo en la mejilla, errando por poco su boca retorcida. Le quita la ridícula gorra de béisbol, le pasa los dedos por el cabello, comenta que necesita cortárselo un poco —«Solo un poquito. Sobre las orejas. ¿Quizá mañana por la mañana?»— y le sonríe feliz, alegre. La ancha camiseta negra con la palabra MIERDA destacada en el pecho, vaqueros ceñidos a la cadera, apestosas Nike sin calcetines. «Mi Jared. Mi amor.» Jared se somete con una reacia sonrisa. En realidad no es tan espantoso, ahora que nadie está mirando. Su madre le gusta. Y tiene hambre.

Al salir de la ciudad Abigail dice con su voz ronca, de conspiradora:

—Te echaba de menos, cielo. Y esto solo es esta noche, te lo prometo.

—Está bien, mamá. No se lo diré.

«¿Qué quieres de tu hijo, Abigail?

»Adam, ¡qué pregunta!

»Bueno, responde.

»Quiero… que sea feliz.

»¿Y…?

»Quiero… bueno, quiero ser feliz yo también. Con él. Para siempre.»

4

En el histórico Mountain View Inn Abigail lo ha preparado todo para cenar juntos, a solas, en su suite. Junto a una ventana salediza desde donde se ve el césped del hotel y, a kilómetros de distancia, una imagen de postal del sol fundiéndose tras las montañas oscuras.

—¿Estás seguro de que esto te gusta, Jared? Podemos ir a otro sitio si…

—Esto está bien.

—Me ha parecido que los dos solos…

Abigail ve que Jared vacila. Posiblemente va a decir que sí, que prefiere salir a cenar fuera, a cualquier parte, a un restaurante de verdad, con más gente, no aquí, en un lugar tan íntimo, pero desde que su infancia se derrumbó unos años atrás se ha vuelto un muchacho con tacto, estoico incluso. Frunce los labios ante el menú adornado con borlas pero encarga un chuletón. Con patatas fritas. Y una Coca-Cola doble.

«Tiene miedo de algo. ¿De qué?»

Con una actitud pomposa, un camarero entra un carrito en la habitación. Mantel y servilletas de hilo blanco, una sola rosa trémula en un jarroncito, humeantes cenas calientes, chuletón para Jared y filete de lenguado para Abigail, bajo tapas de plata; y una botella de borgoña para ella.

—¿No es… como una fiesta? ¿Como en una película en el sur de Francia?

¿Por qué dice Abigail estas cosas tan estúpidas?, ¿qué sabe Jared del sur de Francia o qué le importa? La mayor aventura de su joven vida ha sido un traidor viaje en canoa por aguas bravas al que su padre le llevó el verano anterior, en la región del Gran Cañón, aunque Jared se torció el tobillo al volcar y otro compañero estuvo a punto de morir. Abigail bebe unos sorbos de vino y hace preguntas a Jared con cuidado. A diferencia del padre, ella no preguntará mucho por los cursos de verano; nunca le preguntaría abiertamente qué notas ha sacado; ella no está espiándole, no es ella a quien le obsesiona que Jared se «descuelgue» de su generación cuando su generación avance hacia el siguiente obstáculo de la meritocracia estadounidense, la universidad. (Abigail Des Pres no: ella estudió «arte» en Bennington a finales de los años setenta y se licenció sabiendo menos matemáticas, ciencias e historia que cuando terminó el instituto, con el inconveniente añadido de no saber pensar ni escribir salvo «creativamente», «espontáneamente».) Así que tiene cuidado y hace preguntas que Jared pueda responder sin encogerse de hombros ni desviar la mirada.

«Descolgarse», una palabra cruel. Abigail ha oído a su ex marido emplearla numerosas veces. Posee un sentido darwiniano-evolutivo, un aire de fatalidad.

Mientras hablan, Abigail intenta no mirar a Jared con demasiada avidez. Intenta no tocarle demasiado a menudo. Es muy consciente del decoro social: una mujer puede tocar ligeramente la muñeca de un hombre mientras hablan, un coqueteo inofensivo; un hombre,

cuando toca a una mujer de un modo similar, quizá está siendo agresivo. «Pero Jared jamás me tocará. ¿Qué alternativa tengo?»

Abigail dice:

—Cuando termine el curso, volveré para llevarte a casa. Estarás conmigo, ya lo sabes, hasta que empiece el colegio. —Entonces se produce un silencio tenso. Abigail intenta no observar el rostro de Jared. Sus ojos, que de pronto parecen tener los párpados pesados; su carnosa boca, huraña. Está masticando la carne, la frente arrugada en gesto de concentración—. He pensado que podríamos ir… a Nantucket, ¿eh? A navegar. Siempre te ha gustado navegar.

Jared no dice nada, mastica y traga. Toma un largo trago de Coca-Cola.

—De acuerdo, mamá. Estupendo.

—… todo el mes de agosto, hasta el primer lunes de septiembre. Los Sorenson nos han ofrecido su casa de invitados junto al mar.

Abigail ha dejado de comer pero sigue bebiendo, despacio. No le gusta beber sola, el alcohol se le sube a la cabeza, en especial el vino tinto le provoca fuertes jaquecas. Oye su brillante voz, que resuena en el salón bellamente amueblado. Oye las respuestas monosilábicas de Jared y alguna ocasional risotada forzada. «¡Mi mamá tiene sentido del humor!» Hay algo no expresado entre ella y Jared. Siempre hay algo no expresado entre ella y Jared. Su constante peso tira del corazón de Abigail, aunque su corazón es joven se está quedando exhausta. «Mira, ni siquiera quería casarme. No con ese hombre. Ni con ningún otro. No era más que una niña. ¡Maldita sea, quería ser bailarina! No; no estaba embarazada. Me casé por… amor.» De pronto no logra recordar quién era el hombre cuyo amor había aceptado tan pasivamente, como alguien que

sucumbe a la peste. El rostro —¿de Harrison Tierney?— es una mancha como el puré de patatas que ha dejado en el plato.

La muerte de Adam. Debía de ser eso. No han hablado de ella. Pero Abigail tiene miedo.

El mensaje incoherente que había dejado en el contestador de Jared, la noche de la muerte de Adam. Cuando Abigail estaba paralizada por la conmoción, por la pena. Cuando Abigail se emborrachó. (Roger Cavanagh había ido a su casa. Para consolarla. No; no se habían acostado juntos, aunque posiblemente esta era la intención de Cavanagh.) Bueno, no debería haber llamado a Jared. No tiene más que quince años, es un niño. Debió de quedar consternado, abrumado, no contestó a la llamada de Abigail, a sus llamadas. Y cuando por fin habló con él se mostró taciturno, hosco. «No voy a ir a casa.» Abigail siente vergüenza y se pregunta cómo plantear el tema de la muerte de Adam ahora. Le preocupa mostrarse emotiva. La tensión de la visita y las copas de borgoña. Y el recuerdo de Jared caminando a trancos por el campus, hablando y riendo con sus amigos, encendiendo un cigarrillo prohibido, ajeno a ella. Durante aquellos minutos, ampliado en la lente de los prismáticos, Jared no le había parecido a Abigail nadie conocido. El recuerdo la asusta. Pero Jared debe de sentir pena por la pérdida de Adam. Saber que no volverá a ver nunca más a Adam Berendt. Sí. ¡Debe de sentirla! En los peores momentos, Adam se había comportado «como un padre» con Jared. Hablaba con Jared a solas y nunca contaba a Abigail de qué hablaban. Llevaba a Jared a pasear, a montar en bicicleta, a tomar comidas rápidas en McDonald's y en Burger King. Trataba de explicarle, suponía Abigail, qué es un divorcio, lo corriente que se ha vuelto, lo que su madre

experimentaba, por qué estaba tan «emotiva», «imprevisible». Y cuáles podían ser los sentimientos naturales de Jared. Ella sabe que a Jared le caía muy bien Adam, pues siempre preguntaba por él, como nunca pregunta por otros amigos de Abigail. Sin embargo, desde la muerte de Adam, Jared prácticamente no ha dicho nada sobre el tema. Abigail le envió recortes de los periódicos locales: HOMBRE DE SALTHILL, 50 AÑOS, MUERE EN UN ESFUERZO POR SALVAR A UNA NIÑA. Otro: EL RESIDENTE DE SALTHILL A. BERENDT, DE 54 AÑOS, MUERE EN UN ACCIDENTE DE BARCO EN EL RÍO. Pero Jared no hizo el menor comentario sobre los recortes.

»

En los ojos entrecerrados del muchacho, Abigail ve que la teme. Quizá cree que Adam era su amante. Que ella ha perdido, otra vez, a su amor. Jared se avergüenza de ella. La compadece. Se enteró de lo de la biopsia, después; Abigail había querido ocultárselo el máximo tiempo posible. «Tu madre herida. No recuerdas este pecho, ¿verdad? De todos modos, ya no lo uso.» Abigail nota que la cara se le está poniendo tensa. Amenaza de risa. Y la risa se halla a un paso de la histeria.

La Virgen de las rocas. De pronto Abigail recuerda.

En una de sus visitas a Manhattan, Adam la llevó al Museo Frick, un escenario hermoso, un escenario para el amor romántico, donde

la Bella y la Bestia (ambos eran términos irónicos de Adam) podían pasear en su dorado cuento de hadas sin que el tiempo real les afectara; porque Adam la quería, o parecía quererla, mientras se mantenía a cierta distancia de ella, indigno del amor que él declaraba, era indigno del amor, y de la felicidad, estaba mal que se liara con otra alma, decía, pero Adam tiró de la mano de Abigail para situarla ante *La Virgen de las rocas*, de un artista florentino desconocido, aproximadamente de 1540; la obligó a contemplar la etérea Virgen María, de piel como la cera y expresión algo inquieta e irritada, agarrando a un Niño Jesús que se retorcía en sus manos más bien grandes; como fondo, un curioso paisaje de rocas estilo Magritte, riscos junto al mar y un cielo oscuro espectacular; la cabeza del Niño Jesús era desproporcionadamente grande para sus pequeños hombros, y su aura era alarmantemente metálica, tan luminosa como la de la Virgen. Abigail se quedó asombrada, mirando con fijeza, ante aquella pintura al óleo que tenía siglos de antigüedad, como si se hallara ante un espejo, solo que un poco distorsionado. Adam le dio un codazo.

—Bueno, ¿a quién te recuerda, querida?

El primer instinto de Abigail fue echarse a reír.

—Pero yo no soy… ¿soy así? ¿Como ella? —balbuceó Abigail—. ¿Agarrando a su hijito con esas manos? ¿Y esa mirada desesperada… fanática… en el rostro?

La Virgen María y el Niño Jesús, figuras gigantescas en un paisaje de rocas.

La Virgen María y el Niño Jesús, bañados en luz santa… ¿o no era santa?

Bajo los pies descalzos de la Virgen, una sinuosa serpiente, derrotada, de ojos perversos.

Adam preguntó:

—¿Ves esa serpiente? La Virgen de las rocas posee el poder de someter a Satanás. Y tú también, Abigail.

Qué sonido tan acariciante era «Abigail» en la voz áspera de Adam Berendt. Al recordarlo, igual que en el momento, Abigail siente un estremecimiento de algo parecido a disolución, parpadea y cierra los ojos.

Pero ¿qué significa, se pregunta, el poder de someter a Satanás?

Apura la copa de vino. Es otro tiempo. Este inesperado lugar. Y Jared la mira como si pudiera leer su aturdida mente erótica.

—Eh, mamá, ¿y el postre?

Jared marca el número del servicio de habitaciones para pedir el postre. Abigail está impresionada, como lo está en estas ocasiones, por la desenvoltura de su hijo. Sabe hablar con los recepcionistas, con el personal de las líneas aéreas, con los taxistas, imitando la autoridad adulta. Ahora está más relajado, sonríe a su madre. «Eh, nos llevamos bien. ¡Qué extraño!»

Pero ¿cuánto rato puede retener Abigail a su hijo? Ni siquiera son las ocho de la noche. Querrá estar de vuelta en el campus a las nueve. Como de costumbre, Jared ha devorado la comida a toda velocidad. Abigail apenas ha tocado la suya.

Anteayer, al pensar en este viaje, Abigail fue a la librería Salthill con la excusa de comprar algunas novelas de bolsillo para llevarse (hace años que no lee a Jane Austen, tiene la sensación de que es hora de que vuelva a sumergirse en aquel mundo sentimental-austero del triunfo de la voluntad femenina), pero en realidad quería

hablar con Marina Troy; Marina, la conocida de Abigail más esquiva de todo Salthill, a la que no veía desde la mañana de la incineración de Adam. Abigail esperaba decirle cuánto lo sentía, sí, se había enterado de que Marina había estado enferma, iba a invitarla a almorzar para preguntarle, con cierta turbación, si como albacea personal de Adam había encontrado ya alguna de las cartas personales que había enviado a Adam. Sí, ¡qué vergüenza! Cartas de amor escritas a un hombre que no contestaba. Pero… no podía evitarlo. Pero fue una sorpresa, una conmoción: en cuanto Marina Troy la vio entrar en la tienda, al oír el tintineo de la campanilla de la puerta, se dio la vuelta, rígida y con el semblante pálido, distraída, casi maleducada y huyó de Abigail y de otro cliente. «Lo siento, ahora no puedo ayudarte. Estoy demasiado ocupada.»

Marina Troy, con uno de sus andrajosos jerséis, las piernas desnudas, las piernas sin depilar, el cabello de color óxido cayéndole por la espalda. Entre montones de libros no vendidos, algunos apilados de costado, sobre el suelo de baldosas combadas. ¡Aquellos ojos! Rebosantes de lágrimas de alarma y furia. En aquel instante Abigail vio a la excéntrica mujer como una plañidera gemela, una viuda gemela. Y una rival. «¿Marina tiene celos de mí? ¿Y yo de ella?» Adam habría meneado la cabeza ante este disparate y se habría reído.

De pronto Abigail dice, como si fuera la solución a un acertijo que Jared y ella hubieran estado intentando resolver:

—Se llamaba «Thwaite» de apellido.

Jared está comiendo helado de pacanas y vainilla, pasando canales de televisión, sobre todo noticias locales de Vermont, que no

le interesan en absoluto. Le disgustaría que el Mountain View Inn no tuviera cable, Abigail se prepara para su gesto de desprecio.

—… la niña del río. La niña de ocho años a la que Adam intentó salvar.

Sin mirarla, apretando con fuerza los botones del mando a distancia para pasar de un canal a otro de los pocos que se pueden sintonizar, Jared dice:

—¿Intentó? La salvó.

—Bueno, la salvó. Pero…

—Lo que me enviaste, de los periódicos, decía que la salvó.

—Bueno, sí. Lo hizo.

—El señor Berendt fue un héroe. ¡Y esos niños idiotas, haciendo el tonto en un barco de fibra de vidrio, en el río Hudson! —La indignación casi ha dejado a Jared sin habla.

—Fue… —dice Abigail lentamente, consciente de la lamentable inoportunidad de sus palabras— un accidente. Dios mío.

Jared dice:

—Algunas personas creen que los accidentes no existen.

—Bueno, cuando seas mayor, verás, cielo, que sí existen. En este caso, la conjunción de… niños sin vigilancia en un barco de vela, y Adam, y la personalidad de Adam, y su… corazón.

Jared no quiere oír hablar del corazón de Adam Berendt. Cualquier conversación sobre el estado físico de sus mayores, incluso su edad, le hace retorcerse de mortificación adolescente. ¡Reconocer que esos viejos tienen cuerpo…! Jared dice con desdén:

—Hay un Thwaite en Preston, un tipo. No le conozco. —De forma casi inaudible murmura—: También es imbécil.

Abigail, que desprecia a los padres Thwaite, los ignorantes y egoístas desconocidos cuya negligencia como padres precipitó una tragedia, cree que debería defenderles, como un progenitor que se equivoca debería defender a otro, para aligerar la carga contra sí mismo.

—Los padres están muy… afligidos. Lo han dicho en público. La niña… se llama Samantha… vete a saber qué le dirán. Que un hombre murió por ella.

Jared replica con aspereza:

—¡El señor Berendt no murió por ella, mamá! Siempre exageras. Ni siquiera sabía quién era esa cría, ni los demás. Simplemente lo hizo. Ya sabes cómo es… cómo era.

«Era.» Abigail se estremece al oír la palabra en boca de Jared.

Abigail ha soñado con Thwaite, no con la bonita niña rubita cuya foto apareció brevemente en los medios de comunicación locales, sino con Thwaite a modo de una fuerza impersonal como la electricidad, el barro; una sustancia en la que caes y te hundes, por muchos esfuerzos que hagas por escapar; el estiércol en el que Adam cayó y se hundió. Indigno del amor, ¿por qué? Indigno de la felicidad, ¿por qué? Por un largo momento, mientras mira obnubilada a su hijo, que está enojado y pasa canales de televisión oprimiendo los botones del mando a distancia con infantil energía, Abigail no puede hablar. Siente lo cerca que está de la disolución ella misma. Un giro repentino del volante del coche cuando conducía a gran velocidad por la autopista hacia el norte, el olvido en un llameante choque contra un paso elevado de cemento en el que unas letras rojas descoloridas proclamaban AMA JODE MAMÁSELA A BELLINGTON H.S. ’OO.

Bueno, Abigail Des Pres no había sucumbido. Y no sucumbirá.

Se sirve otra media copa de este buen borgoña, áspero, estimulante.

Por quinta o sexta vez Jared sintoniza un partido de béisbol que juegan en algún espacio verde brillante.

—Jodidos Mets. Qué mierda.

Pasa a un anuncio, a todo volumen y de brillantes colores, de hojas de afeitar. Pasa a un anuncio, a todo volumen y de brillantes colores, de…

Abigail exclama, exasperada:

—Jared, por el amor de Dios. Apaga eso.

Jared apaga el televisor y arroja el mando a distancia al suelo alfombrado con suficiente violencia para romperlo.

Abigail se ríe.

—¡Apolo! Deberías ver al pobre perro.

—¿Qué le ocurre a Apolo? —pregunta Jared, interesado de inmediato.

Jared, que nunca ha tenido perro, quería mucho a Apolo. Paseaba con Adam junto al río y en Battle Park, y Apolo trotaba delante. El husky-pastor siempre ladraba con entusiasmo cuando Jared se acercaba. Jared le abrazaba, hundía la cara en el pelaje plateado del perro. Una vez, Abigail vio horrorizada cómo su hijo, que se apartaba de sus besos como de algo maloliente, acercaba la cara a los generosos besos-lengüetazos de Apolo, dejando que el perro le lamiera incluso los ojos y su sonriente boca.

Abigail se apresura a decir:

—Apolo está… bien. Está triste, claro. No para de ir a casa de la gente. A primera hora de la mañana. Antes de que despertemos.

Nos trae cosas de Adam, un guante viejo, una camisa.

Abigail ha guardado el viejo guante de jardinería mordisqueado, un talismán del otro mundo. Recuerda los misteriosos arañazos bajo la ventana de su dormitorio: ¿cómo podía saber el perro dónde está el dormitorio de Abigail, en la enorme casa con seis dormitorios en el piso de arriba y un ala para invitados? «Apolo no, es Adam.»

Pero ¿Adam sabía dónde se encontraba el dormitorio de Abigail?

Abigail suspira, soñadora. Piensa en cómo, unos días antes de su muerte, había cogido las manos de Adam y las había besado, y cuando él intentó escapar ella rió y apretó las manos de Adam contra sus senos diciendo, en broma: «Oh, qué viejo remilgado eres; qué ridículo», y le besó en la boca, sin dejar de reír, notando que él se excitaba, y Adam gruñó, ruborizado, y la cogió por los codos y…

Jared pregunta con vehemencia:

—Pero ¿dónde está? ¿Dónde vive?

—¿Quién?

—¡Apolo! —Jared la mira con furia.

Abigail menea la cabeza para despejarla. Es como si su cabeza fuera un pisapapeles de cristal, lleno de nieve y un misterioso líquido transparente.

—Ah, sí, Apolo. Creo que casi siempre está con Camille Hoffmann. A veces con Marina Troy. He intentado retenerlo, le doy de comer en la cocina. Y cuando duerme parece inquieto. Después gime y olisquea por todos lados, buscando… a Adam, supongo. Una vez me gruñó. Cuando no logra encontrar a Adam, rasca para avisar, y yo le dejo salir y él se va trotando, oliscando. Pobrecito.

Abigail no quiere decir a Jared que ahora Apolo cojea, que se hirió la pata trasera izquierda.

Jared dice, dolido como un niño:

—Espero que no dejéis que los del refugio para animales o la policía encierren a Apolo.

—Camille Hoffmann quiere quedárselo. Le ha cogido mucho cariño. Está en ese extraño estado de ánimo en que no puedes decirle que Adam está muerto, solo puedes decirle que Adam no está. «Pienso en él como si estuviera de viaje», dice la pobre Camille, «y no pudiera ponerme en contacto con él. Pero volverá». Por desgracia, Lionel Hoffmann tiene alergia, creo. El pelo de los perros le produce asma.

Un interesante detalle, los adultos de Salthill querrían saber más, pero el adolescente Jared hace una mueca de indiferencia.

—Oye, puedo quedarme con Apolo. Puede vivir conmigo.

—Cielo, tú estás casi todo el año fuera, en la escuela.

—¡A la mierda! ¡Está solo! Le atropellará algún coche, en la carretera. Está buscando algo… que no encontrará. —De pronto Jared parece asustado.

Disimuladamente, con una de las servilletas de hilo, Abigail se seca los ojos. Una mancha de rímel. ¡Oh, está harta de lágrimas! Lo que quiere es reír.

—Si te quedaras con Apolo, el perro viviría conmigo —señala Abigail con la tediosa lógica de una madre—. Y no parece que él quiera vivir conmigo. Se queda una noche y se va. —De repente admitir esto parece un error. ¿Por qué Apolo no quiere vivir con Abigail Des Pres? Ella se ha apresurado a comprar latas de comida para perros, galletas para perros. No ha servido de nada.

Jared dice, melancólico de pronto:

—¿Dónde está enterrado el señor Berendt?

¡Cuántas veces Adam pidió a Jared que le llamara «Adam»! Pero es «el señor Berendt». Como los amigos de Jared en Preston, que a ella la llaman «la señora Tierney». O nada en absoluto.

—Cielo, ya te lo dije. No lo enterraron.

—¿No? —Jared parece alarmado—. Pero ¿dónde está…?

—Sus restos, te lo dije. Él pidió… quería que lo incineraran.

—Ah, sí. —Jared traga saliva y mueve los hombros dentro de la ancha camiseta negra.

Abigail ha conseguido descifrar, cree, las palabras de la parte delantera: MIERDA flota dentro de la nube negra de MUERTE. ¿Qué significa? ¿La muerte es una mierda? Suena bien.

Abigail trata de sonreír y dice:

—¡Ya conoces a Adam, cielo! El más práctico de los hombres. Y divertido. No esperaba morir tan pronto, gozaba de una salud perfecta, pero le dijo a Marina Troy que, cuando muriera, quería que le «achicharraran». ¿No te parece muy propio de Adam? —Abigail trata débilmente de reír.

Entre madre e hijo, qué intensa emoción. La Virgen de las rocas cogiendo con sus manos como garras a su niño cabezón, que se retuerce, que sabe, maldita sea, que es el hijo de Dios, no simplemente el hijo de su madre. Este peso entre Abigail y Jared es mucho más palpable aquí, en el Mountain View Inn, en las afueras de Middlebury, Vermont, que en Salthill, donde Jared puede retirarse a su habitación, a su ordenador, a su televisor y teléfono, y huir. Este peso que ha empezado a filtrarse y a extenderse, como un líquido que gotea de una bolsa de papel. Jared dice, vacilante:

—¿O sea que ahora es… solo cenizas?, ¿en una urna… o algo así?

Y Abigail explica:

—Pidió que esparcieran sus cenizas, cielo. En su jardín. —Abigail no quiere que Jared sepa que ella no fue a la pequeña ceremonia privada. Solo unos pocos amigos, gente que quería a Adam. Pero Abigail Des Pres no; por terror, cobardía, mezquindad se quedó al margen—. Su jardín, ya sabes cuánto le gustaba. Siempre había muchas malas hierbas, altos cardos, pero era tan exuberante y bello, con judías verdes y tomates y pimientos, girasoles, varas de oro, esa exquisita flor silvestre de color naranja que crece como una parra, en la valla… Adam nunca se preocupaba por las malas hierbas, mientras fueran verdes, decía. Él…

Jared la interrumpe.

—Es bastante chungo, mamá, que el señor Berendt no tenga una tumba. Vosotros deberíais haberle pagado una, si él no podía.

«Vosotros.» El comentario conmueve y molesta a Abigail al mismo tiempo. ¿Jared le reprochará ahora la muerte de Adam? Dice:

—Cielo, Adam tenía dinero. No era tan pobre como la gente piensa. De hecho, creo que tenía bastante dinero, en bonos, acciones, propiedades y, por supuesto, su casa, que ha dejado al municipio…

Jared insiste, un adolescente siguiendo la pista de la hipocresía de los adultos.

—Podíais haber hecho una especie de… de monumento conmemorativo. Como poner unas pocas cenizas… en un jarro… en un cementerio de verdad, enterrarlas. Como la gente normal. Así, si alguien quisiera visitar la tumba, podría hacerlo.

—¿Por qué dices «vosotros»? —protesta Abigail, dolida—. Éramos… somos… los amigos más íntimos de Adam. Al parecer no tenía parientes vivos. Solo era… Adam Berendt, de quien según

parece se sabe muy poco. Hicimos lo que él había pedido. Puedes visitar el jardín. Cuando vuelvas de la escuela de verano, cielo, iremos juntos. Quizá Apolo esté allí y…

—Sí. Estupendo.

Jared respira con fuerza, claramente descontento. Abigail se pregunta en qué está pensando. ¿Y de alguna manera le hace algún reproche? «¿Qué? ¡Yo no tengo la culpa de nada!» No tiene ni idea de que esta mañana le ha estado espiando, ¿verdad? «Sí. Lo percibe. Percibe algo.» Todos lo hacen. Cuando los hombres desean a Abigail Des Pres, ella se aburre, incluso se enfada con ellos; cuando los hombres la eluden, queda fascinada, llena de un anhelo que no es sexual —está segura, al fin y al cabo está anulada—, sino espiritual.

Adam pasaba a menudo por su casa, y él y Jared iban juntos a caminar por los campos junto a Wheatsheaf Drive. Apolo trotaba delante de ellos. Abigail los veía desde el camino, el hombre fornido de edad madura y el larguirucho adolescente hablando con vehemencia, pero cuando preguntaba a Jared de qué habían hablado, él se encogía de hombros, azorado, y respondía: «De nada».

—Jared, no puede ser «de nada». Os he visto —objetaba Abigail.

Jared decía:

—El señor Berendt deja que hable yo casi todo el rato.

Abigail decía, profundamente herida:

—¡Te deja hablar! A mí nunca me hablas.

Cuando Abigail preguntaba a Adam de qué hablaban él y Jared, Adam se negaba a decírselo. Decía, de aquella manera

irritantemente razonable tan suya, que jamás traicionaría la confianza de Jared.

La confianza de Jared. Abigail pensaba: ¿y la de ella?

Adam era muy valiente. Un verdadero amigo. Durante lo peor de las disputas en la época del divorcio, cuando Abigail estaba tan enferma de desesperación y ansiedad como de la gripe, escondida en la cama doce horas al día y prácticamente sin hablar con nadie salvo con Jared, Adam y su abogado, al que llegó a despreciar, Adam fue a Nueva York para tratar de que Harrison entrara en razón. Se conocían un poco de Salthill y parecían caerse bastante bien, al modo cauto de los hombres que se encuentran en circunstancias sociales y que en otras situaciones jamás se encontrarían, y que básicamente tienen poco que decirse. Adam creía que podría hacer entrar en razón a Harrison Tierney, que había presentado una demanda para obtener la custodia completa de Jared basándose en que Abigail no era buena madre; era una «mujer perturbada, congénitamente neurótica, sin aptitudes para la maternidad ni la vida»; la demanda por la custodia fue inútil, pues ningún juez responsable habría fallado a favor de Harrison; sin embargo, este insistió, a su modo malévolo, ciego, como si tuviera que derrotar, demoler por completo, a aquella mujer por la que en otro tiempo había sentido una debilidad fatal, a la que había amado y con la que se había casado. Adam, la voz de la razón, arguyó:

—Los únicos que se beneficiarán serán los abogados, y lo sabes.

Harrison replicó groseramente:

—A la mierda lo que sé y lo que no sé, Berendt. Tengo que dar ejemplo a mi hijo. Cuando vale la pena luchar por algo, vale la pena luchar hasta el final.

Adam repuso, atónito:

—Pero, Harry, no vas a obtener la custodia plena, tu hijo no la quiere, el juez no fallará en ese sentido, ¿de qué sirve? Estás castigando a Abigail y te castigas a ti al mismo tiempo.

Harrison exclamó, acalorado:

—¡Tonterías! La cuestión es, Berendt, que te estás follando a esa zorra neurótica, tú quieres su culo y quieres su dinero, puedes quedarte con su flaco culo y todo su dinero, pero no conseguirás joderme, amigo, y no me sacarás ni un céntimo, y mi hijo se viene conmigo.

Había una curiosa mezcla de procacidad y satisfacción en las palabras de Harrison Tierney, como si, liberado de Salthill-on-Hudson, se viera liberado de la cortesía. Los dos hombres se habían reunido en un bar del centro de la ciudad. Adam, muy ofendido, y posiblemente herido en su orgullo, porque su papel de mediador fuera rechazado de este modo, miró a Harrison en silencio, se excusó, pagó su consumición y se marchó. («Tenía ganas de pegarle un puñetazo en la cara a ese hijo de puta; pero lo único que habría conseguido habría sido que me arrestaran y me denunciara.»):

—Buena suerte, amigo. Vas a necesitarla —exclamó Harrison.

El mismo error que cometió su héroe Sócrates en sus tratos con la humanidad. ¡Que todos los hombres son, y desean ser, racionales! Abigail Des Pres sabía que no era así.

Ahora dice a su hijo, que la mira enojado, con el aire de alguien que confiesa un crimen:

—Cielo, Adam y yo no éramos amantes. Éramos amigos muy íntimos. Yo quería a Adam, y creo que él me amaba; pero no de ese modo. Lo siento, cielo.

Las mejillas de Jared se encienden. ¡La chiflada de su madre!

—A pesar de lo que algunas personas han pensado. A pesar de lo que tu padre ha dicho —insiste Abigail, humilde.

Jared murmura algo que suena como «Está bien, mamá».

—Ahora él está muerto, y… bueno, está muerto. Fin de la historia.

Jared dice, con un tono de violenta crispación:

—¡La muerte es una mierda! Y aburrida.

—Oh, cielo. No te alteres. Lo siento.

—Lo que ocurre con la muerte es —balbucea Jared— que me importa un pimiento, joder. En lo que a mí respecta, somos como algas en una charca. ¡La puta charca cubierta de verdín en la parte trasera de nuestra casa! ¡Que tanto jodía a papá, con su aspecto de agua estancada! Bueno, era agua estancada. Jodido verdín. Las algas creen que son algo importante, y también nosotros creemos que somos algo importante, pero no lo somos. La muerte no es más que una gran nada, como el ciberespacio si el último ordenador se estropeara y la última memoria se apagara. Nada importante. Adam… El señor Berendt… lo sabía, claro, pero no quería decirlo porque también era demasiado… —Jared busca la palabra adecuada, arruga la frente como un hombre adulto, no la encuentra, a la mierda—. Él solo quería aceptar las cosas, como en el universo, y llevarse bien con la gente. Decía: «No hagas daño a nadie, pero que no te hagan daño a ti tampoco». Decía: «Aguanta, muchacho». Pero la realidad es, mamá, que todo… todo eso son chorradas.

—«Chorradas», ¿el qué? Creía que eran algas de la charca.

Jared se echa a reír, un ruido áspero como un ladrido.

—Es lo mismo.

Abigail ríe también.

—Mientras no fumes, cariño. Recuerda que diste tu palabra. A Adam y a mí.

(¿Lo hizo? Jared la mira fijamente, con expresión de culpabilidad.)

Dice con infantil sinceridad:

—Claro que no, mamá. He visto las estadísticas sobre el cáncer…

Abigail apura el resto de vino, inmediatamente está borracha. Pagará por ello a la mañana siguiente, pero qué agradable sensación experimenta ahora.

—Creo en la vida antes de la muerte —comenta moviendo los dedos de los pies desnudos sobre la mullida alfombra—. Y en cualquier chorrada que sea atractiva y, no sé, tierna.

Tiene la combinación de seda color crema, de importación italiana, recogida en los muslos. La chaqueta hace rato que se la ha quitado. Los finos tirantes no paran de caerle de los hombros desnudos. Bajo la tela se adivina la punta de sus senos, muy pálidos. Su cabello de color humo está alborotado y tiene los ojos soñolientos y bien abiertos. «¿Qué quiero, Adam? Quiero que mi hijo sea feliz. Quiero ser feliz también. Con él. Para siempre.» Abigail se siente achispada y alarma a Jared al ponerse en pie con dificultad y acercarse a él haciendo piruetas.

—Cariño, estoy tan contenta de verte. Estaba tan sola en casa. —Le da un húmedo beso en la frente ardiente, en el lóbulo de la oreja ardiente, y yerra apenas la boca cuando él vuelve la cabeza y la baja, muy avergonzado.

—¡Por favor, mamá!

En primer plano, el bello rostro crispado del muchacho está tan ampliado como visto a través de unos prismáticos.

Con los senos libres, sin estorbos, bajo la combinación de seda, Abigail huele a su perfume favorito, L'Heure Bleu, y es en realidad la hora de la nostalgia, la hora de la noche inminente y de la sed insaciable.

Mientras Jared la esquiva sin apartarse bruscamente, y sin alejarla de un empujón, como le gustaría hacer, Abigail piensa con calma que dentro de ella hay un yo racional, puro, impersonal; incluso dentro de Abigail Des Pres. Aparte de su desesperado amor por Jared, hay en ella un lugar que no es la madre de nadie y no ama a nadie. Como Adam dijo, todos estamos dormidos en el yo exterior. El yo es perecedero, pasajero. Y el muchacho, su hijo Jared… en él hay igualmente un yo impersonal, un ser al que ella no conoce, que no ama a nadie. Abigail se balancea, está a punto de perder el equilibrio.

—¡Por favor, mamá! —murmura Jared, y evita que se caiga. Abigail siente la emoción de la certeza, casi del desafío. A partir de ahora amará menos a Jared y a Adam.

¿Es hora de llevar a Jared a la residencia? ¿O se quedará a pasar la noche?

En el dormitorio hay una cama muy grande, y en la sala de estar hay un mullido sofá. Por la mañana, ¿desayuno en la habitación?

—Mamá, será mejor que me marche.

Jared se retira, va al cuarto de baño. Abigail apoya un vaso de agua con hielo derretido contra sus ardientes mejillas y logra apaciguar su respiración. Sí sí sí sí. O es No no no no. Abigail marca con brusquedad el número del servicio de habitaciones para pedir que tengan la bondad de retirar el carrito; el olor a comida impregna la habitación. Frunce el entrecejo al mirarse en un espejo, se ajusta

los tirantes que se le han caído sobre los hombros, se alisa el alborotado cabello, sí, es una mujer guapa, aunque desquiciada y neurótica; tiene la piel ardiente, aunque es frígida. «¿Apolo arañando en mi puerta? ¿Qué significa? Adam tampoco se quedaba nunca a pasar la noche.»

Está borracha. O esto debe de ser más divertido de lo que es. O quizá no está borracha y no es divertido.

—Oh, caramba, sí lo es.

Jared sale del cuarto de baño, su joven rostro recién lavado, el pelo aplastado y sus ojos azul acero valientes, desafiantes, fijos en ella. Su madre. Abigail ve que su boca se mueve antes de oír sus terribles palabras. «¿Qué qué qué qué?» Un breve discurso que recita entre jadeos y que es evidente ha ensayado. Su padre querría llevárselo a Kenia en agosto, para visitar una reserva de animales salvajes, un safari; y a Tanzania, para subir el Kilimanjaro hasta donde puedan. Jared se humedece los labios con la lengua y añade:

—De verdad me gustaría ir, mamá. Si te parece bien. Papá dice que tiene que ser el mes que viene, porque…

«No no no no.»

Sin embargo Abigail se oye a sí misma decir con calma:

—Sí, claro, Jared. Si eso es lo que quieres, también es lo que quiero yo. Por supuesto.

—¿Te parece bien, mamá? ¿No te enfadas?

—Oh, Jared. Claro que no.

—¡Bien, mamá! ¡Es fantástico!

Esboza una radiante sonrisa. La primera que Abigail ha visto en Jared durante la visita.

«Lo sé, le quiero demasiado. ¡Pero soy su madre, Adam!

»Abigail, el chico sabe que le quieres. Pero se destrozará a sí mismo, y te destrozará a ti, si no puede amarte tanto como tú a él.»

Los prismáticos están a buen recaudo, en el maletero del Lexus. Jared nunca lo sabrá.

Lleva a Jared a Middlebury de nuevo. A su residencia.

Mientras Jared habla con entusiasmo de Kenia, el Kilimanjaro, la nueva cámara de vídeo que Harrison ha comprado para usarla los dos, Abigail se sorprende pensando en la última vez que vio a Adam. Por supuesto, sin saber que era la última vez; igual que, cuando Jared la deje, para viajar a África con su padre y su espléndida madrastra («Kim también está loca por ir de excursión con mochila»), puede que sea la última vez que vea a su hijo. Las palabras «la última vez» suenan como un eco en su cabeza, que parece vacía del modo en que los viejos lavabos públicos, con mugrientos suelos de baldosas resquebrajadas y paredes desconchadas, pueden estar vacíos y producir ecos apagados.

«La última vez. ¿Así?»

La última vez que estuvo con Adam, no sabía que lo era. Pero la primera sí. Años atrás. Cuánto más joven era entonces Abigail, y cuánto menos herida estaba. Abigail Tierney. Señora de Harrison Tierney. La esposa rica de un hombre rico. Una pareja atractiva, en la impresionante Cape Cod de Wheatsheaf Drive. Fue antes de que Abigail oyera hablar del tal Adam Berendt, antes de que viera sus ingeniosas esculturas hechas con desechos por toda la ciudad o se apuntara a su curso de dibujo figurativo y escultura, en la escuela nocturna de Salthill. Antes de que se enamorara de él o imaginara

que estaba enamorada. «Pero ¿cómo puedes amarme, Abigail, si no me conoces? ¡Vamos! Ni siquiera nos hemos acostado juntos. Desnudo tal vez te desagradaría. Dios sabe que a veces me desagrado a mí mismo.»

No le había dado ni una oportunidad. De que le desagradara.

Le había palpado el pene excitado a través de los pantalones, más de una vez. Le había parecido bien, en buen estado. «Vete a la mierda.»

Jared, que charla muy animado, no oye a Abigail murmurar para sí. Ahora lleva la gorra de los Yankees con la visera delante, inclinada. Si se volviera para mirarla, sus ojos quedarían escondidos.

La primera vez, un hombre que no era Adam. Porque ella no le conocía.

Junto a la carretera, River Road, un hombre caminaba bajo la lluvia. A su lado trotaban dos perros. Uno era un labrador amarillo con el pelo enmarañado, el otro parecía un joven lobo. Abigail sintió un escalofrío de asco, de repugnancia. Sabía lo que Harry habría dicho al ver semejante imagen en River Road, Salthill-on-Hudson. ¿Podía vivir allí un vagabundo? ¿En los alrededores? Abigail redujo la marcha y miró al desconocido con ojo crítico. Tenía un aspecto primitivo, desgarbado. La cabeza, los hombros, las piernas relativamente cortas en proporción a su fornido cuerpo le recordaban a… ¿cómo se llamaban?, ¿los cromañones o los neandertales? ¡bestias horribles! El desconocido llevaba ropa de diferentes estilos, una camisa de lana de cuadros, pantalones de trabajo manchados de lo que parecía pintura o barro, botas de caucho. Un sombrero de fieltro agujereado, por debajo del cual escapaban mechones de pelo color gris hierro, y el cuello de la

camisa levantado, como si sirviera de algo en aquella fría lluvia de abril.

Un vagabundo, a juzgar por su aspecto. Un intruso. Una amenaza.

Los vehículos le dejaban atrás, en River Road. Cuando Abigail pasó a su lado sintió una punzada de… ¿culpabilidad, turbación, lástima?; acudió a su cabeza una cancioncilla infantil: «Si los deseos fueran caballos, los mendigos irían a caballo». Por un fugaz instante pensó que podría parar, ofrecerse para llevar a aquel hombre que caminaba bajo la lluvia; pero no, no con los perros mojados, era imposible.

De manera que Abigail pasó de largo junto a Adam Berendt, apretando el acelerador, para no tener tentaciones de mirarle y verle los ojos.

Como ahora, que conduce por una carretera con curvas para regresar a Middlebury. La carretera es de asfalto negro, los faros aparecen en la oscuridad como ojos de animales. Abigail conduce a sesenta kilómetros por hora, quizá setenta, no va deprisa, siente los párpados extrañamente pesados, los labios extrañamente flojos, mientras Jared sigue hablando, entusiasmado como un niño de cuatro años por cualquier cosa, un viaje con su padre, está muy contento por ello, y la luna está saliendo, parpadeante, una luna como el rostro magullado de un hombre, y Abigail no recuerda dónde demonios está, el coche que conduce es diferente, el salpicadero está iluminado de un modo extraño y el parabrisas se curva de una forma que le resulta desconocida, y las ventanillas están ahumadas, por lo que la visibilidad no es buena, y aun así el pie del acelerador quiere seguir apretando, un poco más, tiene prisa por llegar a alguna parte para pasar la noche, debe de haber una

ciudad más adelante, una reserva de motel esperando, ¡ah, pero tiene la cabeza vacía!, ¡y sin embargo le duele!, y junto a la carretera le ve, una figura enorme que aparece de pronto y levanta un brazo para hacerle señas, ella no le ve la cara, entrecierra los ojos, se inclina ansiosa, jadeante, sus faros iluminan un cartel que avisa CURVA PELIGROSA 30 KM/HORA y es en ese momento, justo cuando el coche desconocido entra volando en la curva, cuando la mano del demonio agarra el volante y lo gira con fuerza hacia la derecha, casi ve la mano, recordará haberla visto, jurará que la ha visto, no la mano del muchacho, sino la mano de un demonio, la carretera de asfalto rápidamente se estrecha, desaparece, es poco más que un sendero, oye gritos que no podría identificar, un estruendo como de un bosque de palos secos que se rompen y después…

Nada.

El juego

1

Había un hombre, de cuarenta y siete años de edad. En otra época se había creído afortunado, ahora comprende que su suerte se ha acabado. Como la sangre de su vida o su esperma. Los preciosos líquidos que en la mejor época de la joven masculinidad crees que son infinitos, y en la edad madura comprendes que son finitos y un día te faltarán.

«Lo que es mortal desea ser inmortal.»

—Oh, Adam. Mierda. Me conformaría con ser mortal, si eso significara que al menos estoy vivo.

Roger Cavanagh. Un abogado muy bueno y entre sus amigos y conocidos del trabajo en Salthill-on-Hudson (Nueva York), un modelo de integridad.

Pero, maldita sea, allí estaba, saliendo con tres horas de retraso para ir a la escuela de su hija, cerca de Baltimore. Había prometido a Robin que llegaría pronto por la tarde para que pudieran «relajarse» antes del partido.

«Claro, papá, sé lo que valen tus promesas.»

¡Pero sus promesas valían algo! Al menos, sus promesas profesionales. Su palabra y su apretón de manos eran para él tan vinculantes como los contratos formalizados para otros. Roger

Cavanagh era un abogado muy bueno y un modelo de integridad, y desde que se había roto su matrimonio vivía para su trabajo y para su reputación como «Roger Cavanagh, un abogado muy bueno y un modelo de integridad».

«¿Qué más hay en realidad?»

Mujeres no. Ya había tenido suficiente, estaba harto de las mujeres. Su alma, si es que tenía alma, si aquel hambriento y enojado vacío que habitaba en lo más hondo de su ser era su alma, retrocedía con odio.

Era mediados de octubre. Las firmas cuidadosamente falsificadas en el testamento de Adam Berendt no habían sido descubiertas. La integridad de Roger Cavanagh se mantenía incólume.

Aquel domingo por la mañana, en su bufete, la mujer pelirroja aturdida por la pena le había preguntado con ingenuidad, no con tono de reprobación, sino con su franca inocencia infantil (que tanto excitaba a Roger, aun cuando le molestaba e irritaba como hombre): «¿Esto no es ilegal? ¿Un delito?». Y mirándole fijamente, con los ojos hinchados, preguntó: «¿Qué podría ocurrir si tú, un abogado, fueras…?».

Él la había interrumpido. Roger Cavanagh no entablaría ninguna conversación con Marina Troy sobre el ambiguo asunto de las últimas voluntades y el testamento de Adam Berendt, ni sobre otros asuntos ambiguos referentes a los bienes de su amigo fallecido que pudieran considerarse fruto de una conspiración.

Motivos para la inhabilitación.

—No me prohibirán ejercer la abogacía. No me pillarán. ¿Quién podría demostrar que la firma no es de Adam? ¿Quién querría

hacerlo?

—Marina nunca lo diría. Marina está enamorada de él.

—Marina nunca lo diría. Marina también está implicada.

—¡No tenía alternativa! Debía proteger los intereses de Adam después de su muerte, ya que él no se preocupó mucho de protegerlos antes de su muerte.

De hecho estos comentarios no iban dirigidos a Marina Troy ni a nadie. En absoluto. Fueron pronunciados secamente, como muchos de los comentarios más sentidos de Roger Cavanagh, en la intimidad de su BMW.

Roger Cavanagh, el hombre íntegro, pensaba estas cosas mientras conducía deprisa desde Salthill (Nueva York), hacia la Ryecroft School de Nicodemus (Maryland). Se sentía muy desdichado. Se sentía muy inquieto por esta visita a su hija, temía que las cosas fueran mal. No; no se sentía desdichado ni inquieto: estaba enojado. Tenía la sensación de que su vientre estaba lleno de serpientes que se retorcían. Con el cinturón de seguridad puesto en el potente coche como un piloto con el cinturón de seguridad puesto en un bombardero. Pasaba de un carril a otro, impaciente por llegar a su destino, aunque resentido por tener que ir allí, por estar obligado a ser papá, sí, pero él era papá, amaba a su hija: «Mierda. Mierda. Mierda», murmuró.

Había salido tarde de la oficina y ahora empezaba a estar atrapado en el tráfico del viernes por la tarde. El partido de hockey en el que Robin participaba se iniciaba a las cuatro. Había prometido a Robin que no llegaría tarde al partido.

«Claro, papá, sé lo que valen tus promesas.»

Adam Berendt había muerto más de tres meses atrás. Sin embargo, la herida aún estaba abierta. Roger la rascaba compulsivamente con las uñas. Debía de gustarle la sangre que le salía, el sordo palpitar en sus venas.

«Tu muerte es una infección en nosotros, los que te hemos sobrevivido. ¡Vete a la mierda!»

No. Roger lloraba la muerte de Adam Berendt, echaba muchísimo de menos a su amigo. Tuvo una discusión con Adam que ardía sin llama como un fuego subterráneo.

Roger Cavanagh era el abogado de Adam, el albacea de su patrimonio, guardaría los secretos de Adam. Sorpresa, consternación, incredulidad, una especie de dolor sordo… así habían reaccionado los amigos de Salthill de Adam cuando se enteraron de los bienes que este dejaba. ¡Cómo era posible! Adam Berendt, que había vivido de un modo tan frugal en el acaudalado Salthill. Adam Berendt, que siempre parecía desaprobar sutilmente la vida de sus amigos, con su estilo mordaz e ingenioso. Adam Berendt, que había sido un «personaje» local de quien les gustaba hablar con afecto, con admiración y siempre con cierto aire de condescendencia. Adam, que compraba abrigos y trajes de segunda mano, incluso un esmoquin para lucir en las fiestas de Salthill. Él les seguía el juego de la ropa, e incluso parecía que le gustaba, que disfrutaba con la atención que le prestaban; al mismo tiempo, se burlaba de ellos con picardía. Conducía un Mercedes de segunda mano elegantemente punteado de óxido, incluso montaba en una bicicleta de carreras inglesa de segunda mano. Sus perros eran preciosos, nobles, perros que te rompían el corazón, y sin embargo eran perros extraviados, abandonados por sus primeros amos. ¿Era alguna clase de juego?

¿Una farsa? Adam había aplazado durante años la reparación del tejado podrido y con goteras de su casa «histórica»; algunos de sus amigos hablaron, ¿deberían ofrecerse para pagar las reparaciones? ¿O Adam se ofendería? (Nunca habían reunido suficiente valor para ofrecérselo.) Adam era apasionado e idealista respecto al arte, parecía creer verdaderamente en el gran valor del arte, pero recogía los materiales para su propio arte en los vertederos municipales; para frustración de amigos como Roger, regalaba sus curiosas esculturas de extraños tamaños a casi cualquiera que mostrara interés, en lugar de intentar venderlas. («Adam, ¿qué clase de impulso es este? —le preguntó una vez Roger—; ¿tienes miedo de ser un "profesional", miedo de definirte como artista y de competir con otros artistas? ¿Por qué?» Adam se encogió de hombros, turbado, y con una sonrisa que parecía una mueca respondió: «¡Roger! Supongo que tienes mi número».) Y durante todo ese tiempo Adam había estado invirtiendo en acciones de biotecnología e internet, y en bienes inmobiliarios, manteniéndolo en absoluto secreto a sus amigos. Sus *brokers* estaban repartidos en cuatro estados, sus cuentas de ahorro estaban bajo media docena de nombres diferentes. Aparte de entregar sumas de dinero de vez en cuando, a menudo de forma anónima, a organizaciones como el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes, el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, el Consejo de las Artes de Salthill y Vigilancia Medioambiental de Salthill, no parecía saber qué hacer con su dinero. «Como si le avergonzara. ¿Estaba avergonzado? Aquí hay algo que no está bien. Aquí hay algo que está muy mal. Adam Berendt dejando… ¿cuánto?» A Roger le llegaban ridículos rumores. Que Adam dejaba quince millones de

dólares, veinte millones de dólares, para obras de caridad; que era un profesional que jugaba en Las Vegas con nombres falsos; que tenía hijos mayores de los que hacía mucho tiempo se había separado, a los que dejaba millones de dólares… Roger refutaba estos rumores cuando los oía. Se mostraba reservado respecto al verdadero valor del patrimonio de Adam, pero se permitía calcular que probablemente ascendería a no más de seis o siete millones de dólares, una vez liquidados los honorarios y los impuestos, y esto incluía la «histórica» casa Deppe.

«Avergonzado. Seguro. Por tener tanto dinero. Más que algunos de sus amigos en realidad. Y decía que no merecía la felicidad. ¿Quién coño merece la felicidad? No quería que le conociéramos. Esa es la razón. Que tenía dinero y no se lo gastaba en sí mismo. Lo regalaba. Le habría avergonzado mostrarse mejor, más generoso que los demás.

»Pero no contaba con morir tan pronto. Y que "Adam Berendt" quedara al descubierto.»

2

Tío Adam. Cuando Robin era una niña pequeña y muy dulce, con suaves rizos de color castaño muy claro y grandes ojos castaño claro, y muy lista, aficionada a la lectura y a la escritura a pesar de ser tan pequeña, y su papá aún estaba casado con su mamá y tío Adam era un amigo de la familia, en aquel tiempo perdido hacía mucho, en el cuarto cumpleaños de Robin tío Adam le regaló un libro grande y curioso que había construido él mismo con tapas de

papel maché pintadas de azul, del tono de los huevos de petirrojo, y páginas de color crema de tiesa cartulina con simpáticos animales de granja. El título del libro, escrito en cursivas doradas, era ROBIN CAVANAGH: MI HISTORIA HASTA AHORA. Cada página tenía un título:

LAS PERSONAS A LAS QUE MÁS QUIERO
LAS PERSONAS A LAS QUE QUIERO DESPUÉS
CUANDO YO ERA MUY PEQUEÑA
CUANDO CRECÍ
MI SIGUIENTE CUMPLEAÑOS
MIS DESEOS SECRETOS

¡Qué agradable sorpresa de cumpleaños! La infancia se compone de semejantes sorpresas de cumpleaños, aunque, por supuesto, las olvidamos.

A Robin le gustaba el libro azul, le gustaba su divertido tío Adam, con el extraño ojo que miraba fijo y nunca te miraba exactamente a ti, tío Adam, que siempre les hacía reír, a ella, a su mamá y a su papá. Mientras los adultos estaban sentados comiendo, hablando y riendo durante horas, qué extraño que tengamos la pasión, la energía, el mutuo amor fluido que nos permite pasar tanto tiempo en compañía de otros, Robin se tumbó de bruces en la alfombra de lana rizada frente a la chimenea y, entusiasmada, rellenó todo el libro. Cuando se lo enseñó, Adam quedó atónito. «¡Robin! Eres una niña especial.»

¿Se acordaba Robin ahora? Quizá. Vagamente. ROBIN CAVANAGH: MI HISTORIA HASTA AHORA hace tiempo que se perdió.

Aquella noche, once años atrás, al despedirse de sus anfitriones Adam Berendt estaba muy conmovido. Sobrio, pero

desvergonzadamente sentimental. Te hacía sentir incómodo, aunque querías a aquel tipo. ¡Nunca sabías con qué te saldría! Cogió las manos de Lee Ann y de Roger en las suyas, les dio un apretón, no conocía su propia fuerza, y dijo con vehemencia:

—Supongo que sabéis que sois muy afortunados, ¿verdad?

—Oh, Adam. Sí. —Lee Ann sonrió ampliamente.

—Sí. Claro que lo sabemos. —Roger sonrió al tiempo que se erguía.

Medía apenas metro setenta y cinco. Siempre hacía un esfuerzo consciente por erguirse.

Después, al desvestirse para acostarse, se rieron de Adam. Era fácil reírse de Adam Berendt. La piel caliente se pegó a la del otro, sus bocas endulzadas por el vino se besaron, se arrimaron. «Qué afortunados sois.» ¡Lo sabían!

Después del divorcio, furiosa con Adam por haber apoyado a Roger tanto como a ella, Lee Ann se negó a hablar con él, nunca más. Se marchó de Salthill para casarse de nuevo, se llevó a Robin y ahora vivía con su esposo, que trabajaba en un banco de inversiones, en Rye, Nueva York. Pasaban gran parte del verano en Aspen, Colorado, y fue al número de Aspen adonde llamó Roger para informar a Lee Ann y a Robin de la muerte de Adam. Fue Robin la que se puso al teléfono.

—Ah, hola, ¿papá?, ¿eres tú?

Al principio Robin fingió que no reconocía la voz de su padre. Su actitud con él (no le veía con mucha frecuencia) se había vuelto maliciosamente coqueta en los últimos dos años. Roger nunca sabía cómo reaccionar y solía ser directo. Ahora estaba muy serio, procuraba no mostrarse agitado. Preguntó a Robin si su madre podía

ponerse al teléfono y ella se apresuró a responder, con aire de satisfacción, que su madre y George (el padrastro de Robin) habían salido y no sabía cuándo volverían. Roger dijo:

—Me temo que tengo malas noticias, Robin.

Siempre rápida en hacer comentarios agudos cuando hablaba con su padre, Robin preguntó:

—¿Malas para quién, papá? ¿Para ti o para nosotras?

Roger respondió muy serio:

—Para todos.

Con una risa estridente, infantil, Robin dijo:

—Entonces, no me lo digas, papá. Díselo a mamá. Ella sabrá afrontarlo. Ya conoces a Lee Ann, la de la coraza.

Roger hizo una mueca ante esta muestra de juvenil sarcasmo. Intentó imaginar el rostro corriente-bonito de su hija, sus ojos castaños, como los suyos, pero no pudo. «Cariño, yo no quería divorciarme, no quería abandonarte. Tu madre quiso que me marchara.» Pidió a Robin que dijera a su madre que volvería a llamar aquella noche; sabía que Lee Ann no le llamaría; aunque Roger Cavanagh yaciera en su lecho de muerte, Lee Ann no le llamaría. Cuando aquella noche él volvió a telefonear, Lee Ann se puso al aparato y dijo con su voz fría y lánguida de ex esposa: «¿Sí? ¿Qué quieres, Roger?», como si hablara a una televendedora. Roger le informó de la muerte repentina de Adam, y Lee Ann murmuró:

—¡Oh! Dios mío.

Luego estuvo callada un buen rato, aunque (¿Lee Ann estaba en el exterior, hablando por un móvil?) se oían voces de fondo, alteradas, parecía un partido de tenis; Roger tuvo una imagen confusa de una reluciente pelota blanca, piernas bronceadas y

movimiento de brazos, el rostro de su hija contraído, concentrado, pero ¿con quién jugaba Robin?, ¿con el padrastro?, y al cabo Lee Ann suspiró y dijo con tristeza:

—¡Adam! Le sobraban unos kilos y no se cuidaba. No me sorprende. ¡Un infarto! ¿Qué se puede esperar, a su edad, si no te cuidas? ¿Recuerdas —añadió Lee Ann de aquella manera apasionada, entrecortada, tan suya, instruyendo un proceso contra la víctima— cómo aplazó la visita al dentista?, ¿durante cuánto tiempo? Era supersticioso respecto a su salud, como muchos hombres, incluso inteligentes, y le molestaba gastar dinero, y cuando por fin fue le tuvieron que hacer todo aquello en la raíz, pobre Adam…

Roger escuchó todo esto, y a los jugadores de tenis de fondo; al principio Roger se sorprendió y después se disgustó.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, Lee Ann? ¿Te llamo para decirte que Adam Berendt ha muerto, a los cincuenta y pocos, y le reprochas cómo tenía los dientes?

Lee Ann replicó con aspereza:

—Adam era tu amigo, Roger, no el mío. Te eligió a ti.

—Vete a la mierda, Lee Ann. ¡Vete a la mierda!

—Y no emplees tu lenguaje soez conmigo, yo no soy una de tus putas.

Antes de que Roger pudiera protestar, Lee Ann colgó.

¡Putas! Era una historia que Lee Ann había querido creer, la había contado tantas veces que al final se la había creído.

3

«Nadie más tiene ese poder. ¡Nadie! El poder letal del ex cónyuge.»

Roger se paró en un Big Boy de la I-83 para tomar un café. Para controlar la sensación de que le estaban dando puñetazos en el pecho. El mero recuerdo de Lee Ann y de aquellos vergonzosos tres minutos de conversación telefónica le había dejado alterado. ¡Inundado de adrenalina! Tomó un sorbo de humeante café negro en una taza de plástico. A la mierda si se quemaba la boca. Una mujer pelirroja sentada en un compartimiento cerca de él le distrajo, la palidez pecosa, pestañas y cejas escasas, pero boca jugosa, roja, no se parecía en nada a Marina Troy, la mujer de la que suponía estaba enamorado, si «enamorado» no era un chiste morboso a estas alturas de su vida; esta tenía dos niños pequeños y revoltosos, y un apuesto marido, defensa de fútbol americano, una mujer de unos veintiocho años, de aspecto normal, cómoda con su cuerpo femenino, no chiflada, con la piel traslúcida de las pelirrojas que llamó la atención de Roger, una patada virtual en la entrepierna… «Ella no. No pienses en ella.» Estaba pensando en la hora: le quedaban unos ciento cuarenta kilómetros hasta la Ryecroft School, la mayor parte por la I-83, que estaba bastante despejada, pero después tenía que salir a la 295 West y de allí tendría que conducir hacia el norte hasta Nicodemus por una transitada carretera estatal, y en viernes por la tarde… Antes de salir de su bufete había llamado a Robin, le había dejado un mensaje en el contestador, tras hacer una mueca al oír el tono despectivo de la chiquilla. «Eh, no estoy aquí, ¡supongo! Deja un mensaje cuando oigas la señal si crees que

vale la pena. —Una risa sin alegría—. Tu mensaje, quiero decir.» Dejó un mensaje para explicar que salía con un poco de retraso, papá llegaría un poco tarde pero papá iba a verla jugar a hockey; no se lo perdería por nada del mundo, no le esperes en la residencia, prepárate para el partido, él estaría allí para el partido, seguro. Ahora, como eran más de las dos de la tarde y el partido empezaba a las cuatro, parecía que no vería el comienzo, pero… «Maldita sea, estaré allí.»

Lee Ann había explicado a Roger, en un correo electrónico, su medio de correspondencia preferido en la actualidad, que le «preocupaba» Robin. Le preocupaba que Robin estuviera «obsesionada» con el hockey y descuidara sus estudios, y al parecer tenía nuevos amigos, y nunca, «repito: nunca», les hablaba de él a ella y a George, lo cual, afirmó Lee Ann, «seguro que estarás de acuerdo en que no es saludable. Porque, al fin y al cabo, tú eres su padre».

Había dudado de que fuera acertado llamar a la niña «Robin». Un nombre tan parecido a «Roger». «Robin», «Roger». Él no lo había decidido, sino Lee Ann.

Él no se había vuelto a casar al cabo de dieciocho meses, Lee Ann sí.

Él era el que había resultado herido, no Lee Ann.

«Nunca.» Que significaba que él nunca volvería a casarse. Nunca.

No estaba enamorado de Marina Troy, la idea era absurda. Su único y torpe intento de hacer el amor… en el suelo del estudio de Adam, que parecía cubierto de arena. (En la furiosa imaginación de Roger, alguien o algo les estaba observando. ¿El maldito perro?)

Semiconscientemente Roger observaba a la pelirroja del compartimiento. Si su fornido esposo se daba cuenta, Roger no lo advirtió. Estaba perdido en un sueño. Pero era un sueño producido por la cafeína, el latido de un fuerte pulso. La mujer medio arrastró a un niño pequeño de rostro regordete al lavabo de señoras, dándole besos y regañándole, y Roger se volvió para mirar mientras se alejaban, y sintió una leve sensación de náusea. La verdad era que había querido mucho a Robin, cuando era un bebé; había querido mucho a Lee Ann, cuando era su joven y animada esposa; incluso había querido, hasta cierto punto, al hombre joven que él había sido. Sí, éramos felices, no unos ilusos. ¿La desilusión era inevitable en la edad madura? ¿O simplemente era un hecho que, con el paso del tiempo, las cosas se fracturan, se rompen, se parten en pedazos? Había estado casado desde los treinta y uno hasta los cuarenta y tres, y su hija Robin, su única hija, había nacido en el segundo año de ese matrimonio. Hacía tanto tiempo. ¡Doce años casados! Ahora le parecía un miembro amputado.

Volvería a casarse, algún día. Era un hombre de fuertes pasiones y apetitos, y amaría a una mujer de nuevo, tenía que creer que esto ocurriría.

«Patético idiota. Incluso como abogado eres mediocre.»

Roger pidió una segunda taza de café humeante para llevársela al coche. Desde la muerte de su amigo prestaba mucha atención a su corazón: si iba a latir de un modo extraño, quería saber que la causa era la cafeína. Con todo, se entretuvo en el restaurante. Mirando hacia la puerta de los lavabos de señoras, que continuamente se abría, se cerraba, se abría y se cerraba, y por fin la joven pelirroja salió con el niño pequeño, y Roger vio con decepción que no era tan

atractiva como le había parecido, en realidad no se parecía en nada a Marina Troy. La mujer le miró de manera burlona, como si se preguntara si conocía a aquel hombre, aquel cuarentón de rostro enjuto y moreno, cabello oscuro que empezaba a encanecer, con entradas, y en el mismo instante Roger vio con el rabillo del ojo una alta y fornida figura que se acercaba, el esposo de la mujer, ¡no, gracias! Roger colocó la tapa en la taza de café y salió a toda prisa del Big Boy.

No quería oír la conversación.

«Ese tipo… ¿le conoces?

»¿Ese? No.

»Te miraba de un modo…

»¿Ah, sí? Pues que mire.»

Cenizas. Ella había murmurado, con aquella voz ronca, baja, que parecía provocarle deliberadamente, y con una contracción nerviosa de la boca: «No son las cenizas de un hombre muerto lo que esparces, ¿no crees? Es el propio hombre muerto».

Hizo esta extraña afirmación mientras Roger, con una sonrisa tensa, consciente de las miradas fijas en él, llevaba la urna al jardín. Pensando: «¡Dios mío! Que no jodamos esto también». Al menos era un día apacible, sin viento. Un cielo pálido, opaco, a través del cual penetraba la luz del sol como el principio de una migraña. Las cenizas de Adam vaciadas de la urna, la mayor parte trozos de hueso y polvo arenoso que al menos no les volarían a la cara.

Solo habían invitado a los amigos más íntimos de Adam. Diez días después de su muerte, Marina, que había guardado la urna en su

casa, dijo que no podía soportarlo más, que tenían que dejar «descansar» las cenizas de Adam.

Roger estuvo de acuerdo. No tenía sentido conservar las cenizas de Adam en una urna sobre una repisa si sabías que él quería que las mezclaran con la tierra de su jardín. (Pero en realidad ahora a Adam le importaría un comino, ¿no? Es decir, si lo supiera, ¿le importaría de verdad dónde acabaran él o sus cenizas? No era probable.)

«¡Ceremonias! No significan nada; sin embargo, sin ellas nos hundimos en la aflicción.»

Desde la mañana de su torpe intento de hacer el amor en el estudio de Adam, en el que ni Roger Cavanagh ni, suponía él, Marina Troy deseaban pensar, los dos se mostraban tímidos y, cuando se hallaban en presencia del otro, se percibían un profundo desagrado y rabia. Roger era un hombre para el que la impotencia de cualquier clase, en especial la sexual, era humillante; si había sido impotente una vez, era muy probable que volviera a serlo; era el principio de una maldición y la culpa era de Marina Troy. No, la culpa era de Adam Berendt. Marina Troy era el testigo, la víctima inocente. Por increíble que pareciera, Marina Troy había golpeado a Roger con los puños. Pero la culpa había sido de Roger, lo sabía. Se odiaba a sí mismo. Ahora la mujer apenas le miraba. Aún existía una fuerte atracción sexual entre ellos, pero ahora había rencor, burla. Roger advertía que ella le miraba con los párpados entornados, que su mirada se apartaba de él como si no fuera más que una nube de mosquitos, incluso cuando hablaba con él, y estaba obligada a hablar con él, pues les unía el hombre muerto y no podían evitarse tan fácilmente. Roger la telefoneaba, y Marina nunca respondía al

teléfono, aun cuando él sabía que estaba en casa; si llamaba a la librería, la ayudante de Marina aseguraba que esta no se encontraba allí, incluso cuando Roger llamaba desde su coche, aparcado en Pedlar's Lane, y sabía con seguridad que estaba en la tienda; pensaba: «Así es como un hombre se convierte en un acosador, un delincuente; una mujer le empuja a ello». Pero no. Era absurdo. Roger no era un hombre que quisiera imponerse a ninguna mujer, ni siquiera en interés de una tercera persona. Ganaría a Marina Troy igual que ganaba la mayoría de sus casos legales, por su seriedad, su integridad, su astucia como abogado. Advertía que Marina le tenía miedo y le guardaba rencor por estar vivo, mientras su amigo estaba muerto, y comprendía este sentimiento. «Pero yo estoy vivo, y Adam está muerto.» No podía creer que Adam y Marina hubieran sido amantes, por mucho que otros lo creyeran. Parecía saber que Adam se había resistido a las mujeres de Salthill que le adoraban, quizá se había resistido siempre a mujeres que le adoraban, ni por un momento Roger había supuesto que aquel montón de cartas y regalos que Marina había descubierto en el estudio de Adam significaba que Adam había sido amante de alguna de aquellas mujeres. Quería tranquilizar a Marina al respecto, consolarla, pero, por supuesto, no podía hablarle de estas cosas, estaba demasiado herida, avergonzada. «Y yo soy su testigo. ¡No me extraña que me odie!» Roger telefoneaba a Marina y le dejaba mensajes en el contestador; ella siempre le devolvía la llamada, pues era una persona educada, escrupulosa, pero invariablemente llamaba cuando sabía que Roger no estaría en casa, y los mensajes que dejaba en el contestador, y que a él le provocaban escalofríos, eran casi inaudibles, pero precisos; parecía hablar desde un ataúd, enterrada.

Siempre que devolvía las llamadas de Roger, se identificaba como Marina Troy. Como si Roger pudiera confundirla con otra Marina conocida suya.

Tanto Roger como Marina tenían llaves de la casa de Adam en River Road, pero, si uno veía el coche del otro en el sendero, se marchaba enseguida.

Salvo aquella mañana. Para esparcir las cenizas de Adam en su jardín. La ceremonia sería un esfuerzo conjunto. Roger y Marina, y los otros mirando.

(Abigail Des Pres no asistió; había dicho a Roger que estaba enferma de pena, y de todos modos detestaba las ceremonias; «cualquier clase de ritual que sea impersonal y falso». Y Camille Hoffmann no asistió, su esposo Lionel explicó, con cierta turbación, que era demasiado doloroso para Camille reconocer que Adam había muerto; «prefiere pensar que está vivo, de viaje, y que no puede ponerse en contacto con nosotros. Temporalmente». Pero estaba Augusta Cutler, espléndida como una maniquí de moda, con gafas oscuras, sombrero de paja de ala ancha y un vestido de verano muy escotado del color de las amapolas, que miraba ávidamente el jardín de Adam, las plantas, flores silvestres y malas hierbas, como si todo fuera sagrado y quisiera memorizarlo. Una ninfa en la edad madura, aunque ella no creía que estuviera en la edad madura y ya no era joven, más joven incluso que sus hijos mayores; Roger comprendía a Augusta, aunque le hacía sentirse inquieto. Su intenso perfume dulzón impregnaba el jardín, más fuerte que el olor almizclado de las tomateras. Se apoyaba sobre el brazo de su esposo solo porque sus elegantes zapatos de tacón alto se hundían en la tierra. Augusta era la única persona que sonreía en el jardín de Adam Berendt, y su

sonrisa era perfecta, como de porcelana, firme. Incluso cuando se secaba los ojos, brillantes y con el rímel corrido, seguía sonriendo, como si lo hiciera por Adam, en esta ceremonia en honor a Adam. Sus dedos se cerraron sobre la mano de Roger y le dieron un apretón, fuerte. Se inclinó hacia él para murmurarle al oído: «¡Roger! Muchísimas gracias por organizar esto. Solo tú podías hacerte cargo de todo, en este desastre. Qué feliz sería Adam si pudiera vernos, ¿verdad? Adam amaba a sus amigos de Salthill, éramos lo único que tenía». Esta declaración, que provocó la consternación de Roger, era a todas luces una gozosa declaración para Augusta. Roger recordó las fotografías de la voluptuosa señora Cutler desnuda dedicadas a Adam, el opulento cuerpo de mamífero en el sofá, la expresión soñadora del rostro, que sin embargo parecía una máscara que se ofreciera para ser besada. A menos que Marina se las hubiera llevado, o las hubiera destruido, las fotos probablemente aún estaban en el estudio de Adam, entre el montón de mujeres que le adoraban, y a Roger le pareció que Augusta lo sabía, y sabía que él lo sabía, pues le miraba fijamente, con aquella misteriosa sonrisa. Y le susurró: «En realidad no ha terminado, ¿verdad?, con Adam, quiero decir. Nuestro amor».)

¡El jardín lleno de malas hierbas de Adam! Estaba detrás de la vieja casa de madera, delimitado por una valla de alambre de metro y medio que el propio Adam había instalado; era un hombre práctico, que hacía las cosas por sí mismo, y mañoso. Pero nunca había sido un jardinero cuidadoso, y ahora su jardín estaba cubierto de malas hierbas. En un promiscuo desorden parecía estar celebrando su ausencia. El aire mismo era allí más denso, más húmedo. Nubes de mosquitos se te metían en la boca, en los ojos.

Había mariposas monarca con anchas alas pulsátiles, y otras variedades de insectos voladores que relucían en el aire como diminutas gemas. Y abejas que iban de un capullo maduro a otro, especialmente gruesas entre los capullos de tomate amarillo pálido, inclinadas en su tarea de esparcir polen. De las altas hierbas junto al río llegaban mosquitos, atraídos por el olor de sangre viva, y estas frágiles criaturas, poco más que unos dibujos de, por ejemplo, Saul Steinberg, se posaban suavemente en la piel desnuda de su víctima; Roger, distraído, se aplastó un mosquito en la frente y los dedos se le quedaron manchados de sangre. Vio un mosquito revolotear cerca del cuello de Marina y, con atrevimiento, lo ahuyentó, y ella, con los labios pálidos, el entrecejo fruncido, no lo advirtió. «Te quiero. ¿No puedes perdonarme?» Para una ocasión tan solemne, Marina no se había arreglado muy bien. Llevaba un informe vestido negro que le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla, de un tejido que se le pegaba a las caderas y los muslos debido a la electricidad estática; si decidías mirar, veías la marca de los huesos de la pelvis; tenía las piernas muy blancas y no llevaba medias. El cabello, de un rojo apagado, le caía por la espalda. La visión de su cabellera, imaginar el intenso mal olor que debía de desprender, excitaba los sentidos de Roger, y cuando llevaba la urna al jardín se vio a sí mismo como amante de Marina, cerrando el puño en aquella melena, apretando la boca contra aquel blanco cuello, debajo del pelo, lamiendo la pegajosa piel, pero la idea le resultó repugnante: Roger Cavanagh iba muy bien arreglado, afeitado y con el pelo recién cortado, como su amigo Lionel Hoffmann, como su amigo Owen Cutler, como su amigo Avery Archer… Roger Cavanagh, que era uno de estos hombres.

Esparcir cenizas humanas, mezclarlas con la tierra… no era una tarea tan fácil como Adam había imaginado. (Pero Adam no había imaginado nada de esto, en realidad. Roger estaba irritado con Adam, que había puesto en movimiento estas ruedas.) Antes de mezclar las cenizas con la tierra tienes que excavar en el suelo, tienes que arrancar malas hierbas, y en el jardín de Adam había muchas, entre las tomateras, entre los tallos de maíz dulce, entre las judías verdes, los calabacines y las calabazas; se imponían a las lechugas que quedaban, ahora erguidas y granadas como genitales expuestos. Por todo el jardín había narcisos, cardos altos hasta la rodilla, una parra borde fibrosa con unas diminutas flores doradas que, cuando tirabas de ellas, como había hecho Roger, te cortaban la mano como si fueran de alambre. Marina había intentado ayudar, pero no había resultado muy útil, blandiendo una azada, con los ojos inexpresivos, torpe. Roger, que no tenía paciencia para el trabajo al aire libre, había despejado una pequeña porción de tierra cerca de las tomateras, antes de que los otros llegaran, pero, ahora que estaban allí, naturalmente tenían opiniones, y Beatrice Avery estaba diciendo que la última vez que había visitado el jardín, en compañía de Adam, en junio, él estaba particularmente orgulloso de los girasoles, mira qué altos están, más que un hombre, con el rostro rubicundo, de un amarillo resplandeciente, vamos a esparcir las cenizas de Adam bajo los girasoles, en la parte trasera del jardín, pero Roger interrumpió la propuesta de la mujer, antes de que alguien más pudiera intervenir, para decir que allí había demasiadas malas hierbas. No iba a arrancar más malas hierbas, excavar y rastrillar en aquel maldito jardín, ni ahora ni nunca.

Esto hizo callar a Beatrice Avery, y a cualquiera que tuviera una nueva idea. Roger pensó: «Que os den por el saco a todos, si no os gusta mi actitud». Estaba sudando y notaba una desagradable sensación en el estómago mientras sostenía con torpeza la urna y la volcaba, y Marina se acercó, con la respiración acelerada, como si el espíritu mismo de Adam se hallara presente y su dignidad corriera peligro, y murmuró: «Déjame hacerlo, por favor, déjame hacerlo».

Roger recordaría después que no le había llamado Roger, no le había llamado nada, como si no tuviera identidad para ella. Marina le cogió la pesada urna casi a la fuerza, y Roger se la cedió con cierto recelo, y de pronto resbaló de los dedos de Marina y cayó pesadamente al suelo, y todo el mundo contuvo el aliento. «¡Oh!» Roger profirió una exclamación para sus adentros, o quizá no para sus adentros («Mierda»), y con el rostro encendido se agachó junto a la urna y vertió las cenizas, sin mucha ceremonia, simplemente levantando la urna y dejando caer las cenizas, trozos de hueso y polvo arenoso al suelo. «Cómo me las apañé en esa cosa tan estrafalaria —recordaría Roger después—. Fingí que no era yo quien lo hacía y lo que salió no era humano.»

Solemnemente cavaron y rastrillaron este residuo de un ser humano en la tierra. Tardaron un rato, pues era más que una simple idea, implicaba cavar, rastrillar, paciencia, concentración. Sobre sus cabezas pasó un gran avión con insoportable lentitud, y tanto el aire como la tierra vibraron; era exasperante, sin embargo había que soportarlo. Unos veinte de sus amigos de Salthill fueron testigos, la mayoría en silencio y solemnes, y solo Augusta Cutler rompió a llorar, de forma inesperada, pero quizá tan solo se trataba de lágrimas de éxtasis, tal vez para ella aquel era un momento de

sagrada consumación con Adam Berendt, ¿quién sabía? Roger se concentraba en no estornudar, pero empezó a estornudar de todos modos. «¡Disculpadme! Maldita sea.»

Después de la ceremonia todos se marcharon enseguida. Excepto Marina Troy, que se entretuvo, arrodillada entre la tierra recién removida. «Marina, será mejor que vengas conmigo», dijo Roger con su tono serio de abogado, pero Marina apenas le hizo caso. Él sabía que si la tocaba la fuerza del contacto le golpearía en la entrepierna, cortante como la hoja de un cuchillo; en parte deseaba esa sensación, pero no, él era un hombre razonable y no quería tener nada que ver con ello ni con aquella mujer. ¡Si ni siquiera era atractiva! Si quisiera tener una relación con una mujer, preferiría una mujer guapa, una mujer como Abigail Des Pres. Se apresuró a ir a su coche, impaciente por escapar. Esparcir las cenizas de Adam había sido extrañamente agotador. Y estar en compañía de Marina Troy era extrañamente agotador. Su ser sexual había sido anulado por aquella mujer, ella parecía no haberse dado cuenta en absoluto de cuánto había insultado a su masculinidad, ¿por qué le atraía de nuevo?

«No me atrae. Adam, tú tenías razón: no te involucres.»

La última vez que había visto a Marina Troy estaba arrodillada en el jardín, una figura menuda casi oculta por la vegetación, con mariposas de vivos colores revoloteando alrededor de su cabeza.

Desde entonces había visto a Marina muy de vez en cuando en Salthill, de lejos; por tacto y resignación se había mantenido alejado de la librería Salthill, y nunca la telefoneaba. ¡No lo haría jamás! Sin embargo, una noche, a principios de septiembre, al regresar de una cita con una mujer que conocía en Manhattan y con la que algunas

veces, para mantener una relación que no implicaba ningún compromiso, se acostaba, marcó el número de teléfono de casa de Marina Troy, con intención de dejar un breve mensaje: «¿Marina? Soy Roger. Me gustaría verte, ¿de acuerdo?», pero el teléfono sonó y sonó en la casa colonial de North Pearl Street y nadie atendió la llamada. Al día siguiente Roger entró en la librería Salthill para enterarse, a través de una mujer a la que nunca había visto y que se presentó como gerente de la tienda, de que la señorita Troy estaba «fuera». Atónito, Roger preguntó:

—¿Fuera? ¿Dónde?

La mujer negó con la cabeza, muy seria, y se limitó a repetir:

—Fuera.

—¿Durante cuánto tiempo estará fuera?

La mujer vaciló antes de responder:

—Durante un año.

—¿Un año? ¿Ha dicho… un año?

Roger estaba más que asombrado, empezaba a estar furioso.

—Ese parece ser el plan. Es todo lo que sé.

—Pero… ¿dónde está Marina? Es amiga mía.

La mujer era joven, pero tenía un aspecto estirado y desaprobador. Frunció el entrecejo como alguien a quien han confiado un secreto que le pesa como una llave gigantesca alrededor del cuello.

—Si fuese usted un amigo, señor Cavanagh, la señorita Troy le habría dicho adónde ha ido, creo.

Roger replicó con enojo:

—Marina es más que una amiga, está implicada en la herencia de Adam Berendt, tiene responsabilidades, no puede desaparecer

durante un año.

La mujer joven volvió negar con la cabeza, obstinada. No le diría a Roger Cavanagh dónde estaba Marina Troy. Y había cierta ambigüedad en su forma de hablar, cierta expresión de sutil evasiva en su rostro, que condujo a Roger, acostumbrado a descifrar los matices más sutiles del lenguaje en cualquier adversario, a sacar la conclusión de que posiblemente ignoraba el paradero de Marina.

—Pero usted debe de estar en contacto con ella si dirige la tienda durante su ausencia.

—La señorita Troy se pone en contacto conmigo cuando quiere.

Furioso y disgustado, Roger salió de la librería Salthill haciendo temblar la campanilla de la puerta.

Ninguno de sus amigos comunes sabía adónde había ido Marina. Varias mujeres expresaron sorpresa y se mostraron dolidas porque Marina se había marchado sin despedirse. Todos compartían la sensación de Roger de haber sido traicionados. Camille Hoffmann admitió que sabía que Marina tenía intención de pasar un año fuera, que había alquilado su casa, pero Marina se había negado a decirle adónde iba o a darle un número de teléfono o un apartado de correos. «Es como si todo se desmoronara y se sumiera en el caos —afirmó Camille con una convicción que sorprendió a Roger, quien nunca había tomado muy en serio a la esposa de Lionel; los cálidos ojos castaños de la mujer rebosaban pena, aunque tenían el valor de soportarla—, pero no nos desesperaremos, ¿verdad? Ninguno de nosotros. Yo sin duda no voy a hacerlo.»

De pronto entró en la habitación un gran perro lobuno: Apolo, de Adam. Dio la impresión de que no conocía a Roger, pues gruñía amenazador, arañando el suelo, y tenía el pelo del lomo erizado y los

oscuros ojos muy abiertos. Roger hacía meses que no veía al perro de su amigo y le sorprendió que Apolo tuviera un aspecto tan saludable, aunque estaba delgado, y hubiera cierta fiereza en sus mandíbulas. Su pelaje de puntas plateadas era tosco, y sin embargo resultaba un perro bello. «¡Apolo! ¡Si me conoces!» En aquel instante Apolo reconoció a Roger, el amigo de su amo, y se puso a ladrar, entusiasmado como un cachorro. Se le veía transformado en cachorro. Oliscando las piernas y la entrepierna de Roger, lamiéndole las manos, un viejo amigo inquieto.

Camille susurró: «Se aloja conmigo. Hasta que Adam regrese de dondequiera que esté… las islas griegas, creo».

4

¡Robin estaba en el campo de hockey! El corazón le dio un vuelco de orgullo, Roger distinguió a su hija enseguida. Su cabello castaño claro recogido en una cola de caballo, eso era nuevo. Rápida y decidida atacaba en el borde del grupo de chicas, con el palo de hockey preparado. La pelota, que en aquel momento no estaba cerca de Robin, fue golpeada por una jugadora del equipo contrario, la pelota voló, rebotó en el campo, una central de Ryecroft de uniforme verde se la llevó, una chica alta, rubia platino y con anchos hombros, hubo vítores y exclamaciones de aliento. Qué hermosas eran las muchachas vistas de lejos, la mayoría más altas que Robin, de miembros fuertes, llevando sus palos de hockey como amazonas. Roger las miraba con atención, pasmado. Le resultaba difícil seguir a Robin con la vista entre la confusa acción; había llegado demasiado

tarde para encontrar asiento en las pequeñas gradas y se había quedado de pie en la banda, lejos de donde se desarrollaba el juego. Allí estaba otra vez Robin, que balanceaba el palo y esta vez arrebató la pelota a una rival; sus piernas de duros músculos latían mientras guiaba la pelota en zigzag por el campo en la otra dirección, se la pasaba a una compañera de equipo que pareció literalmente volar con ella, la pelota saltó, se deslizó, golpeó en la red de las rivales mientras la desesperada guardameta se abalanzaba y caía. ¡Más vítores! Roger se unió a los gritos: «¡Buena jugada! ¡Muy buena!»

Esperaba que Robin le viera. Así sabría que su padre estaba allí, que no la había defraudado.

Como había hecho en el pasado, no a menudo, pero sí un par de veces, sin poderlo evitar, por muy buenas razones que le había costado explicar.

Al fin y al cabo no había llegado muy tarde, solo se había perdido la primera cuarta parte del partido. El otro equipo ganaba por solo dos puntos. Estaba entre animados partidarios de Ryecroft, unos cuantos adultos y adolescentes, en su mayoría chicas. Aunque la escuela Ryecroft ahora era mixta, había sido escuela de chicas durante un siglo y en el Este tenía fama de ser de segunda clase y no atraía a muchos chicos, y entre estos, a no muy buenos estudiantes; como decía Robin con desdén, las chicas eran como se supone que son los chicos, y los chicos en su mayoría eran perdedores.

Durante la media parte Roger se dirigió hacia donde estaba el equipo de Ryecroft para hacer señas a Robin y saludarla, y para su sorpresa vio que la alta y hábil chica de la cola de caballo no era su

hija. Robin, en realidad, era más baja, de complexión gruesa, tenía el cabello castaño más oscuro, rizado y mojado de sudor; Roger le hizo señas, llamó su atención y Robin le sonrió contenidamente, levantó el puño en un gesto de victoria, que Roger imitó. Hizo bocina con las manos y exclamó: «¡Te quiero, cariño!».

Robin no parecía alegrarse mucho de ver a su padre, quizá jugaba a mostrarse distante, por supuesto le había decepcionado oír su mensaje telefónico, él no había sido capaz de llegar antes del partido como habían planeado, o quizá era que estaba distraída por el juego, la presión y los nervios. Deportes de equipo: Roger conocía la embriaguez, la casi inexpresable alegría animal que inunda a un grupo de jóvenes unidos en un esfuerzo único, finito. Lo sabía y casi envidiaba a Robin.

Sonó el silbato del árbitro y se reanudó el partido. Roger había encontrado un asiento vacío en la tercera fila de las gradas. Se metió en el juego, empezó a interesarle el partido, quería que el equipo vestido de verde venciera al equipo vestido de azul, deseaba que su hija Robin destacara. (La realidad era que Robin nunca había sido una perdedora elegante, ni siquiera de pequeña. Incluso cuando se enfrascaba en juegos infantiles con su padre necesitaba ganar. Él temía que se mostrara hosca durante la cena otra vez, en esta ocasión en el Hanover Inn de Baltimore, de tres estrellas, en el que había reservado mesa para aquella noche. Después les esperaba Washington D. C., un fin de semana juntos padre e hija.) A menudo Roger se ponía en pie, entrecerrando los ojos para ver a Robin, intentando seguir la acción, gritando con otros seguidores, hasta que se quedó afónico.

«Un partido, cualquier partido es cualquier partido, un partido como cualquier otro partido, indistinguible. Salvo si estás en el campo de juego, entonces cada partido es único. Es tu vida.»

En el instituto, Roger había sido durante un tiempo miembro del equipo de atletismo y del equipo de natación. Era rápido y hábil y tenía bastante buena coordinación pero, como era más bajo que la mayoría de los jugadores de otros equipos, no poseía el vigor que requerían los deportes de competición, quizá no tenía la voluntad necesaria, el impulso para ganar en los simples partidos. En la universidad no había practicado ningún deporte. Los deportes le parecían una estúpida pérdida de tiempo, energía y talento. Los atletas estudiantes adorados por otros le parecían francamente ilusos respecto al mundo. La victoria no es para el más rápido de cuerpo, sino para el más rápido de mente. Roger Cavanagh no cultivaría su cuerpo, aunque le gustaba bastante su cuerpo, sino su mente. «Y esto también es un juego. No tienes más alternativa que jugar.»

Ryecroft marcó un gol, el partido estaba empatado. Luego el otro equipo marcó dos goles. En el cuarto final, los equipos volvían a estar empatados. ¡Qué tensión! ¡Qué emoción! Roger estaba en pie y gritaba con los demás tratando de seguir a su hija con la vista. Pero la perdía. Y perdía el hilo de por qué estaba allí. «Robin, sabes que te quiero, ¿verdad?» Sin embargo, no paraba de pensar en Marina Troy. Se preguntaba adónde habría ido, y sin decírselo. Porque eran co-conspiradores. Habían cometido una fechoría juntos. En especial, semejante violación de la ley podía tener consecuencias graves para Roger Cavanagh, abogado. Sí, pero se concentró en el partido de Robin. Sí, comprendía que desear a Marina Troy era

absurdo, además de inútil. Le preocupaba la ferocidad de las chicas de Ryecroft, aquellas amazonas que corrían por el campo atronando, blandiendo sus palos de hockey como una guadaña. La pelota bien podía ser una cabeza humana. No, era demasiado pequeña. ¿Genitales masculinos? Quizá en algún momento de la historia los antropólogos sabrían, investigación morbosa, qué revelan las costumbres de juego de la humanidad, el decoro, la civilización misma. Adam Berendt había parecido contemplar su mundo de una zona residencial de Salthill como si hubiera llegado de otro planeta, un lugar de aire más fresco, más seco, clarividencia, aquel ojo único; sin embargo, parecía perdonarles también; parecía que le gustaban ya que, misteriosamente, no siempre habían sido capaces de gustarse o incluso de tolerarse a sí mismos.

«Habitantes de cuevas. Moradores entre sombras. ¿Cómo escapar? Pero… ¿escapar adónde?»

Los buenos atletas se vuelven mejores cuando están sometidos a presión, los atletas menos buenos empiezan a vacilar. Roger sintió dolor al ver que, a medida que avanzaba el partido, el equipo vestido de azul jugaba mejor que su hija; esta estaba congestionada, malhumorada y torpe. (Para ser justos con Robin, no era la única cuyo juego se había deteriorado visiblemente, mientras el de dos o tres atletas estrella se estaba volviendo espectacular.) Pero allí estaba Robin, decidida, obstinada, galopando con sus potentes piernas, balanceando el palo, chocando con otras chicas asimismo decididas y obstinadas. Roger recordó a su hija en traje de baño, el verano anterior, los muslos gruesos y musculosos, asombrosos, más robustos que los suyos, mucho más grandes que los de Lee Ann; no es que Robin fuera más corpulenta, pero tenía

una complexión grande, nunca había sido delgada. Y se desconcertaba con facilidad. En medio de un juego prolongado, cuando la pelota pasó volando a su lado, se volvió desesperadamente, se abalanzó con el palo, lo balanceó y erró y, en un ángulo difícil, las chicas de Ryecroft cogieron la pelota y corrieron por el campo para marcar un gol fácil y… ¿dónde estaba Robin? En el suelo.

Se puso en pie de inmediato. Antes de que nadie pudiera ayudarla.

Cojeaba. Pidieron tiempo, el entrenador la retiró del partido. «Maldita sea, qué mala suerte. Oh, cielo.» Volvía a ser una niña pequeña, que necesitaba a su papá.

Robin insistió, con una amplia sonrisa, en que estaba bien, solo había cometido un error y resbalado.

—O quizá la chica me haya dado un codazo. Pero ha sido culpa mía.

Intentaba no llorar. Una muchacha de complexión robusta, con el rostro enrojecido, que olía a esfuerzo, el pelo aplastado en la frente y la respiración aún acelerada. Después del partido, que en los últimos minutos el equipo de Ryecroft había ganado por poco, dio a su ansioso padre un beso rápido, acalorado, apartándose incluso mientras se apretaba a él, aunque él tenía intención de abrazarla. Desde el divorcio había una torpeza física entre ellos.

—Cielo, has estado fantástica. Has jugado muy bien. He visto todo… —dijo Roger.

Robin le interrumpió, avergonzada:

—Claro, papá.

Robin, un poco a la ligera, aunque es posible que con orgullo, ya que Roger aún era un hombre razonablemente joven y atractivo, le presentó a varias de sus alborozadas compañeras de equipo, que sonrieron con timidez y le llamaron «señor Cavanagh». Después se marchó con el equipo, procurando no cojear, para ducharse y cambiarse, y se reuniría con Roger en la residencia al cabo de una hora. Roger observó a las chicas cuando se alejaban. Estaban alegres y alborotadoras, habían ganado por un solo gol y lo habían marcado por chiripa: la más deliciosa de las victorias. La que realmente no mereces.

Agradeció disponer de una hora libre. Fue a tomar una copa al único hotel de la ciudad, un Hyatt Regency con coctelería detrás de una cascada. ¡Qué emocionado estaba! No se había dado cuenta. Los nervios del partido, el susto al ver a Robin en el suelo. La tensión que produce ser el padre de alguien. ¿Llegabas a acostumbrarte alguna vez?

Un whisky doble, con agua.

La Virgen de las rocas. Ella le había hablado del cuadro del Frick. No recordaba el nombre del artista. «Amor de madre mal encaminado.»

Llamaba a Roger a menudo cuando ambos estaban en Salthill para invitarlo a cenar. A veces con amigos, y él aceptaba; a veces solo, y él declinaba. Sabía lo que podría ocurrir si él y Abigail Des Pres se encontraban a solas en casa de ella. La hermosa, solitaria y resonante casa en Wheatsheaf Drive en la que la trágica divorciada seguía viviendo, quizá por inercia. Como una princesa encantada. La bella durmiente. «Pero yo no soy el príncipe que la va a despertar con un beso.» Abigail Des Pres era una mujer adorable y atractiva, y

no necesitaba dinero, pero era una de aquellas mujeres que adoraban a Adam Berendt incluso después de muerto, y Roger no iba a competir con un hombre muerto. Adam ya era formidable cuando vivía.

Con todo, veía a Abigail de vez en cuando. Eran amigos románticos. Compartían ciertos secretos. Abigail había sido amiga de Lee Ann durante gran parte del tiempo que duró el matrimonio de los Cavanagh y creía, al igual que Roger, que Lee Ann lo había tratado injustamente.

—Si un hombre no es absolutamente «fiel» a su esposa no debería tenérsele en cuenta, hasta cierto punto. Pero cuando una mujer… —Abigail no terminó la frase.

Roger dijo, irritado:

—Yo no fui infiel a Lee Ann. Esa es una de sus historias.

Abigail le escuchó con expresión seria.

—Sí, supongo.

Él y Abigail eran como hermanos. Desde sus respectivos divorcios, su relación se había vuelto sutilmente incestuosa. Incluso se parecían: cabello oscuro, vehementes, con tendencia a la sospecha y la paranoia. Mientras que la risa de Abigail era estridente como el cristal cuando se rompe, la de Roger era baja, como grava al ser removida. Abigail era una mujer que erotizaba su amistad con los hombres, incluso los esposos de sus amigas, por un deseo nervioso de gustar, no por verdadero deseo; Roger creía que, como muchas mujeres guapas de su clase, Abigail había sido educada para no sentir deseo físico por nada, ni por el sexo ni por la comida ni por la bebida. Como uno de esos galgos exquisitamente bien criados, con los nervios tan tensos que puedes verlos temblar. Si Marina era todo

voluntad, fría y distante, Abigail carecía de voluntad, era blanda, dúctil, no se resistía, como agua al tacto. Roger sabía que podría ser amante de Abigail si lo deseara. Hundirse en la mujer sin hallar fondo.

En julio, poco después de que Roger hubiera ayudado a esparcir las cenizas de Adam en su jardín, Abigail le telefoneó angustiada. Lo llamó a su bufete e insistió ante su secretaria en que Roger debía hablar con ella enseguida, aunque se encontraba en una reunión.

—Es muy urgente, no puedo esperar.

—Cuando Roger se puso al aparato, Abigail prorrumpió en llanto. A Roger le costó entender lo que decía.

—¡Roger! Necesito que me ayudes. Ha ocurrido algo terrible.

Roger recordaría: «Algo ha ocurrido. No tengo la culpa. He estado a punto de matarnos a mi hijo y a mí».

Roger fue enseguida a Middlebury (Vermont), para llevar a Abigail a casa. El coche de alquiler estaba destrozado, a Abigail y a su hijo Jared, de quince años, les habían curado las heridas menores en un hospital local. Abigail tenía la cara magullada y lacerada y un ojo morado. Cuando Roger entró en la habitación, ella le cogió las manos y lloró de gratitud: «¡Roger! Jamás olvidaré esto». Más tarde diría: «Debería haber muerto. Tenía que haber muerto». Roger le dijo que no fuera ridícula, que solo había tenido un accidente. Cuando habló con Jared, por separado, el chico estaba furioso, hostil. Él también tenía la cara magullada, la mandíbula hinchada, costillas rotas y un antebrazo torcido. «¡Que no se me acerque, señor Cavanagh! La odio. No quiero volver a verla nunca más.» El padre del chico, Harrison Tierney, que no le caía muy bien a Roger, estaba en camino para ocuparse de la situación.

Roger se identificó ante las autoridades de Middlebury como abogado de Abigail Des Pres. Los cargos contra Abigail eran graves. Al parecer, Abigail había bebido y el nivel de alcohol en la sangre superaba el límite legal de Vermont. Circulaba a gran velocidad por una estrecha carretera rural, perdió el control del vehículo y al entrar en una curva se estrelló contra una valla baja, atravesó una zanja y fue a parar a un grupo de árboles. La parte delantera del Lexus se había doblado como un acordeón. No había señales de que hubiera patinado en la carretera. Era pura suerte que ni Abigail ni Jared hubieran resultado gravemente heridos o muertos. Jared no llevaba puesto el cinturón de seguridad, habría podido atravesar el parabrisas.

«Ninguna señal de haber patinado. ¿Ningún intento de frenar?»

Roger dijo a las autoridades que su cliente era por naturaleza una madre amable y amante, que después de un divorcio difícil sufría una «gran tensión mental». Dijo a las autoridades que el muchacho era impulsivo y que lo que contara a la policía (que su madre estaba loca, que había intentado matarles a los dos) no debería tomarse demasiado en serio.

Roger no mediaría entre Abigail y Jared. El muchacho se negaba a ver a Abigail por más que ella lo suplicaba. Se mostró grosero con Roger, al que llamaba, con evidente desprecio, «señor Cavanagh». Quería dejar la escuela de verano, quería pasar el resto del mes con su padre, después quería ir a África —¿de safari?, ¿a escalar montañas?, ¿si estaba lo suficientemente recuperado?— y no volver a ver a su madre. Roger tampoco quería ver a Harrison Tierney. En Salthill había jugado algún partido de dobles con Harry, era un hombre agresivo. Entre los hombres de Salthill, Harry era conocido

por hacer trampas en el tenis. Y en el golf. Y en el squash. Otros hombres de Salthill eran caballeros y no le replicaban cuando reclamaba algo en un juego. A Roger no le gustaba Harry, lo encontraba personalmente abrasivo, pero tenía que admirar el aire de bravucón de aquel hombre. Siempre parecía estar pasándoselo bien.

—A Harry no le importa lo que pensemos de él —comentó Lee Ann en una ocasión—, por eso pensamos en él.

—No me digas que lo encuentras atractivo —repuso Roger con incredulidad.

Y Lee Ann dijo con su irritante leve sonrisa:

—Por supuesto. Las mujeres somos masoquistas, ¿no te habías fijado? Es la piedra angular tácita del matrimonio.

Roger recordaba una velada en casa de los Tierney unos años atrás, una de aquellas multitudinarias fiestas con cena que significan tanto para las mujeres y que, en su mayoría, los hombres toleran y sobrellevan. Harry se acercó a Roger cuando estaba apoyado contra el marco de una puerta después de la cena, fumando un cigarrillo, pues era antes de que se prohibiera por completo fumar en semejantes ocasiones. Harry era el anfitrión de la velada y cabría esperar que se comportara como tal, pero dio un codazo a Roger en las costillas y dijo entre risas: «¿De qué están hablando? De algún misterio, seguro. Por Dios». Roger sonrió, desconcertado. Su formación como abogado le hacía estar alerta en todo momento. Los hombres observaban a un grupo de esposas de Salthill (Abigail, la esposa de Harry; Lee Ann, la esposa de Roger; Beatrice Archer y un par de mujeres más) que hablaban con animación, sus rostros relucientes como flores recién abiertas. La luz de las velas volvía

extrañamente hermosas a estas mujeres, que se hallaban al final de la treintena. Había una misteriosa inocencia y simplicidad en su belleza, como si nunca hubiera sido sometida a ninguna dura prueba; como si ninguna de aquellas mujeres hubiera gritado en la agonía del parto, gemido y retorcido en un orgasmo, sudado, defecado. Como si bajo sus caras prendas de vestir sus cuerpos fueran de líneas puras, perfectas como caras muñecas. Flotaban en ese estado de euforia que producen las fiestas en que necesitaban tocarse una a otra, y sus alabanzas sobre el pelo, la piel, el vestido, la belleza de las otras eran exageradas. Por supuesto, estas mujeres eran amigas, se conocían desde hacía años. Eran hermanas, salidas del mismo huevo. Roger vio, con la mano de Harry en su hombro en gesto de falsa fraternidad, que era como si las mujeres buscaran en las otras, como en mágicas superficies reflectantes, alguna medida de su inmortalidad. Eran brillantes pétalos que flotaban en el caos sin luz y sin profundidad que había debajo de Salthill y que llegaba hasta el centro mismo de la Tierra. Roger se estremeció y se apartó de la mano de Harry Tierney. Harry dijo:

—Para ellas significa tanto, ¿verdad?

Roger preguntó:

—¿El qué? ¿La amistad?

—¿Es amistad? —Harry pareció reflexionar un momento; luego rechazó la idea—. No sé qué es la amistad. Llámalo «vida social». Como algas de una charca. Minúsculos organismos unidos en la más intensa intimidad, simbióticos y «sinérgicos», y sin embargo… en el fondo no son más que algas de una charca.

Roger, que valoraba la amistad, o quería creer que lo hacía, así como el amor por Lee Ann y su hija, repuso:

—Vamos, Harry, eres el anfitrión de esta estupenda fiesta. Vienes a todas nuestras fiestas.

Harry se rió. Tenía la tranquilidad de un asesino a sueldo, no se le podía tocar.

—No me importaría lo más mínimo no volver a ver a nadie de Salthill nunca más. Y a ti te pasa lo mismo, Cavanagh.

Roger dijo, tenso:

—¿De veras? Gracias por adivinar cómo me siento.

—No las merece —repuso Harry dándole un leve puñetazo en el hombro como si fueran dos compañeros de instituto—, es gratis.

Roger condujo a Abigail Des Pres de nuevo a Salthill, atravesando Vermont y la campiña del estado de Nueva York, de sobrecogedora belleza. Se había ocupado de la agencia de alquiler de coches. Había acordado que su cliente pagaría una multa por conducir en estado de embriaguez y conducción temeraria. A Abigail le retirarían el carnet de conducir durante seis meses. Él no le preguntó directamente por la ausencia de marcas de patinazo en la carretera, pero al cabo de un rato, al despertar de su letargo y examinarse la cara magullada y lacerada en un espejito, Abigail empezó a hablar de que había estado «como hechizada» y había sido incapaz de actuar en el momento del accidente. Siempre conducía con cuidado, con cautela; era una conductora tímida; pero aquella noche algo la había obligado a conducir deprisa, aunque no estaba familiarizada con el Lexus y no conocía la carretera. No estaba ebria, insistía. Lo había experimentado todo con una terrible claridad.

—Fue como si una mano hiciera girar el volante, a la derecha. Para hacernos salir de la carretera. La mano del demonio.

Roger preguntó con naturalidad:

—¿La mano del demonio?

Abigail respondió:

—Sí. Tenía poder para hacer girar el volante y matarnos, pero creo que no era real. Quiero decir, física.

No había hablado de la mano del demonio a las autoridades de Middlebury porque habría parecido que acusaba a Jared, que Jared había hecho girar el volante, y él no lo había hecho, Jared también era inocente; no se había atrevido a contárselo por miedo a que la consideraran loca. No se lo diría a nadie más que a Roger, y le rogó que no se lo contara a ninguno de sus amigos, pues se correría la voz por todo Salthill.

—¡Me moriría de vergüenza!

Roger la interrogó acerca de la «mano del demonio» y Abigail concedió que, posiblemente, había sido una fuerza, no una mano real. Pero había adoptado la forma de una mano. ¡Ella la había visto! Sin duda alguna la había sentido.

—En cuanto la mano agarró el volante, me quedé paralizada, no pude reaccionar. Si el coche hubiera patinado, no habría podido frenar más de lo que podría… —se interrumpió, respirando con rapidez, fijos en Roger sus ojos amoratados— hacerlo ahora, en este coche. Oponiéndote tú.

Roger se echó a reír, incómodo. ¿Abigail bromeaba? ¿O no bromeaba?

—Ahora Jared se niega a hablar conmigo. Dice que he intentado matarnos a los dos. Y no es cierto, Roger. Me crees, ¿verdad?

Roger contestó:

—Por supuesto, Abigail. Soy tu abogado. —Se echó a reír, era una broma—. Eh, no. Soy tu amigo.

Cuando cruzaban el puente Tappan Zee, muy por encima del río Hudson, Abigail empezó a hablar con resignación de que había perdido a Jared, tan poco tiempo después de haber perdido a Adam.

—Era mi destino, supongo.

Roger objetó:

—¿Tu destino? No lo creo.

Abigail, tironeando de una venda que le habían puesto en la cara mientras se miraba con los ojos entrecerrados en su espejito, dijo con un suspiro:

—Lo noto, ¿sabes? Mi edad.

—¿Tu edad? —Roger rió—. Eres la más joven de todos nosotros.

—No. Marina Troy es la más joven.

Roger se quedó callado, preguntándose qué sabía Abigail de él y Marina. En Salthill, aquella charca de numerosísimas algas, todo el mundo parecía conocer los asuntos de todos los demás a pesar de los grandes esfuerzos que se hacían para mantenerlos en secreto. Como si pudiera leer los pensamientos de Roger, Abigail planteó con delicadeza el tema de las cartas y postales que había enviado a Adam, ¿Roger las había encontrado entre los papeles de Adam?

—No. No te preocupes.

—Oh, no estoy preocupada. No hay nada de lo que avergonzarse. Amar. —Abigail se arrancó una de las vendas más pequeñas, levantando la barbilla. Su rostro parecía un exquisito jarrón que misteriosamente se hubiera manchado, resquebrajado—. Incluso cuando no eres correspondida.

—Adam te quería, Abigail.

—¿De veras?

—A su manera.

—¿Alguna vez… te habló de mí?

—Ya sabes que Adam tenía demasiado tacto para eso.

—Sí, pero… ¿alguna vez te habló de mujeres?

—No, la verdad.

—¿Sabes si alguna vez estuvo casado?

Abigail hablaba con ansiedad. Roger estaba irritado, ¡que esto significara tanto para ella, incluso ahora!

—No. Lo dudo.

—¿De veras? —Abigail se quedó pensativa—. Pero Adam era un hombre que jurarías tenía que ser padre. Debería haber sido padre. Le gustaban mucho los niños y le gustaba… bueno, la vida. Pero… ¿no había tenido hijos? Ese rumor de que tenía hijos mayores que vendrían para reclamar la herencia…

—No hay nada cierto en ello —aseguró Roger con irritación—. No hemos podido localizar a ningún heredero.

—Aún es pronto, ¿no? Pueden aparecer herederos.

—Sí, pero lo dudo.

—¿Por qué un hombre como Adam, tan buen hombre, no tuvo hijos, y un hombre como Harry Tierney, que no es en absoluto un buen hombre, y francamente odia la vida, tiene un hijo, y quiere tan desesperadamente aferrarse a él? —Abigail negó con la cabeza exhalando un suspiro—. Me parece mal.

—Es ilógico —convino Roger—. Adam estaría de acuerdo.

Al cabo de un rato Abigail dijo, como si no pudiera resistir más:

—Adam era jugador, ¿lo sabías? Quiero decir que jugaba a veces. En Las Vegas.

—¿De veras?

—Un año, creo que 1997, ganó once mil dólares. ¡Tuvo que declararlo a Hacienda!

De hecho Roger lo sabía. Y sabía más. Pero se limitó a decir, con tono de admiración:

—Es mucho dinero, debía de jugar en serio. Supongo que… ¿al póquer?

—Supongo. No hablaba mucho de ello. Parecía avergonzarle. O quizá fingía que le avergonzaba con el fin de guardárselo para sí. Jugar era una forma de experimentar con él mismo, decía; como experimentar con el universo y su «intersección» con su propia mente. No parecía hacer nada en serio —comentó Abigail, pensativa —; lo que hacía era solo una acción.

¡Qué extraño e inesperado que esta mujer dijera eso! Roger tenía la impresión de que, desde el accidente, tan reciente, Abigail Des Pres se estaba volviendo una persona más reflexiva; a menos que fuera desde la muerte de Adam.

—Ser serio respecto a cualquier acción, aunque solo sea una «acción» —prosiguió Abigail—, es comprometerse con el principio que representa, dando por supuesto algún tipo de futuro, y eso, creo, Adam no lo hacía nunca. No, él no jugaba en serio porque no se trataba más que de ganar dinero, de otra forma de negocio. Él despreciaba todo eso. Solo era serio respecto a la vida, y esto es algo de lo que no puedes hablar.

—Buscaba la verdad. Como Sócrates.

—¡Sócrates! —Abigail parecía insegura—. Es un personaje inventado por… ¿fue Platón? ¿O son dos personas distintas?

Roger tuvo que pensar.

—Se cree que eran dos personas pero, quién sabe; eso fue hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Mil años?

—Mas bien dos mil.

—¡Dos mil! Y la vida es tan breve. —Abigail suspiró y se rozó la tierna piel con la yema de los dedos. Con el rabillo del ojo Roger vio sus relucientes anillos, lo que de alguna manera le tranquilizó. Ninguna mujer en cuyos dedos reluzcan costosos anillos puede ser profunda—. Qué extraño que a Adam le interesaran tanto, ¿no? Esa gente de hace tanto tiempo. ¿Tal vez no creía en el tiempo? ¿Que los seres humanos cambian mucho? Que «progresamos».

—No, pero tampoco creía en lo contrario. ¿Y tú?

—¿Yo? —Abigail se echó a reír, mostrando unos dientes blancos y perfectos como otro accesorio—. ¿Qué importa lo que yo piense? Una esposa abandonada, y ahora una madre abandonada. Soy la escoria —añadió secándose los ojos con un pañuelo de papel pulcramente doblado.

Roger se echó a reír, y en aquel instante la mujer le desagradó. Abigail Des Pres aún era la esposa de Harry Tierney.

—Bueno, todos lo somos, supongo.

—Pero intentamos ser más, ¿no? —adujo Abigail. Tocó la muñeca de Roger al percibir que perdía su apoyo. Y ella era una mujer cuyo alimento era el apoyo de los demás—. Algunos lo intentamos con todas nuestras fuerzas.

—Sí, supongo.

Roger condujo el resto del camino hasta Salthill en silencio.

En casa de Abigail, a oscuras, Roger dejó la maleta en el vestíbulo, y se habría marchado enseguida de no ser porque Abigail le cogió

las manos en las suyas.

—¡Roger! Tengo miedo, no puedo quedarme sola. Todavía no.

Si hubiera estado lo bastante atento y sido lo bastante enérgico, habría podido escapar; pero una perversa inercia lo atrapó como unas arenas movedizas. Abigail se arrojó a sus brazos y lo estrechó, blanda y flexible como el agua, aunque poseída por una voluntad infantil; sus brazos eran delgados y temblaban, pero eran fuertes.

—Tenemos tantas cosas en común, Roger. Te he estado observando durante años. A los dos nos han hecho daño. Y tenemos hijos de la misma edad. Son como hermanos. Eso nos une, ¿no? —Hablaba con melancolía, con el rostro alzado hacia él.

Roger sintió una punzada de pánico, como una punzada de deseo sexual. «Físicamente estoy tan solo. Que Dios me ayude.» El rostro magullado y luminoso de la mujer, su ojo morbosamente morado le excitaba; como si él fuera la causa de su dolor.

—Nunca volveré a ver a Adam. Nunca volveré a ver a Jared, lo sé. —Hablaba casi con calma, estaba resignada. Como si en realidad hubiera matado a su hijo y existiera una amarga satisfacción en ello, como la habría en Roger si Robin dejara de amarle y se uniera a su madre en su desprecio hacia él—. ¿Me quieres? ¿Un poquito? Por favor.

Ella le besaba con avidez y Roger se dio cuenta de que la estaba besando, en la oscura sala de estar de techo alto como una catedral, escenario de tantas fiestas. Como si todos los años de fiestas constituyeran simplemente un preludio de esto, una exquisita consumación. Roger y Abigail se acercaron tambaleándose a un sofá tapizado en seda y cayeron juntos con torpeza. Estaban excitados,

jadeantes, se manoseaban como adolescentes. Abigail respiraba con fuerza.

—Te quiero, oh, te quiero, te quiero.

Roger suponía que ella ya no tenía idea de quién era él, había perdido su nombre. Y él estaba olvidando el nombre de ella y dónde estaban. Apresurados, apartando cosas, dando golpes en el suelo, ¿qué eran?; cojines pequeños pero muy rellenos forrados de seda. ¡Maldita sea! Empezaron a hacer el amor, con qué rapidez y facilidad estaba ocurriendo, los delgados muslos de la mujer, el vientre de ella, muy cálido, desnudo de repente, una suave y rizada mata de vello púbico, como si sus ansiosos cuerpos hubieran tomado el control, sus personalidades estaban anuladas, arrasadas. Una boca de mujer carnosa y hambrienta contra la boca de Roger, podría ser la boca de cualquier mujer, o cualquier boca; de pronto Roger se sentía inmensamente feliz, sabedor de que la presión en la entrepierna pronto se aliviaría, explotaría en un delirio de placer sin cerebro.

—¿Me quieres? ¿Un poquito? —preguntaba la mujer con tono suplicante—. Di que sí. Puedes mentirme. ¡Sí, por favor!

Le estaba quitando la camisa, hurgaba con los dedos en sus pantalones, Roger los apartó para desabrocharlos él mismo, el pene duro, caliente como el de un muchacho, y la mujer le guió dentro de ella, temblando levemente, pero de repente un ruido agitado les interrumpió.

—¿Qué ha sido eso?

Se quedaron tensos, aguzando el oído. Un mechón de pelo de la mujer había quedado atrapado en la boca de Roger. La estrecha caja torácica de ella, debajo de él, subía y bajaba, ansiosa. Al principio el

ruido parecía estar en la habitación, con ellos, en un rincón oscuro, ¿o quizá en la chimenea? Luego fue evidente que procedía del exterior: unos frenéticos arañazos en la puerta de la calle.

¿Apolo?

5

Robin bajó por la escalera cojeando.

Al ver que la miraba fijamente, dijo en broma, con el rostro encendido de rabia:

—Supongo que he crecido un poco, ¿eh, papá?, desde que me viste el año pasado.

Su primera sorpresa, no, fue verdadero asombro y decepción, y debió de notársele en la cara: para ir a cenar, Robin se había puesto unos anchos pantalones sucios, una camiseta verde de las Ryecroft con una blusa de franela medio desabrochada encima, que le ceñía los grandes y anchos senos, y unas sucias zapatillas de deporte. El cabello, mojado de la ducha, caía lacio a los lados de su infantil rostro redondeado; la piel le brillaba toscamente, como si se la hubiera frotado con una toalla. Entre las chicas de Ryecroft más bonitas, más femeninas, vestidas de modo más atractivo que Roger había observado en la residencia, Robin destacaba de un modo desafiante, llamativo. Al ver que su padre trataba de sonreír, se rió abiertamente de él. Una cruel sonrisa tensó rápidamente sus mandíbulas.

A Roger le ardía el rostro, dejaría correr el comentario. La insinuación de que no la veía desde el año anterior, cuando en

realidad había sido más recientemente y ella lo sabía. La insinuación de que a él pudiera incomodarle —turbarle— su cuerpo, que estaba madurando, sus redondeados senos y caderas. Roger comentó tratando de no parecer severo ni suplicante:

—El restaurante al que vamos es un sitio agradable, cielo. Esperaba que te vistieras de un modo un poco más…

Robin se echó a reír.

—¿Agradable? Tú vistes de un modo «agradable» por los dos.

Llevaba la bolsa de deporte colgada a la espalda; se negaba a llevar sus cosas en una maleta. Cuando Roger se ofreció a llevarle la bolsa, ella se negó.

—Así hago músculos, papá.

Roger recordó que Lee Ann había dicho que, en el año anterior, su hija se había obsesionado con el hockey, y con otros deportes, en el colegio. Estaba consternado: ¿aquella persona joven que se oponía a él era su hija, una muchachita poco atractiva y rolliza, con un brillo peligroso en los ojos, que le miraban con aire desafiante, retándole a criticarla? Roger la había esperado durante media hora en el salón de visitas de la residencia y había tenido que observar a otras chicas, sin querer comparar a su hija con ellas y, sin embargo, incapaz de no pensar, con desaliento: «Qué mierda ser padre. Jugué y la cagué».

A pesar de su indiferencia, los ojos de Robin rebosaban de emoción y Roger no iba a provocarla. ¡Él no! Era la primera fase del fin de semana que compartían padre e hija. Lee Ann le había explicado que Robin ya nunca («repito: nunca») hablaba de él, era evidente que la chica estaba furiosa con su padre, y él estaba

dispuesto a recuperar su amor, su confianza. Dijo con intención de ser amable:

—Bueno, estás bien, cielo. Siempre podemos cenar en otro sito. Lo importante es que no te hayas hecho daño.

Robin, que había estado sonriendo, haciendo muecas, para beneficio de otros, un grupo de chicas vestidas como ella, volvió su atención de nuevo a Roger y dijo acalorada:

—Me duele no solo el tobillo, sino todo el cuerpo. Estoy molida. Pero no estoy lesionada. No necesito radiografías ni ir a la enfermería ni nada de eso.

Salieron de la residencia, debieron de decidir algo. Robin se quejaba jocosamente de los dolores, las magulladuras y torceduras que debían soportar quienes jugaban a hockey. Todas las chicas se hacían daño, incluso las estrellas. Era como un «distintivo del valor». Una de las que jugaban de central, la chica del pelo rubio platino, la mejor jugadora del equipo de Ryecroft, a veces se hacía tanto daño que «apenas podía levantar la cabeza» de la almohada al despertarse al día siguiente de un partido. Mientras cruzaban el patio, Robin saludaba con la mano e intercambiaba saludos en voz alta con varios estudiantes, tanto chicos como chicas; Roger dedujo que era una chica popular, una personalidad en la escuela. La llamaban Robin, Robbie, Rob. Los ojos le brillaban con una especie de frenético placer. Caminaba deprisa y con vigor, pisando con fuerza; Roger tuvo que apretar el paso para seguirla.

—Parece que esto te gusta, cielo. Eso está bien.

Robin se encogió de hombros, la observación de papá era demasiado banal para merecer un comentario.

Una vez en el coche, se dirigieron hacia el Hanover Inn y Roger intentó hablar con Robin del partido, quería alabarla, comprendía que estuviera furiosa, alterada aún, aunque físicamente cansada, y resentida, sin duda había emociones turbulentas relacionadas con el equipo y el entrenador que le había hecho dejar el partido, pero Robin respondía solo con gruñidos. Roger le preguntó si le caían bien sus compañeras de equipo, parecían «agradables», y Robin se echó a reír.

—Oh, papá. «Agradables». Eres como mamá. Vuestro vocabulario es tan limitado.

Roger se rió, pues era cierto, no es que Roger Cavanagh fuera agradable, en realidad Roger Cavanagh no lo era, pero había palabras que se decían sin pensar, palabras en clave cuyo significado se había perdido hacía tiempo.

—Bueno, me han parecido… «agradables». En los pocos minutos que he estado con ellas. Todas os lleváis bien… —dijo Roger.

Robin se encogió de hombros y dijo con un tono repentinamente serio:

—¿Por qué me preguntas si me caen bien? Lo que importa es si yo les caigo bien a ellas.

Roger no supo qué decir.

Se preguntaba: ¿tan poca importancia se concede, sus propios sentimientos no importan?

—Afrontémoslo, papá: si les cayera mejor, ellas me caerían mejor a mí.

—Creía que te caían bien. Creía…

—Ah, claro. Estoy loca por ellas.

Robin se rió secándose la nariz con el dorso de la mano. Estaba sentada con una musculosa pierna cruzada sobre la otra, en la rodilla; su pantorrilla abultaba bajo la pernera del pantalón caqui. De vez en cuando se frotaba el tobillo, la carne de la parte inferior de la pierna. Llevaba calcetines de algodón muy parecidos a los de Roger. Este vislumbró un poco de carne enrojecida, arañada.

—Espero que no sea una torcedura. ¿Por qué no has dejado que te lo examinaran? —dijo Roger. Robin se encogió de hombros. Roger añadió—: Si no mejora, por la mañana iremos a ver a un médico.

Robin hizo un ruido como si tuviera una arcada.

—Sí, claro, papá. Estupendo. En lugar de ir al Museo del Aire y el Espacio.

—Si te has hecho daño…

—No me he hecho daño. Soy más fuerte de lo que crees. No soy una niña mona y delicada como mamá; ella prácticamente se derrite en la lluvia. O eso finge. Así Georgie puede ir a secarla con la fregona. —Robin se rió con aspereza.

Roger no iba a seguirla en esa dirección, ¡no, gracias!

Dijo con ternura:

—Habéis jugado muy bien. Los dos equipos. Todos los que estaban cerca de mí, viendo el partido, estaban impresionados. Desde luego yo estaba impresionado. Espero que no te sepa mal que te lleve a cenar fuera, cielo. Tenía que hacerlo tu entrenador. Sin duda has jugado bien…

Robin le interrumpió, impaciente:

—He jugado fatal. Ha sido mi peor partido este año. Incluso los de entrenamiento.

—Pero cuando he llegado…

—¡Precisamente! —exclamó Robin, alterada—. Antes de que llegaras estaba fantástica. Estuve a punto de marcar un gol. Mantenía la pelota lejos de su mejor jugadora. Luego, cuando te vi allí y noté que me mirabas… como si me obligaras con tu voluntad a no joderla… pues claro, la jodí.

Roger se quedó tan estupefacto ante este arrebato que condujo en silencio. ¡Su hija había pronunciado la palabra «joder» delante de él! Era la primera vez. Y de una manera tan grosera. Y le estaba acusando a él de su mala actuación.

—Robin, me parece que no es justo, ni siquiera lógico. Querías que viniera a verte jugar, y eso he hecho. Y no has jugado mal… —dijo, dolido.

—He jugado mal. Fatal. Me he torcido el tobillo a propósito y me he caído porque sabía que así me mandarían al banquillo. —Robin hablaba con indignación, como si su padre fuera tan tonto que precisara estas simples y degradantes explicaciones por su parte—. Y ha sido por ti, por tu presencia. Siempre lo estropeas todo.

—¿Siempre? ¿Qué…?

—Uno de nuestros profesores dice que existe un fenómeno mental llamado «telepatía». Algunas personas envían señales, otras las reciben. Tú, papá, eres de las que las envían. Y las señales que envías son malas noticias para los receptores.

—Eso son tonterías —replicó Roger.

—Tú deberías saberlo.

—¿Qué significa eso?

Robin se encogió de hombros. Encendió la radio, pasó media docena de emisoras. Roger siguió conduciendo. Paisaje de las afueras de la ciudad borroso. Cada vez más tráfico del viernes por la

tarde. Debería haberse tomado dos copas, habría tenido tiempo suficiente. Abigail Des Pres estaba en lo cierto: ella y Roger tenían esto en común. Hijos adolescentes. Era un verdadero vínculo, como la hemofilia o las hemorroides.

En sus mensajes de correo electrónico a Roger, Robin a veces se dirigía a él con la expresión QUERIDOPAPÁMUERTO. ¿Era divertido? No era divertido. Él nunca respondía, hacía caso omiso. Con frecuencia Robin firmaba sus breves y crípticos mensajes con AMOROSOAMOR DE NIBOR. «Robin» escrito al revés. ¿Esto era divertido?

—Robin, cielo, me duele que estés así. Tenía ganas de que llegara este fin de semana. ¿Ocurre algo? —dijo Roger.

—Ocurre que nuestro profesor dice que la vida es «esencialmente» mala. Porque la naturaleza es una lucha continua, una especie contra otra y, dentro de las especies, individuos contra individuos. «Dientes y garras rojos.» ¿Quién ha podido diseñar esto, por el amor de Dios?

Roger miró a su hija alarmado. Al ver semejante emoción en la niña, cualquiera habría dicho que la teoría darwiniana de la evolución era una idea nueva, radical. Tal vez, si tenías quince años y estabas empezando a pensar en serio, lo era.

Roger protestó:

—Pero tu profesor debe de haberos dicho que la vida humana ha evolucionado y superado ese nivel. Tenemos civilización, tenemos moralidad, leyes…

—¡Leyes! Díselo a los judíos. A los que los nazis gasearon en los hornos.

—Tenemos cosas en las que creer, cosas por las que moriríamos, que van más allá de la comida y el territorio.

—Esas «creencias» no son más que pequeñas y frágiles canoas, adecuadas para desplazarse cuando hace buen tiempo, pero si hay una tormenta… entonces cada hombre mira por sí mismo.

¿Cómo conducir en el denso tráfico de las afueras de la ciudad un viernes por la tarde a la hora punta y al mismo tiempo defender a la humanidad, y la civilización, contra los ataques de una quinceañera furiosa? Roger se oyó a sí mismo decir, con el tono que empleaba cuando Robin era una niñita que miraba a su papá con bellos ojos castaños:

—Olvidas una cosa, Robin: el amor es lo que marca la diferencia. Los seres humanos son una especie capaz de amar. En especial en el seno de las familias. La gente se sacrifica por los demás, a veces da la vida por otro, es un instinto. Un padre por un hijo… —La voz de Roger, optimista, se apagó. Se preparó para la fuerte risa burlona de Robin, pensó que no la soportaría.

Sin embargo Robin le sorprendió al decir con voz tranquila:

—Me dolió enterarme de… ya sabes. Tío Adam. —Pronunció el nombre en un susurro, como si le diera vergüenza hablar de ello.

—Ah, sí.

—Mamá me lo contó. Después de que hablarais. Bueno, una parte. —Miró a Roger, que estaba atento a la conducción. Robin sabía que estaba dejando al descubierto una parte de sí, una trémula llamita, y eso la asustaba. Se frotaba con fuerza el tobillo y la piel magullada de alrededor.

—Bueno. Fue repentino. Todos nos quedamos consternados y tristes. Murió de un infarto, tu madre probablemente te lo contó, ¿te enseñó los recortes?, intentando rescatar a una niña pequeña en el río.

—Sí. Los vi. Qué mierda.

«¡Mierda!» Roger se puso tenso; detestaba oír estas palabras en boca de su hija, sin embargo sabía que era mejor no protestar.

—Quiero decir —añadió Robin, más serena—, fue… algo trágico. Me puse furiosa con esos imbéciles, los padres de «Samantha», tenía ganas de… bueno, no sé. De ahogarles. —Se interrumpió y respiró hondo—. ¿Preguntaba alguna vez por mí? Después de que nos marcháramos mamá y yo.

—Claro, cielo. Siempre. Ya sabes que Adam te quería mucho.

—¿De verdad?

Lo sabía, pero quería asegurarse. Roger se lo aseguró.

Entonces hablaron, sobre todo de Adam. Roger sintió alivio al ver el Hanover Inn. Se sentía mucho mejor respecto a Robin, y ella parecía sentirse mejor respecto a él. Si había un solo adulto que a Robin le había gustado, de los años que vivió en Salthill, era Adam Berendt.

Con tono vacilante explicó:

—Mamá me dijo que se había enterado, por unos amigos de allí, de que el señor Berendt tenía algunas cosas… que a la gente le sorprendió encontrar… en su casa.

—¿Qué cosas?

—Bueno, no lo sé.

—¿Qué clase de cosas?

—No son más que chismes, ya conoces a mamá. Repite todo lo que la gente le cuenta.

—Cielo, ¿qué clase de cosas? Soy el albacea de los bienes de Adam, y lo sé.

—Mamá dijo que había oído decir que el señor Berendt tenía, bueno, un montón de dinero escondido. En cajas. Enterrado en el sótano de su casa o algo así. Millones de dólares. —Robin le miraba con atención. Al ver que hacía una mueca, añadió—: Yo no me lo creo, ¿por qué el tío Adam iba a esconder el dinero, si lo tenía? ¿Por qué iba a hacerlo nadie? Lo guardaría en el banco, ¿no? Se lo dije a mamá. Es tan crédula que da pena.

Roger dijo con cautela:

—Claro que Adam no tenía dinero escondido en su casa. Eso no es más que un rumor sin el menor fundamento.

—Le dije a mamá que era ridículo. El tío Adam despreciaba el dinero, no deseaba cosas materiales.

—Así es, en gran parte.

—Estuve varias veces en el sótano del tío Adam. Cuando íbamos allí de visita. Debía de tener unos diez años. Hace mucho tiempo.

—¿Estuviste allí?

—El sótano era viejo. Daba un poco de miedo. El tío Adam decía que quizá había gente enterrada allí, gente que murió hace muchísimo tiempo. Por ejemplo, si alguien era asesinado en la taberna, que es lo que era antes la casa, lo enterraban en el sótano. ¿Es cierto?

A Roger no le gustaba el rumbo de la conversación y no sabía muy bien por qué.

—Lo dudo, Robin. A Adam le gustaba bromear, ya lo sabes.

—Era tan divertido… me hacía reír mucho. —Robin se frotó la nariz con fuerza—. Incluso cuando no había nada divertido, el tío Adam sabía hacer reír a la gente.

—Poseía ese don. Sí.

Roger estaba aparcando el BMW en la parte posterior del restaurante cuando inesperadamente Robin rompió a llorar. Él la abrazó, ella apretó la cara contra su hombro.

—Se me ha ocurrido… que no volveré a ver al tío Adam.

Entraron en el hotel, donde Roger había reservado una suite en el cuarto piso, el más alto. El Hanover Inn era un edificio «histórico» de Baltimore Pike, con muchos muebles que eran antigüedades de la época colonial. Mientras examinaba las habitaciones de alto techo, bastante frías, Robin comentó:

—No me extrañaría que aquí hubiera muerto muchísima gente.

Con sus pantalones anchos, su camiseta verde loro y blusa de franela tensa sobre sus senos de mujer madura, Robin se quedó con los brazos en jarras, balanceándose de un lado a otro como si tomara la medida del lugar. Los sitios elegantes la intimidaban, pero también provocaban en ella una conducta infantil. Roger, que colgaba ropa en un armario, vio que volvía la cabeza, hacía un guiño y sonreía con satisfacción mirándose a un espejo. El arranque de llanto en el aparcamiento la había avergonzado, pero también alterado. Aún le brillaban los ojos, ladeó la cabeza para captar la luz en el espejo; se alisó la blusa sobre los senos, hizo una mueca y volvió a sonreír. En el espejo, a poca distancia, el rostro redondeado de Robin, su áspera piel, casi parecía atractivo. Preguntó con indiferencia, con el aire de una alumna brillante:

—¡Papá! Tú, que tienes una mente lógica, que eres abogado y todo eso, ¿qué pensarías si te dijera… solo es una hipótesis, papá… que un hombre que se parecía al tío Adam «me tocó», más o menos, algunas veces, cuando yo era…?

Roger se volvió y la miró fijamente.

—Robin, ¿qué dices?

Robin clavó la mirada en él, inexpresiva. Había dejado de balancearse, pero seguía con los brazos en jarras.

—¿Y si…? Es solo una hipótesis.

—No… hablarás en serio, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho, papá. Es un hipótesis. Como un experimento. De lógica. Solo estoy preguntando «y si».

—Robin, no me parece… divertido.

Roger tragó saliva. Tenía algo en la mano, una percha de alambre, y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Robin dijo con impaciencia:

—No; no es divertido. Es como experimentar con lo que es real. Como si presentaras un elemento extraño, más o menos, cuando la gente está seria. Como en la iglesia, por ejemplo. En un funeral. Donde la gente dice las cosas de siempre. Hay contramundos a este mundo, ¿sabes? Antiuniversos. Nuestra profesora de matemáticas lo ha explicado.

—¿Antiuniversos? ¿De qué estás hablando?

—No estamos hablando del señor Berendt per se, papá. No tienes por qué poner esa cara de disgusto o sentirte culpable. Estamos hablando de «y si». Como en la lógica. El antiuniverso.

—¿Qué tonterías son esas?

—No puedes demostrar que no existe un antiuniverso, y tan legítimo como el nuestro.

Robin hablaba con tono jubiloso; Roger oía el eco de un adulto pavoneándose, impresionando y confundiendo a sus jóvenes alumnos. Tenía ganas de dar un coscorrón a alguien.

En cambio argumentó:

—Lo que no puede rebatirse no es científicamente válido como proposición. Es mala lógica. Como los cuentos infantiles.

—Nuestra profesora de matemáticas dice…

—Dile —le interrumpió Roger, que colgó la percha de alambre en el armario con tanta fuerza que la barra se dobló— que está llena de mierda.

—De acuerdo. Le diré: «Señorita Ringler, mi papá, un abogado cojonudo, me ha dicho que le diga que está usted llena de mierda. También». —Se echó a reír a carcajadas.

Roger se calló, pues no respondía de lo que diría. Desapareció en el cuarto de baño. Se ducharía, se afeitaría por segunda vez aquel día. Se limpiaría toda la porquería que aquella enojada chiquilla había vertido sobre él igual que, cuando era pequeña y traviesa, arrojaba la comida al suelo de la cocina para que una rubicunda niñera lo limpiara, con lo que obtenía un placer diabólico.

Uno de los crípticos intercambios de mensajes electrónicos entre QUERIDOPAPÁMUERTO y NIBOR del verano anterior, que Roger más o menos había olvidado, hasta ahora, era:

Por qué tú y mamá os casasteis; me parece que fue un error.

N.

Nos casamos por razones obvias: nos enamoramos. Fuimos muy felices juntos durante muchos años. no fue un error. Ahí estás tú.

P.

¡¡¡EXACTAMENTE!!!

N.

6

Una tregua. A la hora de la cena, aplacados por velitas vacilantes como luces votivas, Roger y su hija se comportaron con cordialidad. Se mostraron educados, sonrientes. Tuvieron paciencia el uno con el otro; papá se limitó a reírse de su hija, que no paraba de cambiar de opinión respecto al primer plato. La hija incluso se lavó la cara acalorada, hizo un gesto como de peinarse el cabello revuelto, se quitó la ofensiva blusa de franela y la sustituyó, encima de la camiseta, por un bonito jersey negro de punto. Se había puesto un poquito de carmín en los labios, Roger esperaba que no lo hubiera hecho para burlarse y, bajo aquella luz favorecedora, tenía un aspecto sorprendente, exótico. Roger sonrió mientras se preguntaba si habría sangre nativa americana en su familia o en la de Lee Ann. ¿Esquimal o inuit?

No volverían a hablar del tío Adam. Se acabaron las hipótesis.

A Roger le había inquietado la conversación que habían tenido arriba, pero se consoló pensando: «Está enfadada. No con Adam, sino conmigo». Tendría que aceptarlo, aunque creía que la ira de Robin era injusta. Comprendía que, aquella noche, tras haberse pasado un poco en la habitación, Robin se mostrara ahora más calmada, respetuosa y cauta con papá. Quizá sus propias palabras toscas, crueles, la habían impresionado.

Cuando llegó la comida, Robin comió con apetito. Una chica tan corpulenta, en edad de crecimiento: el apetito bramaba en su interior, era un fuego que había que alimentar. Un filete, patatas fritas, panecillos con mantequilla. Se comió las patatas fritas de Roger, empapadas en ketchup. Roger se reía y bromeaba con ella.

Era una chica divertida, ingeniosa, imitaba a sus profesores, sí, incluso hizo una aguda imitación de la adorada señorita Ringler, todos los adultos eran para ella objetos de risa, con tanto amor propio, tan pretenciosos. Roger no podía estar en desacuerdo. Estaba hechizado por ella. Quería estar hechizado por ella. Encargó una segunda botella de vino tinto. Se sentía un poco deprimido. No: se sentía optimista. «Esto va bien. La has visto jugar a hockey. No te odia.» Como se estaban riendo, y se les estaban terminando las cosas de las que reírse, Roger contó a Robin el contratiempo de Abigail en Middlebury, Vermont. Robin había conocido a Jared Tierney en la escuela de Salthill.

—Jared tiene suerte de estar vivo, ¿eh? —Robin se rió—. Tú no intentarías matarme, ¿verdad, papá?

—Robin —dijo Roger haciendo una mueca, aunque sabía que era broma—, eso no tiene gracia.

—No, solo bromeaba, papá.

—Bueno. Lo sé, cielo.

Mientras comían el postre, tarta de pacanas con doble ración de helado de vainilla, Robin comentó:

—Eres bastante buen amigo de la señora Tierney, supongo, si fuiste hasta Vermont para ayudarla. —Miró a Roger con los ojos entrecerrados, como si se le acabara de ocurrir la idea.

—Sí. Supongo que sí.

—¿No era una de las mujeres de las que mamá decía… lo que decía?

Roger apretó la mandíbula.

—No, Robin.

—¿Ahora estás enamorado de ella?

La pregunta era festiva, casi burlona, pero Roger comprendió la ferocidad que escondía.

—No; no lo estoy.

—¿No estás enamorado de Abigail Tierney?

Roger detestaba tener que responder. Cuando Lee Ann le interrogaba de esta manera, en su dormitorio, a menudo mientras él se desvestía para acostarse y, por lo tanto, se hallaba vulnerable, expuesto, resentido con su esposa y, no obstante, sin el menor deseo de discutir con ella, pues sabía cuánto quería ella lacerar la carne de ambos, cuánto quería que le hicieran daño, la devastaran, la humillaran, él se comportaba con calma. Pensaba: «No puedo dejar que empiece». Ahora se limitó a decir a Robin la verdad:

—No, cielo. Si te interesa, no estoy enamorado de Abigail. —Se interrumpió—. Ahora es Des Pres. Desde que se divorció.

Obstinada como en el campo de hockey, corriendo detrás de jugadoras más rápidas, Robin dijo:

—Pero estuviste en Vermont con ella.

—Robin, no estaba «con» ella. Fui a ayudarles, a ella y a Jared. Se encontraba en una situación bastante desesperada. Soy el abogado de Abigail.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un tiempo.

—¿Eso es lo que eres? ¡Su abogado! —Robin pronunció esta palabra como quien pronuncia el nombre de una enfermedad rara.

Roger sonrió. De repente le inundó una sombría furia. Observó cómo su hija se llevaba la cuchara con el helado a la boca y la hacía girar de una manera que le resultaba repulsiva.

—Oye, Robin. Mi trabajo, mi profesión, mi vida… no tienes derecho a burlarte. Mis ingresos…

Robin lamió la cuchara. Dijo con calma:

—Claro, papá. Lo sé.

—La abogacía es una profesión honorable. Sin duda no es una profesión fácil. Pero mis ingresos…

—¡Papá, basta! Lo sé.

Roger notaba los labios entumecidos, como si le hubieran aplicado novocaína. No podía creer que estuviera pronunciando, ante su sarcástica hija, aquellas palabras tan vacías, banales y autocondenatorias.

Permanecieron un rato en silencio. A Roger le zumbaban los oídos. Le habría gustado zarandear con fuerza a su hija. Era tan irritante, como es irritante un niño pequeño, sin habilidad ni finura; como si no supiera lo que quería. «Como su madre. Quiere hacer daño.» Las ocasiones en que Lee Ann se burlaba de Roger a veces habían terminado en la cama, haciendo el amor con rapidez y sin sentimiento, la manera que, en el matrimonio, señala el principio del fin; porque el matrimonio no es pasión sino ternura, puro sentimiento. Pero en el caso de Robin, Roger sentía una animosidad física, repugnancia. Simplemente quería arrancar de su infantil rostro aquella sonrisa de satisfacción.

Robin insistió:

—Básicamente, papá, defiendes a delincuentes de guante blanco. ¿Qué hay en ello para sentirse orgulloso?

—¿Delincuentes? Eso es ridículo.

—¿No lo son?

Roger se preguntaba si su hija de verdad estaba tan mal informada sobre su trabajo. Sobre su vida. O si esto formaba parte de su estratagema para atormentar a papá. Respondió:

—La mayor parte de mi trabajo consiste en redactar contratos, testamentos, acuerdos legales. Nuestro bufete trabaja cada vez más con empresas, no con particulares. Raras veces nos acercamos a un juzgado. ¿De dónde has sacado la idea de que tu padre es un abogado defensor?

—Creía que lo eras. Algunas veces.

—Pocas.

—En realidad no ayudas a la gente, ¿verdad? A gente pobre…

—La «gente pobre» no es la única que necesita la ayuda de un abogado. —Roger hablaba con calma, aunque el pulso le martilleaba en la cabeza—. Me parece que tienes un concepto muy limitado del derecho.

—Nada de lo que haces es cuestión de vida o muerte —replicó Robin con exasperación—, ¡no importa!

Roger trató de sonreír, un papá afable, aunque impregnado de corrupción.

—La mayoría de acciones que hacemos en nuestra vida no «importan»… en última instancia. Sin embargo, nos importan a nosotros. Mis clientes no estarían de acuerdo contigo, cielo —dijo Roger.

¡Llamar «cielo» a aquella joven personita cejialta de actitud desdeñosa, cuyo pelo le caía sobre la cara y que masticaba tarta de pacanas con precisión mecánica! Papá lo estaba intentando, hacía lastimosos esfuerzos. Se notaba que hacía lastimosos esfuerzos.

Pero Robin rechazó esta estratagema haciendo un gesto con el puño.

—¿Para qué sirve el derecho, papá? Básicamente, para que los abogados ganen dinero, ¿no? Quiero decir, básicamente.

—El derecho es… —Roger vaciló, un hombre al borde de un abismo—. Es la piedra angular de la civilización. Sin leyes…

—Qué es la civilización —le interrumpió Robin con vehemencia—, sino tan solo una estructura de poder. Una hegemonía, se llama. Para mantener subyugadas a las masas y a las mujeres. Claro, la gente como tú venera el «derecho», la «ley», que siempre está de vuestra parte.

—Sin leyes —repuso Roger rechinando los dientes— seríamos salvajes.

—¿No somos salvajes ahora?

—Si lo fuéramos, cielo, lo sabrías.

Robin miró a su padre a través del mantel blanco. A través de los platos con restos de comida y los cubiertos sucios. Algo en ella quedó expuesto por un instante, un oscuro conocimiento entre ellos de hasta dónde podía ir la hija y hasta dónde podría dejarse llevar el padre antes de que se produjera una catástrofe. Pero ¡qué deliciosa era la posibilidad de una catástrofe! Roger veía en los grandes ojos parpadeantes de su hija una expresión de rencorosa inocencia que debía de haber precedido a la deliberada torcedura del tobillo en el campo de juego. «Me odio, ¿por qué no ibas a odiarme tú también?»

Enseguida ella bajó la mirada. Su rostro tosco, enrojecido. Apartó el plato de postre, solo con la punta de los dedos, en un súbito

gesto de repugnancia. Como si al final se hubiera dado asco a sí misma y estuviera asustada.

7

Aquella noche Roger durmió mal. En su dormitorio, contiguo al dormitorio de su hija. (Ella había cerrado con llave la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Él la había oído hacerlo con sigilo.) Tenía los ojos abiertos, estaba desorientado, confuso. Sus entrañas eran serpientes que se retorcían. No podía imaginar cómo sería el fin de semana. Todo el sábado y gran parte del domingo en Washington, en compañía de su hija.

Sí, pero Roger era el padre de la chica, la quería.

Sí, sin duda la quería.

Él no había querido divorciarse, solo el orgullo le impidió suplicar.

«¿Por qué eres infiel?

»¿Por qué? Por soledad.

»¿Soledad por quién, por qué?

»Por el miedo a la soledad, quizá. Adam, ¡no lo sé!

»Pero poner en peligro tu matrimonio, tu familia, por una razón que no puedes explicar…

»Si pudiera explicarla, Adam, joder, no necesitaría hacerlo, ¿no crees?»

Cuando despertó, los ojos le escocían, con lágrimas de rabia, decepción, pérdida, y no recordaba dónde estaba. En cualquier caso estaba solo, Adam se había marchado. Había perdido a su mejor amigo y ¿qué tenía ahora?

Se levantó para ir al cuarto de baño. Sin hacer ruido. No quería despertar a Robin, al otro lado de la puerta.

Le habría gustado hablar con Adam. Hablar y reír juntos. Aún tenía que contarle a Adam el contratiempo sufrido en Middlebury. Adam era de los que apreciaban lo patético y lo grotesco.

El deseo impotente de unirse a una mujer: a la mitad perdida de su alma. La mitad perdida de algo.

Cómo se habían deshecho de su abrazo él y Abigail Des Pres, igual que dos niños culpables. Abigail fue a abrir la puerta, por qué Abigail se vio obligada a abrir la puerta a aquellos furiosos arañazos era algo que Roger ignoraba, y entró Apolo, lobuno, con los ojos castaños, trocitos de tallos en su áspero pelaje de puntas plateadas. Cojeaba y jadeaba. Aunque el perro debía de haber estado agazapado frente a la puerta, parecía, ahora que la puerta estaba abierta, que había estado corriendo y la fuerza del impulso enloquecido le había llevado dentro. Tenía un hambre voraz, y Abigail le dio de comer en la cocina. Abigail y Roger observaron comer al husky-pastor. Educada, Abigail preguntó a Roger, que se estaba poniendo bien la ropa y más o menos había conseguido recobrar la compostura, si quería quedarse a cenar; pero Roger declinó la invitación con frialdad. ¿Roger Cavanagh no era más —¡o quizá menos!— que un perro, al que la mujer alimentaba porque le daba pena?

Se marchó, no quería volver a verla nunca más. Solo pensar en ella, la boca carnosa, el ojo morado y el rostro magullado, el delgado y trémulo cuerpo lleno de deseo, le resultaba repugnante. ¡Era un insulto a su masculinidad que lo trataran así! Y la otra mujer, la pelirroja, no pensaría en ella en absoluto.

Con todo, Roger Cavanagh se sentía responsable de Abigail Des Pres, se preocupaba por ella y la llamó; no quería llamarla y sintió alivio cuando ella no respondió al teléfono y no salió el contestador automático. Por fin, más o menos una semana después del episodio de Apolo, Roger fue a Wheatsheaf, a casa de Abigail. En el sendero circular había un camión de un servicio de jardinería, y Roger aparcó detrás. Si Abigail estaba en casa, si Abigail quería verle… Si tenía que ser, sería. Olvidaría por completo su amor por la mujer pelirroja, se sumergiría en esta mujer y esto sería el punto final. Si hacía el amor con ella una sola vez, ella le adoraría, se convertiría en su esposa, Roger creía saber que así sería. Quería volver a casarse, le horrorizaba permanecer solo mucho más tiempo. Cuando fue a llamar al timbre, el jefe del equipo de jardineros le dijo, por encima del rugido de motores tan potentes que le vibraba el cráneo, que la señora Tierney se había marchado y pasaría fuera el resto de verano. «En Nantucket.»

Por la mañana se dirigieron hacia Washington D. C., bajo una fuerte lluvia. El viento balanceaba el coche, Roger parecía saber que nunca llegarían a su destino.

El día anterior había sido otoñal, hermoso. Este día estaba cubierto de densas nubes y llovía a cántaros. El desayuno en el Colonial Hanover Inn no había sido una experiencia agradable. Al principio Robin se negó a pedir nada y arrugó su rostro chato en una juvenil imitación de una náusea.

—Nunca desayuno.

Roger dijo con actitud reprobadora, como debe hacer un padre:

—Deberías hacerlo, el desayuno es la comida más importante del día.

Los labios de queridopapámuerto se movían como entumecidos. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Charladequeridopapámuerto. Enseguida convenció a Robin, como si simplemente necesitara que la cortejaran,

—De acuerdo, sin insistes. ¡Comeré!

Pidió entonces, con adusta satisfacción, un copioso desayuno a base de huevos, salchichas, gofres que comió con avidez, bajando a veces la cabeza hacia el plato. Roger ojeaba el *USA Today*, que era gratuito para los huéspedes del hotel, y procuraba no mirarla. Él no tenía apetito, solo bebía café, recién hecho, tantas tazas como se atrevía a tomar. En el BMW, que avanzaba bajo la lluvia, el corazón le latía con fuerza en el pecho. Robin se quejó, frotándose el vientre, de que había comido demasiado y se lo reprochó a Queridopapámuerto, lo cual era lógico. Comenzó a toquetear la radio del coche. En la guantera no había ningún CD que le gustara. Se dirigían a la capital de la nación para ver, sobre todo, museos. ¡Museos fantásticos! Al teléfono, cuando planeaban el fin de semana, el primer fin de semana que padre e hija compartían en más meses de lo que Roger quería recordar, Robin se había mostrado entusiasmada como una niña pequeña. En especial por el Museo del Aire y el Espacio. Unos años antes, cuando estaba en octavo, había anunciado que tenía intención de estudiar el espacio, el «universo», sería astrónoma o astrofísica; posiblemente, incluso viajaría al espacio. Dijo muy seria a sus padres: «Los viajes espaciales serán corrientes en el siglo XXI. ¡Todos podremos ir!».

Roger había sonreído al oír a su hija, de trece años, hacer semejante declaración. ¿Quizá los jóvenes tienen el don de ver el futuro?

Mientras que las personas de edad madura son cautivas del pasado.

A medio camino de Washington, hacia las diez, Robin sintió de pronto lo que parecían retortijones. ¿Diarrea?

—Papá, por favor. Necesito ir al lavabo enseguida.

Gimió suavemente, meciéndose en el asiento, al lado de él; en la frente se le formaban gotas de sudor. Roger salió de inmediato de la carretera y se dirigió hacia una gasolinera con restaurante de comida rápida, y Robin bajó, gimiendo, y caminó a trompicones bajo la lluvia hasta la entrada, doblada por los retortijones. Ansioso, desconcertado, Roger entró en el edificio detrás de Robin. ¿Y ahora qué? ¿Qué, ahora? No quería pensar que su hija se había puesto enferma a propósito atracándose a la hora del desayuno. ¿O era que, una vez que empezó a comer, su hambre era tan grande que no había podido evitar darse un atracón? Roger esperó, sintiéndose culpable. «Sea lo que sea, no es culpa tuya —se dijo—; y lo sabes.»

Al cabo de unos minutos Robin salió del lavabo. Estaba muy pálida. En los ojos le brillaban las lágrimas con una extraña especie de euforia. Se acercó a Roger temblorosa, sonriente. Cuando él hizo ademán de tocarla suavemente, de preguntarle cómo se encontraba, Robin murmuró con despiadado candor:

—Vómitos matinales, papá.

En el vestíbulo sonaba música rock, fuerte. Roger se llevó la mano a la oreja.

—No te he oído, cielo.

—Me has oído, papá. Me has oído perfectamente.

Robin se apartó de su desconcertado Queridopapámuerto, mostrando los dientes al sonreír y salió del restaurante. Aturdido, un hombre en un sueño, aunque se daba cuenta de que no era un sueño, Roger la siguió.

Vómitos matinales.

¿Vómitos matinales?

No lo había oído. Sin embargo, sí lo había oído.

Era como si tuviera la cabeza atrapada en una gigantesca campana que repicaba.

—¡Robin! Cielo, espera…

Estaba seguro de que se trataba de un malentendido. Una broma. Robin era una buena actriz, estaba dotada para la sátira. No era de esas chicas que…

Roger intentó ayudar a Robin, que parecía que iba a desmayarse, a llegar hasta el coche, pero ella le apartó con un gesto. Una vez dentro, la chica se inclinó y cruzó los brazos sobre el estómago. Desprendía un fuerte olor a vómito, como mal aliento. Roger se sentó en el asiento del conductor, a su lado, tratando de mantener la calma.

—Cielo, ¿has dicho vómitos matinales? ¿Significa eso…?

Robin dijo llanamente:

—Sabes muy bien lo que significa, papá.

—¿Lo sabe… tu madre?

—No.

—¿Y… él… lo sabe?

—¿Quién es él?

—El… el… —Roger no podía pronunciar la palabra, en aquel instante le parecía una palabra obscena: padre.

Permanecieron sentados en tenso silencio durante lo que pareció mucho rato, pero no fueron más de dos o tres minutos; la lluvia resbalaba por los cristales del BMW gris metalizado último modelo. Roger daba vueltas a la cabeza. Trataba de recordar si Lee Ann había mencionado alguna vez que Robin tenía novio; que salía con chicos. Trataba de recordar si en el colegio Robin le había presentado despreocupadamente a algún chico cuyo rostro se hubiera quedado alojado en su memoria. Trataba de pensar cuánto sabría una quinceañera en una escuela privada progresista sobre el embarazo, la opción de abortar.

Con la respiración entrecortada, procurando no sollozar, Robin dijo:

—Ya sabes quién es el padre, papá. ¿No es cierto?

—¿Yo…?

—¡Piensa!

—No puedo, cielo. ¿Quién?

Robin se volvió hacia él, con el labio inferior hacia fuera en un gesto simiesco de desdén.

—«Cielo.» ¿A cuántas mujeres les has dicho eso?

Roger estaba pasmado. La indecisión le paralizaba. Tendría que telefonear a Lee Ann, inmediatamente. Tendrían que hablar. Tendrían que tomar una decisión. No se le ocurrió preguntar a su hija de cuánto tiempo estaba embarazada; cuándo nacería el niño. Después recordaría que el concepto mismo de «el niño» no le resultaba más real que el concepto de eternidad o de viaje espacial.

Robin se sonó la nariz ruidosamente. Saltaba a la vista que estaba disfrutando con su desdicha así como con la de su padre. Aquella mañana se había vuelto a poner la raída blusa de franela,

semiabrochada sobre sus grandes senos, con la camiseta verde debajo. Los muslos abultaban en los pantalones caqui, sus pies estaban metidos en las sucias zapatillas de deporte. ¿Qué muchacho se habría sentido atraído sexualmente por Robin Cavanagh? Roger casi percibía un aire de orgullo en ella. «¿Lo ves, papá? Alguien me desea, aunque tú no.»

Entonces se volvió hacia él y habló. Roger no comprendió sus palabras.

—Tú, papá. Eres tú.

Al ver la expresión de asombro de Roger, Robin se echó a reír. Abrió la portezuela del coche y salió a la lluvia, mientras él la miraba fijamente. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué había dicho Robin? ¡Era obsceno, impronunciable! Jamás lo olvidaría, en toda su vida. «Tú, papá. Eres tú.»

Se había puesto a temblar, le castañeteaban los dientes. Su hija le estaba acusando de… ¿qué? ¿Incesto? ¿Violación?

No era posible. Sí, era posible.

La acusación de su hija, su histeria. La venganza de una quinceañera.

¡Aunque nadie la creyera! Lee Ann, para empezar, jamás la creería.

Muerto de miedo, con las rodillas tan flojas que apenas le sostenían, Roger se apeó del coche y siguió a Robin detrás del edificio a través de la fría lluvia, dobló la esquina, bajo un alero, cerca de un contenedor rebosante de basura. Si le hubieran preguntado, no habría podido decir dónde se encontraban, qué lugar era aquel. Robin estaba apoyada contra el edificio estucado, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, su infantil rostro

redondeado cuajado de rencor y, sin embargo, con una especie de oscuro regocijo extático. La lluvia le había oscurecido la ropa; por las mejillas le resbalaban gotitas como lágrimas de dibujo animado. Cuando Roger se acercó para tocarla, para ponerle la mano en la nuca con suavidad, ella se apartó de él como un nervioso caballo joven. Volvió a reírse, con atrevimiento. Dijo con picardía:

—Eh, papá, no lo estoy. Era una broma.

Roger tardó un largo momento en comprender el nuevo dato.

—¿No estás… embarazada?

—¿Quién ha dicho que lo estuviera? ¡Por Dios, papá, qué bruto!

—¿Quieres decir… que era una broma?

Robin puso su cara de bulldog.

—¡Te creerías cualquier cosa, papá! Cualquier cosa desagradable, vil, referente a tu propia Robin. —Se echó a reír de nuevo y se apartó, esquivándole como una hábil jugadora de hockey podría esquivar a una jugadora torpe; echó a correr hacia el coche, donde la portezuela había quedado abierta, y entró en él. ¡Era un juego! Correr bajo la lluvia para que papá la siguiera. Aturdido, otra vez, papá la siguió.

Robin anunció tras sonarse la nariz:

—Creo que quiero volver al colegio, papá. Esto no era buena idea. Tengo mucho trabajo, ¿de acuerdo?

—¿No quieres ir a Washington? ¿Los museos…?

—Supongo que no.

—¿Por qué no, Robin? Lo habíamos planeado.

—He dicho que tengo trabajo, he suspendido dos asignaturas. Y a mi compañera de habitación vienen a verla unas amigas hoy y mañana, unos personajes extraños, extravagantes, de Exeter.

A ciegas, Roger metió la llave en el contacto. Su hija no estaba embarazada. No le estaba acusando de incesto, de violación. Todo había sido una broma, una gamberrada. Algún día, posiblemente, se reiría de ello.

Roger regresó a la autopista para tomar una salida que le permitiría cambiar de sentido, regresar a Nicodemus, Maryland. La lluvia había amainado, aunque aún caía en pequeños regueros por las ventanillas. En lo alto, el cielo estaba cubierto de densas nubes. Robin, temblando de placer, con atrevimiento, reprimiendo apenas un infantil ataque de risa, miró de reojo a Roger.

—Papá, deberías verte la cara. —Empujó el retrovisor en dirección a su padre, de modo que él no tuvo más remedio que verse la cara allí reflejada.

¡Adiós!

1

Locura. Llegó la mañana, al fin condujo río arriba hasta Jones Point. Localizó la casa de los Thwaite. Era un rancho de secuoya y ladrillo que daba al río. El día era fresco, típico de octubre. Él había muerto en pleno verano. Ahora las circunstancias de su muerte parecían algo extraño. Durante media hora permaneció en el coche, estacionado en la carretera que había un poco más arriba de la casa, fumando un cigarrillo. No era una perturbada neurótica, en verdad no culpaba a los Thwaite de la muerte de Adam.

«Sí, pero hay que echarle la culpa a alguien. Un hombre ha desaparecido.»

No tenía una intención clara cuando se había puesto en camino. Ella era una mujer de emociones fuertes, impulsiva e instintiva; durante su vida de mujer vital, seductora, había «seguido a su corazón»; era la cualidad de Augusta Cutler que más la caracterizaba. Temía que, sin esta cualidad, no tendría personalidad alguna.

Era sábado, la niña no estaría en el colegio.

Temblaba de emoción, como si fuera a subir a un escenario profusamente iluminado. Durante semanas, durante meses había ensayado este momento. Sin embargo, solo en la fantasía, pues

nunca había creído verdaderamente que lo haría. Adam, para empezar, no lo habría aprobado.

«¡Gussie! Por el amor de Dios. Déjame ir.»

Temblaba de emoción, lo cual no era propio de Augusta Cutler, una mujer de efectos calculados. Una mujer a la que ilusionaba percibirse a sí misma, admirar la belleza de su rostro, de su cuerpo, su ropa, su estilo, a través de los ojos de los demás. ¿O era miedo? Miedo a lo que pudiera decir o hacer. Cuando por fin abrieron la puerta, apareció en el umbral una mujer joven de aspecto agobiado que se quedó mirando fijamente a Augusta. Preguntó:

—¿Sí? ¿Qué desea?

Era la esposa de Harold Thwaite. Augusta no estaba segura del nombre. ¿Janet, Janice? La señora Thwaite le pareció a la mujer mayor impúdicamente joven. Era otro insulto. La joven señora Thwaite llevaba vaqueros y una sudadera. Era delgada, pesaba diez kilos menos que Augusta Cutler; sus senos estaban escondidos bajo la sudadera, que llevaba la leyenda UNIVERSIDAD DE LA COMUNIDAD DE JONES POINT. Era un sábado por la mañana, detrás de ella se oían voces de niños en la casa. Sonó un teléfono. La expresión de la señora Thwaite era tensa, recelosa.

Augusta se apresuró a decir:

—¿Señora Thwaite? Usted no me conoce. Soy Augusta Cutler, vivo en Salthill, yo era… —No sabía cómo describir su relación con Adam, no le gustaba pregonar la intimidad, no quería parecer sentimental —. Era una buena amiga de Adam Berendt. Me preguntaba si podríamos hablar. Solo un minuto.

La mujer joven miró a la mujer de edad madura con alarma y creciente repulsión. Sin embargo, algo la contenía, una necesidad de

ser cortés; no se atrevió a cerrar la puerta en las narices de Augusta Cutler.

Detrás de ella se oyó una voz infantil. «¿Ma-mi?»

Augusta añadió con cierta rigidez:

—¿Señora Thwaite? Creo que sabe… quién era Adam Berendt.

La señora Thwaite dijo:

—No. En realidad no. —Su actitud era sorprendentemente estirada, nerviosa. Tenía un tic en el párpado izquierdo—. No conocíamos… a ese hombre.

El corazón de Augusta latía con rapidez. Había ocasiones, incluso antes de la muerte de Adam, en que tenía la sensación de que iba a desmayarse; al subir incluso un tramo corto de escaleras, podía sentir un vahído; su cutis hidratado y radiante, su belleza aún juvenil, mantenida con cremas hidratantes, lociones, aceites e inyecciones de colágeno era engañosa para ella y para los demás, pues tenía cincuenta y dos años y no era una mujer que se dedicara a hacer ejercicio.

—Entiendo. Me doy cuenta. No le conocían. Y por eso esperaba… —dijo Augusta, medio suplicando— que tal vez querrían conocerle. Usted y Samantha. He traído algunas cosas. —Llevaba en el bolso un paquete de fotografías. Adam Berendt con sus amigos de Salthill. Adam Berendt con algunas de sus esculturas. Adam Berendt solo—. ¿Puedo entrar?

Algo en Augusta quedaba expuesto, como el destello blanco de un hueso que atraviesa la piel. El dolor agudo que lo acompaña. Detrás de la mujer, en una habitación que estaba más lejos, apareció la niña. Una rubita que llevaba un pequeño objeto en la mano.

—¿Samantha? ¿Esa es… Samantha? —preguntó Augusta. Habría entrado en la casa, pero la mujer de aspecto agobiado con vaqueros y sudadera, rápida como una atleta, le impidió el paso.

—Lo siento. Sea usted quien sea. Será mejor que se marche.

—Déjeme hablar con su hija, por favor. Solo un minuto.

—He dicho que lo siento. No.

—Significaría mucho para ella, creo —aseguró Augusta—. No ahora, sino en el futuro. Cuando sea mayor y piense en lo que ocurrió. Le permitirá usted recordar, ¿no? Mantendrá usted vivo el recuerdo de Adam, ¿verdad?

La mujer joven dijo con voz enojada y temblorosa:

—¡Le he dicho que se marche! ¡Aquí no es bien recibida! ¡Venir a molestarnos! Si no se va llamaré a la policía. Esto es una casa particular, aquí no es bien recibida, ya hemos pasado por todo esto, ¡basta!

Augusta tomó aliento para protestar, pero le cerraron la puerta en las narices.

—¡Cómo se atreve! ¡Él murió por… su familia! ¡Por su bienestar, por su egoísta felicidad!

Era una absurda escena melodramática. Después Augusta la recordaría vagamente, salvo para pensar: «¿Aquella era yo? Aquella mujer desesperada».

Por supuesto, se retiró, regresó a Salthill y al refugio de su hogar. Había tenido una imagen final de la niñita rubia mirando fijamente en su dirección, escuchando. «Le importará. Algún día.» Tenía ese consuelo, del cual estaba segura.

Nadie en Salthill lo sabría jamás. No tenía tanta confianza con nadie, salvo con Adam. Pero ahora la locura la había tocado; ¡ah!,

estaba viva.

La partida. Había una mujer de belleza majestuosa, de cincuenta y dos años de edad. Anunció a su esposo:

—Me marcho.

Sus hijos eran mayores y no vivían con ellos, vivían solos, juntos, en una casa de seis habitaciones de estilo normando francés en Pheasant Run, en un barrio semirrural de casas igual de grandes y caras a unos kilómetros al oeste de Salthill-on-Hudson, Nueva York.

—Sea lo que sea este mausoleo, me marcho.

Desde su primera infancia tenía sueños mágicos en los que volaba por la superficie de la tierra, saltaba al cielo, rompía a cantar un extraño y bello discurso que todo el mundo oiría y admiraría, y nadie comprendería. A veces, en sus sueños, se hallaba espléndidamente desnuda, desafiante y sin miedo.

—Porque no puedo respirar. Y debo respirar, vivir.

Era cierto, el aire en casa de los Cutler a veces no era nutritivo. Por muy hondo que respiraras, no recibías suficiente oxígeno. Al subir incluso un tramo corto de escaleras, podías sentir un vahído, un mareo, como un viajero en el tiempo. «¿Qué es este lugar?, ¿por qué estoy aquí?» La casa estaba rodeada de árboles altos y elegantes, pino escocés y cedro azul; sus perfumadas agujas afiladas penetraban en su sueño y la hacían sollozar.

—¿Sí, cariño? ¿Qué te ocurre?

Su esposo esbozó su habitual sonrisa vaga, distraída. Leía la sección de negocios del *New York Times*. Había oído la voz de su esposa, pero no sus palabras. A menudo, por la noche, cuando compartían la misma cama, cuando Augusta le daba un codazo para

despertarle porque roncaba demasiado fuerte o se revolvía inquieto, Owen decía: «Un momento, querida». Y ahora dijo eso mismo, mientras fruncía el entrecejo al ver algo en el periódico.

—Solo un momento, querida. ¿Qué decías?

Era una época de transformaciones mágicas, el inicio del siglo XXI. Era una época de paradas y arranques bruscos. De adquisiciones, fusiones, desapariciones terminantes e irremediables. Podías quitarte el rostro viejo y cansado, y esculpir en su lugar un nuevo rostro, tierno. Podías recuperar la vista mediante láser. El marido frunció el entrecejo y miró por encima de sus gafas de lectura. A los ojos de algunos, Owen Cutler aún era un hombre apuesto; a los ojos de otros, tenía un aspecto desconcertantemente abotagado, acorchado. Otro hombre íntegro de Salthill. Sin embargo, tenía un corazón romántico, a menudo se le veía mirar en público a su esposa con una especie de asombrada admiración.

—¿Gussie? ¿Qué acabas de decir?

¡Qué fuerte, qué llena de vigor se sentía Augusta tras haber tomado su decisión! El hombre tuerto había penetrado en su alma, la había obligado a ver su vida carente de ilusión. Y la mujer Thwaite, que le había cerrado la puerta en las narices. Sí, era el momento.

—¿Cuánto hace que estamos casados, Owen?

Aunque ya conocía la respuesta, contó con los dedos de ambas manos, dos, tres veces. Antes de bajar por la escalera ese domingo por la mañana de finales de octubre, en que soplaba la brisa, se había lavado la cara con agua muy fría. Tenía los ojos bien abiertos, resplandecientes como luces de Navidad. Cincuenta y dos años, lo cual no es ser ni joven ni vieja. Este hombre no la conocía, no

conocía más que la cáscara, la envoltura, los gestos femeninos, el maquillaje y la ropa, el inagotable manantial de emociones. Sus hijos, ya mayores, no la conocían; sin duda, sus amigas no la conocían. Solo el hombre tuerto había conocido su alma. Porque qué era Augusta sino un brillante rayo de sol atravesando unas nubes de tormenta, ¡ah!, estaba viva.

—Treinta y un años. A finales de esta semana, treinta y dos. Es suficiente.

El rostro del marido tenía un matiz poroso, rubicundo. Su boca era extrañamente pequeña, puntiaguda como un pico. Miraba con cierta perplejidad, por encima de sus gafas de medialuna, a su esposa, una mujer emotiva, una mujer que le era querida con sus excesos. Él tenía cincuenta y cinco años, tomaba una medicación fuerte para controlar la hipertensión. Sus genitales colgaban como órganos despellejados, algo encogidos, inconsecuentes, en sus calzoncillos, ocultos por su ropa; siempre era consciente de ellos, sin saber por qué. Qué extraño pensar que su semilla, antaño caliente, había engendrado hijos: los suyos. Hacía mucho tiempo que estos se habían hecho mayores y se habían marchado, pero a veces, en la casa silenciosa, se oían sus pasos discordantes, sus peleas, los ecos ruidosos de voces infantiles.

—Gussie, ¿qué dices? ¿Qué es lo que es suficiente?

Durante treinta y un años ella había sido rehén de sus hijos, nadie habría adivinado cuánto resentimiento y amargura ello le producía, igual que le producía resentimiento el hecho de ser esposa, de ser madre, de ser un consuelo como esposa para Owen Cutler; su alma limitada aleteaba contra su encierro como un pájaro atrapado en una chimenea.

—Gussie, debes de tener fiebre. El pelo en la cara, descalza… no estás bien.

El esposo no tenía idea de cuánto había amado ella a Adam Berendt, no tenía idea de su apasionada vida interior. No lo sabría. Junto con sus socios era propietario de varios centros médicos en el condado de Rockland y en el interior del estado. Sus inversiones eran reducidas pero elegidas con gran cuidado. ¡También él era un soñador desde su infancia, tenía sueños mágicos!, ¡sueños de intensa felicidad!, que se disolvían trágicamente cuando abría los ojos. En Salthill era un ciudadano prominente, adondequiera que iba le estrechaban la mano con cariño. Le asombraba que nadie hubiera adivinado todavía que Owen Cutler era un montón de burbujas flotando en un vacío. Le llenaba de admiración, de culpabilidad y de gratitud, que los otros le estrecharan la mano, que las mujeres se pusieran de puntillas en sus caros zapatos para rozarle la mejilla con los labios, como si él fuera tan real como ellas.

—¿Gussie? ¿Qué pasa?

Vio que su mujer movía la boca pero no comprendió sus palabras. De pronto parecía que hablaba un idioma extranjero, un galimatías de palabras desagradables. Y su boca, que siempre estaba pintada de un encantador rojo reluciente, como una obra de arte, estaba desnuda y pálida, sus labios eran finos. A los diecinueve años Augusta Fitzgerald había sido la más llamativa y «vivaz» de las debutantes de aquella temporada en Atlanta, Georgia, y enseguida huyó al norte para escapar a su destino. Sin embargo, ahí estaba su destino, un hombre que se puso en pie, que se acercó a ella para reclamarla.

—¡No! No me toques. Te he dicho que todo esto ha terminado.

Durante toda la noche había soplado un leve viento fresco de otoño, el cielo se había despejado. Las agujas de los árboles perennes caían sobre los tejados de pizarra como pensamientos aislados en la noche. El marido percibió el peligroso destello de rebeldía en los ojos de su esposa, sin embargo se atrevió a tocarla. Solo quería calmarla, le daba miedo una mujer histérica.

—¡No! Nunca más.

Ella le abofeteó enérgicamente. Él no podía creer que hubiera tanta fuerza en aquel cuerpo blando y carnoso.

—¡Gussie, por favor! Tienes fiebre. Estás enferma.

Era una época de almas mediocres, y no obstante una época de apasionados romances públicos. El Presidente y la Becaria. Estos eran Júpiter e Ío, inflamados por la pasión. Ambos eran criaturas torpes, patosas, bovinas, y sin embargo hermosas. Ningún mortal podía juzgarles. La infantil exultación en el rostro de la Becaria con la atractiva boina cuando se inclina para que la abrace en público, la bese, la eleve al estrellato el Presidente, que sonríe como un chiquillo. Y el trágico romance del Atleta Negro y la Belleza Rubia, su ex esposa y madre de sus hijos. Todo Estados Unidos se había emocionado con su historia. El Atleta Negro era un apuesto hombre de sangre ardiente en la plenitud de la vida, que había amado tanto a la Belleza Rubia que tuvo que asesinarla. Su pasión era tal que casi le había cortado la cabeza con un cuchillo de carnicero. Esta era una pasión humana con la que los individuos inferiores podían entusiasmarse y que podían envidiar. Owen Cutler aceptaba que ya no le movía la pasión; sin embargo, en el fondo aún le quedaba romanticismo, o el recuerdo del romanticismo. Su bella novia vestida con un traje nupcial de encaje de un blanco deslumbrante. El amor

de su juventud. Ahora, era esta mujer de edad madura que le increpaba.

—Owen, ha desaparecido el misterio que había entre nosotros. Somos cuerpos embalsamados juntos, este es nuestro mausoleo. No lo soporto más.

Al fin rompió a llorar. Cuando él intentó consolarla, con tacto, ella le arañó la cara, le abofeteó y le dio patadas como una gata enloquecida.

—¡Augusta! ¡Maldita seas!

Era un hombre que raras veces maldecía, y ahora la mujer le había empujado a maldecirla. Ella se marchó. Corrió escaleras arriba. Él temblaba de asombro y de furia, no la perseguiría. ¡Cuánto temía, despreciaba y odiaba a las mujeres histéricas! Las mujeres de Salthill. Eran arpías que lloraban la muerte del hombre tuerto. Un bribón, eso era Berendt. Un personaje sospechoso. Muerto, aún más sospechoso. Él, Owen Cutler, apenas pensaba en la muerte. Si le preguntaran, alardearía de que era un ser indiferente, estoico. Le habían bautizado en la Iglesia episcopal y creía en la inmortalidad del alma, hasta cierto punto. No todas las almas, no las almas de la masa, las poblaciones multitudinarias del submundo, sino las almas de las civilizadas poblaciones occidentales. Hacía tiempo que había hecho testamento. Firmado, sellado, totalmente formalizado. Otro documento legal entre toda una vida de documentos de este tipo. No cedería a su esposa histérica, no serviría de nada. Las mujeres de Salthill fantaseaban con Adam Berendt porque Berendt había sido un viejo elefante maltratado que vivía en la linde del claro. Había evitado el matrimonio, la vida doméstica. Había algo en Berendt que enfurecía. El hombre tuerto siempre tenía razón; aun cuando sabía

que podía estar equivocado, daba la impresión de tener razón; era el tipo de hombre que nos hace sentir equivocados a los demás; cuando Owen se enteró de la muerte de Berendt, la primera palabra que acudió a su labios fue «¡Bien!». Si creía en serio que Augusta había sido amante del hombre tuerto… Su cálido y sensual cuerpo femenino abierto para aquel bruto… Si ella había sido infiel a Owen… No. Imposible. Las mujeres fantaseaban, inventaban. Para salvar la vida. Los hombres tenían que comprender, perdonar. Estas mujeres, físicamente aún bellas, deseables, que conservaban como por arte de magia su juventud aun en la cincuentena y después, cuando ya no podían tener hijos, cuando estaban en la menopausia… se les tenía que perdonar su inclinación al romanticismo y a la exageración. Aunque por supuesto era una enfermedad. Se negó a correr detrás de Augusta como un perrito amaestrado. «Que venga ella a mí», pensó. Se secó la cara con un pañuelo de papel y le sorprendió ver que había sangrado un poco. Treinta años atrás, sus peleas con Augusta habían sido rápidas como un fuego descontrolado; Augusta a veces había pegado a Owen, y él había luchado con ella y habían terminado haciendo el amor, jadeando, extáticos. Ahora ya no. Todo aquello había terminado. Owen se alegraba de que Berendt hubiera muerto y se hubiera ido de Salthill. A través de una de las exquisitas ventanas emplomadas de la casa vio que el sol le hacía un guiño y se burlaba de él, porque se tomaba tan en serio su vida de burbujas.

En el piso de arriba Augusta se puso algo de ropa a toda prisa. Tenía dinero; en realidad, tenía fajos de dinero: en secreto había estado preparando esta huida. Compraría un billete en el aeropuerto. «Pero ¿adónde? ¿Adónde puedo ir? Adam, dame una señal.» Los ojos le relucían como los ojos de alguien perturbado por

una visión. Nadie le impediría tener su visión. Los malditos hijos la habían mantenido como rehén hasta bien entrados los veinte. El hombre que estaba abajo la había mantenido como rehén. Y sí, su «feminidad» la había mantenido como rehén. «Pero ya no.»

«Adam, esto es lo que tengo que hacer, ¿verdad? Tengo que respirar.»

Si al menos le hubiera permitido amarle. Como solo Augusta sabía.

«Gussie, cariño, no. No podemos.»

Ella había dicho, entre risas: «¡Tonterías!».

Riéndose de Adam, que parecía ligeramente sorprendido por el comportamiento de ella. Aunque bromeaban mucho e intercambiaban agudezas subidas de tono, él era un hombre al que no se tocaba con desenfado, ni provocativamente. Sin embargo, este lado de Adam que era reflexivo y se preocupaba por sus esculturas y la búsqueda de cosas antiguas y aburridas como la filosofía y la verdad, Augusta lo ignoraba. ¿Por qué no le prestaba más atención a ella, por qué no la adoraba? La suculenta boca femenina de Augusta, a la que, en privado, con hombres desinhibidos que no eran su esposo, le gustaba pronunciar blasfemias. Y obscenidades. Bromear: «¿Por qué no me follas una sola vez, Adam? Pruébalo. ¡Vamos!». Él se reía, se alejaba de ella, sí, pero Augusta veía que estaba adulado, y excitado. «Sabes que no sería solo una vez, Gussie. Y no sería solo un revolcón.»

¡Ella lo sabía! No debería poner en peligro su amistad. Porque la amistad con Adam Berendt se había convertido en lo más valioso de la vida de Augusta. Ni siquiera la maternidad había significado tanto para ella.

Fue en junio, varias semanas antes de que Adam muriera, cuando él fue a nadar a la piscina de los Cutler, como hacía a menudo por invitación de Augusta, y aquella tarde solo estaba presente Augusta, que vio otra vez las brillantes cicatrices de quemaduras en el pecho de Adam, bajo el vello rizado, y cicatrices más finas en la espalda, y por primera vez se atrevió a hablar de estas cicatrices, porque ella y Adam estaban solos y era un momento de posible intimidad, y en la piscina se atrevió a tocarle y notó que él se estremecía al sentir su contacto. «¿Fue un accidente de la infancia, Adam?»

Augusta sabía que no debía tocar el tema, pero no pudo resistirse. «¿Hubo otros heridos en el incendio, Adam?» ¡Tenía un hambre terrible de saberlo, casi un hambre de madre! Pero Adam se alejó y pareció no oír, y nadó hasta el otro extremo de la piscina. «Se aleja de mí nadando. Nadando hacia su muerte.»

La trémula y brillante agua en la que Adam Berendt nadaba con cortas brazadas, la cabeza mojada levantada y alerta como una nutria, parecía flotar en un distante cielo reflejado. Una sola vez, levemente medicada, Augusta había vuelto a la casa de Adam en River Road. Para contemplar horrorizada la tierra en la que se habían mezclado las cenizas de su amante. Era finales de julio; el jardín estaba cubierto de malas hierbas, altos cardos y enredaderas en flor, un hervidero de vida, tostado por el sol y, salvo por el zumbido de los insectos y el ruido de los pájaros, completamente silencioso. Los tomates de Adam se habían echado a perder, tenían manchas negras debidas al calor y la falta de lluvia; las judías verdes estaban mustias, afectadas por alguna enfermedad. En todas partes había pulgón, escarabajos japoneses. Los girasoles se habían marchitado junto a la valla trasera y no eran tan altos como cuando en el

pasado Adam se ocupaba de ellos. «La vida devora a la vida —decía Adam—, pero el hombre rompe el ciclo, el hombre tiene memoria.» ¿De verdad era así? ¿Hasta qué punto se podía confiar en la memoria? ¿Hasta qué punto era efímera, estaba condenada al olvido? Augusta, paseando por el jardín, una mujer con carácter que habría podido confundirse con una mujer mucho más joven, una mujer que aún busca, que aún desea, ahuyentaba las moscas y los mosquitos con creciente exasperación, y de repente se echó a llorar. Después rompió a reír. ¡Oh, era ridículo! ¿Por qué estaba allí? Contemplando la tierra que se desmenuzaba bajo sus caras sandalias, buscando… ¿qué buscaba? ¿Granos de polvo, el ser perdido de Adam Berendt? El propio Adam se reiría de ella. «¡Gussie! Por el amor de Dios, vete a casa.» Era un maldito gazmoño Adam Berendt; siempre aconsejando a las mujeres de Salthill que se fueran a casa con sus esposos, con sus familias; era fácil para él, el muy cabrón, que no tenía esposa ni familia. Ella habría podido desafiar a Adam, pues Augusta, años antes, había tenido amantes; no muchos, pero unos cuantos; amantes cuidadosamente elegidos que no residían en Salthill, pero que eran hombres de su clase social; hombres que conocían, aunque solo de lejos, a su esposo; hombres que respetaban a su esposo y, por extensión, a la hermosa Augusta Cutler; sí, su cuerpo suave y sensual, deseable, había recibido el pene de numerosos hombres, sí, y estos le habían dado placer, aunque un placer intermitente y errático, y Owen nunca lo había sabido. (¿Lo había adivinado? ¿Sospechado? A veces, en las reuniones sociales, al ver posarse en ella su mirada, aquella extraña mirada impersonal de posesión y de

orgullo por esa posesión, Augusta había sentido una punzada de temor y se había hecho esta pregunta.)

Poco después de su visita al jardín llegó en el correo, dirigido a la SEÑORA AUGUSTA CUTLER, un sencillo sobre de papel marrón con la anotación PERSONAL, sin remite, matasellado en Salthill, y dentro había las seis o siete fotografías de desnudos que Augusta se había tomado a sí misma con una cámara programada, con trípode, tumbada en un sofá en la actitud de la *Olimpia* de Manet, una Augusta de cuerpo opulento que lucía solo unas perlas, con una flor en el pelo, su gato persa de nariz chata, blanco como la nieve, a sus pies descalzos; las fotos que había regalado a Adam, en broma. (Bueno, no del todo en broma. Las poses eran atractivas y sofisticadas, sórdidas, escabrosas, lascivas y tentadoras.) Cuánto se habían reído los dos. A Adam le habían gustado las fotos de su amiga Gussie y las había guardado en un lugar seguro. Pero él había muerto. Nunca lo piensas: mi amante podría morir. ¿Y después? Otra mujer era albacea de sus bienes personales. Habían encontrado las fotografías. No iban acompañadas de ninguna nota, pero Augusta supuso que las había enviado Marina Troy. La discreción era un rasgo típico de la callada joven pelirroja. Augusta estaba muy agradecida a Marina, pues podía haber empleado las fotos para hacerle chantaje; ella misma había provocado semejante situación delicada, semejante escándalo; y al mismo tiempo Augusta estaba muy avergonzada, incluso mortificada. Maldita sea, ¿qué le importaba a Marina Troy si Augusta Cutler había estado enamorada de Adam Berendt? (Aún temía más que la mujer joven supiera que Adam no había correspondido al amor de Augusta. Esto era el verdadero insulto.) Sin embargo, Augusta, una mujer generosa, una

buena mujer, visitó la librería Salthill de Pedlar's Lane y, siguiendo un típico impulso comprador, adquirió libros por valor de más de trescientos dólares en un breve período de tiempo. Augusta era una lectora ávida de novelas románticas, siempre que estuvieran disfrazadas de novelas «serias», «literarias»; si no, la prosa no lograba captar su imaginación, caía en un ensueño romántico-erótico que ninguna ficción podía traspasar. No obstante, aquel día, en la librería de Marina, Augusta quedó defraudada porque la pelirroja se escondió en la oficina trasera mientras una ayudante, una joven estudiante, la atendía. «Por favor, saluda a Marina de parte de su amiga Gussie. La llamaré pronto para invitarla a una fiesta.» Pero Augusta nunca llamó a Marina; tenía intención de volver pronto a la pintoresca tiendecita de Pedlar's Lane y comprar más libros, aunque no lo hizo; el verano se acercaba a su fin, empezó a evitar a Marina Troy cada vez que se encontraban por casualidad; solo ver a la melancólica joven larguirucha y pelirroja le irritaba; y en otoño se enteró por amigos comunes de que Marina se había marchado repentinamente de Salthill, había alquilado su casa y contratado a alguien para que se encargara de la tienda; corría el rumor de que Marina se había ido a vivir a los Catskill, o quizá eran los Adirondack, o los Pocono, a una propiedad que Adam Berendt le había dejado en su testamento. Esta noticia fue devastadora para Augusta, pues a ella Adam no le había dejado nada. Se dijo: «No te pongas celosa, no conoces las circunstancias. Adam sentía lástima por ella. A ti te amaba».

Ahora que estaba haciendo su equipaje, que se disponía a marcharse, sentía el corazón exultante. ¡Desde la infancia tenía

estos sueños mágicos! Incluso el ojo de Dios la miraba con amorosa aprobación. «Oh, Adam. Amor mío. Iré contigo. Te lo juro.»

2

La búsqueda. Llegó el esposo buscando a la esposa, arrepentido, o eso parecía, pues quizá en el fondo aún estaba muy enfadado con la mujer histérica, y la buscó en el dormitorio, pero no estaba allí; la buscó en las habitaciones contiguas, incluido su cuarto de baño, perfumado y lleno de vapor, pero no estaba allí; la buscó en el ala de invitados de la casa, pero no estaba allí; la buscó en el piso de abajo, en la sala de estar formal y en la salita informal, en el comedor, en la cocina y en la solana, pero no estaba en ninguno de estos sitios; la buscó en su propio estudio y la buscó en el sótano y la buscó en la escalera de atrás y en armarios, pero no estaba allí.

—¿Augusta? —gritó—. ¿Augusta, cariño? —exclamó el alarmado esposo; pero no hubo respuesta, no habría respuesta: la que había sido su esposa durante casi treinta y dos años había desaparecido. En la casa no se oía ningún ruido, salvo los conocidos ecos fantasmales, meras vibraciones de sonido que, aunque se aguzara el oído, se desvanecían.

SEGUNDA PARTE

... y no escapo

La caída de la noche

1

«Condado de Damascus, Pensilvania. Adonde he venido como peregrina para descubrir… lo que me espera y tengo que descubrir.»

Y allí recibió la primera sorpresa de su nueva vida: en una habitación trasera de la casa que Adam Berendt le había donado en los montes Pocono descubrió varias piezas esculpidas sin terminar, evidentemente obras de Adam. Abrió una puerta que suponía daba a otro dormitorio apenas amueblado y vio, en aquella oscura cueva con viejas hojas de periódico esparcidas por el suelo desnudo, en un ambiente que parecía congelado en el tiempo, objetos del tamaño aproximado de seres humanos enanos, toscas construcciones con fragmentos de metal y plexiglás, plástico y papel de aluminio, madera podrida, trozos de loza y reluciente cristal. La primera reacción de Marina fue de miedo; ¿aquellas cosas estaban vivas? Pero su segunda reacción fue de gratitud.

«¡Adam! Dejaste esto para mí.»

Ya se hallaba en la primera hora de su nueva vida. Ya estaba tomando posesión de la casa de piedra en aquel espléndido día de otoño. Ya sentía la euforia que producía el ser propietaria, al pasar por habitaciones que apenas veía. Ya hablaba consigo misma. Como jamás habría hecho en Salthill. Ni siquiera a solas en su casa de lo

alto de North Pearl Street. Pues allí, al pie de los Pocono, en el nordeste de Pensilvania, en dieciséis hectáreas de campos sin cultivar y bosques de pinos, en la bella vieja casa de piedra que Adam le había donado, no había nadie que la oyera. El silencio era como un cristal que podía quebrarse.

«¿Todo esto? ¿Mío? Es precioso.»

Era precioso. Vistas de colinas, pinos, montañas desde casi todas las ventanas. Caminaba por las habitaciones de la vieja casa de piedra en la bruma de los primeros momentos de la posesión. Percibía un zumbido en los oídos como una cascada distante. Aquello era tan nuevo, tan completamente extraño para ella. «Mi casa.» El regalo que su amante le había ofrecido, por ninguna otra razón más que porque la amaba.

Él había amado a la Marina Troy que aún tenía que ser. La artista Marina Troy, que había abandonado el arte una década atrás, por cobardía. Por terror. Por un miedo muy práctico al fracaso. A esa Marina Troy había amado Adam Berendt.

«No a la Marina Troy "anestesiada". ¡Por supuesto!»

Ahora tenía los documentos legales de aquella propiedad en el 1.183 de Mink Pond Road, condado de Damascus, Pensilvania. Tenía las llaves. Tenía el croquis que Adam le había dado, y una lista de nombres y números de teléfono. Pero estos eran antiguos y probablemente ya no servían; Marina efectuaría sus propias pesquisas en la ciudad.

La casa de piedra, construida en 1923 por una acomodada familia de Filadelfia, se hallaba al menos a un kilómetro y medio de su vecino más próximo por la carretera de montaña sin asfaltar que terminaba a un kilómetro y medio del buzón de Marina. Desde la

carretera se veían pocos edificios, todos estaban escondidos detrás de densos bosquecillos de arces, pinos, robles y enormes piedras de color arcilla. La ciudad más cercana —si se podía llamar ciudad a Damascus Crossing, de cuatrocientos habitantes— se hallaba a once kilómetros al oeste. A cuarenta y ocho kilómetros de la ciudad grande más cercana, la sobria y realmente fea East Stroudsburg, junto al río Delaware. Marina se hallaba sola en aquel hermoso lugar remoto, respirando un aire que sabía a frío y a piedra como el aire de un pozo profundo, y quería creer que había tomado la decisión correcta, no por pena y desesperación, no por la necesidad de escapar de la muerte de Adam, de la morbosidad de todas las noches de pensamientos obsesivos, llorando su desaparición como si se mordisqueara los labios o, como en las fases últimas de la inanición, cuando el cuerpo empieza a alimentarse de las proteínas del cerebro, autodevorándose, letal. «Marina, vete. Salva tu vida. Con uno de nosotros, ahogado, es suficiente.»

Para salvar su vida, pues. Por eso estaba allí.

«¡Oh, Dios mío, Adam! No permitas que fracase.»

Con la vista más clara empezó a ver: la casa era vieja, habría que trabajar mucho para que algunas habitaciones fueran habitables durante el invierno. Era necesario airearla y limpiarla urgentemente. Había telarañas por todas partes, los suelos estaban cubiertos de hojas de periódico manchadas, las persianas estaban rotas y emitían una jocosa especie de luz otoñal. Qué diferente era de la ordenada casita de Marina en Salthill. Aquí bailaban en el aire motas de polvo. Habían colocado sucias sábanas sobre los pocos muebles. Dos pisos, una estrecha escalera los unía. Cuartos de baño pequeños; la fontanería funcionaba, pero apenas. La cocina era una estancia

amplia, modernizada en un estilo años setenta pasado de moda, trozos de linóleo sueltos en el suelo, cubierto de suciedad. Marina intentó imaginarse a Adam en aquella pieza, sentado ante la fea mesa de madera frente a una ventana, con los anchos hombros inclinados mientras miraban por la ventana las distantes montañas, pero esta visión se le escapaba, todavía. La verdad era que Adam no se alojaba a menudo allí. Hacía años que no visitaba su «casa de piedra en las montañas». Había contratado a alguien para que se ocupara de ella, y un agente inmobiliario local la alquilaba en verano.

¿Había algo de Adam allí? ¿No descubriría nada de él? ¿Cómo soportaría tanta soledad?

Marina estaba demasiado inquieta para sentarse. Nerviosa por el viaje en coche por New Jersey. Esta zambullida en lo desconocido. Recorrió otra vez la casa contando las habitaciones de arriba y abajo, pero cada vez contaba un número diferente, como la protagonista de cuento infantil bajo un hechizo, porque ¿había tres habitaciones en el piso de arriba?, ¿o eran cuatro?, y en el piso de abajo, ¿qué?: el gran salón-comedor, una vieja chimenea de piedra, de unos tres metros y medio de ancho, en la que cabían grandes troncos, chimenea y montón de leña menuda festoneados de telarañas como confeti de gasa. En la siguiente habitación, que daba a una empinada colina sembrada de piedras, había unas tambaleantes estanterías atestadas de novelas de bolsillo, románticas, de misterio, crucigramas y patrones de piezas de punto, las paredes empapeladas en un cegador rojo amapola que Marina no podía imaginar que Adam tolerara, y mucho menos que lo hubiera elegido. Porque aquella era la casa de un extraño, una casa

inesperada. Y bajo los pies, por todas partes, pequeños esqueletos de pájaros y roedores; por todas partes cáscaras secas de insectos; un gran número de mariposas nocturnas de color gris plateado con alas con bellas marcas en negro, como jeroglíficos.

¡Qué mariposas nocturnas tan extrañas! Grandes como colibríes. Marina cogió una para examinarla de cerca. Sus alas estaban cubiertas de un fino polvo luminoso, sus minúsculos ojillos negros brillaban como la mica.

«Adam, ¿ves esto? ¡Una verdadera obra de arte!»

Marina volvió a la realidad y, con un estremecimiento, soltó el bicho.

Secándose inconscientemente los dedos sucios de polvo en la ropa, Marina prosiguió su recorrido por la casa. ¡Su casa! Su posesión y su responsabilidad. No quería pensar que bajo su entusiasmo existía una corriente de algo muy parecido al miedo, al pánico. Porque esta era una aventura de su infancia perdida, ¿no? Cada habitación era una sorpresa, las tablas del suelo crujían bajo sus pies como avisándola. Qué extraño. La vista desde una ventana parecía sutilmente diferente de la misma vista desde otra. ¿Dónde estaba el monte Rue? Antes lo había encontrado: novecientos metros, el pico más alto de los Pocono. Estaba el High Knob, un pico más bajo. ¿O los estaba confundiendo? Le tapaban la vista unas enredaderas que crecían por encima de las ventanas de cristales mugrientos. Oyó algo arriba, un ruido de algo que corría por el tejado: ¿ardillas?, ¿halcones? (En los Pocono había muchos halcones de cola roja, Marina los había visto volando sobre Mink Pond Road como si le indicaran el camino. ¡Por aquí! ¡Por aquí!) Escuchó con atención, diciéndose que no era nada, claro.

Entonces abrió la puerta de la habitación trasera. La puerta estaba atascada como si estuviera cerrada con cerrojo, pero el cerrojo estaba corrido. No recordaba si ya había visto aquella habitación en su rápida excursión por la casa. Tantas puertas en la vieja casa de piedra: una que bajaba al sótano, que se abría junto a la cocina, otras que daban a armarios, a la despensa. Pero esta era la puerta de una habitación que Marina aún no había examinado, aparentemente construida como un anexo a la parte posterior de la casa; atrevida, Marina empujó la puerta hasta abrirla, entró y contuvo el aliento, porque… ¿qué eran aquellas cosas extrañas?

Toscas obras de arte, esculturas de Adam sin terminar. Debía de haber sido su taller, mucho más pequeño y oscuro que su estudio de Salthill. Era como una cueva, en sombras, y olía a polvo, a humedad y a falta de uso. Olor a melancolía. En las ventanas crecían enredaderas llenas de nudos que parecían venas al descubierto. Aunque era un día de otoño de una claridad blancuzca, entraba poca luz en la habitación. Marina encendió la luz del techo, pero no ocurrió nada, por supuesto; aún no había dado instrucciones de que conectaran la electricidad. «Soy la nueva propietaria de la casa del 1.183 de Mink Pond Road, Damascus Crossing. ¿Tendrán la bondad de suministrarme electricidad?»

Marina entró en el que había sido el taller de Adam con timidez, maravillándose de su buena fortuna. ¡Allí había algo de Adam Berendt, algo que había dejado abandonado! Olvidado incluso, al parecer. (¿O Adam le había donado la casa, años atrás, sabiendo que Marina algún día lo descubriría?) Le fascinó ver que varias esculturas eran como esculturas de Adam que ella conocía, incluido el ambicioso Laoconte, pero estas eran poco más que esqueletos,

como esbozos. Incluso cuando estuvieran completas, habrían sido a pequeña escala, pues apenas le llegaban al hombro; la obra terminada de Adam a menudo era de tamaño considerable, monumental. Incapaz de resistirse a tocar —pues Marina era escultora y los escultores deben tocar—, pasó los dedos por el metal retorcido, las láminas de frágil plástico, papel de aluminio, celofán y fragmentos de cristal encastado en arcilla. ¿Cuántos años hacía que Adam había tocado aquello? Capas de polvo, telarañas en todas partes como encajes polvorientos. Adam había sido descuidado a la hora de afianzar los materiales, que había atado con alambre, cuerda o cordel, y algunos materiales se habían desprendido y caído al suelo.

«Oh, Adam, mira lo que has hecho.»

Oyó la voz de él protestar: él había querido, dijo, la azarosa y efímera fluidez de la vida; de las cosas llamadas arte que suceden por accidente, incluso por un accidente torpe o irónico, y que suceden una sola vez. La mayoría de los escultores querían la permanencia. Adam pensaba que la permanencia estaba «sobrevalorada». Y por eso había sido descuidado, poco riguroso. A veces. Porque había que ver el estado de aquellas piezas.

Sus amigos de Salthill habían tenido que rescatar del propio Adam algunas de sus mejores obras, y ahora, irónicamente, estas obras vivirían más que el hombre.

Las construcciones abandonadas en la vieja casa de piedra de los montes Pocono eran toscas, meros esbozos, y sin duda no parecerían muy prometedoras a alguien poco comprensivo, pero Marina Troy sabía que no era así. Sabía que estos esbozos podrían evolucionar, poco a poco, y convertirse en algo muy diferente si el

artista perseveraba. A veces, simplemente, te llegaba la inspiración. En cada construcción había una visión, la visión del artista, e incluso ahora, años más tarde, esta visión podía materializarse. Marina se imaginaba llenando algunas de las piezas, determinando la trayectoria de las curvas y completándolas. Las esculturas abandonadas de Adam Berendt, ¿qué eran, sino acertijos?, ¿preciosas gemas ocultas bajo fango?

Era ya media tarde. Aquel cálido día blancuzco de principios de septiembre. Nueve semanas después de la muerte de Adam. Un día que había comenzado con cierta ansiedad, en una confusa oscuridad, pero mucho tiempo atrás, en un lugar muy distante, Marina apenas lo recordaba. Ahora su corazón latía con calma. Una gran felicidad la inundó como una luz que se enciende lentamente.

«¡Adam! Yo puedo terminarlas por ti. Por eso estoy aquí.»

Fuera, en la luz menguante, Marina caminó entre altas hierbas echadas a perder. Eran como olas inmovilizadas. Sin embargo, zumbaban mosquitos, diminutas moscas. Llevaba pantalones y una blusa de manga larga. Enredaderas espinosas se aferraban a ella como extraños inoportunos. Rosal silvestre, escondido entre la hierba. Habría que arrancarlo o lo invadiría todo. En la parte delantera de la casa había un porche cerrado con tela metálica y madera pintada de gris magenta, aunque ahora se estaba desconchando y la tela metálica estaba oxidada y abombada, y habría que sustituirla. Una enredadera fibrosa que parecía glicina se introducía en la tela metálica y pronto cubriría el porche y las ventanas. También habría que arrancarla o se apoderaría de todo.

«¡Hola! Me llamo Marina Troy y soy la nueva propietaria del 1.183 de Mink Pond Road, ¿tendrán la bondad de ayudarme?»

Sin embargo, qué hermosas eran las hierbas, como olas inmóviles, paralizadas, y los rosales silvestres y las enredaderas. Pronto sería otoño, las hojas caducas cambiarían de color sobre un fondo de pinos inmutables. Y en lo alto, un cielo pálido como una aguada de color difuso, un débil oro-sepia sombreado en azul.

¿Un teléfono?

No tendría teléfono.

Pero ¿no debería tener teléfono?

No.

Por si…

No.

¿No era irresponsable, además de peligroso, una mujer sola en aquel lugar remoto, sin…?

No.

Temía que Roger Cavanagh la telefoneara. Entre ellos había un recuerdo compartido como un trozo de piel compartido. ¡No, no! La idea le repugnaba. En momentos de debilidad sentía un dolor sordo entre las piernas, al despertar por la noche tras haber tenido sueños de deseo sexual en los que se abría al hombre, gimiendo de deseo, a menos que él se hubiera convertido en cualquier hombre, el bello cuerpo cálido del hombre al que tocar, acariciar, besar, disfrutar. «¡Ven a mí! Oh, por favor.» Y despertaba agitada, avergonzada. ¿Qué hacía una mujer que carecía de amante, que no fuera innoble, lamentable, desagradable, cuando sentía un deseo sexual tan fuerte? Marina medio creía que Roger Cavanagh debía de percibir lo que ella sentía. ¿Soñaba también él con Marina? Habían estado a

punto de ser amantes. Había estado a punto de suceder. Pero no había sucedido. ¡Había sido una bufonada! Marina tenía un vago y absurdo recuerdo —¡claro que era absurdo!— de Adam mirándoles mientras se manoseaban como nadadores ahogándose en el suelo arenoso del estudio de Adam, riéndose estrepitosamente. Ella sabía que Roger jamás le perdonaría aquel episodio, y ella no quería perdonarle. Qué torpes habían sido al esparcir y mezclar las cenizas de Adam en su jardín. Cuando por casualidad él le había tocado el brazo, Marina había retrocedido con desagrado. ¡No, no! Ella no era una persona irracional (¿esto era lo que se decían las personas irracionales?) y sin embargo no soportaba que Roger Cavanagh la tocara. No obstante, él la había llamado durante el verano. Sabía por amigos comunes que había preguntado por ella a menudo. Roger Cavanagh era un hombre, un abogado, para el que el teléfono era una extensión automática de su voluntad; y su voluntad, la voluntad de un abogado, debe ser consumada. Ella sabía, y temía saber. Pero había escapado de él, y escaparía de él. Había huido al condado de Damascus, Pensilvania, para escapar de él. «No te quiero; es a Adam a quien quiero. Amo a Adam.»

Suponía que, con el tiempo, él conseguiría su dirección. Marina no pensaría en ello. Había delegado en otras personas las responsabilidades que tenía en Salthill. Una mujer joven llamada Molly Ivers se hacía cargo de la librería en su ausencia, y cuando Marina quisiera hablar con ella la telefonearía desde Damascus Crossing, y había dado a Molly el número de un agente inmobiliario de la vecindad por si surgía algún motivo urgente para hablar con ella. Y Molly tenía el número del apartado de correos de Marina en la ciudad, que había jurado no decir a los demás. Y Marina había

dejado información a parientes de Maine, por si se producía alguna emergencia relativa a su madre. ¡Era suficiente!

Marina dio la vuelta a la casa caminando con dificultad entre la ondulada hierba y tropezó con los restos de un pozo de piedra. Tenía un miedo infantil a estas cosas profundas, sin fondo, como los huecos de ascensor que no se sabía hasta dónde descendían. No mires. El agua potable para la casa procedía de un manantial subterráneo que debía de llegar hasta aquel pozo, pero el pozo mismo estaba cubierto de pesadas tablas, en desuso desde hacía tiempo. En la propiedad había varios edificios anexos: un pequeño garaje asfaltado, una cabaña para invitados construida con troncos, un granero que servía de almacén y un destartalado cobertizo. El garaje estaba atestado de cosas viejas e inútiles, una oxidada segadora manual, macetas de barro resquebrajadas, una bicicleta con un neumático pinchado. Nada era de Adam. La cabaña para invitados constaba de una sola habitación sin adornos con una descolorida alfombra, una estufa panzuda cubierta de telarañas, literas y un colchón manchado. En el suelo había unas zapatillas de deporte sin cordones. Y los restos momificados de un pajarillo gris. En el granero que servía de almacén había un tractor con los neumáticos deshinchados, útiles de jardinería, cajas y muebles, todo cubierto de telarañas; nada que tuviera aspecto de haber pertenecido a Adam. Los detritos de vidas de desconocidos que podrían haber fascinado a Marina si hubieran sido convertidos en arte, pero al no ser así carecían de interés para ella. Mientras se encontraba en el umbral, detrás del tractor algo se alejó corriendo muy deprisa, Marina vislumbró una criatura de pelaje oscuro, borrosa por la velocidad, demasiado grande para ser un mapache,

pero quería creer que era un mapache, nada más peligroso. El corazón le latía con fuerza como si hubiera estado corriendo. Sabía que no había razón para tener miedo, allí estaba sola. Sin embargo, se quedó temblando en la hierba.

Dieciséis hectáreas. Suyas.

El vehículo que estaba en el sendero, aparcado cerca de la casa, un jeep gris acero de aspecto militar, la sobresaltó: era nuevo, la última adquisición de Marina; había decidido que quería un vehículo más grande, más pesado para el condado de Damascus, y había cambiado su coche utilitario por un jeep, y al conducir hacia el oeste, en dirección a Pensilvania, entre el estruendoso rugido de camiones y caravanas, había agradecido la potencia del vehículo y su altura. Pero aún no estaba acostumbrada a ser su propietaria. No estaba acostumbrada a verlo.

«¿Todo mío?»

¡Aquella propiedad, aquel regalo, en el condado de Damascus! Había hablado de ello con pocas personas de Salthill. Roger Cavanagh tenía que saberlo, pero nunca le había comentado nada. Años atrás, cuando Adam se lo había dicho por primera vez, Marina se había irritado con él, molestado, no quería oír hablar de eso porque el regalo, aunque bienintencionado, le resultaba doloroso. Había tenido ganas de protestar: «¡Pero, Adam, yo te quiero! ¿No me echarás de menos? ¿Cómo puedes enviarme fuera durante un año?». La simple palabra «Damascus» le causaba dolor. Ahora, mientras la luz crepuscular de aquel hermoso lugar remoto en las montañas le golpeaba el rostro y el cuerpo como la hoja de una guadaña, empezó a preguntarse: ¿tal vez Adam había tenido intención de visitarla durante aquel año? ¿Tal vez tenía intención de

quedarse con ella en la vieja casa de piedra? Lejos de Salthill-on-Hudson. Del escrutinio de sus amigos.

Tal vez le había entendido mal.

Ahora deseaba haber preguntado más a Adam por la propiedad. Por qué la había comprado y cuándo había vivido allí. Por qué no la había vendido. (De todas formas era propietario de numerosas fincas situadas en lugares remotos. Algunas bajo nombres diferentes.) Marina recordaba que Adam había mencionado que había pasado allí algunos fines de semana —«De retiro»— cuando vivía en el condado de Nassau, Long Island, pero cuando Marina le presionó preguntando qué hacía en aquella época de su vida, por qué vivía en Long Island, Adam se había encogido de hombros y había dicho, evasivo: «Nada de gran interés, Marina».

Fue como una puerta cerrada suave pero firmemente en sus narices. Marina había llegado a pensar en él como un hombre que padecía amnesia y estaba satisfecho con su estado; si uno se atrevía a despertar a un hombre así, lo hacía asumiendo el riesgo.

Sin embargo, Marina lamentaba amargamente no haber despertado a Adam Berendt.

Posiblemente lo había hecho alguna otra mujer. Pero no Marina Troy.

Entretanto, absorta en sus pensamientos, Marina caminaba por el borde del claro, más allá del granero que servía de almacén, donde la tierra era más llana, pantanosa. Más adelante empezaban de nuevo los pinares. Se veía cómo los bosques penetraban en el claro, arbolillos, altos arbustos, rosales silvestres y brezos. La naturaleza siempre estaba empujando, y el hombre, resistiendo. Se sentía un escalofrío de horror y, con todo, de satisfacción: cuando el hombre

cedía a esta resistencia, la naturaleza irrumpía triunfante. Si Marina no lo impedía, al cabo de pocos años la propiedad quedaría invadida por el bosque, borrada. Incluso el sendero que venía de Mink Pond Road quedaría oculto. «Es responsabilidad mía, ¿no? Sí.» Se sintió animada. Tenía confianza en sí misma. Adam Berendt le había dado este regalo por una razón, ella estaría a la altura.

Entonces le llegó un fuerte olor, nauseabundo. La tierra bajo sus pies era esponjosa. Había desperdicios diseminados: trozos de madera podrida, un cubo de alquitrán endurecido, juguetes de niño, una muñeca de goma desnuda y sin pelo con grandes ojos verdes de cristal. Marina estaba indignada porque los antiguos inquilinos de Adam hubieran ensuciado su propiedad de aquella manera. Casi sin querer cogió la muñeca. Un rostro inexpresivo, blando, pero los ojos brillaban como joyas. Marina los arrancó, arrojó la muñeca al suelo y examinó los ojos de cristal en la palma de su mano. Una acción extraña en ella. Ya empezaba a pensar como una artista, como alguien para quien cualquier objeto suelto podía ser motivo de inspiración. «¿Qué significa que haya encontrado esto?» Pero el olor la distrajo. Se tapó la nariz, sintió una náusea. El instinto le dijo que se alejara rápidamente, pero siguió adelante a través de los rosales silvestres y juncos, atraída por la curiosidad, para contemplar horrorizada… ¿qué? El cuerpo desnudo de una mujer con el cabello castaño apelmazado, que yacía sin vida, parcialmente oculta en la hierba.

No. Era un animal.

¿Lo era? Un animal, tenía que ser un animal muerto.

Los ojos de Marina se llenaron de lágrimas por la impresión. Apenas podía ver. Ahora el corazón le latía con verdadera fuerza.

Avanzó con cautela, tenía que ver de qué se trataba. Con gran alivio vio que, por supuesto, no era un ser humano, sino el cuerpo sin vida de un ciervo de cola blanca.

Una hembra. Parcialmente descompuesta. Le faltaba gran parte del vientre y del torso, cruelmente arrancados por los depredadores, pero quedaba la cabeza, el esbelto cuello estirado hacia un lado y la boca abierta en la actitud angustiada del caballo moribundo del *Guernica* de Picasso.

2

Ocurrió en el trigésimo noveno año de Marina Troy, que inesperadamente y con más o menos satisfacción vivía sola en una aislada casa de piedra en los primitivos alrededores de los montes Pocono, en la parte nororiental de Pensilvania; en el condado de Damascus, cerca de la ciudad de Damascus Crossing, de la que, poco tiempo antes, nunca había oído hablar.

¡Era una locura! Sería la gran aventura de su vida.

Desde su llegada en el mes de septiembre, durante el resto del año Marina se sumergió en la tarea de terminar las fragmentarias construcciones de Adam Berendt. En realidad no se les podía llamar «esculturas»; eran embriones a los que ella daría vida. Marina se sentía ora jubilosa, ora desesperada. Lo que hacía era arriesgado. Había dejado a un lado los planes de su trabajo propio, indefinidamente. Este era un trabajo mucho más urgente. Algunas mañanas se levantaba inspirada, con energía y la necesidad de empezar a trabajar inmediatamente, aún descalza, con su camisón

de franela y un jersey atado sobre los hombros, y el sabor del sueño aún en la boca; otras mañanas, cuando la lluvia de otoño golpeaba los cristales de la casa de piedra llena de corrientes de aire, se despertaba mareada con una sensación de opresión, como si tuviera un peso en el pecho, una pesada criatura de pelaje oscuro cuya cabeza no podía ver. «Sin embargo tiene hocico. Chupa mi aliento. Tiene ojitos de cristal amarillo.» Tenía que apartar de sí a la criatura peluda para despertarse por completo. Entonces se quedaba tumbada respirando con dificultad, jadeando, en la cama desconocida, parpadeando y mirando fijamente el desconocido techo, durante unos minutos, hasta que recuperaba los sentidos y recordaba dónde estaba y por qué.

Condado de Damascus, Pensilvania. En un vieja casa de verano construida en piedra, en dieciséis hectáreas de terreno montañoso, boscoso; el solitario, bello y poco práctico lugar que Adam Berendt le había donado. Sin embargo, empezaba a pensar que era un legado. Dejado a Marina en el testamento de Adam.

«Cedido a mi amiga Marina Troy, Amada amiga Marina Troy que me ha sobrevivido.»

Sabía qué decían de ella en Salthill-on-Hudson. Adónde ha ido Marina, por qué Marina ha actuado de un modo tan irreflexivo, Marina está todavía conmocionada, Marina está de duelo, cómo puede romper Marina con su vida, sus responsabilidades, es cierto que se ha ido lejos para vivir un año sola, y… ¿por qué? El corazón de Marina latía de indignación, imaginando. No daría explicaciones ni se defendería. Estaba decidida. Había tomado una decisión. Rompería con la vida anestesiada que llevaba en Salthill. Así la había descrito Adam: anestesiada. ¡Se acabó! Había alquilado su casa de

North Pearl Street, había contratado a una joven capaz para que se ocupara de la librería, había dimitido como albacea personal de los bienes de Adam Berendt, pues no quería saber nada más de la vida personal, secreta, de Adam. «Recordaré al hombre tal como le conocí. Jamás renunciaré a esto.»

Una vez que Marina hubo despertado completamente y salido de aquel profundo sueño seductor que se aferraba a ella, y una vez hubo empezado a trabajar en el estudio de la parte trasera de la casa, las estrechas ventanas ahora libres de enredaderas por fuera y de telarañas por dentro, por las que la luz del sol, si este lucía, entraba desde el este, se sintió mucho más fuerte. Era una realidad: era feliz. Ahora que había simplificado su vida de forma tan radical, era feliz. Había ido al condado de Damascus con la intención de realizar su propio arte, que había abandonado años atrás, cuando era una veinteañera, y tenía intención de retomar su «propio» arte algún día en el futuro, solo que todavía no. «Esto es más importante. Esto es crucial.» Tenía la sensación de que estaba discutiendo con el propio Adam y de que le convencería. Entraba en una especie de estado de trance, trabajaba incansable. No estaba inventando. Aquello era «restauración», «adivinación». No añadía ningún objeto a las piezas incompletas de Adam; ningún trozo de metal, de plástico, de cristal ni de ramas de árbol era simplemente idea suya. En las paredes del estudio había pegado fotos de las esculturas acabadas de Adam que estaban en Salthill (en realidad, entre las pocas cosas que se había llevado a los Pocono se encontraban estas fotos, pues Marina no había querido marcharse sin ningún recuerdo de la obra de Adam) y a menudo se quedaba mirándolas fijamente durante largos períodos de tiempo, casi sin

verlas, hechizada por su misterio. «Venid a mí. Penetrad en mí. ¡Dadme vida!»

Qué extraño le parecía, qué injusto, que Adam Berendt no hubiera sido reconocido en vida como escultor de auténtico talento. Su obra debería haberse expuesto en las principales galerías. Debería haber sido comprada por museos importantes. ¡Ojalá no hubiera carecido de ambición! Seguro que Adam era un escultor tan dotado y original como Raúl Farco, cuya obra había adquirido de forma anónima para el Consejo de las Artes. Seguro que representaba la idiosincrasia estadounidense tan bien como Rauschenberg, y sus piezas más austeras tenían tanta fuerza como las de Henry Moore…

—Pero no está bien pensar así. Es degradante para Adam.

A medida que transcurría el tiempo, dos piezas de Adam, reproducidas en las fotografías, ejercieron una fuerte influencia en Marina. El «crucifijo natural», hecho de una rama de roble grotescamente retorcida, con rocas y piedras de extraña forma en su base, y el «Laoconte estadounidense», de metro ochenta, de plástico traslúcido, que incluso en la fotografía parecía cambiar constantemente de tono como si tuviera vida, como si respirara. Sin embargo, mientras que Marina recordaba esta inquietante gran construcción en el estudio de Adam como heroica, en este espacio, que era más pequeño y estaba menos iluminado, parecía haber adquirido un aire burlón, malicioso. «Atrápame si puedes. Pero nunca me atraparás.»

Sin embargo, Marina no estaba copiando directamente ninguna de las obras de Adam existentes. ¡No!

Cuando terminara estas esculturas, si consideraba que tenían algún mérito proporcional al trabajo previo de Adam y no constituían

un insulto a su memoria, tenía intención de encontrarles una galería distinguida de Nueva York. Lo que estaba haciendo era algo atrevido, arriesgado, sin precedentes. La obra de Adam Berendt en los Pocono, como probablemente se denominarían estas piezas, se reconocería de inmediato como obra de Adam Berendt y, no obstante, sería completamente nueva, única. «Obras de Berendt, el hombre que no vivió para crear. Un milagro.» Marina tendría que reconocer su papel en la creación, porque no hacerlo sería cometer una falsificación; pero en realidad trabajaba como un monje zen, meditando, con la mente vacía de sus ideas personales, recuerdos, reflejos, impulsos, para que la guiara la visión de Adam. Se había llevado consigo algunos libros y a las horas de comer y por la noche leía con avidez; y releía; grababa en su memoria ciertos párrafos que Adam había subrayado de Platón, Ovidio, Blake, Walt Whitman, Gerard Manley Hopkins. ¿Se trataba de claves para el alma más profunda, más esquiva de su amante, que nunca había revelado a Marina Troy?

Despierto y siento que cae la noche, no el día.
¡Qué horas, oh, qué negras horas hemos pasado
esta noche! Qué vistas, corazón, has visto;¡por qué caminos has ido!
Y más habrá en la luz más duradera del día.

Cuando trabajaba con las esculturas de Adam, sentía que el poder de este la dirigía a través de sus nervios y la punta de los dedos. Durante largas horas trabajaba en trance. Solo era parcialmente consciente, toda la vida se hallaba en sus dedos. Si por casualidad levantaba la mirada al percibir un repentino movimiento al otro lado de la ventana, en el borde del claro o en el bosque, o en el cielo

detrás del monte Rue, apenas asimilaba lo que veía. Porque ella veía interiormente. Mientras sus dedos trabajaban, tal vez oía, o le parecía oír, una voz, transportada por el viento y enmudecida de inmediato, tal vez vislumbraba fugazmente una figura (¿humana?, ¿animal?) en la linde del bosque. Sin embargo, estaba protegida contra la alarma, nada podía distraerla.

Durante el otoño y a principios de invierno Marina trabajó así y era feliz. ¡Lenta, muy lentamente iba progresando! Su estrategia consistía en concentrarse en una sola pieza de Adam, concebida como un acertijo, igual que la protagonista de un cuento infantil se enfrenta a un enigma que ha de resolver o sufrir su destino, y ella no deseaba saberlo. Construía esta obra lentamente, ampliándola, haciéndola más profunda, y cuando se topaba con un obstáculo pasaba a otra y a otra, pues esperaba completar las once piezas más o menos simultáneamente. Adam trabajaba de esta manera, en numerosas piezas en secuencia, en diferentes estilos y modos.

Hasta que la cabeza le daba vueltas y le entraban ganas de reír. Sus sentidos quedaban deslumbrados. Hasta que al final (a media tarde) se vaciaba de la visión del otro que habitaba en ella, de momento.

Y por la noche, el peso de la cosa peluda sobre el pecho. Apretándole el hocico contra la boca, para sorberle el aliento. Aplastándole los senos contra la caja torácica. ¡Se asfixiaría! Sin embargo, la criatura era cálida, extrañamente reconfortante. Marina intentaba levantar los brazos, abrazarla. El pelo de la criatura era largo, más bien basto, del tono del humo de madera, más espeso porque se acercaba el invierno.

A veces Marina contemplaba su obra desde el umbral de la puerta. Las cosas achaparradas y fragmentarias que había encontrado en la vieja casa de piedra empezaban a cobrar forma, a ser interesantes a la vista. Tal vez.

«Marina, ¿y tu propia obra?
»¡Esta es mi obra, Adam!
»He dicho tu propia obra, Marina.
»Adam, esta es mi obra. Ten fe en mí.»

En una mesa de tablones de la cocina, un mueble antiguo lleno de marcas pero hermoso, adosada a la ventana, acumulaba objetos extraños, como había hecho de niña, años atrás. Una gigantesca mariposa gris con jeroglíficos en las alas. Plumas de halcón, pequeños esqueletos de pájaro, botones, un sonajero de madera que había encontrado en el granero. Los ojos de cristal verde que había arrancado a la muñeca de goma en el pantano. A veces, mientras tomaba su primera comida del día por la tarde, con un hambre voraz, Marina contemplaba estos objetos.

3

Las llamadas que Marina efectuaba a Salthill eran de trabajo. Una vez al mes, hablaba con el agente inmobiliario que se ocupaba del alquiler de su casa en North Pearl Street, y cada lunes, a las seis de la tarde, hablaba con la joven capaz que se había hecho cargo de la librería durante su ausencia. Aún no había instalado teléfono en la

vieja casa de piedra, se resistía, terca y supersticiosamente. Porque incluso un número que no apareciera en el listín la haría vulnerable a llamadas no deseadas. «Y en los momentos de soledad y debilidad, a llamadas que no quiero hacer.»

Había prometido a sus amigas que las llamaría, pero eso ahora no parecía posible. Habrían deseado aconsejarla. (Porque ¿qué son las amigas sino dispensadoras de consejos, tanto si los quieres como si no?) Se habría encontrado a sí misma suplantando a «Marina Troy» y haciéndolo mal.

La joven encargada de la librería, Molly Ivers, era resueltamente alegre, optimista. El negocio en la pintoresca tiendecita de madera en Pedlar's Lane iba «bien», «no mal, teniendo en cuenta el mal tiempo», «muy bien», «fantásticamente». Una popular escritora de novelas de misterio de Salthill, con un éxito de ventas en el *New York Times*, había pasado por la tienda a petición de Molly y firmado un montón de ejemplares, de los que se habían vendido treinta y dos en unos días. Marina, en su lugar remoto en los montes Pocono, hablando desde una cabina telefónica, estuvo de acuerdo. «Es fantástico.» Quería ser tan optimista como su empleada, que tenía diez años menos que ella. Quería ser optimista para no preocupar a Molly Ivers. Lo cierto era que, en efecto, todo parecía fantástico. Vender treinta y dos ejemplares de un libro; tres mil doscientos o treinta y dos mil. Vender, vender; en Pedlar's Lane, la calle del buhonero, estabas obligado a vender; ¿qué significado tenía esto? «Lo que empieza a escapárseme, Adam, es el significado. Mi vida anterior.» Marina recordaba haber amado los libros desde niña, de una forma mucho más inocente que la pasión que sentía por el arte, pero ahora no acertaba a comprender cómo este amor se había

mezclado con el intento, o el deseo, de venderlos. Porque, cuando vendes, la cantidad tiene su importancia. La cantidad es la clave. De lo contrario, ¿por qué te dedicas a este negocio? ¿Y qué es exactamente el negocio? Igual que Sócrates, Adam había formulado estas preguntas que atañían a lo evidente. Pero las preguntas que atañen a lo evidente son las más difíciles de responder.

—Marina, ¿aún sigue ahí?

—Sí, Molly. ¡Qué buena noticia!

—La próxima semana viene Sallie Bick. El que escribe sobre comida. Para firmar libros y conocer a la gente. Voy a abrir la tienda el domingo, de las dos hasta las seis. Serviré un tentempié. —Molly se apresuró a añadir—: No le costará nada, Marina. El autor proporcionará la comida.

—Molly, me parece maravilloso. Ojalá pudiera estar ahí.

Se hizo un incómodo silencio. Incluso Molly Ivers, que no dudaba de nada, dudó de esto.

Molly explicó bajando la voz, como si no quisiera que alguien la oyera:

—Hay un hombre, un tal Roger Cavanagh, que viene por aquí a menudo. Es abogado. Supongo que le conoce. Siempre pregunta por usted.

—¿De veras?

—Es un buen cliente. Siempre compra un libro de tapa dura. Pero parece preocupado por usted.

—Ya te lo he dicho, Molly. Dile que estoy fuera y nada más.

—Marina, ya sabe que está usted fuera, pero quiere saber dónde.

—Con decirle «fuera» es suficiente. —Marina sintió que enrojecía de irritación, de disgusto—. He de colgar, Molly. Están esperando

para usar el teléfono.

«Algún día me encontrará. Hará que me enamore de él. ¡Pero no ocurrirá! No.»

En Damascus Crossing, Marina a veces llamaba desde un teléfono público frente a Pryde Gas & Auto Repair, donde desde septiembre era cliente regular. Cuando la casa de piedra de Mink Pond Road le resultaba demasiado solitaria, y se sentía demasiado recluida, después de pasar horas trabajando en el estudio de Adam, Marina tenía que escapar; entonces conducía hasta el río Delaware y regresaba, o subía por las montañas, o iba hasta un centro comercial que había fuera de East Stroudsburg, y estos paseos en coche, que intentaba ver como parte de su meditación como artista, precisaban una considerable cantidad de gasolina. Sabía que en Damascus Crossing, cuatrocientos habitantes, se estaba convirtiendo en una figura objeto de conjeturas. «La señorita Troy», «la mujer que vive en Mink Pond Road, sola». Ella procuraba no fijarse en los empleados del taller de reparación que la observaban cuando aparcaba para utilizar la cabina telefónica, furtiva como una mujer que entra en un lavabo bajo el escrutinio de testigos masculinos.

En otras ocasiones, cuando no deseaba afrontar las miradas de los hombres, Marina efectuaba sus llamadas desde County Line Realty, también en Damascus Crossing. Era la agencia que se había ocupado durante años de la propiedad de Adam Berendt, del alquiler y de cuidarla en ausencia del propietario. Al parecer el único agente era una mujer de edad madura, enérgicamente afable, llamada Beverly Hogan, que dirigía el negocio en una casita estilo rancho de

falsa secuoya festoneada con banderines que ondeaban al viento como si aplaudieran frenéticamente. A Marina le preocupaba que County Line no tuviera trabajo en aquellos meses fuera de temporada; salvo por el Toyota de Beverly, el aparcamiento de grava casi siempre estaba vacío. Beverly Hogan era la primera persona que Marina había conocido en Damascus Crossing y le había proporcionado información valiosísima. (Incluidos los nombres de exterminadores de roedores e insectos «muy recomendables», por ejemplo.) Insistía en que Marina utilizara «gratis» uno de los teléfonos de la agencia para las llamadas locales; en el caso de las llamadas de larga distancia, la invitó a realizarlas con tarjeta. El hecho de que Marina no tuviera teléfono preocupaba a Beverly, como si aquella fuera una jovencita terca que necesitara la sensatez de una mujer mayor. Excepto por su actitud demasiado entusiasta en el trato social, su maquillaje y perfume excesivos, y su cabello rubio ceniza mal teñido, Beverly Hogan le recordaba a Marina ciertas matronas de Salthill. Mujeres ricas en las que la soledad y el deseo sexual habían hecho estragos, aquejadas de un impulso a hablar que era tan físico como un tic, con maridos misteriosamente distantes e hijos mayores que las habían defraudado. Qué buen corazón tenían estas mujeres, qué generosas eran, qué amables y solícitas; y de qué manera se huía de ellas, balbuciendo excusas y desviando la mirada. Desde que Marina se había trasladado a la casa de piedra, Beverly había aparecido varias veces sin haber sido invitada, alarmando a Marina al llamar a la puerta delantera y, cuando Marina se encontraba en la parte trasera de la casa y no la oía, pisando alegre las altas hierbas para ir a llamar a la puerta de atrás. «Solo he venido a ver cómo le va, Marina. Si necesita algo.» Marina no

había alentado estas visitas y después se sentía culpable. Habría preferido efectuar sus llamadas telefónicas en la cabina de la calle que olía a orina, pero se daba cuenta de que Beverly seguía de cerca sus movimientos en Damascus Crossing y le habría dolido y sabido mal que no pasara por su oficina de vez en cuando, para confirmar una gratitud que no sentía. Beverly Hogan era de esas mujeres a las que no se desea como amiga íntima, pero sin duda tampoco se querría como enemiga.

Beverly siempre cogía la mano de Marina y se la estrechaba, como hizo ahora, una tarde de noviembre de mucho viento. Siempre preguntaba: «¿Cómo está, Marina?», al tiempo que examinaba atentamente el rostro de Marina con sus comprensivos ojos, tras unas gafas de plástico rojo. Su solicitud era opresiva; Marina sabía que la estaba memorizando. Quizá escuchaba sus inocentes llamadas a Salthill y también las memorizaba.

Mientras Beverly tecleaba muy deprisa en un ordenador, Marina efectuó una rápida llamada a Molly Ivers. Una semana sorprendentemente buena para las ventas de libros, informó Molly, teniendo en cuenta el mal tiempo; y seguro que las cosas iban a mejorar a medida que se acercaba la Navidad… Cuando Marina colgó el auricular, Beverly estaba allí, con dos tazas de café instantáneo y galletas caseras de mantequilla de cacahuete. Dijo, con el aire de alguien a quien no le gusta inmiscuirse:

—La echaría de menos, Marina, si no pasara por aquí para utilizar el teléfono pero, como ya le he dicho, yo no podría vivir sin teléfono en casa. Y allí en el bosque. Yo de usted lo instalaría antes de que llegue el invierno.

Marina murmuró:

—Si, probablemente lo haré.

—En la primera nevada de verdad podría quedarse aislada.

—Sí.

—Esto es una comunidad solidaria. Nos ocupamos unos de otros. Muchas familias llevan aquí generaciones. —Beverly le contó historias de viudas que vivían solas, en lugares aislados como Mink Pond; una tía suya, que había tenido un ataque; una vecina fue a verla y le salvó la vida—. Llamó a urgencias desde la cocina de tía Louise. Pero tenía que haber un teléfono. Para efectuar esa llamada.

—Sí, lo sé, Beverly, tiene razón.

—No hay nadie que no quiera que la llame, ¿verdad, Marina? —Beverly abrió los ojos desmintiendo el deseo de no inmiscuirse—. ¿O quizá se trasladó aquí… para huir de ese alguien?

Marina se rió con ambigüedad, se sonrojó y negó con la cabeza. El café caliente le quemaba la boca. Cogió una galleta y la desmigajó en los dedos.

—La gente hace preguntas, ¿sabe? Yo les digo que una mujer adulta tiene derecho a tener su propia vida. Su intimidad.

—Supongo que sí.

—¿Tal vez un ex marido? Mi hermana… ¡lo que tuvo que soportar con su ex! Un «mandamiento judicial», nada menos.

—Lo siento.

—Yo sí lo siento. Adivine quién tiene que escucharlo. —Beverly sonrió con tristeza ajustándose las gafas. Bajo las lentes bifocales sus ojos se movían como pececillos—. Con pelos y señales. Hay dos tipos de hombre: los que lo único que pueden «levantar» es el mando a distancia, y los que enloquecen y quieren matarte de «tanto» como te aman. —Beverly prorrumpió en fuertes risotadas.

Marina oyó su propia risa a la zaga de la de Beverly, como un vehículo de menor tamaño a la zaga de un vehículo mayor que circula a gran velocidad, descontrolado. Beverly añadió con tono de persona sagaz—: Usted tiene la televisión conectada, ¿verdad? Sé que hay un aparato en la casa. Uno muy bonito.

—Sí.

Pero ¿era cierto? Marina no lo recordaba.

—La recepción no es tan buena como en la zona de Nueva York. Aquí, en las montañas, se necesita una antena parabólica. Como la que nosotros tenemos.

Marina asintió, era lo más sensato. En determinando punto de esta conversación extrañamente intensa se transmitiría suficiente prudencia y la mujer mayor dejaría en paz a la más joven. Marina parpadeó. ¡Qué cansada estaba! Aquella mañana se había puesto a trabajar temprano, en un amanecer gris como la pizarra, le había desesperado todo cuanto había logrado hacer durante el día y empezaba a temer que estuviera engañándose y decepcionando amargamente a Adam. ¿Cómo había podido imaginar que ella sería capaz de «restaurar», de «adivinar»?, ¡qué disparate!

Beverly, que percibía que los pensamientos de Marina se alejaban de ella, los recondujo con su actitud alegre-mandona.

—¡Marina! Compró esa casa maravillosa directamente al señor Berendt, ¿verdad? Sin ningún agente.

Marina vaciló.

—Sí.

—¿O el señor Berendt la había puesto en manos de un agente de New Jersey? Nunca lo he sabido.

—No. No lo creo.

Beverly hizo un enigmático gesto de asentimiento.

—Era un verdadero caballero. Pero no lo que se diría fácil de conocer. —Al ver que Marina no decía nada, apretó los labios y añadió—: Todos nos quedamos consternados al saber… que había fallecido del modo en que lo hizo. A los cincuenta y pico.

—Sí. Fue… inesperado.

—Claro que en los últimos años no veíamos mucho al señor Berendt. Tenía una vida ocupada en otros muchos lugares, me parece. Cuando venía a Damascus Crossing era para pasar algún fin de semana. Nunca cazaba o pescaba, y nunca venía en invierno a esquiar. Casi siempre venía solo. Un verano se quedó un mes, ¿era escultor? ¿Eso era?

—Sí, escultor.

—Pero no de estatuas. Él no hacía estatuas de gente. Era más bien lo que se diría moderno. «Abstracto.» Difícil de entender. —Beverly suspiró. Había estado comiendo galletas con delicados mordisquitos, como una manera de no devorarlas mientras Marina miraba, y tenía migas sobre el amplio pecho—. Me pregunto qué hace que a un hombre le gusten esas cosas. Claro que un gran artista, como Picasso, gana dinero.

Marina sonrió. ¿Adónde iría a parar aquello? Se sentía intranquila y esperanzada al mismo tiempo. Beverly había conocido a Adam Berendt en una época en que Marina no le conocía; un Adam más joven, remoto ahora en el tiempo. Beverly bajó la voz como si temiera que alguien la oyera y añadió:

—Había algo triste en aquel hombre, ¿no cree? En su rostro. Su ojo ciego, y el otro ojo, que parecía tan penetrante, como si te viera por dentro. Una vez fui y le pregunté directamente, yo soy así a

veces, le pregunté por su familia, si tenía hijos y… ¿sabe qué me contestó?

—¿Qué le contestó?

—Dijo: «No y sí».

—«No y sí», ¿qué significa eso?

Beverly se rió con tristeza.

—Ojalá lo supiera, Marina.

Con qué claridad Marina podía oír a Adam Berendt decir a aquella mujer «No y sí». Queriendo decir que no tenía hijos propios, pero sí tenía hijos en otro sentido.

Beverly comentó:

—Le gustaban los perros.

—¿Ah, sí?

—Tenía un perro muy bonito. Pastor. Uno de esos viejos lazarillos. —Como Marina no dio muestras de entender, Beverly explicó—: Ya sabe, perros para ciegos. Solo los utilizan unos años y después los «retiran». Solo quieren perros jóvenes. De modo que puedes conseguir uno viejo; son excelentes animales de compañía. Se pueden conseguir en un lugar como Stroudsburg. El señor Berendt tenía uno cuando venía por aquí, a veces. Pero se mueren. Más o menos jóvenes. Un pastor es un perro grande, y los perros grandes no viven tanto como los pequeños, es así. Me pregunto por qué.

Marina meneó la cabeza lentamente. Se sentía un poco mareada por todo aquello, como alguien que no puede salir de un coche que va a toda velocidad, obligado a escuchar la rápida charla de su conductor.

—Si te encariñas con el perro es una tragedia. Sientes apego.

—Sí, lo sé.

Marina entrecerró los ojos: veía a Adam, en pantalones cortos, las musculosas piernas bronceadas y peludas, agachado para abrazar a Apolo, y el perro le lamía profusamente la cara. Había sentido una ridícula punzada de celos al ver que Adam se atrevía a mostrar su afecto, su ilimitado e infantil afecto físico, a uno de sus perros. Tocar a Marina Troy de aquella manera le habría resultado imposible.

Marina sentía en los ojos el escozor de las lágrimas y disimuladamente se las enjugó.

Beverly Hogan, con su aguzada vista, lo vio, claro. Posiblemente había estado empujando a Marina hacia este momento. «Ahora lo sé: le amabas. Y no le conocías mejor que yo, zorra engreída.»

Marina miró su reloj. Esperaba que ahora la mujer la dejara libre, que pudiera marcharse. El cielo por encima de las montañas era una alarmante masa de cardenales; el aire sabía a nieve. Beverly la acompañó a la puerta invitándola a pasar a tomar café o un refresco, o a comer, cuando quisiera, en su casa, que estaba cerca, y a que pensara en serio lo de instalar el teléfono. Marina murmuró vagamente que lo haría. Veía las achaparradas piezas de Adam sin terminar esperándola en la parte trasera de la casa de piedra, como embriones abortados, reprochándole que no consiguiera darles vida.

Beverly estaba diciendo, con la voz cálida por el recuerdo:

—Una vez llevé a Adam Berendt a la subasta de una granja. La hermosa vieja ruina de una casa grande de ladrillo junto al Delaware. Compró algunas cosas. Llevaba dinero en la cartera. Una de las cosas que compró fue este anillo. —Lo acercó a la cara de Marina, una amatista oscura en un intrincado engaste de plata; lo llevaba en el dedo medio de la mano derecha, entre otros anillos menos llamativos.

Marina dijo con calma:

—Es bonito.

—Sí. —Beverly siguió tendiéndole la carnosa mano, mirando el anillo con el entrecejo fruncido, esbozando una dura sonrisa de satisfacción—. Todo el mundo lo dice, que jamás han visto otro igual.

«Por qué cuando estoy dentro de esta casa de piedra, a la que ya amo, no logro recordar qué aspecto tiene por fuera. Y cuando estoy fuera no logro recordar qué aspecto tiene por dentro.

»Por qué no paro de perderme. Las cosas que hay en la habitación trasera se mofan de mí.

»Las vistas que se ven desde las ventanas no parecen formar parte del mismo paisaje.

»El monte Rue ha estado días perdido en la neblina.

»El aliento se me queda atascado en la garganta. La cosa caliente, peluda y pesada que por la noche se me posa en el pecho. El hocico húmedo contra mi boca. Sorbiendo.»

4

Con todo, había días buenos. ¡Días muy buenos!

No era una locura lo que estaba intentando. Lo veía con claridad, sí, había hecho progresos. Las últimas doce semanas.

Se levantaba temprano y se sentía llena de energía, de inspiración, de esperanza. Se desprendía de las dudas de la noche, se salpicaba la cara con agua fría y se sonreía a sí misma. «¡Marina,

querida!» La alentadora voz de Adam. En el estudio trabajaba toda la mañana, hasta primera hora de la tarde, se negaba a desanimarse, se negaba a desesperarse, era cierto que iba a tientas e insegura como una mujer ciega; sin embargo, poco a poco la mujer ciega encontraba el camino.

De pronto oía unos leves arañazos en una de las ventanas detrás de ella, al otro lado de la habitación. Como uñas o garras contra el cristal. No era un ruido fuerte, sino más bien tímido, interrogador.

«¿Marina? ¿La casa de quién?»

Y a veces, mientras trataba de concentrase en la lectura, se distraía al oír ruidos justo arriba. Tablas del suelo que crujían, casi imperceptiblemente. Había cerrado aquellas habitaciones para pasar el invierno, por supuesto que no había nadie allí.

Una noche oyó voces en la cercana distancia, procedentes de la dirección del granero. Mezcladas con el viento. ¡El viento! Últimamente siempre hacía viento. Marina meneó la cabeza para despejarse, aturdida. Había estado leyendo el ejemplar de Adam de *Pensées*, de Pascal, y sentía la proximidad de Adam Berendt como hacía tiempo que no sentía, su voz serena cavilosa, burlona pero bondadosa. «Una simple nimiedad nos consuela, pues una simple nimiedad nos inquieta», había subrayado en tinta roja, y en el margen de la página había anotado: «¡Sí!». Y algo que hizo sonreír a Marina: «Toda la infelicidad del hombre deriva del único hecho de que no puede permanecer en silencio en su propia cámara». Pero de algún lugar del exterior le llegaron risas ahogadas, la tos de un hombre. Y silencio.

De repente Marina sintió los párpados pesados, el libro se le escurrió de los dedos y cayó con fuerza golpeándole el tobillo y

despertándola bruscamente.

Una mañana la vio: la criatura de pelaje oscuro de la noche.

La cosa que se posaba sobre su pecho por la noche. Tan cálida, tan seductora. Reconfortante y asfixiante.

Estaba completamente inmóvil. Recortada su silueta contra las grandes piedras de color arcilla, en la luz blancuzca de noviembre. Un gran gato con intrincadas manchas, demasiado grande para ser un gato doméstico corriente, un gato salvaje o un lince, con las orejas copetudas erguidas, el rostro plano como de lechuza, bigotes claramente visibles y ojos castaños, alerta. Marina se encontraba en la cocina y se agachó para observar a la criatura a través de la ventana. Su corazón quedó prendado de su belleza. El modo en que el viento ondulaba su pelaje. Un pelaje oscuro como la caoba, que sería suave al tacto. Y la cola, de color humo, de aspecto plumoso. «Busca la manera de entrar. Sabe lo que quiere.» Al cabo de un momento el gato se encaminó por entre las hojas caídas hacia la casa, Marina lo oía, también este era un ruido que oía con frecuencia por la noche. Qué ágil era el gran gato, qué sigiloso; no trotaba como harían un perro o un lobo, sino que se deslizaba con extraña gracia; su cabeza y su cuerpo permanecían al mismo nivel mientras sus ágiles patas se movían. Casi había algo propio de los dibujos animados y cómico en este movimiento de las patas mientras el cuerpo permanecía al mismo nivel como si no se moviera. «El modo en que se mueve por la noche. Nadie lo ve.» Marina siguió al gato, que dobló la esquina, y en una ventana del comedor levantó rápidamente la cabeza, el gato debió de verla, pues sus ojos parecieron mirarla con ferocidad, y al cabo de un instante había

dado media vuelta y echado a correr hasta desaparecer en el bosque. «Maldita sea.»

La hermosa criatura de pelaje oscuro había ido a la puerta de Marina y, como una tonta, ella la había ahuyentado.

Puso pedacitos de pollo en la escalera de atrás, en un plato de aluminio. Al cabo de unas horas ya no estaban.

Lo llamaría Noche. Porque su pelaje era tan oscuro, incluso a plena luz del día, que era evidente que se trataba de una criatura de la noche. «Lo que vemos de ella durante el día no es del todo ella.»

Parecía explicárselo a Adam. Él fruncía el entrecejo, sin asentir ni negar. Con Adam nunca se sabía. Tenía aquel lado tan racional, tan cuerdo; dado a las argumentaciones en provecho de la verdad, como su maestro Sócrates; sin embargo, estaba el otro lado de Adam, del que Marina nada había sabido hasta después de su muerte, el lado izquierdo del secreto, la oscuridad y las mentiras, la riqueza inesperada y los cupones del casino de Las Vegas, y lascivas fotografías y nombres falsos, cuántos falsos nombres habría utilizado, y exactamente para qué sirve, si te paras a pensarlo, un nombre falso…

Lo llamaría Noche.

5

En la caja tubular de M. Troy en la oficina de correos de Damascus Crossing el correo se acumulaba, la mayor parte reexpedido. Uno de los sobres reexpedidos llevaba el remite ABERCROMBIE, CAVANAGH,

KRULLER & HOOK, ABOGADOS. SHAKER SQUARE, 1. SALTHILL-ON-HUDSON (NUEVA YORK). Marina tuvo tiempo de preguntarse, como muchos nos preguntamos, por qué los nombres de los abogados juntos suenan como el texto de un chiste.

«¡Oh, por qué!»

Metió apresuradamente el sobre con otros en su bolso de correa larga, o quizá en un bolsillo de su chaqueta caqui; las mejillas le ardían como si la hubieran abofeteado. ¿Por qué el hombre se empeñaba en ponerse en contacto con ella? Marina había renunciado a su función de albacea personal de Adam Berendt, en su lugar habían contratado a un ayudante de Roger Cavanagh, seguramente no había ninguna razón oficial para que Roger le escribiera.

Marina se fue a casa, irritada. Suponía que, si Roger Cavanagh la estaba persiguiendo, era para vengarse de ella. Algún día. «Hará que le ame, me seducirá para que haga el amor con él y entonces, triunfante, me repudiará. Lo sé.» Sin embargo ocurrió esto, muy extraño: cuando Marina regresó a casa y sacó sus cosas del bolso y vació los bolsillos sobre la mesa de tablones de la cocina, aunque estaba el resto del correo, faltaba el sobre de Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook.

Marina lo buscó en el jeep, en el sendero, entre las hojas caídas junto a la puerta de la calle, el maldito sobre de Salthill que ella no quería y, al no quererlo, de alguna manera había hecho que desapareciera, y por supuesto ahora se sentía culpable y llena de remordimientos, pues quizá se estaba comportando de un modo irracional al detestar a Roger Cavanagh, sus ojos hambrientos sobre ella, el dolor en su rostro cuando ella le pegó, furiosa, oh, jamás lo

olvidaría, qué vergüenza, qué manera de dejar al descubierto el desatado apetito animal de Marina, y la forma en que le había arañado, en su desdicha sexual, jamás lo olvidaría, jamás se lo perdonaría.

Y jamás encontraría el sobre.

Se produjo una helada repentina. Una incrustación de una fina capa blanca en las altas hierbas inclinadas y en los montones de hojas muertas. Había en el aire algo cortante, una especie de apremio.

Junto a la puerta trasera, los restos parcialmente devorados de un conejo joven. Le faltaba la cabeza, tenía el torso desgarrado. Cuando Marina lo vio, y el rastro de sangre en el hielo, imaginó que se trataba de un animal herido que se había arrastrado hasta la casa en busca de ayuda. Cuando miró más de cerca, comprendió: «Claro, es una presa. Los restos de una presa.»

La embargó la pena. Puede que experimentara una pizca de pánico. Envolvió con papel de periódico la pobre carne mutilada y se la llevó para esconderla detrás del granero.

(Sin embargo, dejó un recuerdo. Parte de una hoja de periódico manchada con la sangre del conejo. Qué significa este diseño. Grabado en papel impreso. Igual que el papel impreso es lenguaje grabado en papel.)

Noche, el depredador.

Noche, que le traía aquella presa ensangrentada.

Noche, ¡que era imprevisible! No se le podía llamar ni mantener lejos.

Noche, con ojos leonados. Noche, con dientes afilados. Noche, el carnívoro, cuyo hocico olía a sangre. Noche, que le saltaba sobre el pecho. Noche, el peso peludo que le apretaba los suaves pechos contra la caja torácica. Noche, no podía levantar los brazos para ahuyentarlo. Noche, que la hacía gemir suavemente, con un nudo en la garganta. Noche, cuyo hocico ella temía, húmedo, bigotudo, pegado a su boca entreabierta, sus labios resecos, en la parálisis del sueño, el horror de Noche sorbiéndole el oxígeno.

6

«Solo respirar. Ver el cielo.»

Estaba inquieta. Conducía sin rumbo por las carreteras de montaña. Carreteras con nombres desconocidos. Evitando las carreteras con tráfico, evitando los tramos con establecimientos comerciales: ÁREA DE ESQUÍ BUCK HILL. GANGAS: VACACIONES EN LOS POCONO, MOTEL TIMBER HILL. Descendía en espiral hacia el río. Pequeñas ciudades diseminadas en sus orillas, cuyos nombres le intrigaban: Dingmans Ferry, Bushkill, Welshtown, Shoemaker, Echo Lake. «Nombres románticos, Adam.»

Aunque aquellas pequeñas ciudades nunca eran tan románticas como sus nombres.

Se paraba para tomar fotografías. Montañas, cielo, el río Delaware. La luz plomiza sobre el río. Y el río agitado, sinuoso. Como un organismo vivo. Entrar en él era mortal. A Marina le fascinaban las formaciones de piedra caliza que se elevaban por encima de su cabeza, verticales, abruptas, toscas y húmedas, afiladas como

gigantescas garras. «Cascada de los Hilos de Plata. Qué nombre más bonito, Adam, ¿verdad?»

Marina tomó fotografías de fábricas de guantes, textiles, de conservas, abandonadas mucho tiempo atrás junto al río.

—Qué bellas son. No del tipo de belleza que llama la atención, sino…

«Déjame, Marina, cariño. Soy un hombre muerto, lo sabes.

»Pero yo no estoy muerta, Adam. Ten fe en mí.»

«¿Estoy celosa? No.»

Probablemente la piedra del anillo no era una amatista.

La astuta Beverly Hogan no había afirmado que lo fuera.

Era hermoso, y a todas luces un anillo antiguo. Pero de no más de un siglo. Probablemente lo que Marina había tomado por amatista no era más que atractivo cristal morado cortado de modo que pareciera una piedra preciosa. Comprarle el anillo a Beverly Hogan en la subasta de una granja, qué típico de Adam Berendt, uno de los actos de generosidad impulsivos de aquel hombre.

Aun así Marina no tenía ganas de volver a County Line Realty. Todavía no.

—¡Señorita Troy! ¿Cómo está?

«Cómo está.» Marina no tenía ni idea, pero siempre sonreía e indicaba moviendo los labios en silencio: «¡Bien!».

El saludo era entusiasta, con un matiz latente de agresividad, de insolencia. Un cruce entre un canto tirolés y una agresión sexual con un arma contundente. Cada vez que Marina detenía el jeep en la Pryde’s Gas & Auto Repair para poner gasolina y bajaba la ventanilla,

se preparaba para ello. Pues ahí llegaba el joven-viejo RICK (nombre cosido en el peto de su mono de trabajo manchado de grasa), con sus ardientes ojos resentidos, arrastrando la pierna mala y saludándola a voz en grito:

—¿Lleno, señorita Troy?

—Sí. Gracias, Rick.

A menos que Marina comprara la gasolina en otro lugar, lo cual resultaba incómodo, tenía que soportar a Rick Pryde. Este ahora le fascinaba. Y, por supuesto, la intimidaba. Beverly Hogan le había advertido que los Pryde sabían por percepción extrasensorial si comprabas gasolina o llevabas el coche a reparar a otro sitio, y te hacían saber que lo sabían; era el modo en que en Damascus Crossing todo el mundo lo sabía todo de los demás, para bien o para mal.

Marina tenía la impresión de que Rick estaba siempre acechando tras las ventanas empañadas de la gasolinera cuando ella detenía el coche junto a los surtidores de gasolina. (También parecía saber que Rick la observaba cuando efectuaba sus escasas y furtivas llamadas telefónicas en la cabina.) Rick había quedado tullido en circunstancias misteriosas, tenía una pronunciada cojera y cicatrices de quemadura. «Como las de Adam. Pero le desfiguran mucho más.» Tenía una sonrisa alegre, grandes dientes torcidos y manchados de nicotina, un poblado bigote oscuro y caído, y una larga barba que escondía un mentón pequeño. Rick nunca se daba prisa para servir a ningún vehículo, aunque se las arreglaba para dar una impresión de cortesía diligente, formal y decidida. Rick sonrió y emitió un gruñido para indicar el empeño que ponía en limpiar el amplio parabrisas de Marina y el retrovisor exterior con un trapo que

dejaba manchas de grasa en el cristal. Siempre masticaba un gran trozo de algo muy jugoso que le obligaba a pararse a menudo y escupir, con aire de concentración, un chorro de líquido marrón que podría ser ácido; después se secaba la boca con el dorso de la mano, sucia y de nudillos grandes, sonriendo a Marina, que deseaba desviar la vista pero no podía hacerlo. Marina se preguntaba si aquel hombre joven-viejo, de ojos feroces, era hijo o hermano menor del propietario de la gasolinera, el taciturno Pryde mayor.

Una tarde, mientras Rick ponía gasolina al jeep de Marina, dijo de forma inesperada:

—Veo que algunas veces mira mi cara desfigurada, señorita Troy. Y mi pierna. Debería explicarle cómo llegué a este estado, supongo. —Se rió afablemente al ver la expresión de incomodidad de Marina. Era evidente que disfrutaba con el poder que tenía sobre ella. Le contó que era la única víctima del condado de Damascus de la guerra del Golfo. Había sido francotirador de los marines.

Los francotiradores de los marines eran lo mejor de lo mejor, pero había que pagar un precio por ser lo mejor de lo mejor, y él lo había pagado y lo estaba pagando. Le habían sometido a cirugía plástica en la cara y a seis operaciones en la pierna, y si Marina estaba pensando, demonios, que aquellas operaciones no sirvieron de nada, se equivocaba, porque se hallaba en un estado mucho peor antes de que le operaran, entonces ni su propio perro lo habría reconocido.

Rick preguntó a Marina con aire desenvuelto y malicioso si recordaba las fechas de la guerra del Golfo.

El rostro de Marina enrojeció. Se le quedó la mente en blanco.

¿Hacía una década? ¿O más? En los noventa.

Rick mostró sus dientes descoloridos en lo que quería parecer una sonrisa y dijo:

—No se apure, señora, nadie lo sabe. Excepto los pobres desgraciados como yo y sus padres. Y los iraquíes. Ellos lo recuerdan, supongo. —Rick se rió, travieso. Masticó lo que tenía en la boca, se inclinó un poco y escupió entre sus botas, se dio un golpecito en el bigote manchado y siguió sonriendo a Marina—. De enero de 1991 a marzo. Las fechas.

—¿Tanto tiempo hace? —Marina suspiró.

—Apuesto a que no adivina mi edad.

Era un reto. Marina se rebulló, incómoda. Rick era un muchacho y un hombre ajado de edad madura. Si le mirabas, en la calle, al pasar, y te fijabas en su piel escabrosa y en su pronunciada cojera, tal vez pensaras que tenía cuarenta y cinco años.

—¿Treinta?

Rick hizo una mueca. Sonrió un poco.

—Se ha acercado bastante, señora. Tiene buena vista. Pero calcule, 1991, qué edad tendría entonces.

—¡No! Parece joven.

—Bueno, no lo soy.

Rick se echó a reír. Los números en el surtidor de gasolina giraban. Marina se preguntó, incómoda, cuánto duraría aquel interrogatorio.

—Lo siento, Rick. Debe de haber tenido muchísimos dolores…

—El dolor es lo de menos, señorita Troy, pero bueno, no me quejo; estoy vivo y estoy aquí. No puede decirse lo mismo de algunos de mis compañeros más próximos. —Hizo un gesto con la boca, como si fuera a escupir, pero no lo hizo, de momento.

—Lo siento. —No era adecuado, pero fue lo único que Marina pudo decir. Las palabras se le quedaron atascadas en la boca.

Rick se encogió de hombros.

—Supongo que éramos un poco creídos. Nuestro lema era: «Ponednos donde queráis y pondremos la bala en la cabeza a ochocientos metros». —Se interrumpió para ver el efecto que este comentario producía en Marina, que hizo la mueca que cabe esperar de una mujer sensible—. Pero, bueno, eso ya es historia.

Rick se quitó la sucia gorra y se pasó la mano por su pelo negro en un gesto rápido y enérgico. En aquel instante Marina sintió una punzada de algo parecido a la atracción sexual, una sensación que no experimentaba desde hacía meses. Hasta aquel momento no parecía haberse dado cuenta de que Rick, con su mono de trabajo manchado de grasa, sus ojos y piel chamuscados, era un ser sexual, no mucho más joven que Marina; y él se enorgullecía de este hecho exhibiéndose ante una mujer.

Al fin los números del surtidor de gasolina empezaron a ir más despacio. Rick dijo, pensativo, como si el tema fuera natural:

—Esta mala costumbre la adquirí en el Golfo, tratando de mantenerme despierto durante largas horas, ¿sabe lo que hacíamos?: frotarnos tabaco en los ojos. —Hizo un gesto como si se lamiera el dedo índice y luego se lo acercó al ojo. Marina hizo otra mueca y Rick se rió, complacido—. No, señora. No estoy desesperado; ahora no.

Por fin el depósito de Marina estuvo lleno. La cantidad a la que ascendía la compra era desconcertantemente elevada. Marina pagó en billetes, y Rick contó el cambio con brío, ahora todo negocios.

Preguntó con naturalidad:

—¿Vive usted en Mink Pond, señora? ¿En la casa de piedra? Antes era del señor Berendt, ¿verdad? Pryde tiene un servicio para despejar senderos. —Rick explicó que eran cuarenta dólares cada vez si se contrataba con antelación, pero si los clientes esperaban hasta que los caminos estuvieran cubiertos de nieve y llamaban entonces, eran cincuenta. Pryde solo lo hacía si había una acumulación suficiente, dijo Rick con énfasis, como si hubiera servicios de retirada de nieve que no fueran así—. Ponemos mucho cuidado en eso, señora. Si en un invierno normal pongamos que se lo hacemos diez veces, pagaría quinientos dólares si no lo hubiera contratado de antemano, pero si lo hubiera hecho solo serían cuatrocientos. Además, no se encontrará en ninguna situación de peligro en el bosque si contrata ahora el servicio.

Una camioneta se detuvo detrás de Marina junto al surtidor de gasolina. Ella se apresuró a decir:

—Buena idea, Rick. Iba a preguntarle por su servicio de retirada de nieve, mi sendero tiene casi un kilómetro de largo y es difícil de…

—No, señora. No tiene más que cuatrocientos metros. Aun así realmente se podría quedar bloqueada. Lo he visto. —Rick habló con aire siniestro.

Así que Marina contrató el servicio de retirada de nieve de Pryde para tener el sendero despejado durante todo el invierno. Con el tiempo pensaría que esta había sido una de sus decisiones prácticas y sensatas, entre otras que no eran ninguna de las dos cosas.

Varias noches más tarde, el 2 de diciembre, hubo la primera nevada importante de la temporada. Durante todo el día Marina observó con intranquilidad las partículas de nieve que caían tras los cristales, empujadas contra el lado norte de los árboles; rogaba que

no se fuera la luz, y por la noche encendió la chimenea y se acurrucó junto a ella, con un libro en la mano, aguardando.

A medianoche la nieve dejó de caer; se habían acumulado menos de ocho centímetros. El servicio de retirada de nieve de Pryde no apareció.

7

La caída de la noche. No el día. La silueta del gato de pelaje oscuro se recortaba contra la nieve. Marina miraba por la ventana, como si la criatura la hubiera llamado por su nombre.

Qué cortos eran los días. Un pedazo de nube iluminada rodeada de gigantescos nubarrones de tormenta. Prácticamente no había sol.

«¿La humanidad podría imaginar un sol si nunca hubiera existido?»

Pero estaba la noche, en la que se podía confiar. Estaba Noche.

La criatura de nieve fuera de su ventana. Ahora, en invierno, su pelaje era más espeso y lustroso. Orejas encopetadas, rostro plano de lechuza, ojos relucientes como reflectores. «Marina. ¡Marina!»

«Debo de sentirme muy sola. Estos espejismos…»

El pelo en la cara al agacharse junto a la ventana. Se arrastró como un torpe animal por el dormitorio a oscuras hasta la habitación contigua, a otra ventana, se agazapó junto al alféizar, esperando seguir al gran gato mientras este rodeaba la casa. Si hacía algún gesto descuidado, Noche desaparecería.

Pero la despertó del sueño algo que se abría camino sigilosamente entre las hojas muertas, que habían sido arrastradas por el viento

contra la casa.

Marina dejaba trozos de carne para el gato. Aunque probablemente los mapaches llegaban antes. Esperaba detrás de una cortina para ver acercarse a la criatura, pero no acudía ninguna, al menos mientras ella estaba observando; sin embargo, por la mañana la carne había desaparecido, los platos de aluminio estaban tirados a un lado como basura. Y en lugar de la comida encontraba el cuerpo semidevorado de un conejo o una ardilla. Restos de carne ensangrentada del tamaño del puño de un hombre; qué curioso, habían extraído el corazón y los órganos internos como con precisión quirúrgica y los habían dejado en la nieve, junto al cuerpo, donde llamaban la atención. A veces Marina sentía náuseas, pero siempre miraba. Noche lo dejaba para ella.

Mientras tanto en los alféizares de las ventanas de la vieja casa de piedra, llena de corrientes de aire, se acumulaban las cosas de Marina.

La mariposa nocturna con las anchas alas de bellos dibujos. Esqueletos de pájaros delicados como encajes. Botones sacados de las rendijas de las tablas del suelo. Un sonajero de madera, los ojos de cristal verde de la muñeca. Papeles de periódico manchados con dibujos del color de la herrumbre como constelaciones distantes. Y más cosas pequeñas, sin valor, que llamaban la atención de Marina y le llegaban al corazón.

Era un pájaro que se construía el nido con materiales que encontraba cerca. Era una rata, codiciosa y astuta.

En el aire helado de primera hora de la mañana, cuando el aliento formaba vaho, Marina tomaba fotografías de las cosas que habían dejado para ella en la nieve detrás de la casa. Le parecían

ensangrentados fetos mutilados. Una burla de su falta de hijos.

Feo, obsceno, lastimero era el sufrimiento de estas indefensas criaturas;

Marina entrecerró los ojos aunque estaba decidida a tomar las fotos, porque le parecía que era una especie de destino.

También fotografió, fascinada, las huellas del gato salvaje en la nieve, entre el rastro de sangre.

Estas cosas las acumuló Marina Troy durante el invierno que pasó en la vieja casa de piedra, sencillas fotografías Polaroid cuadradas en los alféizares de las ventanas, ¿con qué objeto?

Noche, Marina jamás tomaría fotografías.

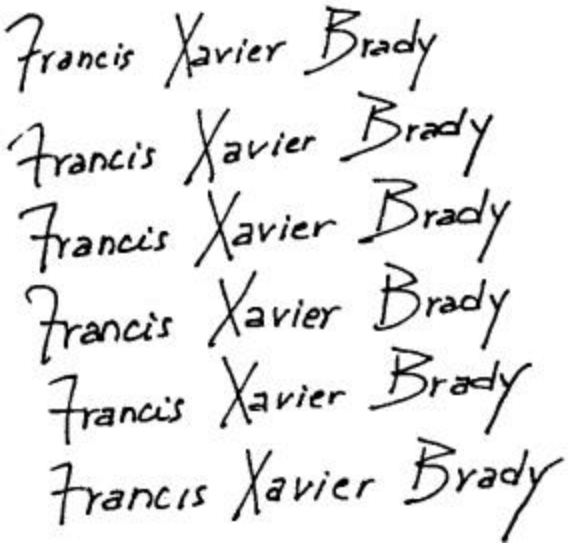
Un día, en el granero, mientras buscaba materiales para las esculturas de Adam, descubrió una caja llena de papeles mohosos.

Era una cajita de cartón escondida entre desvencijados muebles de jardín, cubierta de telarañas y excrementos de ratón. La mayoría de los papeles parecían descoloridas hojas de ordenador con columnas de cifras impresas. ¿Extractos bancarios? Si pertenecían a Adam Berendt, no había nada que le identificara. Al final Marina encontró un nombre en otro documento: Ezra Krane. Le sonaba de algo, aunque Marina no recordaba de qué. En la parte superior de una hoja con el membrete «Hacienda de Canadá. Declaración de cantidades pagadas o debidas a no residentes de Canadá» había otro nombre que también le sonaba: Samuel Myers.

Marina siguió revolviendo los documentos, pocos de los cuales tenían gran interés, hasta que por casualidad vio una hoja de papel rasgada escrita con una letra que le resultaba conocida.

¡La letra de Adam! Marina la reconocería en cualquier parte.

Sin embargo, el nombre, la firma le eran desconocidos:



repetido en una columna que llenaba toda la página.

¿Por qué? ¿Por qué Adam iba a firmar con otro nombre?

«¿Adam? ¿Eras… "Francis Xavier Brady"?»

«Si lo era, guarda el secreto.

»Quién era Brady, de dónde era Brady, Adam no había querido que lo supiéramos.

»Si le amas, guarda su secreto.

»¿Sí?»

Marina rompió el papel en pedazos. Aunque recordaría el hombre de Francis Xavier Brady como si el propio Adam se lo hubiera revelado.

8

Una mañana de un frío intenso, Marina se trenzó el pelo de forma descuidada, se lo enrolló en la cabeza, muy tenso, lo aseguró con horquillas y se caló hasta los ojos un gorro de lana. Pálida, fea y con aspecto de persona competente, con sus pantalones, botas, chaqueta caqui forrada de vellón. Le gustaba el alivio que le producía ser asexuada; a primera vista parecía cualquier hombre joven del condado de Damascus conduciendo un jeep. Cruzó la ciudad con el coche y salió a la autopista después de la estación de esquí de Timber Hill, donde, cuando hacía buen tiempo, desde la carretera se veía a los esquiadores deslizarse por las deslumbrantes laderas blancas sin temer los accidentes, las lesiones. Marina envidiaba el valor y la alegría de aquellos forasteros, pues a ella le parecía que la vida requería casi demasiado valor y que no había tiempo para el juego. Se hallaba en un estado de ansiedad. No progresaba mucho con las esculturas de Adam y ¿por qué? ¡Cuánto deseaba completarlas! Había pegado fotografías de los mejores trabajos de Adam en las paredes, pero esas imágenes no le inspiraban. Se sentía constreñida, intimidada, pues bajo el hechizo del trabajo de Adam ella solo podía imitarle; sin embargo, por supuesto, no podía imitarle abiertamente, no era esto lo que pretendía.

Las esculturas de más éxito de Adam eran recias, de aspecto poco delicado, aunque a los ojos de Marina eran combinaciones mágicas de elementos extravagantemente dispares. Fragmentos de metal, madera, plástico, tonos terrosos o transparencias, con toques abruptos, a veces discordantes. Podían ser esculturas caprichosas o podían ser de una belleza austera, podían ser feas a propósito, perturbadoras. La intención de Adam era que parecieran hechas al azar, pero Marina sabía que en su creación no había nada azaroso.

En el cementerio de coches Shawnee, Marina preguntó al propietario si podía echar un vistazo.

—Mi esposo es escultor y me envía a buscar materiales —dijo, y el propietario, de cuello como un toro, la miró con curiosidad.

—Aquí no tenemos suministros para «esculturas».

Marina repuso:

—No quiere suministros, solo cosas. Cualquier cosa.

El propietario se encogió de hombros y dijo a Marina que podía mirar todo lo que quisiera. Marina advirtió que el hombre la observaba desde la caravana que le servía de oficina mientras ella recorría el lugar. Intentaba «ver» con los ojos de Adam. Había tenido una semana de días frustrantes pero ahora, al aire libre, se sentía optimista.

Era la semana de Navidad. Una semana de desenfrenado optimismo estadounidense. Aunque Marina no la celebraba y le desagradaba esa tiránica fiesta, sentía el optimismo de la Navidad en el aire. Incluso el cementerio de coches Shawnee estaba decorado con feo oropel y un Santa Claus de plástico de vivo color rojo sobre la cubierta de la caravana.

«Adam, ¿qué te parece bien? ¿Qué te gusta?»

Eligió piezas de metal retorcidas y descoloridas de vehículos siniestrados. Un faro roto, una alfombrilla manchada, un cambio de marchas. Placas de matrícula muy oxidadas. Muñequitas Kewpie colgadas de espejos retrovisores, tiesas de tanta mugre. Pomos, picaportes, fragmentos de espejo. Cuanto cristal roto había en aquel mundo, y cuantos fragmentos de espejos. El propietario de la chatarrería, que se llamaba Steve, salió y preguntó a Marina si necesitaba ayuda para llevar todas aquellas cosas al jeep, y ella se apresuró a decir al hombre que gracias pero no, podía hacerlo ella. Y era cierto: se había vuelto fuerte en su nueva vida más ardua. Cuando preguntó al hombre cuánto le debía, él le indicó con un gesto que nada.

—Solo son trastos, señora. Puede llevarse lo que quiera.

—Tenga al menos cinco dólares. Haga el favor.

El hombre frunció el entrecejo dando un paso atrás, como si Marina le hubiera ofendido sin querer; pero también ella estaba ofendida por el «señora», eso la distanciaba de la vida de aquella comunidad, la situaba como una forastera, peor que una turista. Se oyó a sí misma explicar a Steve que ella y su esposo vivían cerca, en Mink Pond Road, al norte de Damascus Crossing, en una vieja casa de piedra construida en los años veinte; se oyó a sí misma preguntar (¡pero por qué lo hacía!) si alguna vez había conocido a su esposo, Adam Berendt, y el hombre negó con la cabeza; no, creía que no. Steve era más joven que Adam, pero tenía la complexión robusta y piel escamosa, de aspecto quemado, de Adam.

—Seguro que le conoció, hace unos años —insistió Marina—; venía aquí a buscar cosas. Adam Berendt, el escultor.

—¿Berendt? —Steve frunció el entrecejo como si hiciera serios esfuerzos por recordar, pero al final negó con la cabeza—. Me parece que no, señora. Lo siento.

Al conducir hacia casa Marina se preguntó: ¿por qué le había importado tanto que el propietario del cementerio de coches recordara a Adam?

«¿Qué me está pasando?»

Las ventas prenavideñas en la librería Salthill iban «bastante bien», «algunos días animados, casi», «no demasiado mal, después de todo». (Marina se preguntaba: después de todo qué.) Molly Ivers informaba alegre de que tenía que tener la tienda abierta hasta las siete de la tarde, a veces hasta las ocho. Sin embargo, incluso su voz alegre sonaba crispada. Marina, que deseaba creer en el entusiasmo de la joven, sintió una punzada de desaliento. «¿Estamos perdiendo dinero? ¿Vamos a la bancarrota?» La librería, como la ciudad de Salthill y sus alrededores, se había vuelto remota para Marina, como una parte anestesiada del cuerpo; sin embargo, ella sabía, sintiera dolor o no, que podría haber dolor que sentir. La maldita —«pintoresca»— librería era su medio de vida, a menos que rápidamente encontrara otro.

—Aquel hombre rudo, agresivo, que solía venir a preguntar por usted, el abogado, Cavanagh, creo que se llama, ha dejado de venir. ¡Es una buena noticia, Marina, al fin!

9

Las ventas posnavideñas en Home Depot, Kmart, Wal-Mart, Sears, JCPenney, Discount King… Marina recorría los descomunales grandes almacenes como un fantasma entre sólidas figuras de Brueghel. ¿Por qué aquellos estadounidenses eran mucho más reales que Marina Troy? Y había tantos, empujando carritos de compra rebosantes de mercancías, devolviendo regalos, efectuando emocionantes nuevas compras a precios «rebajadísimos». Aún sonaban villancicos en las tiendas, el espíritu navideño prevalecía. En enero llegaría la temporada baja, floja, pero todavía no había llegado.

Marina, propietaria de una casa, también estaba atenta a las gangas. No podía permitirse despreciar las rebajas. Artículos para la cocina rebajados un 40 por ciento, toallas en montones revueltos, botas de agua de mujer rebajadas el 50 por ciento, palas de nieve, ratoneras, cortinas de ducha, ropa interior, aparatos de televisión, restos de alfombras rebajados el 60 por ciento…

«Tiene que haber algo que quiera. Algo que necesite.»

A veces, en los grandes almacenes, a Marina le parecía ver a individuos que conocía. En el otro extremo de un atestado pasillo iluminado con fluorescentes estaba Beverly Hogan, con colorete en las mejillas y el pelo rubio ceniza reluciente como una peluca. En Wal-Mart, qué susto ver a Beatrice Avery, pero, por supuesto, no podía ser Beatrice, esta jamás habría puesto los pies en un Wal-Mart. Sin embargo, Marina veía hombres que se parecían a conocidos de Salthill, veía mujeres que se parecían a la espléndida Augusta Cutler, siempre de lejos. Las multitudes de compradores le impedían ver, niños que corrían chocaban bruscamente con ella, la

música navideña que sonaba por los altavoces le producía dolor de cabeza. Sí, veía a Adam Berendt en ocasiones. Entonces se quedaba mirando y sus ojos vacilaban. Adam Berendt, más corpulento, comprando en Sears con su robusta esposa de edad madura, parándose a mirar las baldosas de linóleo a precio «reducidísimo»… Marina se alejaba a ciegas.

«¿Me siento sola? No me siento sola.» En el aparcamiento entre Sears y Villa Mexicana, iluminada con estridencia, Marina vio a una pareja que discutía en serio, el enojado hombre joven era Rick Pryde —cabello oscuro largo y despeinado, bigote caído y barba—, con una chaqueta de satén rojo que llevaba un logo negro (lobo, lobuno) en la espalda; pero este Rick Pryde no cojeaba, y su voz era más aguda. La chica era joven, no tendría más de diecinueve años, con el semblante malhumorado; se parecía mucho a la cajera del 7-Eleven de Damascus Crossing con la que Marina intercambiaba palabras afables. La discusión parecía subir de tono rápidamente. Marina, que nunca discutía, Marina Troy, que pertenecía a una clase, y en Salthill-on-Hudson a una sociedad entera, en la que nunca se alzaba la voz en público, escuchaba con alarma y fascinación a la vez. Ningún hombre le había hablado, le hablaría, jamás de aquel modo, a Marina Troy. «Zorra… » «Maldita sea, no puedes… » «Oye, tú… » «No, oye tú… » «Vete a la mierda, escucha… » Marina estaba junto al jeep y abría la puerta del conductor despacio, distraída. Al parecer no encontraba los guantes y tenía los dedos helados. Hacía mucho frío, el suelo estaba cubierto de nieve sucia, por encima de las estridentes luces navideñas del centro comercial había un cielo nocturno dolorosamente despejado. Marina había ido al río Delaware y se había entretenido tomando fotografías, como en trance, y de

regreso a casa se había parado impulsivamente en el centro comercial de East Stroudsburg, sin prisa por regresar a la desierta casa llena de corrientes de aire de Mink Pond Road. Ahora, de forma inesperada, se había quedado escuchando a unos desconocidos que discutían. La furia sexual de los jóvenes le era desconocida. «No te impliques», se advirtió Marina aun cuando se situó donde el hombre pudiera verla, mirando en su dirección, pues ahora él había hecho retroceder a la chica hasta el coche y parecía estar retorciéndole el brazo; la muchacha lloraba y le pegaba de un modo que parecía, a ojos de Marina, peligrosamente provocador. Era una escena de una película o de la televisión, de un tipo que Marina Troy raras veces veía; sin embargo, se atrevió a hablar.

—Disculpen. ¿Ocurre algo? —Su voz sonó más fuerte de lo que ella creía—. ¿Qué pasa aquí?

El rostro vuelto hacia ella era una variante del rostro tosco, masculino, afligido de Rick Pryde, furioso porque le desafiaban.

—Esto no es cosa suya, señora. Será mejor que se ocupe de sus jodidos asuntos, señora. —Su voz estaba cargada de sarcasmo.

El corazón de Marina latía muy deprisa. Nunca se había comportado de aquel modo. Sin embargo, no podía darse la vuelta como si no ocurriera nada. Preguntó a la muchacha:

—¿Te ha hecho daño? ¿Necesitas ayuda?

La muchacha prorrumpió en sollozos más fuertes, de pronto se apartó del hombre de la chaqueta roja y corrió con torpeza hacia Marina. El hombre las maldijo a las dos, pero avanzó unos pasos tan solo y se detuvo, pues en el centro comercial había guardias de seguridad y no quería llamar la atención.

La muchacha suplicó:

—¿Podría llevarme, señora? Solo quiero salir de aquí.

Su joven rostro estaba húmedo, hinchado, enrojecido, y sus ojitos, muy juntos, manchados de rímel. Jadeaba, el pelo le caía sobre la cara. A Marina se le ocurrió preguntarse si ella y el hombre joven estaban casados.

«Qué estoy haciendo, ¡esto es un error!

»Pero Adam también se comportaba temerariamente. También él era valiente.»

Marina abrió la portezuela del jeep y la muchacha subió. Allí estaba Marina: la mano le temblaba tanto que le costó insertar la llave en el contacto, poner el motor en marcha y salir del aparcamiento mientras el hombre joven les gritaba:

—¡Hijas de puta! ¡Cabronas!

Era una escena de telefilme. Y Marina no tenía ni idea de cómo acabaría. Después recordaría que estaba alterada y calmada al mismo tiempo. Tal vez inadecuadamente calmada. Pero ¿cómo sabe uno cómo actuar, cómo comportarse, en semejantes circunstancias?, ¿cuál es la conducta apropiada? Vio la chaqueta roja, al hombre que gesticulaba furioso con el gran bigote y la barba, que las seguía brevemente, el rostro contraído por la rabia, abriendo y cerrando los puños. Luego Marina le dejó atrás y condujo el jeep por un camino de acceso lleno de piedras. Las luces del tráfico giraban hacia ella. Sin saber qué hacía se saltó un semáforo en rojo. Ahora conducía por una carretera del condado, con una chica, una desconocida, que sollozaba a su lado. La muchacha murmuró:

—Le odio. Le odio le odio le odio le odio. —Se golpeaba los muslos con los puños. Marina se ofreció a llevarla a casa, pero la chica pareció no oírlo—. Lo único que quiere ese hijo de puta, señora, es

hacerme daño, no aparecerá y la culpa será mía. Ojalá estuviéramos muertos los dos.

Marina conducía sin saber por dónde iba. No sabía qué hacer ni qué decir. Frente a semejante emoción. Parecía dirigirse al sur, hacia la ciudad de Stroudsburg, en la dirección opuesta a Damascus Crossing; eran más de las siete. ¡La muchacha, que no paraba de llorar, ocupaba tanto espacio! Era como si un bebé gigantesco se hubiera subido al jeep, ropa, llamativa y sexy, a punto de reventar. Caderas grandes, el rostro brillante y ancho como una luna, y cabello que parecía electrificado. La muchacha llevaba vaqueros de diseño con tachuelas, una elegante chaqueta de piel marrón claro abierta sobre un jersey amarillo barato que se ceñía a sus jóvenes senos; llevaba clavadas numerosas cosas metálicas en las orejas y lo que parecía una perlita en la ceja izquierda. Olía a humo de cigarrillo y a laca, cerveza derramada y angustia femenina. Discutir con su amante la había alterado, era evidente; tenía las pupilas y las ventanas de la nariz dilatadas. Marina oía su respiración ronca.

Otra vez preguntó Marina adónde quería que la llevara; sin embargo, terca, la chica no dio muestras de oír. Estaba encendida, indignada.

—Me ha hecho daño el muy cabrón. Usted lo ha visto, señora. ¡Tengo testigos! No tiene derecho.

Marina preguntó:

—¿Cómo te ha hecho daño?

—De diferentes maneras. De todas las maneras.

—¿Quieres que vayamos a la policía? ¿Quieres que paremos y llamemos a la policía y le denunciamos?

Entonces la muchacha se volvió para mirar a Marina. Su expresión era de leve asombro.

—¡Hostia, no! No, señora, nada de policía. —Con cara de asco añadió—: Él es policía, por el amor de Dios. Son sus hermanos.

Después Marina pensaría con calma: Podría localizarme por el número de la matrícula. «Si es policía, podría encontrarme si quisiera.» Sin embargo, en aquel momento no pensó en nada, salvo en la chica que lloraba a su lado.

Por fin pararon en una cafetería de carretera. La muchacha quería lavarse y hacer una llamada telefónica.

Era un local grande y ruidoso; sus clientes, mayoritariamente jóvenes; sonaba música de rock, muy fuerte, y el lugar estaba iluminado como un escenario. Se sentaron en un compartimiento del fondo, en el rincón. Marina jamás sabría dónde vivía la chica. Se llamaba Lorene, se negó a revelar más cosas.

—No será usted una asistente social o algo así, ¿verdad, señora? —Se mordía la uña del pulgar, frunciendo tanto la frente que la piel suave se le arrugó de un modo alarmante—. ¿No trabajará… para el condado?

Marina se rió.

—No, no. Soy una ciudadana particular.

—Pero no es de aquí.

—Sí. Vivo cerca de Damascus Crossing.

La muchacha negó con la cabeza en un gesto dubitativo. Como si nunca hubiera oído hablar de Damascus Crossing.

—No parece de aquí. Ni de cerca de aquí.

—Soy de Maine.

—¡Maine! Joder. —La muchacha rió con nerviosismo. ¿Maine era para ella un país extranjero? Tal vez una provincia de Canadá. Dijo —: Bueno, ha sido muy amable por su parte, señora, hacer esto.

—Por favor, llámame Marina.

Lorene frunció el entrecejo, pues no quería llamar por el nombre de pila a su benefactora. Como no se quiere llamar a un profesor del instituto por su nombre de pila. No era correcto, quizá era desagradable.

Casi con timidez dijo:

—Marina… es un nombre muy bonito.

—Lorene también es un nombre bonito.

Lorene se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Oh, mierda. —Como diciendo: No es necesario que me adule, señora, no es necesario que sea agradable conmigo, ¡vamos!

Lorene fue al servicio y estuvo allí un buen rato. Marina pidió dos tazas de café. Se inclinó temblorosa, con los codos sobre la mesa, apretando las heladas manos contra sus cálidas mejillas. A poca distancia se encontraba Adam Berendt observándola. Si le miraba directamente, no le veía; sin embargo, con el rabillo del ojo casi le veía. ¿Estaba sorprendido, desconcertado? ¿Se preguntaba por qué Marina se hallaba allí? ¿En aquel ruidoso lugar, justo en las afueras de Stroudsburg, Pensilvania? ¿Tenía esto algo que ver con él? Pero ¿de qué modo tenía algo que ver con él? Con todo, Adam estaba satisfecho con ella. Marina lo sabía. Le gustaba que, por una vez, Marina actuara de forma impulsiva.

Cuando volvió Lorene, deslizándose pesadamente en el compartimiento, Marina vio que se había lavado la cara, se había limpiado el rímel, pero sus ojitos brillantes estaban enrojecidos. Su

rostro parecía no tener huesos, sus labios eran finos, de un rojo reluciente. Podía ser una chica de diecisiete años madura, podía ser una chica de veintisiete años inmadura. Con un atractivo extraño, le pareció a Marina, los adornos brutalmente relucientes en las orejas, la perlita en la ceja izquierda. Llevaba mechas desiguales en el pelo, que le llegaba más abajo de los hombros, y no paraba de echárselo hacia atrás, de apartárselo de la cara con un gesto exagerado. Tenía los ojos un poco vidriosos, las pupilas dilatadas, y Marina se preguntó si tomaba drogas o solo era que estaba alterada, ansiosa. Sintió una punzada de emoción, como si se hallara en presencia de algún peligro que la atraía.

Una camarera les sirvió los cafés. Lorene vació dos sobres de azúcar en el suyo. Sorbió por la nariz mientras buscaba un pañuelo en los bolsillos de la chaqueta. Marina le ofreció un paquete abierto de Kleenex y la muchacha se sonó, obediente como una niña pequeña, se echó a reír y dijo:

—¿Sabe, señora? Esto podría ser como un cambio en mi vida. Esto, esta noche. Es lo que pienso.

—Eso está bien, Lorene, ¿no te parece?

—¡Me ha hecho pensar! Necesito pensar.

Lorene habló atropelladamente, eufórica, de hacer nuevos planes, era hora de hacer nuevos planes, había gente a la que había «más o menos defraudado» y se sentía culpable, y «usted, señora, esta noche» le había hecho pensar de un modo diferente y estaba agradecida. Marina tenía la idea de que Lorene había estado casada, ahora estaba divorciada o vivía separada de su marido; posiblemente había un niño pequeño, en algún lugar; este niño

pequeño vivía con parientes… Marina estaba a punto de pedir más detalles cuando, de repente, Lorene dijo:

—Lo que tengo que hacer, señora, es una llamada telefónica. Esto es lo que tengo que hacer. —Estaba alterada, nerviosa—. Tengo que hacer esa llamada. Entonces alguien podría venir a recogerme. —Vaciló, como si aguardara el permiso de Marina.

—Sí, ¿por qué no lo haces, Lorene? Parece una buena idea —dijo Marina.

Lorene se dio unos golpecitos en la nariz, avergonzada.

—No tengo dinero, me temo.

Marina le dio unas monedas.

Lorene dijo «¡Gracias, Marina!» con una amplia sonrisa. Qué poco hacía falta para transformar su semblante hosco; Marina comprendió por qué los hombres se sentían atraídos por ella.

Lorene volvió a marcharse y cuando regresó, unos diez minutos después, negó con la cabeza, decepcionada, evasiva; las personas a las que había llamado no contestaban.

—Tengo que tomar un autobús e ir a donde me gustaría ir. Mañana podría hacerlo. Pero antes tengo que llamarles —dijo.

—¿Adónde te gustaría ir? Tal vez yo pueda llevarte.

Lorene volvió a negar con la cabeza, sin mirar a Marina a los ojos. «No confía en mí, pero ¿por qué?»

—Gracias, tomaré un autobús.

—¿Dónde cogerías el autobús, Lorene? ¿En Stroudsburg?

—Oh, en cualquier parte. —La voz de Lorene era vaga, irritada—. Solo tengo que hacer otra llamada telefónica, supongo.

Las cosas se estaban volviendo confusas. Marina sabía que le estaban haciendo un desaire, pero sonrió y entregó a Lorene varios

billetes de dólar, ya que la chica se había quedado sin monedas; y Lorene le dio las gracias en un murmullo y salió del compartimiento otra vez, una atractiva muchacha de complexión robusta con una perlita reluciente sobre el ojo izquierdo y el pelo largo con mechas, y estuvo fuera unos diez minutos mientras Marina se tomaba el café, sin pensar que la cafeína le haría estar nerviosa por la noche. Miró alrededor y se le paró el corazón: Rick Pryde entraba en la cafetería, no, era el joven que la había maldecido, no, era un desconocido, con una desaliñada barba negra y el cabello negro despeinado, pero sin chaqueta roja, un tipo alto de hombros estrechos al que Marina jamás había visto.

Cuando Lorene regresó al compartimiento llevaba un cigarrillo sin encender en sus temblorosos dedos.

—Acabo de gorrearlo a un tipo —dijo entre risas—. ¡Hostia, estoy tan jodida! Supongo que aquí no se puede fumar. —Se sentó pesadamente. Su joven rostro estaba sonrojado, como si hubiera corrido. Se rió de nuevo y se secó la nariz con una servilleta arrugada—. Podría tomar un autobús, por ejemplo, en Stroudsburg. Mañana por la mañana.

—¿Un autobús para ir… adónde?

Lorene murmuró lo que pareció «Pittsburgh». Sus labios apenas se movieron.

—¿Pittsburgh? ¿Tienes parientes allí?

—Tengo familia. —Lorene levantó los ojos y miró abiertamente a Marina. «¿Lo ves? No te miento.»

Marina le preguntó si necesitaba dinero para el autobús y la muchacha se encogió de hombros, turbada, y murmuró lo que

pareció un «no», o posiblemente «no lo sé», rebulléndose en el asiento, cohibida.

—Bueno, si consigo hacer esta llamada… Entonces puede que no —dijo.

Esto era ambiguo. Marina no comprendió, pero no quiso seguir presionando.

—Bueno, me alegrará prestarte lo que necesites, Lorene. Por favor.

Lorene clavó la vista en sus manos y un apagado rubor acudió a su rostro. Llevaba las uñas pintadas, pero el esmalte granate había empezado a desconcharse. Lucía varios anillos en ambas manos. Meneó la cabeza como para aclarársela.

—No acepto… caridad.

—No sería caridad, Lorene. Sería un préstamo.

—Señora, es usted muy amable. Es buena. Pero creo que no, ¿vale?

—Me llamo Marina —dijo Marina sonriendo.

—Bueno, Marina. —Lorene trató de sonreír también.

Lorene no paraba de apartarse el cabello de la cara y de mirar por detrás de la cabeza de Marina, sus ojos juntos, de pupilas dilatadas en movimiento constante. Estaba intranquila como una criatura salvaje atrapada. Marina intentó sacarla de su ensimismamiento, pero la muchacha tenía una actitud distraída y parecía estar solo parcialmente atenta a la conversación. El esfuerzo de hablar con aquella chica era como empujar una gran piedra colina arriba, pero Marina estaba decidida a no rendirse tan pronto.

—Ese hombre, el que te estaba amenazando… ¿qué clase de agente de policía es?

Lorene miró de hito en hito a Marina, asustada.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú.

—¡Yo! Mierda.

Marina no supo interpretar qué significaba esto. En un instante el rostro infantil de Lorene se cerró como un puño.

—No estás casada con él, ¿verdad? —dijo Marina.

Lorene rió con desdén y dijo:

—¿Casada con él? Ni hablar.

—Si te ha amenazado, podrías conseguir una orden judicial para que te protegieran. —Marina habló con seguridad, aunque en realidad no estaba segura de esto.

Lorene soltó un bufido de desprecio.

—¡Una «orden judicial»! ¡Contra tipos como él! ¿Sabe lo que son esas cosas, señora? Gilipolleces.

Marina retrocedió ante el fiero desprecio de la muchacha. Le preguntó si quería más café y Lorene respondió con irritación:

—¡No, gracias! —Y añadió—: De acuerdo, quizá sí.

La camarera se acercó. Marina pidió. Tenía la clara impresión de que Lorene estaba esperando, enfurruñada, a que hiciera algo o a que ocurriera algo; estaba intranquila y pasiva al mismo tiempo, pasándose la lengua por los labios, apartándose el pelo rizado de la cara. Marina vio a través del espejo a un hombre de unos cuarenta años, con una cazadora desabrochada y gorra de béisbol, que miraba distraídamente a Lorene cuando pasaba junto a su compartimiento. No parecía conocerla, solo sentirse atraído hacia ella. Su mirada pasó por Marina Troy como si esta fuera invisible.

Marina comentó:

—Los Pocono es un lugar muy hermoso, pero ahora se está urbanizando mucho…

Lorene miraba a Marina como si no la oyera. Las palabras extrañamente animadas de Marina parecían llegar hasta ella con la lentitud de un globo.

—«Urbanizando», sí, supongo. No me fijo demasiado. —La camarera les llevó más café y Lorene vació enseguida otros dos sobres de azúcar en su taza—. Es difícil de recordar… cómo era cualquier cosa.

—¿Has vivido aquí toda tu vida?

Lorene acercó la taza a sus finos labios. El café humeaba pero ella estaba impaciente por beber. Distraída, pareció estar a punto de preguntar «¿vivir, dónde?», pero logró murmurar:

—Sí. Supongo. —Sin embargo, un instante después, tras una carcajada de irritación, agregó—: No. Solo hace unos años. —Dio la impresión de que iba a añadir algo más, pero vaciló.

—La zona donde yo vivo, en el condado de Damascus, es bastante montañosa. Es muy bonita, pero queda apartada. Mi carretera no está asfaltada —dijo Marina.

Lorene repuso, con desdén apenas perceptible:

—No puedo imaginar por qué alguien vendría a vivir aquí si pudiera vivir en otro sitio, quiero decir todo el año. Está bien en verano, claro. Y si te gusta esquiar. Pero vivir aquí… ¡joder! —Se rió quedamente para indicar a Marina que no pretendía ser insultante ni agresiva, solo práctica.

Marina dijo, un poco tensa:

—Un amigo me dejó la finca. Es muy bonita.

Lorene decidió mostrar interés y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Un hombre. Era muy especial para mí.

Lorene abrió los ojos de par en par en un gesto de compasión.

—¡Vaya! «Era». Él… falleció, supongo.

Marina asintió. Esa palabra discreta: «falleció». La agradeció.

Lorene sorbió por la nariz y dijo con aire de reproche.

—Mi padre también. Hace dos años, en esta época. Navidad. Por eso estoy tan jodida, supongo. Cáncer de pulmón, con metástasis en el cerebro. Es horrible. Papá no nos dejó mucho que quisiéramos recordar, ¿sabe? El pobre no pudo dejar el hábito. —Lorene levantó el cigarrillo que casi sin darse cuenta había estado desmenuzando.

—Lo lamento, Lorene. Te acompaño en el sentimiento —dijo Marina.

Lorene repuso, turbada:

—Bueno, fue… hace dos años.

—Aun así. Debes de echar de menos a tu padre.

—¿Y su amigo? ¿Estaba enamorada?

—Sí.

Qué directa era de pronto Lorene, como podría serlo una niña, aunque no grosera. Marina también agradecía esto. Sonrió, no quería llorar. El rostro le ardía de modo agradable. «Nadie me ha hablado así. Desde hace años.»

Lorene preguntó con auténtica curiosidad, inclinándose, el cabello sobre la cara.

—¿Qué le ocurrió, Marina?

Marina respondió con calma:

—Murió. En un accidente en el río Hudson, el pasado verano.

Qué extraño le parecía, de algún modo maravilloso, poder hablar así de la muerte de Adam, a una desconocida. Como si hubiera sido un acontecimiento, fijado en el tiempo. No un estado sino un solo acontecimiento, la muerte de Adam Berendt.

—¿Nadando? ¿O en barco?

—En un bonito barco de vela blanco —explicó Marina con repentina emoción. Los ojos rebosaban peligrosamente de lágrimas, pero notó que el corazón se le henchía—. Murió al lanzarse por la borda para salvar a una niña que se estaba ahogando. Fue una temeridad, dadas las circunstancias. La niña iba a ser rescatada por otros, pero Adam… ¡tenía que ser él! Y murió.

—Dios mío. ¿Usted estaba allí? ¿Lo vio?

Marina escondió el rostro un momento, para recuperar la compostura.

Como si fuera experta en el tema de la pérdida y en hablar de la pérdida, Lorene se apresuró a decir:

—Es muy triste, Marina. Debió de ser espantoso, como una pesadilla. ¿Cuántos años tenía?

Marina vaciló.

—Tenía mi edad.

Sabía que Lorene calcularía rápidamente su edad. Una mujer de treinta y pico que quizá parecía más joven de lo que era. O quizá mayor.

Marina no quería que aquella joven impaciente creyera que su Adam era un hombre viejo.

Después pensó: «Claro que yo para ella también soy vieja. Como cualquiera de otra generación».

Marina se secó los ojos y desvió la conversación hacia asuntos más prácticos. ¿Qué haría Lorene? Ella, Marina, sentía la carga de una responsabilidad no desagradable. Como una hermana mayor. Por una vez. Planteó el tema del viaje en autobús hasta Pittsburgh, el retorno a la familia de Lorene, y se ofreció a «prestarle» cincuenta dólares; Lorene declinó la oferta y Marina insistió y, por fin, profundamente avergonzada, la muchacha accedió.

—Bueno, de acuerdo, pero se lo devolveré, Marina, lo prometo. Deme su dirección, por favor.

Esbozó una rápida sonrisa de pesar. Sus ojos brillaban de gratitud y resentimiento en igual medida. Marina contó dos billetes de veinte dólares y tres de cinco y añadió uno de diez, entusiasmada por su nueva generosidad; en una servilleta limpia escribió pulcramente en letras de imprenta su nombre y dirección:

Marina Troy
Receptor n.º 3, apartado 139
Damascus Crossing, PA 18361

Medio avergonzada, como si temiera que la estuvieran observando, Lorene aceptó los billetes de Marina sin contarlos; dobló con esmero la servilleta, como si fuera un objeto precioso, y se la guardó con los billetes en un bolsillo de la chaqueta. Casi de forma inaudible murmuró:

—Gracias.

Marina preguntó:

—¿Dónde pasarás la noche, Lorene, si el autobús no sale hasta mañana?

Había que pensar en eso. Lorene tenía la mirada perdida.

—Tengo que volver a llamar a ese número de teléfono —dijo con repentina animación—. Ya lo he dicho.

«Podrías quedarte conmigo, Lorene.

»Sé que no lo harás, pero podrías quedarte conmigo.»

Sus ojos se encontraron. Lorene desvió la mirada, ruborizada. De nuevo las cosas se tornaban confusas. Lorene estaba impaciente por ir a telefonear, pero salió del compartimiento como de mala gana, sombríos sus ojitos, vidriosos como canicas; su piel desprendía un olor a transpiración perfumada. De pie, más alta que Marina, se inclinó en un impulso y murmuró:

—¡Gracias, Marina! —Y la besó en la comisura de la boca. Luego se marchó.

Marina se quedó inmóvil, como si le hubieran asestado un golpe.

Su mente era un frenesí de alas que revoloteaban. Alas de mariposa. El beso le ardía en la comisura de la boca.

Con el tiempo, al recordar aquella confusa e inconexa velada, Marina pensaría con calma: «Claro. ¿Por qué me sorprendió tanto?». Sin embargo, en aquel momento, para su desazón, no pensó que la chica que se hacía llamar Lorene saldría del East Hills Diner y la dejaría para siempre. En realidad, estaba muy atenta esperando a que Lorene volviera, buscando con la mirada en el espejo a que la muchacha de complexión fuerte y con mechas rubias, vestida con una chaqueta de piel, apareciera detrás de ella.

Transcurrieron diez minutos. Quince. Marina empezó a sospechar que algo sucedía. Sobre la mesa, frente a ella, había azúcar derramado, un cigarrillo desmenuzado y una servilleta arrugada manchada de pintalabios granate.

Marina fue a buscar a Lorene a la cabina pública que había frente a la cafetería, pero Lorene no estaba allí. Nadie estaba usando el teléfono. Tampoco la encontró en los lavabos. Embotada por la alarma y la creciente preocupación, Marina recorrió a toda prisa el abarrotado restaurante en busca de Lorene. Vio varias chicas que se parecían a Lorene o a la chica que se había identificado como «Lorene», pero no encontró a la que buscaba.

Marina preguntó con nerviosismo a la camarera si había visto a Lorene salir de la cafetería, y la camarera dijo:

—¿Su amiga? Creo que sí. Se ha marchado con un tipo. Hace unos diez minutos.

Marina tragó saliva. ¡Un tipo!

Asustada, preguntó qué aspecto tenía el tipo.

La camarera se encogió de hombros.

—Un tipo normal.

—¿Llevaba bigote? ¿Barba? ¿Una chaqueta roja?

El ruido en aquella parte de la cafetería era tan alto que la camarera tuvo que llevarse una mano a la oreja para oír mejor.

—¿Una chaqueta de qué color?

—Rojo.

—Sí, señora.

Qué locura. ¡Qué vergüenza! Y lo peor aún estaba por llegar.

La aventura no terminó en el East Hills Diner, sino en el aparcamiento. Cuando descubrí que me habían rajado expertamente los cuatro neumáticos del jeep. Y el parabrisas estaba resquebrajado formando una especie de estrella como si lo hubieran golpeado con un bate de béisbol. ¡*Zorra! ¡Hija de puta! ¡Tortillera*! Casi podía oírle.

Por suerte, el parabrisas no estaba roto, de modo que pude volver a Damascus Crossing aquella noche, muy tarde, después de haber hecho cambiar los neumáticos. (Por casi seiscientos dólares.) Reíros de mí, pero no me tengáis lástima.

Digamos que Marina Troy tuvo lo que se merecía.

10

Fue a últimos de diciembre, a finales de año, cuando la criatura peluda y cálida fue a colocarse sigilosamente sobre su pecho. El peso asfixiante. Pesado, cada vez más pesado. «No puedo respirar. ¡Socorro!» Por la noche la cosa de pelaje oscuro cuyo hocico olía a sangre se pegaba a la boca de Marina. Le daba golpecitos, la besaba. La cosa pesada, cálida, de pelaje oscuro y asfixiante, con dientes, con garras. «¡Thwaite, Thwaite!», le llegaba el grito gutural ahogado. Desesperada, Marina se encogía en su sueño, apartaba la cosa de sí, despertaba con náuseas y asco.

«¿Qué me está ocurriendo? No puedo soportarlo.»

Se estaba volviendo loca. Thwaite era la locura, y Noche era la locura. Salió de la cama revuelta como se podría salir de una tumba revuelta poco profunda.

Descalza, trémula, fue al estudio de la parte trasera de la casa. Aquellas cosas, las cosas de Adam, la estaban esperando. Encendió la luz y las expuso al intenso resplandor que carecía de las delgadas sombras mitigantes del romanticismo. Las vio tal como eran: «esculturas» feas, abortadas, en las que había estado trabajando, con tanta esperanza, durante meses. La vanidad de su esfuerzo la

inundó como una ola de agua sucia. La inutilidad. El engaño. Casi le entraron ganas de reír: había fracasado por completo. Las obras de arte fragmentarias que Adam Berendt había dejado en aquella casa no fueron terminadas por Marina Troy, sino saboteadas. Era evidente que Marina Troy no sabía nada de Adam Berendt, finalmente aquel hombre era un desconocido; Marina no tenía acceso a su visión, igual que no había tenido acceso a su corazón. Ella solo era ella.

Old Mill Way:

la transformación

1

«Todo en el universo es una coincidencia —dijo Adam Berendt en una ocasión—. O nada lo es.»

Sin embargo, no podía ser simple coincidencia que el día en que Lionel Hoffmann por fin confesó su secreto a su esposa, Camille, fuera la víspera del día en que Sombra entró en la vida de Camille.

—Camille, tengo que decirte algo.

«Tengo que decirte algo.» Estas palabras. Palabras terribles. Palabras escalofriantes. Palabras que ninguna esposa de edad madura desea oír pronunciar con aturdimiento, aunque con una espantosa sonrisa de esperanza, a su esposo de edad madura.

«Tengo que decirte algo.» Lionel Hoffmann habló con torpeza, con culpabilidad. No era un hombre que titubeara al hablar, sin embargo entonces titubeó. Qué absurdo que le lloraran los ojos y tuviera sinusitis, como si sufriera una reacción alérgica… Aunque tenía la escena preparada desde hacía semanas. Desde la terrible noche de la incineración de Adam Berendt tenía preparada la escena. Había murmurado para sí estas palabras incontables veces, eran como

piedras en su boca, incómodas, desagradables. Sin embargo, tenía que pronunciarlas, por fin.

—¿Camille? ¿Me estás escuchando?

No dijo «Camille, cariño», o «Camille, querida». Ni siquiera para suavizar el golpe no dijo «Camille, cariño», o «Camille, querida». Nunca más «Camille, cariño», o «Camille, querida». Darse cuenta de esto produjo a la mujer el mismo horror que el sabor de la muerte inminente.

Sí, Camille estaba escuchando. ¡No! Camille estaba tarareando para sí, acuclillada en un rincón de la cocina, mientras Lionel permanecía de pie en el umbral de la puerta detrás de ella. También esto era una escena de televisión, una escena de película cinematográfica; sin embargo, nueva, original, dolorosa como el taladro del dentista sin anestesia para los participantes. «No tenía ni idea. El menor indicio. ¡No! Éramos tan felices en aquella casa.» Camille limpiaba enérgicamente las baldosas del suelo con papel de cocina humedecido. Eran unas baldosas muy caras que pretendían imitar la madera dura del suelo de una cocina del siglo XVIII con nudos, manchas y grietas. Camille Hoffmann hacía tiempo que era la esposa de la casa colonial de Old Mill Way, bellamente restaurada; y Lionel Hoffmann hacía tiempo que era el esposo de la casa. Los Hoffmann eran copropietarios de una finca valorada en dos millones y medio de dólares. «¡Nunca la venderemos! Nunca.» Era raro que marido y mujer se vieran el uno al otro tan nítidamente, y más aún que se embarcaran en una escena dramática; desde que sus hijos se habían hecho mayores y marchado de casa, el teatro había desaparecido de su vida. «No, nunca lo sospeché. ¡Cómo iba a

hacerlo, si éramos tan felices!» Sin embargo, ahora el aire de la casa temblaba como el aire que precede a una tormenta eléctrica.

Camille limpiaba el suelo con amplios gestos del brazo. Porque Apolo lo había ensuciado al comer. Y Lionel no debía saber que, en su ausencia, a menudo el perro comía dentro, no fuera, como Camille había prometido que haría; Lionel no debía saber (por supuesto, Lionel lo sabía: sus alergias no dejaban de advertírselo) que durante la semana, cuando él estaba en Manhattan, Apolo se había convertido en el compañero inseparable de Camille, que le daba de comer en un rincón de la cocina, donde ponía papeles de periódico debajo de los platos; pero el delgado perro husky-pastor estaba tan hambriento, ansioso y crispado desde que su amo había desaparecido de su vida que comía con nerviosismo, ensuciándolo todo, esparciendo comida fuera de los márgenes del *New York Times*.

(Bueno, Camille reñía a Apolo. Camille trataba de disciplinarle como Adam había hecho, con suavidad pero con firmeza. «Cuida tus modales, Apolo, por favor —le rogaba Camille—. ¡Sé un buen perro, por favor!») Por eso Lionel la oía cuando Camille no se daba cuenta de que se encontraba cerca. Y cuánto le ofendía oír a su esposa rogar a un perro que se comportara… Durante los interminables fines de semana en Salthill, Lionel tenía que soportar estar encerrado en casa con Camille, viviendo su ciega existencia en una cueva, mientras su amante, Siri, de largos miembros pálidos como la leche y ojos oscuros desbordantes de dolor y pasión, se hallaba a kilómetros de distancia, en su piso del East Village, llevando su misteriosa vida tan distante para él como si se encontrara en Tánger. «¡Siri, cariño! Piensa en mí, como yo pienso en ti.» Lionel no habría

querido reconocer que también él estaba rogando. Mientras en la casa de Old Mill Way Camille trataba de erradicar todas las señales de Apolo, como una mujer adúltera trataría de erradicar todas las señales de su amante, esperando ingenuamente engañar a su esposo. Camille ni siquiera confiaba en Lina, la mujer de la limpieza, para eliminar de la casa los pelos del perro, el inconfundible olor a perro que tanto ofendía al sensible olfato de Lionel, por eso ella misma pasaba el aspirador, fregaba, abría ventanas y regañaba suavemente a Apolo, que era una criatura solitaria y bastante exigente. Cuando sin querer oía a Camille hablar con Apolo, a Lionel le rechinaban los dientes. La actitud de Camille con el perro era suplicante y reprobadora, frenética y seductora. «Apolo, por favor, tienes que aprender a obedecer. Hazlo por Adam, si no quieres hacerlo por mí.» Lionel podía haber prohibido la presencia del perro en la casa, pero no quería provocar una escena; no quería ser cruel ni con el perro ni con su emotiva esposa; no quería ser más cruel de lo necesario; él no era una persona cruel, sino un caballero. Lionel quería que en el círculo de Salthill se le conociera como un caballero. «Me gusta que respetes tanto a tu esposa —murmuró Siri, en sus brazos—, pero ¿no tienes respeto por mí?»

—¿Camille? ¿Puedes mirarme? —La voz grave y culpable de Lionel. Maldita sea, ¿qué le ocurría a Camille?—. El suelo está limpio, Camille. No me importa… mucho… que hayas dado de comer al perro dentro de casa. Pero… —Lionel vaciló, como un hombre a punto de pisar frágil hielo—. Tengo que decirte algo.

—¡Ah, Lionel! No me había dado cuenta de que estabas aquí.

Camille sonrió. Parpadeaba como si le diera en la cara una luz fuerte. Y su rostro de muchacha blandamente fláccido brillaba como

el suelo que había estado limpiando. Porque era una mujer que a todas luces no sospechaba nada; una mujer de inocencia infantil. Iba vestida de un modo un poco extraño, con un mono tejano de jardinero sobre un jersey de cuello alto color salmón; en cuclillas, su cuerpo se ensanchaba de un modo alarmante en los muslos. Llevaba el cabello, castaño canoso, peinado hacia atrás y sujeto con un pasador. No iba maquillada, parecía no tener pestañas. Claro, pensó Lionel, molesto, que en otra época Camille había tenido pestañas. Su boca sonriente tenía la elasticidad de la goma, y a su esposo le hacía pensar en la boca de una muñeca que un hombre jamás besaría, jamás desearía besar.

No recordaba cuándo había besado aquella boca por última vez. La idea le llenó de repulsión y culpabilidad. «¡Oh, Siri!»

—¿Camille? ¿Por qué no te pones en pie, por favor? Es difícil hablar contigo así.

Camille rió levemente y se irguió; se tambaleó, como si ver a Lionel le produjera vértigo, y también esto la hizo reír, nerviosa. Él tuvo que resistir el impulso de sujetarla, como se haría con una persona mayor o enferma.

—¡Lionel! Qué pronto has llegado a casa. ¿Hoy es… jueves? No, viernes.

Era viernes. El final de la semana. Los viernes por la noche, Lionel a veces volvía en el tren de las 19.08, en el Amtrak de Salthill, y a veces en el de la 19.45. El Amtrak. Era un hombre de costumbres, como todos los hombres de la familia Hoffmann. Con todo, esa noche, animado por Siri, había vuelto pronto, en el de las 18.48.

«Debes decírselo. ¡Me lo has prometido!»

—Camille, lamento haberte sobresaltado. Creía que me habías oído llegar.

(Claro que le había oído. ¿Por qué, si no, estaba limpiando desesperadamente el suelo de la cocina? ¿Por qué, si no, había echado apresuradamente de casa a Apolo, que había ladrado y gemido, al jardín de atrás?)

—Me temo… que tengo que decirte una cosa.

Aquellas palabras… ¡Qué débiles, huecas y poco originales! Lionel sintió un estremecimiento de desagrado. Era un muñeco de metro ochenta a través de cuya boca alguien, o algo, pronunciaba palabras tan torpes y banales que no podía creer que pudieran tomarse por suyas.

Sin embargo, Camille, aquella buena mujer, logró sonreír como si quisiera animarle. Sus ojos sin pestañas estaban húmedos de terror.

—Lionel, cariño, ¿de qué se trata?

Ella conducía el coche nuevo, el Acura blanco. A su lado, en el asiento del pasajero, iba Apolo, jadeando, ansioso. No era un sueño, pues era por la mañana y un nuevo día. Tomó Salthill Road y giró en West Axe Boulevard. La noche anterior no había dormido y agradeció el amanecer, y ahora conducía como si no ocurriera nada, como si su vida no hubiera sido partida en dos como con el golpe terrible de un hacha, hacia el mercado agrícola de West Nyack. Mantenía fijos sus ojos hinchados. En el césped de la mediana había un perro atemorizado por el tráfico que circulaba a toda velocidad por ambos lados. ¿La pobre criatura había sido abandonada? ¿De una manera tan cruel? ¿Se había perdido? Camille redujo la marcha para observar con horror cómo, vacilante, el perro se atrevía a salir

de la mediana, volvía a saltar a ella y luego se aventuraba de nuevo a salir, reuniendo todo su valor para cruzar corriendo, sin mirar, el carril de la derecha. Al instante fue atropellado por una minifurgoneta que iba a gran velocidad, el pequeño cuerpo de pelaje oscuro se elevó en el aire y cayó seis metros más allá como un montón de trapos. «¡Oh, Dios mío!» Camille frenó de inmediato, sin hacer caso de las bocinas que sonaban detrás de ella, y sin pensar en su propia seguridad bajó del coche para correr hasta el perro atropellado, que se arrastraba por la carretera en dirección a los arbustos dejando un rastro de reluciente sangre. El perro, un pequeño animal cruzado con sangre de labrador y sin placa de identificación, gemía de dolor y terror. Al lado de Camille, Apolo ladraba, nervioso.

Esto no era un sueño. El tráfico pasaba a gran velocidad por la transitada avenida. La minifurgoneta había desaparecido. Nadie más pararía. Era un sábado por la mañana del mes de octubre, la primera mañana después de que Lionel Hoffmann se marchara de la casa de Old Mill Way, la primera mañana de la vida dejada atrás de Camille Hoffmann. Se apretó el pulpejo de la mano contra el corazón destrozado y lloró por el perro herido. «¡Tú también! ¡Tú también!» Se arrodilló sobre la maleza salpicada de sangre y puso su temblorosa mano sobre el perro, que se retorcía y de cuya boca salían espumarajos. El sol se reflejaba en sus bellos e inútiles anillos.

«Palabras que, una vez pronunciadas, jamás pueden retirarse. »¡Cómo pudiste, si éramos tan felices!»

La culpabilidad ensombrecía el rostro de Lionel como sangre que penetra en un saco traslúcido. Su voz ronca era irreconocible, tenía la garganta como si se hubiera tragado espinas.

Balbuceó:

—Camille… lo siento.

—¡Yo sí lo siento!

Valiente, Camille procuró mostrarse animada. Aunque el suelo se tambaleaba bajo sus pies como si estuviera ebria. Aunque la boca le dolía de sonreír.

—Camille, tenía que decírtelo. Ya era… hora.

—¿Sí?

—No podíamos continuar… como estábamos, es evidente.

—¿No podíamos?

¿Camille estaba conmocionada? ¿Aturdida? Exhibía aquella sonrisa luminosa e indiferente tan suya. Lionel no sonreía, pues no era un asunto para sonreír. No era una ocasión para la ligereza. Notaba la nariz tapada como con cemento. ¡Maldito perro! Lionel casi estaba furioso con su amigo Adam Berendt por morir tan despreocupadamente y dejar el animal a su cuidado. Porque al fin y al cabo eso era Apolo: un animal. Cuando los niños eran pequeños, se les explicó que papá tenía alergia, papá no podía vivir con animales, ni perros, ni gatos, ni siquiera loros, y quizá era verdad; o verdad hasta cierto punto. Y ahora sin duda era verdad. Le lloraban los ojos de dolor, desdicha, nerviosismo. Dijo con urgencia, como para implicar a Camille en su drama:

—Lo sabes, ¿verdad, Camille? Creo… que lo has sabido desde el primer momento.

—¿Que lo he sabido?

Camille sonrió y se apoyó en la mesa de la cocina para mantener el equilibrio. Vio en el rostro de su esposo una expresión donde se mezclaban la lástima, la culpabilidad, la compasión y la rabia. Porque esta era una escena para la que ella no estaba preparada. Era una escena que solía aparecer en el cine y la televisión; sin embargo, Camille no sabía cómo interpretarla, como no habría sabido interpretar la escena de su propia muerte. «¡Tan repentina! ¡Tan brutal! Cruel como un golpe en la cara.»

—Estos meses —dijo Lionel animado, como si sus palabras tuvieran sentido—, este último año… Desde el pasado noviembre, para ser exactos.

—¿Noviembre?

A Camille le costaba no solo guardar el equilibrio, sino oír. ¡Todo aquello era tan extraño! El motor del frigorífico le zumbaba en los oídos. O era la sangre. Sobre el mostrador de la cocina había varios papeles de cocina mojados, sucios. Pero el suelo brillaba. Inmaculado.

—… la conozco. A la mujer con la que… con la que tengo relaciones.

«¿Relaciones?» Este curioso término se cernió entre ellos como una nube de motas de polvo.

—Camille, nunca tuve intención de que sucediera. Empezó con el dolor en la parte superior de la espalda, en el cuello. ¿Recuerdas? «Tensión en las cervicales» lo llamó el médico. Y después… —Una expresión confusa y soñadora asomó al rostro de Lionel lentamente, como mantequilla que se derrite sobre carne caliente. Levantó las manos en un gesto de impotente aceptación del destino.

Camille trataba de comprender las extrañas palabras de su esposo. ¿Había estado bebiendo en el Amtrak? No era propio de Lionel; pero nada de aquello era «propio» de Lionel. Ella recordaba vagamente que él se había quejado de dolor en el cuello meses atrás, pero ¿qué tenía que ver el dolor en el cuello con esto? El zumbido en los oídos se había convertido en un rugido. La boca de su marido se movía, y ella vio sus ojos nerviosos y angustiados, y sus palabras le producían el mismo efecto que si le estuviera arrojando bolas de barro. Vacilante, Lionel se acercó a Camille como si fuera a tocarla, pero al final no lo hizo. Ella estaba aturdida como alguien que ha sido herido mortalmente pero no ha caído. Lionel permaneció rígido, mirando fijamente, abatido, a la mujer a la que había herido, y no se aproximó a ella.

«Ya no me tocará. Mi matrimonio ya ha terminado. Mi vida.»

En ese inoportuno momento sonó el teléfono.

¡El teléfono! Camille fue como una sonámbula a atender la llamada. Seguía sonriendo. Una llamada telefónica solía ser un acontecimiento feliz. Lionel no soportaba la voz valiente, fuerte y cálida de su esposa.

—¿Diga? Ah, Marcy, hola.

Lionel, como un delincuente que huye del escenario del crimen, se marchó a toda prisa.

Marcy, su hija, de veintisiete años.

Lionel temía que ella y su hijo Kevin, de veinticinco años, se enteraran de la noticia.

«¡Oh, papá, cómo has podido! Romperle el corazón a mamá así…»

El plan de Lionel era hacer un poco de equipaje y volver a la ciudad en su coche; el coche de Lionel era un Lexus, el más antiguo

de los dos automóviles de los Hoffmann, pero el que él prefería. Siri le había prometido que le estaría esperando en el apartamento de la calle Sesenta y uno Este. (Quizá le hubiera preparado una de sus exquisitas comidas indias vegetarianas.) Durante meses Lionel había estado llevándose a la ciudad, a escondidas, ropa, papeles y documentos en su maletín; discretamente, confiando en que Camille no se diera cuenta. Camille no se había dado cuenta. En Manhattan se había comprado ropa nueva en compañía de Siri, y muebles para el apartamento, que a Siri le parecía muy bonito aunque algo sombrío y poco imaginativo. «¡No como tú, Lionel! Tienes una naturaleza especial.»

Lionel oía de lejos a Camille, que hablaba con su hija como si no pasara nada. ¡Qué mujer tan buena y tan digna era Camille! Escondió la cara, que le ardía, en las manos. ¿Qué había hecho? ¿Era irremediable? Cuando bajó las manos, tenía la boca torcida en una mueca, como si riera. Era una boca de gárgola, atormentada por el dolor.

¡Un trayecto enloquecido! En el tráfico del sábado por la mañana, en la carretera 9W. Camille recorrió más de dos kilómetros hasta la clínica de urgencias del Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, al norte de Salthill-on-Hudson; el perro sangraba, se retorcía y gemía a su lado, en el asiento del pasajero del Acura. En la clínica, adonde había llevado a Apolo para un tratamiento unos meses atrás, había un joven veterinario de guardia, un tal doctor Lott, que al parecer la recordaba y la miró con asombro cuando Camille llevó al perro herido a la sala de reconocimiento, sin que le importara el hecho de que se había

manchado de sangre y orina, y de que el perro que llevaba en los brazos, agonizante, ora le lamía las manos, ora le gruñía e intentaba morderla, mientras meneaba la corta cola. Camille susurró con vehemencia:

—No morirás. No morirás. ¡Te lo juro!

Pero el veterinario, tras un rápido reconocimiento, le recomendó que sacrificara al perro. Era un macho y estaba gravemente herido, las patas traseras, la columna, el bazo; la hemorragia exterior podía detenerse, pero había hemorragia interna, que precisaría cirugía de urgencia.

—Sería muy caro, señora Hoffmann. Y no serviría de mucho.

Camille estaba preparada para esto. Se irguió y clavó una mirada de absoluta determinación en el doctor Lott y en su joven ayudante.

—No. Este perro no será «sacrificado». Hagan lo que puedan para salvarlo.

El doctor Lott frunció el entrecejo y preguntó:

—¿De quién es el perro? ¿Dónde lo ha encontrado? No lleva chapa ni collar.

A Camille le parecía que el perro, atado a la mesa metálica de reconocimientos, entendía estas palabras mientras yacía jadeando y temblando de miedo, sin dejar de mirarla. Se apresuró a decir:

—Estaba escrito que yo lo rescataría. Lo ha atropellado en West Axe Boulevard una minifurgoneta que no se ha parado, y yo pasaba por allí por casualidad en ese preciso instante, he sido testigo, tiene que haber sido por algo, doctor Lott. No existen las coincidencias en el universo, a menos que todo sea una coincidencia, lo cual no puede ser. Debe salvar al perro.

Camille estaba sin aliento y había alzado un poco la voz. Aun así, el veterinario seguía negando con la cabeza, serio. Volvió a decir a Camille que la operación resultaría muy cara, y no podía garantizarle que el perro sobreviviera; y Camille dijo en voz muy alta:

—Doctor Lott, le pagaré. Cueste lo que cueste. No lo abandonaré, estaba escrito que esto tenía que pasar.

El veterinario miraba fijamente a Camille como si, hasta aquel momento, nunca la hubiera mirado con atención. Era un hombre cuarentón de aspecto vigoroso y juvenil, acostumbrado a decir a los demás lo que tenían que hacer, en especial a mujeres; la presencia de Camille le impresionó. De repente Camille se sentía muy visible. Y qué agradable era esa sensación. «Ahora que ya no soy la esposa de un hombre, tampoco necesito ser una mujer.»

¡Qué había hecho, qué había hecho!

Había huido de la casa de Old Mill Way.

¡Libre! Era libre. Tenía el corazón henchido de felicidad como un globo tan hinchado que está a punto de estallar.

Al fin reuniría las dos mitades de su vida. Se acabó la hipocresía. Se acabaron los subterfugios. «Llévala a la luz, debes llevarla a la luz. Debes darla a luz.» Poco a poco Lionel había llegado a creer que su amigo Adam Berendt le había aconsejado. El sueño-visión de la cueva. La voz de Adam. «Ninguna vergüenza. Nunca más. Reúne las mitades partidas de tu vida.» Su familia y amigos lo entenderían cuando conocieran a Siri. Cuando vieran lo transformado que estaba Lionel, enamorado. Enamorado por primera vez en su vida. Durante años, ¡décadas!, había vivido como una momia. Diciendo palabras de momia, representando deseos de momia. Hasta que por fin su

cuerpo se había rebelado provocándole dolor, un dolor punzante, un dolor sordo, un dolor en el cuello y las cervicales, hasta dejarle casi paralizado. Inconscientemente se había despreciado a sí mismo, pero ahora era un hombre nuevo. Desde que Siri había entrado en su vida era un hombre nuevo. Ellos lo entenderían, su familia y sus amigos; y le perdonarían. Con el tiempo, los más generosos se regocijarían con él.

En el Lexus verde metalizado que se agarraba a la carretera como un tanque, Lionel se dirigió hacia el sur por la 9W hasta el puente George Washington. Conducía embelesado. Arrobado. Tomó el nivel superior del puente y cruzó el ancho río que relucía como papel de plata agitado. ¡Adam Berendt no había muerto en aquel río por nada!

Entre las vigas del gran puente lucía una luminosa luna llena, un ojo que miraba fijamente.

«¡Siri, cariño! He dejado Salthill.»

«No es coincidencia. Adam me ha traído aquí.»

Estaban operando al perro malherido. Era inútil, ¡inútil! Sin embargo, Camille tenía esperanzas. Intentó quedarse sentada en la sala de espera, pero pronto se levantó y se puso a pasear. Apolo, aquel perro bueno, también estaba nervioso, pero permanecía sentado, obediente, sus inteligentes y ansiosos ojos caninos fijos en Camille, como si el destino del perro desconocido y su propio destino estuvieran en sus manos. «¡Sí, te salvaré! Os salvaré a todos.»

En el servicio, Camille se había lavado lo mejor que había podido hasta eliminar la sangre del perro de sus manos y antebrazos, pero la ropa —caras prendas Ann Taylor, pantalones beige de punto y

chaqueta a juego— estaba irremediablemente manchada. Echada a perder. Camille vio que otros clientes sentados en la sala semillena la miraban. En otras circunstancias se habría sentido mortificada, pero ahora no le importaba. La mayoría de aquellos individuos llevaba perros sujetos con correas, o gatos metidos en cestas especiales, y estaban inquietos. Una mujer a la que Camille conocía un poco y que llevaba su bulldog para que lo examinaran, le preguntó por qué estaba en la clínica, y Camille le habló del perro abandonado y herido. «Se llama Sombra. Salió de la nada y ha llegado hasta mí.»

Mientras acariciaba la cabeza del bulldog, que resollaba, la mujer, dijo a Camille que sabía muy bien a qué se refería.

¡Qué nervios! Camille, despeinada, con la ropa manchada y hedionda, paseaba por la sala de espera. No parecía ni mucho menos la esposa de un millonario de Salthill. En la parte posterior de la sala se oían ladridos procedentes de la perrera adyacente. Un coro discordante de ladridos, incesantes ladridos, como espejos reflejando espejos hasta el infinito.

—Cuánta aflicción animal —dijo Camille con un suspiro—. ¿Y quién es responsable?

Habló sin dirigirse a nadie en particular. Los perros que ladraban le partían el corazón. Aflicción animal, sufrimiento animal. ¿Había sido una decisión egoísta, impulsiva, intentar mantener el perro con vida? ¿Vivo para ella?

También Adam se llevaba a casa perros sin hogar. Apolo era uno de ellos, lo habían abandonado en la carretera. Adam había dejado en su testamento miles de dólares al Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland.

«No es una coincidencia, tú me has traído aquí. ¡Oh, Adam!»

Sombra sobreviviría a la operación, que duró setenta minutos. Jamás recuperaría totalmente el uso de las patas traseras, explicó el doctor Lott, pero al menos estaba vivo.

—De momento, señora Hoffmann.

Tras pasar seis días en la clínica, dieron de alta a Sombra, que quedó al cuidado de Camille; le presentaron una factura de más de dos mil dólares, y sin vacilar extendió un cheque por esta cantidad y otro por cuatro mil dólares para el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland. La recepcionista se levantó inmediatamente para ir a buscar al doctor Lott, quien fue a estrechar la mano a Camille y se la quedó mirando fijamente, atónito.

—¡Señora Hoffmann! Muchísimas gracias.

—No, doctor Lott. Gracias a usted —dijo Camille con firmeza.

2

Se había enamorado inocentemente, del contacto de la muchacha.

Apenas la había visto, y se enamoró. La cabeza atormentada por el dolor como un aura demoníaca. Ella no era nadie para él. «Siri», una joven fisioterapeuta asignada a Lionel Hoffmann, por pura casualidad, en la clínica del Cuello y de la Espalda de Park Avenue. Era un ángel misericordioso vestida de impecable nailon blanco. Casta como una venda, y al principio de igual interés para él. (Aunque el sensible olfato de Lionel pronto captó su sutil perfume a nuez moscada, que parecía emanar de su piel y su cabello, oscuro y notablemente espeso, que llevaba recogido en la nuca.) «Siri» era básicamente sus manos: hábil, gentil, experta, paciente. Durante las

sesiones hablaba poco, salvo para murmurar cuando Lionel se ponía rígido o hacía una mueca de dolor: «Señor Hoffmann, por favor, procure relajarse». No como reproche, sino amablemente. Como se podría amonestar a un niño pequeño, por su propio bien.

Durante semanas, o quizá habían sido meses, años, Lionel había sufrido dolorosas punzadas en el cuello. Desde el verano anterior el dolor había aumentado paulatinamente hasta el punto de que parecía que tuviera carámbanos que descendían desde el cuello hasta la parte superior de la columna vertebral y, con alarmante frecuencia, se elevaban hasta la base del cráneo. Lionel despertaba con la boca seca, le aterrorizaba la idea de tener un tumor allí. ¡Claro, un tumor! Arraigaría como una pequeña semilla en su carne, crecería y crecería y le sorbería la vida. En uno de los libros de medicina publicados por Hoffmann Publishing, Inc., leyó sobre el cerebelo, esa parte del cerebro que regula el equilibrio y la coordinación de los movimientos musculares. «El daño o la enfermedad orgánica en el cerebelo puede producir síntomas tales como andar tambaleante, parálisis, habla confusa, malestar crónico». Había días en que Lionel apenas podía levantarse de la cama. ¡Y solo tenía cincuenta y tres años!

Con ansiedad culpable, Lionel pensaba en su hermano menor, Scott. Muerto a los treinta y seis. Pudriéndose en la tumba desde hacía muchos años. Para Scott, cincuenta y tres años serían muchos. Con cincuenta y tres años sería viejo. «Pero yo no estoy preparado para morir. Todavía no he vivido.» Se decía que aquel dolor no podía ser debido a un tumor, era más probable que se tratara de un tendón distendido, de tensión en el cuello por haber jugado a tenis, a golf. (No es que Lionel tuviera mucho tiempo para estas

actividades.) Un hombre de edad madura que se imagina que es «activo», que está «lleno de energía», desea interpretar el dolor como algo relacionado con alguna forma de conducta masculina. No desea interpretar el dolor en términos de vida sedentaria, postura derrotista, el inevitable proceso de envejecimiento. No desea interpretar el menguante deseo sexual, la indiferencia a los estímulos sexuales (el amado cuerpo conocido de la esposa, por ejemplo), la incapacidad de mantener una buena erección como parte del inevitable proceso de envejecimiento.

Fue Harry Tierney, al que Lionel veía de vez en cuando en el Century Club, quien le envió a la clínica del Cuello y de la Espalda de Park Avenue. Lionel no habría mencionado el tema, que era demasiado personal para comentarlo con Harry Tierney, pero durante su intercambio de saludos hizo una mueca de dolor y mantuvo la cabeza en un ángulo extraño. Harry le preguntó qué le ocurría y Lionel le dijo que había sufrido un tirón en el cuello jugando al golf, creía él; era un dolor intermitente; no era fuerte, pero le obligaba a pensar en su salud más de lo que estaba acostumbrado a pensar, y le molestaba. Harry se dio cuenta enseguida de la actitud de indiferencia de Lionel y le dijo que sería mejor que se tomara en serio ese dolor. Dio a Lionel el nombre de un traumatólogo de «primera» y le recomendó que pidiera una cita de inmediato. «Los problemas con la espalda no hay que dejarlos pasar, amigo mío. El médico te enviará a una clínica para que te hagan alguna terapia y allí te salvarán la vida.»

Qué inesperado, qué extraño, que Harry Tierney hablara con Lionel con tan aparente sinceridad. Como si de verdad fueran amigos o lo hubieran sido en otro tiempo. Tierney era conocido por

su ironía e ingenio cínico. En su círculo de Salthill, Lionel le evitaba, pues desaprobaba la actitud jocosa de aquel hombre y el tono de falso caballero que adoptaba con las mujeres, incluida Camille. (Y la propia esposa de Harry, Abigail. Aquella mujer de belleza lánguida a la que todos los maridos de Salthill contemplaban, con una especie de lascivo temor, desde una distancia prudente.) Sin embargo, Tierney se comportaba como si respetara a Lionel, director general de Hoffmann Publishing, Inc., lo cual resultaba halagador. Desde que se había marchado de Salthill, después de divorciarse de la pobre Abigail y casarse con una mujer más joven, Tierney parecía una versión más joven de sí mismo, con el cabello más oscuro (¿teñido?) e incluso bigote, con la piel uniformemente bronceada aunque un poco arrugada, y unos ojos con un brillo extraño, luminiscentes, que a Lionel le recordaban los ojos de un pez de aguas profundas. Había algo de depredador, aunque también de cruel inocencia en Harry Tierney, del que Adam Berendt en una ocasión había dicho: «Ese hombre es un hijo de puta, es como un escorpión. No puede evitarlo». Las simpatías de Adam se inclinaban por completo hacia Abigail, la esposa herida, abandonada.

Harry dijo frotándose suavemente el cuello: «Si tienes dolor, Lionel, la vida se reduce al tamaño de una servilleta de cóctel. Por muchos millones de dólares que tengas. ¡Cuídate!». Lionel sonrió, sin saber muy bien de qué estaban hablando en realidad. ¿Dolor? ¿Dinero? No confiaba en Harry Tierney. Con todo, Harry parecía sincero y no estaba borracho.

En la época de esta conversación, Adam Berendt aún estaba vivo. Aunque Harry Tierney y Lionel hablaban de conocidos comunes de Salthill, nunca mencionaban a Adam, con quien en general se creía

que Abigail tenía una apasionada aventura amorosa desde hacía mucho tiempo. Al marcharse Harry puso una mano incómodamente cálida y pesada sobre el hombro de Lionel, que hizo una mueca porque olía a humedad y a orina como un riñón, y dijo: «¡Recuerdos a Salthill, amigo! "Ese paraíso de los demonios"». Harry prorrumpió en sonoras risotadas, como si hubiera acuñado un brillante aforismo, y Lionel se unió a su risa aunque se había ofendido.

«Ese paraíso de los demonios…», ¿qué quería decir Harry Tierney?

Sin embargo, Lionel siguió el consejo de Tierney y pidió hora con el traumatólogo de Park Avenue que le había recomendado. Entró en el despacho decorado con lujo, aturdido por el dolor palpitante en la espalda. El reconocimiento fue brusco y brutal, y al cabo de unos minutos las lágrimas resbalaban por las mejillas bien afeitadas de Lionel. El traumatólogo le informó de que al parecer su problema era «tensión en las cervicales», causada por «forzar en exceso» los músculos del cuello, probable resultado de décadas de «tensiones posturales»; los tejidos subcutáneos de los músculos del cuello, cápsulas y ligamentos habían sufrido «mucha tensión» y se había formado «tejido cicatrizal». Lionel le escuchó con fascinado temor. En aquellos minutos se había vuelto vulnerable como un niño. «Mientras no sea maligno. Mientras siga vivo.»

—¿El daño es… reversible? —preguntó Lionel con preocupación.

El traumatólogo, un hombre de piel sonrosada de unos cuarenta y cinco años, que le había escuchado a medias mientras garabateaba una receta para Lionel, respondió:

—Sí, si empieza la terapia de inmediato, Lionel. ¡Nada de medicamentos! Nosotros no somos partidarios de calmar el dolor, sino de controlarlo. Le recomiendo terapia tres veces a la semana.

Esto, más los ejercicios que pueda hacer por su cuenta, le ayudará a controlar el dolor y, a la larga, lo hará desaparecer.

Mientras Lionel se vestía, abrochándose la camisa con dedos temblorosos, el traumatólogo le sonrió de un modo fraternal y añadió:

—Tiene usted suerte, Lionel. Su dolor no es orgánico, sino simplemente «mecánico». En gran medida, un ser humano es una ensambladura mecánica de huesos, músculos, órganos, tejido, nervios. Habitamos estos robots, pero no necesitamos experimentar sentimientos, pues ellos no son nosotros; nosotros no somos ellos. Recuerde esto siempre: cuidar su espalda es responsabilidad personal de usted. Si tiene problemas con la espalda, ha de aprender a hacerles frente y a prevenir los futuros síntomas. Le veré de nuevo dentro de tres semanas, Lionel, y para entonces, se lo aseguro, andará erguido. Se sentirá mucho mejor.

El apretón de manos del hombre fue cálido y tranquilizador, y solo perceptiblemente intimidante. De nuevo Lionel tuvo la incómoda sensación de que el tema que trataban era más profundo que el simple dolor físico.

En la clínica del Cuello y de la Espalda de Park Avenue junto a la calle Cincuenta y dos, lujosamente decorada, asignaron a Lionel una joven fisioterapeuta llamada Siri. Aturdido por el dolor, apenas se fijó en ella. Aturdido por el dolor, resentido y haciendo una mueca con cada paso, avergonzado por apretarse el palpitante cuello con las manos, Lionel siguió a la fisioterapeuta a través de la clínica, que tenía forma de atrio, donde individuos atormentados por el dolor, la mayoría hombres de edad madura como él, hacían ejercicios en máquinas. Había una humeante piscina de hidromasaje. Había una

piscina más grande de agua cristalina en la que algunos individuos nadaban dando brazadas con cuidado. Había espejos discretamente velados, había macetas con plantas que parecían tropicales y obras de arte de brillante cromo al estilo de Henry Moore, monótonas y lisas hasta la perfección. Sonaba una suave música impresionista, Debussy o Ravel, tranquila. Aquí no había música de rock blando como en un gimnasio para yuppies del centro de la ciudad. No había jóvenes bien proporcionados haciendo ejercicios en el suelo mientras miraban su propio reflejo con ardor narcisista. ¡No había clientes sanos! Lionel suponía que todo aquello sería muy caro, y no le cabía duda de que el traumatólogo era copropietario de la clínica y se aprovechaba astutamente del dolor de otros.

Lionel entró tambaleándose en el cubículo de la fisioterapeuta, sin ventanas y de paredes blancas, que se abría al atrio. Se quitó casi toda la ropa, como le indicó ella, y de mala gana se tumbó, con ayuda de la joven —«Señor Hoffmann, des… pacio…»—, sobre una camilla almohadillada aunque dura. Estaba muy avergonzado por haber gemido. El pánico se apoderó de él al pensar que tal vez no pudiera volver a sentarse, salvo con ayuda. Permaneció muy quieto, con los ojos cerrados. Obligándose a ser fuerte. Aun así pensaba: «Yo, Lionel Hoffmann, me he convertido en uno de esos heridos que pueden caminar. Nadie debe saberlo.» Ni su personal de Hoffmann Publishing, Inc., ni, por supuesto, su esposa y amigos de Salthill. Temía ser objeto del escrutinio y la conmiseración de los demás; le enfurecía imaginar a las amigas de Camille preguntándole por la salud de su esposo, de aquel modo impacientemente solícito de Salthill. (En Salthill las mujeres, claro está, eran principalmente quienes sufrían multitud de misteriosas dolencias. Nervios,

«migrañas», pérdida de apetito, depresión. Había un malestar general al que se aludía, comúnmente aunque de modo vago, como «gripe», y una dolencia casi omnipresente conocida como «fatiga crónica» —«síndrome de Epstein-Barr»— que afectaba en particular a las mujeres sin trabajo o responsabilidades, como Abigail Des Pres. Cuando en otra época estas mujeres se habrían pasado recetas, patrones de vestidos y ropa de niño que se ha quedado pequeña, en el Salthill-on-Hudson de la actualidad se pasaban sus síntomas, que creaban un fuerte vínculo entre ellas. Las dolencias físicas de Camille eran tan claramente psicosomáticas, arraigadas no en su cuerpo sino en sus fantasías, que para no ponerla en un aprieto Lionel nunca preguntaba por ellas, ni cuestionaba a los médicos que Camille elegía y su confianza en los medicamentos que le recetaban.) ¡Lionel no soportaba que le pudieran tomar por uno de esos individuos de poca voluntad!

«Señor Hoffmann, procure relajarse, por favor. Le dolerá más si no se relaja.»

La fisioterapeuta hablaba con voz suave aunque autoritaria. Lionel cerró los ojos con más fuerza. Estaba decidido a no gritar, ni siquiera a estremecerse de dolor si podía evitarlo. La primera sesión fue agotadora e intensa, y duró cincuenta minutos. Poco a poco Lionel consiguió relajarse a medida que los dedos notablemente fuertes y diestros de la fisioterapeuta buscaban lo que ella llamaba «centros del dolor» —«músculos en tensión»— y los masajeaba para relajarlos. Lionel tuvo que retraer el cuello como una tortuga y extenderlo como una serpiente. Tuvo que «inclinar hacia un lado» y «hacer rotar» el cuello. Sus vértebras fueron aflojadas y sacudidas como dados. Los ojos se le ponían en blanco con intermitentes

destellos de dolor cegador; le corrían gotas de sudor por los costados. De vez en cuando oía que le advertían en un murmullo: «No se ponga tenso, por favor, señor Hoffmann». Para algunos ejercicios Lionel tenía que estar tumbado de espaldas; para otros, boca abajo, y para otros, sentado. Al principio le desagradaban los ejercicios en que debía estar tumbado y que le ponían en una situación de desventaja, a él, un hombre acostumbrado a tener autoridad; con el tiempo los preferiría, pues era un hombre acostumbrado a la autoridad y estaba cansado de ejercerla. La fisioterapeuta se inclinaba sobre él, vestida de impecable nailon blanco, en una actitud íntima, como la de la madre de Lionel décadas atrás; sin embargo, a diferencia de la madre de Lionel, la fisioterapeuta raras veces hablaba, para inmenso alivio de él. ¡Estaba tan acostumbrado al parloteo de las mujeres! Cuando no tenía la obligación de hablar, o de aguantar que le hablaran, lo que constituía la mayor porción de su vida adulta, se sentía libre y anónimo. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Lionel, pues los ejercicios en verdad eran dolorosos; pero estas eran lágrimas de gratitud también.

La fisioterapeuta era tan callada que Lionel empezó a preguntarse si tal vez era que no sabía mucho inglés. ¿Cómo se llamaba…? ¿Shura… Siri…? ¿Era de Oriente Próximo? ¿India? Sin embargo, parecía hablar sin acento; su voz ronca era puramente musical. Con los ojos entrecerrados Lionel tuvo una confusa visión del rostro oliváceo pálido de la muchacha, de sus labios apretados y sus exóticos grandes ojos negros fijos en él. «Sin embargo, no me ve. Estoy libre de que me conozca.» El olor a nuez moscada que despedía su pelo oscuro trenzado, pulcramente recogido en la nuca.

Se preguntó hasta dónde le llegaba la melena cuando se deshacía la trenza. Tuvo una visión de aterciopelado cabello que caía en relucientes mechones.

Al terminar la sesión, la fisioterapeuta le puso un collar, pesado y molesto como una collera, lleno de agua caliente. Durante diez asombrosos minutos Lionel se dejó llevar, libre del dolor y embelesado. ¡Qué feliz era! Contemplaba su vida como un espíritu liberado del cuerpo desde una distancia elevada y perdonaba a los demás y se perdonaba a sí mismo. Decidió ser más amable y más atento con Camille, menos impaciente con sus hijos, que le parecían poco maduros para su edad. Aquel fin de semana se las arreglaría para ver a Adam Berendt, su amigo de más confianza. «Adam, ¡qué visión he tenido! El secreto de la vida es…»

Cuando Lionel puso varios billetes en la mano de la fisioterapeuta, mientras se preparaba para marcharse, la joven se apartó con elegancia y murmuró, con aire de disculpa y pesar:

—Gracias, señor Hoffmann, pero no.

De pronto Lionel la estaba mirando —tenían más o menos la misma estatura— y el corazón le latía muy deprisa, por absurdo que pareciera.

—Perdone —dijo mirándola fijamente—. Es la primera vez.

«Cuando me enamoré de ti, me enamoré enseguida. De tus manos. De tu contacto. ¡Oh, Siri!»

Muy pronto a Lionel Hoffmann le parecería que el resto de su vida, todo lo que no era Siri, tenía poca más sustancia que las imágenes hipnagógicas que destellan bajo nuestros párpados cuando, exhaustos, empezamos a sumirnos en el sueño.

Sin embargo, Lionel esperó y hasta el final de su tercera semana de terapia, cuando las cosas le iban bien, no preguntó a Siri si podrían «verse» algún día; y Siri se apresuró a decir que no, aunque con los ojos bajos, turbados, y un aire de disculpa y pesar que indicaba (¿o Lionel lo imaginó?) cuánto lamentaba hallarse en una posición que la obligaba a declinar la propuesta de Lionel y a defraudarle. Lionel percibía en aquella muchacha, misteriosamente silenciosa y oscuramente bella, una sensibilidad hacia los sentimientos del otro que solo podía ser extranjera, pues sin duda no era estadounidense.

—Si no fuera su paciente, Siri, ¿sería distinto? —preguntó Lionel.

Y Siri se apartó, embargada por una turbación más profunda, obligada a murmurar:

—Señor Hoffmann, ¡qué quiere que le diga!

Con lo cual, pensó Lionel, el asunto quedaba ambiguo y abierto a cualquier interpretación.

Para entonces conocía su apellido: Siri Joio. Con frecuencia lo pronunciaba en voz alta cuando nadie le oía. Sabía por los pocos comentarios que había conseguido arrancarle que vivía en Manhattan, en el East Village, parecía probable que viviera sola; tenía pocos parientes; siempre había querido ser fisioterapeuta y dedicarse a ayudar a «aliviar el dolor» de los demás. Lionel se emocionó profundamente con el idealismo de la muchacha, que le recordó su propio idealismo de años atrás; antes de entrar en el negocio de la familia Hoffmann. Lionel aseguró a Siri que sin duda a él le estaba ayudando, y le estaba muy agradecido. Pero…

—Cuando esté bien, ¿nunca más volveremos a vernos? No me parece justo.

La única respuesta de Siri fue una risa nerviosa.

Por la noche sus sueños se henchían de ella. El cuello, los hombros, la parte superior de la espalda y la columna de Lionel eran zonas erógenas. La sangre de la juventud perdida acudía a su entrepierna y le despertaba al borde del orgasmo. Durante el día, en Hoffmann Publishing, Inc., en las reuniones y almuerzos y al teléfono, se apoderaban de Lionel irracionales oleadas de felicidad y de esperanza. «¡No me abandonarás, Siri! Lo sé.» En otras ocasiones, cuando el dolor volvía a atacarle el cuello y la columna, un apagado palpitar, le inundaba una sensación de desolación, de repugnancia hacia sí mismo, de desesperación. «Claro que soy demasiado viejo para ti. Y has visto expuestas mis debilidades.» Hacía años que Lionel no se sentía tan indeciso. Que sus emociones no eran tan volubles. Hacía años que había comprendido que el amor provoca miedo: la preocupación de no ser correspondido, de que nuestra emoción nos sea devuelta, arrojada a la cara.

No recordaba haber amado así a Camille.

No recordaba haber amado así a nadie.

Solo había dicho a Camille que tenía problemas de poca importancia en el cuello y la espada y que acudía a un traumatólogo en la ciudad. Preocupada por sus propios problemas, y la intensidad de la vida social de Salthill que parecía una montaña rusa a toda velocidad de la que no podría apearse en toda la vida, Camille se mostró comprensiva, pero no se implicó mucho.

«¿Te han hecho radiografías, cariño? ¿Y no había nada… grave?»

Lionel tranquilizó a Camille, no había nada «grave».

Le gustaba sentir tan poco desasosiego en presencia de ella. Y cuando estaba lejos, apenas pensaba en ella. «Siri, te has apoderado de mi vida. ¡Siri, ten piedad!»

Un día, en la quinta semana de terapia, cuando Lionel yacía haciendo muecas y jadeando de dolor tras un duro ejercicio de «flexión» del cuello, Siri prosiguió suavemente su masaje en el cuello; y se paró y le acarició la frente, que estaba húmeda de sudor. Lionel abrió los ojos al instante. Vio la oscura y tierna mirada de Siri fija en la suya. Le cogió la mano y la retuvo un largo y tenso momento.

Heridos que andan. Ahora los veía por todas partes. Le daban lástima y los despreciaba, y enseguida desviaba la vista cuando sus ojos relucientes de dolor buscaban los suyos.

Retraer el cuello sentado. Extender el cuello sentado. Retraer la cabeza tumbado. Extender el cuello tumbado. Ladear el cuello. Rotar el cuello. Flexionar el cuello sentado. Tenía que repetir cada uno de estos ejercicios dos veces al día, en el dormitorio, o más a menudo, como decía Siri, según lo necesitara.

«¡Pero también necesito mi dolor! Mi dolor es mi vínculo contigo.»

No en Salthill, sino en el apartamento de la calle Sesenta y uno Este, Lionel dormía, o intentaba dormir, con un cojín tubular bastante duro llamado «rollo cervical» entre la almohada y la funda. Lo había comprado en la clínica, por recomendación de Siri. A veces soñaba que Siri, la de los ojos provocativamente oscuros y cálido perfume a nuez moscada, empujaba una barra contra su tierna

nuca. Su voz ronca, casi inaudible. «Por favor, señor Hoffmann, relájese.» A veces soñaba que estaba desnudo en un lugar público, arrodillado con torpeza, el cuello, palpitante de dolor, sobre un cubo, mientras, encima de su cabeza, levantaban la hoja de una guillotina, antes de dejarla caer para separarle de un tajo la cabeza del cuerpo.

Lo sabía, ¡sí, lo sabía! Un día, pronto, ella consentiría en verle.

(Pero ¿lo haría? «Esto es ridículo, soy demasiado viejo. Adam se reiría de mí.»)

Sí, pero Siri era muy buena. La había oído hablar con otros pacientes, antes y después de que Lionel Hoffmann entrara en su cubículo. La había oído hablar por teléfono. Y sus fuertes y diestros dedos eran gentiles. Su trabajo consistía en aliviar el dolor. Era un ángel misericordioso vestido de impecable nailon blanco. Bata corta, pantalones. La bata corta era amplia, de modo que no se distinguía la forma de sus senos, solo se sabía que no eran pequeños, aunque a todas luces tampoco grandes. Físicamente Siri era por completo diferente de Camille: esbelta, figura como de chico, con muslos, caderas, torso, hombros proporcionados y brazos levemente musculosos, ni un gramo de grasa. Pobre Camille, con sus caderas y senos rollizos, su rostro redondeado de piel sonrosada tan ansioso por complacer, era de un tipo superado por la evolución; las mujeres jóvenes ya no morían al parir porque sus pelvis eran demasiado estrechas, ya no precisaban enormes bolsas de leche por pechos. Pensar en el vientre liso y plano de Siri hacía sudar a Lionel. «¡Esto es ridículo! Socorro.»

Con todo, parecía saber que ella consentiría en verle. Algún día, pronto.

El turno de Siri en la clínica del Cuello y de la Espalda de Park Avenue terminaba a las seis de la tarde. Lionel se las arregló para esperarla en la calle, en Park, en un coche alquilado. Ella se sobresaltó al verle, desaprobaba esa conducta, sí, pero seguro que se sentía adulada.

—Siri, tengo que hablar contigo. En privado.

—¡Señor Hoffmann! Esto no está permitido.

—¿Hablar no está permitido? No puede ser. —Lionel se rió.

Era un amante inesperadamente desenfadado, como Fred Astaire o Gene Kelly en otra época. De no haber sido por su problemática columna, se habría puesto a bailar allí mismo, en la acera. Qué puerilmente impaciente estaba, qué seductora era su sonrisa. Mientras improvisaba alegremente como jamás había hecho cuando era una momia de Salthill.

—Según la Constitución de Estados Unidos, Siri, tenemos libertad de expresión. Tú eres ciudadana estadounidense, ¿no?

Era un chiste, pero mordaz. Era gracioso, pero apremiante. Siri se rió, incómoda. Le miró con sus exóticos ojos suavemente oscuros. Negó con la cabeza de un modo que él no supo interpretar. Tal vez sí, tal vez no. Aquel día, Siri llevaba su reluciente cabello negro con pulcra raya en medio y peinado hacia atrás de un modo que a Lionel le recordaba las figuras femeninas del antiguo Egipto, de perfil. ¡Qué hermosa era!

—Podemos hablar en el coche. Mientras te acompaño a casa. No tendrás que coger el metro.

—Señor Hoffmann, si mi supervisora viera…

—Podemos cenar. Tomar algo y cenar. Después te llevaré a casa. Tenemos que hablar, Siri. Lo sabes.

—Pero, señor Hoffmann…

La chica parecía preocupada de verdad. Pero ¿quién les estaba observando? Lionel no veía a nadie. Se atrevió a coger a Siri del brazo y la llevó al coche, y ella no se resistió, aunque tampoco parecía aprobarlo; y estaban juntos, solos y juntos, en la parte trasera del automóvil, y el conductor se abría camino entre el tráfico, y los cristales ahumados les protegían de los ojos curiosos. Ahora estaban libres del escrutinio de la clínica y libres del protocolo de la clínica. ¡Qué alivio! En la intimidad del coche alquilado, ambos casi sin aliento; pero Lionel conservaba la autoridad. Lionel ejerció su autoridad con el tacto: cerró sus dedos en torno a los de Siri. Riéndose de su propio atrevimiento. Siri trató de sonreír, con expresión asustada, recatada.

—Señor Hoffmann…

Y Lionel se limitó a apretarle los dedos.

Avanzaban en una procesión de relucientes vehículos. El tráfico del centro de la ciudad. Lionel Hoffmann era un ciudadano de Salthill que tenía un apartamento en Manhattan y poseía varios millones de dólares, y Siri Joio, que no era tonta, ni quizá tan ingenua como aparentaba, no podía por menos de saberlo.

—Por favor, Siri, llámame Lionel. Ya debes de saber que me llamo así.

«Ahora empieza. ¡Ahora nada me detendrá!» En el coche él la besó levemente, en un restaurante del East Side se sentaron a una mesa del rincón, a la luz de una vela, la bella cabeza canosa de Lionel inclinada hacia la de Siri mientras hablaba. Siri se mantuvo muy callada durante la cena, y Lionel habló. No sabía que estuviera tan

resentido ni que fuera tan elocuente. Un varón excitado sexualmente pero un caballero. Se ocuparía de que Siri lo supiera: él era un caballero. Le contaría su vida. Nunca había considerado que su vida fuera una historia hasta que, aquella noche, empezó a contársela a una hermosa mujer joven que le miraba con avidez de vez en cuando, siempre con bastante timidez, acariciándole la mano. Si Siri había oído la historia de la vida de numerosos hombres acomodados de edad madura, sus clientes de la clínica, sin duda no daba muestras de ello. Si la mente de Siri vagaba durante los monólogos de Lionel, serenamente apasionados, sin duda no daba muestras de ello. Parecía fascinada por la vida de Lionel Hoffmann, que había sido, como él lo expresó, una vida de privaciones, estoicismo y deber («La ética protestante. La teología de la desesperación tranquila. ¡Tú te lo has ahorrado, Siri, espero!»). Mientras contaba su historia, a Lionel empezó a parecerle que todas sus acciones, desde su infancia, habían estado sujetas a los deseos de otros; su único acto secreto, privado, había ocurrido por casualidad, el aterrador descubrimiento de la pareja de hippies muertos junto al lago, en Broom Hills, cuando era niño.

—Fue como encontrar un tesoro. Un tesoro horrible. Pero yo no tenía idea de lo que significaba.

¿Qué podía deducir Siri de esta asombrosa declaración? Sin embargo, escuchaba con atención, los ojos fijos en los de él. Aquel brillo en sus ojos. Sus ojos hipnóticos. El aroma de nuez moscada, de piel calentada. El espeso cabello en la nuca, que Lionel se moría de ganas de destrenzar; se moría de ganas de apretar su rostro contra su cuello, hundirse en ella. ¡Camarero, otra botella de vino!

(Aunque Siri solo bebía agua mineral.) Se sintió obligado a contarle su vida. Su vida hasta que la había conocido a ella.

—Doy gracias a Dios por el dolor. El dolor que me llevó a ti. Ahora veo el objetivo. En el universo no existen las coincidencias, Siri.

Mientras él hablaba, ella murmuraba «Sí» y «¿Ah, sí?». Y demostraba, con la cálida intensidad de su mirada y las frecuentes sonrisas que dejaban ver sus dientes, que estaba muy impresionada y que él le atraía eróticamente; pues él le habló con cierto detalle de Hoffmann Publishing, Inc., la destacada editorial de textos médicos de Estados Unidos; le habló del orgullo de su familia por lo que él había logrado, y de su propio resentimiento por haber dado una parte tan grande de su vida a cambio del «éxito». Y se había casado demasiado joven; se había casado principalmente para complacer a sus padres; se había casado con una dulce muchacha a la que en realidad no amaba, pero a la que sus padres aprobaban.

—Mi esposa. Mis hijos. Mi vida hasta que te conocí. Todo esto pertenece al pasado, Siri. Siento como si me estuviera ahogando de felicidad. Sin embargo… ¡qué misterioso es!

Después del restaurante. En el apartamento de la Sesenta y uno Este. Al entrar, cogido de la mano de Siri, Lionel sintió una punzada de pánico: ¿y si para sorprenderle, con su torpeza acostumbrada, como había hecho una vez organizando una fiesta, cuando cumplió cuarenta años, para su reservado esposo, que con cualquier cosa se sentía avergonzado, Camille hubiera ido a la ciudad aquel día y estuviera esperando a Lionel…? Gracias a Dios, el apartamento estaba vacío. Lionel se echó a reír al ver la expresión de infantil asombro en el rostro de Siri.

—Sí. Vivo aquí. Cuatro noches a la semana. Es bonito, ¿verdad?

El apartamento, que era propiedad de los Hoffmann desde 1975, estaba amueblado con elegancia aunque sin imaginación; había seis habitaciones, de altos techos, anticuadas lámparas, cortinas de brocado de seda y gruesas alfombras orientales. A Lionel, que hacía años apenas miraba el apartamento, le gustó verlo ahora a través de los ojos bien abiertos de la muchacha. ¡Cuánto la adoraba y deseaba! Había algo poderosamente erótico en una joven fisioterapeuta que, fuera del ambiente donde ella gozaba de autoridad, debía someterse a la autoridad de otro. Con voz vacilante dijo:

—Señor Hoffmann, no debería estar aquí. Debería irme.

Lionel no dijo nada. La besó. Ella dijo, sin aliento, tratando de apartarle:

—¡Señor Hoffmann! Está usted casado. Esto está mal. Sabe que esto está mal. ¡Oh!

Se apartó de él y corrió a otra habitación. Él la siguió y la atrapó. Lionel se sentía alto, amenazador, potente. Porque Siri no vestía su uniforme de nailon blanco. Ahora Siri no era la fisioterapeuta, Siri se hallaba en su poder como sus hijos lo habían estado años atrás.

—No tengas miedo. No voy a hacerte daño —dijo Lionel.

—Señor Hoffmann, por favor, no —susurró Siri.

Estaban en el estudio de Lionel. Sobre el reluciente escritorio de caoba había fotografías enmarcadas de la familia Hoffmann. Como en una película de Hollywood, la luz parecía jugar sobre estas fotografías, incluso emanar de los sonrientes rostros en miniatura. Lionel y su bonita joven esposa, Camille, Marcy y Kevin como sonrientes jovencitos, qué familia tan atractiva, qué familia tan americana, figuras a las que Lionel apenas si dedicaba un

pensamiento, que se cubrirían de polvo si una mujer no fuera a limpiar el apartamento, y aquella habitación, una vez a la semana.

—¡Señor Hoffmann! ¿Esta es… su esposa? ¿Estos son… sus hijos?

Qué pesarosa parecía Siri en aquel instante. Qué vulnerable. Lionel aún la amaba más por ello y la deseaba. La rodeó con los brazos, apretó el cálido rostro contra su nuca e inhaló el perfume de nuez moscada, que le excitó tanto que apenas podía soportarlo.

—Señor Hoffmann, esto está mal. Debo irme. ¡Por favor!

Lo apartó, pero Lionel la retuvo; la besó, moviendo su boca con fuerza contra la de ella y separándole los labios, que al principio se resistieron pero después cedieron. Se tambalearon juntos. Se sintieron desmayar juntos. Lionel notaba cómo el corazón de Siri latía contra su pecho. Notaba su pulso, sus pensamientos que acudían atropelladamente a su cabeza, presa del pánico. Él le soltó el cabello, que cayó como una cascada de relucientes y ondulados mechones. Tropezaron con un canapé tapizado en satén. Lionel empezó a tironear con impaciencia de la ropa de Siri. Como hacía semanas que deseaba tironearle de la bata y los pantalones de nailon blanco. Había estado loco por arrancarle la bata y los pantalones y solo su extremo autocontrol se lo había impedido. Ahora Siri reía, desconcertada. Su risa era bastante desenfrenada. Lionel gruñía y apretaba su cuerpo contra el de ella. Para que sintiera su gran erección. En este lugar que Camille había amueblado y decorado siguiendo los consejos de un decorador, y que a Lionel nunca le había gustado mucho. «Donde he estado físicamente solo, y tan aburrido.»

—¡Señor Hoffmann! ¡Esto está mal! Oh, sabe que esto está mal… —murmuró Siri; y por toda respuesta Lionel gruñó, incapaz de

hablar.

Hacía años que no fantaseaba con abrazar a una mujer como estaba abrazando a Siri. No estrechas a tu esposa en un abrazo de este tipo, la idea era absurda. La pasión sexual frenética no era una experiencia entre marido y mujer sino una aberración. Preguntó, enojado:

—¿Qué está mal? ¿Qué hacemos mal? ¿Podemos hacer algo que esté mal? No siento deseo por mi mujer. Nunca sentiré deseo por mi mujer. ¿Nunca más he de volver a sentir deseo? ¿Estoy atrapado, tengo que morir, cautivo de mi matrimonio? ¿Cómo puedo soportar semejante destino? ¿Por qué iba a hacerlo?

En su pasión Lionel se había vuelto grandilocuente, y Siri se sintió intimidada, avergonzada. A Lionel se le reveló un extraño conocimiento de sí mismo. Ahora se hallaban en el dormitorio. Ventanas altas y estrechas, vaporosas cortinas blancas. En las paredes, papel de seda de color crema con delicadas rayas verdes. ¡Todo era de tan buen gusto allí! Salvo los sueños morbosos de Lionel. El cuerpo masculino de Lionel. Solo en aquella cama, demasiadas noches. Era una cama de tamaño extragrande, por absurdo que resultara, con una colcha de satén verde y un recargado cabezal de caoba. Dios sabe dónde habían encontrado Camille y su decorador aquel mueble. El «rollo cervical» había sido insertado en la almohada de la derecha, que era el lado de la cama en el que dormía Lionel; este sintió una punzada de turbación masculina al pensar que la muchacha lo descubriría; sin embargo, razonó que Siri desde luego conocía el cojín terapéutico, pues había sido ella quien le había instado a comprarlo.

—Señor Hoffmann… Lionel… esto está mal… por favor…

No obstante, se resistía a Lionel solo con una fracción de la fuerza que él sabía que poseía. La voluntad de Lionel estaba dominando completamente la de ella. Qué extraño era, y cuánto le excitaba, que aquella mujer joven, de dedos hábiles y entrenados, una fisioterapeuta con la autoridad mágica de hacer desaparecer el dolor, flaqueara frente a él; la resistencia de Siri se estaba disolviendo como si él hubiera apagado una llama de un soplo. Sin embargo, esta pasividad despertaba el deseo de Lionel por ella. Porque las mujeres ya no eran criaturas pasivas. Incluso Camille, en los primeros años de su matrimonio, más experimentales, inspirada por artículos de porno blando aparecidos en revistas de mujeres y manuales de sexo, había hecho todo lo posible para «iniciar» a su confuso y turbado marido en las relaciones sexuales… Pero allí estaba Siri, la espléndida y exótica Siri, mucho más joven que Camille y mucho más sexual de lo que esta jamás había sido, que parecía verdaderamente asustada de Lionel, de la masculinidad que había en él. Ahora que los papeles se habían invertido. Ahora que él era el amo y ella se mostraba sumisa a él. ¿Dónde estaba el dolor en la columna que le había hecho frenarse durante tanto tiempo? ¿Los servicios de Siri lo habían hecho desaparecer, el propio Lionel, con su voluntad, lo había eliminado?, ¿el deseo sexual lo había disipado? Lionel y Siri tropezaron con la cama. Se habían desabrochado la ropa, Siri murmuraba el nombre de Lionel, ya no le llamaba «señor Hoffmann» sino Lionel… por fin. Su rostro estaba muy pálido, como una flor. Tenía los ojos bajos. Lionel podía hacer con ella lo que quisiera. Comprendía que ella no le rechazaría. Jamás en la vida había ejercido tanto su voluntad masculina, un manantial de agua caliente en su interior. Su entrepierna, su pene, su columna vertebral

misma: su cuerpo entero se ahogaba con el triunfo del deseo. Ahora la mujer estaba desnuda bajo sus manos, un mechón de su largo cabello oscuro en la boca, se arrodilló sobre ella temblando —¡su erección era enorme!— y empujó dentro de ella, había dejado de pensar, qué alivio dejar de pensar, su cerebro anulado como por una cegadora luz blanca. «Yo no moriré, como Adam. ¡No moriré!» La mujer se movía bajo su peso gimiendo suavemente. Su voluntad había sido derrotada por la de él; yacía como en trance, sumisa a él. Aquí no había obstinación femenina ni aquiescencia negada, la timidez que tanto enfurecía al macho. Lionel bombeaba su vida en aquella mujer. En aquel lugar impronunciable entre sus muslos. Bombeaba feliz, hasta sumirse en el olvido. No era más que vagamente consciente de la mujer esbelta, de los brazos musculosos y pálidos como la leche que le rodeaban el cuello y de su jubiloso murmullo final, suave:

—Lionel…

El largo y oscuro cabello, ligeramente pegajoso, caía en zarcillos sobre la almohada como las aterciopeladas patas de una araña, desparramado sobre la blanquísima tela. Su boca, de labios delgados pero bastante grande, hambrienta, chupando la de Lionel. Él sentía sus grandes y duros dientes. Sentía su pelvis, que se levantaba pegada a la suya, subía y bajaba imponiendo su propio ritmo impaciente. Se estaban ahogando juntos. En el frenesí de su pasión, el cojín duro y tubular salió de debajo de la funda de la almohada, cayó al suelo y rodó unos metros como desesperado por huir. El corazón de Lionel, tanto tiempo sin usar, latía desbocado. Le cubría una fina capa de sudor salobre que le escocía. Jamás en su vida

había sentido tanto… ¡poder! ¡Tanta energía fluyendo por su cuerpo! Dijo entre jadeos:

—¡Amor mío…!

En el cataclismo del orgasmo había olvidado el nombre de la mujer.

3

Había una mujer que muchas veces se despertaba por la mañana y se daba cuenta de que su almohada estaba mojada, su rostro bañado en lágrimas, pues había llorado mientras dormía.

Cuántas veces. Fundas de almohada de lino con ribetes de satén y estampados de flores. Húmedas, manchadas por la tristeza. A finales del otoño de aquel año de tristeza. A finales del otoño —¿o ya era principios de invierno?— de la vida de Camille Hoffmann.

Sí. Ya era diciembre, el mes más oscuro del año. Él se había marchado en octubre.

«Mi vergüenza. Cómo soportarla. Pero le perdono.

»Él debe saber que le perdono. Y siempre le amaré.»

No obstante, tenía consuelo. Porque Apolo y Sombra dormían cada noche en el suelo, al pie de la cama de su dueña. Apolo a la izquierda, Sombra a la derecha. Como perros de piedra del antiguo Egipto protegiendo la imagen funeraria de su dueña-momia enterrada.

Durante la noche, si Camille se removía inquieta, gemía o sollozaba en sueños, ambos perros despertaban al instante y se sentaban sobre las patas traseras, alerta al peligro.

Ellos jamás la abandonarían.

Después de su brusca y asombrosa partida de la casa de Old Mill Way y su traslado al apartamento de la calle Sesenta y uno Este en Manhattan, Lionel Hoffmann había procurado en lo posible «mantenerse en contacto» con Camille; tenía intención de portarse de un modo «justo y leal»; hasta mediados de noviembre hablaban a diario por teléfono. Después, por alguna razón desconocida para Camille, su esposo empezó a no estar «disponible» cuando ella llamaba a su oficina; cuando llamaba al apartamento, nadie cogía el aparato; cuando dejaba un mensaje, Lionel a menudo no le devolvía la llamada. Y cuando lo hacía, hablaba de un modo vago y distraído, como si (pero no era posible, ¡no podía ser!) le costara recordar quién era ella.

Una vez, durante una de estas torpes conversaciones, a Camille le pareció oír susurros al otro lado de la línea. Y risas ahogadas. Y a Lionel murmurando o gimiendo.

Camille, cortésmente, pasaba por alto estas distracciones.

En las semanas que siguieron a su separación, como un soldado prestando juramento, Lionel había asegurado repetidamente a Camille que la quería y respetaba; siempre la querría, como quería a Marcy y a Kevin, pero, al parecer, en aquellos momentos no estaba enamorado de ella.

Existía esta crucial distinción. Aquellos a los que queremos, de los que rara vez estamos enamorados.

Camille se apresuró a decir:

—Oh, sí. Lo entiendo, Lionel. Yo… lo entiendo.

—No es nada personal, Camille. Has de entenderlo.

—Sí, lo entiendo.

—Cuando cae un rayo, nunca es algo personal.

—En absoluto.

«¿Sabes, cariño, que te perdono? Siempre te querré. Y la casa en la que hemos sido tan felices te aguarda.»

—¿Camille? Tengo que colgar.

—¡Ah, sí! Gracias por llamar, Lionel.

—Camille, me has llamado tú.

—Bueno, gracias por…

—¡Adiós!

Aunque tenían muchas cosas de las que hablar. Las propiedades, inversiones, fondos que tenían juntos; el futuro de su matrimonio. (La fea palabra «divorcio» aún no se había pronunciado.) La reacción de sus hijos a la noticia inesperada, discordante. («Pero Marcy y Kevin ya no son "niños", Camille», dijo Lionel con bastante frialdad.) Nunca hablaban de la mujer, sin duda una mujer más joven y muy guapa, de la que al parecer Lionel se había enamorado, aunque Camille se mostraba amable y abierta e incluso, hasta cierto punto, comprensiva.

Una vez, al final de una breve conversación telefónica muy inconexa, Lionel murmuró, con tono que parecía pesaroso, que no deseaba hacerle daño jamás, deliberadamente.

—¡Qué amable por tu parte, Lionel! Qué considerado.

Después de colgar Camille se echó a reír. Con la palma de las manos se frotó los ojos enrojecidos. Su risa era estridente y fue breve. Apolo y Sombra acudieron corriendo.

El hermoso Apolo, con la cabeza alta, que vivía en la casa de Old Mill Way en ausencia de Adam. Apolo, una noble mezcla de pastor alemán y husky, fieramente leal, inteligente, que Adam había confiado a Camille, su mejor amiga. Apolo tenía unos seis años, ojos nerviosos y conmovedores, pelaje con las puntas plateadas, espeso y suave gracias a la comida para perros enriquecida con vitaminas que Camille compraba, sus cuidados y su amor infinito. Y Sombra, más pequeño y menos peculiar, un labrador cruzado, con ojos melancólicos y legañosos, cara estrecha, orejas magulladas, pelaje ondulado basto, de un color negro apagado, dientes manchados; un perro joven-viejo, en algunos aspectos aún un cachorro, inmaduro y (por fortuna, Lionel no estaba allí para saberlo) insuficientemente entrenado para estar en casa, en otros aspectos maduro; tullido, con la columna torcida y la pata trasera izquierda parcialmente amputada; pobre Sombra, que temblaba al menor ruido que oía fuera o al sonar el teléfono; al que había que reñir una y otra vez para que no ladrara dentro de la casa; pero que era insaciablemente cariñoso, entregado por completo a su nueva dueña. Cuando Camille vislumbraba en los ojos acuosos de Sombra un velado recuerdo de terror, dejaba de inmediato lo que estuviera haciendo y se agachaba para abrazarlo y consolarlo. «¡Sombra! ¡Buen perro! Ahora, conmigo, estás a salvo. Para siempre.»

Sombra tenía la mala costumbre de saltar sobre Camille, gimiendo, ladrando, para lamerla, moviendo sus nalgas torcidas y su corta cola; a veces, en su excitación, la mordisqueaba, incluso la mordía, con dientes sorprendentemente afilados; le arañaba la piel y la hacía sangrar. «No, no. Sombra, esto está mal.» En esas ocasiones Apolo se acercaba corriendo, celoso, o impaciente por ser

incluido en los abrazos; se lanzaba sobre Camille y Sombra, los rodeaba, gimiendo, y cubría la cara de Camille de generosos besos. «¡Apolo! Cuida tus modales.» Camille reía entusiasmada como una niña, guardando el equilibrio torpemente sobre sus talones; a veces se caía al suelo, los perros le besaban y lamían la cara dejándole en la piel restos ácidos de baba que, al secarse, relucían como fugaz luz del sol.

—Mamá, ¿lo dices en serio? ¡Dime que es una broma!

Camille hizo una mueca. Qué poco la conocía su hija Marcy para creer que Camille bromearía con semejante asunto.

—¿Que papá se ha marchado de casa? ¿A Nueva York? ¿Qué está pasando, mamá?

¡Qué decirles a los hijos! ¿Qué palabras, discretas pero veraces y sin histeria, podía decir a Marcy y Kevin? El dolor íntimo y la vergüenza social de ser una esposa abandonada quedaban superados quizá por la sensación de la madre que no ha logrado mantener unida a su familia. Y la responsabilidad de explicárselo a Marcy y a Kevin recayó en Camille, naturalmente.

Era cruel e inexacto por parte de Lionel decir que sus hijos, aunque tenían más de veinte años, eran adultos. Como si los «adultos» fueran invulnerables al dolor y a la decepción. Camille comprendía que sus hijos estaban muy unidos a la casa de Old Mill Way, que habían reconsiderado, en el recuerdo, su adolescencia algo rebelde y recordaban años idílicos cuando, en realidad, en aquella época habían odiado Salthill y estaban completamente hartos, como todos sus amigos, de «esta zona residencial de gente caucásica acomodada». Se habían hecho mayores en el período más

competitivo y materialista de la historia de Estados Unidos, con excepción quizá de la última década del siglo XIX, y eran de esa generación de jóvenes norteamericanos que se daban cuenta de que probablemente no lograrían, mediante sus esfuerzos, alcanzar el éxito y la prosperidad de que sus padres habían gozado. Aunque Marcy tenía un título de humanidades de la Universidad de Nueva York, trabajaba en Seattle para la revista *Slate*, que se publicaba en internet, en un cargo tan indefinido que sus padres comprendían que era poco más que de oficina. Kevin, con títulos del Harvard College y de la Harvard Business School, no había logrado distinguirse entre sus brillantes rivales; también él tenía un empleo vagamente definido en el ciberespacio, trabajaba frenéticas semanas de sesenta horas en Boston para TechInvest.com; ya empezaba a caérsele el cabello y sufría de colon espástico como consecuencia del estrés; igual que Lionel a su edad, se resistía a entrar en el negocio familiar porque tenía la esperanza, o la ilusión, de que podría labrarse un camino por sí mismo. (La estrategia de Lionel era no presionar a su hijo. «Cuando Kevin esté preparado para trabajar conmigo, lo sabrá, y yo lo sabré.» Camille, que conocía bien su táctica de caballerosa evasión y duplicidad, entendía con esto que en secreto Lionel desconfiaba de la capacidad de su hijo para los negocios y no quería que entrara en Hoffmann Publishing, Inc.)

Disgustada y profundamente avergonzada, Camille había aplazado durante semanas llamar a Kevin y a Marcy. Diez días antes de Acción de Gracias, comprendió que debía hacerlo, pues Marcy y Kevin supondrían, como era natural, que habría una espléndida comida familiar el día de Acción de Gracias, como era costumbre, preparada por Camille; una mesa de al menos veinticinco invitados, parientes

de ambos lados de la familia y algunos amigos del vecindario, como Adam Berendt. (Camille no soportaba pensar que Adam no volvería a ser un invitado a su mesa, quizá la solución más sensata era limitarse a no celebrar nunca más una fiesta con cena.) Ni Marcy ni Kevin habían expresado jamás mucho entusiasmo por ir a casa el día de Acción de Gracias, pero solían ir, bien por el sentido del deber, bien porque carecían de otras invitaciones; sin embargo, cuando Camille les informó, disculpándose, de que aquel año no habría celebración de Acción de Gracias, ambos se mostraron consternados y disgustados, y Marcy reaccionó con enfado. Camille no tuvo más remedio que confesar balbuceante que ella y Lionel tenían «problemas matrimoniales», Lionel se había «ido a vivir a Nueva York, temporalmente». Con Marcy, la conversación tomó enseguida otro cariz, pues dijo con tono cortante:

—Ha encontrado a otra mujer, ¿verdad? Lo sabía. ¡Mamá! Te has dejado llevar como en un sueño durante años. Papá es un hombre atractivo, y no es precisamente un hombre pobre, ¿no te dabas cuenta?

Mientras su encolerizada hija la regañaba desde la otra punta del continente, Camille empezó a sentir que se desvanecía. Uno de los perros le daba golpecitos en las rodillas con la cabeza y le lamía las manos: Apolo. El menor, Sombra, más nervioso, se acercó a ella por el costado, gimiendo casi inaudiblemente, y apretó su cálido y peludo peso contra ella, para consolarla.

—Marcy, no es nada personal. Tu padre desea que todos comprendamos esto.

—«No es personal», ¿qué significa eso? ¡No puedo creer que tengamos esta conversación!

—Lionel lo ha dicho; es como cuando cae un rayo, no tiene nada que ver con…

—Papá lo ha hecho caer, por el amor de Dios, mamá. Saca la cabeza de debajo del ala. Papá es el rayo, joder.

—Marcy, por favor…

—¡Voy a llamarle! Tengo que decirle un par de cosas al bueno de papá.

—Oh, Marcy, preferiría que no lo hicieras, cariño. Te lo ruego. Estoy segura de que solo es algo temporal y Lionel volverá a estar en casa por Navidad. Nunca ha hecho nada ni remotamente parecido a esto y…

—La semana pasada llamé a papá, a la oficina, y me dijeron: «El señor Hoffmann no puede ponerse en estos momentos». Y no me devolvió la llamada —explicó Marcy—. ¡Tiene miedo de hablar conmigo!

—Marcy, estoy segura de que tu padre tiene intención de llamarte pronto. A ti y a …

—No me digas que papá tiene una amiguita, a su edad. Es eso, ¿verdad?

—Marcy, yo…

—Es la peor noticia que he tenido esta semana, y deja que te diga, mamá, que ha sido una semana horrible.

Marcy sollozaba de indignación. Camille temía que su hija colgara, como había hecho en más de una ocasión con menos provocación; al mismo tiempo, casi quería que Marcy le colgara. Esta añadió, furiosa:

—¡Llegaré hasta el fondo de esto! Puede que vaya a casa, sea o no Acción de Gracias. Todos los padres se están divorciando y

casando con chicas de mi edad y, maldita sea, esto no va a ocurrir en la familia Hoffmann, no sin un contrato prenupcial que Kevin y yo hayamos visto antes. ¡Joder, mamá! Has engordado al menos doce kilos desde que me fui de casa.

Camille cerró los ojos ante estos golpes. Sabía que se los merecía, pero eso no reducía el dolor. Se vio obligada a recordar que, cuando Marcy cursaba séptimo, en la escuela de Salthill, era la niña más gordita de su círculo y se había obsesionado con hacer régimen; detestaba su rostro «regordete», que tanto se parecía al de su madre, y una vez, cuando Camille la regañó suavemente por tratar de matarse de hambre, Marcy se volvió con furia hacia ella y dijo unas palabras que Camille jamás olvidaría: «¡Déjame en paz, mamá! Prefiero morir antes que ser gorda como tú». Entonces Camille debía de pesar unos cuatro kilos de más.

Nunca había contado esta escena a Lionel. Había empezado a contársela a Adam Berendt, pero se había interrumpido porque tuvo la sensación de que también Adam se compadecería de ella, y lo último que quería de Adam era su compasión.

Como si percibiera el dolor de su madre, Marcy empezó a calmarse un poco.

—Eh, mamá, ¿todavía estás ahí? Oye, lo siento. Supongo que tienes el corazón destrozado.

Como Camille, que estaba secándose los ojos, no se vio con ánimos de responder, Marcy volvió a preguntarle si sabía si había otra mujer, y Camille contestó, con toda la dignidad que pudo reunir:

—Marcy, pregúntaselo a tu padre. Solo él lo sabe.

Exhausta y desmoralizada por esta conversación, Camille tenía ganas de tumbarse en el sofá, pero sabía que debía llamar a Kevin

inmediatamente, antes de que Marcy, furiosa, se pusiera en contacto con él. Dio la casualidad de que Kevin estaba en casa y cogió el teléfono. También él se quedó atónito al oír la noticia.

—¿Papá se ha marchado de casa? ¿Está loco? ¿Qué está pasando, mamá?

Camille dijo:

—Solo es temporal, Kevin. He llamado a tu hermana y se lo he explicado también. Lionel está…

—Espera. Vamos a aclarar esto, mamá. ¿Papá se ha marchado? ¿A Nueva York? ¿Cuándo? ¿Por qué nadie me ha dicho nada? ¿Cuándo se lo dijiste a Marcy? ¿Hay… alguien más metido en esto? ¿Mamá?

La voz de Kevin era la de un adolescente angustiado, muy diferente de su acostumbrada voz tranquila, levemente cínica. Camille balbuceó:

—La verdad… es que no lo sé, Kevin. Puede que dijera… tal vez mencionó… Todo fue tan confuso para mí que no estoy segura de que lo entendiera.

De hecho Camille no lo recordaba. ¿Lionel realmente había pronunciado las horribles palabras «mujer… estamos liados… desde el pasado noviembre…» o Camille las había imaginado, en un cruel sueño autopunitivo? Le parecía francamente improbable que Lionel hubiera estado liado con una mujer, fuera lo que fuese lo que eso significaba, durante un año entero y ella, su esposa, lo hubiera ignorado. Kevin, que siempre defendía a Camille al percibir un injusto desequilibrio de poder en el matrimonio de sus padres y al ver quizá en Camille a su única aliada contra su poderoso padre, dijo con incredulidad:

—¡Vaya! Maldita sea. A su edad, con más de cincuenta años, debería darle vergüenza.

Kevin empezó a reír burlonamente, como si la mera idea de que Lionel Hoffmann cometiera adulterio, un amante renegado, resultara divertida. Por simpatía nerviosa, Camille se encontró riendo con él. Apartó los perros de sí, que en su celo por consolar a su dueña le lamían las manos frenéticamente y suplicaban con ansiosos ojos de perro, y ella no podía concentrarse; ¡oh!, estaba cansada, desde que Sombra había entrado en su vida (como la gracia divina, sin ser invitado) estaba tan agradecida al Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland que se había apuntado como voluntaria e iba a ayudar dos tardes a la semana. Kevin también se enojó muchísimo porque no habría celebración de Acción de Gracias aquel año y conjeturó, con voz joven y hosca, que tal vez tampoco habría Navidad. Camille permaneció callada. Le dolía la cabeza. Se preguntó por qué, si se podía vivir con perros, habría deseado en otra época vivir con hijos y un marido. «Los perros no juzgan. Los perros aman.» Kevin dijo con petulancia que iría a casa para ver «qué coño está haciendo papá». Se quejó a Camille de que había estado enviando mensajes por correo electrónico a Lionel («sobre un asunto profesional, privado») pero que su padre no había contestado. ¿Estaba en Nueva York? ¿En el apartamento? Camille murmuró que suponía que sí. Ella también llamaba a Lionel y este tardaba en devolverle la llamada. Kevin dijo desesperado:

—No permitas que papá venda la casa, mamá. Es propiedad conjunta, supongo. Todas vuestras propiedades, inversiones y ahorros, todo es conjunto, ¿no? No dejes que papá te engañe con nada. No le dejes vender nuestro hogar.

Camille, acariciando la cabeza de los perros, sintió una punzada de añoranza por su hijo; de niño, Kevin tenía tendencia a los accidentes y a las lágrimas; la vida más bien le bloqueaba en lugar de enojarle como a su hermana; si hubieran estado juntos, Camille le habría abrazado y tal vez los dos habrían llorado juntos. Pero Kevin estaba muy lejos y su respiración sonaba ronca.

—¡Oh, no, Kevin! Tu padre jamás sería tan cruel para vender esta casa. De hecho espero que esté en casa… en Navidad. Cuando esta locura haya seguido su curso.

¡Qué sorpresa! Camille recibió una postal de Lionel, desde Barbados. Se había tomado cinco días libres, decía. Pronto se pondría en contacto con ella para hablar de «planes futuros». Le recomendaba que empezara a pensar en un «representante legal». Se disculpaba por estar incomunicado con la única excusa de que su vida se había vuelto «misteriosa y nueva otra vez» y «más que gloriosa».

Era una historia triste y aleccionadora de una esposa de Salthill abandonada.

Beatrice Archer, con los ojos anegados en lágrimas, diría:

«Lo sabía. En cuanto aparqué en el sendero de los Hoffmann y vi los espléndidos crisantemos marchitos y algunas macetas de barro rotas, supe que había sucedido algo terrible».

Aquel día, a principios de diciembre, Beatrice se atrevió a visitar a Camille Hoffmann. No había sido invitada. Había llamado varias veces a Camille y esta nunca había devuelto las llamadas. «Pero no podemos abandonar a Camille, como ha hecho Lionel. Esa pobre mujer está en estado de shock.» Beatrice Archer era una mujer

guapa de joven edad madura, esposa de un eminente internista de Salthill, con el pelo rubio reluciente como el oro, que le caía como alas esculpidas a los lados de su rostro perfecto, una mujer positiva, que siempre miraba adelante, como la proa de un barco. Era una mujer que se preocupaba muchísimo por sus amigas, en especial ahora que sus hijos se habían hecho mayores y marchado de casa. Era una mujer de fuertes convicciones neocristrianas. Había empujado a su esposo Avery a ponerse en contacto con Lionel Hoffmann en Nueva York y a concertar una cita si era posible. «Para hablar con ese hombre y hacerle entrar en razón. ¡Lionel, nada menos! Seguro que sabe que esto es degradante.» (Pero Avery se quejó de que Lionel nunca le devolvía las llamadas. En Hoffmann Publishing, Inc., la secretaria de Lionel informaba cortésmente de que el señor Hoffmann «en estos momentos no puede ponerse».) Una mañana, Beatrice decidió simplemente ir a Old Mill Way, que se cruzaba con Old Dutch Road, donde vivían los Archer, en una casa neogeorgiana bellamente restaurada, en una hectárea boscosa; Beatrice razonó que Camille no tendría más remedio que dejarla entrar en casa. «Cuántas veces, al fin y al cabo, nos hemos visitado…»

Pero estaban los feos crisantemos, inquietantes para una mujer de su casa escrupulosa como Beatrice Archer. Y las persianas cerradas en varias de las muchas ventanas de la casa colonial. Y los perros salieron de la nada y se precipitaron hacia Beatrice, dieron vueltas alrededor de ella mientras se acercaba a la puerta principal y llamaba al timbre con un dedo tembloroso. Reconoció a Apolo, el amado perro de Adam, al que no veía desde que este había muerto. Por fortuna, Apolo pareció reconocerla. «¿Apolo? Me reconoces, ¿eh?

Soy Beatrice, la amiga de Adam. ¡Buen perro, Apolo!» El pastor alemán híbrido meneaba la cola mientras ladraba, aunque no tan alegremente como a Beatrice le hubiera gustado. El perro más pequeño era más travieso, un labrador negro cruzado, desfigurado, con tres patas y ojos legañosos, que Beatrice nunca había visto. ¿Los dos perros vivían con Camille? ¿O el perro negro era un perro extraviado? Sus ladridos sonaban como cuando se araña una pizarra con la uña y se comportaba de forma beligerante. «Tenía muchísimo miedo de que me mordiera o me rompiera la ropa, antes de que Camille abriera la puerta. Tenía el pelo del lomo erizado y gruñía. ¡Y era tan deforme! Un perro feo como el demonio.» Cuando Camille acudió, jadeante, a abrir la puerta, con una bata manchada, el descuidado cabello grisáceo cepillado hacia atrás, ambos perros aguijoneaban a Beatrice con sus hocicos oliscando groseramente. Camille les ordenó que se apartaran y explicó, tras pedir excusas, que los perros no estaban acostumbrados a las visitas.

—No son peligrosos, desde luego. Apolo y Sombra son perros muy buenos.

Beatrice, consciente de que no había sido invitada y de que su amiga Camille a todas luces no era la misma de siempre, la abrazó con afecto y la besó en la mejilla. A sus grandes y luminosos ojos, meticulosamente maquillados, acudieron lágrimas de auténtica compasión.

—¡Camille, qué alivio verte! Todos hemos estado muy preocupados por ti; no devuelves las llamadas, no asististe a la recaudación de fondos de Paternidad Responsable, vives aquí sola. Has herido los sentimientos de tus amigos, Camille, ¿por qué?

Era propio de Beatrice Archer expresar compasión en forma de reproche. Camille enrojeció vivamente y no se le ocurrió nada que decir; invitó a Beatrice a entrar, disculpándose de nuevo, mientras los perros trotaban a su lado sin dejar de dar golpecitos y husmear las piernas de Beatrice. Después Beatrice contaría el apuro que había pasado, con aquel olor a perros en la hermosa casa y montones de correo sin abrir en una mesita de cerezo de la sala de estar. «Como si los propietarios de la casa hubieran muerto y alguien estuviera haciendo lo mínimo, entrando el correo pero no abriéndolo.» La incómoda visita duró menos de una hora. Las mujeres se sentaron en la cocina de estilo rústico de Camille, espaciosa pero atestada, que estaba inundada de luz invernal. En los alféizares de las ventanas había violetas africanas marchitas, en el suelo, en un rincón, estaban los platos de plástico rojo y amarillo de los perros, colocados sobre papeles de periódico manchados. Beatrice tuvo la impresión de que gran parte de la casa había sido cerrada, probablemente para impedir que los perros la estropearan. Tuvo la impresión de que se vivía en un estado de alarma, como si Camille estuviera esperando a que ocurriera algo, o como si ya hubiera ocurrido algo y aquello fueran las secuelas. Explicaría que Camille no se había mostrado descortés exactamente, pues en la pobre Camille no cabía la descortesía. «Me ofreció café pero no llegó a dármelo. Simplemente se olvidó, ¡supongo!» Beatrice estaba inquieta e intrigada por el aspecto alterado de su amiga. Hacía menos de dos meses que Lionel se había marchado, pero Camille ya estaba dejando que su ondulado cabello castaño claro se volviera gris. No iba maquillada y su piel se veía enrojecida y bastante áspera, como si hubiera estado expuesta al aire frío. Sonreía con

nerviosismo. Sus ojos sin pestañas parpadeaban. Parecía mirar fijamente a Beatrice como si intentara seguir una conversación en otro idioma en la que, de un modo extraño, ella participaba. Beatrice observó la bata tejana que se ceñía a las anchas caderas de Camille, manchada en los muslos como si los perros le hubieran estado pasando las patas sucias de barro por encima. Observó las uñas rotas y con cerco negro de Camille. ¡Qué señal de derrota femenina aquellas uñas! Beatrice casi tenía ganas de hacerle la manicura. «Pero no quería ofender a Camille, por supuesto. No quería dar la impresión de que me metía con ella. Quería que supiera que sus amigos de Salthill se preocupaban por ella. Le dije que Abigail Des Pres tenía muchas ganas de verla, de ofrecerle "conmiseración espiritual" y "consejos legales prácticos", pues Abigail, por supuesto, había tenido el mismo problema unos años antes, con Harry, pero Camille me interrumpió y dijo tartamudeando, casi enfadada: "No es necesario. No necesitaré ningún abogado. Dale las gracias a Abigail, pero mi situación no es en absoluto similar a la suya. Mi marido probablemente regresará en Navidad. Hablamos a menudo por teléfono. Me quiere mucho. Quiere a sus hijos y a esta casa. Jamás venderíamos la casa". ¡Fue un torrente de palabras repentino! Camille tenía las mejillas encendidas. Creí que nos echaríamos a llorar juntas, ¡fue un momento tan especial! Le cogí las manos, que estaban frías como el hielo y le temblaban, y le dije que claro que sí, que Avery había dicho al enterarse de la noticia: "Lionel volverá". Y Camille dijo, con la cara iluminada: "¿Avery ha dicho eso, Beatrice, de verdad? ¿Que Lionel volverá?".»

Después de esto Camille empezó a hablar más abiertamente, aunque de un modo un tanto inconexo. Se interrumpía con

frecuencia para reír y para secarse los ojos. Explicó a Beatrice con la confianza de una niña que eran Marcy y Kevin, no ella, los que se habían alterado más con la extraña conducta de su padre.

—Admiran mucho a su padre. Es un modelo de integridad moral para ellos. ¡Como lo es para mí!

Confió a Beatrice la notable historia de que, unos días después de que Lionel se hubiera marchado, había sacado del mueble bar todas las botellas de whisky, scotch, bourbon y ginebra que ya estaban abiertas; las había metido en cajas y las había llevado al vertedero del condado para no tener tentaciones de beber.

—Las botellas sin abrir y las que hay en la bodega de Lionel no sabría cómo abrirlas… o sea que estoy a salvo.

Ella y Beatrice se rieron juntas de esta revelación. Qué prudente era Camille, que se mareaba con un solo vaso de vino blanco; qué sensata. A Beatrice, a la que el alcohol también le hacía efecto enseguida y que evitaba beber salvo en ocasiones sociales, y aun entonces bebía poco, le habría gustado pensar que ella demostraría una sensatez similar si Avery la abandonara. (De todos modos Beatrice no podía imaginar a su devoto esposo abandonándola, como tampoco podía imaginar su propia muerte, salvo como una posibilidad intelectual.) Camille enseñó a Beatrice una postal de Barbados, que al parecer Lionel le había enviado hacía poco; la fotografía mostraba un hotel y una amplia playa de arena blanca.

—El Barbados Hilton, donde Lionel y yo nos alojamos. O sea que debe de estar pensando en su matrimonio, ¿no? En nuestros recuerdos felices. De lo contrario Lionel no me habría enviado esta postal. Sería cruel, y Lionel no es un hombre cruel. —A Camille le temblaba la voz.

Beatrice se apresuró a decir:

—¡Claro que no! Lionel posiblemente es el hombre más caballeroso y considerado de Salthill. Es mucho más amable que Avery.

Camille no captó la broma; miraba fijamente el mensaje de la postal escrito a mano. Beatrice tuvo que preguntarse si Lionel se había ido al Caribe con su amiguita, una exótica y espléndida joven fisioterapeuta que había conocido en una clínica de Manhattan, según le habían dicho, pero no quiso interrogar a su amiga.

Camille se disculpó por haber faltado a las reuniones de Paternidad Responsable, Amigos de la Biblioteca Pública de Salthill, Amigos de la Música de Salthill, Amigos del Consejo de las Artes de Salthill… Estaba limitando el tiempo que dedicaba al voluntariado al Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, donde la ayuda era absolutamente necesaria, así como las donaciones. Contó a Beatrice cómo, al ir por West Axe Boulevard a la mañana siguiente de haberse marchado Lionel, vio que una furgoneta atropellaba a un perro y se daba a la fuga dejando al animal en la cuneta; Camille se paró y lo llevó a la clínica de Rockland, donde lo operaron de urgencia y le salvaron la vida. Al relatar esto Camille se emocionó.

—No consiguieron acabar con Sombra. Lo llamo Sombra porque salió como una sombra de la luz del sol, que era cegadora; levanté la vista y allí estaba.

El perro aguzó sus deformes orejas al oír su nombre. Sus ojos legañosos se iluminaron. Beatrice, que sentía un escrupuloso desagrado por las criaturas deformes o desfiguradas, de pronto percibió la vida interior del perro, si se pudiera decir que un perro tiene vida interior; se estremeció.

—Camille, es muy peligroso llevarse a casa un perro extraño. Un perro abandonado. Y además un perro tullido. En unos momentos… tan difíciles de tu vida.

Camille dijo con tono reprobador:

—Es el momento adecuado. Lo supe. No existen las coincidencias.

De pronto un pensamiento acudió a la mente de Beatrice.

—¿Recogerás más? ¿Otros perros que necesiten un hogar?

Camille respondió, con una sonrisa de disculpa:

—¡No, Beatrice, me temo que no! Ojalá pudiera, esta casa es demasiado grande, pero con Apolo y Sombra probablemente ya es suficiente. Aunque se pasen la mayor parte del tiempo fuera y duerman en el granero, Lionel tiene alergia al pelo de los perros, ¿sabes?

Beatrice dijo amablemente:

—Eso debió de ahorrarte problemas cuando los niños eran pequeños. Nosotros no teníamos excusa, los niños no paraban de pedir uno.

Camille dijo, como si no la hubiera oído:

—Claro que Apolo no estará siempre con nosotros.

—¿No? —murmuró Beatrice.

—Ahora Adam está viajando por Egipto, creo —explicó Camille. Cerró los ojos como si no quisiera ver la turbación de Beatrice—. No estoy segura de cuándo volverá. Después de Año Nuevo, supongo.

Beatrice abrió a tientas el bolso para sacar un pañuelo, de pronto preocupada. Camille añadió sonriendo:

—¡Últimamente he tenido unos sueños tan nítidos, Beatrice! En ellos veo el Mediterráneo, creo… Lionel y yo hicimos un crucero por Grecia, hace diez años. Pero también el desierto, las pirámides y ese

extraño y luminoso río que debe de ser el Nilo, un río antiquísimo, sus raíces están en los inicios del tiempo. Los paisajes que Adam está viendo. Supongo. —Se rió como una niña—. ¡No es propio de Adam no enviarnos una postal!

Beatrice se oyó decir, titubeando:

—Sí, no es… propio de Adam olvidarse de sus amigos. Quiero decir… bueno, sí, supongo que sí.

Al oír el nombre de «Adam» Apolo se agitó, inquieto. Los dos perros estaban tumbados en la cocina, detrás de Camille, como si la protegieran. Apolo, con las orejas levantadas, meneó su plateada cola varias veces. Sin embargo, Beatrice se dio cuenta de que el perro de Adam no tenía la misma fe que Camille en la existencia de Adam. El momento de melancolía pasó.

Poco después de esta conversación Beatrice se despidió de su amiga con un beso y se marchó de la casa de Old Mill Way. ¡Qué alivio! El deprimente olor a perro y el ambiente demasiado intenso, como si todo lo expresado tuviera un doble sentido, que de alguna manera los perros compartían. Por lo demás, Beatrice estaba satisfecha con la visita y creía que Camille la había agradecido. Había logrado sacarle la débil promesa de que ese fin de semana iría a cenar a casa de los Archer y que almorzaría con ella y Abigail Des Pres en el nuevo restaurante tailandés de Salthill a la semana siguiente. El primer principio de la cordura humana es mantener la estimulante vida externa llamada social. Beatrice no estaba segura de cuál era el segundo.

«Camille se quedará con Thor. ¡Claro! Es lógico.»

Durante el resto del día Beatrice telefonearía a una serie de amigas para contarles la fascinante historia de su visita a casa de los

Hoffmann. Todas estuvieron de acuerdo en que Camille todavía se hallaba conmocionada y debían ser muy amables con ella. Veían a Beatrice como un ángel misericordioso. Algún día, tal vez Camille contaría la historia de cómo Beatrice Archer le había salvado la vida… Aquella noche, Avery llegó tarde a casa, tras asistir a una conferencia médica en Nueva York. ¿O había sido en Boston o en Chicago? Mientras se desvestía en silencio en el dormitorio escasamente iluminado, Beatrice le contó la historia de su visita a la casa de Old Mill Way.

—Esa pobre mujer está conmocionada, Avery. No había empezado a recuperarse de la muerte de Adam, y ahora Lionel la ha dejado. ¿Nunca te devuelve las llamadas? Qué desaire. Supongo que está avergonzado. Tiene motivos para estarlo. Lionel Hoffmann, dejar a Camille en estos momentos…

—Quizá Lionel quiere salvar su propia vida, cariño —dijo Avery.

4

«Mataría por esto. No hay nada más.»

Despertó en un estado de excitado gozo, el pelo trenzado de una mujer sobre su boca. Aspiró profundamente el olor almizclado femenino, mezclado con el olor de su propio cuerpo. Estaban desnudos. Eran unos nadadores que se habían ahogado juntos y cuyos miembros se habían entrelazado. La sangre le corría por la entrepierna, otra vez era un hombre joven en la plenitud de la vida. El deseo le golpeaba como un mazo aplastándole los huesos. No tenía resistencia, gruñó en señal de aprobación.

«¡Nada! Nada más.»

—¿Camille? Sí, te llamaré pronto. Solo tengo tiempo para este mensaje rápido, pero pienso en ti. Sé que esto ha sido difícil. Para mí también son unos momentos difíciles. Pero quiero que sepas que…

Las manos de ella se deslizaban pícaramente por el cuerpo de él. Por detrás. Le acariciaban, le pellizcaban con suavidad. Le pellizcaban con menos suavidad. Ella era a veces su diablillo, que olía a almizcle. Susurraba: «Señor Hoffmann, cállese. Nadie debe saberlo».

Brotó de su garganta un gruñido, un sollozo ahogado. El auricular del teléfono colgaba al final del cordón rizado.

En Barbados. Qué agradecida estaba, como una chiquilla codiciosa, en el lujoso hotel, en una suite desde donde se veían palmeras, la amplia playa de arena blanca, el agua de mar de ensueño. «Tal vez me ama. Señor Hoffmann.» Al hacer el amor con él a la fuerte luz del sol, Siri emitía gritos como una niña a la que le duele algo. Lionel nunca se había sentido inundado de tanto deseo. Astutamente la mujer se rebajaba ante él, el macho. Le besaba las manos, el pecho, el vientre. Apretaba la cara contra su entrepierna. ¡Si su esposa alguna vez hubiera hecho esto…! La idea era absurda, repugnante. Siri le reclamaba, Siri sabía lo que él quería aunque él protestara débilmente. Incluso cuando la apartaba ella insistía, y él la cogía para que se apretara más contra él. Por la noche le despertaba con su boca. Él abría los ojos de golpe. Arriba, el techo

flotaba como un velo. Las puertas del balcón estaban abiertas a las suaves olas del mar.

«¡Nada! No hay nada más.»

—Algún día, Siri quiere ver dónde vives. Tu verdadera vida.

Para jugar, ella hablaba a veces en tercera persona, como podría hacer una niña. Una niña testaruda de ojos astutos. Lionel suponía que había estado mirando las fotos enmarcadas que había en el apartamento. La familia Hoffmann, unos años atrás. La casa del siglo XVIII bellamente restaurada de Old Mill Way, Salthill.

—Donde existe tu verdadera vida. Y donde Siri no es bien recibida. —Bromeaba, por supuesto.

Jugaba como una niña traviesa con él, desnuda y gateando sobre la cama, Siri jadeando, encima, a horcajadas sobre su paciente con musculosos muslos.

—Señor Hoffmann, sea bueno. Procure relajarse…

Su secretaria le informó con seriedad. Su hija, su hijo, sí, y otra vez la señora Hoffmann, todos habían intentado ponerse en contacto con él. Durante días.

—¡Gracias, Irene! Les llamaré pronto. —Sonreía, estaba alegre. Aquí tenía el control—. Bueno, si vuelven a llamar, dígaselo.

Irene vaciló.

—¿Que les diga qué, señor Hoffmann?

—Que les llamaré pronto.

Maria, que limpiaba el apartamento los jueves, no sabía si informarle. Faltaban varias pastillas del caro jabón francés del armario del cuarto de baño de invitados. Los jabones de la señora Hoffmann, y los artículos de perfumería Elizabeth Arden de la señora Hoffmann. Loción hidratante, crema de manos, sales de baño. Y quizá alguna manopla. Grueso rizo blanco con borde de satén blanco. La tímida Maria, con su vacilante inglés, confiaba en que su jefe supiera que no era ella quien se había llevado estos artículos.

En Barbados, en noviembre, habían sido felices. Al menos él había sido feliz. Ella había dado la impresión de serlo. Y su largo fin de semana en Santa Mónica, adonde él había ido por asuntos de negocios y se había llevado a Siri, a principios de diciembre. Lo habría jurado. Estaba enamorado. ¡Siri era tan hermosa! Si no hermosa, Siri era… Siri. Lionel estaba loco por ella. Jadeaba al correr a su lado en la dura arena de la orilla del océano Pacífico. Cómo la miraban los otros hombres y muchachos. Siri en biquini y descalza. Y su cabello negro ondulado, suelto, cayéndole por la espalda. Tenía que admitirlo: le gustaba la intensidad de los ojos de aquellos hombres. Ojos de macho depredador. Como hombre casado durante décadas ni una sola vez había vislumbrado esos ojos. ¡Estaba emocionado! No, le repugnaba. Era mezquino, lascivo. Pero era excitante. El brillo de la piel de ella. A veces parecía una piel manchada. Y sus ojos pícaros, insolentes. Su risa ronca. «Ella no te ama, tonto. Le importas un bledo. Se ríe de ti con sus amantes jóvenes.»

¡Qué desagradable tener estos pensamientos! Le repugnaban, y sin embargo incluso la repulsión hacia sí mismo le excitaba si tenía

que ver con Siri. Porque hasta entonces su repulsión hacia sí mismo no había significado nada. Era «aburrido», como dirían los niños. Aburrido como el insípido papel pintado femenino que Camille había insistido en poner en las paredes. Aburrido como los conciertos de Pro Música a los que Camille insistía en asistir aunque Lionel diera cabezadas y se sumiera en el más dulce de los olvidos a pesar de los codazos que ella le daba para despertarle. Ahora su repulsión era muy diferente. Ahora su repulsión producía un efecto sexual. La llevaba bajo la camisa, junto a su viscosa piel. Dentro de los pantalones cortos, junto a la entrepierna hinchada. Le molestaba —su incomodidad, su agitación le provocaban repulsión— que Siri no estuviera disponible cuando él la deseaba. Que Siri tuviera «otros planes» para la tarde, o la noche. Que Siri se marchara a pasar el fin de semana «fuera de la ciudad». Que otra fisioterapeuta hiciera el turno de Siri en la clínica. Él lo sabía: Siri tenía una vida propia. Él era un hombre casado y ni una sola vez había hablado de matrimonio con ella. Ni una sola vez había hablado de divorciarse de su triste y aburrida esposa. Sin duda Siri tenía una vida propia, como más de una vez le había dicho. Siri no estaba en alquiler. Como fisioterapeuta se la podía contratar, pero para lo demás, no. E incluso como fisioterapeuta de la clínica no estaba obligada a trabajar con ningún paciente al que no deseara atender. Era norma de la clínica, por supuesto, pues a veces ocurría que los pacientes (masculinos, depredadores) empezaban a obsesionarse con sus fisioterapeutas, trataban de ponerse en contacto con ellas fuera de la clínica, las perseguían, las acechaban. «Señor Hoffmann, Siri no está en alquiler. ¿De acuerdo?»

Sí, pero no. A Lionel le gustaba desnudarla bruscamente, arrancándole la bata y los pantalones blancos. A petición suya, ella llevaba el uniforme al apartamento de la Sesenta y uno Este. A petición suya, ella llevaba la trenza recogida en la nuca. A él le producía placer soltarle el pelo, deshacerle la larga trenza con su olor a nuez moscada, le gustaba su leve olor rancio. Mientras hacían el amor, Lionel le rodeaba el cuello con un mechón de cabello, para jugar. Ella le decía en broma: «¡Señor Hoffmann! ¡Apriete! ¡Hágame daño! Sé que le gusta». Se reía al ver su rostro disolverse en el orgasmo como algo arraigado blandamente, disolviéndose en el agua. Se reía y le mordía el labio inferior haciendo brotar una gota de sangre.

No podía creer que se hubiera convertido en aquel hombre.

Aquel doloroso episodio. En Navidad. Él y Siri estaban a punto de partir hacia Cayo Hueso. Siri debía reunirse con él en el apartamento a última hora. Sonó el teléfono. Impaciente e imprudentemente, Lionel levantó el auricular. Y le sobresaltó oír la voz de Marcy. La pequeña Marcy dolida, acusadora, gimiendo.

—¿Papá? ¿Eres tú? Soy tu hija Marcy. —Su voz llena de sarcasmo; Lionel imaginó la mirada feroz de sus ojos—. He estado intentando ponerme en contacto contigo. Mamá me lo ha contado. Papá, ¿qué está pasando? ¿Este año no vamos a tener navidades?

Y Lionel, como un cobarde, colgó.

—No puedo creerlo. Me he convertido en un hombre que cuelga el teléfono a su propia hija.

No se lo contaría a nadie. Ni siquiera a Siri, a la que contaba demasiados secretos. Lo que hizo fue servirse whisky en un vaso y

bebérselo. Con todo, se rió. Era divertido.

Enero, Año Nuevo. Las cosas empezaron a cambiar. Siri empezó a murmurar cuando estaba en sus brazos, ligeramente burlona: «Me amas así, pero ¿me respetas?». Él vislumbró su rostro de niña hosca, dolida, en un espejo y le sorprendió su tosquedad. Y los ojos húmedos, relucientes, como los de Marcy.

Maria acudió a él con aire suplicante. ¡Oh, señor Hoffmann! Faltaba de su estudio una de las fotografías enmarcadas. El marco era de fina piel, caro. Maria estaba impaciente por decirle a su jefe, que permanecía callado, muy serio, que ella no se lo había llevado, cada semana limpiaba el polvo de las fotografías y siempre se paraba a mirar aquella, el señor Hoffmann tan joven y sonriente, de pie en la playa, y la señora Hoffmann tan joven y bonita, y la niña pequeña tan dulce, y el niño, una familia preciosa feliz, la pobre Maria estaba a punto de llorar ante el enigmático silencio de su jefe, le rogaba que comprendiera que ella no se había llevado la fotografía ni los otros artículos, por favor, señor Hoffmann, ¿la creía?

Lionel se pasó la yema de los dedos por los párpados. «Claro, Maria, claro.»

No dijo nada a Siri. No la acusó. Sin embargo, Siri parecía ofendida. Se mostraba callada, distante. Se negó a acompañar a Lionel a un cóctel en el que iba a llevar un precioso vestido de seda color lima, con una abertura en el muslo, que él le había comprado en la elegante boutique Kyrie de Madison Avenue, Lionel lo había planeado en sus sueños eróticos. «Sí, me amas. señor Hoffmann.

Pero ¿me respetas como a la señora Hoffmann?» Desgarró el tejido de seda, arrancó los exquisitos botones. Hasta que él la cogió, sujetó sus enojados brazos musculosos, notando que la fuerza se escurría de ellos; Siri sollozó apretada a él, o fingió llorar. «Porque me haces sentir herida, una mujer a la que no respetas. Solo respetas a tu esposa, que está lejos, en Salthill, en aquella casa.»

No cabía duda de que Lionel respetaba a su esposa Camille. Y la quería.

A pesar de lo que decían sus hijos.

A pesar de lo que decía todo Salthill.

No sería cruel con Camille. No trataría a la que era su esposa desde hacía treinta años como otros hombres, por ejemplo aquel hijo de puta de Harry Tierney, habían tratado a sus esposas. «Oh, Dios mío, pero me estoy asfixiando. Si al menos Camille me abandonara. ¡La maldita casa! Adam también me aburre. Su muerte.»

Mientras tomaba unas copas con Harry Tierney juró que no sería cruel con Camille. Le asignaría una generosa pensión. Le daría la casa. A Camille le gustaba mucho la casa, a los niños les encantaba la casa, lo decente sería dársela a ella en su totalidad, «y adiós». Harry Tierney, que tenía un aspecto juvenil, impecables mechones de cabello oscuro que le brotaban en la reluciente cabeza, cejas oscuras entrecanas, el párpado izquierdo caído, alzó el vaso de whisky y dijo, alegre:

—Brindo por eso, amigo.

¿Aquel egoísta hijo de puta de Harry se estaba burlando de Lionel? ¿Se reía de Lionel Hoffmann, el hombre con conciencia?

Lionel empezó a hablar atropelladamente. Él era un hombre decente, sí, era cristiano y estaba orgulloso de ello. Le habían educado para ser un caballero. Harry Tierney le escuchaba comiendo nueces. Los dos hombres, que nunca habían sido amigos en Salthill, se habían hecho más o menos amigos en Manhattan, donde ahora vivían ambos. Estaban en el Skytop Club, en el 200 de Park Avenue, planta cincuenta y seis, desde donde se veía un Manhattan nocturno centelleante como una joya. De lejos no se pueden distinguir las joyas de verdad de las joyas falsas porque ambas centellean, deslumbran a la vista. Y del mismo modo Manhattan centelleaba, deslumbraba a la vista. Al cabo de unos minutos Harry Tierney interrumpió a Lionel para preguntar:

—¿Quién es tu nuevo amor, Lionel? Esto parece serio.

Ruborizado, Lionel balbuceó:

—Yo… no estoy seguro.

Harry se echó a reír.

—¿No estás seguro de cómo se llama?

—No estoy seguro de que ella sea mi… —Lionel vaciló, como si tuviera la boca llena de algo pegajoso—. Mi amor.

Harry le preguntó cuántos años tenía ella, y Lionel, debilitada su mente por el whisky, respondió:

—Tiene unos… treinta, creo.

Harry asintió, como si fuera una buena respuesta.

—¿Y dónde os conocisteis, Lionel?

—En la clínica.

—¿La clínica?

—La clínica del Cuello y de la Espalda, de Park. Ya sabes… me la recomendaste tú hace unos meses, cuando me dolía mucho el

cuello.

Harry alzó las cejas. Estaba comiendo nueces del Brasil ruidosamente.

—¿Es una fisioterapeuta de allí? ¿Cuál?

Lionel tragó saliva. Sonreía, desconcertado. ¿Se atrevería, en aquel lugar, ante aquel hombre, a pronunciar el nombre que significaba tanto para él?

—Siri.

—¡Siri!

Lionel sintió una punzada de temor al oír el tono de su amigo. Harry tenía la mirada velada, sus mandíbulas trituraban con un poco menos de fuerza. Era evidente que estaba sorprendido, y azorado.

Por primera vez en la experiencia de Lionel, Harry Tierney se había quedado sin palabras.

Con todo, Lionel siguió siendo paciente de la clínica. El dolor en el cuello había disminuido, milagrosamente, pero le producía terror que volviera. «Sin Siri, solo está el dolor.» Como paciente de Siri, Lionel solo tenía que desvestirse parcialmente y permanecer tumbado en silencio, pasivo, sin resistencia, sobre la camilla; a veces se comportaban como si fueran desconocidos, se dirigían el uno al otro con voz formal como «señorita Siri» y «señor Hoffmann». Las hábiles y expertas manos de la fisioterapeuta controlaban a Lionel. ¡Qué tensión erótica tan fuerte existía entre ellos! Lionel sentía palpitar su pene, gemía de deseo, pero Siri, remilgada, se negaba a apaciguarle.

—¡Señor Hoffmann! Si alguien nos viera…

Los días en que Siri desaparecía —¿dónde?, ¿con quién?— Lionel no se atrevía a acusarla; ella se reía en su cara diciendo que para ella no había desaparecido, solo para él.

—Yo soy mi propio yo, espero. No te pertenezco.

Quería que se casara con ella, suponía Lionel. Igual que, toda una vida atrás, Camille había querido que se casara con ella. Un anillo de compromiso, celebraciones rituales que culminaban en una espléndida fiesta, boda y una casa, un niño y otro niño. El vértigo se apoderó de Lionel, él ya había vivido su vida.

Los niños, ahora ya mayores, con exigencias de adulto, le bombardeaban con llamadas telefónicas, las más embarazosas de las cuales llegaban a Hoffmann Publishing, Inc., e incesantes mensajes por correo electrónico. Era raro que Lionel mirara su ordenador personal en el apartamento de la Sesenta y uno Este, no podía soportarlo. Rondaba por el cutre barrio de Siri, cerca de Saint Marks Square. ¿Le preocupaba ser el individuo más viejo a la vista, con excepción de las personas sin hogar que dormitaban en los portales o balbuceaban tapándose la boca con la mano?

Llamaba a la clínica, se arriesgaba a humillarse pasando por allí. Las recepcionistas le conocían. Las compañeras de Siri le conocían. Algunas le sonreían con simpatía o con lástima. ¿O se burlaban de él? «¡Señor Hoffmann! Hoy Siri no está.»

Con toda la dignidad que su voz temblorosa le permitía, Lionel preguntaba si alguien sabía adónde había ido Siri, por ejemplo, si se había marchado de la ciudad, y cuándo se esperaba que regresara. Y quiénes eran sus amigas, sus amigos, cómo se llamaban, seguro que podían proporcionarle los nombres, pagando.

«No, señor Hoffmann.»

Volvía a dolerle el cuello. Ladeaba la cabeza apretándose el cuello. Caminaba por una calle transversal del centro de la ciudad. Se dirigía hacia el hotel Plaza, donde había hecho una reserva para almorzar con Kevin; por fin había accedido a ver a Kevin, que se lo había estado suplicando. «Papá, tenemos que hablar. De veras tenemos que hablar. Me asusta ver cómo toda esta locura está afectando a mamá.» Sin embargo, cuando Lionel llegó al Plaza, Kevin no estaba. Cuando preguntó al *maître*, descubrió que no había ninguna reserva a su nombre. Cuando el maître lo comprobó en el libro de reservas, Lionel descubrió que su reserva era para el día anterior.

Siri regresó. Siri telefoneó a Lionel. En un bolsillo del abrigo de piel de foca que Lionel le había comprado en I. Magnin descubriría una tarjeta de embarque para un vuelo continental, de San Diego a Nueva York. Asiento 3E de primera clase, ventanilla. ¿Quién lo había pagado?, se preguntó Lionel. ¿Él?

¡Días interminables en Hoffmann Publishing, Inc.! Siri había insinuado que Lionel vendiera el negocio, se retirara como millonario y viajara por todo el mundo, «por qué no, no serás ni más joven ni más pobre, ¿o sí?». Siri tenía un amigo, un abogado divorciado. El amigo abogado de Siri también se ocupaba de contratos prenupciales. «Esa casa de Salthill a la que nunca me has llevado, ¿no deberías venderla? Una casa tan grande y costosa para una mujer vieja y triste, sola…» En Hoffmann Publishing, Inc., Lionel era director general, y muy respetado y temido. Incluso los accionistas más antiguos de Hoffmann estaban satisfechos con él. Por supuesto, Lionel no era el hombre que había sido su padre, pero la compañía iba muy bien. Estaban en la cresta de la ola de la prosperidad

norteamericana, año tras año vendían más libros, facturaban más. Había compradores interesados, claro; era una gran empresa norteamericana. Si vendiera, Lionel ganaría una fortuna. Pero tendría que enfrentarse con sus parientes. Ah, pero estaba harto de publicar libros ilustrados de ochocientas páginas al precio de doscientos dólares, sobre temas como endocrinología, gastroenterología, cirugía otorrinolaringológica, cirugía oftalmológica, cirugía cardiovascular. Si alguna vez la ciencia médica le había interesado de verdad, como en el caso de su padre, hacía tiempo que había perdido ese interés. La humanidad se veía inundada de información especializada, como que el universo estaba compuesto por invisibles agujeros de gusano en cantidades incalculables, y el simple hecho de contemplar el fenómeno de semejantes cantidades significaba correr el riesgo de sentir vértigo, náuseas, agotamiento espiritual y desesperación. Ganar dinero era mucho más fácil. Ganar dinero en una economía de mercado libre en expansión. Ganar dinero era lo que él había hecho, e incluso podría enorgullecerse de ello, si quisiera. Si Lionel Hoffmann aún se considerara un hombre con orgullo.

Se echó a reír. Pensaba en lo cerca que estaba hacer el mono de ganar dinero.[*]

—Nadie tiene derecho a juzgarme.

Pensamientos como avispas enloquecidas en el cráneo de Lionel. Pensaba que no se dejaría intimidar por los supuestos moralistas. No por sus hijos, que se metían donde no les llamaban, ni por su esposa, que extrañamente no se quejaba, ni por la familia Hoffmann ni por los amigos de Salthill. ¡Ex amigos! No por los piadosos muertos.

Adam Berendt no había sido un santo, ni mucho menos. También Adam había ganado dinero con bienes inmobiliarios y bonos basura, y había algo oscuro, posiblemente incluso ilegal, en sus finanzas, pero nunca lo habría adivinado nadie, pues hacía ver que vivía como Sócrates, por la verdad y la belleza. Lionel había oído muchas cosas en los meses transcurridos desde la muerte de Adam. Corrían rumores de que Adam había utilizado nombres falsos en sus planes para ganar dinero, que había un montón de cartas de amor de mujeres, incluidas algunas esposas de Salthill, escondidas debajo de las tablas del suelo de su estudio; había sorprendentes fotografías de mujeres desnudas, algunas de ellas en actitudes sexuales, tomadas por el propio Adam.

Lionel sonreía al pensar en ello. No, era inquietante. Era repugnante. Sin embargo, quizá también era liberador.

Tal vez los rumores eran exagerados, y tal vez no. Quién podía decirlo.

(Lionel sabía que por Salthill corrían rumores morbosos, pues su hija Marcy le había enviado la información por correo electrónico, sabedora de que le molestaría. Lionel Hoffmann liado con una mujer «tan joven que podría ser su hija». Lionel Hoffmann, precisamente, liado con una «modelo», una «gogó», una «actriz de porno suave», una «prostituta de lujo».)

Con todo, si Camille había estado liada con Adam, eso explicaría la prontitud con que le había perdonado. Le enviaba mensajes que se le clavaban en el corazón. «Lionel, cariño, siempre te amaré. Siempre seré tu amorosa esposa. Por favor, quiero que lo sepas. Tuya, Camille.» Si Siri los descubría se ponía furiosa y los hacía

pedazos. Siri estaba convencida de que Camille no le perdonaba, sino que era manipuladora.

«Hará cualquier cosa para mantenerte a su lado, pero no por amor. Yo soy la que te ama, señor Hoffmann.»

Y Siri le demostraba cómo.

Unos días más tarde, en una calle del centro de la ciudad, Lionel oyó que una voz conocida le llamaba y al volverse vio a Roger Cavanagh, que, sonriente, se dirigía hacia él con grandes pasos.

—¡Lionel! ¿Cómo estás?

Los dos hombres se estrecharon la mano. Roger se le antojó a Lionel una aparición salida de un pasado que apenas recordaba y del que se arrepentía vagamente. De todos modos, Roger siempre le había caído bien, era una de las almas maltratadas de Salthill.

—¿Cómo estoy? Pues… bien.

Los hombres tomaron algo en un bar de la Sexta Avenida. A Roger le relucían los ojos, rebosantes de secretos. Había ido a la ciudad por cuestiones de trabajo. Trabajaba de voluntario en el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes.

—Ya sabes, una de las causas de Adam. Les dejó cincuenta mil dólares. Y me he implicado.

Roger habló con desconcertante animación del caso sobre el que había presentado una apelación en el tribunal federal, la condena de 1989 por asesinato en primer grado en Hunterdon, New Jersey, de un negro llamado Elroy Jackson hijo. Lionel escuchaba. O trataba de escuchar. Qué aburrido era el idealismo de otro. Pero no: tenía envidia. Preocuparse por algo que no fuera uno mismo, las ridículas necesidades sexuales de uno…

Lionel procuraba no pensar en Siri. En su más reciente desacuerdo. Desacuerdo de él con ella. Se sentía como un hombre que ha devorado una opípara comida de gourmet y la lleva como plomo en las entrañas.

Roger, que había pasado a otro tema sin que Lionel se diera cuenta, decía:

—¡El matrimonio! Es el gran misterio, Lionel, ¿no te parece? No podemos vivir sin él y no podemos vivir dentro de él. Es evidente que los hombres no fueron hechos para ser domesticados como los animales. Los hombres fueron hechos por la naturaleza para ser polígamos, promiscuos. Lo sabe todo el mundo. Nuestras glándulas lo saben. Fuimos hechos para fecundar a tantas mujeres como sea posible antes de derrumbarnos o de que nos mate otro celoso portador de semillas. Esto es la «naturaleza», y la naturaleza es irrefutable. Al mismo tiempo, cualquier cosa que no sea el matrimonio con una mujer a la que amas es pura mierda. Tú lo sabes, Lionel, igual que yo.

Roger bebió y sacudió con descuido la ceniza sobre la mesa. Los hombres se encontraban en un salón de postín llamado The Cigar Bar, donde camareras tetonas con ajustadas camisetas y medias negras y relucientes surgían de las sombras como esclavas nubias portando bebidas, con el rostro luminoso maquillado como una lasciva máscara. Lionel se rió, dolido por el comentario de Roger.

—¿Lo sé? ¿Qué sé?

Roger hizo caso omiso del tono beligerante de Lionel y dijo:

—No hay vida en la soledad, ni siquiera en el hecho de estar solo. No logro entender cómo lo hacía Adam. ¡Era un hombre hecho para la vida familiar! Me parece que él creía que no era «merecedor» de

una vida completa. Había hecho algo o había ocurrido algo por su culpa, creo. Cuando era niño. Nunca se lo pregunté directamente, claro. Como albacea suyo he hecho pesquisas sobre su pasado, pero siempre llego a un callejón sin salida. Es de Minnesota, pero también de Montana. Nació en 1948 o en 1946. Estoy casi seguro de que se cambió el apellido, oficialmente. Y de que utilizó otros, de manera no oficial. Si un hombre quiere borrar su pasado es por alguna razón útil, ¿no? Un amigo debería respetarlo.

Lionel preguntó, intrigado:

—¿Adam se cambió el apellido oficialmente? ¿Por qué?

Se le ocurrió que la locura de su vida derivaba del hecho de seguir siendo «Hoffmann» cuando ya no era «Hoffmann». Si hubiera tenido valor para cambiarse el apellido y elegir otro, de alejarse del dinero de su familia… Roger respondió:

—El hombre necesita a su familia tanto como la mujer. Lo sé, yo he perdido a la mía. Perdí a mi hija, que me odia a muerte. Me enamoré de una mujer y no salió bien.

Roger se interrumpió e hizo una seña para pedir otra copa. Lionel se sentía incómodo. Adivinaba que Roger se refería a Marina Troy. En la ceremonia de incineración de Adam le había visto con Marina, y en el espantoso día en que fueron a esparcir las cenizas de Adam… la expresión apenada en el rostro de Roger cuando Marina se apartó de él. También esto lo envidió.

—Ella desapareció de Salthill. Me abandonó. Aunque no éramos lo que se diría amantes, sé que quería abandonarme. A la mierda.

Roger prorrumpió en carcajadas. Los dos hombres bebieron en silencio durante un rato. Lionel se había resignado a pasar la noche solo, llamaría a Siri por la mañana. Y se estaba resignando a casarse

con ella. Porque si no se casaba con ella, la perdería. Y si la perdía, no podría soportarlo. Y por lo tanto tendría que divorciarse de Camille, y eso destruiría a Camille. En una sociedad sensata, pragmática y polígama, Lionel simplemente habría podido añadir a Siri como segunda esposa. Una nueva mujer, joven y físicamente robusta. Una mujer fértil. Para entonces, en los primeros años de la cincuentena, tendría varias esposas jóvenes. No se habría convertido en una momia, con un dolor palpitante en el cuello. Se preguntó cómo solucionaba el crispado y nervioso Roger el asunto del sexo. Del amor.

De pronto, con expresión cauta, Roger dijo:

—Mi verdadera noticia, Lionel, es que voy a ser padre.

—¿Qué? —exclamó Lionel.

Roger repitió, sonriendo:

—Padre.

—Ya eres padre… —dijo Lionel.

—Seré padre por segunda vez. Y tengo intención de hacerlo bien —dijo Roger.

Mientras Lionel escuchaba, ahora con avidez, Roger le contó que la mujer era una joven que trabajaba en el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes, con la que estaba liado desde el otoño anterior, pero de la que no estaba enamorado.

—Y sin duda Naomi tampoco está enamorada de mí.

Existía la posibilidad de que la joven abortara, pero «de mutuo acuerdo» iba a tener el niño y… Roger hablaba con entusiasmo, aunque con el aire de asombro de alguien que ha recibido un golpe en la cabeza con un objeto contundente. Lionel le escuchaba con

incredulidad y consternación. ¡Padre! ¡Por segunda vez! ¡Y con una mujer a la que Roger no amaba!

La idea de que Siri estuviera embarazada de él entusiasmaba y repelía a Lionel. Y, sin embargo, qué testimonio de la virilidad de un hombre de edad madura.

Lionel no tuvo más remedio que preguntar cuándo nacería la criatura, y Roger contestó, con orgullo, que el 11 de julio. En voz baja añadió:

—Cuando Robin se entere se disgustará.

Lionel dijo, en un impulso:

—Mis hijos también están disgustados conmigo.

Los dos hombres de pronto se echaron a reír.

Bebieron y rieron. Lionel empezaba a tener un ataque de sinusitis. En el salón había muchos hombres que fumaban puros. De forma exuberante, lasciva. Las tetonas camareras vestidas con relucientes camisetas negras se movían a través de las nubes de humo con amplias sonrisas fijas. Lionel se reía, pero tenía la sensación de que las mandíbulas se le habían quedado trabadas. Sentía un fuerte dolor que le subía por la nuca y le llegaba hasta el cráneo. Por las mejillas le caían ardientes lágrimas pero, a la escasa luz del salón lleno de humo, su compañero pudo fingir, con el impecable tacto propio de Salthill, que no reparaba en ellas.

Aquella noche, Lionel regresó solo al apartamento de la Sesenta y uno Este y percibió un leve olor a humo de cigarro que impregnaba las habitaciones. Pensó con inocencia: «Es mi ropa. Mi pelo. No es aquí». Trató de recordar si el presidente había fumado un cigarro, y le pareció que no.

En el dormitorio Lionel encontró la colcha de satén verde echada descuidadamente sobre las sábanas arrugadas; incrédulo, se inclinó para examinar unas manchas, del tamaño de una moneda, de una sustancia mucosa aún húmeda en la sábana de abajo. ¿Semen de otro hombre? ¿Era posible? Había restos de carmín en las almohadas, del color de la sangre seca, el color que usaba Siri. Entre la ropa de la cama, el intenso perfume de nuez moscada de Siri y otro olor, rancio y animal: el del sudor de un hombre. En el cuarto de baño de deslumbrantes baldosas blancas todas las toallas parecían haber sido usadas y pendían torcidas de los colgadores o formaban un montón en el suelo; la ducha goteaba y en el desagüe habían quedado atrapados largos y rizados pelos oscuros. El aire aún era húmedo, pero el vapor había desaparecido de los espejos. En el espejo con marco de cinc que había sobre el lavabo flotaba el rostro horrorizado, pálido, de un hombre, ridículo como el globo de un niño. Estaba boquiabierto y aturdido como si le hubieran golpeado en la cabeza con un mazo.

5

«¡Apolo! ¡Sombra! ¡Thor!»

Solo tenía que aparecer en el umbral de la puerta, bañada por la luz del sol, antes de llamarlos, y los perros acudían corriendo. Levantó las manos y dio tres palmadas. ¡Cuánto adoraban a su dueña y qué hermosos eran para ella!

Primero llegó Thor, jadeante e impaciente, el más joven, un dóberman de dos años con el cuerpo esbelto y musculoso de color

oscuro, ojos inquietos y dientes afilados. Después llegó Apolo, el mayor, con el pecho ancho de los husky-pastores y robustas patas traseras, aunque impaciente por agradar como un cachorro. Por último llegó el más pequeño, Sombra, con su áspero pelaje negro, sobre tres patas, meneando sus estrechos cuartos traseros, jadeando tan deprisa que su aliento emitía un silbido. «¡Buenos perros! Venid.» Si antes Camille Hoffmann disfrutaba alimentando a su marido e hijos, ahora alimentar a sus perros en un rincón de la cocina, cada uno en un plato, le producía un placer más ardiente, menos ansioso. «Toma, Thor. Toma, Apolo. ¡Vigila tus modales ahora! ¡Y toma, Sombra! No tiréis comida por el suelo. Buenos perros.» Un plato de plástico amarillo para Thor. Un plato de plástico rojo para Apolo. Un plato de plástico verde oscuro para Sombra. Y un gran plato de plástico blanco con agua para los tres perros, pulcramente colocado sobre hojas de papel de periódico.

Tres hojas de periódico (generalmente las páginas de información bursátil del *New York Times*) que Camille cambiaba cada dos o tres días, según lo que ensuciaran los perros.

Ahora, en Año Nuevo, la antigua casa colonial bellamente restaurada de Old Mill Way ya no era una madriguera. Se había convertido en un espacio abierto a la luz del día. Camille se reía al pensar que en otro tiempo se había preocupado tanto por sus muebles, cortinas y alfombras. En otro tiempo se irritaba cuando sus hijos traían barro en los zapatos y ensuciaban las inmaculadas habitaciones del piso de abajo. Se ponía físicamente enferma cuando, la mañana después de una de las fiestas con cena y baile que los Hoffmann ofrecían la noche de Fin de Año, descubría marcas de quemadura en el suelo de madera de un cuarto de baño para

invitados recién remodelado, donde alguien, presumiblemente borracho, había apagado un cigarrillo. («En nuestra casa, Lionel. Uno de los que se hacen llamar amigos nuestros. Imagínate. ¿Quién pudo ser?» El más sospechoso probable, Camille y Lionel estuvieron de acuerdo, era Harry Tierney, que se había marchado de Salthill poco después burlándose de todos.) ¿Qué importaban estas cosas insignificantes? En su segundo día en casa de Camille, Thor, el joven dóberman, nervioso y excitable, entró corriendo en el comedor, pasando por su lado, para lanzarse con un salvaje gruñido contra una ventana (¿porque había visto lo que podía ser la sombra de un pájaro que volaba fuera?), hincó los dientes en las antiguas cortinas de encaje y tiró de ellas, y cayeron encima de él. Apolo y Sombra, que no querían quedarse atrás en su vigilancia, y celosos del nuevo perro adoptado por su ama, ladraban con nerviosismo. «¡Oh, chicos malos! Estáis destruyendo mi preciosa casa», dijo Camille entre risas.

En realidad estaba molesta. Le preocupaba lo que Lionel diría cuando regresara a casa, algún día, pronto. «También es su casa. Tiene alergia. Quedará horrorizado.» Y qué dirían los parientes de Camille cuando fueran a visitarla, los de ella y los de Lionel; y amigas de Salthill como Beatrice Archer y Abigail Des Pres, que le telefoneaban a menudo, preocupadas porque Camille pasaba demasiado tiempo sola. (Camille quería objetar que no estaba sola: tenía a Apolo, Sombra y Thor. Y tenía su trabajo de voluntaria en el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, que significaba mucho para ella; allí estaba haciendo amigas y haría más. «A la gente le caigo bien. A la gente que entiende a los animales.» En Navidad, Camille había hecho una generosa aportación a los

Amigos de New Jersey de las Sociedades Humanas Americanas Asociadas, y en primavera colaboraría como voluntaria en la campaña nacional para que los ciudadanos votaran sí en las elecciones que se celebrarían con el fin de proponer que la crueldad y el maltrato a los animales fueran delitos, no simples faltas punibles con multas.) En esta nueva fase de su vida Camille se sentía como un explorador que se aventura en un terreno extraño, inesperado, para el que nada de lo que ha hecho en su vida anterior le ha preparado.

Pero ella estaría preparada, con el tiempo. ¡Lo creía!

Al menos la horrible época de vacaciones había pasado. De alguna manera Camille había logrado soportarla. Nunca se había dado cuenta de cuán onerosa era la carga de ser feliz, o de fingir serlo; mantener una valiente y obstinada actitud de felicidad porque es la época en que hay que ser feliz. Marcy y Kevin fueron a visitarla, tristes y amargados, celosos de los perros.

—¿Cómo quieres que papá venga a casa, si están estos perros? Ya sabes que es alérgico —observó Marcy, malhumorada.

Camille intentó explicar:

—Pero tu padre no está en casa, cariño, y entretanto estos pobres animales merecen un hogar también.

Marcy replicó, con sarcasmo:

—¡Mamá! Lo próximo que sabremos será que estás construyendo una perrera aquí detrás.

Pero ¿por qué construir una perrera cuando estaba la casa de los invitados? Un lujo inútil, dado que las circunstancias habían cambiado.

El suplicio de las fiestas se vio empeorado por la turbia presencia de Marcy y Kevin. Ambos se quejaron a su madre de que habían tenido que anular planes de vacaciones para estar con ella en aquellos momentos dolorosos; ambos trataron repetidamente de ponerse en contacto por teléfono y por correo electrónico con su esquivo padre, sin conseguirlo. Les oyó declarar con tristeza, al hablar con amigos por teléfono, que «la pobre mamá nos necesita, está en un estado permanente de conmoción» y «papá nos necesita, está pasando por una crisis nerviosa». Habían ido a Manhattan, a Hoffmann Publishing, Inc., y al apartamento de la calle Sesenta y uno Este, en vano. En la oficina de Lionel, su secretaria juró que el señor Hoffmann no se encontraba allí, que se había ido a pasar las vacaciones al extranjero; y cuando Marcy pasó junto a la secretaria para abrir la puerta, vio que no había nadie en el despacho de su padre.

—Es como magia negra. Papá es mago y desaparece —comentó Marcy disgustada.

En el apartamento descubrieron, con gran pesar, que sus llaves ya no encajaban en la cerradura. Su padre desconfiaba tanto de ellos que la había cambiado.

—Es kafkiano —afirmó Kevin—. La vergüenza del padre sobrevive al hijo.

Con todo, a medida que se acercaba la Navidad, Marcy y Kevin creían firmemente, de un modo infantil, que Lionel regresaría, debía regresar, a la casa de Old Mill Way, al menos para la Nochebuena. Camille, que había contemplado esta fantasía a principios de diciembre y después la abandonó, intentó advertirles; lo más probable era que Lionel se encontrara fuera del país; él y su nueva

joven amiga al parecer viajaban mucho, en especial a exuberantes lugares tropicales. Marcy dijo con tono burlón:

—Esta «nueva joven amiguita» de papá… ¿sabes quién es? ¿Sabes qué es? Yo sí lo sé.

—¿Sí? ¿Lo sabes?¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Kevin.

—Sé que es del Tercer Mundo —respondió Marcy con suficiencia— y no se confundiría con una caucásica. Eso es lo que sé.

—¿Quién te lo ha dicho? Eso es una tontería —replicó Kevin con irritación.

—Yo sé lo que sé —afirmó Marcy acercando peligrosamente su cara de bulldog a la de Kevin—. En la ciudad me encontré con cierta divorciada de Salthill cuyo ex marido salía con papá, los dos con prostitutas del Tercer Mundo, y…

Kevin empezó a gritar a su hermana y Camille intervino hábilmente, atreviéndose a meterse entre ellos. Exactamente como hacía dos décadas atrás.

—Hijos, por favor —dijo recurriendo al gesto teatral lastimoso de retorcerse las manos—, no me hagáis esto, no en Navidad. Os lo ruego.

Los dos hijos hicieron una mueca.

Apolo ladraba y Sombra estaba a punto de aullar, encerrado en otra parte de la casa y temeroso de que estuvieran atacando a su dueña.

Marcy, una chica corpulenta con andares torpes, recorrió la casa cantando con burlona voz melosa:

—Empieza a parecerse mucho a la Navidad… No.

Kevin, obsesionado con peinarse el fino pelo, que empezaba a ralear, de modo que se notara menos que empezaba a ralear o que

sacaba el máximo rendimiento de su menguante espesor, se llevó a Camille aparte y le dijo que estaba preocupado por su hermana, que estaba «clínicamente deprimida» por la desagradable conducta de su padre y a punto de «quemarse» con su «trabajo, demasiado competitivo». En otra ocasión, Marcy se llevó a Camille aparte para confiarle que estaba preocupada por su hermano, que sufría «una crisis de identidad sexual» exacerbada por la desagradable conducta de su padre y porque su madre no «la afrontaba con una actitud decidida». Camille sonrió débilmente y prometió hacer lo que pudiera.

Cuando se hizo vergonzosamente evidente que Lionel no iría a casa para la cena de Nochebuena, no tenía regalos preparados para ellos o ni siquiera una disculpa murmurada por teléfono para transmitirles, Camille tuvo que calmar, o intentar calmar, a Marcy y Kevin. Marcy dijo con tono trágico:

—Es la primera vez en toda mi vida que mi padre, al que creía querer, y que creía que me quería, no pasará la Navidad conmigo.

Kevin replicó con vehemencia:

—Esta escena apesta. Ni siquiera es una escena edípica, que podrías analizar como mito. Solo es… una mierda.

—¡La primera vez, joder! ¡En toda mi jodida vida! ¡Jodida Navidad! Ya sé que es materialista, nuestra cultura está llena de cosas materiales, pero ¿cómo coño comunicas tu amor, si no? Dime de qué manera.

En aquel preciso momento sonó el teléfono y Camille se apresuró a ir a responder, sin aliento. En una obra teatral, una llamada telefónica sería señal de un final posiblemente feliz, pero en la vida real, con perros ladrando y aullando cerca, las cosas no eran tan

lógicas. Sin embargo, el corazón le dio un vuelco, como si fuera una chiquilla. Sobriamente se dio instrucciones: Mantén la calma. ¡Tranquila, Camille! Tuvo tiempo de recordar fugazmente la agradable imagen de cuando conoció a Lionel, muchos años atrás, en aquella escandalosa casa de fraternidad llena de humo, y ella había ejercido un efecto calmante en él, alterado como estaba porque la chica que había ido con él se había marchado con uno de sus compañeros de fraternidad; Camille, aunque era muy joven, se mostró calmada, dulce, tranquilizadora, y eso fue lo verdaderamente importante. Pero, maldita sea, al teléfono estaba Beatrice Archer, que llamaba para desear a Camille una feliz Navidad y mencionar de pasada que sabía de un «perro adorable, bonito y de temperamento dulce», un joven dóberman llamado Thor, que necesitaba un hogar. ¿Camille le podía proponer algo?

—Thor es un dóberman de pura raza, demasiado sensible para alojarse en cualquier lugar impersonal como una perrera o un refugio. Necesita un verdadero hogar, Camille. Ojalá Avery y yo pudiéramos quedárnoslo, pero…

Camille trató de disimular la decepción, la desesperación.

—Beatrice, gracias pero no puedo tener otro perro. De veras que no puedo. Estoy desesperada pensando qué haré cuando Lionel vuelva a casa. ¡Tienes que entenderlo!

Alterada, Camille colgó a Beatrice.

Cuando regresó junto a sus hijos, Marcy estaba cantando:

—Estoy soñando con unas blancas Navidades… No.

Y Kevin dijo:

—No era papá el que ha telefoneado, supongo. —Su voz estaba cargada de ironía adolescente.

Así pasó la Nochebuena. Y el día de Navidad. Camille Hoffmann y sus dos hijos mayores intercambiaron regalos, y no se volvió a mencionar al esposo y padre ausente. Cuando la mañana del día de San Esteban Marcy y Kevin se marcharon hacia sus respectivos hogares, Camille se desplomó en un sofá y durmió seis horas seguidas. Se despertó al oír que uno de los perros gemía y arañaba la puerta. ¡Qué feliz! Se animó. Por un momento no pudo recordar por qué.

A principios de enero Beatrice Archer volvió a llamar.

—Camille, si consintieras en ver a Thor. Déjame llevártelo cinco minutos.

—Beatrice, no puedo. Ya te lo he explicado.

—Cinco minutos, Camille, nada más. Te lo prometo.

—No, Beatrice.

—Camille, esto no es propio de ti. Hay una extraña dureza en tu voz. Si aceptaras tan solo conocer a esta pobre criaturita, tan bonita y dulce…

¿Cómo podía Camille decir que no? ¿Cómo endurecer su ridículo corazón, que ya estaba resquebrajado?

De este modo, en Año Nuevo, Thor fue a vivir con Camille. «¡Tres perros! Me parece que me estoy volviendo una excéntrica.» Al conocer a Thor, al ver los relucientes ojos desesperados del perro, Camille supo que no podría decir que no. ¡Un dóberman de pura raza! Había pertenecido al hijo mayor de los Archer, Michael, que no podía «cuidarlo», como Beatrice había explicado sin dar demasiados detalles. Camille habló con calma a Thor, y este, tímidamente, pareció responderle. Sin duda se trataba de un bello ejemplar,

aunque a todas luces era nervioso; su bonito pellejo oscuro, lustroso, se contraía constantemente por los nervios, incluso cuando dormía. Era tímido cuando estaba con los perros mayores, y le asustaban los ruidos y movimientos repentinos. El ruido prolongado del helicóptero de un ejecutivo vecino le hacía aullar y dar mordiscos al aire. Sus dientes eran jóvenes y afilados. (¡Camille lo sabía! La primera semana, le había gruñido e intentado morder en varias ocasiones, una reacción debida al miedo.) Mientras peinaba a Thor, Camille descubrió con horror que el pelo del cuello del joven perro estaba arrancado y la piel de debajo tenía una cicatriz, como si lo hubieran tenido atado con fuerza. En otras partes del cuerpo de Thor había sospechosas clapas y cicatrices. El perro retrocedía como lo hace un perro que está acostumbrado a que le griten o le den patadas. Camille estaba consternada. ¿Cómo podía haber sido cruel con su perro el hijo de los Archer, Michael, compañero de clase de Kevin en la escuela de Salthill y ahora analista de mercados de Wall Street? Camille acarició la huesuda cabeza del perro con suavidad y murmuró:

—Thor, te prometo que jamás volverán a hacerte daño.

En enero, Thor. En marzo, Fancy.

—Fancy es mi capricho, y mi futura huérfana, me temo. Hablemos con franqueza, querida.

La señora Florence Ferris, de Lost Brook Farm, una finca de ocho hectáreas contigua a Old Mill Way, había llamado a Camille para pedirle que fuera a su enorme casa de estilo Tudor, junto a su lecho. La anciana mujer enferma tenía más de noventa años y estaba incapacitada debido a las apoplejías y otras dolencias propias de la

edad. Junto con su difunto esposo el almirante, golfista amigo de Dwight D. Eisenhower, la señora Ferris era conocida por sus obras de caridad y donaciones a organizaciones como Amigos de la Música de Salthill y la Sociedad Histórica del Condado. Camille había visto a la famosa anciana pocas veces, en actos para recaudar fondos. Era consciente del honor que representaba ser invitada a Lost Brook Farm, pero estaba intranquila; ¿qué querría de ella la señora Ferris? Un caniche francés de pelo rizado, blanquísimo, estaba tumbado sobre la colcha junto al arrugado cuerpo de la señora Ferris. Camille pensó: «¡Otro perro no! Diré que no». La señora Ferris dijo:

—Querida, lamento mucho no haberla conocido mejor en vida. Y ahora… —Rió con tristeza, aunque de un modo forzado. Camille iba a protestar, pero la señora Ferris prosiguió—: Iré al grano, querida. He oído decir cosas muy buenas de usted. ¿Adoptará a mi querida Fancy? La quiero tanto que estoy desesperada porque tenga un buen hogar, donde la quieran, no muy lejos de aquí. Tiene ocho años, ya no es joven, posee un alma sumamente sensible y no quiero desarraigarla y traumatizarla más de lo que ya estará cuando yo… me vaya.

Camille sonrió débilmente, pensando: «¡No! Juro que no lo haré». La noche anterior, había soñado de forma muy nítida con Lionel, no el hombre rígido y atormentado por el sentimiento de culpa, sino tal como había sido quince o veinte años atrás, con el cabello oscuro, robusto, a menudo afectuoso; en el encantador sueño en tecnicolor patinaban sobre hielo cogidos de la mano, bajo un incongruente cielo caribeño y tan inocentemente felices… La señora Ferris decía, animada:

—Los caniches, sabe usted, son la raza más inteligente. Y Fancy es diabólicamente inteligente, debo advertírselo. Y sin embargo muy dulce. ¡Y a veces lee el pensamiento! Intenta morder, y me temo que muerde, pero solo cuando la provocan. ¡No deje que los niños traviesos se acerquen a ella, Camille! —La señora Ferris rió con afecto—. Y Fancy es también una heredera, ¿verdad, Fancy?

El rizado caniche, con los ojos acuosos y astutos muy abiertos, ladró a Camille tres veces, como en código Morse.

Camille dijo, reacia:

—Señora Ferris, ojalá pudiera adoptar a su bonita perra, pero mi esposo es alérgico a los perros y solo es cuestión de tiempo que…

La señora Ferris ordenó:

—¡Fan-cy! Deja de arrastrarte y acobardarte y muestra un poco de coraje. Esta es tu nueva y joven dueña.

Fancy miró de reojo a Camille por encima de la huesuda cadera de la señora Ferris. Volvió a ladrar en código Morse y de su garganta brotó un profundo gruñido.

—Señora Ferris, muchísimas gracias por su confianza, pero yo…

—Fancy es una heredera, y nunca se ha dicho de los Ferris que no sean generosos. —La señora Ferris hizo un guiño.

Camille se sonrojó. Balbuceó:

—Pero yo… no necesito dinero, señora Ferris. Tengo más del que necesito, de verdad. Salvo para ayudar a los infortunados animales, claro. En cuyo caso…

—En cuyo caso, Fancy residirá en el hogar adecuado, ¿sí? Y su dueña puede «retirarse» en paz.

De alguna manera ocurrió, Camille no estaba segura de cómo, que Fancy pasó a sus manos, y la señora Ferris se lo agradeció

profundamente apretándole las manos y llorando. Fancy también gimoteaba y se retorcía en los brazos de Camille.

—¡Adiós, Fancy! Me abandonas. A partir de este momento vivirás con Camille, mi querida amiga y vecina. Serás un buen perro y obedecerás a tu nueva dueña. Si piensas en mí, hazlo con cariño. ¡Ahora, vete!

Una enfermera y un ama de llaves uniformadas ayudaron a Camille con el perro, que temblaba y gañía, y su cama de mimbre con cojines, su vestuario formado por jerséis, abrigos y botitas, y sus latas y sacos de comida especial de régimen. A modo de protesta, y no obstante de forma pasiva, Fancy se orinó sobre la ropa de Camille, pero no ladró histéricamente como ella temía que haría durante el camino a casa, y no le mordió. Todavía no.

En abril, diez días antes de Pascua, llegó Belle para vivir en la casa de Old Mill Way.

De la familia de perros de Camille, como ella los llamaba, Belle era con mucho el más lastimoso. La habían llevado a la clínica de urgencias del refugio una tarde en que Camille estaba de guardia; era una hembra cruzada, visiblemente preñada, con sangre de bulldog, del color del barro, de unos quince kilos de peso, que sangraba en abundancia. Según los testigos que la llevaron a la clínica, unos chicos sádicos habían arrastrado a la perra, que no llevaba collar, cogida del parachoques trasero de una furgoneta y la habían abandonado en la cuneta de una carretera rural al norte de Salthill, donde habría muerto. Tenía las almohadillas de las patas desgarradas, el hombro derecho dislocado, varias costillas rotas y el

estómago, los cuartos traseros y el contenido del vientre convertidos en una masa sanguinolenta.

De los numerosos voluntarios del refugio de Rockland, solo Camille estaba dispuesta a trabajar con la perra malherida durante su lenta recuperación. Solo Camille tenía suficiente paciencia para alimentar a la traumatizada perra, que debía permanecer tumbada de lado, con las patas vendadas y las costillas enyesadas. Camille le daba de comer con la mano, como si fuera un niño pequeño. Como existía el peligro de que la perra se asustara y le mordiera, Camille tenía que ponerse guantes protectores hasta los codos. No le importaba. Enseguida se encariñó con la perra temblorosa y valiente, que al día siguiente de haber sido operada, intentó menear la cola cuando la vio acercarse.

—«Belle». Este es tu nombre. Porque algún día serás bella. No tengas miedo. Ahora estás a salvo. —Camille mecía a la perra vendada—. ¡Belle, Belle! Jamás volverán a hacerte daño, Belle. ¡Serás vengada!

Una mañana de abril, poco después de que Camille se llevara a Belle a casa para que viviera con ella y los otros perros, sonó el teléfono y Camille respondió. Esperaba oír la voz de uno de sus nuevos amigos, pero lo que oyó fue una voz ronca que apenas reconoció, un tanto temblorosa, como una rana nerviosa en el fondo de un pozo.

—¿Camille? Soy Lionel. —Se hizo un silencio. El corazón de Camille latía dolorosamente—. ¿Puedo ir a casa?

Como en sus sueños, Camille intentó hablar y no pudo. Se sintió caer, desvanecida. El auricular le resbaló de la mano. Los perros se

precipitaron hacia ella, le lamieron la cara y las manos, formando un apretado y celoso cerco alrededor de Camille.

La niña de la boina roja

«Ahí está: aquella mujer.»

Durante el otoño y el invierno, y entrada la primavera, los susurros fueron incesantes, implacables, como hojas secas, arrancadas y arrastradas por el viento. Un murmullo burlón. Jamás delante del bello rostro de Abigail, sino a sus espaldas, claro.

«Ahí está: la madre que ha perdido a su hijo. Cuyo hijo la ha repudiado. Intentó matarse a sí misma y matarle a él en un accidente de coche, ¡imagínate!» Estas eran las amigas de Abigail. Sus vecinos de Salthill. Sabían que tenía el alma desgarrada. Le deseaban que se recuperara, como se desea que se recupere alguien que está convaleciente. Sin embargo, meneaban la cabeza con pasmo y desaprobación. Sonreían, asombrados de que uno de los suyos pudiera comportarse tan mal. Sonreían, consternados. «¿Y había bebido la pobre Abigail?»

Ya sabes la respuesta a esta pregunta.

Desde aquella noche en Vermont, cuando la «mano del demonio» agarró el volante para conducir a Abigail y a Jared a la muerte, Abigail no ha bebido ni una sola copa. ¡Lo jura! Ni siquiera el alcohol selecto de Salthill, vino blanco seco, y este es uno de sus problemas: «La vida, tal cual es, y sobria, no es "vida" tal como la conocemos. Es otra cosa». ¿Qué cosa? Un informe de autopsia. Noticias continuas sobre el tráfico en una de las emisoras de radio de Nueva

York. O la continua MTV, si, como persona de edad madura, no un adolescente estadounidense, tenías que mirarla, atado como un pavo y con los ojos abiertos a la fuerza. Continuamente.

Así pues, planeó su suicidio para el 30 de abril. Con su característica modestia, eligió el domingo de después de Pascua, que a Abigail, episcopalista no practicante, le parecía un día adecuado, ya que Pascua sería demasiado simbólico, un codazo en las costillas: («¿Lo captas? ¡No hay resurrección para esta mujer!»). No obstante, era inevitable que ocurriera algo que lo impidiera (un teléfono que sonaba con insistencia, su ansiedad por si la llamada pudiera ser de Jared, que hacía meses no hablaba con ella). Y a la mañana siguiente es el 1 de mayo, y tal vez eso significa algo. «¿La primera mañana de mi nueva vida, póstuma?»

Abigail conduce hacia Salthill-on-Hudson, despacio (¡temblando!), por Pearl Street, una mujer de aspecto aún joven con gafas oscuras y cierto glamour lánguido, como una estrella de rock de otra época recuperándose de la drogadicción, en su reluciente BMW de color fantasma, con las constantes vitales al mínimo, esperando «¡sentir algo!, ¡cualquier cosa!, porque después de todo estoy viva, es primavera y NO ESTOY MUERTA». Sin embargo, tiene la mente borrosa como la mancha de carmín en el borde de una copa de cóctel, ya que, como el día anterior no consiguió morir, se ve obligada a seguir con su absurda y agotadora vida, una vida que a la mayoría de los habitantes del mundo le parecería envidiable, básicamente la vida de una mujer divorciada de cuarenta y tres años (sí, Abigail ha celebrado otro cumpleaños en la inquietud del invierno), que vive en las afueras y tiene una agenda social muy apretada y carece de alma; una vida llena de citas, actos sociales y recados como cuentas

de un rosario, y estas cuentas giran continuamente sobre sí mismas, ahora que Adam no está, ahora que Jared no está, ahora que Abigail no ha conseguido volver a casarse, Abigail ni siquiera ha conseguido alejarse a tropezones de las ruinas de su matrimonio para encontrar otro hombre al que amar y que la ame; y en un momento de debilidad, en Pearl Street, al pasar por delante del antiguo cementerio de Salthill, donde están enterrados los patriotas de la revolución estadounidense, y la biblioteca pública de Salthill, en su edificio neogeorgiano histórico restaurado, y una esquina de Shaker Square, la mente se le ha quedado en blanco, hasta el punto de que no recuerda si ha ido a la ciudad para almorzar con la copresidenta del Festival Anual de Flores de los Amigos de la Sociedad Histórica de Salthill o si regresa a Wheatsheaf Drive, a casa, la hermosa casa vacía de vida como un mausoleo; no recuerda si, el día anterior, al poner en fila su precioso alijo de barbitúricos, analgésicos y Prozac sobre el mostrador de la cocina, decidió apelar a Jared una última vez (¡solo una llamada telefónica!) antes de tragárselo todo con vodka, o si, con encomiable magnanimidad, decidió prescindir del muchacho, que al fin y al cabo (ella es su madre, ¡debe saberlo!) solo tiene dieciséis años y se siente herido por el amargo divorcio de sus padres; cuando en el cruce de Pearl y Ferry, esperando a que cambie el semáforo, Abigail ve por casualidad a la chica de la boina roja…

«Debe de sentirse sola. Siempre está sola.»

Parece china, aparenta unos once años. Tiene la estructura ósea pequeña, las facciones delicadas, un rostro como un pétalo perfecto; cabello liso hasta los hombros, negro, reluciente, y flequillo recto; lleva un estuche de violonchelo agarrado con fuerza y camina como

si soplara un viento vigorizante. La chiquilla lleva una sencilla chaqueta, pantalones pulcramente planchados y la pequeña boina roja, una pincelada de vivo color. Abigail ha visto por casualidad a la chiquilla varias veces en Salthill, y su corazón se ha conmovido… Abigail no la conoce. Y ella no conoce a Abigail. A veces lleva el estuche del violonchelo, y a veces no. Salthill es una comunidad pequeña en la que, sin querer, se reconoce a individuos sin conocer su nombre. La niña de la boina roja es alumna de la escuela de enseñanza media de Salthill, que está en North Chambers Street; Abigail la ha visto en la biblioteca pública de Salthill, sola. Seguramente hay otras chinas americanas que asisten a la escuela de enseñanza media, pero la de la boina roja siempre va sola, o en cualquier caso, cuando Abigail la ha visto, iba sola. La primera vez que Abigail reparó en ella, la niña intentaba tímidamente abrirse paso a través de una ruda y ruidosa pandilla de compañeros de clase que perdían el tiempo en la acera frente a la biblioteca, y la menuda chiquilla china se las tuvo que ver con chicas y chicos de aproximadamente su edad que le hicieron caso omiso, como si no existiera, y la empujaron cuando ella intentó pasar. ¡La inconsciente crueldad de los adolescentes! Abigail se enfureció y le habría gustado acudir a rescatar a la jovencita china, cogiéndole la mano y apartando a los otros a empujones. ¡Qué gamberros! ¡Caucásicos! Sintió con agrado que la cara le ardía de vergüenza racial. Como los caucásicos son la raza mayoritaria, puedes castigarte a ti mismo con la vergüenza racial y no estar obligado a rendir cuentas a nadie. Abigail se había entretenido en la acera, a unos pasos de distancia, preguntándose qué haría si, por ejemplo, uno de los presumidos chicos le arrebataba la boina a la niña; si alguien se mostraba

grosero de un modo activo, agresivo. Abigail era una madre de Salthill, los chiquillos se sentirían intimidados ante la autoridad de una madre. (Lo harían, ¿verdad?) Como madre de Jared, Abigail no debería haberse sorprendido al oír el lenguaje que empleaban aquellos malcriados jovencitos de Salthill, las palabrotas soltadas con indiferencia, «mierda», «joder», «mamón», y las insinuaciones sexuales de sus bromas. Aun así se sorprendió y quedó consternada. Eran apenas unos niños, al fin y al cabo. Chicas de doce y trece años que compartían cigarrillos en la calle. Labios y ojos pintados de forma chabacana y minifaldas ajustadísimas. Los chicos con pantalones anchos estilo rap de tiendas como Banana Republic y Gap, desabrochadas sus caras zapatillas de deporte. Niños privilegiados de Salthill cuyos padres eran multimillonarios, imitando lo que creían era el estilo de pandilla callejera del gueto negro, donde los padres probablemente estaban en la cárcel, ausentes o muertos. Al menos Jared ya había superado esta fase. Abigail esperaba que Jared hubiera superado esta fase.

«¡Qué triste! El hijo de Abigail se niega a hablar con ella, y mucho menos quiere verla. Ella intenta ser valiente, pero arrastra consigo la deformidad de su vergüenza, en público, un bocio gigantesco que le crece en el cuello.»

Aquel último día de otoño, Abigail procuró no llamar la atención mirando cómo la niña de la boina roja se abría paso a través del pendenciero grupo, demasiado tímida para hablar, el semblante pálido como la cera e inexpresivo como una máscara, sus bellos ojos asiáticos hundidos y solemnes, mirando el suelo, entre la atolondrada alegría de sus compañeros. Abigail pensó, segura: «Ella es superior a todos. ¡Tienen que saberlo!». Aunque en realidad los

muchachos blancos de Salthill no daban muestras de fijarse en ella. Ahora Abigail está sentada tras el volante de su BMW, observando a la misma niña pasar a dos pasos del coche, con su estuche de violonchelo, y vuelve a sentir una punzada de afecto, el deseo de proteger. La niña tiene un aire de melancólica precocidad. Un alma vieja en un cuerpo joven. ¿Es esto posible? Y sí, es guapa, a los ojos de Abigail, aunque unos ojos más rigurosos podrían considerarla fea. La pura inocencia de la jovencita es lo que acelera el corazón herido de Abigail. «¿Por qué no tuve una hija? Qué grave error.» En realidad Harrison no deseaba mucho el primer hijo, que al menos resultó ser niño. Un pequeño portador de ADN con un pene en miniatura y la facilidad de Harry para protestar y tener rabietas. La idea de un segundo hijo, que significaba una esposa con un vientre hinchado en lugar de una bella debutante, y una temporada de apestosos pañales y desinfectante y otra niñera de alguna «minoría étnica» en casa… «¡No, gracias!» Abigail suspira. Observa cómo se aleja la niña de la boina roja, ajena a la mujer caucásica con las gafas oscuras de diseño que está tras el volante de un BMW de color fantasma, mirándola con tanto interés. Preguntándose quién es la madre de la niña. ¡Qué mujer tan afortunada! Seguro que la niña es una reproducción de la madre, las facciones delicadas, el reluciente cabello negro, su actitud modesta, pero se americanizará, poco a poco, y romperá el corazón de su madre. «Aun así, vale la pena. Nos dan unos años de felicidad, pedir más es egoísta.» Se le ocurre una idea: ¿y si se casara con un asiaticoamericano? ¿Hay solteros asiaticoamericanos de más de cuarenta años? Tiene la vaga idea de que no es frecuente que los asiaticoamericanos se divorcien; se casan jóvenes y permanecen fieles; si tienen aventuras adúlteras,

seguro que es con los de su raza y clase; como su ex marido, Harry Tierney, solía decir, después de algún viaje de negocios a Tokio y Taiwan, los asiáticos son inescrutables («Lo hacen a propósito. Para hacernos parecer unos auténticos imbéciles»). Abigail piensa que tal vez la solución a sus problemas consista en conseguir que un hombre asiaticoamericano la quiera y se case con ella. Existe una pequeña población asiaticoamericana en Salthill y en sus alrededores de gente acaudalada, pero, aunque resulte extraño, no hay asiaticoamericanos en el círculo social inmediato de Abigail, igual que, aunque también resulte extraño, pues Salthill es una comunidad liberal-demócrata, tampoco hay negros ni hispanos. («¡Lo intentamos! ¡Lo intentamos constantemente! —declaran las anfitrionas de Salthill con bastante sinceridad—. Les invitamos, pero no vienen a nuestras fiestas. O, si lo hacen, solo vienen una vez y nunca volvemos a saber nada de ellos.») Abigail sabe —su cerebro está inundado de amables clichés culturales, como una lavadora en la que gira la ropa— que los niños asiaticoamericanos tienen un «rendimiento académico superior» y que los asiaticoamericanos poseen «fuertes vínculos familiares». Cada año hay más rostros asiaticoamericanos en Salthill, y Abigail cree que esto es bueno, en principio. Supone que la niña de la boina roja es la amada hija de una de las nuevas familias —su padre, banquero de inversiones, médico o ejecutivo de una empresa de biotecnología—, algunas de las cuales han comprado casas de un millón de dólares en nuevas subdivisiones que tienen nombres como Lincoln Green, Pheasant Hollow, Liberty Vale.

Una bocina que suena detrás de ella despierta a Abigail de su ensueño (esto es Salthill, no Nueva York) y rápidamente arranca. No

está segura de adónde se dirige, pero sabe que no es importante, puesto que es a donde se dirige Abigail Des Pres; como su suicidio, lo que sea se puede desviar. Gira a la izquierda en Quaker Street y otra vez en Front, con intención de volver a Pearl. (¿Qué está haciendo?) (Su excusa podría ser que es un día de primavera nublado, hay feas nubes de tormenta y ráfagas de viento que salpican lluvia, si un chaparrón pilla a la chica de la boina roja…) Pero, mala suerte, Abigail se ve obligada a conducir despacio por las estrechas calles de Salthill, atrapada en el lento y denso tráfico, esperando con creciente impaciencia mientras las mujeres que van de compras (las conoce, Abigail no puede ser tan descortés para tocar la bocina) se esfuerzan por insertar sus coches de lujo en plazas de aparcamiento, como corpulentas mujeres insertándose en corsés. Cuando regresa a Pearl y Ferry, y circula por Pearl recorriendo en vano varias manzanas, la chica de la boina roja ya no está a la vista.

«¡Qué coño estás haciendo, mamá! ¡Siguiendo a la hija de otra persona! Eres una madre psicótica, mamá.»

«No, me temo que Jared y yo hablamos poco últimamente, pero oigo su voz a menudo. Siempre está en mis pensamientos. Tengo la sensación de que estoy en contacto con él, de alguna manera.»

¡Abigail Des Pres no está siguiendo a nadie, y mucho menos a una inocente niña de once años! Observen cómo se dirige a The Lemon Tree para almorzar con la copresidenta del Festival Floral. (Aunque se le ha pasado por la cabeza que podría ponerse en contacto con todos los profesores de música de Salthill, no puede haber muchos,

y preguntar discretamente por una niña china de unos once años que lleva una boina roja y estudia violonchelo… pero ¿qué diría después? Es difícil.) Abigail es la mitad castaña de una pareja de mujeres de Salthill vestidas con elegancia e impecablemente arregladas, que almuerzan en el nuevo restaurante más popular de Salthill, The Lemon Tree. Entre el ajetreo de jóvenes camareros de uniforme blanco y el ruido de reluciente cubertería y lo que parece una cinta que repite sin cesar música de clavicordio de Bach y un zumbido y un murmullo en los oídos. Ante cada mujer hay un generoso plato de ensalada variada, con vinagreta a un lado.

—El domingo después de Pascua, ayer, parecía buena idea, pero se me pasó.

—¿Buena idea para qué, Abigail?

«Para matarme.»

—Para pensar en mi vida. Limpiar la casa, revisar mi vestuario y tirar ropa que en todo el año pasado no llevé. Cosas de chiquilla.

—¿Cómo dices? Hay tanto ruido que no te he oído.

—Cosas de chiquilla. —Abigail se ríe casi con demasiada alegría.

Abigail descubre con pesar que está bebiendo vino blanco, después de todo. ¿Desde cuándo? Se había prometido no hacerlo, ¡nunca más! Y se lo prometió a Roger Cavanagh, que galantemente le salvó el pellejo en Middlebury, Vermont. «¡Basta de alcohol! ¡Nunca más!» La compañera de almuerzo de Abigail, Beatrice Archer, es una belleza rubia, bronceada, de edad misteriosa, entre treinta y cinco y cincuenta, que lleva un espléndido sombrero de paja de ala ancha como un personaje de una película de Merchant-Ivory; bebe vino tino y habla con entusiasmo del próximo Festival Floral de los Amigos del Centro Médico de Salthill, un gran evento anual

destinado a recaudar fondos que se celebrará más adelante, en mayo, para el que Abigail se ha ofrecido como voluntaria diciéndose que no puede matarse hasta que termine el festival, ni siquiera sucumbir al lujo de una crisis nerviosa. En realidad fue Beatrice, copresidenta del festival, quien la telefoneó el día anterior, interrumpiendo sus planes de suicidio, para recordarle la cita que tenían para almorzar y el trabajo crucial que aún les quedaba por hacer: telefonear a los voluntarios, coordinar las relaciones públicas, finalizar los acuerdos con la Salthill Inn, donde se celebraría el opíparo almuerzo, a ciento cincuenta dólares el cubierto. Algunos miembros de los Amigos del Centro Médico están donando flores, las floristerías locales y los viveros están donando flores, se ha contratado a un poeta ganador del Premio Pulitzer (varón, irlandés-americano, «romántico») para que lea a los invitados. Los labios de Beatrice manchados de vino forman una sonrisa de felicidad.

«¡Inclínate sobre la mesa y dale un beso a Beatrice! Quizá eres lesbiana, este ha sido el secreto de tu malestar sexual.»

—… veintiséis, veintisiete, veintiocho… treinta. Treinta y uno.

Sobre un inmaculado mostrador de la cocina había alineado las pastillas de barbitúricos, analgésicos varios y nueve cápsulas de Prozac que le quedaban. Había encontrado unas píldoras de Harry que llevaban fecha de 1987.

«Puedes suponer que has vivido demasiado tiempo en una casa —observó sabiamente Abigail a la cámara de vigilancia invisible, que se ha vuelto confusa en su mente con la pérdida de su amigo Adam Berendt— cuando tus medicamentos se remontan a mandatos presidenciales anteriores.

Abigail sacó la botella de Absolut Vodka y la puso ante ella, como sobre un altar. Empezó a temblar, pero tal vez esto era buena señal. «Voy en serio. Estoy decidida.» Si no estuviera dispuesta a ir hasta el final, estaría calmada, ¿verdad? Pero quizá no podría beber hasta morir, ingerir alcohol poco a poco, de modo constante, hasta que su endeble corazón fibrilara y estallara. De ese modo, «Salthill podrá decir: "¡Pobre Abigail! Bebía para combatir la nostalgia, fue un accidente"». Treinta y una pastillas tragadas en el transcurso de unos minutos, tragadas con vodka, era una historia más incriminatoria.

—¡Adam! Estoy en un aprieto. Desdichadamente estoy viva, como ves, pero no quiero ser causa de la desdicha de nadie, muerta.

—¡*Abigail, basta! Sabes que no puedo oírte*.

—Pero tengo que saberlo: si me suicido, ¿he de considerarlo un acto racional, consciente, un acto existencial, o simplemente tengo que… hacerlo, y no dejar ninguna nota?

—*Abigail, no seas ridícula. Te he dicho que no puedo oírte. He dejado de existir*.

—¡Adam! Sabes que soy muy insegura. Sabes que quiero hacer lo que está bien, pero… ¿qué está bien? No he sido muy feliz, ¿sabes? Durante mucho tiempo.

—*Bueno, ¿y quién lo ha sido? ¿Crees que estar muerto es muy divertido*?

—Bueno, tal vez podría reunirme contigo.

—¿*Esparcida en mi jardín? ¿Mezclada con la tierra? ¿Quién lo hará*?

—Te echo mucho de menos, Adam.

Silencio.

—¡Adam! ¿Estás enfadado conmigo? Por favor, no te enfades…

Silencio. Abigail oyó a Adam exhalar un suspiro. Tenía la irritante costumbre de frotarse los ojos con los nudillos, lo que producía un ruido ahogado, como un gorgoteo, y también creyó oír este sonido.

—¡Adam, no hagas eso! Es una costumbre horrible.

—*Ya soy ciego de un ojo, por lo tanto ¿qué importa*?

Abigail se ríe, sin alegría.

—Adam, por favor. Necesito tu consejo. Si consigo matarme, ¿dejo una nota? Por ejemplo:

Mi queridísimo Jared:

Esta es mi decisión, es lo más sensato para mí. Tengo el corazón destrozado. Supongo que soy una cobarde. Pero no te sientas culpable, cariño, por mí. Ten esto siempre presente: TÚ NO TIENES LA CULPA DE LA JODIDA VIDA DE TU MADRE.

De todos modos, te quiero.

MAMÁ

—Incluso muerta, Adam, trato de impresionar a Jared. Una forma de coqueteo no tan sutil. Utilizando un lenguaje adolescente como la palabra «jodida», que en la vida real jamás he empleado. Adam, ¿soy patética?

Un silencio hosco, reprobador.

—¡Por favor, Adam! ¿Soy patética?

—*Abigail, eres una mujer a la que han herido, pero eres una mujer fuerte y te curarás*.

—Soy una mujer fuerte y me mudaré. ¿Esto es lo que has dicho?

—*Te curarás, Abigail. C-U-R-A-R-Á-S*.

Abigail se echó a reír alegremente.

—Adam, me paso la vida curándome. Arrastrándome y encogiéndome. Con el rabo entre las piernas. La gente me mira y ve una mujer atractiva, supongo. Cuanto peor me siento, más «exótico» es mi aspecto. Por fuera, un perro afgano de pura raza; por dentro, un trémulo perrito.

La rubia compañera de Abigail en The Lemon Tree sonríe con perplejidad:

—¿Qué estás diciendo, Abigail?

¿Abigail ha hablado en voz alta? Se queda mirando fijamente la ensalada de su plato, que por un inquietante momento adopta las configuraciones de pequeñas serpientes verdes y oleaginosas agrupadas. Cierra los ojos. El tenedor se le cae de la mano. El zumbido y el murmullo en The Lemon Tree prosigue sin su participación, igual que el universo seguirá tras la extinción de nuestra especie. «No soy capaz de vivir sin amor. Que Dios me perdone, no soy lo bastante fuerte.» Abigail hace un esfuerzo para apartar de su mente el rostro ajado-conocido-apuesto de Adam. Beatrice se inclina en un gesto de complicidad, en su cuello reluce un collar hecho de monedas de oro; cuenta a Abigail que Lionel Hoffmann ha regresado, al fin, con Camille.

—¡Justo a tiempo! La pobre Camille se comportaba de un modo muy extraño. Recogía todos los perros abandonados del condado de Rockland, y aquella hermosa casa huele como una perrera.

Abigail dice, tensa:

—Camille ha estado muy sola, Beatrice. Yo no me atrevería a juzgarla.

—No la estoy juzgando —se apresura a decir Beatrice—. Es una mujer extraordinaria. ¡Nadie habría supuesto que era tan extraordinaria! Ahora cuidará de Lionel; tuvieron que operarle de urgencia de úlceras sangrantes y pronto también le operarán de la espalda. Y ha tenido una especie de… Camille habla de ello con mucha discreción… «crisis emocional». —Beatrice habla con tono grave, y una leve sonrisa se insinúa en sus labios—. La chica con la que estaba liado, en Nueva York, es tan joven como su hija Marcy, según me han dicho, y un poco traidora.

Abigail, que ha oído el mismo rumor, pero también que Lionel conoció a la muchacha traidora a través de su ex marido, Harry, que también estaba liado sexualmente con ella, no dice nada. Beatrice prosigue:

—Camille está muy aliviada y agradecida porque Lionel ha vuelto, pero se ha negado a abandonar a sus perros. Lionel quiere que lo haga, claro, pero ha perdido su autoridad moral en aquella casa. —Beatrice se interrumpe, radiante ahora su sonrisa—. Camina con bastón. Ha encanecido bastante. No parece probable que vuelva a su puesto de director general, ni siquiera después de que le operen la espalda. Avery ha oído decir que el sustituto de Lionel es un joven enérgico que tiene intención de extender el negocio a internet e iniciar una colección de manuales médicos y de autoayuda populares en idiomas extranjeros. Ahora Camille tiene más responsabilidades de las que ha tenido en años, pero al parecer se las arregla. Donará toneladas de flores al festival, como siempre. «No cambiaría a Lionel por mis perros, o sea que ¿por qué voy a cambiar mis perros por Lionel?», me dijo Camille. «Todos me necesitan por igual.»

Abigail es lo bastante sensible para recordar que le dolió, de una forma sutil y vergonzosa, que el perro de Adam, Apolo, prefiriera a Camille Hoffmann en lugar de a ella. Las pocas ocasiones en que Apolo había acudido a su puerta, llevando una vieja camisa o un jersey de su dueño, Abigail le había hecho entrar, pero nunca se quedaba mucho rato. En casa de Abigail estaba tan inquieto como lo había estado su amo. Ella nunca ha hablado con nadie de este dolor. Sin embargo, qué injusto es que Camille, una mujer fea y de cintura gruesa, sin gusto para la ropa, no solo tenga a su esposo, que ha vuelto a ella, sino que sea la dueña del amado perro de Adam Berendt; más injusto aún por el hecho de que Abigail había sido amiga más íntima de Adam Berendt que Camille. «Si amaba a alguna mujer era a mí.»

—¿Y Camille aún habla de Adam como si estuviera vivo? —pregunta Abigail con los ojos entrecerrados.

Beatrice siente un escalofrío.

—¡Sí! Es el único tema que no me atrevo a abordar con Camille. Si hablas de Adam en pasado, se altera. Es muy categórica al respecto.

—¿Dónde está Adam ahora? —pregunta Abigail con naturalidad—. Solo es por curiosidad.

—Está viajando por Benarés, India. Es una ciudad sagrada hindú, dice Camille.

—¡India! Creía que Adam estaba en el Mediterráneo.

—Bueno, ahora Camille le «ve» dirigiéndose hacia el este.

—¿Cómo lo sabe Camille? —Abigail siente celos por un instante. ¿Adam ha enviado postales a Camille?

Beatrice se ríe, como si Abigail hubiera dicho algo ingenioso.

—Nunca habría dicho que Camille, precisamente, que es del tipo campesina sencilla, como una *hausfrau* de Brueghel, tuviera tanta fantasía, ¿y tú?

Abigail, aunque resentida con Camille, siente la necesidad de defenderla.

—Todos nos enfrentamos a la muerte de una manera diferente, Beatrice. Estoy segura de que todos tenemos fantasías, aunque nos consideramos «realistas». Ojalá yo tuviera la fe de Camille… en Adam, en sus perros, en cuidar a un esposo enfermo que la ha traicionado.

Abigail bebe vino blanco seco y entrecierra los ojos. Tiene una extraña visión de Jared, de dieciséis años, cojeando a causa de un accidente de escalada, o en silla de ruedas, entregado a su madre. Para siempre.

—Ah, y sinusitis. ¡Una terrible sinusitis! —dice Beatrice de pronto, como si acabara de pensar en ello.

—¿Sinusitis? ¿Qué?

—Lionel también sufre eso. Al parecer es alérgico a los perros.

Las dos mujeres se echan a reír. Las lágrimas centellean en sus ojos cuidadosamente maquillados.

El almuerzo terminaría con esta nota jovial pero, cuando Beatrice pide la cuenta, insistiendo en pagar las dos comidas, el camarero se acerca a la mesa con dos copas altas de… ¿es champán?

—Gentileza del caballero de la mesa del rincón, señoras. Con afectuosos saludos, dice.

Las mujeres miran alrededor, desconcertadas, y ven a su amigo Owen Cutler. Pobre Owen, almorzando solo en The Lemon Tree, en un día laborable. Owen se ha quitado las gafas y sonríe

valientemente a las mujeres, pero aun de lejos perciben sus deseos de que le inviten a unirse a ellas. Beatrice murmura:

—Dios mío, Owen está tan solo, y no me siento con ánimos de oírle lamentarse de Gussie otra vez.

Abigail se encoge de hombros para indicar que está de acuerdo. Desde que su esposa desapareció de Salthill, Owen ha llamado a Abigail de forma intermitente, a veces por la noche, muy tarde, para hablar; para invitarla a cenar fuera; para (a menos que Abigail se lo imagine) que ella le consuele, si no sexualmente (a Abigail le cuesta imaginar a Owen Cutler como su pareja sexual), al menos románticamente. Una copa de champán es exactamente lo que a Abigail le gustaría tomar y jamás pediría, así que se apresura a protestar:

—Camarero, haga el favor de llevarse estas copas. Mi amiga y yo no somos prostitutas. —Abigail habla con tan inexpresiva sinceridad que tanto el camarero como Beatrice se la quedan mirando, horrorizados.

Antes de salir de The Lemon Tree, las mujeres, cortésmente, se paran junto a la mesa de Owen para darle las gracias por su detalle, pero no aceptan su petición de que se sienten con él.

—Últimamente he soñado —dice Owen aferrándose a las manos de ellas— que Gussie ha muerto. Y que la culpa es mía.

Las mujeres se libran de la fría mano de Owen asegurándole que Gussie está viva y volverá con él, pronto. En la acera, fuera del restaurante, Beatrice dice, tras un momento de vacilación, que ha oído el feo rumor de que posiblemente Augusta ya no está viva.

—Y la culpa realmente es de Owen.

Abigail, que ha oído el mismo feo rumor, se estremece visiblemente cuando se pone sus gafas oscuras de diseño. Dice, a modo de burlón reproche a su amiga:

—Beatrice, ¡eso es ridículo! Ningún marido de Salthill asesinaría a su esposa literalmente.

«¿Qué se siente al perder a un hijo? Como un aborto practicado sin anestesia.»

Recorre Pearl Street en la dirección en que iba la niña de la boina roja dos horas antes.

«Adam, lo sé, es ridículo, pero no hago daño a nadie, ¿verdad?»

Silencio. Esto significa desaprobación.

«No hablaría con ella. No la alarmaría. Solo es que, si necesitara un adulto… para consultar. Si se torciera el tobillo, por ejemplo. Y necesitara que la llevaran a casa en coche…»

Cada vez que Abigail vuelve a la casa de Wheatsheaf Drive alberga la triste esperanza de que Jared haya llamado en su ausencia. Oír su voz en el contestador. O tal vez haya enviado un correo electrónico. «¡Eh, mamá! ¿Cómo estás?»

Jared solía enviarle mensajes así, no con frecuencia, desde luego.

«Pero con más frecuencia que nunca, joder.»

Desde el accidente. Desde la «mano del demonio». Desde la sala de urgencias y la negativa de Jared a ver a su madre. ¡Su propia madre! Para mortificación de Abigail la había denunciado a Roger Cavanagh. Para vergüenza de Abigail había insistido en llamar a Harrison, para que lo llevara a casa. En otoño se había recuperado lo suficiente para viajar a Kenia, para ir «de safari» con su padre y la

nueva esposa de su padre, joven y guapa, y a Tanzania en una excursión a pie, guiada, por el Kilimanjaro. Y no se había despedido de su madre antes de abandonar el continente americano ni le había enviado una postal desde África. «¡Y podría haber muerto allí! ¿Y si hubiera muerto?» No sirve de nada pensar esas cosas. Recitar un rosario de dolor. ¡Abigail lo sabe! Sin embargo, al entrar en la casa, de la que ha huido toda vida, incluso el eco fantasmal de un recuerdo de la voz juvenil de Jared, la risa juvenil de Jared, Abigail no puede contenerse.

Roger la consoló, no con mucho tacto.

—Jared se dará cuenta de lo hijo de puta que es Harry y volverá a ti.

Abigail se rió.

—Cuando Jared se dé cuenta de lo hijo de puta que es Harry, ¿su madre le parecerá mínimamente mejor? Vale la pena vivir por eso.

Roger, al que no le gustaba que lo provocaran, ni siquiera en plan de coqueteo, dijo con irritación:

—Oye, mi hija Robin no quiere saber nada de mí. Y yo no intenté matarla.

Abigail replicó, dolida:

—Roger, yo no intenté matar a Jared. ¿Qué insinúas?

—Esa fantasía de la mano del demonio. Vamos, cielo.

¡Cielo! Abigail se quedó mirando a su amigo. Se había portado con ella como un magnífico abogado, había convencido a un juez del tribunal de tráfico de Middlebury de que tuviera compasión de ella. Era evidente que ella le atraía. «Lo mínimo que puedo hacer es acostarme con Roger. Quizá deberíamos casarnos…» Pero Roger prosiguió, crudamente:

—No eres consciente de que intentaste matar a Jared, por supuesto. Según la ley, estoy seguro de que no habrías sido culpable más que de homicidio involuntario. Y yo habría podido sacarte del apuro. Pero tus acciones apuntan a una intención inconsciente, como debes saber.

Abigail tendió la mano y le dio una bofetada. El acto de una mujer histérica en una película, pero Abigail no estaba histérica y aquello no era una película. Roger, desconcertado, se apartó de ella, con lágrimas en los ojos. Abigail no estaba menos desconcertada. Susurró:

—Perdóname, Roger.

Roger cogió los delgados hombros de Abigail y la besó, con fuerza, como podría morder un escorpión. No había afecto en el beso, solo ira y desprecio. Después, durante horas, a Abigail le dolieron los hombros y su tierna boca. Se puso hielo sobre la boca, y al derretirse el agua le resbaló por los brazos.

Este lamentable episodio se produjo en enero, en casa de Abigail. Fue al menos tan embarazoso como el intento frustrado de la pareja de hacer el amor en octubre, cuando Apolo les interrumpió al rascar ruidosamente en la puerta de atrás. Ahora, últimamente, Abigail ha oído por numerosas fuentes el inquietante rumor de que Roger está enamorado —¿no de Marina Troy?— de una abogada a la que nadie en Salthill conoce, una mujer supuestamente «muy joven», y que espera un hijo de él. Abigail se ha enfurruñado como una adolescente rechazada.

«Si hubiéramos hecho el amor aquel día, ese niño podría ser mío.»

Una estación melancólica para el romance. Pero Abigail aún tiene esperanzas.

Y por eso esta tarde, en Pryce House (1771), un edificio colonial de ladrillos descoloridos restaurado, en Shaker Square, sede de la Sociedad Histórica de Salthill, Abigail Des Pres está escuchando, en una actitud de atención delicadamente femenina, a un arquitecto local de juvenil edad madura que habla de un tema visionario: «¿Adónde va Salthill? La próxima década crucial y después». ¡Qué apasionado es el arquitecto, y qué aburrido! Lo más asombroso del hombre es que las ventanas de su nariz, enormes cavidades en su nariz aguileña, se contraen como si se estremecieran cuando inhala y se expanden cuando exhala. Abigail escucha con atención, con las manos cruzadas sobre el regazo y el torso inclinado en un ángulo como el de la torre de Pisa, y sin embargo, mientras escucha cada una de las palabras del arquitecto, las olvida, como si su conciencia fuera una pantalla de televisión dirigida por un inquieto adolescente con un mando a distancia. Como la mayoría de los miembros de su círculo social, Abigail ha apoyado durante años a la Sociedad Histórica, pero raras veces ha asistido a reuniones y programas de tarde; está hoy allí como alternativa a tomarse treinta y una pastillas con vodka y con la esperanza de «conocer» a un hombre casadero. Y su conciencia se ha avivado con la revelación de que Adam Berendt no solo dejó 35.000 dólares a la Sociedad Histórica, para contribuir a la preservación de los edificios históricos locales y su entorno, sino que había participado activamente en algunos de sus planes. (Sin embargo, ¿Adam asistía a las reuniones? Abigail lo duda.)

Es una tarde de mayo neblinosa y lluviosa. Una tarde para el romance. Abigail se alegra de no haber muerto. Al conducir hacia el pueblo desde su casa de Wheatsheaf Drive ha pasado por un verde paisaje estilo Monet, formado por campos, colinas, florecientes árboles y arbustos; un paisaje de grandes casas unifamiliares con ventanas iluminadas, sus habitantes ocultos a la vista y, no obstante, presentes. Le parece que ha transcurrido toda una vida desde que era la señora de Harrison Tierney y, cuando entraba en cualquier habitación en la que se encontraba su hijo, Jared, el niño corría hacia ella y le abrazaba las piernas gritando: «¡Mamá, te quiero!».

Qué sencilla era la vida. Jared tan pequeño. Los niños saben que el amor lo es todo.

Abigail está sentada en la segunda fila de sillas plegables en la sala, que está bastante oscura y huele a polvo, de Pryce House. Es una de las mujeres más jóvenes (es decir, de menos de cincuenta años) presentes en la reunión y, aunque suicida, tiene un aspecto radiante, como de costumbre, pero con un maquillaje quizá demasiado luminoso. Viste para la ocasión un traje de primavera nuevo, marca Armani, de hilo lila grisáceo, con pequeñas hombreras y la cintura baja y estrecha; aquella tarde se ha hecho «reflejos» en el pelo, que flota seductoramente alrededor de su cabeza. Su boca es como una reluciente ciruela madura que cualquier hombre sano desearía morder, sus ojos brillan distraídos. Su corazón, del tamaño del puño de un niño pequeño, late con fuerza, lleno de esperanza. (Y por la cafeína. Abigail, tratando de no beber alcohol, se ha vuelto adicta a la cafeína.) Mientras el arquitecto con las ventanas de la nariz como cavidades habla muy serio de la «necesidad espiritual» de preservar no solo los preciosos monumentos de la región, sino

también sus «entornos ecológicos», Abigail mira con disimulo alrededor de la sala. Inconscientemente busca a Adam Berendt. Conscientemente busca un hombre casadero. ¿Asiaticoamericano? En realidad hay pocos hombres esta tarde, no más de quince en total, y la mayoría son lo que se diría caballeros de edad; la gran mayoría de los miembros de la Sociedad Histórica son mujeres caucásicas de edad, algunas bastante ancianas y enfermas. (¡Qué mina de oro es Salthill para los que recaudan fondos! Muchos ciudadanos no solo son ricos, sino ricos y ancianos, que son los mejores ricos. La viuda Florence Ferris ha muerto recientemente, a la edad de noventa y tres años, y ha dejado una finca de más de cuarenta millones de dólares a repartir entre sus obras de caridad locales preferidas, entre ellas la Sociedad Histórica.)

En el otro extremo de la sala, bajo un descolorido retrato al óleo del vicepresidente Aaron Burr disparando al general Alexander Hamilton en su célebre duelo de julio de 1804, en la cercana Weehawken, New Jersey, hay un desconocido con el cabello espeso y oscuro que podría ser asiaticoamericano; su perfil sugiere un rostro bastante plano y permanece sentado sin moverse, como si escuchara con tanta atención como Abigail. (Pero ¿por qué le interesaría la historia de Salthill a un asiaticoamericano? Qué poco profunda debía de parecer toda la «historia estadounidense» a individuos procedentes de civilizaciones tan antiguas y amplias como la china y la japonesa, en las que la norma de medición eran milenos, no siglos; y en las que habían vivido, muerto y sido olvidados miles de millones de seres humanos.) Abigail piensa ingenuamente: «Un asiaticoamericano daría perspectiva a mi vida.

No tendría que ser amante, solo amigo. ¡Podría ser una mujer! Me muero de falta de perspectiva».

Abigail ya se siente un poco mejor. Aislar un problema es empezar a resolverlo.

Es consciente de que se encuentra en medio de una poderosa, si no joven, reunión de ciudadanos. Durante años, desde los prósperos sesenta, Salthill ha tenido un estado de ánimo «patriótico», combativo. A diferencia de otras comunidades suburbanas menos acaudaladas, Salthill-on-Hudson se ha podido permitir costosos litigios para conservar su patrimonio neutralizando los esfuerzos de los promotores inmobiliarios por modificar la calificación de las zonas. Hay abogados locales que han ganado fortunas litigando con éxito contra los gobiernos federales, del estado y del condado para impedir carreteras interestatales y la ampliación y mejora de las autopistas estatales; para impedir la construcción de viviendas subvencionadas, centros para ciudadanos ancianos; un parque de investigación biotecnológica de megamillones de dólares («Experimentos de guerra bacteriológica entre nosotros»), nuevas alcantarillas, carreteras rurales asfaltadas, clínicas médicas, una rama de la universidad del estado, más escuelas públicas, incluso nuevos caminos para estudiar la naturaleza adaptados para los minusválidos. El enemigo es el cambio, el enemigo es el «progreso», el «beneficio». Al menos dentro del municipio. Adam se reía de la paranoia de Salthill; sin embargo, dejó dinero para la Sociedad Histórica y había legado la Deppe House al municipio. Abigail se da cuenta de que Adam debía de querer mitigar su sentimiento de culpa.

Sentimiento de culpa de qué, no tiene ni idea.

Siempre hay que suponer que existe el sentimiento de culpa. Cuando se es adulto.

El arquitecto, cuyo nombre suena duro e inverosímil, ¿Gustave, Garrick, Gerhardt? —Oldt, o Ault—, lleva hablando media hora y no da muestras de querer terminar. Qué rostro más extraño, feo; infantil y vulpino, con la nariz larga y aguileña, de ventanas grandes, y cejas nudosas sobre unos ojos melancólicos hundidos. Su barbilla es larga y estrecha, aunque chata. Los dientes le relucen, húmedos, cuando habla; sonríe con frecuencia, con excitación nerviosa. Debe de estar a finales de la cuarentena. Lleva una chaqueta de tweed oscura que le va ancha de hombros y a la que tal vez le falta un botón, como si fuera una prenda de segunda mano que podría haber comprado Adam Berendt. Sin embargo, carece de la elegancia de Adam, y carece de la seguridad en sí mismo de Adam. No posee ni un gramo del alegre pavoneo sexual de Adam. Mientras habla gesticula con vehemencia. Lleva el pelo demasiado largo alrededor de las orejas, el nudo de la corbata medio deshecho y torcido. Aun así, Abigail siente que su interés se aviva. Casi se puede convencer de que este es sexual. Oldt, o Ault, es un hombre de inteligencia y fuertes principios. Los ojos del orador recorren sin descanso la sala (en la que algunos de sus oyentes parecen tan atentos como Abigail y otros, la mayoría hombres, cabecean medio dormidos), sin embargo vuelven repetidamente a ella. Parece estar preguntando a Abigail, suplicándole.

«¿Por qué las imágenes del futuro tienen tan poco atractivo para nosotros, tan poco atractivo humano? Porque aún no hemos vivido en el futuro. Hemos vivido, a través de nuestros antepasados, solamente en el pasado. El pasado es un país que conocemos o

creemos conocer. Nuestra misión, pues, es conservar el pasado de modo inteligente, y conservar nuestras almas.»

Oldt, o Ault, es muy feo. No podrías besar a un hombre con semejantes ventanas de la nariz, ni siquiera con los ojos cerrados.

La intensidad de las luces de la sala disminuye, el arquitecto se está preparando para pasar diapositivas. Qué alivio, Abigail no tendrá que mirarle la cara.

¿Es cierto?, ¿el pasado es un país que conocemos, un país que merece ser conservado?, se pregunta Abigail. En las últimas semanas, desde que piensa en su muerte, la han acosado las desconsideradas palabras que Jared pronunció en la habitación del hotel de Middlebury. «Somos como algas de una charca. Jodido verdín.» Los ojos de Jared llenos de desprecio, la mueca en su bella boca. Abigail siente una punzada de dolor al recordarlo. ¿Por qué no se había acercado a su hijo para abrazarle? ¿Por qué había sido tan… estúpidamente tímida? Jared la necesitaba, el muchacho tenía el corazón roto, Abigail debería haberle abrazado, debería haber llorado con él. «No, no. No somos algas de charca. Somos HUMANOS, tenemos ALMA.»

Abigail se seca los ojos, afligida. Ha fracasado como madre. No por intentar matar a su hijo, sino por no saber cómo enseñarle a vivir.

Diapositivas de edificios de interés de la región. Restauraciones: «antes» y «después». Abigail reconoce algunos. El arquitecto Oldt, o Ault, es director de una empresa especializada en la conservación y restauración de monumentos históricos; al parecer ha tenido mucho éxito y su trabajo ha ganado prestigiosos premios. En la penumbra el hombre irradia autoridad, incluso carisma. «Si pudiera amarle. A

alguien como él.» Está la antigua Griswold House, de piedra (1683), en la cercana localidad de Galilee-on-Hudson. Está la antigua oficina de correos (1797) de Bethelon-Hudson. La Union Cliff House (1840), en otra época parada de la diligencia en River Road, no lejos de la Deppe House de Adam. El hotel Hudson (1883) de Hastings-on-Hudson, un espectáculo arquitectónico victoriano casi arrasado por un promotor inmobiliario pero salvado por los esfuerzos de los defensores de la conservación. Abigail ve estas imágenes heráldicas a través de las lágrimas. Incluso feos edificios se ven bellos, redimidos por la historia. La Swan's Ferry Quaker Meeting House (1845), en otro tiempo casi en ruinas y ahora una sucursal de la biblioteca pública del condado de Rockland; la Palisades Battle Memorial Bell Tower (1911); el banco de estilo clásico de imitación de Main Street, el Salthill (1925), propiedad ahora de un agente inmobiliario; el Rialto, el cine de estilo *art déco* (1934), también en Main Street, restaurado y reabierto como sala para exhibir películas de arte. A continuación el arquitecto muestra diapositivas de edificios deteriorados de la región y monumentos que necesitan ser restaurados con urgencia. Su conclusión es apasionada: «La próxima década, la primera de este nuevo siglo, será la más crucial de todas nuestras décadas. Esperamos que nos darán su apoyo. La historia es asunto de todos».

Abigail piensa: «¡Restauradme a mí! Estoy en ruinas».

Se encienden las luces. Hay una recepción. Abigail parpadea, un poco deslumbrada. Su primer impulso es escapar y volver a casa, a la seguridad del mausoleo. Su segundo impulso es quedarse. Está allí con un fin. (Pero ¿qué fin?) La saludan conocidos y vecinos de Salthill, le estrechan la mano, le dan besos rituales en las mejillas.

«Somos como algas de una charca. Jodido verdín.» Buena gente, decente y aburrida, a la que conoce desde hace años.

—¡Abigail Tierney! Hace siglos que no te veo.

Abigail tiene una réplica preparada para estos comentarios, se muestra desenvuelta como una animadora de instituto:

—Ya no soy Tierney, ahora vuelvo a ser Des Pres. Harry y yo nos hemos divorciado.

Abigail procura decirlo con el tono de chica ingenua de comedieta, indicando a su oyente que no haga una mueca sino que sonría, ya que Abigail está sonriendo. Detesta que la respuesta automática a su declaración sea: «¡Oh! Lamento oír eso», y tiene preparada otra frase: «Yo no lo lamento, así que tú tampoco tienes que hacerlo. Ahora, ¿podemos cambiar de tema, por favor?».

Abigail Des Pres, la legendaria divorciada neurótica de Salthill, con mucho la mujer más atractiva de Pryce House esta noche, ya que es la más joven, se encuentra convertida en el centro de gran parte de la atención masculina. Demasiado. Como una pelota de fútbol a la que se grita y se dan patadas. Los hombres compiten por su vacía sonrisa de sorpresa. Su vecina de Old Mill, B., de ochenta años, en su silla de ruedas motorizada. Y ahí está S., el distinguido juez federal con el que salió en otro tiempo y que debajo del traje oscuro de mil rayas lleva una bolsa de colostomía; ahora da un suave codazo a Abigail de un modo íntimo e intimidante a la vez. S. le besa su mejilla de porcelana y murmura, a modo de reproche: «Abigail, ¿dónde te habías metido? Nunca estás en casa cuando te llamo y nunca me devuelves las llamadas». Esa tarde hay varios hombres que blanden los recuerdos de una masculinidad perdida y llorada, dos de ellos, cigarros desenvueltos, y el otro, una pipa apagada. Uno

de los hombres, mientras trata de entablar conversación con Abigail, acaricia el papel arrugado del cigarro que lleva en el bolsillo de la chaqueta; el otro, que sonríe nervioso, incapaz de acercarse a Abigail, acaricia su cigarro, abiertamente, apretándolo y aflojándolo con suave energía. Y allí está un antiguo conocido, P., al que Abigail habría podido amar mucho tiempo atrás, chupando con aire meditativo, como a menudo hace en semejantes ocasiones, una pipa apagada. Estos hombres tienen prohibido fumar, no es necesario preguntar por qué. «¡Abigail! Estás encantadora, como siempre.»

Abigail se queda pasmada por la decepción. El caballero del pelo oscuro que ha imaginado podría ser asiaticoamericano resulta ser otro conocido de Salthill; un millonario de bonos basura y ex compañero de golf de Harry; G. revolotea en torno a Abigail, le besa la mejilla aunque ella no incita al hombre a hacerlo. G. se ha hecho algo en la cara y tiene un aspecto «joven»; su cabello es atrevidamente negro, negro como el ala de un cuervo, y sospechosamente espeso; por debajo de la colonia cara se percibe una vaharada de algo muy negro, como betún. G. mira la boca de Abigail cuando ella habla. Su conversación es torpe, inconexa. En otra época Adam habría acudido en su rescate. ¡Oh!, ¿dónde está Adam? G. dice a Abigail, con una sonrisa de satisfacción, que hace mucho tiempo que quiere llamarla —¡años!— para «decirle cuánto lo siente», «para compartir recuerdos de aquel hijo de puta de marca mayor que te trató, francamente, disculpa mi lenguaje, a ti, una dama, como una mierda». ¿Le apetecía a Abigail marcharse de la Pryce House e ir a tomar una copa en el Inn? Y tal vez podrían cenar juntos algún día. Abigail está desesperada por escapar de G., pero el hombre la ha acorralado en un rincón. Sigue mirándole la boca

ávidamente. (¿Va a besarla? ¿En un lugar público? Abigail está nerviosa y asustada como una niña de trece años.) G. sitúa a Abigail bajo una luz y explica, en voz baja, que se ha vuelto un poco sordo de ambos oídos, «pero leo los labios». Inconscientemente G. chasquea la lengua. Abigail se sonroja y se las arregla para alejarse. Un cóctel se parece mucho a un partido de fútbol, tienes que estar siempre en movimiento.

—¿Señorita Des Pres? Ho-la. —Es el arquitecto de la cara infantil-vulpina.

Durante la presentación del arquitecto Abigail se ha puesto un poco nerviosa al reparar en que su mirada se posaba repetidamente en ella, pero se dijo que lo estaba imaginando. Ahora el hombre está decidido a hablar con ella. Se llama Gerhardt Ault y resulta que era amigo de Adam Berendt.

—Aunque no amigo íntimo, como sé que era usted, señorita Des Pres. Pero admiraba muchísimo a Adam. Era un auténtico americano.

Abigail pone ceño. No está segura de que le guste que cataloguen a Adam como «auténtico americano», como una figura folclórica enana en un cuadro del artista primitivo Edward Hicks. De mala gana estrecha la mano de Ault, que le da un apretón húmedo y demasiado efusivo. El hombre podría tener quince años, no ser un adulto famoso y con talento. No lleva colonia. Exuda un nerviosismo frío y húmedo, un olor blanquecino como ostras un poco pasadas. De cerca, su nariz no solo es grande sino que tiene los poros muy abiertos; las ventanas de la nariz son cavernosas. Tartamudea ligeramente. Sin embargo, es infantil, casi encantador. Abigail sonríe a su manera «femenina»; al fin y al cabo Ault es un hombre, aunque

feo, y la conducta «femenina» es un reflejo en Abigail, como en la mayoría de las mujeres de su clase, igual que se dice que un pollo decapitado corre cómicamente mientras la sangre le sale a borbotones de la garganta, y quizá es posible que la cabeza cortada pestañee e intente esbozar una coqueta sonrisa con el pico antes de la muerte. Gerhardt Ault ha estado hablando de las esculturas de Adam Berendt, las cuales «admira mucho»; parece creer, equivocadamente, que Abigail es una «escultora»; Abigail, que había asistido a clases de arte con Adam una década antes y no tenía paciencia para la disciplina de la escultura, está demasiado irritada para sacar a Ault de su error. «¿Eso es lo que ve en mí, una escultora?» Mientras habla, una extraña animación embarga a Ault. Le recuerda no a Adam Berendt exactamente, sino a Adam tal como habría podido ser, más joven, de complexión no tan robusta, con la cara fina, no ancha, menos seguro de sí mismo, incómodo con las mujeres. Adam si hubiera tenido los dos ojos buenos, y estos ojos hubieran sido melancólicos y hubieran estado hundidos. Adam con una nariz larga y aguileña. ¿Qué sentido tiene esto? Hay motas de pelusa, o caspa, en los hombros de tweed de Ault. El hombre apenas es más alto que Abigail con tacones. Y su corbata, de feas rayas, está vuelta mostrando la etiqueta rota. ¡De Macy's! Distraída, Abigail alarga el brazo para ponérsela bien. Un gesto instintivo de esposa. Como habría podido hacer, sin pensar, con Adam. El efecto que produce en Gerhardt Ault es eléctrico. Un cálido sonrojo tiñe sus mejillas. Las ventanas de la nariz se le ensanchan de modo alarmante, como ojos mirando fijamente. Y sus ojos se inundan de emoción. «Como si le hubiera tocado la polla. ¿Le he tocado la polla?

Oh, Dios mío.» Ault empieza a hablar, balbuceando, y Abigail dice, ruborizada:

—¡Lo siento, señor Ault! No sé por qué lo he hecho.

Ault dice:

—Señorita Des Pres, gracias. Es evidente que voy… desarreglado.

Se ríe con estridencia. Se le ven las muelas sin fundas. Hablaría más, pero Abigail se excusa y escapa con elegancia.

«Algas de una charca. Jodido verdín.»

Abigail se queda levantada hasta tarde. Piensa: a la generación de Jared se la educa para tener conciencia ecológica y, sin embargo, para ellos no hay una visión sagrada, elevada. (¿Cómo podría Abigail llevar a su hijo a la Iglesia episcopal, en la que ella no creía? Y a Harrison Tierney le gustaba alardear de que había sido «ateo redomado» en el seno materno.) No obstante, para los niños norteamericanos la «ecología» podría ser poco más que el ciberespacio. Un videojuego. Fantasía. La naturaleza lo consume todo y lo define todo. ¿No hay nada más allá de la naturaleza?

No es de extrañar que Jared y sus amigos no tengan interés, ni una chispa de interés, por la historia. ¿Qué es la historia sino cosas viejas, muertas, hechas por personas viejas, muertas?

«La vida devora la vida, pero el hombre rompe el ciclo, el hombre tiene memoria.»

Eso dijo Adam en una ocasión. Oh, ¿por qué Abigail no había abrazado a Jared para llorar con él la muerte de Adam? ¿Por qué había sido tan reacia a hablarle con franqueza?

«Porque le estabas consintiendo. Su angustia adolescente. Estabas coqueteando con él. ¡Tu propio hijo!»

¿Suicidio? Podría ser un error. (¡Un error terrible!) Porque el patrimonio de Abigail iría casi exclusivamente a Jared, su único hijo; Jared es menor; por lo tanto, Harry Tierney, aquel hijo de puta de marca mayor, lo controlaría. «Mi enemigo mortal. ¡Tengo que vivir más que él!»

A la mañana siguiente, a las diez en punto, suena el teléfono y Abigail responde, vacilante: «¿Diga?», resistiéndose a la vergonzosa esperanza de que pueda ser Jared (porque, por supuesto, no será Jared, jamás será Jared), y oye una voz gangosa que le balbucea al oído:

—¿Señorita Des Pres? ¿Abigail? Hola.

Abigail, educada, pregunta:

—¿Le conozco?

El que llama dice:

—Nos conocimos anoche. En la Sociedad Histórica de Salthill.

Ante ella se forma una visión confusa de la cara del arquitecto, los ojos melancólicos y las enormes ventanas de la nariz, que esboza impaciente una sonrisa. Oh, Dios, por qué le tocó. Por qué Abigail hace esas cosas. Qué cruel se siente en su bata acolchada marca Laura Ashley, descalza, mirando por una ventana el borde de un césped en suave pendiente que desaparece de la vista.

—Me llamo Gerhardt Ault. Hablamos un poco.

—Sí, claro. Estuvo usted… magnífico.

—¿De veras? Gracias.

Abigail cierra los ojos. ¡Por qué dice estas cosas! Como si su boca, igual que la cabeza decapitada de un pollo, tuviera vida propia.

—Lo intento, ¿sabe? Creo fervientemente en lo que hacemos mis socios y yo. No solo los edificios, sino el entorno. A veces buscamos primero el paisaje. En el pasado, el arquitecto paisajista era el último al que llamaban y a menudo no había dinero para…

Abigail pega la cara al cristal de la ventana. Está en una de las muchas, demasiadas, habitaciones del mausoleo de Cape Cod. Está agotada de vivir sola. «Sola, piensas demasiado. El cerebro nunca para hasta la hora de acostarte.» Maldita sea, cuando Roger Cavanagh la besó, en aquella misma habitación, ella debería haberle devuelto el beso, rodeado su cuello con los brazos y besado, besado, besado. Debería haberse frotado contra su entrepierna. El hijo que Roger tendrá podría haber sido suyo.

—¿Está libre para cenar conmigo esta noche?

—¿Esta noche? No. —Abigail tiene que pensar un momento con quién está hablando.

—¿Mañana por la noche?

—Tengo otro compromiso. Lo siento.

Qué cruel se siente. Una amazona, con un pecho serrado para poder disparar mejor las flechas. Entiende la debilidad de Camille Hoffmann por los perros. Ojos perrunos, ansiosos-jadeantes, arrastrándose a tus pies.

—¿Y el domingo?

Abigail suspira. Quiere reír, incrédula. Ault, que por lo visto es tímido, respira junto a su cuello. Abigail tiene que apartar el auricular del oído.

—El domingo. Supongo que sí. Gracias. ¡Adiós!

Es la única manera de escapar. Abigail cuelga el auricular y se apresura a salir de la habitación cuando, casi de inmediato, el

teléfono vuelve a sonar.

—Harry. Dime… cómo está Jared.

Se hace un silencio.

Es evidente que Harry se ha quedado pasmado al oír su voz.

¿O tal vez está intentando situar la voz? Han pasado muchas mujeres por su vida, pegajosas durante un tiempo pero efímeras, como algas de una charca.

—No necesitamos hablar de nada. Dime tan solo cómo está.

Harry traga saliva. Abigail lo oye.

—Abigail, no fue idea mía que Jared viva conmigo. Pero tuve que acceder a sus deseos, ya lo sabes.

Abigail no dice nada. Agarra el auricular con fuerza para que no tiemble como tiembla todo su cuerpo.

—Alegó… ya sabes, que intentaste matarle.

Abigail cierra los ojos. «¡Yo no! La mano del demonio.»

—Tanto si es cierto como si no —añade Harry, que se muestra cortés, esto es una sorpresa—, él parece creerlo. O desea creerlo.

—Harry, te lo ruego. ¿Quieres hacer el favor de limitarte a decirme cómo está Jared?

—¿No te envía mensajes por correo electrónico? Creía que lo hacía.

«Y una mierda lo creías.»

—¿Quieres decir que no lo hace? ¿Nunca?

Abigail emite un débil sonido de asentimiento. El último sonido de un pollo decapitado.

—¡Ese chico! Bueno, es un niño.

—Harrison, no me hagas suplicar. Siempre pasa lo mismo: me arrastro, suplico. Dime tan solo cómo está mi hijo; ¿está bien?

Se produce una larga pausa. Abigail está ansiosa. En el otro extremo de la línea, ruidos de fondo (¿la espléndida joven segunda esposa, Kim, regañando a una doncella?), silenciados cuando Harry posiblemente (Abigail solía hacer una mueca ante semejantes maniobras) da una patada a la puerta para cerrarla.

—Es un niño. Está jodido como sus amigos. Tiene dieciséis años. ¿Me preguntas si está «bien»?

—¿Qué quiere decir que está «jodido»? —Abigail siente, a pesar de su mejor instinto maternal, renacer la esperanza. ¡Jared echa de menos a su mamá! Jared está atravesando una fase y pronto se reconciliará con su mamá.

Harry se ríe con cierta irritación:

—Déjame que te enumere en qué aspectos: académico, social, familiar, psicológico. Le apestan los pies.

—Son los zapatos. Las zapatillas de deporte. Sin calcetines.

—Los pies de Jared apestan sin necesidad de las zapatillas de deporte —afirma Harry.

Abigail ve a su ex marido pasándose los dedos por el escaso cabello; arrugando la cara como una gárgola. Aquella expresión que indicaba repugnancia o el borde del orgasmo.

—Pero te garantizo que huelen mucho peor con las zapatillas.

Harry hace una pausa, y ahora Abigail ve que arruga la nariz. Harry ha sido siempre un hombre escrupuloso, al que molesta el más débil olor a mierda de bebé. Y Abigail, joven madre embelesada, agradeciendo la excusa para renunciar a la ropa de diseño, a los zapatos italianos apretados y a las visitas semanales al

peluquero, era feliz con todo lo del bebé. Incluso con sus excrementos, pues indicaban que la maquinaria gastrointestinal funcionaba bien, ¿no?

—Solo es que estoy muy sola. Echo de menos a Jared.

Otro silencio. La repentina emoción sincera turba a Harry Tierney, si no puede transformarla en una broma.

—Claro. Pero siempre os estabais peleando, según dice.

—¡No nos estábamos peleando siempre!

—Lo sé, pero Jared… qué sabe un niño.

—¿Ha ocurrido algo entre tú y Jared, Harry?

Harry suspira. Abigail vuelve a sentir una absurda punzada de esperanza.

—Dice que siempre le estabas regañando. Por el tabaco. Y él dice que no fuma.

—Harry, le he visto fumar.

—Hay cosas peores.

—¿Acaso… toma drogas? ¿Jared…?

—Tiene dieciséis años. Está en un internado. Cuando en teoría está en casa, está en Manhattan. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Es eso? ¿Drogas? ¿Qué clase de drogas?

Abigail ve a Harry arrugar el rostro otra vez, como si percibiera un olor desagradable. Ahora recuerda que estaba harto de que ella se mostrara maternal, como lo llamaba. Había oído a Harry hacer bromas de mal gusto con amigos. «¿Cuándo un coño no es un coño? Cuando lo llamas mamá.» A Abigail le duele, le gustaría tener delante a su ex marido para clavarle las uñas en el rostro gordezuelo y pulcro.

Abigail dice con tono suplicante:

—Yo no regañaba a Jared, de verdad, pero puede que le abrazara.

—Bueno. Ya ves.

Abigail sabe que la conversación la dejará exhausta y herida, como alguien que ha corrido desnudo entre zarzas, pero parece incapaz de interrumpirla. Dice:

—No intenté matar a Jared, Harry. Tú lo sabes, ¿verdad?

Se hace un largo silencio.

—No creo que premeditadamente quisieras matar a Jared ni a ti. No eres una mujer que medite sobre las cosas.

Abigail se ríe, molesta.

—¿Qué soy, pues, una mujer instintiva? ¿Una mujer primitiva? — Tiene una visión fugaz de mujeres aborígenes que viven en algún lugar desolado, como las regiones remotas de Australia, con grandes vientres de embarazadas y senos tubulares («ubres») que les caen hasta la entrepierna.

—Tú eres una mujer muy femenina.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no siempre ves las consecuencias de tus acciones. Actúas y después reflexionas.

—Y tú nunca reflexionas.

Harry se ríe.

—Solo al reflexionar sentimos remordimientos. Entonces, ¿por qué hacerlo?

Abigail piensa: «Nunca puedes superar a Harrison Tierney. Es una persona con la que siempre tienes que estar de acuerdo en las interpretaciones más extremas de sus motivos, siempre te elude.»

—No hay accidentes, dice el chico. Alguna tontería que aprendió de tu amigo Berendt.

Abigail deja pasar este comentario. Adora demasiado a Adam Berendt para arrastrarle a su vieja discusión con Harry Tierney.

Harry se ríe.

—Pero el chico estuvo a punto de matarme, a mí, su papá. Voy cojo a consecuencia de ello.

—Harry, ¿qué ha ocurrido?

—Estábamos esquiando, en Aspen. De alguna manera, no preguntes cómo, Jared perdió el control de los esquíes cuando descendía muy deprisa por una pendiente bastante pronunciada y chocó conmigo; me caí y di contra los esquíes de Kim, que se me clavaron en el estómago, y cuando recuperé el conocimiento estaba en una ambulancia. Dos malas fracturas, malas de verdad, en el fémur derecho. Pero al menos no me partí el cráneo.

Abigail piensa enseguida: «Le echará la culpa a ella. Eso es lo que ocurrirá.»

—Harry, lo lamento. Yo…

—Estás sonriendo, con aquella deslumbrante sonrisa tuya de debutante. Enseñando tus hermosos dientes. —Harry se ríe—. A mí no me engañas.

Es cierto, Abigail está sonriendo. La boca un poco estirada y torcida.

—¿Jared… se hizo daño?

—Heridas menores. Ya sabes cómo es: imposible de matar.

—Estoy segura de que fue un accidente, Harry. Jared jamás te haría daño deliberadamente.

—Exacto.

Abigail sabe que debería colgar. Hablar con Harry es como un ping-pong psíquico. Pero se le ha acelerado el pulso, le resulta

imposible resistirse. Harry pregunta:

—¿Has tenido noticias de Roger Cavanagh?

—Va a ser padre otra vez.

—¡Fantástico! A su edad.

—Roger no es viejo.

—Ninguno de nosotros es viejo, Abigail. Simplemente no somos jóvenes.

—Roger parece muy feliz.

—Está conmocionado. Pobre.

—¿Conoces a la chica?

—No —contesta Harry con un gruñido. Las mujeres embarazadas no le atraen—. Francamente, estoy sorprendido. Siempre creí que estaba colado por ti.

Abigail deja pasar el comentario. Pregunta:

—¿Te has enterado de que Lionel ha vuelto a casa? Se ha reconciliado con Camille.

—Lionel está en casa, sí, lo sé. El pobre imbécil está hecho una ruina. Pero no está lo que se diría «reconciliado».

—Esa exótica amante que tenía… corre el rumor —(¿por qué Abigail dice estas cosas?, es como acercar una cerilla encendida a un material inflamable, sabe que lo lamentará)— de que tú se la presentaste a Lionel. Que era una de tus «fisioterapeutas».

Harry se ríe a carcajadas. Pero no lo niega.

Otra de las estratagemas de Harry Tierney. No pedir disculpas, no dar explicaciones. No negar. Abigail añade con ironía:

—Una fisioterapeuta que también es prostituta a tiempo parcial. Una exótica jamaicana de piel clara.

—¿Jamaicana? ¿Quién te ha contado eso?

Abigail sonríe. ¡La cara que pone Harry! No le cuesta imaginarla. Pocos de sus amigos saben que Harry Tierney es un racista no declarado.

—La gente. Ya conoces Salthill.

—Conozco Salthill —replica Harry furioso—, por eso me marché de allí.

—¿No sabías que la chica de Lionel era… es… negra de piel clara?

Se hace un silencio. Abigail oye respirar a su ex marido. Se pregunta si Kim, la esposa sustituta, ha cogido sin hacer ruido el supletorio para escuchar la conversación de su esposo con su ex mujer; esas intensas sesiones que hacen correr la adrenalina son una clase especial de adulterio, accesible solo a los que antes han estado casados. Abigail se pregunta si Jared está cerca.

No, Jared debe de estar en el colegio. En territorio neutral, a una distancia prudente de papá y de mamá.

Harry dice:

—Siri no lo es. Lo que has dicho, Siri no lo es. —Harry emite un gruñido para indicar que es mejor dejar el tema. Pregunta, con su particular ironía—: ¿Y tú cómo estás, Abby? He oído cosas.

¡Abby! Esto se traduce como «tú, patética zorra».

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Esto será como aguijonear un cuerpo comatoso con un palo. Abigail es el cuerpo. Harry maneja el palo. No para torturar exactamente. Para ver si el cuerpo comatoso puede experimentar dolor.

Con todo, Abigail está alerta, interesada. Como le falta vida interior, necesita saber que otros imaginan una vida para ella.

—«Sales» con muchos hombres. La mayoría lisiados.

Abigail se ríe, picada.

—En realidad estoy pensando en dejarlo.

—¿Dejar qué?

—Lo de salir con muchos hombres. —Abigail vuelve a reírse, el sonido de una pequeña criatura pequeña a la que están estrangulando. Añade, de forma casi inaudible—: No. La vida. Dejar la jodida vida.

Silencio en el extremo de Harry. No un silencio profundo, sino un silencio de incomodidad, nervioso. He aquí un hombre que se sintió incómodo con un bulto del tamaño de un guisante en el pecho de su esposa. Se sintió incómodo, y enojado, con la muerte de su padre, que había sido prolongada y al final, para Harry, que tenía que viajar al extranjero por negocios, poco práctica y tediosa. Al cabo Harry logra reír, nervioso. Abigail imagina sus mejillas encendidas. Se apresura a rectificar:

—Eh, no lo decía en serio, por supuesto.

Harry dice con tono inexpresivo:

—Ya lo sé. —Y cuelga.

«"Vivir." Lo que damos por supuesto que las otras personas saben hacer.»

Abigail habla en voz alta en el silencio que la rodea. No recuerda si Adam hizo alguna vez este comentario gnómico o si es un descubrimiento propio.

«Si Adam lo dijo, es profundo. Si lo he dicho yo, "Abby", no es más que otra observación triste de una mujer herida.»

Silencio.

Abigail espera que Adam, o alguien, la contradiga.

Se ríe.

«Claro que salgo con "lisiados". ¿Con quién si no?»

¿Adam Berendt desaprueba que Abigail se odie a sí misma? ¿El hombre se muestra terco o tímido? ¿O Adam simplemente… no está allí?

«Abigail, déjate de tonterías. Sabes que no existo. Soy un montón de cenizas. Tú misma lo dijiste: fertilizante.»

¡Qué lista! Abigail insiste en reunirse con Gerhardt Ault en el restaurante, el Swan's Ferry Inn, a orillas del río, así irá en su propio coche y tendrá la posibilidad de escapar. Aunque tiene esperanzas. No es cínica. «Me gusta. "Gerhardt".» No recuerda muy bien qué aspecto tiene. Se pregunta si el nombre del arquitecto de Hitler era Gerhardt. «Sales con muchos hombres. La mayoría lisiados.» Abigail quiere protestar, no sale con muchos hombres. Nunca lo ha hecho.

Es una apacible tarde de primavera. El cambio horario para aprovechar la luz solar ha hecho que el sol predomine durante largos días. Si te gustan los días largos, es una época para el optimismo. Si te gustan las frenéticas «manchas» fluorescentes de azaleas floreciendo por todas partes, no es una época para el cinismo. Por qué no tener esperanza. Este mismo día, Abigail se ha ofrecido voluntaria para presentar a Donegal Croom, el poeta irlandés-americano que leerá parte de su obra en el almuerzo del Festival Floral a mediados de mayo; se ha comprometido a seguir viva hasta entonces, al menos. «Nunca dejaría plantadas a mis amigas. ¡Nunca!»

Abigail llega veinte minutos tarde al Swan's Ferry. Gerhardt, que está sentado a la mesa y mira con los ojos entrecerrados un libro que ha llevado para leer a la vacilante luz de una vela, tiene el aspecto de un hombre que ha llegado con veinte minutos de antelación. Cuando Abigail se acerca a él, levanta la mirada sobresaltado, como si hubiera olvidado quién es Abigail y por qué está allí. Gerhardt enseguida se pone en pie, y la servilleta, que tiene desplegada sobre la falda, cae al suelo y se enrosca en sus tobillos.

—¡Abigail! Esto es tan… es… —Gerhardt balbucea, parpadea y sonríe a Abigail mientras le estrecha la mano con torpeza.

—Sí, lo es —dice Abigail. Se sienta rápidamente esbozando su sonrisa más hueca. Como siempre, acude a su cabeza el koan «Por qué estoy aquí, por qué aquí», pero ella lo hace retroceder como un ama de casa con una escoba. El siguiente torrente de palabras es «Una bebida, ¡un trago rápido!», pero también esto lo aparta de su mente. Gerhardt ya ha empezado a hablar. Sus ojos de perro melancólico están fijos en Abigail. ¿Qué le está contando? Ella trata de escuchar. Lo intenta. Gerhardt Ault es un hombre muy agradable. Los hay por todas partes en Salthill: hombres de edad madura muy agradables, mortalmente aburridos. La mayoría son esposos. (¿Por qué Gerhardt Ault no es un esposo? Abigail tiene una sensación de ansiedad, pronto le dirán por qué.)

A la luz vacilante de una romántica vela, Gerhardt tiene un aspecto alarmantemente vulpino. Esta noche, lleva una camisa muy blanca de corte cuadrado con el cuello grande, pajarita y otra americana de tweed que le queda ancha. Su cabello, castaño muy claro, incoloro, forma extraños mechones que le caen sobre la

cabeza como fideos chinos transparentes. Cuando sonríe, Abigail siente el impulso de contarle los dientes: ¿seguro que no hay demasiados? Gerhardt lleva gafas de lectura bifocales, que apresuradamente se quita y guarda en el bolsillo de la chaqueta, con la vanidad de un hombre tímido y poco atractivo que espera no serlo, de algún modo. «Ser redimido en los ojos miopes de otro. El objetivo de todo romance.» Abigail pregunta qué está leyendo Gerhardt, y Gerhardt se lo dice.

Piden bebidas: agua Perrier, con un poco de lima, para los dos.

A Abigail le gustaría preguntar a Gerhardt si también tiene una buena razón para no beber, pero por supuesto no lo hace. Es demasiado discreta. Y le deprimiría saber que siempre ha sido alérgico al alcohol.

A medida que Gerhardt habla, animado, con su brillante mirada fija en el rostro de Abigail, ella mira disimuladamente en torno al restaurante para ver si esta noche está alguna de sus amigas. O quizá solo busca a Adam Berendt. El Swan's Ferry Inn (1791) es uno de los edificios «históricos» a orillas del río, un restaurante de tres estrellas, caro, oscuro como boca de lobo, con grabados ecuestres en las paredes, fustas y artículos de equitación; en una pared próxima hay un gran cuadro al óleo del presidente George Washington en traje ceremonial, tiesa peluca rizada, levita roja, charreteras con galones de oro, espada con empuñadura de latón, la insignia adornada con piedras preciosas de la Sociedad de Cincinnati en la solapa y, en el fondo, como un dibujo animado infantil, el magnífico carruaje amarillo canario del presidente tirado por seis caballos blancos. Aunque Washington era relativamente joven en la época en que le pintaron este retrato, parece un hombre adusto de

edad madura. Washington había sido parroquiano del Swan's Ferry Inn, se afirmaba. Y había sido cliente de la Deppe House, a pocos kilómetros de distancia. (¿Solo de la taberna o también del burdel?) Adam solía bromear respecto a los huesos enterrados en el sótano con el suelo de tierra… En los días en que el matrimonio de Abigail Tierney se acercaba a su fin, se había encontrado a veces con Adam Berendt allí; su lugar favorito no era el pretencioso comedor, sino el bar, junto a la chimenea. ¡Qué escenario para un romance! Abigail suspira. Recuerda con repentina claridad la tarde de invierno en que tenía los pies helados, pues calzaba sandalias de cabritilla abiertas en el talón, y Adam le levantó los pies y se los puso en el regazo, debajo de la mesa, para calentárselos con las manos. Sus fuertes manos de escultor. El gesto era íntimo y no sexual a la vez. Como si Abigail fuera una niña y Adam, su padre, que la regañaba suavemente. Abigail no pudo resistirse y hundió los dedos de los pies en la entrepierna de Adam. Y Adam se sonrojó visiblemente y le apartó los pies.

—Lo siento —susurró Abigail.

No lo sentía. Abigail raras veces lo siente. Adam cambió de postura, incómodo, y la miró con su ojo bueno mientras decía:

—Eres una mujer casada, todavía. No deberías jugar al adulterio.

—¿Jugar? ¿Quién está jugando? —preguntó Abigail.

Era cierto, ella y Harry aún vivían juntos oficialmente, cuando Harry no estaba en su apartamento de Manhattan, pero Abigail comprendía que su época como señora Tierney llegaba a su fin. Solo unas semanas antes le habían hecho la biopsia; su esposo había dado la impresión de sentir repulsión por ella, como si ya estuviera

desfigurada. Abigail no había querido contar esto a Adam (¿también ella sentía vergüenza?), pero se lo contó.

—Cuando era niña, creía que el «adulterio» era algo que tenías que hacer cuando eras adulto. Como jugar al bridge.

(¿Era cierto? ¿Eran ciertas las encantadoras historias que Abigail contaba sobre sí misma?) Adam masculló una ambigua respuesta reprobadora y cambió de tema.

¿Por qué Abigail ha accedido a encontrarse con Gerhardt en el Swan's Ferry precisamente? De pronto tiene miedo, se echará a llorar.

Gerhardt está hablando de su «difunta esposa, Gail». ¡Tan pronto! Y en un momento inoportuno, cuando el sonriente camarero se cierne sobre ellos con enormes menús que parecen losas de mármol con inscripciones. Mientras Abigail recorre con la vista la confusa letra cursiva, aperitivos, primeros platos, platos principales, intenta concentrarse en las palabras de su compañero, un torrente de palabras, una cascada de palabras, como si el hombre herido no hubiese pronunciado estas palabras ante nadie y hubiera elegido a Abigail, y este condenado momento inoportuno, por una razón que solo él conoce. Ella divide su atención entre los aperitivos y la pena que Gerhardt Ault balbucea. Él le confía que su esposa murió seis años atrás, de cáncer de páncreas («El oncólogo nos dio cinco meses al principio. Pero fueron menos de tres»). La difunta señora Ault también era arquitecta; su especialidad eran las iglesias; Gerhardt aún tiene «que recuperarse del trauma». Abigail hace gestos de asentimiento para indicar que le comprende mientras mira la columna de platos fuertes: nada de carne roja para ella, posiblemente *coq au vin*, posiblemente pez espada, gambas, nada

de mollejas… Gerhardt apoya los codos sobre la mesa, se inclina, encorvado, relucientes sus ojos melancólicos, las grandes ventanas de su nariz se contraen y se dilatan, mientras vierte su pena en Abigail Des Pres como se podría verter a ciegas un litro de líquido en una tetera. Ella interpreta las palabras de Gerhardt quizá injustamente: «No pienses que te introducirás en mi vida. Soy puro, soy profundo. Estoy de luto.» Como Abigail no dice nada y se muerde el labio, reacia a ofrecer los restos congelados de su propia tristeza doméstica, el divorcio y la pérdida del hijo, Gerhardt intenta producir un mayor efecto inclinándose más con la expresión de crisis de un esquiador que desciende por una pendiente y está a punto de perder el control.

—Y está nuestra hija, Tamar. Tiene once años. Es adoptada. Aún está traumatizada. A veces se queda callada… durante días.

Las lágrimas acuden a los ojos de Gerhardt. Abigail traga saliva con fuerza.

—Debe de ser duro comunicarse con ella —apunta Abigail— si se queda, bueno, callada. Ya es difícil comunicarse con… —(Pero ¿qué está diciendo Abigail? No puede decir «hijos normales».) La frase queda inconclusa, a modo de disculpa.

—Tamar es adoptada —explica Gerhardt. Ha apartado su menú sin haberle echado una ojeada. Abigail se siente cruel, maleducada, glotona, por haber mirado el suyo y lo cierra.

—Gail tenía tantas ganas de tener un hijo… «Algo por lo que vivir, algo más que simplemente nosotros.» Yo la entendía, por supuesto. Puede que un hombre no esté tan preparado para esta etapa como una mujer, pero… yo quería a Gail, habría hecho cualquier cosa que Gail hubiera deseado. Para hacerla feliz. Había esta parte de ella que

yo no conocí hasta después de estar casados, una especie de lado… maternal-espiritual. Tengo que admitirlo, ¡me sorprendió! Quizá yo no era muy maduro. Siempre me había centrado en mi trabajo. Decían que era adicto al trabajo. Bueno, yo también quería tener un hijo. Quiero decir, no es que no quisiera tener un hijo. —Parece que Gerhardt se está ahogando.

Abigail murmura, para consolarle:

—¡Claro! Para el hombre es distinto. —«El hombre mete su semilla en un agujerito del que, nueve meses después, la mujer expulsa una sandía con brazos y piernas. Esa es la diferencia.»

Gerhardt dice, agradecido al ver que Abigail le comprende:

—¡Lo intentamos! Ya lo creo que lo intentamos. Acudimos a especialistas en fertilidad, a clínicas. ¡Rezábamos! Al final fuimos a una agencia cristiana de adopción (Gail procedía de una familia de misioneros presbiterianos) y nos pusieron en contacto con una «madre biológica», primero en Rumanía, pero no salió bien, y finalmente… —Gerhardt habla ahora con un aire de misterio y pesar. ¿Este hombre amable y confuso lamenta tener una hija? ¿Desea que la carga que esta representa desaparezca de su vida? Abigail ve que su camarero merodea cerca de su mesa, con una semisonrisa tensa, estoica. Abigail empieza a decir algo conciliador y práctico, a inducir a Gerhardt a darse cuenta de dónde se encuentra, que tienen que pedir comida, comer, pagarla y marcharse, que se espera que al cabo de unas dos horas estén fuera del local, pero de pronto las lágrimas acuden a sus ojos, Abigail Des Pres se ha puesto a llorar, Abigail Des Pres está llorando, estropeando su inmaculado rostro maquillado como una máscara; está asombrada por semejante debilidad, semejante torpeza social; derrumbarse en un lugar

público; echa la culpa a Adam, a su maldita conducta puritana en el acogedor rincón del bar. Abigail esconde su rostro encendido en la servilleta blanca de tela. Se levanta de la mesa sin ver. Murmura una excusa, una disculpa.

—No puedo quedarme. Buenas noches.

Abigail huye del comedor del Swan's Ferry Inn. Aturdida por las lágrimas, la mortificación, la pena, oye que un hombre la llama:

—¡Abigail!

Pero no reconoce la voz, no es una voz que la haga pararse en seco.

«Tacha su nombre de la lista. Un lisiado menos.»

Durante toda su vida Abigail Des Pres ha tenido «momentos perdidos», como ella los llama. Cuando comprende cómo será no ser. El ambiente de la casa de Wheatsheaf Drive, el tranquilo vacío de las habitaciones, de las que la persona que ella ha sido, o ha creído ser, por fin se ha ido.

A veces se sorprende riendo. ¿Qué es tan divertido?

—La cara que puso Harry. ¡Como si la hubiera visto! Cuando me contó el «accidente de esquí». Jared chocando con él.

Abigail se seca los ojos; es divertido, el espectáculo de Harry, Jared y la espléndida segunda esposa, que se llama Kim, despatarrados sobre la nieve.

—¿Adam? Venga, sonríe.

—*Abigail. ¿Por qué reírse de la desgracia ajena*?

—Vete a la mierda. Porque es divertido, por eso.

—*¿Quieres que Harry se ría de ti*?

—Claro. Soy divertidísima, deja que ese gilipollas se ría. Solíamos pasárnoslo muy bien juntos, Harry me hacía reír. Como cuando me hacía cosquillas. O cuando hacía sus imitaciones de las «minorías étnicas». Claro que no eran divertidas en un sentido moral, humano, pero lo eran de una manera mala.

—*¿Todavía estás enamorada de Harry, Abigail*?

—¡Tonto! Estoy enamorada de ti.

—*Estás enamorada del dolor que él te causó. Se ha convertido en una tarjeta de identidad*.

—Y una mierda. ¿Sabes qué? ¡Ojalá Harry estuviera muerto! Bueno, como muerto. No una muerte cerebral. Quizá paralizado. ¡Sí! Si Jared le hubiera hecho caer y partirse la espalda, y ahora solo fuera una cabeza en una silla de ruedas empujada por Kim, que pondría los ojos en blanco detrás de él, esto es exactamente lo que me gustaría.

—*Abigail, debería darte vergüenza. Tanta amargura no es digna de ti, ¿has bebido*?

—Vete a la mierda, ¿a quién le importa? No es asunto tuyo.

—*Se lo prometiste a Roger. Él te salvó el pellejo en Middlebury, ¿lo recuerdas*?

—A la mierda Roger. Roger me ha partido el corazón.

—*Tú alejaste de ti a Roger. No le amas*.

—Amaba a Harry al principio. No hay nadie como el primero. Yo era virgen y apareció Harry y me metió el tacón de la bota en el coño. Dicen que las mujeres no son masoquistas por naturaleza, es la cultura lo que nos enferma, pero ¿cómo podemos saberlo? No hay

cultura sin naturaleza. No hay… mierda, ¿qué estoy diciendo, Adam? ¿Sé de qué estoy hablando?

—*Estás haciendo una sutil distinción, Abigail, pero se te ha escapado*.

—Harry era nuestro inconsciente. El mío y el de Salthill. No le quiero, pero le echo de menos. Casi tanto como te echo de menos a ti, Adam.

—*Ahora has dicho una cosa profunda, atrevida. ¡Qué percepción para una residente de Salthill*!

—Pero, Adam, ¿es cierto?

Silencio.

—Adam, por favor, dímelo. ¿Es cierto?

Silencio. Maldito Adam, ¿dónde está?, jugando como siempre su juego de «si me atrapas».

—¿Adam? Eh, vamos.

Abigail se ha puesto en pie y trata de mantener el equilibrio. En otro tiempo había sido una bailarina ágil, ingrávida; ahora tiene pesos en los tobillos. Se tambalea, oscila, mientras recorre habitaciones vacías. Una vertiginosa secuencia, como en un espejo de infinitos reflejos, de habitaciones amuebladas con elegancia y vacías vacías vacías.

Un mensaje telefónico de un hombre que murmura su nombre, se disculpa por si la ha «molestado» y dice que le gustaría «muchísimo» volver a verla o al menos hablar con ella «pronto, espero», y Abigail se apresura a marcar el 3 para borrarlo. «¡Basta de lisiados!»

En la biblioteca pública de Salthill, esta apacible mañana de mayo, de pronto se produce un revuelo cerca de la entrada, justo detrás de los torniquetes. Abigail, atraída por la curiosidad, se acerca y ve a una mujer de edad madura con las mejillas sonrosadas y el cabello canoso muy corto, vestida con un mono tejano de grandes bolsillos, que discute con una de las bibliotecarias.

—¡Por favor, señora Hoffmann! Ya sabe que los perros no pueden entrar en la biblioteca.

¡Es Camille Hoffmann!

Abigail observa a su amiga desde una corta distancia. Y se mantiene a distancia.

¡Qué enojada está Camille! Plantada con firmeza, las piernas como troncos de árbol. La blandura maternal-mamífera parece haber dado paso a una sustancia más dura, más inflexible. Su voz suena serena, con una insinuación de amenaza.

—Disculpe, esto no son perros. No son simples perros.

Camille lleva, sujetos con correa, dos grandes y hermosos perros: Apolo, de Adam, que ha obedecido la orden de su dueña de sentarse, y un joven y esbelto dóberman que, demasiado nervioso para quedarse quieto, tira de la correa y gruñe. Abigail reconoce de inmediato a Apolo, por supuesto, pero el dóberman es nuevo para ella.

Varios usuarios de la biblioteca se han agolpado para observar la discusión, discretamente. En Salthill los alborotos públicos son raros. Abigail se siente en la obligación de intervenir, pero ¿qué dirá? («La verdad —confiará Abigail a Beatrice Archer posteriormente—, tenía miedo del dóberman.») La avergonzada bibliotecaria insiste en que Camille debe dejar los perros fuera de la biblioteca; Camille repite

que los perros «no son simples perros»; la bibliotecaria amenaza con «llamar a seguridad»; al fin Camille se vuelve con dignidad y murmura:

—¡Apolo! ¡Thor! No nos quedaremos donde no nos quieren. Y dejaremos de hacer aportaciones económicas donde no nos quieren, creedme. Vamos.

Detrás de Camille, un estallido de aplausos furtivos, a los que Abigail Des Pres, que es amiga de Camille, no se suma.

De repente, arañazos en la puerta de su dormitorio.

La puerta se abre antes de que Abigail se despierte por completo.

¡Un animal peludo! ¡Apolo! Entra trotando en la habitación a oscuras, llevando entre sus fuertes mandíbulas lo que parece una vieja camisa de franela roja. La camisa que utilizaba Adam para hacer de jardinero, manchada de tierra.

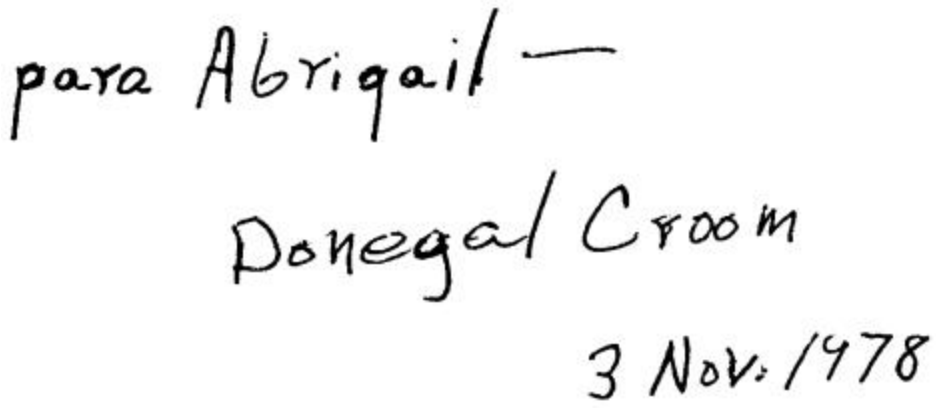
Abigail sale de la cama y tira de la camisa. Apolo no quiere soltarla. Abigail insiste. Apolo sacude la cabeza y gruñe para advertirla. Abigail insiste, con creciente desesperación.

La lucha continúa durante la larga noche.

«Me siento profundamente honrada. Estoy emocionada. Como estudiante de Bennington College…»

Como estudiante de Bennington College a finales de los años setenta, estudiante de «arte» idealista, Abigail Des Pres se enamoraba con frecuencia de hombres mayores, inalcanzables; y uno de ellos, cuando ella era una alumna de segundo curso, de diecinueve años, fue el poeta irlandés-americano Donegal Croom. En

aquella época Croom acababa de publicar su primera colección de poemas, *Sea-Change*, y era aclamado en Estados Unidos como heredero de Dylan Thomas y un William Butler Yeats «más lírico». Entre un grupo de excitables jóvenes admiradoras, en un granero de estructura de madera blanca en el campus de la universidad, Abigail escuchó con el corazón acelerado al apuesto Croom leer su apasionada poesía, que era menos oscura que la de Thomas y Yeats, y exuberante, sensual, «duramente elocuente» y «elemental, hipnotizadora» (como se afirmó en las reseñas de ambos lados del Atlántico). Abigail lloraba de felicidad. Nunca se había emocionado tanto en un acto público. Inmediatamente después de la lectura compró el libro de Croom y esperó en una larga cola de muchachas impacientes a que el poeta se lo firmara.



(¡Había escrito mal su nombre!, ¡había añadido una «r»!)

(¿O se trataba de un mensaje secreto?)

Tímidamente, Abigail dio las gracias al poeta y al alejarse dio un traspié. Si Donegal Croom la había mirado dos veces, una chica esbelta con una reluciente cabellera oscura hasta la cintura, leotardos negros y una camiseta excesivamente grande, Abigail

estaba demasiado agitada para darse cuenta. Tenía una edad, aún virginal, aunque solo apenas, y profundamente romántica, propia para apretar el libro de color verde mar contra su corazón. También ella escribía poesía, en fragmentos entrecortados, y pensaba que algún día podría poner música a su poesía y bailar; sería poeta, compositora, coreógrafa y bailarina al mismo tiempo. (Sus profesores de Bennington, ex radicales de los años sesenta con predilección por las drogas más esotéricas y estimulantes, animaban a Abigail como animaban a sus compañeros de clase, tanto si tenían talento como si carecían de él.) Durante días, después de la lectura de Donegal Croom, en la cabeza de Abigail resonaban versos, musicales, desprovistos de significado; como mariposas revoloteando; casi podía verlos; casi podía atraparlos; pero se le escapaban. Y sin embargo… qué bellos eran. ¡Lo sabía!

Ahora, veinticuatro años más tarde, Abigail aún conserva su ejemplar de *SeaChange*, que entretanto se ha convertido en una pieza de coleccionista. Croom ha escrito varios libros de poesía, ha ganado varios premios, incluido el Pulitzer, su fama en algunos lugares es muy grande. (Por curiosidad Abigail teclea «Donegal Croom» en internet y descubre que una primera edición firmada de *SeaChange* en buen estado vale tres mil dólares. «Claro que yo nunca lo vendería.») Al releer el delgado libro Abigail siente un vestigio de la antigua conmoción visceral; no tan fuerte como entonces, pero palpable no obstante. Como se afirma en la sobrecubierta, es una poesía de magia y de Eros. «Si al menos, cuando le tendí el libro, nuestros ojos se hubieran encontrado…»

Abigail visita la librería Salthill para comprar otros libros de Donegal Croom. En el escaparate hay media docena de obras suyas,

así como una foto publicitaria del poeta en la que aparece como un hombre apuesto de rasgos duros, con el cabello largo, en la plenitud de la vida. El rostro es de una persona mayor, pero inconfundiblemente irlandesa; el cabello tiene hebras grises y enmarca el rostro ajado. ¿Cuántos años tiene Croom? ¿Cuarenta y pico? Abigail se ha enterado de que Croom ha estado casado tres veces, pero ahora no lo está, al menos oficialmente; esto lo interpreta como una buena señal. Está disponible. «Quizá se siente solo.» El escaparate es una anticipación de la presencia de Donegal Croom en el Festival Floral, que se está anunciando en todo Salthill. ¡Qué buena causa! Aunque por un momento Abigail no recuerda de qué se trata. Abre la puerta de la librería y la campanilla tintinea. Siente la agradable sensación de estar en un santuario cuando entra en la anticuada tienda de Marina Troy, con sus fotografías enmarcadas de T. S. Eliot y Virginia Woolf, James Joyce, Willa Cather, William Faulkner y otros iconos del siglo pasado en las paredes, tan remotos en la nueva era electrónica como los dioses de la Antigüedad. Son figuras nobles que Abigail admira y tiene intención de «releer» pronto.

Al entrar en la librería Salthill, Abigail invariablemente mira alrededor, con cierto sentimiento de culpabilidad, buscando a Marina Troy. (El sentimiento de culpa es porque Abigail ha intentado, hasta cierto punto, seducir a Roger Cavanagh; y en Salthill casi todo el mundo tiene la sensación de que Roger y Marina Troy en cierto modo, aunque sin definir y quizá sin consumar, son pareja.) Abigail echa de menos a Marina. Durante años ha sentido una atracción no correspondida por Marina; como la que alguien podría sentir por una hermana menor, o una prima, excéntrica y difícil; una versión

solitaria de la propia Abigail, valientemente inmune a los halagos y a las tentaciones de los hombres. «En su alma, es virgen. Nadie puede conquistarla.» Pero Abigail hace mucho tiempo que no ve a Marina.

—¡Hola, señora Des Pres!

Abigail se obliga a sonreír cuando la ayudante de Marina, Molly Ivers, la saluda, como siempre, en voz tal vez demasiado alta. Molly es una chica sana y robusta, tipo *girl scout*, con un holgado caftán púrpura y pantalones de nailon negros; el cabello, pajizo, con un infantil flequillo, le rodea el rostro ancho como de muñeca. Mientras que Marina era tímidamente cordial, a Molly le encanta saludar a los clientes. Se dice que, a pesar de la intensa competencia del centro comercial y de internet, a la tiendecita de Pedlar's Lane le va sorprendentemente bien en ausencia de Marina, resultado de la implacable campaña de su intrépida directora: lecturas por parte de poetas y escritores locales, recepciones en que se ofrecen aperitivos de gourmet, el Cuarteto de Cuerda de Salthill, abierta los domingos y hasta última hora de la noche. ¿Cómo se las arregla?, le preguntan a Molly Ivers, y en una entrevista que le hicieron en la *Salthill Weekly Gazette* Molly afirmó: «¡No duermo nunca!».

En Salthill se empieza a rumorear que Marina Troy no volverá nunca. Alquilará o venderá la tienda a Molly. «Está desolada por la muerte de Adam, pobre mujer.»

Abigail sabe que no debería preguntar, le harán un desaire, pero no puede resistir y pregunta cómo está Marina, y Molly responde, circunspecta:

—Oh, la señorita Marina está muy bien, gracias.

Abigail quiere preguntar dónde ha estado Marina desde el pasado otoño, pero ya ha hecho esta pregunta y la han desairado, como

otros de su círculo social han preguntado a Molly y han sido desairados; en cambio, Abigail pregunta cuándo se espera que Marina regrese a Salthill, y Molly contesta, bajando la voz como si hiciera un favor especial a Abigail:

—¡Oh, señorita Des Pres! Marina está haciendo obras de arte, «piezas esculpidas», y es muy feliz, dice. Espera volver en otoño, para organizar una exposición de su obra.

Abigail se queda atónita con esta revelación. Prefiere pensar que Marina Troy es una versión más neurótica, más lastimosa, de sí misma.

—¿Es feliz? ¿Quiere decir que…? —Abigail se interrumpe, sin saber qué está diciendo. «¿Se ha recuperado de la muerte de Adam? ¿Cómo puede ser?»

Claro que Abigail no puede hacer esta pregunta. Y si lo preguntara, Molly Ivers no sabría qué responder.

Abigail compra varios libros de bolsillo de Donegal Croom y va hasta un parque que hay cerca de la escuela de enseñanza media de Salthill para sentarse en un banco a leer. Observa que las fotografías de portada de Croom muestran que el poeta apenas ha cambiado en décadas. Los críticos se han maravillado de su poesía, que es «elemental», «fiera», «lírica y salvaje», «potente como una fuerza de la naturaleza». Abigail lee, embelesada, aunque no siempre los comprende del todo, poemas sobre el antiguo héroe guerrero gaélico Cuchulain y sobre el cruel dios de los aztecas mexicanos, Quetzalcóatl, supervisor de ritos de sacrificio, despellejamientos y canibalismo. Los poemas de Croom están poblados de halcones, serpientes, panteras, tiburones, sementales y toros. Abigail siente

una estremecedora identificación con los caballos desventrados del polémico poema de Croom «La corrida de toros»:

Igual que las entrañas de los bramantes caballos
se retuercen en el polvo y el tiempo,
así mi alma se retuerce
resistiéndose con fuerza al olvido.

Abigail admira la habilidad del poeta y su «intransigente y estoica visión de la naturaleza "antes de que Dios fuera amor", en palabras del mentor de Croom, D. H. Lawrence» (una frase de la cubierta del libro).

Abigail levanta la vista al oír voces y risas. Jóvenes adolescentes camino de casa al salir del colegio. Siente nostalgia: Jared se ha alejado de ella y no da muestras de querer regresar. No ha visto a la niña china de la boina roja desde hace… ¿cuánto tiempo? ¿Dos semanas? Que Abigail sepa, la muchacha ha desaparecido. Su familia se ha ido de Salthill. O la niña nunca ha existido. Abigail siente una especie de punzadas en el corazón, la pérdida de una presencia que jamás conoció.

«Me siento profundamente honrada. Estoy emocionada. Como estudiante de Bennington College…»

El día del Festival Floral, Abigail se levanta temprano. Ansiosa, reescribe, ensaya su presentación de Donegal Croom. ¿Y si el poeta, cuya «sensibilidad» es bien conocida, se ofende con sus aduladoras alabanzas? Tiene hora en la peluquería a las nueve. Se maquilla con esmero, con talismánico cuidado. «Especialmente los ojos. Su poesía está llena de ojos.» Se cambia de ropa varias veces, como una

jovencita atolondrada de otra época. Al fin, vestida con un traje Hermès de seda cruda color champán recién comprado, un fular de seda negra y un elegante sombrero de paja negro y zapatos negros Gucci, Abigail llega con media hora de antelación al Salthill Inn, como Beatrice Archer le ha pedido. ¡Qué emoción! «Mi destino. Mi sino. ¿Por qué no? Aún soy joven.» Abigail ha pasado tantas horas leyendo y releyendo la poesía de Croom, escribiendo y reescribiendo su presentación de cinco minutos, que tiene las pupilas como si hubiera tomado belladona y su cerebro no ha sufrido tanta presión desde que estudiaba en la universidad, cuando tenía que escribir veinte páginas sobre temas como la imaginería de la luz y la oscuridad en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, el «pecado original» en *El señor de las moscas*, de William Golding, o el tema del «doble» en *Crimen y castigo*, de Dostoievski. En el vestíbulo del Inn ve a su amiga Beatrice con un hombre mayor, de rostro fofo, que lleva una chaqueta tejana.

—¡Abigail, ven aquí!

Beatrice está nerviosa y coge a Abigail de la mano como si fuera una colegiala. El hombre de la chaqueta tejana debe de ser… Donegal Croom. Abigail se le queda mirando fijamente, atónita. Claro que sabe que el poeta ha de ser mayor de lo que recuerda, pero es como conocer al padre de Donegal Croom… Su cabello es un tanto leonado y le cae a ambos lados de la cara, llena de venillas rojas como una telaraña; tiene la nariz muy grande, los ojos inyectados en sangre y no parecen enfocar muy bien. Lleva una juvenil chaqueta tejana, camiseta negra y vaqueros; el estómago le sobresale por encima de la hebilla del cinturón de cáñamo. En el lóbulo de la oreja izquierda lleva un botón de oro que reluce como

un ojillo perverso. Cuando Beatrice presenta a Abigail, Croom la mira con grosería. Husmea como un perro excitado. Apenas es más alto que Abigail; ¿se ha encogido? Despide un débil olor acre, mezclado con un perfume más fresco de pasta de dientes y colonia. Parece que hace un par de días que no se afeita, y que no se ha peinado. Abigail se oye a sí misma reír alegre.

—Señor Croom, una vez me llamó «Abrigail». Hace mucho tiempo.

Croom dice con voz resonante:

—¡Bien! Eso merece una copa antes del almuerzo, «Abrigail».

La separa de Beatrice Archer y otras mujeres sonrientes que esperan ser presentadas al famoso poeta y la conduce al bar débilmente iluminado que está junto al vestíbulo. Solo son las doce del mediodía, no hay nadie tras la barra.

—¡Camarero! —Donegal Croom muestra sus dientes al sonreír y da un puñetazo en la barra—. Esto es una emergencia.

Abigail, avergonzada, se queda de pie a su lado, él la sujeta de las muñecas, como si la tuviera de rehén. Croom dice:

—Salt-hill. Una zona residencial de las afueras de Nueva York, ¿no? ¿He estado antes aquí, querida? Eres muy guapa, pero todas tenéis el mismo aspecto.

Abigail trata de explicar que, en realidad, Salthill-on-Hudson no es una zona residencial de Nueva York, es una localidad cuyo origen se remonta a principios de la década de 1700, pero Croom, distraído en su búsqueda de un camarero, no la escucha. Ella quiere decirle cuán poderosa es su poesía; cuánto ha significado para ella, en el curso de los años; qué consuelo es la poesía, cuando una experimenta el vértigo de la vida… Al fin aparece un hombre con bigote negro y una

almidonada chaqueta blanca, educado, aunque no sonríe, y anota el pedido de bebidas.

—Dos whiskies de malta solos.

Abigail no está segura de si uno es para ella o si ambos son para el poeta; no probará ninguna bebida que contenga alcohol, lo jura. Donegal Croom se bebe rápidamente la mitad de su whisky, con un suspiro de satisfacción. Ahora está sentado en un taburete de la barra, con la cabeza entre las manos. A los pies hay una deslucida maleta de lona; ha ido a Salthill directamente desde La Guardia y aún no ha pasado por su habitación del Inn, donde dormirá esta noche. Da la impresión de que ha olvidado que Abigail está con él y se lleva el vaso de whisky a la boca, balanceándose un poco en el taburete, con los hombros encorvados. Murmura algo para sí. Abigail observa que en la coronilla tiene muy poco pelo; parece que el pelo se desliza hacia abajo dejando al descubierto su cráneo rosa pálido. Donegal se termina el segundo whisky y pide un tercero, pero Abigail se atreve a intervenir:

—¡Basta, señor Croom, por favor! Tenemos que marcharnos.

Croom se vuelve hacia Abigail con expresión ceñuda. Por un instante da la sensación de que no sabe quién es ella. Luego suspira y dice:

—Bien. Tiene razón, querida. Siempre tiene razón. —De forma inesperada pone suavemente una mano sobre el delgado hombro de Abigail. Sus dedos le arrugan la bella seda cruda—. La han enviado a buscarme, ¿eh? Mi musa. Bien.

Balanceándose en el taburete Donegal se inclina hacia Abigail como si fuera a besarla; Abigail permanece inmóvil, como hipnotizada. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué quiere decir Croom al

llamarla su musa? En la puerta, Beatrice Archer y otros miembros del comité la señalan con impaciencia. Abigail dice con voz suave:

—Señor Croom, discúlpeme. Creo que tenemos que irnos. ¿Viene conmigo?

—A donde quieras, querida. Contigo. *La belle dame de merci*.

Croom coge las manos de Abigail y le besa la palma, en un gesto tan repentino e íntimo que Abigail cree que se desmayará. «¡Y mis amigas lo han visto!» De momento Abigail no puede ser más feliz.

Como un pez grande y desgarbado, Donegal Croom se deja conducir por Abigail al ruidoso salón de baile. Hay ramos de flores por todas partes, es un vertiginoso paraíso de flores, algunas recién cortadas y otras en preciosas macetas. Y hay pirámides de libros de Donegal Croom, que se venderán después del almuerzo y el poeta firmará. ¡Qué ocasión tan elegante y festiva! Croom tiene la mirada fija, como un hombre al que le cuesta despertar de un sueño. Suena música «gaélica» en el espacio cavernoso, y Croom parece buscar de dónde procede.

—Debo de estar muerto. La muerte lo explicaría todo.

Abigail lo conduce a través del laberinto de mesas espléndidamente decoradas, decidida a llevarle a la tribuna de oradores. Él se apoya con bastante fuerza en ella. Respira pesadamente. El pelo le cae en la cara, tiene la piel sonrojada. Tropieza con los escalones que suben al estrado, pero Abigail le sujeta, como una esposa cumplidora. Abigail separa la silla para él y se sienta a su lado, sonriendo. ¡Ah, sonriendo! Sus amigas la observan, admirando su sombrero de paja negro, el reluciente cabello que asoma por debajo, el magnífico traje Hermès;

posiblemente envidian a Abigail Des Pres, por primera vez en años. A Abigail le gusta la sensación que esto le produce. Pero está muy nerviosa. No tiene más apetito que Donegal Croom para el almuerzo, crema de espárragos espolvoreada con perejil y pastelillos rellenos de marisco, «ensalada de verduritas» aderezadas con vinagreta baja en calorías y, de postre, frambuesas frescas. Y raciones escasas de un chardonnay muy seco, no demasiado bueno. (Al ver que Abigail no bebe Donegal Croom discretamente se apodera de su copa.) Abigail contempla el enorme espacio decorado con guirnaldas de flores a través de los ojos inyectados en sangre del poeta: ve las mesas a las que se sientan mujeres con vistosos vestidos y caras como pétalos, muchas mesas, muchas mujeres, que parlotean como pájaros. ¡Qué estruendo! Y por todas partes ramos de rosas, lirios, iris, orquídeas, gardenias… Abigail ve a las mujeres de Salthill, sus hermanas: todas ellas hermosas. Qué extraño que todas sean hermosas. Las feas se han transformado en bellezas gracias a la magia de la riqueza. Y ya no hay mujeres feas. Cabello color merengue, rostros relucientes gracias a los cosméticos, sonrisas de piraña, joyas que centellean como las luces del semáforo. El olor en que se mezcla una multitud de perfumes.

—Ayúdeme, querida. Oh, Dios mío. Creo que me estoy haciendo pis —murmura Donegal Croom al oído de Abigail, y ella no sabe determinar si habla en serio o en broma, pues su rostro enrojecido se arruga en una mueca de… ¿qué? ¿Anticipación?, ¿miedo?, ¿gratitud por los infantiles aplausos de las mujeres de Salthill? Abigail Des Pres debe precederle, y ahora Beatrice Archer la presenta a ella. Está de pie con sus zapatos de tacón alto Gucci ante el atril. Tiembla visiblemente. ¡Está tan asustada! Sus amigas la

miran deseando que lo haga bien. Pero no tan bien como para que puedan envidiarla aún más.

—Me siento profundamente honrada. Estoy emocionada. Como estudiante de Bennington College…

La presentación pasa como en un sueño, y de pronto Abigail regresa a su asiento, con el rostro muy enrojecido, deseando pensar que los infantiles aplausos al menos en parte son para ella. Donegal Croom está de pie ante el atril, contra el que choca su protuberante vientre. Se ha puesto gafas de leer que le dan un aire de abuelo, mientras el botón de oro reluce lascivamente en su oreja. En Salthill ningún hombre de la generación de Croom lleva pendientes; los pendientes los llevan los camareros gay, y no hay muchos. Ante el atril, Croom se ve voluminoso y suspira cerca del micrófono produciendo un ruido como de un trueno lejano. Frunce el entrecejo mientras hojea libros de bolsillo muy manoseados sin demostrar gran apremio. ¿No se ha preparado la lectura? ¿Se está tomando tan a la ligera el acto que tanto significa para los Amigos del Centro Médico de Salthill? Al final Croom empieza a hablar, al principio con voz casi inaudible, después más fuerte y de forma más melodiosa, como una caja de música a la que se ha subido el volumen. Con un tono oracular proclama ante las más de trescientas mujeres presentes en el salón de baile, que le miran ávidamente, que la poesía es una «revelación mística», es «anárquica», es «dionisíaca», es «adivinación». Confiesa que la poesía le ha «salvado la vida». La poesía «ha dado a mi vida su singular significado». Y que, para comprender la poesía además de crearla, hay que «sucumbir al demonio interior. ¡Y tener fe!». Entonces se producen algunos aplausos. Los ojos inyectados en sangre de Croom recorren la sala,

el espacio atestado de flores que tiene ante sí, los rostros femeninos arrebatados que le miran, y por fin empieza a leer, con una voz que invita a la pasión, o su convincente simulacro. «El halcón», «El jaguar moribundo», «El anciano del pantano», «Joven lascivo», «Heridas enconadas», «La serpiente emplumada», «La corrida de toros». En el salón de baile se produce un delicioso estremecimiento colectivo. ¿Qué dirán a sus esposos las elegantes mujeres de Salthill-on-Hudson, aquella noche, de la lectura del poeta irlandés-americano Donegal Croom? ¿Cómo podrán transmitir el escalofrío de placer ilícito, brutal, que causan las sensuales palabras de aquel hombre, el movimiento hacia delante de su cadera, sutilmente erótico, mientras lee sus versos? ¿Cómo hablar de la alegría «anarcodionisíaca» que hay en el dolor; la «tosca adivinación» que les conmueve en lo más hondo, con una emoción adúltera? Si los perspicaces ojos de las mujeres han observado que el Donegal Croom que está de pie ante ellas es un adán de aspecto ajado de más de cincuenta años, que solo guarda un fugaz parecido con sus fotos publicitarias, en las que aparece más apuesto, son demasiado discretas para reconocerlo; son mujeres acostumbradas a no ver las imperfecciones en los hombres, aunque son ansiosamente conscientes de las más mínimas imperfecciones que hay en ellas. Quizá para algunas mujeres de Salthill resulta gratificante darse cuenta de que Croom no es más masculino o atractivo que sus propios esposos, aunque sin duda es un gran poeta. ¿No ha ganado, además, el premio Pulitzer y otros numerosos galardones? «Qué poesía más maravillosa. Qué edificante. ¡He comprado todos sus libros! El festival es una causa que merece la pena.»

Mientras Donegal Croom lee sus fascinantes poemas, perversamente sensuales, Abigail entrecierra los ojos para evocar el Donegal Croom de su juventud. Un hombre del que se enamoró, aunque a distancia. Un halcón gerifalte de hombre, que exudaba ternura, fuerza, seguridad sexual; que insinuaba misteriosas heridas, fracasos, «pérdidas de la carrera y del alma». En 1978, Croom recitó poemas en lugar de limitarse a leerlos, con entusiasmo y un aire de descubrimiento. Abigail intenta también evocarse a sí misma con diecinueve años, la virgen ingenuamente idealista con el cabello al estilo hippy, que creía que quería, «más que nada en el mundo», ser bailarina, al estilo de la gran Balanchine. Por supuesto, a los diecinueve años Abigail Des Pres ya era demasiado mayor. Y carecía fatalmente, sea lo que sea lo que poseen las verdaderas bailarinas, de esa innombrable mezcla de talento, determinación y audacia. «No. Era cobarde. ¡Qué vergüenza!.» Hace esta confesión a Adam Berendt, pues comprende que, en sus momentos de más extrema locura, Adam la vigila.

Donegal Croom inicia con entusiasmo la lectura del que describe como su poema más polémico y personal: «La musa oscura: una sextina». En el salón de baile se percibe un aire de aprensión mientras Croom recita en voz muy baja, como si fuera un conjuro, lo que parece ser un homenaje a, o repugnancia por, la «boca de mujer que carece de dientes / como la Muerte carece de dientes». Abigail nota que le arde la cara. ¿Es la única mujer que sabe de qué está hablando Croom? Las otras tienen una sonrisa vaga, alentadora. Abigail agradece el chasquido del aire acondicionado, que se pone en marcha y cuyo zumbido amortigua las palabras de Croom. Los camareros uniformados que van de un lado a otro del salón de baile

con grandes bandejas, inexpresivos y mecánicos como robots, la distraen. La mayoría de ellos son hombres jóvenes, de diferentes tonos de piel. Caucásicos, asiáticos, negros. Hay un chico delgado con el cabello oscuro que se parece a Jared, pero su rostro es más maduro y se comporta con dignidad más masculina de lo que Jared haría en semejantes circunstancias. Abigail percibe el desprecio que sienten los camareros, obligados por cuestiones económicas a servir a las mujeres de Salthill, observa cómo hacen caso omiso de la poesía que Donegal Croom declama, como si no tuviera más importancia que el zumbido del aire acondicionado. «No nos juzguéis con dureza. En otro tiempo tuvimos vuestra edad.»

Croom interrumpe su lectura de súbito, como si estuviera cansado o aburrido; o quizá su público le ha irritado al escuchar en asombrado y rígido silencio lo que pretendía ser, supone Abigail, un poema «salvajemente divertido». Croom ha leído durante menos de media hora (aunque le han contratado para cuarenta minutos, por cinco mil dólares y con todos los gastos pagados) y ahora se niega, haciendo un gesto de rechazo con la mano, a que el público le haga preguntas. No importa, piensa Abigail. Está de pie, espléndida con el traje Hermès y el sombrero de paja negro, dirigiendo los aplausos. Esbozando su sonrisa más satisfecha. Sus amigas y vecinas de Salthill aplauden generosamente, pues son mujeres generosas, y el tenso interludio llega a su fin.

Cuando el almuerzo termina, la bronceada Beatrice Archer se acerca a Abigail y la abraza y la besa cálidamente en la mejilla, que queda manchada de carmín. Beatrice tiene los ojos húmedos, muy abiertos.

—Has estado magnífica, Abigail. Todas estamos muy orgullosas de ti.

¿Una razón para vivir? ¿Por qué no?

A pesar de la ambigua actuación de Donegal Croom, se vende un número respetable de sus libros, cuyos beneficios van al centro médico de Salthill; después de una lacónica sesión de firma de libros, Croom insiste en que Abigail le acompañe a su habitación. Está programado que pase la noche en Salthill, «para que se recupere y recrudezca». Explica a Abigail que se siente «débil», «al borde de la depresión», lo que a menudo le ocurre cuando lee su obra ante públicos «hostiles a la poesía». Abigail protesta:

—¡Oh, señor Croom! Este público no era hostil a la poesía, le adoran.

Croom se ríe como un adolescente, de un modo entre melancólico y enojado que a Abigail le recuerda a Jared, y siente un poco de compasión por el hombre. Croom parece auténticamente decepcionado. Aunque ha firmado una cantidad considerable de libros, no es suficiente; ninguna cantidad de libros vendidos y firmados por Croom con un gesto amplio de la mano será suficiente jamás. Abigail percibe que Croom es uno de esos hombres —invariablemente, esos individuos son hombres, según su experiencia— que dan por sentada la adulación de los demás, y cuando la adulación no es tan generosa como esperaban se quedan cariacontecidos. Su ex marido, Harrison Tierney, era uno de esos hombres. Aunque despreciaba a los demás, quería su admiración; se enfurecía cuando no la recibía.

Solo Adam Berendt era diferente. ¡Muy diferente! Adam siempre se sorprendía cuando caía bien a alguien.

Abigail acompaña a Donegal Croom a su habitación del hotel, en un estado de excitación nerviosa. El famoso poeta la ha elegido para que «esté con» él y ¿quién sabe dónde podría desembocar esa intimidad? «Parece que le atraigo de verdad. Una relación casi mística.» Tal vez Croom recuerda a Abigail de Bennington, en 1978; quizá entonces le causó muy buena impresión, que ha permanecido indeleble en el transcurso de los años. No es muy probable, pero es algo a lo que aferrarse. Abigail sabe que Croom ha tenido relaciones amorosas con varias poetisas; ha vivido con una artista aclamada; ha estado casado tres veces, pero no ha tenido hijos. («Por decisión propia. Con un ego infantil insaciable en la familia hay suficiente.» Esto declaró Donegal Croom en una entrevista aparecida en el *New York Times*, colgada en la red.) Abigail sabe que no es un hombre en quien pueda confiar, sí, le romperá el corazón; sin embargo, allí está, ayudándole a entrar en su habitación, dejándole que se apoye pesadamente en ella mientras se dirige hacia la cama. Él dice con un suspiro:

—Oh, Dios. Dónde estamos. ¿En Salthill? ¿La colina de Sal? Un paraíso suburbano norteamericano. El baño caliente que te deja empapado y atontado e inseguro de si estás vivo o muerto, ¡sin que te preocupe!

Aunque exagera su cansancio, Croom parece cansado de verdad. Su respiración es entrecortada, trabajosa. Posiblemente está borracho; mientras firmaba, se las ha arreglado para tomar varias copas más de chardonnay.

«¡Qué romántico! Nos conocimos hace años, yo solo era una jovencita, una estudiante de Bennington; después nos volvimos a encontrar en Salthill, y la antigua relación estaba allí, volvió a ser instantáneo, ¿quién puede explicar estas cosas? ¡Hay que sucumbir al demonio interior y tener fe!»

Croom utiliza el baño haciendo mucho ruido; ha dejado la puerta entreabierta y se oye un largo interludio de grifos y toses, y al fin reaparece el poeta, con el pelo mojado y peinado hacia atrás; se dirige hacia donde Abigail está de pie, al parecer inocentemente, leyendo un ejemplar del libro de poemas más reciente de Croom, *El corazón desollado*. Él le coge la mano, esboza una sonrisa enigmática y se deja caer en la cama con dosel produciendo un ruido como de huesos que se rompen. Por un instante su rostro enrojecido y lleno de venillas, una belleza masculina en ruinas, se crispa de dolor. Aunque Croom parece haberse refrescado en el baño, hay un residuo de algo acre y no lavado; la delicada nariz de Abigail se contrae.

—¡Me ha salvado la vida!

Abigail siente un poco de orgullo y un poco de aprensión al mismo tiempo. Sin embargo, obedece cuando Croom le pide que le desate y quite los zapatos, le afloje el cinturón y ponga en marcha el aire acondicionado de la habitación. Ella obedece cuando él le ordena que se siente a su lado en la cama.

—¡Mi Helena! Es la única de esas zorras que tiene oído. Me han invitado a leer para ellas con el propósito de insultarme.

Abigail se apresura a protestar diciendo que nadie le ha insultado, al contrario, el público le adora, en particular el poema «La corrida

de toros», aquel poema tan fuerte y polémico, sí, y el público ha conectado con la musa oscura.

—Claro que la sextina no les resulta muy familiar, Donegal. Pero lo han entendido subliminalmente. Su poesía tiene profundas raíces en lo sublime. Apela, conmueve hondamente incluso a los que no están familiarizados con la «forma» poética.

Esta proclamación, pronunciada sin respirar, una amalgama de citas leídas en las reseñas, hace que el poeta, recostado en las almohadas, abra los ojos y la mire atentamente.

—¿De veras? ¿Eso cree? ¿Esas mujeres lo han entendido?

—A su manera, sí.

Croom sonríe con aire pícaro.

—La poesía es joder, querida. Subliminalmente. ¿Lo sabía?

Abigail se queda perpleja ante esta revelación, pero está dispuesta a aceptar el punto de vista de Croom, pues al fin y al cabo él es el poeta. Este añade:

—Lo que hace el poeta, lo que yo he intentado, es joder al público, colectivamente; hacerles sentir algo, hacerles venir, incluso contra su voluntad. Todos los poetas son hombres, todos los públicos son mujeres. La poesía es el triunfo de la voluntad superior, y no quiero decir que yo, Donegal Croom, sea «superior», excepto al servicio de la poesía, la adivinación trascendental superior a la que llamamos poesía, que es mística y erótica a la vez, Eros como el misterio supremo. —Croom habla apasionadamente, pero con un aire de vejación—. ¿Cree que esto ha llegado hoy al público? ¿El maldito aire acondicionado no ha interferido?

Abigail responde:

—¡Sí, Donegal! Su lectura ha sido poderosa, profunda y erótica, y en Salthill todas la recordaremos durante mucho tiempo.

Croom dice, casi con humildad:

—Supongo que no vienen muchos poetas a leer a Salthill.

—Poetas de su calibre no, señor Croom.

Croom busca la mano de Abigail y se la lleva a los labios. Un beso suave y carnoso como la caricia de una babosa.

—Querida. Mi Helena. Usted es mi musa. Mi adorable musa de la colina de Sal, con su ridículo sombrero de paja. Somos desconocidos y, sin embargo, almas gemelas. En este lugar diabólico. «¡Qué horas, oh, qué negras horas hemos pasado!» No me dejará, ¿verdad, querida? Hasta…

Abigail comprende que Croom quiere decir «hasta que yo la eche», pero expresa su conformidad con una sonrisa, se quita el ridículo sombrero de paja y lo deja en la mesilla de noche. Croom murmura palabras cariñosas y besa el suave interior de la muñeca de Abigail; con la mano libre, ligeramente temblorosa, ella le acaricia el rostro sonrojado, caliente y blando como masa de pan. Se ha acostumbrado al olor agrio de su ropa y siente una punzada de ternura, el pobre hombre está tan cansado… ¡Y solo tiene cincuenta y cuatro años! De pronto Abigail dice, tímidamente, temiendo un desaire de Croom:

—Tenía… tenía un amigo, el amigo más íntimo de mi vida, y ahora se ha ido y hay un vacío en mi corazón que jamás podré llenar, y… ese amigo admiraba mucho su poesía, señor Croom. Él daba clases de arte en Salthill y nos leía su poesía, para inspirarnos. La leía casi tan bellamente como usted. —(¿Abigail está mintiendo? Es la poesía de Walt Whitman y de Gerard Manley Hopkins en la que está

pensando, no la de Donegal Croom; sin embargo, Croom tiene una clara influencia de ambos poetas, por eso hay una inconfundible afinidad.)

—¿De veras? ¿Mi poesía? ¿Qué poemas? —Croom coge más fuerte la mano de Abigail mientras habla con infantil impaciencia.

—«SeaChange», «La serpiente emplumada» y «La corrida de toros», claro, y… «El corazón desollado». Y otras muchas —responde Abigail.

Ella habla con suavidad, seductoramente, con los ojos muy abiertos, sinceros. Descubre, como la mayoría de las mujeres en semejantes momentos íntimos, su verdadero talento y lo cómoda que se siente con este talento: ablandar el ego masculino. Mientras Abigail teje su historia, sin esfuerzo, como una araña teje su red, Donegal Croom escucha con gran atención y la inspira, como si los papeles se hubieran invertido y Croom fuera la musa de Abigail.

—¿Quién era este amigo suyo? —pregunta Croom.

—Un escultor. Le echo de menos —contesta Abigail.

Con sorprendente empatía, Croom escruta a Abigail, como si la viera por primera vez.

—¿Era alguien a quien amaba, que significaba mucho para usted?

Abigail asiente, sí. Su expresión radiante. Casi puede verse a sí misma. Croom pregunta:

—¿Murió? ¿Cómo?

Abigail pone cuidado al hablar, pues no quiere emocionarse.

—Se ahogó. En el río Hudson. Intentando salvar a una niña.

Croom exclama:

—¡Intentando salvar a una niña! Como Shelley. Entonces fue una muerte heroica. Bien por él, tenía agallas. ¿Cuántos años tenía?

Abigail vacila, evaluando sus opciones: decir que Adam tenía la edad de Donegal cuando murió podría despertar ansiedad en el poeta y eliminar la urgencia erótica de esta conversación; decir que Adam era más viejo sería dar a entender que la propia Abigail es mayor; sin embargo, fingir que Adam era más joven que él le provoca cierta repulsión.

—Adam… no sé qué edad tenía. No tenía edad. Éramos amantes que se tocaban en raras ocasiones, sin embargo, lo hacíamos de un modo muy profundo, no creo que conociéramos, ni nos importaran, los simples datos. El exterior de las cosas.

Croom está de acuerdo. Ha estado acariciando el brazo de Abigail, su hombro, su reluciente cabello. Dice:

—Es extraño, profundo y banal al mismo tiempo que podamos amar solo a unos cuantos individuos de los miles que conocemos en toda una vida. Lo intentamos, a veces, pero llega demasiado tarde.

Desafiante, Abigail dice:

—No. Nunca puede llegar demasiado tarde. El amor puede… renacer.

Croom se ríe con tristeza. Ha estado tironeando de la entrepierna de sus arrugados vaqueros. Susurra:

—¡Mi querida Helena! En «El jaguar moribundo» toco un tema personal, íntimo, del que no he hablado prácticamente con nadie, supongo, sí, que me avergüenza, me mortifica profundamente, mi vanidad masculina ha sido herida, pero debo decírselo: he tenido cáncer de próstata y me extirparon la próstata, por decirlo de una manera delicada. El cáncer se detuvo a tiempo, claro, pero no tengo mucho control de mi vejiga. Llevo pañal, querida. Siempre. Me he acostumbrado a ello, como supongo que las mujeres se

acostumbran a menstruar, a llevar compresas o tampones para empapar la sangre, preocupadas por si los demás perciben el olor. Mi situación es peor, claro; mi cuerpo mea sin parar, como un grifo que gotea.

Abigail mira fijamente a Donegal Croom, demasiado atónita para reaccionar.

—Ah, sí, también soy impotente. Eso huelga decirlo, ¿eh?

Croom ríe por lo bajo. Sigue acariciando el cabello de Abigail, con una expresión de ternura. Su respiración se ha calmado, parece menos angustiado, aunque muy cansado. Se le empiezan a cerrar los párpados. Parece que sean altas horas de la noche, no la media tarde de un soleado día de mayo. Parece un lugar remoto, secreto, una especie de cueva, no una bonita, aunque excesivamente amueblada, habitación del «histórico» Salthill Inn. Croom se sume rápidamente en el sueño y Abigail permanece a su lado reacia a marcharse; no está segura de si la han echado.

—De todos modos podría amarle, Donegal. ¡Amo su poesía!

Pero los párpados azulados de Croom se han cerrado con tanta decisión como si los hubieran cerrado unos dedos invisibles. La boca se le queda floja, sus labios están húmedos, flácidos. Croom empieza a roncar levemente y en su sueño se retuerce, como un gran perro que intenta sin éxito sacudirse. Y da un traspié, como si tropezara con un bordillo. Abigail acaricia el rostro del hombre, su áspero cabello, y siente una extraña especie de satisfacción. «¿Es esto? ¡Lo es!» Percibe que Adam Berendt la observa. Él ha velado por ella, velará por ella. Abigail no tiene ninguna razón para vivir excepto que Adam desearía que viviera. Y este encuentro con Donegal Croom lo recordará como algo conmovedor, espiritual. Unos

versos acuden a ella, suaves y efímeros como pétalos o como alas de mariposa. Una llama que danza, encantadora. Los ojos de Abigail se inundan de lágrimas de gratitud. Alarga el brazo para tocar la llama, y esta ha desaparecido.

Cuando Abigail, exhausta, regresa a la casa-mausoleo de Wheatsheaf Drive, uno de los mensajes telefónicos que ha recibido es una voz vacilante, balbuceante, que reconoce vagamente con una punzada de culpabilidad. Y de irritación.

—¿Abigail Des Pres? ¡Hola! Soy Gerhardt Ault. Supongo que me recuerdas, nos conocimos en… —Abigail Des Pres, *la belle dame sans merci*, hace correr la cinta—, me preguntaba si alguna tarde, cuando estés libre… —(por qué algunos mensajes telefónicos son tan largos, prácticamente sagas, y cuando terminan ya has olvidado cómo empezaban, pero no es probable que vuelvas a ponerlos)—, y si te gustaría, sé que es un poco brusco, y poco convencional, y quizá te ofendas, Abigail, pero ¿pensarás, quiero decir, como una proposición abstracta, en la posibilidad de casarte conmigo?

Abigail está demasiado agotada para asombrarse. Ni siquiera siente incredulidad. Tampoco está segura de que haya oído bien el mensaje. Aprieta el 3 para borrarlo, sin volver a escucharlo.

¡Una época melancólica para el romance!

Abigail no pensaría más en su tímido y balbuceante pretendiente-arquitecto, Gerhardt Ault (aunque sigue oyendo cosas alentadoras sobre él en Salthill. Es un viudo «bueno», «amable», «decente», «de mucho éxito»), pero el siguiente lunes, mientras conduce hasta Salthill en otra de sus misiones suburbanas insignificantes pero que

salvan vidas, ve por casualidad a Gerhardt Ault y a la niña china de la boina roja, cogidos de la mano, cruzando un parterre cerca del Consejo de las Artes. Parecen amigos, aunque en ese momento no hablan. Gerhardt lleva el estuche del violonchelo de la niña.

Abigail los mira fijamente, atónita. «¡Es su hija!»

Consigue pasar de largo sin que la vean. El corazón le late con fuerza, y siente un amor desvalido, que se desvanece.

Queridopapámuerto

1

Al principio, en la pantalla del ordenador de Roger Cavanagh, el mensaje de su hija, Robin, relucía como una pequeña gema en forma de poema.

QUERIDOPAPÁMUERTO

Dudo que seas mi
verdadero padre
no hay NADA de ti
en mí
y prefiero que sea así

por favor NUNCA vuelvas
a ponerte en contacto conmigo
para decirme la mentira
de que me «quieres»

(r)

2

«Sí, eso es perjudicial para nuestras vidas, pero Robin es inflexible y quizá sea lo mejor.»

… largos minutos de fascinación. Mirando fijamente los números que cambiaban con rapidez en el reloj digital, montado en cristal, sobre el escritorio de su despacho. Mientras una voz de mujer penetraba en su cerebro. Mientras apretaba el auricular del teléfono contra su oreja entumecida. ¡Qué hipnóticos son los segundos que centellean! Latidos de corazón. El reloj digital de la mesa de Roger era absurdamente caro, se podía «saber» la hora con la misma exactitud que con un reloj barato, pero los artículos baratos y prácticos no eran para Roger Cavanagh, de Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook, en el número 8 de Shaker Square, Salthill-on-Hudson. («¿Quién coño soy? Cavanagh.») Allí estaba, sentado a su escritorio, en su despacho amueblado con lujo mientras una mujer que se decía su ex esposa le hablaba al oído con enloquecedora ecuanimidad.

En otro tiempo había amado a Lee Ann. Lo sabía. Como sabía datos aleatorios sobre su antigua vida, su vida perdida, a lo lejos, con leve incredulidad.

En este mismo despacho, el mes de julio anterior, se había enamorado —¿de quién?— de la mujer pelirroja, la mujer difícil, la mujer propietaria de la librería, la mujer que le había abandonado. Marina Troy. Se había enamorado de Marina Troy cuando firmaba como «testigo» de la firma falsificada de Adam Berendt. Cuando había logrado inducirla a cometer un acto ilegal, poniendo en peligro su integridad por Adam. Y por él.

Ahora Marina había desaparecido de su vida. Ahora Robin había desaparecido de su vida.

La mujer pelirroja, había tenido que dejarla marchar. No podía seguirla, por el amor de Dios. «Sí, podría. Pero no lo haré.» A la hija, ¿cómo podía dejarla ir? Era su hija, su única hija. Aunque ella había desterrado a Queridopapámuerto. Aunque iba en serio, como Lee Ann le estaba diciendo con seria satisfacción.

Después de la lamentable visita a Robin en Maryland, parecía que esta y Roger estaban tan separados como Roger y Lee Ann habían estado años atrás. El mensaje electrónico era horrible, aunque no fue una sorpresa. Roger había intentado complacer a la niña, sin embargo ella no se había sentido complacida. Había intentado demostrarle su amor por ella, sin embargo ella no había querido su amor. Ahora había anunciado a su madre que no volvería a la escuela Ryecroft para el segundo semestre, sus terrenos estaban «contaminados» para ella desde la visita de su padre. Insistía en que la trasladaran a un colegio más pequeño en Brunswick, Maine. ¡Maine!

—¿Qué es, la cuarta escuela en tres años, o la quinta? Y todo para poner distancia entre ella y su padre.

Roger procuraba hablar con calma, como haría con un cliente. Con los clientes siempre se conservaba la calma. Lee Ann dijo que sí, que era perjudicial pero «quizá sea lo mejor». Roger estaba desconcertado con la actitud de aceptación de su ex esposa. Lee Ann era una mujer sensata, terca: esperaba que se negara a ceder a otra de las exigencias caprichosas de su hija. Sin embargo Lee Ann dijo, pensativa:

—Será mejor para Robin hacer esta ruptura contigo, Roger, que amarte demasiado.

—¡Amarme demasiado! —Roger rió con incredulidad—. Robin me odia. Odia mi profesión. Odia mi polla y mi alma.

Lee Ann replicó con tono remilgado:

—No digas groserías, Roger. Esa es una de tus características menos atractivas. Robin dice que lo haces para «afirmar tu autoridad masculina», es un acto de «terrorismo sexual».

—¿Robin dice eso? Esa chorrada parece propia de una de sus profesoras.

—Roger, adiós. Voy a colgar.

Pero Roger colgó antes con un golpe. No lo soportaba, era una locura.

¡La vida personal! No quería más Se sumergiría en el impersonalismo del trabajo y el trabajo le salvaría.

Sin embargo, seguía mirando los números destellantes de un reloj digital. «¿Esto es todo, al final? Un furioso precipitarse hacia delante. Segundos, horas. Días. Años. A través de un túnel iluminado durante un tiempo y después… el olvido.»

El otro día había sido su cumpleaños. ¡Tenía cuarenta y ocho! ¡Nadie le amaba! La autocompasión le convulsionaba como un vientre lleno de anguilas retorciéndose. No sabía si estaba enfermo de desesperación o de rabia. O de vergüenza.

Había querido preguntar a Lee Ann, casi había querido suplicar a Lee Ann, qué había hecho para ofender tanto a su hija.

¿O era algo que Roger Cavanagh era?

«Nada de lo que haces es cuestión de vida o muerte. Defiendes a delincuentes de guante blanco, ¿qué hay en ello para estar orgulloso?»

3

Una cosa sí sabía: no debía aludir a ninguna debilidad personal, y jamás a su situación de divorciado, de padre despreciado, en presencia de nadie de Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook. En la empresa tenía fama de eficiente, informado, metódico y carente de sentimientos como una guillotina. Roger era un experto litigante que ganaba dinero para sus clientes y para sí mismo.

Qué es un litigante sino una máquina de ganar dinero.

«¿Qué hay en ello para sentirse orgulloso?», había dicho Robin con desprecio, arrugando la nariz como si algo oliera mal.

Caramba, Roger no estaba orgulloso. El orgullo es prerrogativa del hombre joven. Pero Roger funcionaba, y funcionaría.

Sobre todo había aprendido a no hablar nunca de asuntos personales con sus amigos de Salthill. Los hombres (con los que jugaba a tenis, squash, a veces a golf) se apartaban de estas revelaciones como se apartarían de alguien que tuviera la peste. Las mujeres estaban ansiosas por invitarle a cenar (en especial entre semana, cuando sus esposos estaban en la ciudad) y chupar lo que le quedaba de sangre vital en nombre de la encantadora empatía.

Y allí estaba Abigail Des Pres. La mujer le enfurecía, se negaba a pensar en ella.

Sin embargo, cuando trabajaba con nuevos socios a los que conocía poco (Roger recientemente se había integrado en una rama local del Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes), a veces hablaba de forma impulsiva, descuidada.

—Mi hija de quince años me ha echado de su vida como si fuera un zapato viejo.

—¿Y por qué no? Su hija tiene todo el derecho a hacerlo. —La que hablaba era una mujer joven llamada Naomi Volpe. Una ayudante asignada a Roger para el caso de Elroy Jackson hijo.

—¿Tiene razón? ¿Mi hija? —Roger estaba encendido.

Naomi Volpe afirmó:

—Para sí misma, ella no es «su» hija. Créame. Para sí misma, ella es ella misma.

Exactamente, pensó Roger. Ese era el problema.

Era la primera vez que Roger Cavanagh y Naomi Volpe estaban a solas, fuera de las oficinas del Proyecto Nacional, en la parte baja de Manhattan. Iban en el coche de Roger hacia el condado de Hunterdon, New Jersey, para reunirse con el abogado de oficio de Elroy Jackson en su desastroso juicio de 1989. Era un día nublado de finales de octubre, no mucho después de la conmoción del mensaje de «Queridopapámuerto». Roger, que conducía, se sintió herido por el tono de la joven ayudante. No estaba acostumbrado a que los subordinados, en especial mujeres, le llevaran la contraria tan a las claras; pero allí estaba Naomi Volpe, con sus ojos de hurón clavados en él, como si Roger Cavanagh y su fama de litigante no la impresionaran. Añadió:

—El hombre ve a su hija como una posesión, un apéndice, pero la hija tiene una perspectiva totalmente diferente. Y recuerde: una chica de quince años de hoy en día sabe más de lo que sabía una de dieciocho hace diez años. Los niños norteamericanos crecen deprisa.

Naomi hablaba con irritante seguridad. No había posibilidad de que estuviera equivocada. Esta era una de las voces de mujer al teléfono que Roger había oído sin querer desde que se integró como

voluntario, y al oírla le entraban ganas de agarrar a Volpe por la nuca y zarandearla con fuerza. Pero dijo:

—No es solo que Robin tenga quince años. Es que es muy inmadura para tener quince años.

—¿Y cómo es eso? —La reacción de Volpe fue inmediata.

—Tiene… tiene una vena cruel. Tiene fantasías y…

—¿Cree que todas las adolescentes son crueles, señor C.?

«¡Señor C.!» ¿Se estaba burlando o era una torpe forma de deferencia? ¿O lo hacía para jugar, incluso para seducir? Con Naomi Volpe —que había pedido a Roger que, por favor, la llamara simplemente «Volpe»— nunca se sabía.

—Claro que no, pero hay una clase particular de crueldad adolescente, irreflexiva, que parece no estar conectada con el sentido de la realidad y de la responsabilidad. —Roger estaba pensando en la acusación hecha en broma por Robin de que Adam Berendt la había «tocado». «¡Tocado!» Qué fantasía. Qué traición. «Solo es una hipótesis, papá. ¿Lo ves?» Pero Roger no lo había visto. En su deseo de hacer daño, Robin había sacrificado a Adam Berendt, al que Roger creía que quería de verdad. Agregó—: Es doloroso aceptar que quizá tu propia prole no es… imparcial. No resulta agradable.

—¿Y usted lo es?

Una abogada nata la tal Volpe. Pero no lo era. Solo era una ayudante de abogado. Prácticamente, pensó Roger, una sirviente. Sin embargo, tenía el instinto de abogado para la confrontación implacable, el interrogatorio. Un abogado enardecido es como una sierra circular: si te acercas demasiado a la hoja que gira, te hará

trizas. Pero Roger Cavanagh estaba acostumbrado a ser la sierra circular, no su víctima.

Roger cambió de tema.

—Robin me ha demonizado en su imaginación y no tengo ni idea de por qué.

Volpe encendió un cigarrillo y exhaló el humo volviéndose hacia la ventanilla. Se echó a reír.

—No, señor C. No es probable que la tenga.

Roger preguntó, molesto:

—¿Tienes experiencia con hijas?

—¿Que si la tengo? Yo fui hija durante dieciséis años.

—¿Fuiste? ¿Tus padres murieron?

—Para mí sí.

Roger se estremeció.

La ayudante de abogado, Volpe, era una mujer como un mazo, aunque medía poco más de metro y medio y era uno de los miembros más recientes del personal del Proyecto Nacional. Se decía que tenía «mucha experiencia» en casos de pena de muerte; había trabajado en Texas, el corazón de las ejecuciones de Estados Unidos. Vivía en Jersey City y se trasladaba cada día hasta la calle Quince Este, en Manhattan. Vestía sobre todo ropa negra, atuendo de chico gay sexy: camisas de manga larga metidas en pantalones que le marcaban las pequeñas nalgas, redondas y duras, y botas de cuero negro con cordones. Abrigo de cuero negro. Por mucho que la miraras con atención (como Roger sin apenas darse cuenta había hecho), no sabías si Volpe era atractiva o fea. O si se consideraba atractiva o fea. Su boca era tan pequeña que parecía invisible, salvo cuando sonreía ampliamente, mostrando unos relucientes dientes de

hurón. Su risa grave era el anverso de lo contagioso: un sonido sarcástico que te ponía en alerta. «¿Se está riendo de mí?» Roger medio admiraba el fuerte cuerpecito con sus inesperados, de algún modo perversos, pechos como rocas, que se adivinaban bajo la ajustada ropa. ¡Y el pelo! Era de un lustroso castaño oscuro, afeitado en la nuca pero erizado a los lados y arriba, con espuma o gomina, para dar a la alegre mujercita el aspecto, seguramente sin intención, de un personaje de dibujo animado que ha pisado un cable de electricidad. Su cara parecía manchada, como si le hubieran pasado una goma de borrar sucia. Sus ojos también parecían manchados. En las orejas llevaba botones y aros, y en la ventana de la nariz izquierda, un aro de plata que le confería una ferocidad aborigen. Era mucho más joven que Roger Cavanagh, sin embargo a él no le parecía tan joven; no había nada infantil en ella, y sin duda nada encantador. Incluso en reposo su frente estaba arrugada, sus cejas eran oscuras, espesas, burlonas. Cuando se la presentaron a Roger, ella había dicho: «Señor Cavanagh de Salthill-on-Hudson, es un honor». Roger no quiso pensar que la ayudante se mostraba irónica.

En este viaje a New Jersey se estaban conociendo. Volpe confió a Roger que la habían admitido en varias facultades de derecho importantes y había empezado la carrera en la de Nueva York, pero la había dejado, demasiadas tonterías, agravios, mociones, informes, normas de jueces y jurisprudencia, a nadie le importaba la justicia, no se prestaba atención al aspecto ético. Sin embargo, ahora le gustaría haber obtenido el título, había que ser abogado para producir algún efecto en esta «asquerosa sociedad de consumo» en la que todo estaba en venta, en especial la justicia. Roger suponía que en la facultad de derecho no le había ido muy bien. Era lista,

saltaba a la vista, pero tenía poca paciencia. Era inquieta e irritante. Había encendido un cigarrillo sin pedir permiso a Roger. (Era su coche. Era su misión, básicamente. Y estaba intentando dejar de fumar, lo que estaba resultando duro.) El estilo agresivo de Volpe en las entrevistas personales no debía de gustar a los profesores, en especial en una mujer. Entre el agradable personal de Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook no había nadie ni remotamente parecido a Volpe. Incluso en Manhattan, entre abogados veteranos, individuos que habían colaborado con diversas organizaciones liberales como la Unión Americana para las Libertades Civiles, Volpe destacaba. Caminaba con grandes pasos por las amplias salas de techos altos de las oficinas centrales del Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes, en la tercera planta de una casa de pisos de piedra caliza con el contoneo de un jockey, sus nalgas de muchacho embutidas en ceñidos pantalones de un tejido extraño que crujía y susurraba «Mi culo. Mi culo, eh, ¿lo veis? Mi culo». Roger había oído rumores de la «sexualidad intensa, polimorfa» de Volpe e incluso el rumor, que él había descartado, de que Volpe había tenido un hijo y lo había dado en adopción a una pareja rica. Al principio ella le desagradó, aunque hasta el momento era una ayudante muy competente. Tenían un temperamento demasiado parecido para llevarse bien durante un período prolongado. ¡Roger lo sabía! Conocía el tipo. Volpe afirmaba ser del Medio Oeste, pero a él su acento le parecía de Brooklyn. Hablaba deprisa y con impaciencia, y daba la impresión de creerse superior a todos cuantos la rodeaban, lo cual irritaba a Roger (él era el superior generalmente), pero también le intrigaba. Había tenido ocasión de oír a Volpe hablar por teléfono, con la voz llena de sarcasmo, a individuos (como el ex

abogado de Elroy Jackson) que deberían haber sido tratados con cortesía profesional, aunque solo fuera con la intención de manipularlos. (Un abogado de primera es un manipulador de primera o no es nada.) Desde que se incorporó al personal del Proyecto Nacional e iba al despacho dos o tres veces a la semana a media tarde, Roger se quedaba fascinado cuando oía a esta quisquillosa mujer echar broncas a ayudantes del fiscal del distrito y a abogados defensores, e incluso a clientes, asistentes sociales y profesores de derecho. La había oído hablar en español con gran rapidez. Había criticado a uno de los internos del Proyecto Nacional, una chica huérfana de ojos asustados y movimientos lentos a la que los otros miembros del personal trataban con tensa paciencia. En este trayecto, Volpe alardeó ante Roger de que había vivido y trabajado en lugares tan dispares como Arizona, Florida, Alaska y Vancouver, Columbia Británica, así como Texas y Ciudad del Cabo, Sudáfrica, donde durante un año había dado clases a adultos negros africanos para ayudarles a mejorar su inglés… «El año más agotador y gratificante de mi vida.» («Entonces, ¿por qué te marchaste de Ciudad del Cabo?», preguntó Roger, y Volpe admitió que había tenido que marcharse, unos jóvenes negros que iban drogados la habían atacado y golpeado brutalmente, aunque al menos no la habían violado, y no pudo soportar la presión que suponía para ella seguir con su trabajo.) Había sido ayudante de una asistente social en el Bronx. Había sido ayudante de abogado en una oficina de Asistencia de Abogados de Oficio, también en el Bronx. Había «repudiado» su pasado de clase media, caucasiana, de Indiana, a los dieciséis años. Estaba furiosa por lo que el «sistema» había hecho a Elroy Jackson hijo, entre otros de los que el Proyecto

Nacional para Liberar a los Inocentes se ocupaba, y, sinceramente, creía que en Estados Unidos existía un «apartheid tácito pero calculado» y que la aparición de afroamericanos selectos en los deportes, espectáculos, artes e incluso en el ámbito de la ley no era sino una parte de la conspiración.

—A ver, Elroy Jackson hijo es la unidad básica. No el «magistrado» Clarence Thomas. Las «excepciones a la regla» son como marcas comerciales, logos, a los que la clase dominante puede señalar con orgullo. «Estos miembros de las minorías lo han hecho bien en nuestra cultura capitalista-consumista, ¿por qué no actúa igual el resto?» Como «líderes» femeninas, fingen que es una sociedad igualitaria, no una sociedad enferma, masoquista, en la que se viola, golpea y asesina a mujeres y chicas las veinticuatro horas del día.

Mientras conducía, mirando fijamente el asfalto que se deslizaba a toda velocidad ante él, Roger tuvo una visión del enorme hipermercado Wal-Mart abierto las veinticuatro horas del día para semejantes fines violentos.

Roger estaba seguro de que no se había reído ni había dado muestras de disentir; sin embargo Volpe espetó:

—Si usted hubiera nacido con coño, señor C., lo sabría.

—¿Con qué?

—Ya me ha oído. Con coño.

Roger hizo una mueca. Le molestaba el hecho de que si él utilizara una palabra como «coño» podría ser demandado por acoso sexual, mientras que la fiera y pequeña Naomi Volpe, con sus ojos de hurón, pelo erizado y aro en la nariz, podía soltarla a placer.

Al ver la expresión de Roger, Naomi dijo con burlona deferencia:

—Eh, lo siento, señor C. Debería haber dicho que si usted hubiera nacido mujer, en lugar de varón blanco privilegiado, lo sabría.

—¿Sabría qué, Volpe?

Roger estaba perdiendo el hilo de la conversación. Hablar con su ayudante era como jugar al ping-pong mientras conducía: peligroso. Volpe respondió:

—Lo que es ser muda y estar marginada. Ser una esclava sexual.

—No sé por qué, Volpe, pero tú no me pareces «muda». Y no me pareces una esclava sexual de nadie ni de nada.

—¿Esto, señor C., es una acusación o una amenaza? ¿O una insinuación? —Pero estaba sonriendo.

4

Roger sabía que era mejor no liarse, ni siquiera de modo informal, con ninguna compañera de trabajo. Y aun así…

En un bufete de abogados en Somerville, New Jersey, que parecía un nido de ratas, Roger y su ayudante Volpe se reunieron con el abogado de Elroy Jackson asignado por el tribunal para su juicio de 1989: Reginald «Boomer» Spires, un individuo obeso, que debía de pesar ciento cincuenta kilos sin huesos, de aspecto pastosountuoso, y que sonreía con nerviosismo.

—Hola, pasen. Bienvenidos. Esto no es como lo que están acostumbrados a ver, supongo. Lo siento.

Roger miró con asombro el atestado despacho. Incluso Volpe, con su inexpresividad, pareció sorprenderse. Boomer Spires les tendió la mano para que se la estrecharan, húmeda y fría y del tamaño de un

guante de béisbol, y Roger tuvo que resistir el impulso de apartarse, pues ¿un apretón de manos podía ser infeccioso? Con el aire de alguien que hace una complicada broma, Spires se disculpó ante sus visitas por el hecho de que apenas hubiera sitio para sentarse en su despacho, a menos que se apartaran montones de documentos de las sillas, cosa que él no había hecho y era reacio a hacer ya que el suelo también estaba lleno.

—Verán, comparto este espacio con otro abogado, cuya especialidad son los clientes con trastornos psiquiátricos. Son buenos tiempos. —Spires se rió resollando. Ni Roger ni Naomi se rieron con él—. Disculpen, amigos, tengo las rodillas mal y necesito sentarme —añadió Spires derrumbándose en su silla giratoria—, espero no ser descortés.

Roger percibió que a Spires le importaba un comino ser maleducado, pero dijo cortésmente:

—Claro que no, señor Spires. Boomer. No le robaremos mucho de su valioso tiempo.

Spires había prometido reunir para ellos material de sus archivos sobre Elroy Jackson hijo, pero solo tenía algunos documentos del tribunal, material que ya estaba en posesión de Roger. Era imposible calibrar si a Spires le interesaba sinceramente el destino de Jackson o si lo fingía en esta torpe reunión. Mientras hablaban del caso, Roger trataba de no mirarle fijamente; pero nunca había visto a un espécimen de la humanidad tan repugnante, y mucho menos un abogado, de cerca. El cuerpo de Spires parecía formado por capas de grasa, grasa y aceite que rezumaban. Tenía franjas de grasa sobre la nuca, la cara redonda como una bola e hinchada, dedos como salchichas. Roger no habría sabido decir qué le ofendía más, si

que Spires nominalmente fuera un hombre, como Roger lo era, o que Spires fuera abogado, un miembro de la clase profesional a la que él pertenecía, dudosa a los ojos desdeñosos de Naomi Volpe como a los de Robin. «¿Qué hay en ello para estar orgulloso?» En una pared, apenas visible tras un montón de papeles, había un diploma de la Rutgers Law School. A Roger le habría gustado preguntar a aquel personaje qué le había ido mal en la vida, cómo un hombre que había conseguido un título de derecho en una facultad de segunda categoría, buena y sólida como la Rutgers, había acabado en aquel agujero de oficina, resollando y exudando el hedor del fracaso, hinchado como un cuerpo ahogado. Roger sintió un escalofrío. «Podría ocurrirte a ti, amigo. Nunca es demasiado tarde.»

Al fin y al cabo había cometido un acto ilegal. Había falsificado la firma de un hombre muerto. Había urdido una conspiración con otra persona para perpetrar un fraude (no importaba que fuera un fraude benéfico) contra el estado. «Motivo de inhabilitación para el ejercicio de la abogacía. Conocías el riesgo.»

Boomer Spires hacía todo cuanto podía, aunque no estaba muy inspirado, para convencer a los escépticos visitantes del Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes de que sí, había trabajado de firme para defender a Elroy Jackson hijo, pero no, la verdad era que no había tenido tiempo para prepararse, su cliente había resultado herido por la policía, no había estado «mentalmente al cien por cien» y había parecido «puñeteramente culpable» a los ojos del jurado, compuesto en su mayor parte por blancos; era uno de esos juicios en los que no tenías ni una oportunidad.

—Hola, amigos, ¿es el condado de Hunterdon? «Culpable hasta que se demuestre que es inocente.» Cosas que ustedes, en Nueva York, consideran delitos menores, una breve condena en la cárcel y libertad condicional, aquí, en Jersey, vamos a la yugular. La pena de muerte aquí es tan popular como la lucha libre en la tele.

Spires hablaba con explosiva alegría, moviendo sus gordas mejillas. Sus ojos se movían de un lado a otro como gelatina derretida. El abogado era lo bastante astuto para saber que Roger y su ayudante no se encontraban en Somerville para tener una charla amistosa y empezaba a ponerse a la defensiva. Roger calculaba que Spires tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años —¡como él!—, sin embargo conservaba un aire juvenil, un muchacho gordo que espera ahorrarse la ignominia de competir con hombres adultos. Su cabello consistía en unos folículos dispersos en un cráneo blanco. Olía no solo a sudor nervioso, sino a esas cajas de cartón en las que se entregan las pizzas. A Roger le desagradaba en particular que Spires llevara una descolorida camiseta con la inscripción «Muerto Agradecido» y unos pantalones de poliéster que le formaban bolsas en las caderas. Era como si Elroy Jackson hijo, encarcelado en el corredor de la muerte de la prisión de máxima seguridad de Rahway, que sería ejecutado mediante una inyección letal al cabo de siete meses, no mereciera al menos un poco de sobriedad. Roger examinó la transcripción del juicio de Jackson y empezó a hacer preguntas a Spires con más agresividad.

—¿Por qué no insistió en que el otro acusado subiera al estrado para interrogarle? El hombre mentía, era evidente. Había hecho un trato con el fiscal del distrito. ¿Por qué no protestó usted?

Spires se volvió en su silla giratoria y objetó:

—Eso fue hace mucho tiempo, soy un hombre ocupado, y Jackson era uno de entre un montón de clientes «desfavorecidos», como se les podría llamar. Como negros e hispanos. De los que no se diría que hay muchos en este condado; pero los que hay, la mayoría en Somerville, Boomer Spires tiene la buena suerte de representarlos. Esa ha sido más o menos mi carrera profesional, señor Cavanagh. Solo para explicar nuestras diferentes perspectivas.

Roger dijo con frialdad:

—He repasado esta transcripción y los archivos del tribunal y, francamente, Boomer, estoy asombrado. En 1989 no dedicó muchos esfuerzos a este caso, ¿verdad? ¡Un caso de pena capital! Tenía muchos motivos para elevar protestas y no lo hizo ni una sola vez. Aquí está el otro supuesto acusado, con un historial de robo a mano armada, condena en la cárcel, y su cliente Jackson, con un asunto de poca monta, y en el informe original de la policía se afirma que no había «pruebas físicas que relacionaran a Jackson con los disparos, que se había buscado problemas al huir corriendo del escenario de un crimen cuando la policía le dio el alto, y acaba recibiendo un disparo y acusado de asesinato, y condenado y sentenciado a muerte. ¿En qué demonios estaba usted pensando?

Spires masculló con hosquedad:

—¡Yo qué sé! ¿Cuántos centenares de casos como este cree que he aceptado, no me refiero a penas de muerte, sino a clientes como el tal Elroy, desde principios de los ochenta, cuando vine a Somerville? ¿Cree usted que quiero estar en Somerville? Oigan, amigos, ustedes tienen la ventaja de que ha pasado el tiempo y lo ven en perspectiva. No es lo mismo que prever. Ustedes vienen aquí y creen que pueden insultarme… —Spires comenzaba a exaltarse,

trataba de mostrar indignación moral. La silla giratoria crujía de un modo alarmante bajo su voluminoso cuerpo y sus ojos de gelatina echaban chispas—. Verán, yo no soy socio de Abercrombie & Quien Coño Sea. No gano quinientos dólares a la hora. ¿Qué creen que paga el sagrado estado de New Jersey a tipos como yo? Tengo suerte si gano quinientos a la semana.

Naomi Volpe, que había estado tomando notas en silencio, de pronto habló con furia en defensa de Roger.

—¡Un momento! El señor Cavanagh está dedicando su tiempo voluntariamente a este caso que usted jodió. Sus honorarios son de cero dólares a la hora.

Poco a poco Spires cedió. Era evidente que se trataba de un hombre que disfrutaba cediendo, a su ritmo. Un hombre que se ponía a merced del tribunal. De acuerdo, admitió que no había dedicado mucho tiempo al caso Jackson porque no disponía de mucho tiempo, la Oficina de Abogados de Oficio del estado de New Jersey les hacía trabajar a él y a sus colegas como bestias de carga y, si no les gustaba, podían dejarlo.

—Además, había llegado un momento en que, me cuesta admitirlo, pero ¿por qué no voy a ser franco?, tal vez ustedes me comprendan, verán, había empezado a dar por supuesto más o menos que mis clientes eran culpables. ¿Porque la mayoría lo son? Alguien tiene que cometer los crímenes, los atracos a establecimientos y gasolineras, traficar con drogas en las calles, ¿no? Entonces, ¿quiénes son los sospechosos más probables sino tipos como Jackson? No quiero decir todos, porque claro que la policía de Jersey es racista, como toda la policía, hasta el punto de que pueden salirse con la suya, hay una población dispuesta a apoyarles, este

«perfil racial» no es más que la punta del iceberg. Bueno, lo sé. Eso lo sé. Me están mirando como si no lo aprobaran, pero tendrían que ser ciegos y tener la cabeza metida bajo el ala para no saber eso. O sea que hay clientes culpables, muchos, y psicóticos. ¿He dicho psicóticos? ¿Un pez sabe nadar? ¿Sí? Un psicótico es un individuo indefenso pero no un individuo al que uno desearía mucho ayudar. Es humano. No es como los clientes con los que usted trata, señor Cavanagh. En Salthill, en el estado de Nueva York, Jackson podría haber sido uno de estos, los polis le dispararon y posiblemente le golpearon y le arrancaron una confesión, ya sabe cómo son los polis, y esto es el condado de Hunterdon, no Manhattan, ¿entiende? Los procesos mentales de Jackson se confundieron. Y ahora vienen ustedes, doce años después del hecho. Ver después no es lo mismo que prever. Si yo pudiera ver en retrospectiva, si fuera lo mismo que prever, ganaría la lotería. Es seguro que no estaría aquí. De acuerdo, señor Cavanagh, hay cosas que entonces no vi, ¿quiere colgarme? De acuerdo, Jackson tuvo un trato asqueroso. ¿Cree que es el único? Es como que te caiga un rayo, esos tipos que están en el corredor de la muerte. Jackson es solo uno más. Usted no lo sabría, ¿verdad, señor Cavanagh?, que iba a caerle un rayo. —Spires hablaba con un infantil tono quejumbroso. Roger se dio cuenta de que durante toda su vida adulta Boomer había escapado al castigo apelando a la incompetencia, empleando la humildad. Su sinceridad era tanta que te entraban ganas de darle un puñetazo en el estómago por no tener la decencia de engañar.

—Como consecuencia de su incompetencia, señor Spires, un hombre inocente ha estado encerrado en el corredor de la muerte durante doce años. Ha estado a punto de ser ejecutado media

docena de veces. Claro que la acusación ocultó pruebas exculpatorias y el juez tenía prejuicios, pero ellos son ellos y usted es usted; a usted le pagaban para que representara a Elroy Jackson hijo en un caso de pena capital, un hombre inocente, y usted hizo un trabajo pésimo. Deberían inhabilitarle —dijo Roger.

—¡Inhabilitarme! —Spires mostró desprecio y alarma. En su morbosa camiseta habían aparecido manchas de sudor en las axilas y el vientre. Detrás de su cabeza, una sucia ventana que daba a Main Street de Somerville parecía hacer una mueca burlona—. Eh, amigo, yo hago lo que puedo. Tal vez no sea fantástico según las normas de la gran ciudad, pero es lo mejor de Boomer, ¿estamos? Me arrojan estos casos de mierda, es como ir en canoa río arriba remando con las manos, ¿qué puedo hacer?, ¡para ustedes es fácil juzgar! Si usted…

Roger interrumpió esta perorata de autocompasión diciendo:

—Una de las quejas que el Proyecto Nacional ha archivado dice que usted «se quedaba dormido» durante el juicio. La queja era de Jackson y fue corroborada por otros. Veo en la transcripción que el juez dice: «Despierte, señor Spires. No está en casa viendo la tele».

Spires protestó:

—¡Nunca me quedé dormido en el juicio! Nunca lo hago. Quizá descanso los ojos, sufro dolores de cabeza, necesito cerrar los ojos, ¿eso es delito? ¿Es una vileza? Pruébelo. Póngase en mi lugar. En aquella sala del juzgado. También usted cerraría los ojos. Ustedes dos. Mirándome como si fuera una mierda de perro. No estaba dormido, y quien diga que lo estaba, juez o quien sea, es un jodido calumniador.

—Al leer su exposición final se tiene la impresión de que estaba usted dormido cuando la hizo —afirmó Roger—. Es dispersa y repetitiva. No tocó en ningún momento el punto central: que Jackson era un hombre inocente y que el otro acusado mentía para implicar a Jackson y conseguir una pena inferior. No interrogó a los testigos de la acusación. No llamó a ningún testigo propio. Dejó que pasaran todas esas cosas. ¿Qué hizo para ganarse sus honorarios?

—Es fácil para usted, claro, criticar a otro abogado al cabo de tanto tiempo, ¿dónde estaba usted en 1989, cuando ese chico necesitaba una defensa enérgica? ¿Por qué no ofreció entonces voluntariamente su precioso tiempo, señor Cavanagh? Y las apelaciones, ¿qué me dice de las apelaciones?, ¿dónde estaba usted entonces? —dijo Spires.

Naomi Volpe le atajó con aspereza:

—¡Cállese, bola de grasa! Yo de usted me cortaría el cuello. Abandonaría el ejercicio de la abogacía y ahorraría a clientes como Elroy Jackson la pena de muerte.

Fue entonces cuando Spires intentó levantarse de la silla, o hizo un repentino gesto defensivo como si imaginara, o fingiera imaginar, que Volpe iba a pegarle; y Volpe malinterpretó el gesto, o fingió malinterpretarlo, como una ofensa y le golpeó con asombrosa rapidez con el borde de ambas manos simultáneamente. Debía de ser un golpe de artes marciales, desconocido para Roger. Vio que Spires recibía los rápidos golpes de Volpe en ambos lados del gordo cuello, vio la expresión de asombro y dolor en la cara de Spires y le oyó gemir, como el aire que escapa rápidamente de un globo. Spires se derrumbó de lado agarrándose al borde del escritorio e hizo caer una cascada de documentos, tazas de plástico y envases. Spires se

quedó sentado en el suelo, como una cría de ballena erguida, con el rostro enrojecido y resollando.

—Lárguense. ¡Lárguense! —susurró.

Volpe iba a decir algo, pero Roger, prudentemente, la cogió del hombro y la sacó de allí. Sin decir una palabra más salieron del despacho de Spires.

—No era necesario atacar a ese pobre hijo de puta —comentó Roger entre risas.

—Vamos a demandarle —afirmó Volpe con furia—. No me avergüenzo de haberle pegado. Es él quien merece la inyección letal, no Jackson.

Roger dijo, como quien intenta aplacar a un perro malo:

—No te preocupes, Volpe. Yo soy el único testigo de este ataque y estoy de tu parte.

Después de la reunión con Boomer Spires, Naomi Volpe tenía la cara enrojecida como si se la hubiera quemado el sol. Estaba demasiado inquieta para permanecer sentada en el coche de Roger. ¿Podían parar a tomar una copa?

—Claro —respondió Roger—. A mí también me vendrá bien una copa.

El nido de ratas, repugnante, se convertiría en una aventura para contar. Una aventura compartida. Cavanagh y Volpe ahora eran camaradas furiosos. Se rieron cruelmente del enemigo derrotado.

—Que se vaya a la mierda ese gilipollas —soltó Naomi Volpe en voz alta, sin importarle que otros la oyeran—. Es increíble lo de ese gilipollas. Y su tamaño. Se llama hombre, si es que se llama hombre, tenía ganas de reírme en sus narices. Con ese tamaño, un tipo tiene

una polla de este tamaño. —Volpe levantó el dedo meñique de la mano derecha—. Créame, lo sé.

Las arrugas de la frente de Volpe se hicieron más profundas. Sus ojos de hurón relucieron con malicia. El rostro triangular, manchado, le pareció atractivo a Roger, a la media luz de un bar de algún lugar de Jersey. A Roger le gustaba que su ayudante se exaltara tanto por una causa común. Después de unas cuantas cervezas y un par de cigarrillos, le pareció conmovedor, una señal de la lealtad de Volpe, el que estuviera a su lado, cuando nadie estaba a su lado, y dirigiera su furia contra alguien que no era él. Se había incorporado como voluntario en el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes para que su hija lo respetara, y si Robin no lo respetaba al menos le había dado motivos para hacerlo y quizá él mismo podría respetarse. El Proyecto Nacional era una de las causas de Adam Berendt. Era una muy buena causa. Si Naomi Volpe trabajaba en ese proyecto, era una mujer que merecía respeto. Cuando salieron del bar era de noche, y la oscuridad resultaba agradable. Se podía uno hartar de la luz del día. Se podía uno hartar de la sobriedad. Habían perdido la noción del tiempo, pero a quién le importaba. Era demasiado tarde para volver a la calle Quince Este. Mientras Roger conducía buscando una manera de tomar la interestatal, Naomi Volpe siguió hablando acaloradamente, con pasión. Se inclinaba en el asiento, con el cinturón de seguridad desabrochado. En un semáforo Roger reparó en que se daba pellizquitos en la cara; en el bar también lo había hecho; era un gesto nervioso, de enfado, un gesto de Robin, que se reventaba los granos y los apretaba con la uña hasta que a veces sangraba. Roger alargó el brazo para coger la mano de Volpe y se la apartó de la cara.

—Eh, no hagas eso.

Era la primera vez que la tocaba tan íntimamente. Volpe se le quedó mirando y sonrió. Apartó la mano. Los dos estaban alterados y tenían la respiración acelerada. Roger le tocó la cara y el cabello erizado. Naomi se inclinó para besarle, un beso rápido como un mordisco. ¿Lo imaginó Roger, o el bárbaro aro de la nariz le rozó la piel? El deseo le inundó como cera fundida. No recordaba cuándo había estado con una mujer por última vez. Intentó con torpeza coger los estrechos y musculosos hombros de Volpe como un hombre que se agarra para no ahogarse. Le devolvió el beso, con sentimiento. Los dos se rieron, jadeantes.

—¿Por qué estás enfadada conmigo, Naomi? Estoy de tu parte —dijo Roger.

Volpe le agarró del pelo con ambas manos.

—Nadie está de mi parte, señor C.

Roger condujo hacia una calle de almacenes sin salida. No tenía ni idea de dónde se encontraban. Naomi Volpe ya estaba tironeándole la chaqueta deportiva, la camisa blanca de algodón, estrujando la tela en sus dedos como si quisiera desgarrarla.

5

Conducía por algún sitio nevado.

¿Una carretera de montaña cubierta de nieve? El aire era limpio y transparente como el cristal. A través de un macizo de vegetación se veía una ventana iluminada. Él poseía el poder de ver a distancia. O quizá tenía un telescopio… En la ventana estaba la joven pelirroja,

pasaba junto a la ventana, iluminados su pálido y serio rostro y su largo cabello rojo enmarañado. Era la mujer a la que amaba y sin embargo ella no le veía… ¿o sí?

La llamó: «¡Marina!»

Miró con atención y la mujer le cerró la ventana. Corrió una cortina.

Se despertó en su cama de Salthill, excitado sexualmente y avergonzado.

A la mañana siguiente telefoneó a Naomi Volpe a las oficinas del Proyecto Nacional. Ella le hizo esperar.

6

¡Sexo informal! A Roger le parecía una conducta propia de otra época, de los años setenta. Nunca se había «liado» con una mujer como lo había hecho con Naomi Volpe, aunque Lee Ann le había acusado de hacerlo. Roger era más tradicional, más romántico, posesivo. Quería que el sexo significara algo. No sabría decir exactamente qué debería significar, pero sabía que debía significar algo. No era que estuviera enamorado de Naomi Volpe, pero le parecía que ella debería estar enamorada de él. Al menos debería poder amarle. Por su parte, él quería sentirse protector con ella. Quería sentir ternura, afecto. Era normal, ¿no? Había penetrado en su tenso y frenético cuerpecito y le había hecho el amor, a menos que solo se la hubiera follado («follar» era una palabra que Volpe pronunciaba con la misma naturalidad con que otro podría murmurar

«bien» o «ah»), pero la había impresionado, le había hecho sentir algo, estaba seguro, y esto era importante, ¿no?

En total, Roger y Naomi Volpe harían el amor menos de una docena de veces durante aquel otoño e invierno. Su relación no era exactamente una aventura amorosa, pero tampoco una amistad. Daba la sensación de que a Volpe le aburría la intimidad. A diferencia de todas las otras mujeres con las que Roger había estado liado sentimentalmente, mostraba poco interés por el intercambio «íntimo». Era físicamente inquieta, y en los brazos de Roger, si no estaban haciendo el amor activamente, él notaba que los pensamientos de ella no paraban. Hablaba mucho, de pie, pero no en la cama, y en ningún momento animó a Roger a hablar de sí mismo, tras su conversación inicial sobre Robin; la siguiente ocasión en que Roger planteó el tema, que para él era fascinante y obsesivo, de su hija «demoníaca», Naomi Volpe apenas le escuchó. Cuando hablaban de Elroy Jackson hijo, Volpe mostraba auténtico entusiasmo. Se enfadaba en nombre del condenado, hablaba con amargura del «enemigo», los «acusadores blancos». (Incluso cuando eran de piel negra, los acusadores se hallaban a merced de la élite blanca.) Roger veía que Naomi Volpe era una persona que odiaba con pasión, pero como amante era indiferente. Sus relaciones sexuales, dispersas e imprevisibles al menos por parte de Roger, parecían empezar con arranques de mal genio de Volpe. (Para ser una mujer que se alineaba categóricamente con la clase inferior, a Volpe le gustaban los restaurantes caros. Su única exigencia era que estuvieran «en el centro» de la ciudad, lo que incluía Union Square.)

Hicieron el amor varias veces en el apartamento de Volpe en Jersey City, donde no estaba claro si Roger era invitado o no a pasar

la noche o si él no lo deseaba, ansioso por marcharse y estar en Salthill para pasar la mañana en su despacho de Shaker Square. A veces, solos en su despacho de la Quince Este, y abrumados por el deseo, hacían el amor allí mismo, en un sofá, tantas veces como Volpe podía conseguir del cuarentón de Roger. Cuanto más enojada estaba Volpe por la injusticia del mundo, más apremiante era su necesidad sexual. Hundía los dedos en el pelo de Roger, se aferraba y gruñía y daba sacudidas debajo de él, con los tobillos entrelazados en la parte baja de su espalda. En más de una ocasión a Roger le había preocupado hacerse daño en la espalda: eran unas relaciones sexuales quizá demasiado jóvenes para él, sexo como aeróbic, acrobacias. ¡No es que se quejara! Los besos eran rápidos mordiscos de serpiente. A veces las relaciones eran demasiado repentinas para tomar precauciones, por ejemplo con condones. («No. No importa. Tomo la píldora. Venga.») Roger se sentía sexualmente adulado, animado y confundido. Estaba dolido, resentido. Le habría alarmado que su ayudante hubiera empezado a telefonearle a Salthill o le dejara mensajes en el correo electrónico o notas en las oficinas del Proyecto Nacional, pero se sentía sutilmente insultado porque no hacía estas cosas; si ella le decía que no podía verle, que tenía un compromiso con otra persona, ya fuera hombre o mujer, Roger sentía una punzada de celos aunque sabía, claro que lo sabía, que Volpe era de un tipo puramente contemporáneo, no promiscuo sino amoral, indiferente a las convenciones románticas igual que era indiferente a las convenciones del maquillaje y atuendo femeninos. No se podía decir que Naomi Volpe fuera «infiel» a Roger porque el concepto de «fiel» le habría parecido hilarante u obsceno. Roger se decía que sí, que a él le parecía lo mismo.

«Y una mierda. Quieres que ella adore tu polla. Por encima de todas las demás. Hasta que la muerte os separe.»

Era cierto, Roger se irritaba cuando llamaba a Naomi Volpe —¡una ayudante!— y ella no le devolvía la llamada. Cuando, al reunirse con ella en las oficinas del Proyecto Nacional, ella apenas le miraba, sonreía con afectación mientras murmuraba: «¡Hola, señor C.! Bonita corbata». «¿Se está riendo de mí? Pero ¿por qué?» Él se comportaba cordialmente con ella, con frialdad. Mantenía las distancias. Nadie en la oficina habría adivinado que eran —a veces— amantes. (¿Era eso lo que eran?) Roger se ponía furioso cuando Volpe le rechazaba con la vaga explicación de que tenía «otros planes» para la velada. ¡Si Lee Ann lo descubriera! ¡Si los amigos de Roger de Salthill lo supieran! Sentía la injusticia de ser tratado así, por una mujer que no tenía ningún atractivo especial salvo la piel manchada, un aro en la nariz, la voz grave; una mujer que simplemente ayudaba a abogados y estaría agradecida si uno de ellos se interesara por ella.

Se preguntaba: ¿era lesbiana?

Se preguntaba: ¿quiénes eran los otros amantes?

No se atrevía a hablar de eso con ella. No le habría gustado que supiera que pensaba esas cosas; o que pensaba en ella, simplemente. Por comentarios que ella había dejado caer, dedujo que era bisexual… «Al menos en teoría.» (Esto era alentador: ¿Volpe prefería a los hombres, el pene?) Una noche, mientras tomaban una copa, ella habló del «poder oculto» de los fetiches. Dijo:

—Todo el mundo es fetichista, pero la mayoría no lo sabe. Aún no han descubierto su fetiche. Es como el grupo sanguíneo, señor C. Antes de informarte, se podría decir que eres «inocente» de ese

conocimiento, pero eso no significa que no tengas un grupo sanguíneo verificable.

Roger se quedó atónito. ¡Él, fetichista!

Tonterías. Él era un varón heterosexual completamente normal.

—¿Y cuál es tu fetiche, Naomi? —preguntó.

—Volpe, por favor. Te lo he pedido.

—¿Ese es tu fetiche, no ser «Naomi»? ¿Por qué?

Volpe pareció desconcertada. Arrugó la frente, incómoda. Acostumbrada a hacer preguntas, no se le daba bien responderlas. Nerviosa, dijo:

—Señor C., es un poco tarde. Creo que esta noche iré a casa en tren. ¡Buenas noches!

«Esclavo del sexo.» Pero aún no lo era. No de Naomi Volpe.

7

¿Quién había llevado a Roger Cavanagh a este atolladero? Quién si no su amigo Adam.

Como albacea de Adam, Roger había descubierto una carpeta con documentos y recortes referentes al Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. Le había impresionado que Adam hubiera dejado 50.000 dólares a la organización, y recordó una conversación que había mantenido con Adam, unos meses antes de su muerte, en la que su amigo expresó el deseo de haber estudiado derecho, de tener el título de abogado, para poder «ayudar a luchar contra la injusticia». Roger había dicho con sequedad:

—¿Eso crees que hacen los abogados, Adam? ¿Luchar contra la «injusticia»?

—Sí. Algunos abogados.

Roger esbozó una sonrisa severa, herido por el comentario de su amigo.

«Vete a la mierda, Berendt. La vida no es tan sencilla.»

Los que no eran abogados idealizaban la ley, pensaba Roger. Si es que alguien la idealizaba. Para el abogado, la ley es tan pragmática como un mapa del metro. Es una función, un uso. Para llegar a X tomas una ruta determinada. Si no deseas llegar a X (si has hecho de Y el trabajo de tu vida), no necesitas mirar siquiera la ruta X. Puedes saber que X existe, pero no existe en relación contigo.

Adam había proseguido hablando de «injusticias» de las que él era consciente, el número desproporcionado de negros que estaban en el corredor de la muerte en Estados Unidos, la probabilidad de que hombres inocentes fueran ejecutados por el estado, posiblemente Adam incluso había hablado de Elroy Jackson hijo, y para su vergüenza Roger después no lo recordaría. Había estado a la defensiva. Le había molestado la ingenua indignación de Adam. No puedes enfrentarte al idealismo de otro sin desear refutarlo, y si no puedes refutarlo, lo niegas; haces todo lo posible para olvidarlo.

Después de la muerte de Adam, cuando Roger empezó a descubrir cosas sorprendentes sobre su amigo (la cantidad y variedad de las inversiones financieras de Adam, por ejemplo; la misteriosa ausencia de familia, de parientes), se dio cuenta de que «Adam Berendt» había sido una especie de invención: el encantador escultor-filósofo excéntrico con el que simpatizaba todo Salthill y al que algunas habían amado. Jamás se había visto ni el menor indicio del dinero

que estaba amasando y que entregaría a obras de caridad que lo «merecieran». Adam había permitido que sus amigos le interpretaran de maneras falsas. Había dejado que sus amigos amaran a un hombre que jamás había existido.

Mientras revisaba la carpeta del Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes de los archivos de Adam, Roger se tropezó con el caso de Elroy Jackson hijo, el más documentado de los casos que se hallaban en posesión de Adam. Había más de un centenar de páginas de material fotocopiado, documentos del tribunal, cartas, recortes de prensa, informes. En los márgenes de algunos Adam había hecho anotaciones exclamatorias. Había una gran variedad de *pathos*. Leer el caso de Jackson era desear ávidamente no estar leyéndolo, apartarlo con impaciencia, cerrar los ojos. Sin embargo, qué familiar le resultaba en conjunto la sórdida historia: un hombre negro, que huía del escenario de un crimen cuando la policía le daba el alto; un hombre negro desarmado, no implicado en el crimen, el atraco a mano armada de una tienda 7-Eleven de Somerville, New Jersey, y la muerte de un joven dependiente por arma de fuego; un hombre negro perseguido a pie y gravemente herido por la policía que más tarde «confesaría», bajo coacción, haber participado en el crimen; un hombre negro con un historial de condenas por delitos menores traicionado por otro hombre negro, más astuto. Los testigos afirmaban haber visto a Elroy Jackson «en los alrededores» del 7-Eleven; algunos afirmaban que le habían visto huir antes del tiroteo, y algunos afirmaban que le habían visto huir «en el momento» del tiroteo. En la confusión de los testimonios, ¿qué iba a creer el jurado? Sin embargo, Jackson no llevaba arma y no se encontraron restos de pólvora en sus manos o en su ropa. Era su

palabra contra la del que había disparado en realidad. Era su palabra contra la de un hombre negro de piel más clara, más inteligente y más astuto que había sabido hacer un trato rápido con los abogados de la acusación para imputar a un hombre inocente y declararse culpable a fin de reducir los cargos. Cuando se ha producido una muerte por arma de fuego, alguien debe pagar por ello severamente, y el infortunado Elroy Jackson hijo resultó ser ese hombre.

Roger leyó y releyó la información sobre Jackson. ¡Por Dios! Era evidente que se trataba de una mala aplicación de la justicia. Gran parte de las pruebas que habrían podido ahorrar la cárcel a Jackson no se admitieron en el juicio, o el incompetente abogado de oficio de Jackson no las presentó; había evidentes incoherencias en los testigos; sin embargo, la oficina de la fiscalía del condado de Hunterdon se las había arreglado para «demostrar» su caso ante un jurado compuesto principalmente por miembros blancos, jubilados. Este jurado declararía culpable a Jackson por un delito capital, un asesinato cometido durante un robo, y se le condenaría a pena de muerte mediante el nuevo y humano método de la inyección letal.

La ejecución se había aplazado varias veces. Hacía más de dos décadas que en New Jersey no se ejecutaba a nadie. Los políticos de derechas y sus electores presionaron al estado para reanudar las ejecuciones, y las recientes resoluciones del Tribunal Supremo de Estados Unidos dificultaban mucho las apelaciones de los condenados. A medida que Roger leía, su rabia y frustración iban en aumento. No era de extrañar que Adam tuviera unos sentimientos tan fuertes al respecto…

La carpeta incluía fotografías de Jackson: el hombre tenía la piel oscura, entre treinta y cinco y cuarenta años, la nariz ancha, los labios gruesos, los ojos hundidos, con expresión ansiosa; no poseía ninguna característica distintiva; tenía la mala suerte de tener el aspecto de un hombre al que los miembros de un jurado fácilmente podían imaginar perpetrando los delitos de que se le acusaba. (Era peor suerte de lo que Jackson suponía el hecho de que el otro acusado tuviera facciones caucasianas y un rostro menos corriente, más «atractivo». Y un abogado más listo.) A Roger no le costaba imaginar la mala imagen que Boomer Spires debió de dar en la sala de justicia. El juicio debió de ser rápido e inmisericorde como una apisonadora. Estaba el horrible asunto de la «confesión» errática e incoherente que Jackson había hecho a la policía, de la que más tarde se retractó pero que permaneció en los archivos. Y una vez que un veredicto de culpabilidad entraba en los archivos, la maquinaria de la «justicia» se ponía en marcha como una trituradora de carne. Las apelaciones en los casos de pena capital eran automáticas en New Jersey, pero el veredicto de culpabilidad de Jackson siguió intacto durante casi doce años. Al leer estas cosas, el lado oscuro de la ley, que era la profesión de su vida, Roger se sintió enfermo, avergonzado. Comprendió la repugnancia que su hija sentía por el trabajo de su vida y por él, y no se habría podido defender ante ella.

Era tarde. Roger se encontraba solo en el despacho de Adam Berendt, en la casa de River Road que pronto sería propiedad del Consejo de las Artes de Salthill. Desalentado, vencido por la fatiga, apoyó la cabeza en los brazos. El pulso le latía en los ojos. Qué extraño estar a solas en la casa de Adam sin él. No estaba dormido,

y sin embargo allí estaba Robin, a unos pasos, mirándole con… ¿era comprensión? «Pobre papá. Papá está cansado. Una cuestión de vida o muerte. ¿Algo de lo que estar orgulloso, papá?»

Roger casi oyó la voz de su hija.

8

—Esto será instructivo para ti, señor C.

En noviembre, Roger y su ayudante, Naomi Volpe, fueron en coche a Rahway, New Jersey, para entrevistarse con Elroy Jackson hijo, en el bloque de celdas del corredor de la muerte donde llevaba doce años encarcelado. ¡Doce años! El conocimiento intelectual de semejante dato apenas podía sugerir la triste y despiadada realidad que había detrás. Era la primera vez que Roger visitaba una prisión, y también una prisión de máxima seguridad en la que había internos en el corredor de la muerte; la experiencia le dejó trastornado, desorientado. Después soñaría con ello y con el infortunado Elroy Jackson hijo durante meses. Mientras eran conducidos por un taciturno guardia a una sala de visitas, tras haber pasado una sucesión de controles supervisados electrónicamente, el aire de la cárcel cargado de malos augurios como un trapo empapado en éter, Naomi Volpe dio un apretón a Roger en el brazo en un inesperado gesto de… ¿era compasión? ¿Lástima por el semblante pálido del abogado de Salthill? Cómo si dijera: «Todo irá bien, estoy contigo. Soy tu amiga».

Roger le habría devuelto el apretón, pero Naomi Volpe se apartó, fuera de su alcance.

Naomi Volpe siempre se estaba apartando, poniéndose fuera del alcance de Roger Cavanagh.

Volpe había alardeado ante Roger de que las prisiones no le resultaban desconocidas, ni siquiera las prisiones de alta seguridad para hombres. Conocía el protocolo y no daba la impresión de ofenderse, como Roger tenía inclinación a hacer, por el modo brusco en que los oficiales y guardias de la cárcel les trataban.

«Te ven con corbata y piensan: abogado. Estos tipos odian a los abogados. Incluso los abogados que están de su parte. Pero nosotros estamos aquí para ayudar a nuestro cliente, así que limítate a aceptar su mierda. Nosotros después saldremos, ¿no?.» Volpe habló con cierto entusiasmo. Llevaba un mono negro y zapatillas de deporte negras, y su cabello erizado estaba recién rasurado en la nuca y los costados; a primera vista se la podía confundir con un interno de Rahway, de talla pequeña. No conocía personalmente a Elroy Jackson hijo, pero había mantenido correspondencia y hablado con él por teléfono, de modo que fue ella quien presentó al prisionero y a Roger, y explicó la misión del abogado: preparar una moción a favor de Jackson, en colaboración con un abogado de la Unión Americana para las Libertades Civiles, que se presentaría ante un tribunal federal de New Jersey para solicitar un nuevo juicio para Jackson o la puesta en libertad. El prisionero escuchó esta información con poca emoción y un tic sardónico a modo de sonrisa. Masculló algo que sonó como: «Eso ya lo he oído antes». O quizá solo fue un gruñido. Roger se dio cuenta de que estaba interpretando el papel, nuevo y extraño para él, del abogado liberal, caucásico, vecino de una zona residencial, resueltamente optimista. «¡Hombre blanco al rescate!»

La entrevista, mantenida en un cubículo sin ventanas y con luces cenitales, fue breve e insatisfactoria. A la mayor parte de lo que Roger preguntó el prisionero ya había respondido más detallada, larga e inteligentemente en el pasado, según los documentos que obraban en poder del abogado. Después de doce años Jackson abreviaba su relato de lo que había ocurrido y a Roger le dio la impresión de que recitaba, con desánimo, palabras que ya había recitado muchas veces. Roger tenía la sensación de que el prisionero, de edad madura y rostro fláccido, que se parecía al Elroy Jackson de 1989 como un padre envejecido y enfermo podría parecerse a un hijo, recordaba lo que otros habían elaborado para él. Tenía los párpados hinchados y los ojos inyectados en sangre, su piel oscura y mate parecía áspera como papel de lija. Su cuerpo, vestido con el mono de la cárcel, era informe como un saco de harina. Realizaba el esfuerzo de relacionarse con sus visitantes blancos solo de manera intermitente, mascullando y murmurando sus respuestas, audible su aliento como si sufriera de alguna dolencia respiratoria. En el transcurso de los años otros habían ido a Rahway a verle, su ejecución se había aplazado, pero la sentencia de muerte no se había anulado y su vida se iba extinguiendo. Cuando Roger le aseguró que parecía haber perspectivas «muy prometedoras» de que se celebrara un nuevo juicio, e incluso la posibilidad de que se cambiara el veredicto, pues Roger había descubierto «errores inadmisibles» en el juicio, Jackson masculló algo con aire divertido y esbozó una semisonrisa. Miró a Roger Cavanagh, que llevaba un traje de mil rayas gris y una almidonada camisa blanca de algodón, como si contemplara una molesta mosca que zumbara cerca.

—¿Me sigue, señor Jackson? —preguntó Roger cortésmente.

Jackson despertó a la conciencia como un perro grande preparándose para sacudirse y murmuró:

—Dígaselo al señor Spires.

¡Spires! Roger enrojeció, herido en su orgullo, e incluso Naomi Volpe sintió un escalofrío, como quien ha presenciado un acto obsceno. Esta dijo con tono reprobador:

—Señor Jackson, su nuevo abogado es el señor Cavanagh. Y yo soy Naomi Volpe, su ayudante. Trabajamos con el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. Está usted muy lejos de Boomer Spires.

Jackson masculló lo que pareció una disculpa y de pronto se echó a reír; o fue un ataque de tos; soltó violentamente una flema verdosa en un pañuelo que Roger Cavanagh no tuvo más remedio que apresurarse a proporcionarle tras sacarlo del bolsillo de la chaqueta. El pañuelo era de algodón blanco, con sus iniciales bordadas, recién lavado y planchado.

—Por favor, quédeselo. Se lo regalo —dijo Roger con un estremecimiento de repugnancia cuando, en un gesto de absoluta sinceridad, que bien podía haber sido un gesto de ironía consumada, Elroy Jackson hijo ofreció el sucio pañuelo a su propietario.

Después de este intercambio, la entrevista terminó enseguida.

Fuera, en el acre aire de New Jersey, que no obstante a Roger le pareció dulce después de estar encerrado en la prisión, Naomi Volpe dijo con humor negro:

—¡Bueno, señor C! ¿Le gustaría vivir en el corredor de la muerte? No es como Salthill-on-Hudson, ¿eh?

Roger, excitado por el descuidado codazo que le dio su compañera, igual que por la frustración visceral de la última hora,

cogió a Volpe por los hombros, de tal modo que ella hizo una mueca, la atrajo hacia sí y la besó en la boca de labios finos y le dijo con simples bisílabos lo que le gustaría hacerle en cuanto encontraran un lugar privado. Los ojos de hurón de Volpe se iluminaron. Se apretó contra la entrepierna de Roger cuando él la abrazó, rodeándole por la cintura con tanta urgencia como él la había cogido a ella.

—¡Está bien, señor C.! Yo estaba pensando exactamente lo mismo.

Pasaron el resto de aquella espantosa tarde, y tras un descanso para comer otras varias horas, en una habitación del Ramada Inn junto a Jersey Turnpike, y después Roger no vería a Volpe salvo a distancia durante unas semanas.

Esto le iba bien, pensaba Roger. Porque a pesar de toda su pericia sexual aquella mujer no era su tipo.

9

«Te estás alejando de Salthill. ¿Hacia dónde?»

Aunque pasaba cada vez más tiempo en Nueva York y en breve alquilaría un apartamento de una sola habitación en la calle Once Este, Roger seguía viviendo en Salthill. En la época de su divorcio, cuando él y Lee Ann vendieron con prisas su casa, había comprado una casa de ladrillo rojo en la ciudad, construida en 1901 y renovada en múltiples ocasiones desde entonces, en otro distrito «histórico» de Salthill, desde donde podía ir a pie a Shaker Square. Era una casa alta y estrecha de aspecto austero, de ladrillo antiguo, con persianas

negras y un césped rodeado por una valla de hierro forjado, una casa que solo podía pertenecer a alguien con gusto y dinero. Al acercarse a ella Roger nunca dejaba de experimentar la emoción de ser su propietario y una sensación de engaño. «¡Mía! Yo soy el hombre que vive aquí.»

Nunca llevaba a Naomi Volpe a aquella casa. Nunca llevaba a Naomi Volpe a Salthill. Temía la reacción de la joven ayudante con el pelo erizado al conocer su vida suburbana. «Señor C., nada de esto me sorprende en lo más mínimo.»

Había borrado la sonrisa de suficiencia del rostro de Volpe en la cama, en más de una ocasión. Había follado con ella hasta que la charlatana mujer se quedaba sin palabras, gimiendo y sudando y agarrando a Roger sin saber quién era él.

«¡Señor C.!» A él le dolía el desdén de Volpe.

Esto no estaba previsto: a principios de invierno Roger pasaba tanto tiempo trabajando en el caso de Elroy Jackson, o reflexionando sobre él, como con sus clientes de Salthill. ¡Sus clientes de pago! Había empezado a sentirse incómodo con estos individuos, por los que no podía apasionarse. Sus casos únicamente tenían que ver con el dinero y el orgullo. Ganar, perder, llegar a acuerdos buenos, malos, regulares… «¿A quién coño le importa?» Era trabajo, y Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook eran hombres de negocios. Eran multimillonarios, pero no megamillonarios, y la diferencia no les preocupaba, pues en Salthill gozaban de una reputación excelente, eran hombres de buena posición y edad madura, que esperaban la jubilación y los años «dorados». Por lo general sus hijos eran mayores y habían abandonado el hogar.

Cada mañana, al revisar su correo electrónico personal, Roger se preparaba para descubrir otro poemita críptico de Robin, pero ella había dejado de comunicarse con Queridopapámuerto. Tenía que aceptarlo, ella le rechazaba. «Para sí misma ella no es tu hija. Para sí misma ella es ella misma.»

Roger casi se arrepentía de su juventud perdida. Desperdiciada en Salthill-on-Hudson. Debería haberse hecho abogado de la Unión Americana para las Libertades Civiles, dedicado a defender los derechos civiles, proteger el medio ambiente, luchar contra la pobreza. Debería haberse casado con una mujer que compartiera estos compromisos. Ahora tendría otra hija, posiblemente hijos varones. Los hijos amarían y respetarían a su padre idealista. En cambio, se había enamorado de la guapa Lee Ann Stacey, cuya astuta madre había «contratado» la lista de boda en Tiffany's y cuyo padre, ejecutivo de una empresa aseguradora, había insistido en ayudar a los recién casados con su primera casa… No era extraño que Volpe se burlara de él y le llamara «señor C.». Roger era una inicial, no un individuo. «No sabía quién coño era.»

Roger recordaba la mezcla de admiración y desprecio que sus compañeros de la facultad de derecho sentían por los idealistas que rechazaban empleos en bufetes de abogados para trabajar por causas «dignas». El deseo no expresado, profundamente arraigado, de que fracasaran.

«Ahora, ¿yo soy uno de ellos? ¿A mi edad? Dios mío.»

Era como acercar peligrosamente la mano a una trituradora: si no vas con cuidado, se te tragará la mano, y si no puedes sacar la mano, te tragará a ti.

Owen Cutler llamó y pasó por casa de Roger, en el 11 de Belle Meade Place, con una botella de caro chardonnay francés sacado de su bodega y una cena de gourmet, exquisitamente preparada, de la tienda Salthill Seafood… «Ya no vamos el uno a casa del otro. Desde que Gussie se marchó.» Si le pareció un comentario excéntrico, Roger no dio muestras de reconocerlo. Todo Salthill sabía que Owen Cutler se había vuelto cada vez más excéntrico desde la desaparición de su esposa, prácticamente se había retirado del negocio y pasaba gran parte de su tiempo en casa («Por si Gussie llama, o vuelve de improviso»), donde, según había oído decir Roger, había empezado a cultivar flores tropicales. Roger conocía a los Cutler desde hacía muchos años pero, como en la amistad entre personas ricas que viven en las afueras de la ciudad, no les conocía bien. No estaba seguro de haber mantenido nunca una conversación seria y prolongada con Owen Cutler hasta ahora, cuando las conversaciones de Owen eran más serias de lo que se deseaba y mucho más prolongadas.

—Corre un rumor terrible, Roger; probablemente lo has oído; la gente dice que yo tuve algo que ver con la desaparición de Gussie —murmuró Owen con la voz quebrada por el dolor, la pena, la vergüenza, y sin mirar a Roger a los ojos—. Pero no es así, Roger, juro que no tuve nada que ver. Gussie tenía inversiones propias y las cobró; simplemente desapareció, se ha desvanecido de la faz de la tierra. Los detectives privados que contraté no consiguieron ni una pista.

Roger compadecía a Owen, pero temía que su amigo se quedara hasta muy tarde, y por eso hizo pocas preguntas; no obstante,

Owen siguió hablando, en un lastimero monólogo, frotándose los ojos enrojecidos y suspirando; al fin dijo, en un torrente de palabras:

—Roger, yo… no quiero ofenderte… jamás desearía ofenderte… pero… ¿alguna vez tú y Gussie… alguna vez fuisteis amantes?

Roger debería haber estado preparado para esto, había oído decir que Owen había hecho esta pregunta a otros, pero se quedó atónito. No solo porque la pregunta era muy directa e inesperada, sino porque la idea resultaba desagradable: ¡Roger Cavanagh y Augusta Cutler!

La mujer de Salthill a la que había amado era Marina Troy, quería decirle a Owen. ¿No lo sabía todo el mundo?

Roger se apresuró a asegurar a Owen que no, que él y Augusta nunca habían sido amantes, solo amigos.

—¿Solo amigos? Pero creo que erais buenos amigos.

—Claro, Owen, todos éramos buenos amigos. Quiero decir, todos somos buenos amigos.

—Gussie se sentía atraída por ti, lo sabes. Por tu «vigor», decía. Tu mirada «tortuosa». —Al ver la expresión en el rostro de Roger, Owen se apresuró a añadir—: No estoy seguro de lo que quería decir Gussie con eso, ya sabes que era muy fantasiosa, pero… se refería a que eras atractivo, claro. Ella te encontraba muy atractivo, Roger.

Roger no supo qué decir. ¿Qué debías decir cuando te hacían semejante revelación? «Gracias» o «Lo siento».

—Creo que Gussie tenía una amistad aún más íntima con Adam. ¿Eras su confidente?

—¿Confidente? ¿Cómo?

—Un amigo al que se confiaban. Ya sabes. —Owen Cutler, con el rostro desmejorado por la preocupación, la tensión, el tiempo, sonrió con horrorosa intimidad a Roger, que le miraba con aire de no comprender nada—. Adam hacía muy feliz a Gussie, lo sé. Era un hombre con el que podía hablar, al que podía abrir su corazón. Nuestras esposas tienen mucho que decir, Roger, mucho que confiar a otros, si no a nosotros. Yo se lo agradezco a Adam. De veras, se lo agradezco.

Cuando por fin, después de medianoche, Owen Cutler se marchó, Roger telefoneó impulsivamente a Naomi Volpe, que estaba en Jersey City. Su teléfono sonó, sonó y sonó. Maldita sea, salió el contestador automático.

—¡Naomi! Soy el señor C. Te echo de menos. Llámame, ¿eh?

Volpe no era el tipo de Roger Cavanagh, como no lo había sido Gussie Cutler, pero en su soledad se habría conformado con cualquiera de las dos mujeres.

Otro día, Abigail Des Pres pasó por el despacho de Shaker Square para invitar a almorzar a Roger (invitación que él declinó con educación) y para sonreírle melancólicamente.

—Te estás alejando de Salthill, Roger. Como Marina Troy.

—No. No como Marina Troy. —replicó Roger con aspereza.

¿Era descortés con la bella Abigail, la divorciada calientabraguetas más apetecible de Salthill? Esperaba que sí.

10

La ley estadounidense es un paradigma del arte de la guerra «con otros medios» Quizá por eso le gustaba a Roger cuando era un hombre más joven. Ahora deseaba poder hablar con sus adversarios. Los acusadores de Elroy Jackson. Creía que tal vez fueran hombres razonables, ¿no? (Todos los implicados en el juicio de Jackson, acusación, defensa y juez, eran hombres.) Un nombre que le llamó la atención de entre los que aparecían en los documentos del tribunal fue «Calvin Ransom»: era un conocido de Roger de la facultad de derecho de la Universidad de Columbia. Ransom había sido ayudante del fiscal del distrito en el condado de Hunterdon en 1989 y había ayudado en la preparación del caso del estado contra Jackson y el otro acusado. Desde hacía poco Ransom ocupaba el puesto de interventor en el condado de Hunterdon; era un cargo público electivo, republicano. Lógico, pensó Roger. Recordaba a Ransom como un ambicioso estudiante de derecho, no diferente de Roger Cavanagh. No habían sido amigos, pero habían mantenido una relación cordial y se habían respetado mutuamente, o eso quería creer Roger.

«Me hablaba con franqueza. A mí no me venía con tonterías.»

Sin embargo, concertar una cita con Calvin Ransom no fue fácil. Y cuando se reunieron, en el despacho de ejecutivo de Ransom, en un bello edificio municipal nuevo, en Flemington, New Jersey, Roger se sintió ofendido al enterarse, por la secretaria de Ransom, que este solo le había asignado media hora.

¡Media hora! Qué hijo de puta.

Desde que trabajaba como voluntario en el Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes, Roger empezaba a comprender por qué Naomi Volpe, igual que algunos otros colegas, a menudo se mostraba impaciente, ruda. Por qué ardía en ella una furia como un chorro de gas que de pronto podía encenderse.

Y allí estaba Calvin Ransom, un triunfador de tres al cuarto en los círculos políticos de New Jersey, probablemente multimillonario, porque qué es un interventor, sino un tipo con los bolsillos hondos y promotores inmobiliarios que le arrojan dinero, en un condado como Hunterdon, New Jersey, antes tierras de cultivo y a disposición de cualquiera, el paraíso suburbano norteamericano. Ransom le estrechó la mano con firmeza; un hombre de gordura porcina, con gafas de reluciente metal y actitud comedida; Roger desconfió de él al instante, le detestó y esperaba que Ransom no sintiera lo mismo por él. Eran como gemelos, excepto que Roger aún tenía pelo, pesaba diez kilos menos y se hallaba en la deplorable situación de pedir ayuda. Cuando planteó el tema de Elroy Jackson hijo, los ojos de Ransom se pusieron vidriosos. «¡Se aburre! Un hombre está a punto de morir y este cabrón se aburre.» Roger sintió el impulso de hundirle el puño en el blando estómago, pero conservó su expresión sonriente y afable cortesía. Explicó rápidamente su implicación en el caso y su esperanza de liberar a Jackson, y vio que Calvin Ransom le escuchaba solamente con un poco de atención, aunque no se atrevía a mostrar verdadera falta de educación, todavía. Su estrategia era dejarle hablar. Hablar y hablar. Por último Roger dijo:

—Cal, francamente, estoy asombrado. Soy nuevo en la investigación de casos como este, casos criminales, casos de pena de muerte. Solo soy un voluntario, sigo con mi bufete de abogados.

¡Lo que estoy descubriendo! No solo errores en el juicio de Elroy Jackson, sino lo que parecen decisiones deliberadas por parte de la acusación de ocultar pruebas exculpatorias. El informe original de la policía y el no llevar ante el tribunal a testigos favorables al acusado y…

Calvin Ransom dijo con frialdad:

—Un jurado declaró culpable a Jackson. Un juez le condenó a muerte. La apelación es automática. Ese hombre ha tenido asegurada la protección de la ley. —Ransom hablaba con el tono de voz, educado e inexpresivo, de desprecio juiciosamente contenido, que empleaban los políticos en la tele.

—¡Protección de la ley! La ley ha jodido a este hombre. Un hombre negro… —exclamó Roger.

—Todos eran negros. Las dos partes. El muchacho que recibió un disparo en la cara era negro, ¿no?

—Hispano, pero ¿qué tiene eso que ver? Elroy Jackson tuvo mala suerte. Como cuando te cae un rayo encima. No era lo bastante listo para hacer frente a lo que ocurrió y su abogado era un imbécil. ¿Conoces a Boomer Spires? Debe de ser un personaje local de las salas de justicia, un bufón.

Ransom se encogió de hombros. Boomer Spires era una vergüenza del pasado del interventor del condado de Hunterdon.

Roger se oyó a sí mismo discutir con la vehemencia de un estudiante de derecho mientras Ransom, sentado detrás de un enorme escritorio, con los brazos detrás de su sólido cuello, fingía escuchar.

—Puedes ver cómo se amañó esto, Cal. Un tribunal federal lo descubrirá por nosotros. No te estoy acusando a ti, Cal, sino a la

oficina del fiscal, tú solo estabas ayudando. El que disparó, el verdadero asesino, que tiene una condena de veinticinco años en Rahway, descubrió cuando fue arrestado que otro tipo, Jackson, al que conocía, huyó corriendo del escenario del crimen, fuera de la tienda, y la policía le disparó, de modo que el que disparó, que se convierte en delator de su cómplice, hace un trato con tu oficina porque su abogado es siete veces más listo que Boomer y pide que se le rebajen los cargos y no presta declaración, por lo que no hay interrogatorio por parte de la defensa de Jackson. Lo que estoy señalando es el error. Y hay otros.

Roger oía su voz pesarosa y vio el resentimiento en el rostro de Calvin Ransom y supo que había penetrado en un territorio que le era ajeno. Estar «implicado» —preocuparse apasionadamente por alguien, alguien que no era él— no era propio de Roger Cavanagh, y sin embargo allí estaba.

Ransom dijo con una sonrisa:

—¿Desde cuándo eres un cruzado, Cavanagh? Es un poco tarde, ¿no te parece?

—Vete a la mierda, Ransom.

Roger se marchó del despacho del interventor antes de que hubiera transcurrido su media hora. Sintió el horror de aquello, de que funcionarios del tribunal, hombres como Calvin Ransom, hombres como él mismo, desearan enviar a la muerte a un hombre inocente. «Es el enemigo. Matarían por su profesión.» Aunque después, mientras conducía de vuelta a Salthill, se diría que era una sensación agradable, por una vez, reconocer que odiaba a alguien profundamente y que, a su vez, era odiado.

11

—¿Qué es esto? ¿Fósiles?

En diciembre, en el piso de Naomi Volpe de Jersey City, que hacía semanas que Roger no pisaba. En este poco elegante escenario de muebles colocados de cualquier forma, estanterías atestadas, un televisor asombrosamente grande sobre una mesita de formica y cajas sin abrir de anteriores mudanzas. Daba la impresión de que dentro del piso había soplado un fuerte viento. Se olía a humo de cigarrillo, a comida, a insecticida. (¿Cucarachas? Tal vez fuera buena idea que Roger nunca se quedara a pasar la noche.) Roger había tenido que telefonear varias veces a Volpe antes de que ella le llamara con la excusa de que había estado fuera, en Washington D. C., para realizar un encargo; Roger sabía que Volpe no había estado tanto tiempo fuera de la ciudad, pero no iba a insistir en el tema. Que Volpe deseara darle excusas, que las ofreciera con cierto tono de disculpa, era enormemente halagador.

Naomi Volpe tenía este lado inesperado, a veces, lo que se podría llamar femenino.

El simple hecho de estar en el piso de Volpe en Jersey City, en una tierra de nadie de propiedades de alquiler colindante al distrito de almacenes, a Roger le excitaba sexualmente. Tenía vivos recuerdos eróticos de las ocasiones en que había estado en aquel piso. Entonces Volpe le había llevado directamente a su dormitorio sin adornos; él solo tenía un vago recuerdo de las otras habitaciones. Esta vez, se quedó en la sala de estar, estrecha y rectangular, mientras Volpe buscaba vasos limpios en la cocina para tomar algo; la ocasión era mucho más social y agradable; aun así, Roger estaba

excitado y empezaba a impacientarse. Observó una pared en la que había fotografías asombrosas, en marcos baratos, de lo que parecía ser la entrada y el interior de una cueva y de figuras cuneiformes en la roca. ¿Dónde las habría tomado? ¿En el sudoeste? ¿En Europa? Había algo familiar en aquellas formas estilizadas, Roger estaba seguro de que las reconocía.

No tenía intención de mostrar su irritación con Volpe porque no había devuelto sus llamadas cuando él deseaba tanto verla. ¡No iba a mostrarse celoso! No el señor C.

Volpe no había besado a Roger cuando él entró en el piso, pero tampoco le había abrazado con rigidez. Había dejado que él la besara y le pasara las manos con avidez por el cuerpo. Se la veía inusualmente apagada, distraída. Incluso su pelo erizado estaba aplastado. El aro de la nariz había desaparecido como si no hubiera estado nunca allí. Era evidente que no reparaba en el estado de ánimo de su amante, tenía otras cosas en la cabeza. Cuando Roger le habló de la visita al gilipollas de Calvin Ransom y algunos de los progresos que había hecho en el caso Jackson, ella escuchó con la frente arrugada pero apenas despegó los labios. No abundó en la crítica que Roger hizo de Ransom, se encogió de hombros como diciendo: «¿Y qué? Él es el enemigo, qué se puede esperar.»

—Genitales femeninos —dijo Volpe señalando las fotografías enmarcadas mientras tendía su bebida a Roger—, esculturas en una cueva de treinta mil años de antigüedad, en Les Eyzies. Hermosas, ¿eh?

Roger contempló las fotografías un tanto ruborizado. ¡Genitales femeninos! Claro, ahora lo veía: sencillas formas estilizadas, geométricas, platónicas. Huesos de pelvis, labios, vaginas, vulvas y

clítoris. Había centenares de ellos. ¡Miles! Quienesquiera que hubieran sido los primitivos escultores, hombres o mujeres, estaban fascinados por el tema como un niño podría estarlo por sus genitales. Era un mundo prehistórico perdido. ¿Neandertal? ¿Cromañón? Los antepasados del propio Roger, en teoría. Volpe estaba contando a Roger que las fotos enmarcadas se las había regalado «una amiga muy especial», que después había muerto de cáncer de ovario.

—Las esculturas nos indican que el sexo es un hecho biológico, como los codos o los dientes. No es nada místico. Casi se puede reducir a una ecuación. El sexo es un acto, tener un hijo… son cosas que el cuerpo hace. Una nueva vida se crea en la hembra y sale de la hembra a través de estos aparatos. No es más místico que la reproducción asexual de las amebas. —Volpe hablaba como si anunciara una buena noticia, pero Roger se sentía un poco deprimido. ¡Amebas! Quiso protestar. «¡Pero es más divertido!»

Estaban sentados. Roger, de cara a la pared donde colgaban las esculturas de coños. Tomaba sorbos de su bebida mientras hablaban. De alguna manera se sentía como un tonto. Su erección palpitaba como una encía con un flemón. ¿Por qué Volpe no percibía su estado de ánimo, o lo percibía y prefería pasarlo por alto? «¿Qué simbolizaba el hecho de que se hubiera quitado el reluciente aro de la nariz?» Roger se preguntó si se lo había quitado para aquella noche, para él; o si su visita le resultaba por completo indiferente. Volpe le hablaba de la investigación «importantísima» que había realizado, en parte como documentación para el caso de Elroy Jackson, estadísticas nacionales sobre negros, hispanos, asiáticos y

caucasianos arrestados, acusados, condenados y sentenciados a penas de cárcel desde 1980.

Esperando aligerar el ambiente, Roger dijo:

—Naomi, tu investigación hace que me sienta orgulloso de ti.

—¿Orgulloso? ¿De mí?

Volpe estaba desconcertada, como si Roger hubiera dicho una obscenidad. Se levantó apresuradamente. Desapareció en la cocina; Roger pensó que se escondía de él. ¡Qué poco propia de Volpe era esta conducta! Empezó a sentirse incómodo, mientras alzaba la vista a las figuras cuneiformes talladas en la piedra, que se burlaban de él con su sencillez.

—«*Homo sapiens:* la especie que exagera la biología.»

Volpe regresó, pero no se sentó al lado de Roger. Tenía la frente arrugada, la piel cetrina, el rostro un poco abotagado. Llevaba el mono que se había puesto el día de su visita a Rahway; le quedaba ancho, como si hubiera perdido peso. Dijo:

—Roger, tengo noticias para ti.

«¡Roger, no señor C.!»

—Creo que estoy embarazada.

—¡Embarazada!

—Quiero decir que estoy embarazada. Estoy segura.

El primer pensamiento de Roger fue: «Ahora he perdido a Marina para siempre.»

Su segundo pensamiento fue: «¡Otra oportunidad!»

Aturdido, Roger permaneció sentado, con el vaso entre los dedos entumecidos. Más que oír vio a la mujer joven del pelo erizado hablar con él, y en su asombro no habría podido ponerle nombre, ni recordar cuál era su relación. Naomi Volpe estaba de pie con los

brazos cruzados con fuerza bajo el pecho, como si tuviera frío; las arrugas de su frente se hicieron más profundas; los ojos le relucían, húmedos. Fue una sorpresa para Roger que esta mujer-chico pudiera quedarse embarazada. Roger relacionaba el embarazo con la vulnerabilidad, y la vulnerabilidad con la feminidad.

—Lo sé desde hace seis semanas. No sabía qué hacer. Nacerá la primera semana de julio… en teoría —dijo ella.

El corazón de Roger empezó a latir con fuerza. Empezó a sudar. ¡Seis semanas! ¡La fecha en que nacería! Se vio a sí mismo suplicando a Lee Ann que le perdonara, y a Robin. Ahora la repugnancia que ambas sentían por él sería absoluta.

Aturdido, Roger preguntó lo que había que preguntar: por qué no se lo había dicho antes. ¿Qué quería hacer? Y… ¿cómo había sucedido?

—Creía que tomabas la píldora. ¿No me dijiste eso?

Naomi dijo, enojada de pronto:

—La anticoncepción no puede ser siempre responsabilidad de la mujer. «Tomabas la píldora», ¡vete a la mierda!

—Solo quería decir…

—Sé lo que querías decir, señor C. Te he entendido perfectamente.

Roger balbuceó una disculpa. Las cosas iban demasiado deprisa para él. El pulso le latía en la frente y los ojos como si estuvieran a punto de estallar. Después recordaría que no había cogido la mano de Naomi Volpe, no se había comportado instintivamente como habría hecho un hombre enamorado de una mujer que acababa de decirle que iba a tener un hijo suyo.

(¿Un hijo suyo? ¿Cómo podía saberlo?)

(¿Pedir una prueba de paternidad? Roger Cavanagh no era tan bruto, ni tan cruel.)

Puede que estas cosas también hubieran pasado por la cabeza a Naomi Volpe. Mantenía la distancia entre ella y Roger. Hablaba con voz tranquila, casi con formalidad; su actitud sexy-festiva había desaparecido, igual que el aro de la nariz. A Roger le gustaba más, pero la deseaba menos. No la deseaba en absoluto. Su erección había desaparecido, sentía frío en la boca del estómago. Toda la sangre se había desplazado al cerebro, ¿o toda la sangre se le había escurrido del cerebro? Roger captó parte de lo que Naomi decía.

—… se pueden arreglar las cosas. En la Quince Este, se llama WomanSpace.

—Te ayudaré. Lo digo en serio —dijo Roger. La cara le ardía—. Lo pagaré, y todos los demás gastos.

Naomi desvió la mirada con expresión dolida. Tenía el antebrazo izquierdo sobre el abdomen, en un gesto torpe. Mientras escuchaba a Roger, su semblante era de sutil dolor y de aceptación más sutil. En el pasado Volpe le habría interrumpido.

—Quizá te gustaría tomarte algún tiempo libre, Naomi. Después del… de los trámites. Has trabajado mucho. Para cobrar un sueldo de ayudante. ¿Unos días más de vacaciones?

—¿Irías conmigo? —preguntó Naomi casi con melancolía—. No quiero ir sola.

Esto pilló a Roger por sorpresa.

—Yo… podría, posiblemente. Podría ser buena idea.

—A algún sitio del Caribe —dijo Naomi con impaciencia—, ¿tal vez la República Dominicana? Es bonito. Tú también has trabajado mucho, Roger. ¡Tus dos vidas!

¿La que hablaba era Naomi Volpe? ¿Tan vacilante y tan vulnerable? Roger juraría que no conocía a aquella mujer.

Se acercó a ella y la abrazó. Ella apretó la cara contra su pecho, y él sintió el calor de su piel. No había deseo entre ellos, ni siquiera el recuerdo del deseo. Roger pensaba: «Esto es lo que hay que hacer. Estas son las circunstancias».

En el piso sin ascensor de Jersey City permanecieron así durante lo que pareció mucho rato, sin mirarse a la cara.

12

Al final Roger no acompañó a Naomi Volpe a la República Dominicana. Si es que Volpe fue allí, porque Roger no estaba seguro. La muchacha comprendió que él tenía poco entusiasmo por estar con ella, era evidente que no la amaba. «Puedo ir sola. Soy una chica mayor. ¡Gracias por tu consideración!» Sintiéndose generoso, además de culpable, pues era Navidad, Roger extendió un cheque para Naomi Volpe por valor de cinco mil dólares; al ver la cifra Volpe sonrió con nerviosismo y se guardó el cheque. «¡Señor C.! Eres todo un caballero.»

Roger se rió, avergonzado. Pensando: «Soy un gilipollas».

El Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes concedió permiso a Volpe para ausentarse. Desapareció, y Roger no tuvo noticias de ella. Las semanas pasaban; llegó enero, y febrero. Roger se enteró por casualidad de que Volpe volvía a estar en Estados Unidos pero trabajaba temporalmente en Washington D. C. y viajaba a Memphis y Nueva Orleans. Roger la llamaba al número de Jersey

City y dejaba mensajes educados y amables: «¿Naomi? Soy Roger. Solo quería saber cómo estabas. Llámame, por favor». Inesperadamente Volpe telefoneó a Roger, pero en momentos en que suponía él no estaría. Sus mensajes eran breves y cautos. Estaba «progresando» en su investigación sobre la pena de muerte; se sentía «optimista, algunos días». Su voz parecía tensa. Roger pensaba: «Ha abortado, y lo lamenta».

Roger sentía la pérdida, que para él era una segunda pérdida, amarga. La primera era la de Robin. Y ahora este soplo de vida, sin nombre, un feto de menos de dos meses. Otra oportunidad, y él la había destruido.

13

Entonces Volpe volvió a trabajar en Manhattan, a principios de marzo. A Roger le sorprendió y le dolió que no le hubiera informado; una tarde, cuando llegó, la encontró en su despacho. Inconfundible, la voz rápida de la ayudante al teléfono, corrosiva como salfumán. Roger se quedó en el umbral de su cubículo, con la boca seca. Allí estaba: la mujer a la que había dejado embarazada. Estaba morena y se había teñido el pelo de un vivo color morado ciruela, ya no lo llevaba afeitado en la nuca, sino cortado con tijeras justo por encima de las orejas. En ambas orejas brillaba algo metálico y volvía a lucir el aro en la nariz. Vestía un jersey negro ancho sobre pantalones de lana negros, y al ver el bulto de sus pechos y el rostro redondeado y sonrosado, Roger se quedó atónito. «Está embarazada.»

Al ver a Roger, Volpe desvió la mirada rápidamente y prosiguió su vehemente conversación. Cuando al fin colgó, dijo con cara de asco:

—¡Qué imbécil! Preferiría hablar con un contestador automático.

—Naomi, tenemos que hablar —dijo Roger.

—Ahora estoy ocupada, Roger. En estas semanas se me han acumulado los mensajes electrónicos —dijo ella.

—Tenemos que hablar de algo, ¿no? —dijo Roger.

Volpe dijo, sin alterarse:

—Señor C., ¿cómo quieres que lo sepa? No puedo hablar por ti. No tengo gran cosa que decirte.

—Pero… ¿cómo estás?

—Estoy bien, nunca me he sentido mejor.

Roger la miraba de hito en hito, perplejo. Oyó que de su propia boca brotaban las palabras más banales.

—Sí, tienes… buen aspecto, Naomi.

Volpe montó en cólera al instante.

—¿No debería tenerlo? ¿Qué preferirías, que estuviera hecha una mierda? ¿Qué me hubiera muerto desangrada, o de una sobredosis de barbitúricos? ¿Habrías preferido eso?

—Naomi, vamos a algún sitio más íntimo, necesitamos hablar.

—¿Necesitamos? ¿Quién lo dice? ¿Quién lo necesita?

—Serán unos minutos. Solo quiero…

—Ya te lo he dicho, señor C., estoy ocupadísima. Tengo muchísimo trabajo, me pagan muy poco. Soy esclava de este sistema, no tengo el título de abogado como vosotros, y aun así me entrego a la causa, conque deja de acosarme. Vete a darle la paliza a otra ayudante marginada.

Roger estaba temblando. Vio la furia en los ojos de hurón de Volpe y supo que lo mejor era retirarse.

En el despacho que compartía con otro abogado Roger revisó su correo electrónico y mecanografió un mensaje para Naomi Volpe:

¿Cena en Union Square Cafe a las 8? Seré el tipo de la estaca en la entrepierna.

R.

Al cabo de unos minutos Volpe le respondió:

¡Señor C.! Eres todo un caballero.

Roger sabía que Naomi Volpe no podría resistirse a un restaurante de primera categoría.

Así Roger se enteró, para su asombro, de que sí, al principio ella tenía intención de abortar; no; no había planeado las cosas tal como estaban saliendo; sí, él le «gustaba», tenía «buena opinión» de él, le «respetaba» como abogado y como hombre; no, no había pretendido «engañarle». Pero al fin y al cabo su cuerpo era su cuerpo. Su vida era su vida. La vida del futuro niño era responsabilidad de ella, no de él.

—El papel del padre es minúsculo. En la naturaleza. Termina en un instante. —Volpe chasqueó los dedos. Le brillaban los ojos, irradiaba bienestar, Roger nunca la había visto tan atractiva. Y sin duda estaba disfrutando del vino.

Roger sabía que era mejor no inflamar a aquella mujer y elegía sus palabras con cuidado.

—Naomi, lo que ocurre es que estoy sorprendido. Al fin y al cabo soy el padre. —Se interrumpió, para que los dos pudieran pensar. «Pero ¿es así? ¿Sin hacer ninguna prueba, es un hecho?»—. Considero que es una responsabilidad común. Creía que en diciembre habías tomado una decisión. No te estoy acusando de nada, Naomi, pero…

Volpe le interrumpió, furiosa:

—¿No me estás acusando? ¡Eso espero! ¿Quién coño eres tú para juzgarme? No soy tu ayudante en mi vida privada, señor C. No soy tu esclava sexual. No soy un recipiente en el que vertiste tu preciosa semilla, del que te alejaste y olvidaste, como si te limpiaras el culo y tiraras de la cadena. Si he cambiado de opinión y quiero tener este hijo y encontrarle un buen hogar, ¿a ti qué más te da? Estamos en el siglo XXI, no el primero. Una mujer tiene autonomía respecto a su propio cuerpo, ¡espero! —Volpe tenía las ventanas de la nariz dilatadas, se inclinó sobre la mesa con tanta pasión que Roger se echó atrás. Con voz demasiado alta, que llamó la atención de los que cenaban en las mesas próximas, proclamó—: Elegí libremente no matar a mi hijo, que es lo que tú dictaste.

Roger protestó:

—Yo no «dicté»… No quería…

—«Lo pagaré», dijiste. Fueron las primeras palabras que salieron de tu boca.

—Naomi, no creo que…

—Con ello no querías decir que pagarías la universidad del niño, ¿verdad?

—En aquel momento creí que querías…

—No demostraste ninguna emoción, salvo sorpresa. Posiblemente un poco de repugnancia. No; no pongas esa cara de culpabilidad, no te hagas el «preocupado», ya es demasiado tarde. Ni siquiera me tocaste, por el amor de Dios. Como si fuera una leprosa.

—Naomi, no te toqué. Estaba muy preocupado por…

—La cuestión es, señor C., que tú no querías el niño. El niño que llevo dentro, desde hace cuatro meses y una semana, y que da patadas. No es un feto, sino un niño. ¿Lo entiendes? Un niño. Renunciaste a tu derecho moral y legal respecto al niño cuando intentaste comprarme, me extendiste un cheque y consideraste que habías hecho tu trabajo, y no veías el momento de salir de mi vida. Gilipollas.

Roger se llevó las manos a la cabeza. ¿Era cierto aquello? Y aunque hasta cierto punto fuera cierto, ¿eso le ataba? Sin mucha convicción intentó explicar:

—Naomi, no habría deseado para ti un embarazo que tú no quisieras. Quizá te interpreté mal. Sí, me quedé muy sorprendido. No supe reaccionar.

Volpe replicó con sarcasmo:

—Porque te aterraba la idea de que tener un hijo creara un vínculo entre nosotros. Que yo esperara que te comprometieras conmigo. Que viviéramos juntos o que nos casáramos, eso te aterraba, ¿no?

Volpe se rió y tomó un largo trago de vino. Era evidente que disfrutaba con la escena. Roger se preguntaba si la había ensayado o si de hecho la había interpretado antes con otro hombre, u otros hombres, pero este pensamiento era demasiado espantoso para permitírselo.

Recordó el rumor que había oído sobre Naomi Volpe: que había tenido un hijo y lo había dado en adopción. A una pareja rica.

—Si Naomi Volpe viene con el niño, hay que tirar el niño al retrete, ¿no? Esto fue exactamente lo que decía tu cara, señor C. Cualquier jodida emoción degradante que crees que escondes al mundo asoma a tu cara y cualquiera con un poco de cerebro puede descifrarla. Dime que me equivoco.

Roger permanecía callado. Bueno, era cierto. Con niño o sin él, preferiría tragar veneno a vivir con una mujer como Naomi Volpe, y mucho menos casarse.

¡Qué mala suerte! Si Roger Cavanagh había estado destinado a fecundar a una mujer unos meses antes, ¿por qué no había sido Abigail Des Pres? Abigail aún era joven para ello, aunque por poco. Sin duda era una mujer atractiva. Habían estado a punto de hacer el amor en más de una ocasión. Él había amado a Abigail, hasta cierto punto. Era lo bastante maleable, lo bastante neurótica, para amarle a él. Ahora estarían viviendo juntos, a poder ser en casa de ella, en Wheatsheaf Drive. Estarían casados. Tendrían este hijo. El círculo de Salthill se habría alegrado de su unión y lo habría considerado un importante acontecimiento social. Una segunda oportunidad para ambos, y naturalmente Roger la había pifiado.

El resto de la velada en el Union Square Cafe transcurrió para Roger como en medio de una neblina. Se enteraría por la mujer que estaba decidida a tener aquel hijo de que, en efecto, ya había pasado por esta experiencia… «Entonces también fue un accidente, pero los accidentes pueden ser provechosos.» Iban por la segunda botella de vino tinto. Y no era un vino tinto caro. Volpe devoró su filete de salmón ahumado a la plancha con gran apetito. Con el

aplomo de una mujer que se desviste en un vestuario, sin importarle quién la mira, Volpe le informó, por si acaso se lo preguntaba, de que sí, había tenido varios abortos «con éxito», el primero a los dieciséis años; pero en los últimos tiempos había adquirido una «perspectiva radicalmente distinta» sobre la función reproductora de la mujer.

—En nuestra sociedad capitalista-consumista, al menos.

El embarazo y el parto no eran más que experiencias físicas que se habían sentimentalizado de un modo grotesco en los llamados países del primer mundo.

—Yo no soy una «madre» en mí misma, solo en una breve relación. Es decir, si el niño es entregado inmediatamente en adopción. A través de un intermediario digno de confianza. Ahora la adopción funciona, es muy eficiente. Nadie «compra», eso es ilegal. Es cierto que hay dinero que cambia de manos, y estamos hablando de cinco cifras, pero es elíptico, es de buen gusto y nadie «vende» per se. ¿No es una obra de caridad tener un niño para alguien que desea desesperadamente tener un hijo? —Volpe hizo esta pregunta a Roger como si estuvieran discutiendo este tema y él conociera la respuesta—. Hay parejas educadas, gente con dinero y con la sensación de que tienen derecho. Trabajan para causas liberales. Son generosos con las donaciones. Son políticamente activos. Pero, cuando no pueden tener hijos como habían planeado, se vuelven locos. Necesitan propagar a los de su especie. La civilización necesita genes superiores. Por eso un pedigrí como el de mi hijo les impresiona: caucásico puro por ambos lados. Caucásicos listos. Uno de ellos un notable abogado. El otro una simple ayudante, pero con un cociente intelectual de 153 cuando se lo calcularon a los quince

años. (Tengo el documento. Lo llevo en el bolso.) Ninguna probabilidad de que salga un niño del crack o con sida. Ninguna lotería ciega de ADN. —Se rió, feliz.

Roger sonrió débilmente.

—Podrías recibir órdenes, supongo. «Cavanagh».

—Ese es un comentario cínico. Detesto el cinismo.

—Sí, ya lo veo. Eres una idealista.

—Podías haber utilizado protección, amigo. Sabías el riesgo que corrías.

¿Riesgo? Él entonces estaba aturdido por la necesidad sexual. Y Volpe también parecía estarlo.

(¿O había sido una treta por parte de la mujer? ¿Astutamente urdida, ejecutada?)

—No sé —murmuró Roger, queriendo decir: «No sé por qué corrí el riesgo»—. Suponía que tomabas la píldora. Recuerdo que me lo dijiste.

—¿Sí? A veces se producen errores de cálculo.

—Ese se produjo, imprevisiblemente.

Roger hablaba como una jovencita embarazada como consecuencia de la ingenuidad y la estupidez; y quizá, solo quizá, a él no le sorprendía mucho que Volpe no hubiera abortado. Ni le desconcertaba mucho.

—Una cosa sí sé —añadió Roger—; ningún hijo mío será vendido.

Al final de la prolongada cena, Roger Cavanagh extendió un cheque por valor de diez mil dólares para Naomi Volpe. Era un «pago parcial» por los servicios prestados, el resto se negociaría cuando el niño naciera y fuera entregado al padre. Habría un contrato, insistió Roger.

—¡Por supuesto, señor C.! Todo claro y legal —dijo Volpe—. No tengo ninguna intención de criar al niño.

Cuando Roger le entregó el cheque, miró la cifra y rápidamente lo dobló y se lo guardó en el bolso. En la segunda botella quedaba un poco de vino y Naomi lo repartió entre las dos copas.

—¡Señor C.! Bebamos por nuestro futuro, por el de los tres.

14

El agua de la piscina relucía trémula a la luz del crepúsculo. Cuánto deseaba sumergirse en ella como si se sumergiera en el cielo. Pero le daba vergüenza, pues ¿y si se hundía hasta el fondo? La mujer pelirroja estaba en el agua, en el otro extremo de la piscina, ajena a él. Él no le veía el rostro. Y allí estaba su amigo Adam Berendt, zambulléndose, atrevido, en el agua, los hombros anchos y el pecho lleno de cicatrices y cubierto de vello de color bronce encanecido, los fuertes miembros moviéndose. Roger gritó: ¿Adam? ¡Socorro! Dime qué he de hacer. Su voz trémula surgía de todos lados. Era posible hacer caso omiso a esta voz, como Adam no le prestaba la más mínima atención mientras nadaba a lo largo de la piscina. Roger se obligó a meterse en el agua. Nadaba en la estela de Adam. Si se hundió hasta el fondo o logró mantenerse a flote no lo sabría nunca, pues el sueño terminó en una suave y silenciosa explosión.

15

«Es lo correcto. Por una vez estoy haciendo lo que es debido.»

No quería pensar: «Esa mujer me está haciendo chantaje, estoy indefenso».

No quería pensar: «¿Y si ni siquiera es hijo mío?».

Sin embargo, cuánto dinero entregaría a Naomi Volpe en el transcurso de su amistad poco ortodoxa, en pagos absolutos y en «préstamos», era algo que no quería ni calcular. Los cinco mil dólares iniciales para el aborto abortado; diez mil dólares en marzo y ocho mil en junio para «gastos varios provisionales»; y un último cheque de doce mil dólares cuando el niño naciera y fuera «entregado» a su padre en julio… Inesperadamente la relación de Roger con Volpe se volvió cada vez más paternal. Como si el propio Roger fuera el padre de la joven. (¿Y qué importaba, al fin y al cabo, quién fuera en realidad el padre del niño? El hecho profundo era: el niño.)

Eso se dijo Roger, en su encaprichamiento con la futura paternidad, que le resultaba nuevo.

Ahora él y Volpe rara vez mantenían relaciones sexuales, y solo cuando Volpe, excitada por un día lleno de frustraciones en la oficina, las iniciaba. Sin embargo, aún estaba más frustrada con la reducción de la libido de Roger, y una noche montó en cólera y le abofeteó y dio patadas.

—¡Maldito seas, Cavanagh! ¡No tienes ganas! Como a todos los jodidos hombres de la jodida especie, una mujer embarazada que quiere sexo os deshincha.

—Cariño, no querría hacerte daño. Ni al niño —protestó Roger.

Volpe se echó a reír.

—¡Hacerme daño! ¿Cómo coño quieres hacerme daño? ¿Con esa polla floja, con eso? No podrías meterla ni en un plato de pudin, imbécil. Y no me llames cariño. No me quieres. Ni siquiera te gusto. Te mueres de ganas de deshacerte de mí y tener el niño solo para ti.

Roger hizo una mueca, pero no pudo negarlo. Cuánto se parecían a una pareja casada en las fases finales del combate.

Él no deseaba a la mujer, pero quería supervisar su vida y la del niño. (Porque ¿y si Volpe tenía un aborto espontáneo? Fumaba, la había pillado varias veces. Bebía y no se cuidaba. ¿Y si se caía en el metro o al bajar de un taxi? Roger jamás se lo perdonaría.) «Mi segunda oportunidad. No quiero pifiarla.» Las noches en que Volpe quedaba con amigos en Manhattan, incluso cuando pasaba gran parte de la noche en casa de un amante, Roger insistía en llevarla en coche a su piso, en Jersey City, sin importarle la hora. Se comunicaban a través del móvil; Roger trabajaba hasta tarde en la oficina, cenaba solo en el vecindario, esperaba sin quejarse en un bar o en su coche aparcado en una calle secundaria hasta que Volpe llamaba.

—¿Roger? ¿Estás despierto? Bien, ven a buscarme.

Podían ser las doce de la noche, la una, las tres. ¡Roger Cavanagh se había convertido en el servicio de limusinas particular de la ayudante de abogado! A veces Volpe se apiadaba de él y le decía que se fuera a casa, que pasaría la noche en la ciudad, podía apañárselas sola, pero Roger insistía, no le importaba en absoluto; no tenía nada mejor que hacer, de todos modos. Volpe se reía.

—¡Señor C.! Es embarazoso.

Roger decía muy serio:

—No para mí.

Fue por esa época cuando Roger se encontró con Lionel Hoffmann por la calle en el centro de la ciudad y fue con su viejo amigo de Salthill a tomar unas copas en el salón de fumadores de un hotel de la Sexta Avenida. ¡Cómo había cambiado Lionel Hoffmann! Si antes era el típico hombre casado de edad madura de Salthill, aun cuando era un hombre relativamente joven, ahora tenía el aire de un lobo solitario, el rostro delgado y vigilante; se le veía nervioso, ansioso, inquieto; mientras Roger hablaba, Lionel no paraba de mirar a las camareras escasamente vestidas, y no paraba de sorber por la nariz, lo cual molestaba a Roger; y aunque este se mostró locuaz y habló del extraordinario curso de su vida privada, Lionel mantuvo la boca cerrada respecto a la suya, hasta que por fin Roger le dijo que lamentaba saber que él y Camille se habían separado, y Lionel se sonó la nariz ruidosamente y murmuró algo como: «Sí, yo también lo siento». Y se zanjó el tema.

Sin embargo, no mucho después, Roger vio a su amigo de Salthill en compañía de una mujer joven, en un caro restaurante, y se mantuvo a distancia para observar, a través de un espejo, la diferencia de edad y de estilo. La muchacha era muy joven y elegante; negra de piel clara, o india oriental; llevaba el cabello trenzado, muy reluciente; y sus ojos se movían sin parar, incluso mientras Lionel le hablaba con vehemencia, cogiéndole las manos. Durante unos dolorosos minutos, Roger les observó, fascinado y con asco.

«¡Pobre Lionel! Qué bobo.»

Roger empezó a leer, con entusiasmo y de forma obsesiva, sobre el embarazo, el parto, los niños. Compró casi toda la estantería de

libros sobre este tema de la librería Salthill. («Señor Cavanagh —dijo Molly Ivers, sorprendida—, ¿a qué viene tanto interés por los niños?» «Voy a tener un hijo, en julio.») Empezó a hacer preguntas entre sus conocidos de Salthill sobre niñeras a tiempo completo. Salvo cuando el trabajo le absorbía demasiado, no había horas en que Roger no pensara en el niño que había de nacer. Al principio, a Volpe le desagradaban «las técnicas médicas invasivas» y se negaba a someterse a una prueba de ultrasonidos para determinar el sexo del niño.

—Tendrás que esperar la sorpresa, como los padres de todo el milenio.

A medida que el embarazo avanzaba, Roger adquirió la costumbre de llamar con frecuencia a Volpe al móvil. Siempre se mostraba natural, tranquilo.

—¿Cómo estás, Naomi?

—Estoy bien, señor C. —respondía Volpe entre risas, exasperada —. Si no lo estuviera, tú serías el primero en saberlo.

Roger tenía anotadas las citas médicas de Volpe y se aseguraba de que acudiera, pues a ella no le gustaban los médicos, ni siquiera los que eran mujeres. La «empresa capitalista-consumista del embarazo» la ponía enferma, decía.

—Nos hicieron para que nos pusiéramos en cuclillas en el campo o en una zanja y tuviéramos a nuestros hijos, cortáramos el cordón umbilical con los dientes y siguiéramos adelante.

Sin embargo, Volpe se quejó de su embarazo cuando empezó a sentirse pesada, muy pesada, en el sexto mes. Se quejaba de que tenía problemas de vejiga y «todo hinchado» e insinuó que quizá había cometido un error al decidir que el niño naciera, quizá no era

demasiado tarde (en el último trimestre) para un aborto, en algún sitio. Roger se estremecía al oír estas palabras. No podía saber si Volpe era sincera o le estaba poniendo a prueba, se burlaba o le tomaba el pelo, si en semejantes momentos surgían sus deseos más profundos o si tan solo interpretaba un papel, improvisando descuidadamente. «He de tener mucho cuidado con lo que digo. No debo contradecirla. ¡Oh, Dios mío!» Temía que un día le telefoneara y le dijera sin más que el niño ya no estaba, que después de todo había cambiado de idea.

La acompañaba en coche a la consulta del ginecólogo y la esperaba en la salita exterior, cohibido como cualquier futuro padre. Por influencia de Volpe había empezado a vestir de un modo «más juvenil» cuando no se hallaba en un escenario profesional; cierto que cada vez tenía más entradas, lo que quedaba de su espeso y áspero cabello se estaba volviendo de un inocuo gris; se había vuelto un poco nervioso, inquieto (¿como su amigo Lionel?); sin embargo, siempre se mostraba optimista, jovial… Una tarde, la nueva recepcionista del ginecólogo le preguntó dónde vivían él y su «hija», y Roger respondió, herido:

—Mi hija está interna en un colegio de Maine, y yo vivo en Salthill, Nueva York.

La mujer joven lo miró con una sonrisa de perplejidad, pero no hizo más preguntas. Cuando Roger se lo contó a Volpe, ella se mostró indignada en nombre de él.

—¡Tu hija! Es ridículo. Mi padre parece tan viejo como para ser tu padre. Nuestra edad no es asunto de nadie más que de nosotros.

Lo agarró y le besó con fuerza en la boca. Si alguien iba a insultar a Roger Cavanagh, sería ella.

16

—Cuando me enteré, no me lo creí. Pero al final claro que lo creí. ¡Egoísta hijo de puta!

Tuvo que decírselo a Lee Ann sabiendo que (por supuesto) ella se lo diría a Robin. Tuvo que efectuar la temida llamada y, sin embargo, culpable, avergonzado, la retrasó hasta mediados de abril, cuando Volpe estaba de seis meses, pues sabía que para entonces Lee Ann ya habría sido informada por los amigos comunes de Salthill. «Roger Cavanagh va a tener un hijo con una mujer a la que nadie conoce. Una mujer mucho más joven, claro. ¡Imagínate! A su edad.»

—¿Qué hay de egoísta en ello, Lee Ann? ¿Porque no te pedí permiso antes? —dijo Roger.

Lee Ann replicó, enojada:

—¿Alguna vez piensas en alguien que no seas tú? ¿Pensaste en Robin, en cómo se lo tomará?

—El embarazo fue un accidente, Lee Ann. Francamente, en aquellos momentos no pensaba en Robin.

—Ahí está, tu enfermizo sentido del humor. Eres un auténtico hijo de puta egoísta.

Roger repuso tratando de ser razonable:

—Pero ¿qué hay de egoísta en traer al mundo a un niño deseado, un niño al que cuidar, amar…?

Lee Ann le interrumpió y exclamó con tono burlón:

—¡Amar! ¡Qué risa! Pregúntale a Robin por tu «amor», hijo de puta. —Y colgó.

Roger estaba atónito, y dolido, y al final furioso con su ex esposa. ¿Qué derecho tenía a emitir un juicio moral sobre él? Lee Ann había

odiado el embarazo. Había odiado la tiranía hormonal, como lo llamaba, y había odiado los cambios producidos en su cuerpo. La vanidad femenina que Lee Ann había logrado ocultar, o negar, había emergido, a veces en forma de arranques de considerable emoción; fue por esa época cuando empezó a mostrarse irrazonablemente celosa de Roger. (Cuando Roger, un amante joven esposo y padre, era completamente inocente de sentirse atraído por ninguna otra mujer, ¡lo juraba!)

Entonces Robin estaba en la vida de ambos, justo en el centro de su vida. Una criatura gigantesca que estrujaba su matrimonio y lo deformaba. Habían hablado vagamente de tener otro hijo, esperaban tener un niño, pero Robin era demasiado exigente, incluso de niña; cuando tenía cuatro años, exigía una cantidad extraordinaria de tiempo y de esfuerzo emocional, en especial por parte de su madre, y cualquier idea de un segundo hijo llenaba de repulsión a Lee Ann. Por supuesto, ella intentaba mitigar esta repulsión con buen humor. La broma que reiteradamente se hacía la pareja era: «¡Una Robin es suficiente!».

A lo que Roger a veces añadía, para sus adentros: «Una Robin es más que suficiente».

17

Con su voz de abogado razonable dijo:

—Naomi, no quiero criticar ni meterme…

Volpe le interrumpió:

—¿Entonces? No hagas ninguna de las dos cosas, señor C.

Él perseveraba, esperando no ofender a aquella volátil mujer que llevaba en su seno su felicidad, su razón de ser, su futuro.

—… pero a las mujeres embarazadas se les aconseja que no fumen. Tu médico te ha informado, estoy seguro, y en todas partes lo advierten.

Volpe exhaló el humo por la nariz y clavó sus ojitos de hurón en el rostro de Roger.

—Oye, fumo dos o tres cigarrillos a la semana. Ni siquiera los termino.

¿A la semana? Lo más probable era que fuera al día.

—Aun así, Naomi, fumas. Y creo que prometiste… —dijo Roger.

—Tú fumas.

—Yo no soy una mujer embarazada.

—Yo no elegí ser una «mujer embarazada» —replicó Volpe enojada—, me obligaron. —Apagó el cigarrillo en el cenicero con gesto exagerado—. Y no me gusta que me espíen, señor C. Es motivo de acusación por acoso sexual.

La risa de Volpe era estridente y oírla tenía un efecto atemperador.

Roger tenía fantasías de que el niño nacía con deformaciones, enano. Con lesiones cerebrales. Había oído contar que un niño había nacido con los órganos al descubierto, incluso el cerebro; había oído decir que un niño había nacido sin columna vertebral; una tía suya había sufrido una crisis nerviosa cuando, según se contaba, dio a luz a un niño malformado cuyas facciones estaban aplastadas y unidas como si se hubieran derretido… Por la noche despertaba agitado y gimiendo.

—Es un error. Lee Ann tiene razón. ¿En qué estaba yo pensando?

Deseaba no haber conocido jamás a Naomi Volpe. Deseaba no haberse incorporado como voluntario al Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. De alguna manera era culpa de Adam Berendt.

Al niño le pondría el nombre de Adam. Si era niño.

18

Poco después del 1 de julio Naomi Volpe desapareció.

Dejó una nota críptica para Roger:

> Lo siento…
> No estoy segura de poder seguir
> con esto. Entregar a mi hijo
> aunque sea a su padre (biológico).
> Sé que he firmado un contrato.
>
> Pero tú y yo sabemos que este contrato no tiene por qué cumplirse. En especial si la madre y el hijo están en paradero desconocido.
>
> N. V.

Era una nota escrita a mano, en el reverso de una página impresa; después de tres días infernales apareció un segundo mensaje en la pantalla del ordenador de Roger:

> Siento hacerte sufrir.
> Supongo que lamentas haberme conocido.
> Ojalá pudiera ser una verdadera madre para este niño.
> Eres un buen hombre, Roger. Tus defectos

son los propios de tu clase y
has luchado contra ellos.
Lo sé: te prometí que
este niño nacería y sería tuyo.
Por favor, deja de buscarme. Es inútil, no estoy a 1.500 km
de ti, pero sé de tus esfuerzos,
me mantengo informada.
Estás haciendo el ridículo

Ojalá hubiéramos podido amarnos,
¿no crees?

N. V.

Apresuradamente Roger escribió una respuesta y la envió a N. V., a su dirección electrónica (si la ubicaba en el espacio, esta dirección era el piso de Jersey City, pero Roger sabía que allí no había nadie), y siguieron varios días de pánico prácticamente continuo. ¿Por qué Volpe le hacía esto? ¿Siempre le había despreciado? ¿O sus sentimientos eran sinceros? Los días previos al nacimiento del niño (11 de julio), que se produjo antes de lo previsto, Roger los recordaría como los peores de su vida, sin discusión alguna, aunque después una perversa amnesia los enturbiaría como (según se dice) la mujer olvida la agonía del parto. Y la víspera del 11 de julio llegó este mensaje por el ciberespacio:

Las PRIMERAS CONTRACCIONES han empezado.
Aproximadamente cada quince minutos.
Ahora no hay vuelta atrás,
el niño NACERÁ.
Si un hombre pudiera sentir los dolores del parto,

¿EXISTIRÍA la raza humana?

* * *

Tú querías que matara al niño, ¿lo recuerdas?
Otras personas han mostrado interés
por el niño. Debes admitir
que una pareja cariñosa, educada y
adinerada (de treinta y tantos) es preferible
a un hombre solo (de edad madura).
Si deseas lo mejor para el niño,
Roger, estarás de acuerdo en este punto, ¿no?

N. V.

¡No! Roger jamás estaría de acuerdo en este punto. Roger se hallaba en un estado de delirio mientras aguardaba ante el ordenador, junto al teléfono, mientras daba vueltas por su casa de Salthill, en la que Naomi Volpe jamás había puesto los pies, ni lo haría; estaba borracho y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, y no se desvistió para dormir, sino que se tumbó en la cama deshecha, despierto y furioso, dominado por la incertidumbre durante cuarenta y ocho horas, hasta que al fin apareció un mensaje en la pantalla:

Querido Roger Cavangh:
N./ V me ha pedido que le informe
de una buena noticia. El niño
ha nacido. Es un VARÓN.
Pesa 3 kilos 900 gramos. Mide 53 centímetros
y tiene el cabello oscuro y espeso
y los ojos azules. Come bien.

N./ V desea decir que su deseo es hacer lo debido. POR FAVOR, NO TRATE DE BUSCARLA, SE PONDRÁ EN CONTACTO CON USTED CUANDO SEA EL MOMENTO.

El mensaje no iba firmado. Roger sabía que era inútil enviar una respuesta al remitente. Era como gritar a un abismo. Tal vez se trataba de la propia Volpe. Que lo ponía a prueba, lo atormentaba. Lo torturaba. Había escrito mal su nombre adrede. «No me hagas esto. Maldita sea, diste tu palabra, si quieres más dinero, te pagaré más. ¡Pero dame a mi hijo!»

En una extática campaña de compras unas semanas antes en Baby-World, en el centro comercial Palisades Mall, Roger había adquirido muebles para la habitación del niño. Aquella mágica habitación, de paredes blancas, con una cuna de mimbre blanco, estaba junto a la de Roger, en el segundo piso de la casa de tres plantas. La niñera que Roger había contratado, una mujer de Guatemala llamada Herlinda, se alojaría en una habitación que se comunicaba con la del niño; cuando Roger mostró a Herlinda estas piezas, al recorrer con ella la casa, la mujer tenía muchas preguntas que hacer, de las cuales la más embarazosa era: ¿dónde estaba la señora Cavanagh?

Roger respondió con cautela:

—Herlinda, no hay ninguna señora Cavanagh actualmente. La madre del niño es una amiga, y se ha ido para tener a su hijo en privado. Tal vez —dijo Roger, inspirado por aquellos ojos oscuros y atentos y aquel rostro de color arcilla— haya regresado a su ciudad

natal, para estar con su madre. No nos mantenemos en contacto, pero es solo algo temporal. No pasa nada, Herlinda. Pronto regresará, lo prometo. Aunque puede que usted no llegue a conocerla. El niño pronto estará aquí, lo prometo.

Si Herlinda, una niñera con años de experiencia y excelentes referencias, recelaba o dudaba, no dio muestras de ello. Qué bien conocía las costumbres de la clase acomodada americanocaucásica. Pidió educadamente al señor Cavanagh un «prepago», un cheque por una cantidad considerable de salario «no reembolsable», que Roger extendió para ella con impaciencia, temblándole la mano.

«¡Sí, pagaré! Yo soy el hombre que paga.

»Pero…por favor, DAME A MI HIJO.»

19

Estaba preparado para un final infeliz. No estaba preparado para un final feliz.

Había perdido la fe en el amor. Si jamás volvía a tocar a una mujer en toda su vida, ¡bien!

Aun así, esperaba tener noticias de Naomi Volpe. Raras veces salía de la casa de Salthill, temeroso de perderse una llamada de ella o una visita. (Quizá le traería a su hijo, se lo «entregaría» en persona. ¿Era esto una esperanza demasiado fantástica?) Roger se había llevado trabajo a casa y se mantenía en contacto con Abercrombie, Cavanagh, Kruller & Hook por teléfono y correo electrónico; era capaz de entregarse a jornadas de trabajo de dieciséis horas; trabajaba para sus ricos clientes de Salthill y trabajaba para el

indigente Elroy Jackson hijo, completando la apelación que había de presentar a un tribunal federal la semana siguiente. ¡Qué pureza en el trabajo! Impersonalidad, integridad. Podías mantener la mente brillantemente centrada y cuerda. Aunque después Roger reconocería que, sí, había estado cerca del límite aquellos días. Se obligaba a ducharse, a afeitarse. Se obligaba a cambiarse de ropa. Las largas noches de pleno verano, incapaz de dormir. Esperando que Naomi Volpe se pusiera en contacto con él. Esperando ver a su hijo. Sin atreverse a pensar: «Todo es una treta. Una jodida estafa. El niño no era mío. Ella lo planeó, lo ha vendido a unos desconocidos».

El 30 de julio, a media tarde, se quedó dormido sobre el escritorio, con la cabeza sobre los brazos. ¡Cuánto le pesaba la cabeza, como una de las figuras de piedra de Adam Berendt! Supo a través de la lógica del sueño que en realidad era una de las figuras esculpidas de Adam Berendt. Apareció ante él el esquivo niño. El niño que pesaba tres kilos y novecientos gramos y media cincuenta y tres centímetros, el niño del cabello oscuro y espeso y ojos azules, el niño que, cuando Roger alargaba el brazo para tocarlo, parecía alejarse. ¿Dónde estaba Roger? En un lugar donde reinaba la confusión como en Penn Station. Multitud de personas con rostros indistintos. Se anunciaban trenes y al mismo tiempo el suelo era pantanoso, esponjoso. Adam Berendt estaba hablando con Roger, consolándole. Pero las palabras se perdían. Adam, y el niño que se llamaría Adam. Esta era la lógica del sueño. Si no tenía sentido en ningún sitio, allí lo tenía. Roger tropezaba, palpaba en busca del niño, pero el niño se disolvía… ¿dónde? Roger se despertó gimiendo, completamente agotado.

Vio que le aguardaba un nuevo mensaje.

Señor C, llámame. He vuelto.

N. V.

20

Roger lo recordará siempre, como si fuera una continuación de su sueño.

Apresurándose hasta la esquina de la calle donde está aparcado el coche. Bajo una farola. Ella está sentada en el asiento del pasajero, con la portezuela abierta. El coche pertenece a un desconocido, tras el volante hay una mujer pero Roger mira a Naomi Volpe, que está sentada de lado en el asiento del pasajero con las piernas, enfundadas en pantalones, fuera, cruzadas. En su regazo, una forma blanca como un fardo que se remueve.

Con un tono un tanto burlón, ella dice: «Mira quién está aquí, Buzz. Es papá».

21

Ahora todo Salthill hablaba de Roger Cavanagh.

—¿Roger? ¿Padre? ¿De un niño recién nacido? ¿Y él tiene al niño?

—Pero ¿y la madre? ¿Quién es la madre?

Había una sensación colectiva de pánico, de inquietud. Porque Roger Cavanagh, uno de los suyos, había salido de la tribu para

obtener lo que, para todos cuantos le conocían, parecía ser su mayor felicidad.

Y ahora Roger, que raras veces hacía confidencias, respondía a las preguntas de los amigos con asombrosa sinceridad. En la imprudencia de la nueva paternidad, apenas parecía preocuparse por la intimidad. Iba por las casas de Salthill para mostrar al niño («Adam») e invitaba a tomar una copa en su casa a última hora de la tarde y todo el domingo: allí estaba la sonriente niñera guatemalteca, al fondo, mientras Roger sostenía tiernamente al niño en los brazos, orgulloso, feliz, encantado con la paternidad. Sí, Roger cambiaba pañales, a veces. Sí, Roger ayudaba a darle de comer y a bañarle, a veces. Nunca se perdía el momento de acostar al niño. Este era un ritual sagrado. No había participado mucho en la infancia de su hija, lo reconocía, había estado demasiado ocupado con su trabajo, era demasiado joven, ambicioso, imberbe.

«Esta vez, quiero hacer bien las cosas.»

Había recuperado su «vida perdida», decía.

A sus amistades masculinas les confió:

«Mi vida era una mierda. Un retrete atascado. Esto lo ha cambiado todo.»

Todos observaban que Roger Cavanagh parecía «años más joven».

Se observaba que Roger hablaba con una nueva ligereza, que recordaba al difunto Adam Berendt. Hacía reír a sus amigos aun cuando les escandalizaba un poco. No se cansaba de describir su «relación clínica» con la madre del niño, una esquiva ayudante de abogado a la que nadie en Salthill conocía, que cuando le entregó el niño dijo: «Señor C., aquí lo tienes. ¿Dónde está mi cheque?».

La irresponsable joven se había trasladado a San José, donde dirigía una oficina del Proyecto Nacional para Liberar a los Inocentes. Roger la había recomendado para el puesto y le había pagado los gastos de traslado. Ella le había concedido la custodia plena del niño. En el certificado de nacimiento, «Roger Cavanagh» figuraba como «padre». Había examinado el documento una decena de veces. «Naomi Volpe, Roger Cavanagh». Del apareamiento de estos dos desconocidos había surgido «Adam Cavanagh».

Roger tenía muchas razones para estar seguro de que jamás volvería a ver a Volpe.

Cuando Beatrice Archer vio por primera vez al niño y le permitieron cogerlo en brazos, se echó a llorar. Ella nunca tendría un hijo otra vez. Y el bebé era notablemente curioso, estaba vivo, era un varón, un muchachito con los ojos azules y la mandíbula cuadrada que recordaba la de Adam Berendt… «Aunque, por supuesto, el pequeño Adam no es hijo de Adam. Lo sabemos.» Beatrice era una mujer que se emocionaba con la felicidad de los amigos como a veces se emocionaba con sus desastres; era una mujer a la que le encantaban las historias, los inesperados giros de la fortuna. Telefoneó a amigas que veraneaban lejos, algunas tan lejos como Europa, con el fin de darles la asombrosa noticia de Roger Cavanagh.

Era inevitable que se planteara la pregunta: ¿quién es la madre? Beatrice explicaba:

—No la conocemos.

22

—Qué extraño llamarle «Adam». ¿Por qué lo hiciste, Roger? —murmuró Abigail. Roger se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Los dos se habían apartado del grupo de invitados de Abigail que estaban en la terraza de la parte posterior de la gran casa. Era el fin de semana del día del Trabajo. Abigail y Gerhardt acababan de regresar de Nantucket, donde habían pasado varias semanas, y ofrecían una cena para anunciar su próxima boda. («¡Abigail se casa otra vez, por fin! —se maravillaban sus amigas—. Es el fin de una era.») Aunque era feliz con su hijo, que ahora tenía varias semanas, Roger no se alegró mucho al enterarse de que Abigail iba a casarse con un arquitecto de Salthill de quien nadie de su círculo sabía gran cosa: Gerhardt Ault.

El hombre era poco atractivo. No le mirarías dos veces. Roger había investigado y descubierto que Ault era un arquitecto sumamente respetado, por lo que era posible que tuviera dinero, y ganaría dinero, pero Abigail Des Pres no necesitaba dinero, necesitaba… ¿qué? No a este personaje de aspecto juvenil, desgarbado y carente de atractivo, rostro enjuto y barbilla chata, enormes orificios nasales, apretón de manos nervioso e inclinación a balbucear. Ault era apenas tan alto como Abigail y la miraba con temor reverente, a todas luces enamorado, a todas luces entregado; sin embargo, ¿cómo era posible que Abigail le amara? ¿Eran amantes? Roger sintió una punzada de celos sexuales, casi ira.

Él habría podido casarse con Abigail Des Pres.

Aquel otoño, Roger acudía a las numerosas invitaciones que le hacían en Salthill y alrededores con el niño, Adam, y la niñera guatemalteca, y después de que los invitados hicieran carantoñas a la criatura durante una considerable cantidad de tiempo Adam regresaba a su habitación de Belle Meade Place con Herlinda. Abigail, cuando cogió al niño en brazos para darle un beso, al posar sus labios en la cálida frente del niño rompió a llorar, lo que agradó al padre. Abigail murmuró:

—Me alegro tanto por ti, Roger. Ha sido… una sorpresa.

Roger repuso, con toda la convicción que pudo reunir, como si lo dijera de corazón:

—Y yo me alegro por ti, Abigail. Por supuesto.

Con Gerhardt Ault, Roger se mostró educado, civilizado. Adivinaba que tendría que ver mucho a Ault, en actos sociales. Había planeado su actitud hacia Ault, con tiempo, como quien planea un acuerdo con un cliente para pedir tanto como se atreva y dar tan poco como pueda.

Ault se encontraba a poca distancia, con su sonrisa tímida, esperanzada, pero Abigail y Roger no dieron muestras de reparar en él. Cuando el niño fue enviado a casa con Herlinda, Abigail se tomó una copa de champán y cogió a Roger de la mano.

—¡Vamos a hablar, Roger! Tenemos que ponernos al día.

Abigail le preguntó por su trabajo como voluntario y daba la impresión de escuchar con atención (como no hacían muchos de sus amigos de Salthill) cuando se lo contó; de forma impulsiva Abigail habló de dar dinero al comité.

—Era uno de los asuntos de Adam, ¿verdad?

—Sí, uno de los asuntos de Adam —dijo Roger.

«De este asunto salió Volpe. De Volpe, el niño.» Sin embargo, no hablaba tan crudamente de la relación, ni siquiera con Abigail Des Pres. Después le tocó el turno a Abigail, que habló cálidamente, con un ligero temblor en la voz, de su nueva vida, no mucho de Gerhardt Ault, sino de su hija adoptiva de trece años, Tamar, china y muy tímida. La niña había sido adoptada cuando tenía un año por Ault y su esposa, que había muerto de cáncer cuando Tamar era pequeña.

—Quedó desolada al perder a su madre. No confía en nadie, es lógico. Deseo quererla como una madre, solo tengo que aprender a hacerlo. La niña es como una flor recién abierta. Los pétalos se han abierto un poco, pero si el sol es demasiado fuerte volverán a cerrarse.

Abigail asombró a Roger al hablar con tanta pasión de cómo trataba de acercarse «con calma, como el zen» a la niña; jamás entraba en su habitación, por ejemplo, si ella no la invitaba a hacerlo; nunca hablaba con Tamar a menos que percibiera que esta quería que lo hiciera.

—No la «abordo», no le tiendo «emboscadas», como Jared siempre me acusa de hacer con él. Lo peor que puedes hacer es imponer tus emociones a un niño, ¡lo he aprendido! Acompaño a Tamar a la ciudad para ir al ballet, a museos y exposiciones. Es una violonchelista prometedora, y me he convertido en su principal oyente. Hablo poco, contengo mis alabanzas. Sobre todo escucho. Así es como nos comunicamos. Así es como seré la madre de Tamar. Oh, Roger, ¿crees que saldrá bien? Deseo tanto que salga bien… Tamar quiere a su padre, pero no puede hablarle, ni a Gerhardt le resulta fácil hablar con ella… —La voz de Abigail temblaba con una extraña emoción. Roger se conmovió al ver que confiaba en él, era

un acto de auténtica intimidad entre ellos, por fin; sin embargo, sentía resentimiento por la relación, a todas luces apasionante, de Abigail con los Ault, desconocidos para él. Preguntó con inocencia:

—¿Y qué opina Jared de esto, de que su madre vuelva a casarse?

Abigail se puso tensa y desvió la mirada, con la dignidad de alguien a quien han roto el corazón y lo ha reparado, o casi.

—Harry se queja de que Jared cada vez está más difícil, más «adolescente». Discute con su padre y con su madrastra. Nunca tengo noticias de él. Y me mantengo a distancia. Roger, tengo una nueva vida, igual que tú —dijo.

Con tanto disimulo como había podido, Roger había llevado a Abigail hacia la esquina de la casa, de modo que no pudieran verles desde la terraza. Y Abigail se había dejado llevar de buen grado. Roger sabía que Gerhardt nunca se atrevería a seguirles. Ni ninguno de sus amigos de Salthill. Para la gente de Salthill, Roger y Abigail eran una «pareja romántica», de una clase indefinida. Abigail había soltado la cálida mano de Roger pero él la había vuelto a coger, apretando los dedos. Dijo con malicia:

—Abigail, en realidad no amas a Gerhardt Ault, ¿verdad? ¿Existe alguna relación sexual, emocional, entre vosotros? —Roger habló con el tono reprobador de un hermano mayor.

Abigail contestó:

—Respeto y admiro a Gerhardt, solo podría amarte a ti. —Se echó a reír, una risa que sonó como el murmullo del agua.

Roger se apartó, sonriendo con ira. ¡Zorra!

No obstante, dejó que Abigail Des Pres dijera la última palabra sobre su romance, él era un caballero.

Cuando aquella noche regresó a su casa de Belle Meade Place, allí estaba su hijo —¡el hijo de Roger!— en su habitación, al lado del dormitorio de Roger.

Adam Cavanagh en el centro de la vida de Roger Cavanagh, que antes no tenía ningún centro en su vida.

Herlinda informó al abnegado padre de todas y cada una de las maravillosas transacciones, por pequeñas que hubieran sido, entre ella y el pequeño Adam desde que Roger les había visto por última vez (comer, eructar, cambiar pañales, baño, chupete, pataleo en la cuna, arropar con la manta, quitar la manta, chillidos, llanto, gorgoteos, ojos en blanco, escuchar y sonreír), y Roger la escuchó con tanta atención como si de ello dependiera su vida. Mucho después de que Herlinda se hubiera acostado, y cuando el pequeño Adam estaba sumido en el más profundo de los sueños, Roger se inclinó sobre la cuna de mimbre blanca, sobrecogido. Tan feliz que empezaba a olvidarse de tener miedo.

La desaparecida

1

Por fin, a finales de junio, llegó la llamada.

La llamada que Owen Cutler esperaba con temor desde que Augusta desapareció de su vida, ocho meses atrás.

—¿Señor Cutler? Espero que esté sentado. Si no, siéntese.

Era Elias West, el investigador privado que Owen había contratado para encontrar a Augusta. Estaba en Florida. Allí, al parecer, en el condado de Hendry, al norte de los Everglades, unos excursionistas habían hallado el cuerpo desnudo y sin cabeza de una mujer caucásica de unos cincuenta años. La mujer, no identificada, había sido «agredida sexualmente» y le habían «mutilado» la región pélvica y «cortado toscamente» la yema de los dedos, en un evidente intento de impedir la identificación por parte de la policía. Por fortuna, el cadáver había sido descubierto menos de cuarenta y ocho horas después de haber sido arrojado allí, por lo que la descomposición, que en aquel clima habría sido rápida y devastadora, era mínima.

Se había difundido una alerta nacional de personas desaparecidas. Elias West creía que tenían que hablar, ya que uno de los lugares en los que había seguido la pista de Augusta era Florida. (En abril, habían encontrado tirado, en Miami Beach, un bolso Gucci que contenía la identificación de Augusta Cutler.) West planteó la

cuestión abiertamente: ¿creía el señor Cutler que podría viajar hasta Florida y ver un cadáver en semejante estado? ¿Creía que podría identificar a su esposa gracias a marcas corporales como pecas, manchas, cicatrices, etcétera, en semejantes… circunstancias?

Owen Cutler, que había respondido al teléfono al primer timbrazo, vaciló un instante antes de decir que sí. Y, sí, estaba sentado. Su voz era débil, pero tranquila. Owen afrontaba la soledad —y la vergüenza particular de la soledad— trabajando en su invernadero cuando hacía frío, y en sus exuberantes jardines, recién creados, cuando hacía buen tiempo; aún era socio de varias instalaciones médicas en el condado de Rockland, pero ya no era un socio activo; en esa soleada mañana de junio estaba sentado ante un banco de trabajo, en el jardín de atrás de su casa, bajo un dosel de rosas trepadoras rojas; estaba examinando la docena de periódicos que solía hojear cada día (entre ellos el *Miami Herald* y el *USA Today*) en su incesante búsqueda de «pistas» sobre la desaparición de Augusta.

—Si esa mujer es Augusta, debo reclamar su cuerpo. Hace demasiado tiempo que estamos separados.

¿Qué significaba el descubrimiento del bolso de Augusta Cutler, tirado en un solar en construcción en Miami Beach?

Elias West solo pudo ofrecer la teoría de que, al parecer, Augusta había estado en Miami Beach y, sí, claro, le habían robado el bolso y a Augusta no le habían hecho daño… «¿Podría considerarse una señal de que mi esposa está viva?», había preguntado Owen Cutler, ansioso. West le llevó el bolso a Salthill para que lo identificara. Owen apretó el cuero arañado y manchado contra su cara para

inhalar lo que deseaba fuera la fragancia de Augusta, pero no olía a perfume, solo olía a… podredumbre. Y, para ser sinceros, Owen no estaba seguro de poder identificar el bolso como posesión de su esposa, pues Augusta tenía muchos bolsos.

—Por supuesto que sí, señor Cutler —respondió Elias West con énfasis—, puede interpretarlo así si lo desea.

A la mañana siguiente de la llamada de West, Owen fue a Naples, Florida, en cuyo pequeño aeropuerto iba a reunirse con el investigador privado y dos ayudantes del sheriff muy bronceados que le llevaron al depósito de cadáveres del condado de Hendry, en Cropsey. Era un día muy cálido y cegadoramente luminoso del interior de Florida, pero Owen no se daba cuenta de lo que le rodeaba. Sus compañeros le trataban como si fuera un inválido, y en verdad caminaba con paso inestable y había necesitado ayuda para subir al vehículo policial camuflado. Sus ojos tenían un brillo de esperanza que no era natural. El estado de ánimo que reinaba en el vehículo, mientras circulaba a gran velocidad por carreteras asfaltadas que daban la impresión de temblar debido al calor, entre kilómetros de vacíos pantanales, era apagado, sombrío. El mayor de los ayudantes informó a Owen de que un equipo de búsqueda aún no había localizado «la porción que falta de la anatomía de la fallecida», y que tal vez jamás se encontrara.

—Algunos de estos individuos, que están enfermos, se guardarían una cabeza para fines propios. O se ocuparían de destruirla escrupulosamente para impedir la identificación.

Elias West, que iba sentado en la parte posterior del vehículo con su cliente, corroboró estas afirmaciones diciendo:

—Con un cuerpo no identificado, señor Cutler, es casi imposible llegar hasta el autor del crimen.

Owen se rebulló en su asiento como si la ropa le apretara demasiado. Murmuró:

—Sí, lo entiendo. Lo lamento.

Informaron a Owen de que la víctima que iba a ver no había muerto por heridas de cuchillo, ni siquiera decapitada, sino con garrote.

—Esto significa que la víctima estaba muerta antes de que le cortaran la cabeza.

(Sí, pero ¿esto qué significaba?, se preguntaba el intranquilo esposo.) Tenía verdugones profundos y ensangrentados en las muñecas y los tobillos, lo que significaba que la habían atado con alambre, pero lo habían retirado cuando arrojaron el cuerpo, o antes, y no se había encontrado cerca del cadáver. Había señales de que la víctima llevaba varios anillos, pero en el cuerpo no había ninguna joya, del mismo modo que faltaba toda la ropa. Repetían que la víctima tenía unos cincuenta años y se hallaba «en buena forma física» antes de la agresión; había tenido un hijo, o varios. Aunque Owen escuchaba con atención, estaba físicamente inquieto, y al fin preguntó si harían el favor de parar en la siguiente gasolinera o área de descanso para poder ir al baño. Cuando volvió, tenía el semblante pálido y olía un poco a pánico, a vómito. Los ayudantes del sheriff del condado de Hendry y Elias West, que habían estado hablando en voz baja en el vehículo mientras Owen se hallaba ausente, se quedaron callados en cuanto este regresó.

Owen llevaba consigo un maletín con artículos personales, incluidas fotografías de Augusta por si se las pedían, y una antología

en formato de bolsillo titulada *La vida ética*. Owen no había sido amigo de Adam Berendt (lo admitía) y se había alegrado (¡para su vergüenza!) cuando se enteró de su muerte, pero durante los meses transcurridos desde la desaparición de Augusta se había interesado por la filosofía, recordando que a Berendt le interesaba, y en particular le atraían las enseñanzas de Epicuro, de la antigua Grecia («la eliminación de todo dolor es el límite de la magnitud del placer»; «¡cultiva tu jardín!») y los estoicos («nada de lo que queda fuera de la mente humana es "bueno" o "malo"»). Creía que, por fin, llevaba una vida filosófica, una vida racional; Gussie le admiraría ahora; todo Salthill le admiraría, si lo supieran. Ahora superó la terrible debilidad que inundaba su cuerpo para hacer inteligentes preguntas a los ayudantes del sheriff sobre su trabajo y mostrarles su solidaridad por la vida que llevaban y que, en la medida de lo posible, trataba de imaginar.

—¡Cuánto horror deben de ver! La mayoría no lo soportaría.

Los ayudantes del sheriff, que agradecían aventuras escabrosas como la mujer sin cabeza, posiblemente los restos de la esposa de un rico hombre de negocios de las afueras de Nueva York, porque rompían el tedio del trabajo policial habitual, aceptaron las alabanzas de Owen murmurando «gracias».

—Solo hacemos nuestro trabajo, señor Cutler. Ya veremos cómo sale esto.

El vehículo circulaba a gran velocidad en la cegadora luz del sol. La voz acusadora de Augusta nunca estaba lejos de los pensamientos de Owen. Cuánto se había burlado de él al pronunciar sus inolvidables —¡imperdonables!— palabras. «Hemos perdido todo misterio el uno por el otro. Cadáveres embalsamados juntos.» ¿La

había golpeado, hecho callar, entonces? ¿La había estrangulado? (Pero ¿cómo había transportado su cuerpo al condado de Hendry, en Florida? Su cerebro se derrumbó al enfrentarse con semejante enigma.)

—Dicen que, en los casos de una esposa desaparecida, posiblemente una esposa muerta, el marido siempre es el primer sospechoso —comentó Owen mansamente—, pero supongo que, en este caso, ustedes buscan… en otra dirección, ¿no?

El conductor del vehículo le miró por el espejo retrovisor y el ayudante que iba a su lado se volvió hacia Owen con cara de sorpresa. Elias West se apresuró a decir:

—Estos agentes no están investigando la desaparición de Augusta, señor Cutler. Es un caso completamente diferente. Debería habérselo explicado con mayor detalle, supongo. En este caso se trata de un cuerpo no identificado y se investiga a las personas desaparecidas que encajan con la descripción, pero no necesariamente su esposa, señor Cutler, ¿lo entiende?

West, ex *marshal* que cuando aún no había cumplido los cincuenta se había visto obligado a aceptar una jubilación prematura, era un hombre alto y delgado, con los hombros caídos, de cerca de sesenta años, con el pelo espeso y rizado alrededor de una calva, y largo como en una caricatura de un representante de la ley del Oeste. Era modesto y vanidoso; tenía muy buenos modales y era profundamente cínico; llevaba camisas blancas de buena calidad con corbata de cordones, chaleco y americana negra; sus cinturones estaban tachonados de metal y le caían sobre la cadera. Tenía el rostro moreno, del color del ladrillo, y los ojos claros y saltones. Daba la impresión de ir «armado» y de que estaba deseoso de usar

su arma. A Owen Cutler le estaba costando una pequeña fortuna y este hecho era para él una señal de la pericia del investigador privado. Era evidente que West y los ayudantes del sheriff del condado de Hendry se entendían; eran de la misma especie. Cuando West había comentado a los ayudantes que había empezado como *marshal* de Estados Unidos, se quedaron impresionados y preguntaron dónde estaba destinado y por qué lo había dejado, y West dijo lacónicamente que había «parado algunas balas con mi estómago». Como no conocían a Owen, los ayudantes del sheriff habían hecho preguntas a West referentes a su cliente y West había dicho respetuosamente que el señor Cutler era un hombre íntegro y honrado que estaba buscando a su esposa, quien le había abandonado, posiblemente con un amante, aunque no había candidatos «vivos», que él supiera. La mujer había vendido una propiedad que estaba a su nombre, por medio millón de dólares, y había desaparecido. El mes de abril anterior, habían encontrado su bolso en Miami Beach. Él, West, había investigado mucho y no había encontrado ninguna pista.

—No creo que esta mujer, que no era un ama de casa corriente, haya sido secuestrada. Augusta Cutler se marchó de casa voluntariamente. Pero es posible que se metiera en problemas, ya han visto las fotos, era una mujer muy guapa, y muy sexy. Y rica.

Owen dijo con tono de perplejidad:

—La última vez que habló conmigo, Augusta hizo un comentario extrañamente profético: «Somos cadáveres embalsamados juntos, este es nuestro mausoleo».

Se rió, y su risa sonó como algo al ser aplastado bajo las ruedas de un vehículo que va a gran velocidad. Los ayudantes del sheriff del condado de Hendry y el investigador privado Elias West escucharon en lo que podía ser un silencio de consternación.

En este viaje de pesadilla a la Florida central, Owen Cutler llevaba un traje elegante, pero un poco arrugado, que Augusta había elegido para él con ocasión de la boda de su hijo mayor, unos años atrás. (¿Imaginaba el desesperado esposo que si el cadáver de la mujer mutilada no era Augusta, y Augusta por alguna razón se hallaba cerca del lugar, ella repararía en su traje y lo reconocería y se conmovería?) Llevaba una camisa deportiva blanca, con el cuello desabrochado. Se había afeitado con prisas y se había cortado varias veces, pensando con satisfacción: «Al fin estoy vivo, aquí está la prueba: sangre». Sin embargo, la piel de su rostro era pálida como esteatita y parecía cubierta de pequeños agujeritos. En el curso de los últimos ocho meses se había convertido en un hombre de piedra. Su cabeza, ahora casi calva, poseía una solidez como de busto romano, noble; los huesos de la cara eran prominentes. En su cráneo había curiosas mellas y estrías como causadas por la erosión. Sus ojos sin gafas parpadeaban, expuestos a la luz del sol. Parecía un hombre muy miope que hubiera perdido las gafas. De los hombres que viajaban en el vehículo policial hacia Cropsey, Florida, Owen era el único que no llevaba gafas de sol, igual que era el único que tenía la boca ligeramente abierta, como si se hallara sumido no en sus pensamientos, sino en el calor zumbante de la Florida central en el mes de junio. La boca, que ninguna mujer había besado en mucho tiempo, se había encogido hasta adquirir el tamaño de una babosa.

«Un hombre muerto. Póstumo.» Esto es lo que se pensaba en Salthill de Owen Cutler, del mismo modo que se había pensado que Augusta era voluptuosa e imprevisible. Haber desaparecido de Salthill era haber desaparecido de la faz de la tierra. Para algunos observadores, Owen era una figura patética, un emblema de su propia posible (¡pero no probable!) desgracia, al que evitaban cuando lo veían en público; para otros, que lo conocían desde hacía años y le admiraban más que le apreciaban, Owen había alcanzado la talla de una tragedia de la clase acomodada y lo evitaban en público. Aunque él hacía un esfuerzo heroico para ir bien arreglado a los actos sociales a los que aún lo invitaban, algunos días en que se quedaba en casa descuidaba su aspecto, no se afeitaba y se vestía con sucia ropa de jardinero y zapatillas muy gastadas. Ahora caminaba arrastrando un poco el pie izquierdo. Se comentaba que daba la impresión de que Owen no oía la mayor parte de lo que se le decía; en otras ocasiones parecía escuchar con mucha atención lo que se le decía. Los hijos de Cutler, con ese agudo sentido del mérito personal expresado en forma de preocupación por sus mayores que caracteriza a su generación, salida de los rapaces años ochenta de Wall Street, se mostraban preocupados porque su padre sufría una «depresión clínica»; existía el antecedente de demencia (¿Alzheimer?) en la familia Cutler, aunque aún no se había manifestado en ningún individuo de menos de ochenta y cinco años. Aun así estaban preocupados, herederos de Owen Cutler, por si cometía alguna «imprudencia», como regalar su dinero. Owen ya había alarmado a la familia al pasar sus responsabilidades financieras a socios más jóvenes y al perder poco a poco el interés por la economía. ¡Ya no leía con detenimiento el *Wall Street Journal*!

Había ofrecido una recompensa de quinientos mil dólares por cualquier información que condujera a la recuperación de Augusta, lo que quizá no era excesivo, pues (claro está) los hijos querían que su madre regresara, pero hablaba de crear la Fundación Augusta Cutler para conceder becas a organizaciones artísticas locales que lo merecieran y hacer donaciones a obras de caridad. Y estaba este fanatismo completamente nuevo, del que no había precedentes, por cultivar orquídeas y la jardinería y leer filosofía. Owen era consciente de que sus hijos lo desaprobaban, y le molestaba; en particular su hijo mayor, un joven emprendedor graduado en la escuela de administración de empresas Wharton, expresaba «preocupación» por la salud de Owen; se había hablado mucho del bajón mental y físico del amigo y vecino de Owen, Lionel Hoffmann, que había vuelto a la casa de Old Mill Way como un hombre destrozado, un inválido, y había renunciado a su puesto ejecutivo en el negocio editorial de la familia. «Es el principio del fin: perder el interés por ganar dinero.»

Owen había prometido a sus hijos que compartiría con ellos cualquier dato importante en la búsqueda de Augusta, pero no les había dicho nada de la llamada de Elias West, pues no parecía útil que le acompañaran en este viaje de pesadilla. Si la mujer mutilada era Augusta, les ahorraría una espantosa última imagen de su madre; si la mujer mutilada no era Augusta, era mejor para ellos no haberlo sabido.

Había memorizado mucho tiempo atrás, con la devoción de un amante, la constelación de pequeñas pecas que Augusta tenía en la parte superior de la espalda; un único lunar debajo del pecho izquierdo (o quizá debajo del derecho); el lunar en la mejilla que ella

se agrandaba, imitando a Marilyn Monroe, con lápiz, como una marca de belleza; la areola marrón de sus pezones, que cuando se excitaba adquirían un tono rojizo. Y la inconfundible piel clara, suave como la crema, de Augusta; un tono rosado bajo la piel; la calidez, la irresistible energía que convertían a Augusta en la suprema Augusta. Aunque (¡él lo sabía!) era posible que Augusta estuviera muerta y que el cadáver que iba a ver «fuera» Augusta; sin embargo, no podía creer (¡no creería!) que, de un modo más esencial, Augusta estuviera muerta.

Aunque fuera su cadáver. Aunque…

A Owen le había dolido enterarse de que Augusta había vendido en secreto varias propiedades que había heredado y se había llevado, a escondidas, la relativamente modesta suma de medio millón de dólares. Evidentemente, esta transacción la había hecho abriendo una nueva cuenta bancaria personal, pero ¿dónde? ¿Con qué nombre? Nadie lo sabía. Elias West había encontrado solo cabos sueltos…

Una sola vez había preguntado si era posible que la señora Cutler hubiera huido con un hombre, con un amante; y Owen se había reído, enojado, y había respondido que no era probable, que su amante era un hombre muerto.

(Aunque en realidad, ahora que Owen lo pensaba, ¿Adam Berendt estaba muerto? Él no había visto el cadáver. Nadie lo había visto, no había habido funeral. El «cuerpo» no eran más que cenizas que habían sido esparcidas en el jardín de Adam, pero estas cenizas podían haber pertenecido a cualquiera. Augusta y su amante habrían podido urdir un brillante plan… Pero este pensamiento, su

complejidad, era excesivo para que el cerebro de Owen reflexionara al respecto.)

Las afueras de Cropsey, Florida, aparecieron a los ojos de Owen, acuosos y entrecerrados, como una rápida secuencia de fachadas parecidas a naipes con ventanas intercaladas. ¿Ya habían llegado, tan deprisa? Si había salido de Salthill aquella misma mañana… El mayor de los ayudantes del sheriff se dirigió a él con voz neutra pero amable:

—Señor Cutler, ¿está preparado? Esto no será fácil.

Cuando bajó del vehículo, un muro —¿de calor?, ¿un calor radiante?— golpeó a Owen con fuerza. Elias West le cogió del brazo.

—Cálmese, señor Cutler.

El más joven de los ayudantes del sheriff le abrió una puerta y le previno de unos escalones. Ahora se vio asaltado por el aire acondicionado, pero no era aire fresco; se percibía un olor a productos químicos y algo que apestaba, y Owen procuró no aspirar por la nariz, asustado.

—Aquí hay más escalones, señor. Agárrese a la barandilla…

(¿Por qué diablos aquellos desconocidos trataban a Owen Cutler como a un anciano? Solo tenía cincuenta y seis años. En la familia Cutler, a los cincuenta y seis se era joven. Owen aún no había tenido su primer ataque al corazón, sus primeros problemas con la próstata o el colon, «¡todo esto le esperaba!») Se oía un murmullo de voces. Una voz femenina entre ellas. Sabía que se encontraba en una región extraña de Estados Unidos por el acento sureño. Le molestaba que aquellos desconocidos uniformados le acompañaran por el pasillo. ¿Adónde iban? «Un montón de burbujas flotando sobre un vacío, siempre lo has sabido. Ahora no debes

sorprenderte.» Los estoicos le habían enseñado (pero ¿se lo creían?) que la mente humana es la medida de todas las cosas: «el bien», «el mal», «el placer», «el dolor». Creamos nuestras experiencias, nuestras experiencias «no existen». Si a un hombre le han arrebatado la esposa y su amor ha sido destruido, debe examinar el fenómeno de «esposa», «amor», «pérdida» y no sucumbir a la simple emoción.

—¿Señor Cutler? Acérquese un poco más, señor.

Levantaron una sábana. Su estrategia consistía en revelar al individuo que podría ser el pariente más próximo de la víctima solo partes del cuerpo. La zona del cuello, y más arriba, no se mostraba. El cuello del que habían cortado la hermosa cabeza. Porque, por supuesto, era Augusta. Owen lo supo enseguida. Y la zona pélvica estaba demasiado protegida a su mirada, lo que agradeció. Tenía el torso muy decolorado, apenas reconocible como humano. Grandes senos fláccidos magullados, el vientre flojo, redondeado, y muslos gruesos. ¡Qué feo! No era Augusta Cutler, claro que no. Owen miraba fijamente las manos (¿ocurría algo?). Los dedos eran demasiado cortos. ¡No había uñas! Y Augusta era muy cuidadosa con sus manos. Se aplicaba loción perfumada y cada semana se hacía la manicura. Los sábados por la mañana, en Salthill, mientras le «hacían» el pelo. Siempre llevaba las uñas pintadas, impecables. Sus anillos, el gran diamante y la alianza de oro de casada, una reliquia de familia, y la esmeralda que Owen le había regalado en el vigésimo aniversario. ¿Dónde estaban los bellos anillos de Augusta? Owen sintió un horror especial por su pérdida. Una mujer infantil y vanidosa, pero él la adoraba. «Sí, pero tú nunca la conociste, solo Adam Berendt la conoció.»

—¿Señor Cutler?

Esperaban algo de él. No estaba representando su papel quizá. Le mostraban partes del cuerpo como si fueran porciones de carne. Uno casi podía imaginar que se trataba de una provocativa obra de arte contemporánea. Pop art, o shock art, un objeto creado para semejar un torso de mujer espantosamente mutilada, hecho de arcilla. Owen alargó el brazo para tocarlo y agradeció que estuviera frío como la piedra. Augusta ardía, esta no podía ser Augusta. El lunar en la caja torácica, debajo del seno izquierdo, Owen lo reconoció, ¿verdad?, ¿o nunca lo había visto antes? Los grandes senos fláccidos no eran reconocibles, ¿verdad? Owen negaba con la cabeza, no. El corazón le latía tan deprisa que le pareció que se desmayaría, y no habría resistido desmayarse. «Es mejor morir, extinguirse, que conocer esto.»

—¿Señor Cutler? ¿Se encuentra bien?

Les informó con brusquedad de que sí, claro. Había hecho este viaje de miles de kilómetros hasta el infierno con el propósito de identificar, o no identificar, a su esposa desaparecida, para él era un insulto que le preguntaran continuamente si se encontraba bien. Entonces dieron la vuelta al cuerpo, despacio, con cuidado, para examinar la espalda. Entonces la sábana que cubría el cuello mutilado resbaló un poco y Owen vio lo que no tenía que ver: un cuello sin cabeza. Sonrió, pasmado. ¿Cómo podía identificar a Augusta si la cabeza de Augusta no estaba? «¿Dónde estaba la cabeza de Augusta?»

—Esto es muy extraño. Es…

Los otros parecieron no oír. Le estaban preguntando por lunares, pecas, cicatrices. Como si no se lo hubieran preguntado ya, y él les

dijo lo que sabía. Le enojaba que le hablaran, incluso el hombre del rostro coriáceo, como hablarían a una persona con lesiones cerebrales.

—Sí —dijo—. Entiendo.

Estaba examinando con perplejidad un grupo de pecas que había bajo el omóplato izquierdo del cuerpo. (¿El grupo de pecas de la espalda de Augusta no era un grupo más pequeño de lunares, un poco más arriba?) En la parte baja de la espalda, entre la carne descolorida y magullada de edad madura, había un gran lunar que a primera vista parecía un insecto, y Owen tuvo el instinto de ahuyentarlo. ¡Cuánto odiaba Gussie los insectos! A continuación examinó los brazos, que estaban relativamente intactos, la piel clara salpicada con multitud de pequitas, pero no cubierta de fino vello claro, como recordaba los brazos de Augusta. (A menos que el recuerdo de Owen fuera antiguo. Posiblemente, en la edad madura, los brazos de Augusta se habían quedado sin vello, como las piernas, que ya no tenía que depilar.) En este momento miró de reojo a Elias West, que observaba el cuerpo con expresión de reconocerlo. «Es Gussie. Este hombre lo ve.»

—No —dijo Owen enseguida, jadeando—. No creo que lo sea. No lo creo. No es Augusta. No; esto no es Augusta. —Estaba llorando. En un instante su pétreo rostro se había resquebrajado y se estaba disolviendo. El reconocimiento al parecer había concluido. Se llevaron a Owen de la sala refrigerada. En el umbral tropezó, pero recuperó el equilibrio y su dignidad—. ¿Por qué he de tener la culpa de esto? «Yo no tengo la culpa.» ¿Por qué nos hiciste esto, Augusta, a mí y a nuestra familia?

El suelo de baldosas se inclinó hacia arriba y chocó con su mejilla. Llevaron al hombre enfermo al servicio de urgencias del hospital local, donde le trataron de conmoción y traumatismo cardíaco. No había sufrido un infarto ni una apoplejía, pero había estado inconsciente casi diez minutos, lo cual era «preocupante», como dijo el médico que le atendió, y por lo tanto pasó la noche en el hospital, sometido a observación, y por la mañana le dieron de alta y le recomendaron encarecidamente que pidiera hora para visitar a su médico de cabecera lo antes posible. Elias West, apagado, condujo a Owen en un coche de alquiler al aeropuerto de Naples. El esfuerzo de Owen Cutler para identificar el cuerpo femenino quedaría registrado en los informes policiales como «no concluyente». Él parecía reconocer que sí, la mujer mutilada era su esposa, o había sido su esposa; al mismo tiempo, no, no lo era. Elias West no se atrevía a presionarle a este respecto por miedo a que lo despidiera de inmediato. Durante el trayecto hasta Naples los hombres apenas hablaron. Owen parecía irritado con West o, en cualquier caso, indiferente. Parecía cansado, un anciano. En la mejilla izquierda llevaba un trozo de esparadrapo sobre una gasa blanca que en parte tapaba un morado. Tenía el traje muy arrugado, como si hubiera dormido con él, y aquella mañana no se había afeitado. Pasó la mayor parte del trayecto revolviendo objetos que llevaba en su maletín, fotografías de la bella Augusta de finales de los años sesenta, cuando se habían conocido; es posible que Owen viera lo poco que la mujer a la que él había amado se parecía a sí misma de estación en estación y de fotografía en fotografía, pues al final se rindió, exhalando un suspiro, y cerró el maletín. Mientras el coche de alquiler circulaba por la autopista estatal envuelto en una neblinosa

luz solar, Owen trató de leer *La vida ética*, pero pronto se sintió inquieto. Dijo, con el aire pensativo de un hombre que efectúa un descubrimiento profundo en la más absoluta soledad:

—Estas palabras. Estos filósofos. Un montón de burbujas sobre un vacío, eso es todo. Se dicen a sí mismos cosas para no reparar en ello.

Poco después se sumió en un sueño ligero y el libro le resbaló de las manos y cayó al suelo.

En el pequeño aeropuerto de Naples, Elias West se ocupó de los trámites del viaje de regreso al norte. Por fin se atrevió a sacar el tema de si debía proseguir su búsqueda de la señora Cutler o si… la mujer del depósito de cadáveres de Cropsey era, de hecho, la señora Cutler.

Con la mirada fija en el suelo, el rostro inexpresivo, Owen dijo al cabo de un momento:

—Es ella. Usted sabe que es ella. Pero no vamos a abandonar nuestra búsqueda, Elias, ¿verdad? Nunca.

2

¡Cada vez más lejos en el pasado! Era como dejarse arrastrar en un remolino, buscando la vida secreta de otra. Augusta a veces se preguntaba si se ahogaría. Si era un conocimiento prohibido lo que estaba buscando y lo lamentaría.

Aun así la aventura le resultaba estimulante. No se parecía a nada de lo que había hecho hasta entonces en su protegida vida en Salthill. Una mujer que viajaba sola, alquilaba coches, iba siempre

con gafas oscuras, se alojaba en moteles de carretera y comía en su habitación, y se había dejado crecer el pelo con hebras plateadas… «Persigo la verdad de Adam Berendt.»

No obstante, la verdad significaba poco para ella en realidad. Solo quería esta intimidad con Adam, ahora que el hombre había desaparecido de la tierra. Quería conocerlo, por fin, como nadie lo había conocido jamás, ni siquiera las otras mujeres que había habido en su vida.

En Miami Beach, antes de emprender su viaje, Augusta había adquirido una cámara digital con el fin de hacer fotografías de los escenarios del pasado de Brady/Berendt. Había adquirido un nuevo nombre, temporal, y la identificación correspondiente, un sencillo nombre que sonaba virtuoso: Elizabeth Eastman. (Había bromeado con Elias West: «¿Y si me hago llamar Liz West?». Solo era broma, claro.) Cuando Augusta había huido de Salthill el otoño anterior, estaba desesperada y no tenía ningún plan salvo poner distancia entre ella y la vida de muñeca que hasta entonces había llevado, en aquella época una vida insoportable para ella porque en Salthill, a diario, algo le recordaba la ausencia de Adam Berendt; no fue hasta meses más tarde, una mañana de radiante sol que entraba por la ventana, cuando despertó con la idea de seguir el rastro de Adam hasta sus orígenes.

—Lo haré. Lo intentaré.

Esto daría sentido a su vida. La vida de Augusta Cutler, que tenía tan poco sentido.

Su vida, que tantas veces había querido tirar por la borda, como se tira un envoltorio vacío. Sin sentimiento y sin remordimiento.

Y tenía miedo de envejecer, cada vez más. En Estados Unidos este era el abismo. Adam la regañaba, qué tontería, qué obsesión tenían los norteamericanos con el envejecimiento, y ella había replicado enojada, bueno, sí, es una tontería, pero algunos nos estamos ahogando en ella, ¡ten piedad!

Ella, Augusta Cutler, de cincuenta y tres años.

Razón suficiente, tal vez, para marcharse de Salthill-on-Hudson, donde todo el mundo la conocía.

—¡Pero nadie me conoce! Que se vayan todos a la mierda.

Lo único que Augusta sabía, o sospechaba, era que Adam se había cambiado el nombre por el de «Adam Berendt» en algún momento después de junio de 1969. Lo sospechaba porque una tarde, revolviendo en el archivador de Adam por curiosidad (en realidad, celos de otras amigas de Adam), había descubierto un diploma de «equivalencia» del instituto, amarillento y muy arrugado, a nombre de Francis Xavier Brady, emitido por el distrito escolar de Red Lake, Minnesota, en junio de 1969.

Raras veces cerraba Adam con llave la puerta trasera de su casa junto al río, la puerta de su estudio. Se comprendía con ello que sus amigos más íntimos podían entrar en cualquier momento, tanto si Adam se encontraba en casa como si no, y Augusta a veces lo hacía, para esperarle. Así pues, aquella tarde había entrado y descubierto que en casa solo estaban los perros de Adam, y estos se mostraron amistosos porque reconocieron a la amiga de su amo, Augusta.

La mente de Augusta era un torbellino. ¿Qué significaba aquel diploma? ¿Por qué se hallaba en posesión de Adam? La lógica debía

de ser que Francis Xavier Brady era el yo más joven de Adam Berendt.

Siempre había existido la vaga idea de que, posiblemente, Adam Berendt se había cambiado el nombre. Nadie parecía saber exactamente qué edad tenía, pero era evidente que superaba los cincuenta años, y quizá no había cumplido cincuenta y cinco. Si, por ejemplo, había nacido en 1947, en 1969 debía de tener veintidós años. Era tarde para obtener el diploma del instituto, a menos que hubiera ocurrido algo que interrumpiera su educación.

Esta línea de pensamiento resultaba estimulante para Augusta, pues ansiaba la intimidad con aquel hombre, cosa que él le negaba.

Aquí estaba la lógica: Adam era el más reservado de los hombres, nadie en Salthill parecía saber nada de él antes de mediados de los años setenta, cuando vivía en Manhattan, y más tarde en Long Island, antes de trasladarse al condado de Rockland en 1981. Si alguien hacía a Adam alguna pregunta directa, personal, él desviaba el tema con una broma: «¿Cómo voy a saberlo? No soy historiador de mi propia vida». O alguna pregunta que implicara una fecha: «¿Cómo voy a saberlo? Digamos… "Hace mucho tiempo"».

Al parecer se sabía que Adam no había sido escultor, o no había sido conocido como escultor, antes de trasladarse a Salthill y comprar la antigua Deppe House. Lo que sus amigos de Salthill sabían de los años anteriores a su traslado lo habían reconstruido a partir de relatos proporcionados por neoyorquinos que afirmaban haber conocido a Adam Berendt como un hombre que tenía algo que ver con inversiones inmobiliarias y el mercado de valores. («Pero de un modo tranquilo. Jamás se habría adivinado lo bien que le iba.») Augusta conoció una vez a una pareja que había vivido en un

edificio de apartamentos en el que Adam también había vivido en 1974-1975, en la calle Cincuenta y siete Este; Augusta fue a ver el edificio y quedó un poco decepcionada: solo era un edificio de apartamentos muy alto de Manhattan. Beatrice Archer contó a Augusta que Avery había conocido a un hombre que afirmaba haber sido «amigo de póquer» de Adam Berendt cuando Adam residía en el condado de Nassau, Long Island; allí había vivido en una sucesión de casas de alquiler, y a sus amigos les había desconcertado el hecho de que jamás quisiera comprarse una casa. Tampoco se vinculaba a Adam con una mujer determinada: tenía numerosos amigos, que le eran fieles, entre los que había mujeres, claro.

En Salthill se rumoreaba que Adam y Augusta estaban liados. Augusta se refería al rumor con alegre buen humor: «Solo si». Adam parecía ajeno a él, o despreciarlo.

Augusta creía que si Adam estaba liado con alguien era con la mujer más joven, la pelirroja Marina Troy. «Pero ¿qué le vería Adam? Esa mujer no tiene sexo.»

Era razonable creer que un hombre con tantos secretos se hubiera cambiado de nombre pero, rebuscando en otros cajones del archivador, que era un viejo y estropeado archivador de aluminio que Adam había comprado en un mercadillo de oportunidades, Augusta no encontró ningún otro documento que confirmara un cambio de nombre, ni más papeles referentes a Francis Xavier Brady.

De pronto oyó el ruido del coche de Adam en lo alto del sendero. Apresuradamente, con sentimiento de culpa, Augusta guardó el diploma, cerró el archivador y dejó del estudio de Adam tal como lo había encontrado. Los perros de Adam, que le habían hecho compañía en el estudio, ahora salieron corriendo y ladrando con

entusiasmo por la llegada de su dueño. Adam vería el coche de Augusta en el sendero; sabría que se encontraba en la casa, esperándole; Augusta pasaba a menudo por su estudio para admirar la obra en la que estaba trabajando; era una mujer que «se interesaba» por el arte, en especial si los artistas eran amigos suyos. No habría nada extraordinario, nada que levantara las sospechas de Adam. Sin embargo, qué alterada estaba Augusta: en un estado similar al de excitación sexual. ¡Conocía un secreto de Adam! Existía esta intimidad entre ellos, que él desconocía.

Cuando Adam entró en la casa con su paso pesado, Augusta se encontraba en la cocina, inocentemente, poniendo agua fresca del grifo para los perros. Estos se habían precipitado hacia Adam y ahora regresaron a ella corriendo y se apretaron con afecto contra sus piernas. Los perros eran Apolo y un perro amarillento más pequeño, más viejo, hembra, cuyo nombre Augusta había olvidado. Porque esto había sucedido años atrás: la perrita de color amarillento, a la que habían abandonado como a Apolo, hacía tiempo que había muerto.

Augusta se recordó a sí misma cuando era más joven, cuando tenía más esperanzas, y experimentó una ligera sensación de pérdida; aquel día vestía una camisa larga de algodón de color naranja rojizo con una falda con aberturas en los costados, al estilo mandarín, y sandalias con tacón de corcho. ¡Qué importante le parecía la ropa en aquella vida tan lejana! Sus piernas bien formadas, pálidas, desnudas, y el cabello recién peinado, como un casco. Habría podido ser la fiel esposa de Adam Berendt aguardándole en su ruinosa casa «histórica» junto al río, la esposa ex debutante del desastrado escultor, pero no era así. Augusta

percibió la punta de los dedos de Adam en la nuca, cuando se inclinó para dejar en el suelo los platos de plástico de los perros, como una bendición, o como un castigo juguetón.

—¡Gussie! No tienes que cuidar de mis perros, por el amor de Dios.

—Es que hoy hace mucho calor. Tenían el agua…

¿Qué estaba diciendo? ¿Por qué era importante? Se quedó mirando a Adam Berendt mientras pensaba: «Pero ¿quién eres tú? ¡Dímelo!».

Augusta besó alegremente a Adam en ambas mejillas, pues este era su estilo. Se apartó de él antes de que él se apartara de ella. Alrededor de ellos flotó una vaharada de perfume. *Noli me tangere! (*«¡No me toques!»)*…* era el pecadillo sexual de Adam. El fetiche de aquel hombre. (¿A Augusta le importaba en realidad? Si hubieran sido amantes, ¿no habría sido inevitable que su amistad terminara?) Aquella tarde, como muchas veces después, Augusta estuvo a punto de preguntar a Adam: «¿Quién es Francis Xavier Brady? Eres tú, ¿verdad?». Pero no tuvo valor. No podía arriesgarse a ofenderle. Porque había cosas que podías decir libremente a Adam, y cosas que no. Cualquier cosa que cuestionara su integridad. Cualquier insistente sondeo de su pasado. El rostro de Adam enrojecía, con una expresión furibunda, y echaba chispas por el ojo bueno. No; Augusta no iba a preguntar por Francis Xavier Brady.

Pero Augusta estaba a todas luces excitada, alegre. Le resultaba imposible hablar con voz normal. Admiraba las toscas y curiosas obras en las que Adam estaba trabajando, ¡mucho! Deseaba obtener de él su más preciosa sabiduría, si no podía obtener su amor. Adam la escuchaba con cara de desconcierto.

—Cuando veo obras de arte, quiero saber: ¿el artista cree?

—¿Cree qué, Gussie?

—Solo… si cree. En Dios, tal vez.

—¿Qué clase de «Dios»? ¿Una personalidad o un principio?

—Solo Dios. El Dios de la tradición.

—¿La tradición de quién?

—Adam, no seas pesado. Nuestra tradición.

—Pero ¿qué es este «nuestra»? ¿Cómo puedes estar tan segura de que compartimos una tradición? El que compartamos una lengua —añadió Adam con tono jocoso— no significa que compartamos sus significados.

Augusta alzó las manos en un gesto de exasperación. Qué terco era aquel hombre. Todo el mundo sabía lo que significaba «Dios», ¿por qué Adam hacía juegos de palabras?

Adam agregó:

—No creo en Dios, no. No en un Dios entendido como una persona, el Dios petulante y egoísta de la Biblia. Pero me parece interesante que otros crean.

—¿Y qué me dices de la vida después de la muerte, Adam?

—No es muy probable que exista.

—¿Los malos no son castigados por sus pecados?

Augusta habló con aire pensativo. Era de las que querían que los malos fueran castigados, tener algo que la apartara del mal.

—Puede que los malos sean castigados, como todos nosotros, pero no por sus pecados.

—¿No somos castigados por nuestro pasado? ¿No hemos de hacer frente a nuestro pasado, como se dice?

Era arriesgado decir esto. Decírselo a Adam, cuyo pasado era un interrogante. Miró a Augusta, desvió la mirada y se puso en cuclillas ante una de sus piezas esculpidas, pasando las manos por encima de la tosca forma como si fuera ciego. Augusta insistió:

—Si no somos castigados por cosas que hemos hecho en el pasado, ¿seguimos queriendo ocultar nuestro pasado? ¿A veces? ¿Por qué lo hacemos?

—Hay una cosa que se llama remordimiento —dijo por fin Adam —. Hay una cosa que se llama vergüenza.

Los perros habían entrado en el estudio de Adam haciendo ruido al chocar las uñas contra las tablas del suelo manchadas de pintura. Apolo, el más joven y vigoroso, lamió las manos de Adam y se las arregló para tumbarse de tal manera que quedó con la cabeza a los pies de Adam y el rabo, que movía, inquieto, sobre los zapatos de Augusta. Era un momento doméstico, tranquilo, lo más parecido a un momento íntimo que Adam permitiría.

Era hora de que Augusta se marchara. Sin embargo, Augusta era reacia a marcharse. Adam salió con ella y la acompañó hasta el coche. Era un coche europeo último modelo de reluciente color negro, bastante fuera de lugar en el sendero de la casa de Adam, bordeado de malas hierbas, y Augusta nunca entraba en su interior tapizado en piel sin pensar: «Todo a lo que he renunciado para conducir este coche ¿merece la pena? ¡Tal vez!». El estado de ánimo de Adam era apagado, de lo que Augusta se culpaba.

—Entonces, ¿en qué crees, Adam? —dijo.

—Creo en la gracia —respondió él.

—¡La gracia! —Augusta sonrió, insegura—. Yo también. Aunque nunca he estado segura de qué es.

—La gracia es un momento de visión interior. Un momento de belleza y pureza. Aunque podría ser un momento de fealdad suprema, supongo. Una vista aérea rápida, repentina. Salimos de nosotros mismos y vemos. En un instante, sabemos —dijo Adam.

—Pero, Adam… ¿qué sabemos?

Augusta hablaba con sinceridad, ansiosa. Tenía ganas de coger las manos de grandes nudillos de Adam y apretarlas contra su corazón.

Adam se encogió de hombros y se echó a reír.

—No sabemos. Nunca sabemos. Seguimos nuestro camino mediante la fe y nunca sabemos adónde diablos vamos.

Augusta había ido en avión a Atlanta. Pero no había tomado ningún otro avión para salir de Atlanta. Se había registrado en un hotel del aeropuerto para dormir. Estaba agotada, profundamente conmocionada, confundida. Durmió hasta muy tarde y nadó en la piscina del hotel, con lentas y medidas brazadas. Sin maquillaje, la piel le brillaba, pálida, y llevaba el pelo cepillado hacia atrás. No desprendía ningún atractivo sexual, no llamaba la atención de los hombres. Era fácil no ser vista: simplemente dejabas de mirar a los demás. Era fácil no experimentar ningún sentimiento de culpa por haber abandonado a tu esposo y a tu familia: simplemente dejabas de pensar en ellos.

Augusta nunca había estado tan cerca de sentir una rabia asesina como ante la puerta de los Thwaite, y no quería volver a sentir jamás semejante emoción. «Esa niña, Samantha, crecerá sin saber nada de Adam, que le salvó la vida. Claro. Los padres no querrán contárselo, por vergüenza. Es natural. En su lugar yo probablemente

me comportaría igual. A la mierda.» Esperaba no volver a pensar nunca más en los Thwaite.

Desde Atlanta se dirigió hacia el sur; era noviembre y en el norte empezaba a hacer frío. Alquiló un coche y recorrió Georgia, evitando la interestatal y alojándose en moteles de carretera. Sabía que una persona «desaparecida», adulta, no sería objeto de búsqueda por la policía, por mucho que Owen Cutler quisiera que su esposa volviera. Sin embargo, medio suponía que podrían descubrirla si conducía por la interestatal y se alojaba en hoteles de gran calidad, como los que ella y Owen normalmente frecuentaban. Sin embargo, varias veces había estado a punto de desfallecer, de delatarse: telefoneaba a sus hijos, a su hija. Les echaba de menos. (¿De veras?) Se sentía un poco culpable, pues seguro que estaban preocupados por ella. (¿Y por qué no? Ellos le habían dado muchos motivos de preocupación, muchísimos. Ahora le tocaba el turno a mamá.) Con dedos lentos marcaba los números que se sabía de memoria preparándose para decir: «Eh, soy yo. Vuestra ridícula madre», pero por alguna razón no podía pronunciar estas palabras. Porque eran palabras falsas. Ella no se sentía ridícula, se sentía auténtica. No podía decir, con una risita de disculpa: «¡Hola, cariño! Soy yo. Lamento haberos preocupado», porque en realidad no lo lamentaba. «Jamás volvería a disculparse ante sus hijos.»

Augusta continuó en dirección sur. Tenía parientes en Jacksonville (Florida) y en Palm Beach, primas y su antigua y querida compañera de universidad, ahora divorciada, que vivía en una lujosa residencia en Saint Petersburg. Augusta había pensado que podría alojarse con una de ellas, que la recibirían con agrado y mantendrían en secreto su paradero, pero pasó de largo por Jacksonville y la idea de estar

algún tiempo en Palm Beach, entre gente de la clase que uno se encuentra allí, la llenó de repugnancia, y no le apeteció cruzar el estado hasta Saint Petersburg, donde, entre afecto y alegría y una buena cantidad de bebida, habría sido muy bien recibida e invitada a quedarse todo el invierno. «No puedo. No puedo seguir siendo Augusta.» Dormía en ciudades de la costa de Florida oriental, paseaba por la playa, ayunaba y hacía yoga y dormía; no se depilaba las axilas y le era indiferente que la melena le creciera sin forma y tuviera una veta plateada en el nacimiento del pelo. En los centros comerciales compraba ropa barata y cómoda: pantalones de poliéster con la cintura elástica, jerséis de vivos colores pastel, rebecas gruesas de algodón. Le sorprendía ver lo atractiva que estaba —no espléndida ni guapa: atractiva— sin maquillaje. En su pálida piel aparecieron pecas, los ojos sin rímel eran los ojos de una mujer cuerda e inteligente de joven edad madura. Con todo, tenía recaídas: un voraz apetito sexual se apoderó de ella; en una coctelería de Fort Pierce ligó con un guitarrista de cuarenta años con el cabello recogido en una cola de caballo, y se lo llevó a su motel de la playa con una provisión de condones con olor a lavanda y una cesta de picnic con salmón ahumado, crujiente pan francés, queso brie, uvas y varias botellas de buen vino italiano. Tuvo recaídas similares en Boca Raton, Fort Lauderdale y Surfside. Y después Augusta estuvo en Miami Beach.

Allí, su recaída la hizo alojarse en el lujoso Loews, junto a la playa. Cenó en el opulento comedor del hotel en lugar de encargar el servicio de habitaciones. Tomó cócteles en la terraza que daba al océano. Se hizo arreglar el pelo, y la manicura y pedicura, que necesitaba urgentemente; se compró unos pantalones de seda color

verde loro y una blusa a juego, tan escotada que dejaba ver la parte superior de sus pálidos senos. Paseaba por la playa, compraba en la tiendas y se sentía culpable por sus antiguos y absurdos placeres. («Pero no durará, Adam. ¡Lo juro!») Después de pasar una semana en Miami Beach se fijó en un hombre que la observaba en secreto, que la seguía. Aparecía de la nada: en el vestíbulo del hotel, en el borde de la piscina mientras ella nadaba, en la coctelería, en la playa. El hombre tenía el rostro moreno, estropeado pero aún apuesto, y el pelo rizado, que le caía desde la calva hasta los hombros. Como pocos hombres en Miami Beach, vestía ropa oscura, corbata de cordón, cinturón con enorme hebilla de plata. «Mi perseguidor», le llamaba Augusta. Era sexy y jactancioso aun cuando (Augusta, una mujer de contradicciones, se había dado cuenta) trataba de pasar inadvertido. «Mi perseguidor» era unos años mayor que Augusta y se fijaba en las mujeres de figura voluminosa como ella. En más de una ocasión los ojos de ambos se encontraron y un escalofrío de excitación pasó entre ellos. Augusta sintió una punzada en la entrepierna, el deseo como una sacudida eléctrica. Se volvió para marcharse de la terraza (era el atardecer, la hora del cóctel), pero inesperadamente se dio la vuelta y pilló a «mi perseguidor» siguiéndola. Se acercó a él, envuelta en una ola de perfume, furiosa, temblando y atrevidamente exigente:

—¿Me está siguiendo? ¿Por qué?

Así conoció Augusta Cutler a Elias West, el investigador privado que su esposo había contratado.

¡Qué cara puso West! Era un hombre astuto y hábil, que llevaba una pistola (registrada, legal) bajo la axila izquierda, como un «detective» de una película de Hollywood de los años cuarenta. Era un hombre tan ducho en subterfugios que no podía recordar con claridad la última vez que había pronunciado una palabra de verdad lisa y llana. Era un hombre que había estado «liado» con tantas mujeres, durante períodos que iban desde once años (una esposa en la juventud) hasta once minutos (nombre desconocido), que alardeaba de que era «totalmente inmune» a la atracción sexual. Sin embargo, mirando con asombro a Augusta Cutler, la esposa de su rico jefe, una trémula belleza de piel sonrosada al estilo Renoir, vestida de un luminoso color verde, con un busto notable en cualquier mujer, pero extraordinario para una mujer de su edad, West no supo disimular su emoción. Él, Elias West, se sonrojó y balbuceó:

—Señora Cutler, me temo que sí. Me ha pillado.

West, que era un caballero, le tendió la mano para estrecharle la suya.

Se llevaban muy bien Augusta y Elias. Eran de la misma especie de inconformista indefinible. Y estaba el placer de lo ilícito, la traición de la lealtad: al hacer el amor engañaban al pobre Owen Cutler, allá en Salthill-on-Hudson, que aguardaba con ansia noticias de alguna pista que el investigador privado pudiera proporcionarle.

—Debe de amarla mucho, señora Cutler —dijo Elias West acariciando, con inusitada ternura, el pecho de Augusta, opulento, blando, de pezones grandes—; desde que le abandonó está muy

afligido y no deja de asegurarme que el dinero no es ningún problema.

Augusta se rió al oír esto y metió la lengua en la oreja de West, caliente, con cera, y West también se rió, aunque se sentía ligeramente avergonzado: traicionar tan abiertamente a un cliente, en una situación que podría volverse contra él (si, por ejemplo, Augusta regresaba con Owen y lo confesaba), era en verdad preocupante. Pero Augusta aseguró a Elias West que no, no era probable que confesara.

—Esto es demasiado divertido.

Con dedos expertos cogió el pene semierecto de West, que lentamente se endureció. Como una mujer estrechando la mano de un compañero.

La primera vez que estuvieron a solas, en la habitación de Augusta, en la última planta del hotel, con el rostro aún encendido tras haber hecho el amor, Augusta dejó un fajo de billetes sobre una mesa al lado de Elias West y dijo:

—Me gustaría contratarte para mantener a Owen desinformado de mi paradero. ¿Trato hecho?

West respondió:

—Augusta, no puedo aceptar tu dinero en estas circunstancias. Pero te doy mi palabra. No informaré a tu marido. —Se interrumpió y frunció el entrecejo—. Aunque en algún momento quizá tenga que confundirle, si no quiero que me despida. Esperará saber algo.

—¿Tal vez —dijo Augusta con aire triste— podrían encontrarme muerta? Quiero decir, un cuerpo que se pareciera a mí. En algún lugar.

West contestó:

—Eso podría ocurrir, pero probablemente no se sostendría durante mucho tiempo. Y aunque el cuerpo estuviera muy descompuesto, se pueden comprobar las fichas dentales y se llega a la identificación.

Augusta se tapó el rostro con la mano, unos instantes, vencida por la emoción.

—¡Es horrible pensar eso! Ojalá no lo hubiera dicho.

West le cogió las manos y le dijo:

—Cariño, sea quien sea la asesinada, cuando y donde ocurra… no tendrá nada que ver contigo.

Augusta se estremeció.

—Es extraño que haya dicho esto, ojalá me hubiera callado.

—Si queremos despistar a tu marido, hay medios más fáciles —dijo West.

Se pusieron a hablar de Owen Cutler. Augusta se emocionó al enterarse de que Owen ofrecía medio millón de dólares de recompensa por cualquier información que condujera a su regreso.

—¡Pobre Owen! Le quiero, supongo, pero…

En un gesto poco característico de remordimientos, o de sentimiento, Augusta se secó los ojos. Elias West frunció el entrecejo.

—Si quieres a tu esposo, Augusta, ¿por qué le abandonaste y le has hecho tan desgraciado? Él parece amarte.

Augusta meneó la cabeza con vigor. Estaba desnuda; se puso un albornoz blanco y se apretó con fuerza el cinturón.

—Owen ama su idea de lo que es una «esposa»; no me ama a mí. En toda mi vida solo me ha amado un hombre, en el sentido de conocerme, respetarme, y ese hombre está muerto.

Elias West sintió una punzada de celos, pero no lo demostró.

—¿Y quién era este hombre, ese dechado de perfecciones? —preguntó con ironía.

Augusta sonrió y respondió pasando por alto la ironía:

—Bueno, Adam no era perfecto. Ni mucho menos. Ni siquiera era muy atractivo. Tenía la cara muy estropeada, fea, y un ojo ciego. Y ya sabes —añadió Augusta bajando la voz, acariciando el rostro de West— que me gustan los hombres guapos.

—Era un amante fantástico, ¿no? —preguntó West, molesto.

—¿Amante? Sí, supongo. Quiero decir que lo habría sido. Posiblemente. Nosotros no éramos amantes… exactamente. —contestó Augusta.

—Sin embargo, ¿le amabas? —preguntó West, sorprendido.

—¡Claro que sí! Adam era la presencia masculina más poderosa, más romántica en mi vida, incluido mi padre. Si me pidieras que te lo explicara, no podría. No puedo. Adam era, simplemente… el hombre que era. Me marché de Salthill porque no soportaba vivir en aquel lugar sin él. Pero ahora creo que intentaré seguir su rastro. Llegar a sus orígenes, quiero decir. —Se le había ocurrido una idea, inspirada por la presencia de Elias West en su vida. Se le iluminaron los ojos cuando le miró—. Tal vez podrías ayudarme, Elias. Pagándote tus honorarios, por supuesto —dijo Augusta.

A esta propuesta Elias West se permitió decir que sí.

Al cabo de unos días, para sorpresa de Augusta, West le informó de que, mediante llamadas telefónicas, faxes e internet, había logrado descubrir algunas cosas sobre el difunto Adam Berendt de los años anteriores a 1973, cuando fue a Nueva York.

—Antes de venir al este, tu «Adam Berendt» vivía en Detroit, Michigan, donde trabajaba para un promotor inmobiliario

multimillonario; antes había vivido en Muskegon, Michigan, junto al lago Michigan, donde lo único que he conseguido averiguar es que conoció a ese promotor inmobiliario, que estaba construyendo unas viviendas junto al lago, y al tipo debió de caerle bien tu Adam Berendt y se lo llevó a Detroit. En algún momento al parecer obtuvo una licencia para vender inmuebles. Antes de eso, si nos remontamos en el tiempo, contracronológicamente, Berendt llevaba una vida muy diferente en Mineápolis, donde conducía un camión y por la noche estudiaba en la escuela de administración de empresas de la Universidad de Minnesota. (Sí, he intentado que me enviaran por fax su expediente, pero se han negado.) Antes de eso, en 1969, vivía en un lugar llamado Red Lake, en el norte de Minnesota, donde hizo trabajos varios, uno de ellos de temporero en la frontera de Ontario occidental. Pero antes de eso —añadió West frunciendo el entrecejo— se pierde la pista.

Augusta pensó: «!Antes de eso Adam Berendt no existía».

No hablaría a West de Francis Xavier Brady. Solo ella, Augusta, conocería la existencia de Francis Xavier Brady.

Augusta preguntó a West si había algún documento que indicara que Adam Berendt había estado casado, y West respondió:

—No. Ninguno que yo haya descubierto.

¿No tenía familia? ¿Ningún pariente?

—Para obtener información más detallada, tendría que ir allí, claro. ¿Quieres contratarme? Podríamos ir juntos —dijo West.

—¡No! No, gracias. Esto es todo lo que necesito saber. —Augusta habló con rapidez, casi asustada. No quería compartir a Adam Berendt con nadie, y sin duda no con un desconocido—. ¿Cuánto te debo?

West besó a Augusta y le acarició los hombros a través del albornoz.

—Mis honorarios siempre son negociables.

La víspera de la partida de Augusta de Miami Beach, Elias West arrojó su bolso por encima de la valla de un hotel en construcción, a unos kilómetros del hotel. Para manipular el bolso West se puso guantes. Lo único que había en el bolso eran pañuelos usados y cosméticos, y un monedero que solo contenía un carnet de la biblioteca pública a nombre de Augusta Cutler, Pheasant Run 39. Habían arañado y ensuciado el bolso, italiano, de bella piel trabajada a mano, para que la persona que lo encontrara no cayera en la tentación de quedárselo; sin embargo, por hermoso que hubiera sido, y obviamente caro, quien lo encontrara pensaría que valía la pena informar a la policía.

Elias West estaba en contacto con la policía de Florida, en particular con la del condado de Dade, para su búsqueda de la desaparecida Augusta Cutler. Cuando al día siguiente fue a verles para saber si tenían noticias, alguien les había entregado ya el bolso, y Augusta había iniciado su largo viaje hacia el norte, sola. ¡El plan había funcionado! No obstante, Elias West se sentía poco satisfecho cuando telefoneó a su jefe para informarle de la «pista», la primera pista sólida que habían encontrado.

Echaba de menos a Augusta, tenía que admitirlo. Nunca había conocido a nadie como ella en todos los años que llevaba de profesión.

«Elizabeth Eastman», en un trance de expectación y aprensión, condujo hacia el norte y el oeste atravesando los estados de

Georgia, Tennessee, Kentucky, Indiana, Illinois, Wisconsin… Tuvo que conducir mucho tiempo. Quería y no quería llegar a su destino: Red Lake (Minnesota). Quería y no quería saber la verdad sobre la vida de Adam Berendt. Cuando llegó a Minnesota y empezó a recorrer aquel largo estado del norte, la línea plateada en el nacimiento del pelo relucía como el alambre y le había crecido vello en las axilas. Volvía a llevar pantalones de poliéster con la cintura elástica, camisetas y jerséis. Se había quitado los anillos y los había escondido en el forro de la maleta. Se le había descascarillado el esmalte de las uñas. El coche que había alquilado era un Honda Civic de color gris gorrión. El glamour de Miami Beach quedaba atrás, la aventura con Elias West se desvaneció rápidamente. La primera semana le echó de menos —¡qué buena pareja hacían, sexual y temperamentalmente!—; luego empezó a olvidarle. West le había dado el número de su teléfono móvil para que lo llamara en cualquier momento, y él acudiría a ella, pero Augusta se deshizo de él. Amar a Elias West sería una traición no solo a Owen Cutler, sino a Adam Berendt.

En Florida Augusta se había comprado una cámara, y al aproximarse a Red Lake (Minnesota) tomó fotografías como si transcribiera la vida interior de Adam. Había abandonado esta población pequeña y no muy próspera más de treinta años atrás pero, excepto por algunas casas más nuevas y algunos restaurantes de comida rápida y minicentros comerciales en la carretera, Red Lake no parecía haber cambiado mucho con el tiempo. El lago era enorme, bello bajo la luz del sol. Su rizada superficie llamó la atención de Augusta y le produjo un escalofrío. Adam había muerto,

o había empezado a morir, en aquella agua rizada por el viento. A veces Augusta casi imaginaba que ella lo había presenciado.

No en Red Lake, sino a cincuenta kilómetros de distancia, en Hannecock, la capital del condado, en una oficina del ayuntamiento en la planta baja, Augusta hallaría el documento que buscaba: la notificación legal, fechada el 9 de septiembre de 1969, de que Francis Xavier Brady había cambiado oficialmente su nombre por el de «Adam Berendt». Junto con el documento había una copia muy descolorida del certificado de nacimiento de Brady, que Augusta apenas pudo descifrar. La acercó a la luz con manos temblorosas. Francis Xavier Brady, nacido el 30 de marzo de 1947 en Beauchamp (Montana). Hijo de Morton y Elsie Brady. Augusta contuvo el aliento. ¡Allí estaba! La funcionaria que había localizado el documento, una mujer de edad madura a la que Augusta había inducido con su encanto a emprender la búsqueda («Estoy comprobando el pasado de un tal Adam Berendt, que quiere casarse con mi hermana; mi hermana hace poco que ha enviudado y está muy sola»), preguntó a Augusta si le pasaba algo, y Augusta contestó que no, «solo estoy… sorprendida». Por veinticinco dólares Augusta pudo fotocopiar ambos documentos.

«Tal vez debería parar ahora. ¿Quizá es suficiente?»

Sin embargo, la curiosidad la empujaba. Tenía la esperanza inconsciente de que, al buscar a Adam Berendt, adentrándose aún más en el pasado, Augusta de alguna manera estaría unida a aquel hombre, en persona. El joven Adam. Un muchacho llamado Francis.

En Red Lake nadie a quien preguntó parecía haber oído hablar nunca de Adam Berendt, por lo que llegó a la conclusión de que se había marchado de la zona poco después de cambiarse el nombre.

Como «Adam Berendt», se había trasladado a Mineápolis, después a Muskegon (Michigan) y por último a Detroit, donde, al parecer, había empezado a ganar dinero. En Red Lake había sido Francis Xavier Brady, al que unas pocas personas recordaban. Una bibliotecaria del lugar, una mujer sexagenaria, le recordaba como Frankie Brady, «un hombre joven cordial pero que parecía solitario, con un ojo ciego; decía que lo había perdido en un accidente de caza»; pasaba por la biblioteca a menudo, a veces en ropa de trabajo, sucio y oliendo a sudor, para sacar libros y hablar de ellos; era un tipo solitario, decía que era natural de Montana, trabajaba en un almacén de madera y conducía un camión, y por la noche asistía a clases en el instituto, para sacarse el título.

—Frankie daba mucha importancia a la educación. Se veía por el modo en que elegía sus palabras; trataba de ser lo más listo posible. Como si viniera de algún lugar donde la gente no hablara, solo gruñera y se diera empujones.

Augusta preguntó qué clase de libros retiraba de la biblioteca Frankie Brady, y la bibliotecaria respondió con tono afectuoso que era un muchacho que leía «casi todo, cualquier cosa». Por ejemplo, había leído todo el estante de libros resumidos del *Reader's Digest* en pocas semanas. Semana tras semana sacó una enorme antología titulada *Los mayores filósofos del mundo*, y bromeaba diciendo que estaba «abriéndose paso a través de los siglos, pero despacio». Frankie prefería las antologías poéticas y libros sobre ciencia popular y libros de superación personal como los de Dale Carnegie, y libros ilustrados de arte e historias del Oeste estadounidense. En la biblioteca había un solo libro sobre la guerra de Corea, y Frankie lo retiraba con frecuencia, porque decía que su padre había muerto en

esa guerra y era un «héroe desconocido». Para ser un muchacho de diecinueve o veinte años, en ocasiones parecía más joven, pero otra veces, cuando se sentía melancólico y no le podías arrancar más que unas palabras, parecía mucho mayor.

—Uno de estos jóvenes con «alma de viejo». Así era Frankie Brady cuando le conocí.

La bibliotecaria proporcionó a Augusta otros nombres de personas de Red Lake con las que podía ponerse en contacto y, antes de que Augusta pudiera pedírselo, le indicó cómo llegar a uno de los lugares donde Frankie Brady había vivido. Era una pensión situada cerca de la cochera de trenes: un viejo y destartalado edificio, que todavía se tenía en pie, evidentemente habitado aún, aunque muy abandonado, con un cartel en el porche combado (HABITACIONES EN ALQUILER POR SEMANAS Y POR MESES) y gallinas de Guinea picoteando el suelo sin hierba del jardín delantero. Augusta lo contempló con avidez. «¡Adam vivió aquí! Hace mucho tiempo.»

Iría a la puerta delantera, con atrevimiento. Llamaría. Preguntaría si podía ver… ¿qué? ¿Qué habitación?

En lugar de esto, lo que hizo Augusta fue mantenerse a una distancia prudente y sacar fotografías.

Al día siguiente visitó a la esposa del propietario del Red Lake Marina, en la casa de ladrillo y aluminio que estaba junto a la orilla del lago, pero la mujer de rostro adusto y cabello teñido de rubio (aproximadamente de la edad de Augusta, pero aparentaba más) la miró con suspicacia y se puso claramente tensa cuando Augusta le preguntó por Frankie Brady, y le dijo a Augusta que lo sentía pero que no podía hablar con ella.

—Verá, estoy muy ocupada. Muy ocupada.

La voz de la mujer temblaba de ira, y sus ojos reflejaban una intensa animadversión. Augusta se marchó, desconcertada. «Ella le amaba. Como yo. Podríamos ser hermanas.» Qué había ocurrido, treinta y dos años atrás al menos, para que la mujer teñida de rubio aún sintiera dolor por la pérdida. Augusta no quería pensar qué significaba esto para ella.

A continuación Augusta visitó al ex director del instituto de Red Lake, un educado caballero setentón, de pelo blanco, que iba en silla de ruedas. Se alegró al ver el rostro de Augusta y le agradó hablar largamente de Frankie Brady, el joven al que había dado clases en la escuela nocturna en… ¿era en 1968?, ¿1969?; una época mala para Estados Unidos, con la guerra de Vietnam, y los muchachos de la población, graduados de Red Lake, que morían allí o regresaban heridos.

—Frankie Brady fue uno entre mil. Era como si acabara de descubrir la lectura, los libros, la «vida de la mente», donde no vive la mayoría de la gente, jamás. Bueno, los de por aquí no lo hacen. Frankie era como un perro joven que ha pasado hambre y agradece todo lo que le das.

De la vida privada de Frankie Brady nunca había sabido gran cosa, salvo que «había tenido algún problema en Montana. Este era el motivo por el que había aparecido en Red Lake. Se sentía culpable porque no luchaba en Vietnam, no podía entrar en ninguna sección de los servicios armados debido a su ojo. Y después a algunos nos defraudó, por la forma en que se marchó».

—¿Cómo se marchó? —preguntó Augusta.

—Señora, Frankie simplemente se marchó. Dirigía un almacén de madera, una responsabilidad bastante grande para un muchacho de

veintipocos años, pero le presionaban, quizá una chica, o tal vez simplemente se aburría aquí y tuvo que marcharse. Frankie era una persona muy sociable. Aun cuando no hablaba mucho, escuchaba con atención y te miraba fijamente con su único ojo, como para que sintieras que aquel momento era especial, fuera lo que fuese. Podía hacerte feliz cuando él no lo era, cosa que ocurría muchas veces. O sea que, cuando Frankie se marchó de Red Lake, la gente le echó de menos y algunos se sintieron dolidos. No es que debiera nada a nadie ni hiciera promesas, que yo sepa, pero unos meses después de obtener su diploma, para el que había trabajado con ahínco, y estaba orgulloso de ello, simplemente se despidió de algunas personas, yo no me encontraba entre ellas, y se marchó de Red Lake y nadie supo nada de él nunca más. Hubo habladurías, se dijo que se había cambiado el nombre y se había ido a vivir a Michigan, quizá. —Augusta percibió la perplejidad y el dolor en el rostro del anciano y tuvo ganas de cogerle las manos y consolarle—. ¿Tiene usted noticias de él, señora? Ha muerto, ¿verdad?

Augusta se apresuró a decir que no, que sabía poco de Francis Brady, estaba haciendo indagaciones por encargo de un familiar, ella no conocía personalmente a aquel hombre.

Transcurrieron los días. «Elizabeth Eastman», en su soñador estado de fuga, con pelos en las axilas gracias al lujo que suponía para ella el hecho de que nadie la conociera en aquel lugar, aquella olvidada ciudad junto al lago sin ningún rasgo distintivo, donde los recuerdos de Adam Berendt aún dolían, después de décadas. Augusta paseaba por la ciudad y sus alrededores tomando fotografías, diciéndose: «Convertiré su vida perdida en arte, él estaría orgulloso de mí». Alquiló una barca de remos en el puerto

deportivo y remó por la orilla del lago hasta que aparecieron ampollas en sus delicadas manos y el rostro le dolió debido al sol, aunque llevaba sombrero de paja. Mantenía a la vista el desvencijado pequeño puerto deportivo, mientras avanzaba despacio por delante de hileras de casitas y bungalows, pensando: «Ahora él me verá, acudirá a mí». Augusta sabía, aunque deseaba no saberlo, que la vida no es una secuencia de fotografías, la vida no es una película en la que una escena debe llevar a un final dramático o a cualquier final. Una mujer de edad madura remando torpemente en un bote, en un lago del norte de Minnesota, en el inicio de la estación de los mosquitos, asombrada por lo deprisa que se cansa su proporcionado cuerpo, los músculos del brazo, hombro, espalda y muslos han empezado a dolerle, puede que reme simplemente hasta que se canse y regrese al muelle con una mueca de dolor. Junto a ella pasan rugiendo lanchas motoras que hacen que su bote se balancee en su estela. No había barcos de vela en este lago. Y sin duda no había ningún yate. En un muelle, un chiquillo gritó lo que a ella le sonó como «¡Gussie!» —¿o fue «¡Hus-sie!»?— a un perro labrador negro que chapoteaba en el agua.

Sin embargo, aquella tarde, Augusta fue abordada en la Red Lantern Tavern, donde estaba tomando un whisky antes de pedir algo para comer, por el sheriff del condado de Ogden, que quería hablar con ella. Se presentó como Rick Hewitt. Augusta le tendió la mano llena de ampollas para estrechar la suya. Hewitt era un hombre de pelo blanco que frisaba en los sesenta, de rostro tosco y expresión astuta. Sus ojos le recordaron ¿los de quién?, ¿de Roger Cavanagh? ¿De mirada furtiva y de reptil, pero quizá amable? Hewitt

dijo a Augusta que había oído que estaba preguntando por su viejo amigo Frank Brady.

—¿Está usted en contacto con Brady, allá de donde usted viene? ¿Está haciendo averiguaciones sobre el tipo o qué? —preguntó Hewitt.

Augusta contestó esbozando su sonrisa de anfitriona de Salthill:

—Usted mismo ha respondido a la pregunta, sheriff. No yo.

Hewitt se rió. Se notaba que estaba impresionado con aquella mujer bien parecida, evidentemente con clase, de algún lugar del Este, que estaba intentando adaptarse a los lugareños.

Se sentó frente a Augusta en el compartimiento. Aceptó un trago. Le dijo que había conocido «bastante bien» a Frank Brady, «tan bien como cualquiera podía conocer a Frank en Red Lake». Trabajaron durante un tiempo en el mismo almacén de madera. Los dos tenían veintipocos años, no estaban casados, iban de un lado a otro, vivían en la ciudad. Hewitt había vuelto de Vietnam en el sesenta y siete, después de dos años, y de momento había tenido bastante de armas y de ir de uniforme y no estaba de humor para casarse, todavía.

—Frank no tenía parientes en Minnesota, o quizá en ningún sitio, porque nunca hablaba de ellos. Le gustaban las mujeres, pero era tímido a la hora de liarse, lo cual no le reprochaba entonces. Pasábamos mucho tiempo juntos, quiero decir cuatro, cinco noches a la semana, desde el sesenta y siete hasta septiembre del sesenta y nueve, cuando Frank se marchó de Red Lake. Aunque Frank no bebía, lo que le apartaba del resto de nosotros.

—¿Explicó por qué? —preguntó Augusta.

—Señora, decía que la bebida era «veneno» para él, le hacía «enloquecer». Decía que de niño había tenido problemas con la

bebida.

—¡Problemas con la bebida! ¿A qué edad?

—Quizá en el instituto. No le gustaba hablar de eso. No le gustaba hablar de sí mismo. Me preguntaba por Vietnam. Me hacía muchas preguntas. No creía que la guerra estuviera justificada, pero se sentía culpable por no ir. Le habría gustado entrar en los marines, su padre había sido marine, pero con su ojo ciego, claro, no le querían. Nadie quería a Frank Brady de uniforme.

Augusta preguntó con incredulidad:

—¿Frank Brady quería luchar en Vietnam, aunque no aprobaba la guerra?

Hewitt respondió, con una sonrisa:

—Ya se lo he dicho, señora. Frank se sentía culpable por no ir. Por los otros tipos que, como yo, iban. Y a algunos nos fue bastante mal. O peor.

Augusta asimiló esta revelación en silencio. Bueno, Adam entonces era un muchacho. Más joven de lo que eran ahora sus hijos. No poseía el conocimiento que proporciona el tiempo, ni la repulsión moral que provoca ese conocimiento, del desastre de Vietnam.

Hewitt dijo observando el rostro de Augusta:

—Otra cosa que Frank me confió, señora, y no quería que se supiera, es que también tenía antecedentes. Había estado encerrado en un centro para jóvenes de Montana. —Hewitt lo dijo con tal naturalidad que Augusta tuvo que tocarle el brazo para interrumpirle.

—Disculpe, ¿un qué? ¿Un centro?

—Se llama Helena State. Es una especie de campamento, a medio camino entre una penitenciaría para delincuentes adultos y un hogar

juvenil.

—Pero ¿por qué encarcelaron a Frank Brady?

—Porque estuvo a punto de matar a alguien, señora.

—¡Porque estuvo a punto de matar a alguien! ¿Quién… era?

—Su «padre adoptivo», dijo. Frank estaba bajo la tutela del condado. Sus padres habían muerto, él tenía doce años cuando entró en el sistema. Fue cambiando de hogar de acogida y cuando tenía catorce no se llevaba bien con el «padre adoptivo», que bebía y era un hijo de puta, y se decía que intimidaba a los niños, y una noche Frank va y le devuelve el empujón al hombre, y empiezan a pelear en serio, y Frank por poco mata al tipo con un pico. —Hewitt negó la cabeza y tomó un trago de whisky—. Y aquel tipo tampoco se quedaba atrás. Años más tarde hice algunas averiguaciones.

Augusta escuchaba horrorizada. ¿Adam Berendt? ¿Un muchacho de catorce años blandiendo un pico? ¿A punto de matar a un hombre? Hewitt prosiguió:

—En Helena, unos ojibways se unieron en contra de Frank y le dieron una paliza, le dejaron ciego de un ojo. En esos centros los indios y los blancos siempre se pelean. Frank tenía quince años cuando perdió el ojo. Él decía: «Tengo suerte de estar vivo. No me importa ser medio ciego si este es el precio». —Hewitt se echó a reír —. Era propio de Frank, cuando estaba de cierto humor, ver el lado positivo de las cosas. Siempre decía que Helena le hizo sentar la cabeza. Allí tuvo que calmarse, volvió a la escuela. Le había costado aprender a leer y escribir, era… cómo se llama… disléxico. «Mi cerebro está mal conectado», decía Frank. «Tengo que trabajar el doble que los demás para que funcione bien.» Le dieron la libertad condicional a los dieciocho. El cargo era agresión grave con arma

mortífera e intención de matar. —Hewitt hablaba despacio, como si lo hiciera de mala gana. Pero había un propósito cruel, malicioso, en sus palabras.

Augusta tenía la sensación de que iba a desmayarse.

—Gracias. Entiendo.

—No le sorprende, ¿verdad, señora? Está un poco pálida. Todo esto ocurrió hace mucho tiempo.

—Sí.

—Frank ahora debe de ser un buen tipo, de cincuenta y pico.

Como Augusta no dijo nada, Hewitt añadió, inclinándose sobre la mesa:

—Frank lo pasó muy mal en aquellos hogares de acogida. No hay que reprocharle a un muchacho de temperamento nervioso que se protegiera.

—Sí. Quiero decir… no.

—Él siempre decía que tenía muy buena suerte, no solo por lo del ojo, sino porque el tipo al que había atacado no había muerto. Esto cambia mucho las cosas en el sistema, señora.

Augusta ahora tenía miedo de Hewitt. Su masculinidad, su tono insinuante. Su mirada fija en ella, su deseo de conocerla. Pensó: «Tú te lo has buscado. La culpa es solo tuya».

—Discúlpeme, por favor. Tengo que irme.

Augusta salió del compartimiento con torpeza y a punto estuvo de perder el equilibrio; Hewitt se puso en pie con la agilidad de un hombre joven. Augusta dijo jadeando:

—¡No! Ahora me voy. Me marcho. Le ruego que no me siga.

Hewitt la siguió hasta la calle y el aparcamiento, le llevaba el bolso, que Augusta se había dejado en el local.

—Esto… señora, se deja esto.

Augusta no tuvo más remedio que cogerle el bolso y darle las gracias, y hurgar en su interior en busca de la llave del coche mientras él la observaba con atención. (Pero ¿cuál era el coche que Augusta había alquilado? No lo recordaba.) El terror se apoderó de ella y el corazón empezó a latirle con fuerza, como un pájaro atrapado y enloquecido. El sheriff de pelo cano y rostro tosco del condado de Ogden dijo en voz baja e insinuante:

—Si tiene alguna pregunta más sobre mi viejo amigo Frank Brady, señora, estaré encantado de respondérsela. Se aloja en el motel Bull's Eye, ¿verdad? ¿Se encuentra bien para conducir?

Augusta consiguió localizar su coche. En el motel pagó y se marchó a toda prisa, y abandonó Red Lake para ir en dirección sur, y a medianoche se registró en un Days Inn, que olía fuertemente a desinfectante, en las afueras de Bemidji.

—Era un chiquillo rebelde. No era malo, no tenía malas intenciones, pero era imprevisible. Ocurrió aquella cosa terrible; fue un accidente, pero Frankie hizo que ocurriera. Eso es cierto.

La señora Maudie Creznik, del cámping para caravanas Canyon Creek, hablaba con aire triste pero también con vehemencia. Guardaba todo esto fresco en la memoria, se notaba. Habían transcurrido más de cuarenta años y lo recordaba con tanta nitidez como una pesadilla de la noche anterior.

Ahora se encontraba en Montana occidental. Era verano. Augusta, en tejanos y camiseta, el pelo de color plateado-ceniza recogido en una sola trenza en la nuca, estaba sentada en una silla de jardín de plástico verde tomando café con la señora Creznik, propietaria del

cámping, a quince kilómetros de Beauchamp, Montana, y aproximadamente a cuarenta kilómetros de la pequeña ciudad de Helena. Era el Oeste americano. Donde todo tiene un tamaño descomunal salvo la gente. Las mujeres estaban sentadas en una franja rectangular de cemento («mi patio», lo llamaba la señora Creznik) bordeada por geranios del color de la sangre, a la sombra de la caravana de la señora Creznik, que era un vehículo de aluminio en forma de bala del tamaño de un camión con remolque, con complicadas antenas de televisión, ventanas y persianas. La caravana estaba colocada sobre bloques de cemento y rodeada de altas hierbas, por lo que Augusta dedujo que llevaba mucho tiempo en aquel lugar, como otras que había visto en el cámping. ¿Por qué, entonces, se preguntó, aquellas caravanas? ¿Por qué no casitas, bungalows? Más allá del trozo de césped meticulosamente cuidado de la señora Creznik había hileras de caravanas similares, como casas de una urbanización. Había niños por todas partes. A lo lejos se encontraban las laderas densamente arboladas del parque nacional de Helena y varias altas montañas con las cumbres nevadas. Eran las legendarias montañas Rocosas, de las que en todos los años de amistad con Adam Berendt jamás le había oído hablar, aunque de niño había vivido literalmente a la sombra de esas montañas. En el motel de Beauchamp donde se alojaba Augusta le habían indicado el pico más alto del lugar: el Scapegoat, de 2.760 metros.

En su mapa de Montana, Augusta quedó intrigada al descubrir el paso Berendt, de 1.683 metros, al norte de Scapegoat.

«¡Berendt! De ahí sacó el nombre.»

Adam Berendt. Nacido aquí.

La propia Augusta era Elizabeth Eastman. Este disfraz ahora llegaba a su fin.

Pero había llegado muy lejos. No se desanimaría. Había recorrido casi 1.300 kilómetros desde Red Lake. ¡Cuántas horas había tenido que conducir! Había sido un viaje casi tan largo como el que Adam había hecho al irse de allí. Su coche recibía el azote de los vientos de la pradera. Ella oía en estos vientos los gritos quejumbrosos, de dolor, de su esposo abandonado, incluso de sus hijos. Oía la razonable súplica de Adam. «¿Por qué? Gussie, por el amor de Dios, ¿por qué?» Se detenía a menudo en el arcén de la interestatal, fatigada, con dolor de cabeza detrás de los ojos. A veces, para su horror, descubría que había estado conduciendo sin darse cuenta. Sin memoria. Hipnotizada por el monótono asfalto que se precipitaba bajo las ruedas y el enorme cielo que se extendía en lo alto. PAÍS DE CIELO GRANDE, rezaba la placa de matrícula de Montana. En el Este, en Salthill-on-Hudson, prácticamente no había cielo. El cielo era un techo pintado. Mirabas hacia arriba y veías árboles, edificios. En el Oeste, todo estaba distante y lo que parecía cerca a menudo no lo estaba. Era un lugar que empujaba al trance. Augusta suponía que corría un riesgo físico, una mujer conduciendo sola por aquella parte del país; una mujer de edad madura, fanática, perturbada, recorriendo aquellas distancias a través de las altas y desoladas llanuras de Dakota del Norte, después hacia el sur, en el centro montañoso más poblado, aunque todavía escasamente poblado, de Montana. Después de que en Helena le dieran con la puerta en las narices había conducido hasta Beauchamp, y en Beauchamp, donde Adam Berendt había nacido el 30 de marzo de 1947, en el hospital local, había preguntado. Morton Brady, Elsie Brady, Frankie Brady…

—Algunos íbamos a visitar a Frankie al campamento de Helena —explicó la señora Creznik—, pero se notaba que le daba vergüenza vernos. Debía de sentirse solo, pero vernos era peor, por lo que al final dejamos de ir. ¿Cuándo? Hacia 1963, creo. La última vez que vi a Frankie.

Maudie Creznik tenía el rostro grande, franco y afable, como un girasol. Tenía muchas arrugas, hendiduras, líneas en su piel manchada, y sus dientes (o dentadura postiza) eran sorprendentemente blancos. Sonreía a menudo, nerviosa. No era una mujer acostumbrada a las visitas de desconocidos. Sin embargo, tenía una historia que contar que no contaba desde hacía tiempo, y allí estaba la atractiva Elizabeth Eastman para escucharla, con la cámara en el regazo. A Augusta le sudaban las manos. Tragó saliva con fuerza y preguntó dónde había estado el remolque de los Brady. La señora Creznik se rió.

—Caravana, querida. No remolque. No vivimos en remolques.

—Caravana, claro. Lo sabía. ¡Lo siento!

—Iremos a verlo. Deme mi bastón, querida.

Maudie Creznik era una mujer robusta de casi setenta años, pero tenía artritis en las caderas y rodillas. Se quejaba alegremente como un personaje de la tele. Su cabello era una mata gris a través de la cual relucía un cuero cabelludo pálido. Llevaba un vestido que cubría su renqueante figura como una tienda de campaña; sus piernas, pálidas y sin vello, estaban veteadas de venas varicosas color azul tinta. A Augusta le caía bien, aunque le daba vergüenza tocarla. Tuvo que ayudarla a levantarse de la silla de jardín.

—Era por allí. Lo recuerdo bien.

La señora Creznik se apoyaba en el brazo de Augusta y en el bastón para andar. Augusta se preparó para soportar el fuerte olor de la mujer, pero lo encontró agradable, reconfortante, cálido.

—Antes el cámping Canyon Creek era más pequeño. Siempre se extendió hacia el río, pero no era tan ancho. Ahora tenemos algo más de dos hectáreas. Entonces era la mitad. Solo había doce parcelas. Las caravanas, como la de los Brady, en aquella época eran más pequeñas. La de los Brady era de segunda mano y no estaba en buen estado. Una de las que hacían daño a la vista. Elsie, la madre de Frankie, era una mujer dulce pero agobiada. Por lo que le ocurrió, al casarse tan joven, y sus hijos. Los quería, pero no podía ocuparse de ellos muy bien. La niña, Holly, nació con un problema de oído. Ahora es fácil seguir un tratamiento, pero entonces no sé cómo se curaba. Era una niña monísima, dulce, siempre sonreía, muy tímida, los otros niños se burlaban de ella porque no siempre les oía y no hablaba muy bien. Frankie adoraba a su hermana, era un muchacho grandote y torpe para su edad, fornido, y buen nadador, y también tenía algún problema; en la escuela decían que no paraba quieto, le costaba leer, lo que le hacía irascible. Elsie vivió de la beneficencia del condado después de que su marido la dejara. (¡Qué hijo de puta! Se llevó el coche. ¿Cómo creía que Elsie podía vivir aquí sin coche?) A él, Morton Brady, nunca le conocí bien. Tampoco mi esposo y mi suegro le conocían. Ni confiaban en él. A veces jugaban a cartas. Hacía trabajos varios en Beauchamp. Se reía con fuertes carcajadas. Entendías que una chica dulce y confiada como Elsie se hubiera enamorado de él. Frankie diría más tarde, en Helena, que su padre había sido marine y que le habían matado en acción en Corea, pero no era cierto. Aquel hijo de puta estaba tan vivo como usted o como

yo. Simplemente no estaba aquí. —La señora Creznik se interrumpió e hizo pantalla con la mano para protegerse los ojos. Jadeaba ligeramente. El sudor le brillaba sobre el labio superior—. ¿Ve donde está aparcada aquella Winnebago? Esa era la parcela de los Brady, más o menos. Llegaron a principios de 1957. Habían estado viviendo en Beauchamp, en diversos lugares. El muchacho, Frankie, tenía diez años, y la niña, Holly, cuatro. Recuerdo bien estos datos. Todo lo de aquellos primeros años lo recuerdo. Lo que sucedió ayer, no. Como si ahora no ocurriera nada importante en mi vida, ¿eh? Aquel año, 1957, yo me había casado en enero y vinimos a vivir aquí con los padres de mi marido, y no era una vida fácil, en especial en invierno. Me quedé embarazada enseguida y me encontraba mal a menudo, y después, cuando el incendio, casi perdí el niño a las diez semanas, que resultó ser mi hijo Timmy, ahora es Timmy quien más se ocupa del cámping… El incendio fue el 19 de abril de 1959. Un sábado por la noche. Jamás olvidaré esa fecha. —La señora Creznik hablaba con vehemencia, cogida del brazo de Augusta con fuertes dedos como garras—. Como le he dicho, el padre se había marchado. Ni siquiera volvió para el entierro. Cuando se fue, nadie sabía adónde iba. Tenía unos primos en Beauchamp y dijeron que no lo sabían. Miserables hijos de puta. En aquella época había por aquí unos individuos de clase baja… —Ahora a la señora Creznik le temblaba la voz.

Ella y Augusta contemplaron la parcela donde, cuarenta años antes, había estado la caravana de segunda mano propiedad de los infortunados Brady. Procuraron no distraerse con la enorme caravana que ocupaba su lugar, con exterior de aluminio, ventanas y persianas, antena de televisión, pañales tendidos para secar.

Augusta preguntó qué había ocurrido exactamente.

—Exactamente… nunca lo supimos. El mismo muchacho no lo sabía. ¡Estaba bebido! Un chiquillo de doce años, borracho de cerveza. Por aquí había una pandilla de adolescentes, no solo chicos sino también chicas, cuyos padres no podían o no querían mantenerlos a raya. Robaban botes en el río, incitaban a los perros a atacarse porque sí. Bebían, cuando podían conseguir cervezas. No fumaban droga como los muchachos de hoy en día, pero fumaban cigarrillos. Frankie no era el peor de ellos, era el más joven, y lo que se diría muy influenciable. Bueno, básicamente era agradable, decente, quería a su madre y a su hermana menor, pero era débil, seguía a los demás. Como le he dicho, fueron tiempos difíciles para mí. Algunos de esos muchachos mayores, de quince, dieciséis años, me daban miedo, francamente. Era una vida dura. Yo solo tenía veintidós años…

—Y ese chico, Frankie Brady, ¿aquella noche había estado bebiendo?

Augusta hablaba con mesura, pues no quería agitar a la señora Creznik.

—Sí. Seguro. Algunos de esos chicos eran lo que se diría alcohólicos, pero no se piensa eso de un chico tan joven. ¡De once, doce años! En este cámping jamás permitiríamos esa conducta en la actualidad. Pero entonces era otra época, no podías elegir a tus clientes. Aquella noche, Elsie y la niña estaban en la cama. Era tarde. El muchacho llegó tarde y estaba borracho, y se fumó un cigarrillo y tiró la colilla al suelo y esta rodó debajo del sofá y no pudo encontrarla, o quizá no la buscó, quizá estaba demasiado bebido para saber lo que hacía. ¡Y se quedó dormido! Sobre la mesa de la cocina. El humo le despierta, hacia la una de la noche, el fuego

prende en las cortinas y todo queda envuelto en llamas y Elsie y la niña están atrapadas en la parte de atrás, solo hay una salida y está delante. La caravana de al lado se incendió también, pero esa familia logró salir, afortunadamente para ellos. Frankie escapó y después intentó volver a entrar para ayudarlas; se oían los gritos de aquella pobre mujer aterrorizada, y la niñita. Fue algo horrible, un infierno. No quiero hablar más de ello. Esto es todo lo que puedo decirle.

La señora Creznik cogió la mano de Augusta con fuerza y se la llevó al huesudo pecho, apretándola, por lo que Augusta no tuvo más remedio que notar, consternada, los fuertes latidos del corazón de la mujer.

Cuando regresaban a la caravana de Maudie Creznik, esta preguntó si Frankie Brady aún vivía.

—No —respondió Augusta—. Murió.

—Sí. Todo ha terminado para él.

«Ahora lo sé. Adam, perdóname.»

Hizo fotografías de Canyon Creek. Las caravanas, el río que había detrás, en el que Frankie Brady debía de haber nadado, las montañas a lo lejos, el enorme cielo con sus toscas nubes esculpidas. Se situó cerca de la parcela de los Brady para tomar fotografías desde allí, vistas que el muchacho Frankie Brady debía de haber contemplado. En la pequeña ciudad de Beauchamp, localizó el cementerio y pasó cuarenta minutos caminando por la hierba, ahuyentando mosquitos y enormes tábanos, y por fin encontró la pequeña placa barata, casi oculta por el musgo y las malas hierbas. ELSIE BRADY 1927-1959 HOLLY BRADY 1955-1959. Hizo fotografías de esto hasta que se le terminó el carrete.

TERCERA PARTE

Siempre jamás

Criaturas oníricas

Por la ventana abierta le vio. El corazón le dio un vuelco.

¿Quién?

«Lo que aún no puedes creer un día lo creerás. Y qué natural será, ese día.» Así lo predijo Adam Berendt.

Y aun así. A finales del invierno llegó un momento en que por fin empezó a derretirse la nieve del tejado de la vieja casa de piedra de Damascus Crossing, Pensilvania. Después una sucesión de momentos. Al fin, en el deshielo de marzo, la mayor parte del día. Absorta en su trabajo, modelando un lince-esfinge en una divertida estructura hecha con botones de metal, relucientes pomos, huesos de pájaro blanqueados, polillas y tiras de papel de periódico empapadas de pegamento, pelo de muñecas, ojos de vidrio de muñecas y otros materiales por el estilo, Marina Troy no pensaba en su pérdida. Y cuando la recordaba se le encogía el corazón.

—¿Estoy olvidando a Adam? ¿Esto es lo que ocurrirá, perderé a Adam por segunda vez?

«¡Jamás! Jamás olvidaré.

»Jamás amaré a otro hombre como he amado a Adam.

»Regresaré a Damascus Crossing, a la vieja casa de piedra.

»Jamás me separaré de esta casa que Adam me regaló. ¡Jamás!»

En realidad estaba deseando huir de Damascus Crossing.

Cerrar la casa, y el trabajo incompleto, abandonado, de Adam en la parte posterior de la casa, envuelto en papel de periódico. Cargó el jeep y regresó a Salthill el día del Trabajo.

«¡Al fin! He estado tan sola…»

Marina estaba hablando con el propietario de la Open Eye Gallery, situada cerca de Shaker Square, cuando le llamó la atención, a través de la ventana de delante, un hombre de pelo oscuro que habría jurado haber visto antes. El hombre pasaba por delante de la galería empujando un cochecito de niño. La Open Eye estaba retirada de la acera; en su césped delantero había esculturas abstractas y un banco de piedra. Era un espléndido día de septiembre. El hombre del pelo oscuro llevaba una americana informal echada al hombro y la camisa blanca remangada hasta los codos; el niño que iba en el cochecito estaba protegido del sol mediante un pequeño dosel con flecos. Marina observó fascinada al hombre cuando se paró y se inclinó hacia el niño para arreglarle la ropa o para hablarle. ¿O le estaba besando en la frente? Marina sintió desvanecerse de nostalgia. No conocía al hombre del pelo oscuro, ¿verdad?

Estaban informando a Marina de que, sí, la galería expondría sus criaturas oníricas esculpidas en invierno. El propietario, un amigo de Adam Berendt que exponía con frecuencia esculturas de este, decía a Marina cuánto le gustaba su obra y cuánto le había sorprendido. Había veintidós figuras, aves y animales, ninguna de ellas de menor tamaño que el natural y varias más grandes, dispuestas ante ellos, relucientes y extrañas. El lince en varias posturas, un pastor alemán

sentado con la cabeza alta y las orejas levantadas, un joven ciervo de cola blanca, un conejo grande, un gallo grande compuesto de plumas de ave auténtica pintadas de vivos colores; las criaturas eran surrealistas y parecían sacadas de un sueño, pero no de pesadilla, sino más bien divertidas, ingeniosas, enigmáticas. Formas reconocibles compuestas de innumerables pequeñas formas, *objets trouvés*, «cosas halladas». El propietario de la galería admitió:

—No sé lo que esperaba de ti, Marina. Tragedia, supongo.

Marina se rió para disimular su irritación.

—Entonces lamento decepcionarte.

—No; no te disculpes. Sé que puedo vender estas piezas.

Siguió hablando con Marina de cuestiones prácticas. Redactaría un contrato para que ella lo firmara.

El hombre había sido el principal vendedor de las obras de Adam Berendt y conocía la existencia de las piezas no terminadas que este había dejado en la casa de Damascus Crossing; Marina se las había descrito. Él opinaba que lo más práctico era dejarlas allí de momento, como había hecho Marina, ya que no estaban terminadas y era evidente que Adam no quería que nadie las viera, y mucho menos que se expusieran; tras la muerte de Adam las ventas de sus obras habían aumentado y los precios estaban subiendo. Adam Berendt era uno de esos artistas admirados por los lugareños pero desconocidos en los círculos artísticos, y en nada beneficiaría a su reputación póstuma exponer un trabajo de inferior calidad, aunque, como afirmó Marina, eran obras «prometedoras». Sin embargo, Marina estaba desorientada y no paraba de perder el hilo de la conversación. Las criaturas oníricas la rodeaban, vívidas, intensas, reluciendo con un misterioso vigor animal. El lince, grande, bastante

corpulento, un matón felino, aunque bello, con las orejas copetudas erguidas y ojos hechos con botones de latón que relucían, estaba en la clásica postura de la esfinge, las patas delanteras recogidas bajo el musculoso pecho. Sus fauces también eran musculosas, hechas para desgarrar y devorar; su dentadura, que se vislumbraba, estaba formada de piedras y tenía un brillo siniestro; sin embargo sus tiesos y llamativos bigotes de alambre le conferían un aspecto juguetón: se daba a entender que aquel gran felino no estaba a punto de cobrar vida, no era un peligroso depredador, sino una obra de arte, un *objet trouvé* en sí mismo. Ocurría lo mismo con los halcones, el cachorro de oso negro, el coyote. Las criaturas oníricas habían resultado una sorpresa para la propia Marina, no eran figuras que hacían fruncir el entrecejo al espectador, dar un paso atrás, protegerse contra el sentimiento, sino que, al contrario, provocaban simpatía, sonrisas. La obra de Adam Berendt era heroica, estaba en ruinas; la de Marina Troy era infantil, juguetona. La de Marina, le decían, se vendería.

¡Qué extraño! Marina Troy volvía a estar en Salthill después de pasar un año en el exilio y agradecía hallarse allí de nuevo; Marina Troy, de casi cuarenta años, por fin una artista, escultora, después de un año de exilio… Sonreía al propietario de la galería sin oír lo que decía. Lo único que quería era correr impulsivamente tras el hombre de pelo oscuro que empujaba el cochecito de niño.

«Soy feliz. Estoy viva.»

Qué diría él cuando la viera. Qué pensaría.

Ella lo sabría de inmediato. Una mujer lo sabe, siempre.

Se había cortado la larga y espesa cabellera. ¡Fuera! ¡Adiós!

A principios de verano, en los Pocono, lo decidió un día. Temblaba mientras los mechones caían al suelo. Las tijeras cortaban y recortaban con habilidad. Había llegado un momento en que le desagradaba intensamente la espesa melena ondulada, pelirroja, que se ponía grasosa al cabo de un par de días de habérsela lavado, que le daba calor en la nuca, que se le metía en la boca cuando dormía, se le caía a la cara cuando trabajaba. En su recuerdo la asociaba con la noche: con Noche: la criatura peluda que se subía a su pecho, se sentaba encima de ella a horcajadas mientras dormía. Se acabó. Ahora llevaba el pelo muy corto, como un chico. Pesaba como una pluma y dejaba su cara al descubierto. Era un corte moderno, el cabello le rozaba los pómulos y la punta de los lóbulos de las orejas, y cuando sus amigos de Salthill la vieran, porque aún no la habían visto, exclamarían: «¡Marina! No te reconocía. ¿Qué has hecho con tu precioso pelo…? Pero te queda muy bien, Marina. De verdad».

Nadie confundiría ahora a Marina Troy con la joven y pálida Isabel I.

Para Marina fue una revelación: qué hermoso le parecía Salthill después de pasar un año fuera. Había querido odiarlo y había acabado echándolo de menos.

«¿Por qué la riqueza, la belleza, el "orden" nos parecen más superficiales que la pobreza, la fealdad, el desorden? ¿Por qué el espíritu humano parece que pierde brillo con lo uno y lo gana con lo otro? ¿No es ilógico? ¿Un engaño?»

Al fin y al cabo Adam Berendt había elegido vivir en Salthill.

(Pero ¿realmente Marina había conocido a Adam? Quizá él había sido su engaño supremo.)

En el jeep, camino de casa, Marina condujo por River Road preparándose para ver la casa de Adam, su tejado, que apenas se divisaba a través de un grupo de árboles, pero de alguna manera, en su ansiedad, no vio el sendero y pasó por delante de la propiedad sin darse cuenta. En el sol blanquecino de principios de otoño el río Hudson era más ancho de lo que Marina recordaba y relucía como el ancho e inquieto lomo de una serpiente gigantesca.

La joven pareja que había alquilado la antigua casa colonial de Marina, en North Pearl Street, se mudó el día del Trabajo, y al día siguiente Marina Troy se trasladó allí. Entró en la casa temerosa de lo que pudiera encontrar, pero lo que encontró fue consuelo. ¡Estaba en casa! La joven pareja la había dejado en perfecto estado. Le habían gustado y había confiado en ellos y no les había cobrado un alquiler tan alto como el que el agente inmobiliario quería, y no había hecho mal confiando en ellos. Las alfombras estaban gastadas pero recién aspiradas, los muebles eran los conocidos viejos muebles de Marina, pero los cojines estaban ahuecados y la madera brillaba. Las ventanas estaban limpias, al menos por dentro. El olor y sabor acres de Thwaite Thwaite habían desaparecido, como eliminados con una potente bayeta. Sobre la mesa del comedor había un jarrón y en él, un ramo de rosas aún lozanas. Al verlas Marina escondió el rostro. Le horrorizaba derrumbarse, aunque nadie la viera.

«Soy feliz. Estoy viva. Estoy en casa.»

No había querido entrar en la ciudad con el jeep. Lo había hecho en bicicleta. En Pedlar's Lane entró enseguida en la tienda, esperando que nadie la reconociera. Llevaba pantalones cortos de color caqui, camiseta verde, zapatillas de lona. En la cabeza, una gorra de algodón blanco. Tenía las piernas largas y bronceadas, el pelo muy corto. La campanilla de la puerta tintineó y allí estaba Molly Ivers, con un mono tejano y modernas gafas, poniendo libros en la estantería, en la tienda casi vacía, mirándola fijamente.

—¿Marina?

Las mujeres se abrazaron con timidez. Marina Troy y Molly Ivers nunca se habían abrazado hasta este momento. Molly sabía que Marina regresaba a Salthill, pero suponía que llamaría antes de ir a la tienda. Sin embargo, Marina no lo había hecho; Marina no había llamado a nadie todavía. Molly dijo, más por la sorpresa que a modo de reproche:

—Marina, ¿qué has hecho con tu pelo? Pareces… más joven.

Marina se rió.

—¿Más joven que qué, Molly?

Molly estaba turbada, sus mejillas enrojecieron.

—Que antes.

Las mujeres tenían mucho de que hablar. Necesitarían horas, varios días para hablar. Marina había estado pensando (lo confesó) en vender la tienda; pero después de entrar, de volver a verla, sintió la antigua punzada de afecto; un afecto casi familiar, como si también aquello, la pequeña tienda con el suelo combado, fuera su hogar. Porque qué eran los libros sino los amigos más tempranos de Marina. Libros infantiles con ilustraciones y, con el tiempo, libros de adulto, que eran (se podría argumentar, a la manera socrática de

Adam) ingeniosas variantes de los libros infantiles en los que la fantasía se había convertido en «realismo». Marina amaba los libros, le gustaban el olor y el tacto de los libros, las tapas nuevas con sus relucientes cubiertas, los libros de bolsillo de calidad adornados con entusiastas frases de alabanza como vocecitas de amigos, casi inaudibles. Ahora Marina era una «artista», pero… ¿era realista suponer que podría vivir de su arte?; ¿era realista suponer que podría soportar largos períodos de aislamiento otra vez?

—Si tuviera dinero, ¿sabes lo que me gustaría hacer? Comprar el local de al lado. Derribar el tabique. Ampliar la tienda, añadir un café, como los demás. Exponer más libros. Libros infantiles. Un rincón infantil. Más libros de arte. Exponer arte. Vender arte. ¡Atraer a más gente!

Marina había invitado a Molly a comer en un restaurante a una distancia prudente de Salthill. Las dos mujeres compartieron una botella de vino y se rieron y descubrieron, para sorpresa de ambas, que se caían bien, aunque, en sentido estricto, Marina era la jefa de Molly. Esta se atrevió a decir:

—Marina, tienes muchos amigos ricos. Quizá alguno de ellos quiera invertir.

Las dos mujeres se echaron a reír como colegialas.

Después de que Marina renunciara a «completar» las esculturas de Adam su vida empezó a cambiar. Había fracasado, pero el fracaso resultó un sorprendente alivio. Marina no lo sabía. Ahora su propia obra acudía a ella de forma espontánea y no calculada, alimentada por este alivio; a veces parecía brotar directamente de la punta de sus dedos.

La primera de sus visiones fue Noche. El lince depredador. La criatura de los bosques y de su cama. En un impulso de emoción Marina creó a Noche en reposo, de pie, sentado, listo para saltar, arrastrándose con el vientre pegado al suelo, devorando a su presa. Los ojos de Noche eran más grandes en la crueldad, estaban entrecerrados en el éxtasis. Marina no hizo ningún esfuerzo para sugerir el bello y espeso pelaje de Noche, sino que compuso a Noche con cosas brillantes, casi perversamente. Tornillos y pernos, clavos, llaves, botones metálicos y cremalleras; trozos de estropajo de aluminio y cristal. En una de las piezas, los ojos de Noche eran dos esferas de reloj de estilo distinto, detenidas en diferentes horas. Como un depredador, Marina destrozó muñecas compradas en rastrillos y empleaba pelo, ojos de cristal, fragmentos de cara, diminutos dedos de manos y pies. Utilizaba plumas, huesos, los cuerpos engomados de grandes polillas con manchas negras en las alas. Utilizaba fotografías Polaroid de cuerpos muertos de conejo, semidevorados, y tiras de papel de periódico engomadas y manchadas con sangre de conejo. Utilizaba mechones de su propio cabello rojo vino. Utilizaba restos de ratones momificados. Estos objetos los pegaba ingeniosamente sobre un contorno de Noche confeccionado con tela metálica. Había un aire de inocencia, incluso engreimiento, en Noche. Incluso cuando sostenía a su mutilada presa entre las mandíbulas, en actitud triunfante. Porque Noche era el que es. Formado por *objets trouvés*, era la forma estilizada de una criatura. Uno contemplaba a Noche y sonreía. Las crueles mandíbulas que desgarraban no eran sino las mandíbulas del romance, formadas por tornillos, clavos, pernos, cremalleras. Los ojos con mirada de loco no eran sino esferas de reloj. Se podía tocar

esta criatura, incluso acariciarla, y reír por lo complicado de su construcción. Copetudas orejas erectas formadas por… ¿pellejo de ratón momificado? Una reluciente joya en… ¿una lengua de fieltro carmesí?

—Esta figura a la que llamas «Noche» es mi pieza favorita —afirmó el propietario de la Open Eye tocando la cabeza del lince-esfinge con familiaridad—. Hay mucho en este concepto, pero no me preguntes qué.

Las mañanas de invierno en los Pocono, Marina había trabajado en Noche, y su creciente entusiasmo y placer por las curiosas e inesperadas figuras que adquirían forma bajo sus dedos llegaron a hacerla olvidar su temor a la criatura nocturna. Poco a poco Noche dejó de agazaparse sobre su pecho. Noche dejó de chuparle la boca. E inspirándose en Noche creó una figura aún más grande y más agradable: un pastor alemán sentado obedientemente, «Apolo», compuesto por cosas oscuras relucientes, o cosas relucientes oscurecidas con manchas, con bombillas por ojos y una lengua de plástico rosa que le colgaba entre las mandíbulas. Hizo grandes gallos con plumas de aves de corral auténticas, pintadas con extravagantes colores, pegadas a armazones de tela metálica. Sus ojos eran ojos de muñecas diferentes, sus patas eran hojas de afeitar y púas. Creó ciervos, pavos reales, cachorros de oso, mapaches gemelos, un coyote y un cachorro. En total, más de treinta criaturas oníricas, y estaba satisfecha de veintidós de ellas.

Preguntó al propietario de la Open Eye si de verdad creía que aquellos objetos se podían vender.

—Sí.

—¿Porque no son «arte»… exactamente?

—Son «arte». No te preocupes por eso.

—Pero —dijo Marina, que estaba pensando con rapidez—, ¿crees que a Adam le habrían gustado?

—A Adam le habrían encantado, ya sabes cómo era.

—No estoy segura de saberlo.

—A Adam le habría gustado cualquier cosa hecha por ti, Marina. Adam te quería.

Marina lo vio… el hombre del pelo oscuro era Roger Cavanagh.

Le miró fijamente. Se paró en seco. Allí estaba Roger Cavanagh, al que hacía mucho tiempo no veía, sacando a un niño de su cochecito.

¿De quién era el niño? No había nadie cerca. Sin embargo, el niño no podía ser de Roger, ¿verdad?

De pronto Marina recordó. Molly había mencionado un rumor referente al hombre que ella llamaba Cavanagh, el abogado rudo y prepotente, un rumor ligeramente escandaloso según el cual Cavanagh se había liado con una mujer mucho más joven y había tenido un hijo… Dolida, Marina había apartado de inmediato el rumor de su mente.

Ahora se le quedó mirando. Sin reparar en ella, aunque se encontraba al otro lado de la calle, Roger sacaba torpemente, con dificultad, al niño de su cochecito para colocarlo en su sillita en la parte posterior del automóvil. Marina vio a Roger Cavanagh como nunca le había visto. Le pareció joven, vigoroso; una figura misteriosa. Qué artificiales y falsas eran sus criaturas oníricas al lado de Roger Cavanagh y el niño. «Tiene una vida nueva, y en ella no hay lugar para mí.» Sin embargo, de modo impulsivo, sin

preocuparle que él pudiera desairarla o mirarle con desagrado el fino pelo corto, se acercó, con una sonrisa alegre.

—¡Roger! Hola.

Por un instante Roger Cavanagh miró a Marina Troy con los ojos entrecerrados por la fuerte luz del sol de Salthill, sin reconocerla.

—¿Marina? ¿Eres tú?

Después de esto las cosas ocurrieron rápidamente entre ellos.

Old Mill Way:

el ataque

Sería conocido como el destino más horrible sufrido por ningún individuo de Salthill-on-Hudson desde los infames linchamientos de la década de 1770.

Y ocurriría en el histórico Old Mill Way, en la parte trasera de la casa colonial del siglo XVII bellamente restaurada conocida como la Macomb House o, también, la Wade House.

La mañana anterior al fatal accidente de Lionel Hoffmann, Camille oyó que su esposo hablaba por el teléfono móvil en voz baja, con tono de urgencia.

—¿Está seguro, doctor? ¿Me está diciendo la verdad? Puedo aceptarla. —Lionel se interrumpió, respirando roncamente. En el largo y húmedo verano de Salthill, su asma y su rinitis habían empeorado, a pesar de los numerosos medicamentos que tomaba—. ¿No estoy… infectado? ¿Mi sangre no es…«positiva»? —Otra pausa, y la ronca respiración—. Pero ¿puedo creerle, doctor? Oh, Dios mío. No sé si creerle.

¡Cuánta angustia había en la voz de Lionel! A Camille se le encogió el corazón al oírle. Estaba escondida, pegada a la pared exterior de la casa de invitados; Lionel estaba de pie, apoyado en su bastón, en la terraza de losas de detrás de la casa, cerca de la piscina. Aunque

era el mes de octubre, el día era cálido y soleado; el agua de la piscina estaba caliente y Lionel trataba de nadar en ella con frecuencia, por motivos terapéuticos. Por motivos personales, y para protestar por la incursión de los perros de Camille en la casa, Lionel se había mudado a la casa de invitados a principios de verano.

Camille no tenía intención de escuchar. Lionel se pondría furioso si la descubría. No se creería que se había visto en esa situación sin querer, inocentemente; Camille sabía que él sospechaba que le espiaba. Durante la convalecencia Lionel se había vuelto déspota e imprevisible. Debía de haber pedido que le hicieran un análisis de sangre en secreto, a alguien que no era el médico de los Hoffmann en Salthill, que era conocido. Lionel ahora se burlaba de la voz del médico.

—¿Por qué iba a mentirme? ¿Cómo voy a saber por qué iba usted a mentirme, doctor? —dijo Lionel con frialdad—. No sé leer la mente. Todo el mundo me miente. Mi esposa me miente. Mis hijos me mienten cuando aseguran que me quieren; que me «perdonan». ¡Como si yo quisiera su perdón! Doctor, hay una conspiración para impedir que sepa la verdad, aunque esta me está mirando a la cara. —Lionel arrojó con rabia el teléfono al suelo, donde, a juzgar por el ruido que oyó Camille, se hizo trizas.

Camille se quedó quieta, pegada a la pared de la casita. ¿Qué esperaba Lionel? ¿Sangre infectada, VIH positivo, sida?

Camille sintió un escalofrío de repulsión y de alivio. Al menos nunca había existido el peligro de que ella quedara infectada. Porque los Hoffmann hacía tiempo que no tenían «relaciones matrimoniales», como se dice.

Sonrió con ironía. Eso hacía que su vida fuera mucho menos emocional, y dolorosa, al menos.

Camille se alejó consternada. Había ido corriendo a la casa de invitados para compartir con Lionel una extraordinaria buena noticia que acababa de recibir y que a buen seguro mejoraría su tensa relación, pero ahora no era el momento. Evidentemente. Uno de los perros, Sombra, que solo tenía tres patas, debía de haberla seguido e iba cojeando a su lado, lamiéndole las manos con ansia. Los dos perros más recientes salieron de la nada, Hollín, el mastín de recio cuerpo, y Hambriento, jadeando, no ladrando, pues un amo cruel les había acostumbrado a no ladrar jamás so pena de recibir una patada, y meneaban la cola con indecible entusiasmo.

—¡Buenos perros! Pero tenéis que estar callados —advirtió Camille en un susurro—. No es momento para la alegría.

Ocurrió de alguna manera, Camille no tenía ni idea de cómo, pero ahora tenía siete perros bajo su protección. ¡Siete! Eran Apolo, Thor, Sombra, Fancy, Belle y los dos mastines hermanos, Hollín y Hambriento. Procuraba querer a todos los perros por igual, pues se daban cuenta de cada matiz de emoción de su dueña y tenían tendencia a estar celosos unos de otros, pero aquellos celos manifiestos a ella le desagradaban; temían a Lionel, que les caía mal, pues era evidente que los odiaba, y se alejaban cuando él aparecía. Apolo seguía siendo el favorito de Camille, por supuesto. (Había extraños momentos en que el bello husky-pastor parecía encarnar el espíritu del amigo perdido de Camille, Adam. O quizá era que Apolo transmitía los pensamientos de Camille, sus más profundos deseos, a Adam, dondequiera que estuviera. «¡Apolo! Dile

a tu amo de mi parte que le echo muchísimo de menos. Pero ahora tengo una nueva vida, y Adam siempre formará parte de ella.» En estas ocasiones Apolo temblaba de emoción, le lamía la cara y las manos, fijaba en ella una mirada que parecía casi humana.) Con todo, Camille amaba a Thor casi tanto como a Apolo, pues era evidente que el dóberman la veneraba. Y el corazón de Camille estaba muy unido a Sombra, pues ella sola había salvado la vida al deforme perrito negro. Y estaba Fancy, el caniche blanco de pelo rizado de la señora Florence Ferris, el más astuto de los perros y sin embargo el más infantil y exigente. (Camille se reía, Fancy se parecía mucho a sus hijos cuando eran pequeños. «Siempre tenían que ser el centro de atención y nunca estaban satisfechos.» Aunque Fancy hacía mucho tiempo que había sido educado, nadie lo habría dicho, porque a veces se orinaba en el suelo de la cocina y Camille se apresuraba a fregarlo enseguida, antes de que su asistenta o, peor, su esposo lo descubriera.) Ocupando un lugar especial en el corazón de Camille estaba Belle, una mezcla de bulldog y labrador de color barro, el perro que tenía más cicatrices; Belle temblaba y gemía si creía que Camille estaba alterada (al teléfono, por ejemplo) o si creía que algo le había ocurrido a Camille (si se hallaba ausente de la casa más de una hora). Los robustos mastines de color negro reluciente, Hollín y Hambriento (como les identificaban sus respectivas chapas), eran perros maltratados y abandonados, condenados a estar recluidos en el refugio para animales por su nerviosismo y conducta imprevisible, pues nadie los adoptaría jamás y los cuidadores les tenían miedo. (Sin embargo, Hollín y Hambriento conmovieron a Camille. Ella sabía hablarles con suavidad y acariciarles la cabeza exactamente al mismo tiempo, murmurando

idénticas palabras a cada uno; sabía alimentarles separados de los otros perros, siempre primero a ellos y muy generosamente. «Me doy cuenta de que no tengo sitio en casa para otros dos perros —dijo Camille con tono de disculpa—, pero no puedo tolerar que ejecuten a estas inocentes criaturas. Los mastines no eligen su naturaleza. Nadie elige su naturaleza. Dios no puede desear castigarnos por ser como somos.»)

Camille prometió a Lionel que encontraría «hogares decentes, dignos» para la mayoría de sus perros. En otoño participaría en una ambiciosa campaña de recogida de fondos para abrir un nuevo centro del Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland… «Nos han asegurado que habrá perreras para sesenta perros más.» La intención de Camille era que los perros se quedaran recluidos en una parte del jardín y el garaje, separados por una nueva y fea valla de tela metálica, y si les permitía entrar en casa solo les dejaba una pequeña parte del piso de abajo; sin embargo, de alguna manera, nadie sabía cómo, siempre había algún perro que se saltaba los límites, y habían estropeado algunos de los caros muebles antiguos. Lionel se quejaba con amargura: «El aire está lleno de pelos de perro y el césped, de excrementos. Me despierto en mitad de la noche y por el olor creo que estoy en el Hades, aunque aún vivo, y el Cancerbero de tres patas vigila mi puerta para mantenerme cautivo. ¡En mi propia casa!» Ahora vivía en la casita de los invitados, a unos nueve metros de la casa principal, en la parte de atrás. Lionel pasaba gran parte del tiempo solo, reflexionando. Camille a menudo estaba en el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, donde trabajaba como voluntaria, y raras veces preparaba la comida; de haberla preparado,

Lionel tal vez no habría deseado comer con ella, pues siempre estaba furioso con Camille y profundamente dolido porque creía que, justa o injustamente, ella prefería los «perros discípulos» antes que a él. «¿Es una venganza porque te he sido infiel? ¿O habría ocurrido de todos modos?» Detestaba a todos los perros, pero albergaba una apasionada animadversión hacia Apolo, el perro que lo había «iniciado todo» —«el maldito perro de Adam Berendt»—, y había llegado a pensar, en su desdicha, que su amigo Adam de alguna manera le había traicionado al aconsejarle que dejara atrás su existencia en una cueva para salir a la luz. Pero ¿dónde estaba la luz?

El fisioterapeuta de Lionel, A. D. Jones, un fornido haitiano de fuertes músculos y sonrisa rápida y cálida, acudía a trabajar con Lionel varias veces a la semana, a un coste considerable, pero los progresos de Lionel eran lentos; este había llegado a creer que nunca volvería a andar con normalidad. A. D. Jones rechazó esta idea tachándola de «negativa, pesimista». (Cuando Jones agarraba y masajeaba la floja carne blanca de Lionel con su ágiles dedos, cuán desesperadamente se obligaba Lionel a no pensar en ella. Jamás, cuando estaba despierto, se permitía flaquear y pensar en ella.) Durante unas semanas, a principios de verano, Lionel pasaba varias horas cada día ante su nuevo ordenador, comprando y vendiendo acciones, pero no tenía suerte y se desanimó después de perder cien mil dólares en una sola semana de pesadilla. «El de la máquina es un mundo para personas jóvenes. Desagradable, bruto y breve.» Caminaba con cautela, apoyado en su bastón. La recuperación de la operación era lenta, y ahora le dolía la rodilla derecha. A menudo tenía dolores punzantes en el cuello. Si el aire olía, aunque fuera

levemente, a perro, Lionel tosía y estornudaba. Se sonaba la nariz hasta que se le hinchaba. De noche tenía insomnio y de día estaba mareado y letárgico. Aunque rechazaba las llamadas telefónicas de la familia Hoffmann y nunca hablaba de Hoffmann Publishing, Inc., parecía echar de menos la rutina mecánica de ir cada día a la ciudad y a su oficina. Había un misterioso vacío, como una cueva, en el fondo de la existencia de Lionel. «¿Cuál es el objetivo de mi vida?» Estaba sinceramente perplejo, como un hombre que se palpa los bolsillos buscando algo que ha extraviado, pero no recuerda qué.

Camille contemplaba a su marido con un amor confuso, tierno, como una madre que contempla a su hijo minusválido, difícil. Sabía que para Lionel Hoffmann era vergonzoso vivir en la casita de invitados (aunque, de hecho, la casita de invitados era una suite de dos dormitorios bellamente modernizada que daba a la piscina y a las colinas) y que todo Salthill hablaba de esta nueva, y por tanto muy perversa, «separación» de los Hoffmann. Las amigas de Camille le aconsejaban encarecidamente que se deshiciera de los perros, que hiciera limpiar a fondo la casa e invitara a Lionel a regresar. «Seguro que no quieres hacer que se vaya por segunda vez, ¿no?» Marcy fue aún más dura: «Madre, la próxima vez papá pedirá el divorcio y la nueva esposa se quedará con todo. Y tú y tus preciosos perros acabaréis en una perrera». Camille estuvo de acuerdo y se sintió culpable; claro que no quería que Lionel se marchara por segunda vez, sobre todo porque no se encontraba bien y la necesitaba. «Pero mis perros también me necesitan. Mis perros me quieren.»

Qué quejumbrosa era esta afirmación. «Mis perros me quieren.»

Camille se preguntaba: ¿la depredadora mujer joven con la que Lionel había estado liado se había puesto en contacto con él después de que regresara a Salthill como un hombre destrozado, derrotado? Que Camille supiera, no lo había hecho. Lionel nunca había pronunciado su nombre; solo había admitido que había cometido un «error espantoso, humillante»; esperaba que Camille le perdonara. Camille había dicho sin vacilar que sí, por supuesto que le perdonaba, le quería, estaba muy contenta de que hubiera vuelto… Sin embargo, el regreso de Lionel había señalado solo el fin de su aventura adúltera en Nueva York, no el comienzo de un nuevo romance matrimonial. Marcy advirtió a su madre que Lionel tal vez se viera con aquella mujer de nuevo, o con otras mujeres, incluso más jóvenes, porque, «una vez que un hombre empieza, se hace adicto», pero Camille estaba segura de que eso se había terminado para Lionel. ¡El pobre hombre apenas podía caminar! Sufría terriblemente de asma y dolores de cabeza provocados por la alergia. Tenía la cabeza congestionada permanentemente, como si fuera de cemento húmedo. Aunque su cara pálida, apuesta, carecía de arrugas, cosa sorprendente, y su cabello veteado de plata no raleaba, Lionel había envejecido a ojos vista. A veces sin desearlo, Camille le sorprendía haciendo muecas ante el espejo: cuánto se parecía a la cabeza de un muerto. A veces agitaba su bastón ante uno de los perros, y Camille quedaba asombrada al ver cómo se le destacaban los omóplatos bajo la camisa, como unas alas malformadas.

Aquella tarde, el médico de los Hoffmann, un residente de Salthill y viejo amigo, telefoneó para hablar con Camille de Lionel. Aunque

este médico al parecer no sabía nada de la inquietud de Lionel por si estaba infectado, expresó preocupación por la salud mental de Lionel, así como por su salud física. Dijo a Camille:

—He tenido noticias de los especialistas de Lionel, y todos me dicen lo mismo: Lionel les llama con frecuencia, nunca se cree lo que le dicen, espera lo peor y cree que todos mentimos. Además, a menudo no sigue las instrucciones. Cree que todos intentamos «drogarle». Tiró dos recetas que le di. Su fisioterapeuta dice que Lionel o está desesperado y letárgico, o enfadado e hiperactivo. Lionel siempre ha sido el hombre más razonable que he conocido, Camille, y ahora se está convirtiendo en un perturbado. Es un perturbado. Sería aconsejable que le viera un psiquiatra.

Camille se apresuró a decir:

—¡Lionel no querrá ver a un psiquiatra! Yo no podría ni plantear el tema, se pondría furioso. Es un hombre orgulloso, ya le conoces.

—Empieza a estar muy perturbado.

Camille, herida como si el insulto estuviera dirigido a ella, no dijo nada.

Aunque después del accidente pensaría: «¿Por qué no hablé con Lionel, como me habían aconsejado? Habría podido salvarle la vida».

La noticia que Camille iba a dar a Lionel era totalmente inesperada: la anciana viuda Florence Ferris había fallecido y dejado tres millones de dólares como regalo «a mi querida amiga Camille Hoffmann, que me ha hecho muy feliz al proporcionar un buen hogar a mi querida Fancy». Camille recibió una llamada del abogado de la señora Ferris y se sentó, aturdida por la noticia. Su primera reacción fue protestar.

—¡Oh! No puedo aceptar el obsequio de la señora Ferris. Es demasiado dinero. Sus herederos se pondrían furiosos conmigo.

El abogado aseguró a Camille que no sería así, pues la herencia de la señora Ferris había sido dividida en numerosos legados, muchos de los cuales podían calificarse de excéntricos, y los tres millones que le había dejado a ella, como cuidadora de Fancy, era una cantidad moderada.

—Pero yo quiero a Fancy por sí misma, no por dinero. Jamás he esperado cobrar por ello.

Camille colgó el auricular y se quedó un rato sentada, perpleja, mientras los perros le lamían las manos y se frotaban contra ella, gimiendo, percibiendo el torbellino de sus pensamientos.

—¡Oh, Sombra! Belle. Y Fancy. —Acarició la cabeza de los perros y dejó que la caniche blanca se subiera a su regazo; Fancy se hallaba en uno de sus estados nerviosos, hambrienta de la seguridad de que su dueña la quería—. Tú, Fancy, eres un perro muy bueno. Has sido una bendición para todos nosotros… «Ahora soy libre. Lo que quiero es libertad.»

Podía dejar a Lionel aquella propiedad y comprar otra casa, en una zona más rural del condado de Rockland, donde pudiera vivir con sus perros sin que nadie la molestara. Con tanto dinero prácticamente podría fundar una nueva ala del refugio. Podría prestar una gran ayuda en la campaña para que la crueldad con los animales fuera un delito en New Jersey. El júbilo inundó su corazón: ¡por fin! Sin embargo, también se sentía culpable. ¿Se estaba convirtiendo ella, Camille, en una esposa infiel? ¿Su comportamiento era inmoral? «Tengo que hacer lo que es debido. Lo que es mejor para todos. Pero… ¿qué?»

Camille esperó al día siguiente, cuando confiaba en que Lionel estuviera de mejor humor, para darle la noticia. Sin embargo, cuando se acercaba a la casa de invitados y a la piscina cuya agua de color turquesa relucía a la luz otoñal, oyó la voz enojada de Lionel.

Había encontrado excrementos de perro en la piscina. Gritó a Camille agitando el bastón:

—¡Maldita sea, Camille! Estoy harto. Quiero que estas bestias repulsivas se marchen.

Camille también se quedó consternada al ver el excremento en la exquisita agua de color turquesa, aunque no era gran cosa, un excremento pequeño, evidentemente no era obra de uno de los perros más grandes; murmurando disculpas cogió con torpeza la red de la piscina e intentó sacar el excremento, mientras Lionel la seguía, cojeando y lanzando maldiciones. Continuó gritando:

—¡Camille, maldita sea! ¡Malditos sean esos perros y maldita seas tú!

Tenía el rostro crispado y ahora no era bello. Sus ojos eran los ojos de un loco. Levantó el bastón y lo dejó caer sobre el hombro de Camille, lo que la hizo gritar de dolor. Camille después declararía que Lionel no había tenido intención de pegarle, no era de esa clase de hombres que pegan a una mujer, simplemente había querido advertirla, pero como se hallaba perturbado había calculado mal y le había pegado, y ella quizá había reaccionado de forma exagerada al ponerse a gritar; y llegó Apolo, gruñendo y ladrando, como si hubiera estado vigilando a su dueña de lejos y esperando que se produjera esta contingencia; y justo detrás de Apolo iba Thor, ladrando con furia, y después Sombra, corriendo sobre tres patas,

enseñando los dientes; y detrás iba Belle, resollando y gruñendo; y Fancy, en un estado salvaje, enseñando los dientes y babeando; y, en mortal silencio, atacando como proyectiles gemelos, los dos robustos mastines, Hollín y Hambriento. Camille gritó a los perros para que se detuvieran, pero Lionel vociferaba y les golpeaba con el bastón, utilizándolo como si fuera una guadaña, lo que provocó a los animales de forma incontrolada.

—¡Bestias! ¡Asquerosos bichos! ¡Fuera de aquí! ¡Haré que os maten a todos!

Thor saltó a la garganta de Lionel y este consiguió apartarlo, pero Sombra ya le estaba hundiendo los dientes en la pierna y Apolo se abalanzó sobre él, frenético, y Thor volvió a saltar, y Lionel cayó sobre una rodilla, gritando de dolor, y Belle, con la tenacidad de un bulldog, clavó los dientes en el tobillo de Lionel y los excitables mastines Hollín y Hambriento estaban enloquecidos, aunque aún callados, desgarrando su presa con potentes dientes…

Durante años los vecinos de los Hoffmann en Old Mill Way dirían que habían oído gritos humanos en aquella idílica mañana de octubre en el campo, y los frenéticos ladridos y gruñidos de los perros, durante muchos minutos. «El sonido más horripilante y escalofriante que se pueda imaginar. ¡Pero nadie querría imaginarlo!»

Camille Hoffmann insistiría en que, de sus siete perros, solo tres participaron «activamente» en el ataque. Eran los mastines, cubiertos de sangre cuando llegó el equipo de rescate, y el bulldog mestizo, que parecía haber enloquecido durante el ataque, cubiertos también de sangre su hocico y pecho. Aunque Camille estaba

conmocionada, y permanecería conmocionada algún tiempo, se mantuvo firme cuando habló con las autoridades. Los otros cuatro perros fueron encerrados en el garaje y les echaron agua porque aún estaba muy excitados, pero (como insistía Camille) arrepentidos. Como sabían que la señora Hoffmann colaboraba en el Refugio para Animales sin Hogar del condado de Rockland, las autoridades decidieron aceptar su palabra y solo se llevaron tres perros que, como se decía en aquella jerga, serían «sacrificados».

El ballet

«Este regalo, esta belleza. Para ti.»

El sábado siguiente al trágico accidente de Lionel Hoffmann, como se llamó al incidente, Abigail Des Pres se lleva a la hija de trece años de Gerhardt Ault, Tamar, a la ciudad para ver una función de tarde del New York City Ballet. Abigail se ha tomado algunas molestias para asegurarse de obtener unas localidades excelentes, en la octava fila, centro; qué tensa está Abigail, y cuántas esperanzas tiene en que esta salida a Nueva York salga bien. Le complace ver a Tamar absorta en la primera pieza, como la propia Abigail lo habría estado treinta años antes. Actúa una nueva bailarina, joven, una muchacha de una belleza serena, con el pelo oscuro, largo y liso, que se mueve como una llama; es fascinante verla. El grupo de dotados jóvenes bailarines, hombres y mujeres, está formado por caucásicos, con la excepción de un joven negro y una chica asiaticoamericana de asombrosa agilidad y gracia. El ballet, recuperado de los años ochenta, es muy romántico, con disonantes interludios «posmodernos», un ritmo jazzístico-sexy, pero al final romántico de nuevo, y resuelto. Ninguna ambigüedad: es el triunfo de la satisfacción del deseo.

La noche anterior, Abigail había preparado la cena para Gerhardt y Tamar en casa de Gerhardt, como ha hecho varias veces, y Tamar le ayudó en la cocina. Tamar es vegetariana, y Abigail recientemente se ha hecho vegetariana también, o casi; ya no come «carne roja» e

imagina que Tamar aprueba esta decisión, aunque la niña, como es característico en ella, no ha dicho nada. La cena era vegetariana para Tamar y Abigail, y esta preparó un bistec a la plancha para Gerhardt.

¡Gerhardt, el carnívoro! Abigail bromea con él y el rostro de Gerhardt se sonroja de placer. ¿Cuánto tiempo hace, se pregunta Abigail, que nadie ha bromeado con este pobre hombre?

Tamar come poco, no hay que forzarla. Abigail, que ha coqueteado con la anorexia hasta bien entrada la edad adulta, lo sabe. Pero Tamar comerá algo de lo que Abigail prepara y siempre dice, educada, que está «delicioso».

Abigail y Gerhardt Ault van a casarse en enero, en una discreta ceremonia en la iglesia episcopal de Salthill. Los numerosos amigos de Abigail están impacientes por celebrar fiestas y cenas en honor de la pareja, pero Abigail declina las invitaciones tras dar las gracias. «No quiero que Gerhardt se agobie. No es muy "sociable", comparado con nosotros.» Abigail está encantada con Gerhardt, que la quiere como ningún otro hombre la ha querido jamás; es muy adulador ser adorada descaradamente a los cuarenta y tres años. Abigail desearía poder presentar a Gerhardt a Adam Berendt, y dar un codazo a Adam en las costillas. «¿Lo ves? Este tipo está loco por mí. No como tú, egoísta hijo de puta.» (¡Es broma!) En cambio, no tiene intención de presentárselo a Harry Tierney, un auténtico hijo de puta capaz de murmurar al oído de Abigail, en presencia del propio Gerhardt: «¡Qué bobo tan dulce! Te felicito, Abby».

No, Abigail no tiene intención de que Gerhardt y Harry se conozcan. No tiene intención de que Gerhardt y Jared se conozcan.

«Tú me abandonaste. Ahora me tiene otro.»

El domingo anterior, Gerhardt llevó a Abigail y a Tamar a visitar uno de sus proyectos de renovación, una iglesia católica romana construida en 1923, en Paterson, New Jersey. La iglesia era enorme, fea, decrépita, con las paredes exteriores llenas de mugre, el interior húmedo y oscuro como un mausoleo. Abigail no pudo evitar estremecerse.

—Sí, es fea —coincidió Gerhardt—, pero tiene importancia histórica y hay que conservarla.

A Abigail esto le hizo gracia. «Nada es feo si tiene importancia histórica.»

Gerhardt trabaja largas horas y cuando está en casa habla de forma incansable de su trabajo. Abigail, oyente nata, sabe qué tiene que preguntar. Si en la cena Tamar parece receptiva, Abigail le preguntará amablemente por la escuela o por su clase de música, y Tamar responderá con palabras cuidadosamente elegidas, con una tímida y fugaz sonrisa. «Quiere confiar en mí. ¡Tal vez algún día lo haga!

»Mi vida está a salvo. Por fin.»

En el intermedio Abigail comenta a Tamar:

—El próximo ballet lo vi por primera vez cuando tenía catorce años. Me encantó. Deseaba tanto ser bailarina… Hay tanta belleza en la danza, y una especie de inocencia que no encuentras en ningún otro sitio. Por supuesto, para mí no fue más que puro enamoramiento.

Tamar, que está leyendo el programa, levanta la mirada brevemente mientras Abigail habla, con una expresión velada, educada; sus ojos vuelven al programa mientras Abigail prosigue:

—Te lo había dicho, ¿no? Empecé a tomar clases de danza cuando tenía ocho años. Pero… —Abigail se interrumpe, avergonzada de pronto porque se está confiando, confesando, demasiado. Tamar preferiría leer el programa.

Durante el siguiente ballet, que a Abigail le resulta menos familiar de lo que había previsto, es consciente de que Tamar está intensamente inmersa en la música. Abigail intenta escuchar con Tamar y a través de Tamar. De este modo el ballet resulta doblemente atractivo. Abigail ha llegado a querer Gerhardt Ault, hasta cierto punto —incluso ha conseguido hacer el amor con él, tiernamente, si no muy apasionadamente—, pero Gerhardt es una cantidad finita, conocida, para ella, mientras que Tamar permanece esquiva, misteriosa. La niña de la boina roja. Disimuladamente Abigail observa el rostro delicado y de facciones finas de Tamar, la suave y perfecta piel pálida, los ojos sombríos de largas pestañas. Para Abigail, Tamar es como la primera bailarina de este ballet: cuando los bailarines intentan cogerla, se aparta de un salto; siempre les esquiva; no está ahí para que la abracen o la atrapen; la música sugiere risas, efervescencia. El escenario está bañado de luz dorada. De las sombras surgen lo que parecen luciérnagas —¡cientos de luciérnagas!— mientras los bailarines saltan y se deslizan entre ellas. Hay un vivo *pas de deux*. Abigail observa con placer la arrebatada atención de Tamar. Ojalá se atreviera a cogerle la mano y darle un apretón como habría hecho con su propia hija. «Precioso, ¿no te parece?» Pero no se atreve a tocar a Tamar demasiado a menudo, teme el primer desaire.

La última pieza es una suite de Chaikovski basada en temas de Mozart. Abigail conoce el ballet y halla consuelo en su clásica

familiaridad. Las bailarinas de blanco, ágiles jovencitas de puntillas, los asombrosos pies que nunca tiemblan (visiblemente) ni sienten dolor. Ni sudan. Abigail piensa en la antigua costumbre china de vendar los pies a las mujeres. ¡Vendarles los pies! Convertir a una mujer, de cierta clase, en una lisiada. Para toda la vida. Pies diminutos, aplastados. ¿Un genital femenino malformado? Debe de haber algún simbolismo en ello, pero Abigail no quiere buscarlo.

Tamar al parecer nació en una zona rural cerca de Cantón, el 11 de febrero de 1988. Gerhardt ha dicho que la fecha probablemente es aproximada, que Tamar tal vez sea mayor, o menor. Abigail se pregunta con cierta intranquilidad quién era, o quién es, la madre de Tamar. Cuántos años tenía cuando nació Tamar. ¿Piensa alguna vez en Tamar, la hija que entregó, o el nacimiento de la niña tuvo poca importancia para ella? La organización de adopción cristiana seguro que salvó la vida de Tamar. Porque se sabe que por desgracia la vida femenina es muy barata en China, en India. El infanticidio de las niñas es común, pragmático. Abigail se estremece al pensar en que Tamar, a la que adora, no sería adorada por todo el mundo. De recién nacida habrían podido acabar con ella brutalmente, tirarla como basura.

«La vida devora la vida, pero el hombre rompe el ciclo, el hombre tiene memoria.»

Adam era un idealista, a pesar de su sencillo buen carácter y su falta de fingimiento. Un idealista, que habría deseado no ver la desesperación de la humanidad, la crueldad. Para estar por encima de esta desesperación has de estar por encima de la pobreza. La civilización es esta ascensión. Abigail sabe que no merece su privilegiada vida de estadounidense de piel blanca, y mucho menos

su paradisíaca vida en Salthill. Pero tiene intención de vivirla y de exprimir de ella hasta la última gota de felicidad que pueda.

Abigail ha observado que, cuando ella y Tamar están juntas en público, la gente las mira. Adivina sus pensamientos. «¿Adoptada?» Le fastidia y siente una punzada de orgullo al mismo tiempo. Espera que Tamar no lo note. (Claro que Tamar lo nota.) Incómoda, Abigail se pregunta si, algún día, pronto, Tamar se cansará de que la vean, de que la identifiquen, así. «¿Una huérfana china adoptada?» Tal vez, algún día, Tamar repudiará a los bienintencionados caucásicos que la adoptaron. Abigail jura que apoyará a Tamar en sus deseos, sean cuales sean.

«Solo lo que sea bueno para ella. ¡La felicidad!»

Lo que Abigail desea: ocultar a Tamar la brutalidad, el mal, la fealdad del mundo. Aquella semana ocultó a Tamar los periódicos locales en cuyas primeras páginas aparecían fotografías de Lionel Hoffmann con escabrosos titulares: RESIDENTE DE OLD MILL ATACADO Y MUERTO POR PERROS. ¡Qué horror! Abigail no pudo soportar leer la noticia del ataque. Pensar que Lionel Hoffmann había muerto de aquel modo, y a pocos kilómetros de su casa… Abigail se pregunta si las compañeras de clase de Tamar hablaron de ello. Pero ¿tal vez Tamar no se enteró? Abigail no comentó nada a Tamar del horrible incidente, y ella y Gerhardt no han tenido oportunidad de hablar de él. Gerhardt preguntó:

—¿Tú no conocías a ese pobre hombre, Abigail?

Y Abigail se apresuró a responder:

—Sí, pero no bien; nadie le conocía bien.

Entonces se sintió culpable, como si hubiera negado la humanidad de Lionel; en realidad Lionel Hoffmann siempre le había caído bien,

Lionel era uno de los esposos más agradables de Salthill; había bailado con él en numerosas ocasiones en el transcurso de los años y notado los tensos y ansiosos dedos del hombre en la parte baja de la espalda, y su deseo inexpresado —como inexpresado era el de Abigail— de abrazar con fuerza, con impulsiva pasión y apartarse de nuevo. Abigail dijo a Gerhardt, con un estremecimiento:

—Conocía mucho mejor a Camille. Pobre mujer, los perros eran suyos.

Abigail llamó varias veces a Camille y sintió alivio cuando nadie respondió. Beatrice Archer le aseguró que la familia de Camille había venido para estar con ella. ¿Abigail sabía que Camille tenía siete perros? ¿Siete?

—Pero en el ataque solo participaron tres.

Abigail preguntó cuándo sería el entierro, y se sorprendió al enterarse de no que habría entierro, solo incineración.

—¿Incineración? ¿Dónde? —preguntó Abigail.

—Será una ceremonia privada —respondió Beatrice—, en aquel sitio de Nyack. ¿Te acuerdas del señor Shad?

¡La danza! Abigail intenta concentrarse. Está peligrosamente cerca de las lágrimas. «Hace más de un año que Adam murió, que no está. Adam no ha visto nunca a Tamar.»

De no ser por la muerte de Adam, Abigail jamás habría visto a Tamar.

La niña de la boina roja habría sido invisible para ella.

¿Dónde estaría Abigail en este momento?

Trata de concentrarse en la danza, en la complicada música. El ballet es el emblema de la civilización. No real. Pura belleza.

Romance. Tamar se siente atraída por ella, con el entrecejo fruncido, concentrada. Como cuando practica con el violonchelo y pone esa expresión de ardiente concentración, y cuando Abigail la ha visto ante el ordenador… (¡El ordenador de Tamar! Abigail ha jurado que jamás meterá la nariz en él. Jamás entrará en la habitación de la niña sin haber sido invitada, cuando sea la señora de Gerhardt Ault. Jamás revolverá las cosas de Tamar, no husmeará en su correo electrónico y archivos. Abigail respeta la intimidad de Tamar. Y tiene miedo de descubrir algo que destruya su idealización de la niña.)

¡Romance! No saber lo que podrías saber.

De forma inesperada, en Salthill es la época del romance. Están Abigail Des Pres y Gerhardt Ault, y Roger Cavanagh y Marina Troy. Roger y Marina se muestran esquivos respecto a planes futuros y al parecer no viven juntos, pero todo el mundo está encantado con su romance. Primero fue el niño de Roger. Ahora, Roger y Marina. Los dos parecen enamorados, deslumbrados por su buena suerte. Marina regresó de su año de exilio convertida en escultora. En un atrevido gesto, se había cortado su extraordinaria cabellera pelirroja. (Abigail cree que cortarse el pelo fue un error, ahora Marina tiene un aspecto casi corriente.)

—¿Quieres a Marina? —preguntó claramente Abigail a Roger, pues este había sido lo bastante grosero en una ocasión para preguntarle a Abigail si quería a Gerhardt, como si fuera asunto suyo. Roger respondió:

—¡Adoro a Marina! Siempre la he adorado. Y, como puedes ver, ella adora a Adam.

Por un instante Abigail se quedó confusa.

—¿Adam?

—Mi hijo.

La danza llega a su fin. El ballet final. ¡Qué pronto! Abigail ha estado soñando despierta sin vergüenza alguna. Espera que Tamar no se haya dado cuenta. «Qué hipócrita, mi madre adoptiva.» No, seguro que Tamar no se ha dado cuenta. Abigail aplaude con fuerza, aplaude hasta que le duelen las manos; se siente alborozada mientras los bailarines saludan mirando tímidamente a su entusiasta público; cuando los bailarines salen del escenario por última vez, Abigail experimenta una repentina sensación de pérdida, de abatimiento. Es expulsada del paraíso, de nuevo a la vida.

Ahora, en una exhibición de entusiasmo no contenido, Abigail aprieta la mano de Tamar.

—¿No ha sido estupendo, Tamar?

La chica sorprende a Abigail frunciendo el entrecejo como si, por un instante, estuviera pensando qué responder. Luego murmura de forma casi inaudible:

—Sí. —Vacila como tuviera más cosas que decir, pero no dice nada más.

Abigail observa que Tamar se deja el programa, que ha caído bajo el asiento de terciopelo rojo.

Expulsada del paraíso. En el centro de Manhattan.

Al volver al coche de Abigail, que está aparcado en un solar de la calle Sesenta y seis Oeste, Abigail y Tamar se encuentran de pronto con varios jóvenes beligerantes, de diecinueve o veinte años, vocingleros, borrachos, de mirada aviesa y lasciva.

—¡Eh, señora! ¡Dame, dame!

Abigail tiene una confusa impresión de bocas que sonríen mostrando dientes, piel morena áspera, una sucia sudadera que recuerda a la de un luchador de la televisión; instintivamente se sitúa entre Tamar y los hombres. Después recordará que los peatones las miraron, desviaron la vista rápidamente y pasaron de largo a toda prisa. A media manzana de Broadway hay un agente de policía uniformado que no se da cuenta de lo que ocurre o le es indiferente. Empujan a Abigail, le agarran el bolso, pero ella lo aferra con más fuerza.

—¡Largaos! ¡Dejadnos en paz!

Un muchacho con la cabeza rapada grita una obscenidad a la cara de Abigail, le golpea con el puño en la sien. Abigail debería caerse en la acera, le zumban los oídos a causa del golpe, pero, maldita sea, Abigail es terca, se niega a caer o a entregar su bolso, que es un bolso de piel muy caro, italiano, Abigail es una mujer enloquecida que grita pidiendo ayuda, protegerá a la muchacha, incluso trata de dar patadas (con sus zapatos de tacón alto y tiras) a sus agresores, que la rodean dándole empellones y riendo, y de pronto echan a correr y cruzan la calle empujando a los peatones, golpeando con los puños el capó de un taxi. Como los perros traviesos-peligrosos que son, con la misma rapidez con que se lanzan sobre su presa se marchan.

Abigail se siente mareada, la adrenalina le corre por las venas como fuego líquido. Ve a la niña cerca, a su lado, la niña que tanto significa para ella, Tamar, su hijastra Tamar, que la mira con los ojos desorbitados como si viera a Abigail por primera vez.

—¿Abigail…? —El tono de la muchacha es de urgencia.

Ha cogido la temblorosa mano de Abigail, que la abraza con fuerza, sollozando de alivio.

—Oh, cielo.

Abigail y Tamar se abrazan, trémulas, en la acera de la Sesenta y seis Oeste, y Abigail piensa: «Jamás he sido tan feliz».

Los amantes, por la noche

—¿… que deberíamos estar casados? Parece un poco… tarde.

—¿Tarde? Está ocurriendo en el momento perfecto.

—Hace años que nos conocemos.

—Nunca nos hemos conocido. Hemos estado mal informados el uno respecto al otro.

—Hemos estado mal informados durante años. Sí. Y ahora casarse, ¿no te parece…?

—¿Qué, Marina? Esto es casi insultante.

—Todo el mundo se casa.

—¿Y nosotros no somos «todo el mundo»? ¿No somos nadie?

—Es tan convencional.

—¿Enamorarse es convencional? ¿Sentir cariño por otra persona? ¿Querer vivir con otra persona?

—¿Dónde viviríamos, Roger? Tú no quieres trasladarte a mi casa, y no te lo reprocho. Pero tu casa es tuya.

—Compraremos una para los dos. Mañana.

—¡Roger! No es buena idea.

—¿Por qué no?

—Es… demasiado repentino, precipitado.

—Yo soy precipitado. Creo en la precipitación.

—Eres… un hombre impetuoso.

—¿Porque te induje a cometer un delito insignificante?

—Tú no me indujiste a nada. Lo hice voluntariamente.

—No. Te seduje. Después me enamoré de ti.

—¿Eso es lo que ocurrió?

—Eso es exactamente lo que ocurrió. Tú fuiste testigo de una firma falsificada, y pensé: «¡La amo!».

—Yo no te amaba. Te tenía miedo.

—Nunca has tenido miedo, Marina. Te mostraste desdeñosa.

—No.

—Ahora estás siendo desdeñosa.

—No, Roger.

—No puedes mentirme, Marina. Te conozco demasiado bien.

—Me da miedo casarme con… un abogado.

—¿Qué significa eso?

—Un abogado percibe el mundo como una oportunidad para la manipulación…

—¿Y una escultora?

—¡Yo no soy escultora! Eso es casi un insulto.

—Oye, quieres a Adam, ¿verdad?

—Adam…

—Mi hijo. Mi hijo Adam.

—Claro que quiero a Adam. Adoro a Adam.

—Bien, Adam necesita la presencia de una mujer, inmediatamente. Necesita una madre. Estará confuso pensando que la niñera es su madre. No quieres que Adam crezca confuso, ¿verdad?

—Roger, no seas tonto.

—Compraremos una casa. Mañana. He hecho algunas llamadas.

—Esto… me asusta.

—Junto al río. Compraremos una casa junto al río.

—¿Te parece buena idea? Nos recordará a…

—Es fácil vivir con él, creo. ¿No lo era cuando vivía?

—… pero ¿podemos permitirnos una casa, Roger? Yo no.

—Bueno, yo sí.

—Entonces, ¿esperas que venda mi casa? Me gusta esta casa, Roger.

—Es preciosa, aunque los suelos estén combados, los líquidos se derramen y los vasos se caigan de las mesas. Aunque un hombre de altura normal se golpee la cabeza al cruzar los umbrales. Y cada vez que entro en esta habitación, espero ver a los siete enanitos en esta cama.

—Supongo que también odias la librería.

—¡La «pintoresca» librería! Me encanta.

—Si te parece tan pintoresca, podrías invertir en ella. Molly y yo querríamos comprar el local de al lado y tirar los tabiques… ¿Lo encuentras divertido?

—Nada de esta conversación es divertido. Se está decidiendo nuestro futuro.

—Roger, no creo que pueda… vender esta casa. Si algo saliera mal… entre nosotros. No soy tan joven para…

—Eres lo bastante joven. Haz lo que quieras. Quédate con la casa o véndela. Es tuya.

—Podría utilizarla como estudio, supongo. Si no te parece un derroche…

—¿Un derroche? ¿Cómo iba a parecérmelo?

—Toda una casa, solo como… estudio.

—¿A los ojos de quién es un derroche? ¿A ti te importa?

—No estoy segura. Creo que sí… a veces. Lo que opinen los demás…

—A la mierda lo que opinen los demás.
—Los demás es lo único que tenemos.
—No. Lo único que tenemos es el uno al otro.
—Eso no te lo crees ni tú. Hemos de vivir en el mundo.
—¿Salthill es el mundo?
—Bueno, en algún sitio tenemos que empezar.
—Marina, ¿me quieres?
—Sí, creo que sí…
—¿Crees que sí? ¿Qué coño significa eso?
—Sí. Te quiero. He decidido… sí.
—Entonces, eso basta. Empezaremos ahí.

El regreso a casa

Érase una mujer que, en la mitad de su vida, huyó de casa para volver un día. Y al volver a casa se quedó asombrada por los cambios que se habían producido durante su ausencia.

En la parte de atrás de la casa el paisaje se había transformado.

—¡Dios mío, Owen! ¡Estos jardines! ¿Cómo… cuándo…? Es precioso.

—Esperaba que algún día los vieras, Augusta. Jamás dejé de creer que estabas… viva.

Entrelazaron las manos como si fueran amantes recientes, jóvenes, y no se atrevieron a mirarse. De momento.

Un año y un día desaparecida. ¿Dónde?

No importa, Augusta Cutler había regresado.

¡Qué extraño le parecía Salthill-on-Hudson! Después de los grandes espacios del Oeste, qué pequeño, qué precioso, qué privilegiado, qué anclado en el tiempo, como un reloj elegante y moderno que hiciera tictac dándose aires de importancia, pero sin tener importancia alguna. Las calles mismas —avenidas, pasajes, rotondas, paseos, callejones— eran demasiado estrechas. Las casas caras y exquisitas estaban demasiado juntas, incluso las «fincas rurales» de varias hectáreas. ¡Y la casa de los Cutler! La casa de estilo normando francés, de seis habitaciones, en Pheasant Run, que a ella le hizo reír cuando la vio. Qué absurdamente grande para una

sola familia, y mucho más para una pareja de edad madura cuyos hijos hacía tiempo que se habían hecho mayores y marchado. («¿En qué estaríamos pensando cuando la compramos? ¿Quiénes éramos?») Sin embargo, Augusta tenía que reconocer la belleza de la propiedad. Tenía que reconocer que parecía ofrecer la ilusoria promesa de otorgar a sus habitantes cierta medida de valor moral, espiritual. Y era su hogar.

Lo que más asombró a Augusta fue el cambio operado en su esposo, Owen.

(«¿Este es Owen? ¿O un pariente Cutler de más edad…?»)

Owen no solo había envejecido y era casi calvo ahora, sino que hablaba con suavidad, con cierta vacilación y tono de súplica en la voz: la vacilación de un hombre que ya no está absolutamente seguro de qué es y de qué no es. Los ojos de Owen eran ahora los ojos de un hombre que ha renunciado a todo orgullo y, en consecuencia, a toda vergüenza. No había vanidad, sino quizá una especie de antigua sabiduría. La cáustica actitud patricia que en otro tiempo Augusta encontrara sexualmente excitante, y al final había acabado odiando, había desaparecido. Owen Cutler se mostraba ahora suave como piedra gastada, vieja.

Miraba a Augusta y parpadeaba como si ella estuviera bañada en una luz etérea, cegadora. Cuántas veces exclamaba: «¡Augusta, cariño! Bienvenida a casa. Me has hecho tan feliz…».

¡Feliz! Y ni una palabra de reproche.

Augusta negaba con la cabeza, perpleja.

Había regresado a Salthill como una mujer alta, bronceada, huesuda. La carne sonrosada al estilo Renoir por la que antes llamaba la atención, su belleza sensual, había desaparecido. Ahora

era guapa, «llamativa». Su cabello era de color gris ceniza y le caía hasta los hombros como la crin de un caballo. Llevaba tejanos con las rodillas sucias, un jersey comprado en un café de carretera. Calzaba sucias zapatillas de lona sin calcetines. Llevaba las uñas cortas y no muy limpias. (Sus hermosos anillos le iban demasiado grandes y eran inapropiados para sus dedos.) De forma inconsciente, de nuevo en Salthill, Augusta no paraba de mirar hacia el cielo, desconcertada por los numerosos árboles, un follaje tan denso. ¡No había horizonte! Era una manera de vivir curiosa, anómala… casi esperabas que los habitantes de la región fueran bajitos, anémicos, ciegos y parpadeantes como topos.

Owen la condujo con impaciencia, orgulloso, al jardín de la parte posterior de la casa, que en realidad eran tres jardines. Augusta los miró con incredulidad.

El primero, que bordeaba la terraza de losas, era una rosaleda, con rosas de todos los colores y combinaciones de colores: rojo, amarillo, malva, rosa, crema, marfil. En el segundo, en un montículo, había dalias, begonias, zinnias, maravillas, gladiolos. El tercero, que formaba terrazas, era un huerto que en otoño estaba exuberante: tomateras que crecían casi dos metros sujetas en estacas, calabazas y calabacines en abundancia en el suelo, pimientos, albahaca y tomillo, melones dulces y sandías.

Augusta comprendió. «Es el jardín de Adam. Salvo…»

Mucho más ambicioso, y mejor cuidado, que el jardín de Adam.

Owen murmuró:

—Es para ti, Augusta. Jamás creí que te habías… marchado.

Augusta se maravilló al ver todo esto, cultivado por un hombre de negocios de imaginación aparentemente limitada, que raras veces

había tenido tiempo para pasear en su propiedad y «hacía ejercicio», de mala gana, conduciendo un carro motorizado por el campo del Club de Golf de Salthill. Owen la llevó, como si fuera una novia, a un invernadero —¡un invernadero!— en el que orquídeas de gran belleza y delicadeza parecían flotar, luminiscentes, en el aire húmedo y cálido.

—Owen, ¿cuándo lo construiste? Dios mío.

—El invierno pasado. Acudió a mí en un sueño. O, más bien, tú acudiste a mí en un sueño. Tú me lo propusiste. —Owen sonrió casi con timidez—. Me ofreciste una orquídea y me prometiste que regresarías «cuando las orquídeas florezcan». Fue un sueño que me hizo muy feliz, cariño, aunque cuando desperté no había mucho por lo que ser feliz.

Estas palabras quedaron flotando en el aire, indecisas. Augusta se sintió tentada de decir: «¡Owen, lo lamento!».

Pero no pudo. Las palabras se atascaron en su garganta. No lo lamentaba, y no quería mentir.

Esta era una de las condiciones que Augusta se había impuesto cuando decidió regresar a Salthill. Se acabaron las mentiras. Ni siquiera para hacer felices a los demás.

En Montana, Augusta había visto a hombres viejos así: hombres como Owen Cutler, oscuramente heridos por la vida, retirados del combate quizá antiguos ganaderos, aparentemente de buena posición económica y, sin embargo, vacilantes, inseguros. Como hombres que se aventuran a pisar una capa fina de hielo. Aquellos hombres eran invisibles a los hombres más jóvenes y a muchas mujeres. Su impulso sexual había desaparecido, igual que el masculino aire de energía, autoestima, confianza en sí mismos. En la

flor de la vida habían triunfado y después, quizá de forma brusca, inesperada, había ocurrido algo —enfermedad, accidente, pérdidas económicas, decepciones con los hijos, divorcio, muerte— que les había aniquilado y hecho dudar de todo aquello en lo que creían. Sin embargo, de alguna manera se las habían arreglado y habían decidido vivir, y vivir felices, todo el tiempo que fuera posible. Al ver a Owen bajo esta luz Augusta sintió un nuevo respeto por él. No habría abandonado a un hombre así… al menos no de la manera en que había dejado a Owen. Aquel era un hombre al que no habría deseado herir ni ver humillado ante ella.

Owen dijo, con el aire de quien confiesa una debilidad:

—Un detective privado al que contraté para que te encontrara, un hombre llamado Elias West, que me recomendaron encarecidamente, me hizo creer, al principio… me dio esperanzas… encontró un bolso tuyo, en Miami… ¿robado? Y más tarde… oh, Dios mío, Gussie, es terrible, no creo que pueda contártelo… —Owen se interrumpió y se secó la frente con un pañuelo de papel—. Quizá en otro momento, cariño. Tuve que identificar… un cuerpo de mujer… en Florida. Y…

Owen estaba tan conmovido que Augusta sintió una punzada de pánico. Así pues, ¿Elias West había dado con un posible cadáver? Augusta no quería saberlo.

Se limitó a decir:

—Sí. Me robaron un bolso. En abril.

—Eso nos llevó a creer que estabas en Miami, por supuesto. El simple hecho de saber que estabas en algún sitio, y viva… me dio esperanzas.

Owen siguió mostrando el invernadero a Augusta, identificando las orquídeas. Sí, eran bellas las orquídeas. Inútiles, hermosas. Augusta recordaba vagamente su primer prendido de orquídeas, hacía al menos cuarenta años. ¡Cuarenta años! Al ponérselo en el vestido del baile de promoción casi se lo había clavado en el pecho izquierdo.

Augusta estaba pensando que volvería a hacer fotografías aquella semana. Haría algún curso en la ciudad, en la New School. Convertiría una habitación de la casa en un estudio, con cuarto oscuro. Planeaba viajes para hacer fotografías. Podría fotografiar los lugares de su pasado remoto, como había fotografiado los de Adam Berendt. Podría volver a Florida y al Oeste. Y estaba el sudoeste. Serían viajes en solitario. Aunque siempre regresaría a Salthill.

Elias West. Augusta tenía que admitir que el simple sonido de ese nombre despertaba su interés. ¡Qué personaje! Qué hombre.

Y qué buen amante.

¿Era posible que volvieran a verse?

No. Augusta había tirado el número de West. Había algo hipócrita y reservado en West, ninguna mujer podía confiar en él. En un gesto de sensatez y autosacrificio, Augusta había tirado su número.

De todos modos, West, investigador privado, no sería difícil de localizar. Sin duda aparecería en internet. Y su número estaría en algún lugar en los archivos de Owen.

Era una espléndida mañana de septiembre cuando Augusta telefoneó a Owen. Se alojaba en una cabaña alquilada en Montana, con vistas al pico Scapegoat, de cumbre nevada. Por qué exactamente en aquel momento, por qué había tomado esa

decisión, era algo que Augusta no sabía. Pero era el cambio de estación, hacía suficiente tiempo que se había marchado. Por fin se sentía sola. Echaba de menos Salthill.

Descolgaron al primer timbrazo.

—¿Owen? Soy yo.

—¿Augusta?

Hubo una pausa. Augusta incluso podría haber colgado.

—Sí. Supongo.

—¡Augusta! ¡Cariño! ¿Vas a… volver a casa?

Qué cálida la voz de Owen. Sin reproche ni el menor asomo de ira. El antiguo Owen, pensó Augusta, se habría puesto furioso y habría colgado en cuanto hubiera oído su voz. El antiguo Owen haría mucho tiempo que habría dejado de amarla y habría solicitado el divorcio.

—Sí.

Se echó a llorar. Pero Owen no lo oyó.

Augusta no ofrecería a Owen ninguna explicación por su conducta. Su último capricho (tal como lo veían sus hijos) era llegar a casa días después de que la esperaran, y sin haber telefoneado nunca. «Un año y un día ausente. Es suficiente.» Owen la aguardaba al pie del sendero cuando por fin el coche alquilado de Augusta dobló la curva y se apresuró a saludarla, le besó las manos y la cara cuando ella le dejó, riendo, jadeante, el rostro peligrosamente sonrojado. Augusta parpadeó para ocultar las lágrimas, y se negó a emocionarse. Había pasado un año llorando la muerte (¿de qué?) de la emoción, tal vez. La desaparición no de la juventud, pues la juventud hacía años que había desaparecido, sino la desaparición de la actitud, de la expectativa, de la juventud.

—Sí. Aquí estoy.

Owen agradecía el regreso de Augusta como un hombre muerto de sed agradecería un simple trapo empapado de agua, y no le pidió explicaciones.

—Lo único que importa, cariño, es… esto.

A sus hijos adultos, a sus numerosos parientes y amigos, Augusta no les proporcionaría la más mínima insinuación de adónde había ido o por qué se había marchado. ¿Había viajado con un amante? ¿Se había ocultado, con parientes o amigos, que le habían guardado el secreto? ¿Dónde había estado? ¿Y a qué venía aquel cambio radical en su aspecto, e incluso en su voz? (Augusta no percibía ningún cambio en su voz. ¿Ahora era más inexpresiva, con menos matices? ¿Hablaba con más brusquedad? ¿Y con menos sonrisas?) Al ver su expresión de confuso desafío nadie deseaba enfrentarse a ella. Cuando su hijo mayor, Mark, la miró con aire de desaprobación y empezó a decir con tono de reproche: «Madre, estábamos desesperados pensando en ti. Por el amor de Dios, ¿cómo pudiste hacer…», Augusta levantó un dedo en gesto de advertencia, como si levantara el cañón de una pistola, y el indignado joven se calló.

(Mark se quejó a otros miembros de la familia: «Madre está completamente cambiada. No es que sea egoísta y terca, siempre ha sido egoísta y terca, pero ahora es una mujer a la que no conozco. No se maquilla, y ese horrible pelo descuidado, y tiene las piernas musculosas. ¡Dios mío! Parece que haya estado viviendo con indios en una reserva del Oeste».)

Con el tiempo, como se sentía orgullosa de él, Augusta mostraría a Owen y a unos pocos amigos de Salthill su álbum de fotografías. «Red Lake (Minnesota) y Beauchamp (Montana)» era el misterioso

título. Todos comentaron las singulares e impactantes imágenes, cincuenta o sesenta fotografías, todas en blanco y negro, sin saber qué pensar de ellas. (¿Por qué Minnesota y Montana? ¿Por qué Augusta había sentido la necesidad de ir tan lejos?) Sin embargo Augusta, aunque estaba claramente fascinada por sus fotografías, no ofrecería ninguna información sobre ellas aparte de identificar su localización.

—¿Esto? ¿Una cárcel? —preguntó Beatrice Archer, desconcertada —. ¡Qué fea! Y esta lápida: «Elsie Brady. Holly Brady». ¿Dónde la tomaste?

—En Beauchamp, Montana.

—Pero ¿por qué? Quiero decir… ¿por qué hiciste tantas fotografías de esta tumba, Augusta, y no de otras?

Augusta respondió con firmeza:

—Porque quise. —Cerró el álbum y, con ello, la discusión.

Augusta no diría a nadie lo que había averiguado de Francis Xavier Brady. Guardaría el secreto de Adam Berendt como si fuera propio.

Casados durante treinta años, y sin embargo eran tímidos y vergonzosos como recién casados cuando se hallaban a solas.

Y cuánto se parecía a un novio Owen Cutler cuando se acercó, con un gran melón dulce maduro de su jardín en la mano, a Augusta.

El melón olía a sol otoñal y a rica tierra cálida, y tenía un olor a corteza dulcemente acre. Con un cuchillo de mango largo Owen lo cortó en delgadas medialunas para comerlas con los dedos.

—Owen, qué bonito es el melón. Y qué delicioso.

Augusta mordió la carnosa fruta de color verde pálido, que estaba quizá demasiado madura, y la boca se le hizo agua aunque el melón dulce no era su fruta favorita. Le resbalaba jugo por los dedos y el brazo desnudo.

—Es delicioso, ¿verdad? —dijo Owen, complacido.

Estaban sentados en la terraza de losas, en una zona en la que aún daba el cálido sol otoñal, ante una mesa de hierro forjado que habían comprado mucho tiempo atrás. Augusta se sorprendió de su apetito y devoró rápidamente varias rajas de melón. Owen la observaba con una expresión de adoración que hizo que ella se riera de él y se tapara la cara.

—Mi sueño era así, Augusta. Que yo plantaría mi huerto y recogería los frutos y tú regresarías. «Un año y un día.» De alguna manera lo sabía. Aunque no me atrevía a esperar que ocurriera de verdad.

Augusta esbozó una sonrisa vacilante.

—Nunca te rendiste, Owen. —Era una pregunta en forma de afirmación, no habría deseado plantearla directamente.

—¡Jamás! —Luego rectificó—. Bueno, sí. En momentos de debilidad. Tenía fe en que regresarías, pero tenía que reconocer que era posible que no lo hicieras. Podría haberte ocurrido algo.

Augusta dijo lentamente:

—Me han ocurrido muchas cosas, Owen, pero he regresado.

Owen cortó otra raja de melón y la sostuvo para que Augusta se la comiera; Augusta le cogió la mano y comió. De pronto se sentían juguetones, con ganas de coquetear.

—Owen, me asombras. Lo digo sinceramente.

—Eres tú quien me asombras, Augusta. ¡Esas fotografías! Te has vuelto una mujer con secretos.

Augusta siempre había sido una mujer con secretos, pero con su silencio dio a entender que lo que Owen había dicho era cierto.

—¿Y nunca me contarás… tus secretos?

Owen habló con tono desenfadado, aunque con aire melancólico. Su rostro liso como la piedra estaba suave en las mandíbulas, pues acababa de afeitarse. Sus ojos le parecieron a Augusta extrañamente descarnados, sin pestañas. Mirabas en su interior, no su exterior. (¿Y sus propios ojos? ¿Sin maquillaje? También se veían desnudos y descarnados, suponía.) Con el filo del cuchillo Owen retiraba las semillas fibrosas y pegajosas del interior del melón. La mano que sujetaba el cuchillo temblaba un poquito.

Augusta sonrió.

—Nunca, Owen.

—¿Estuviste con un… hombre?

Augusta se rió y el calor acudió a su rostro. Estaba comiendo una fina raja de jugoso melón, mordiéndolo con sus fuertes dientes mientras, ardiente, Owen la contemplaba. El hombre tenía la respiración acelerada, se frotaba los dedos con nerviosismo. Dijo:

—Espero que, al menos, le amaras. Que fuera… —añadió Owen con una sonrisa valiente, indecisa— una experiencia profunda.

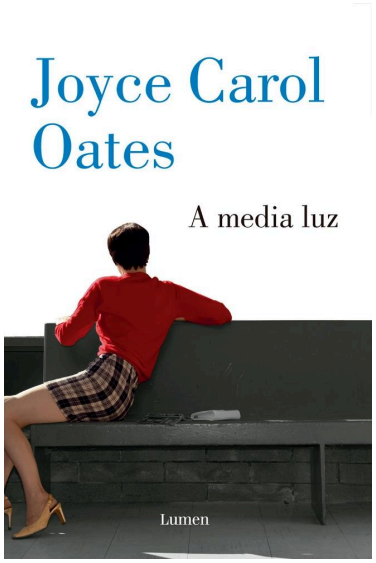
Augusta acarició la mano de su esposo pasando la yema de los dedos por sus huesudos nudillos. Cuánto le había sorprendido descubrir que, sí, las palmas de su marido estaban callosas. Empezaba a anochecer. Una oscuridad cálida y callada envolvía los jardines, cuyos vivos colores y particularidades quedaban ocultos por las sombras. Al cabo de poco rato los Cutler entrarían en casa;

encenderían lámparas y prepararían la cena en la cocina; más tarde se retirarían a su dormitorio del piso de arriba. ¡Cuánto tiempo hacía que no compartían la cama y que no yacían en brazos del otro! Sus besos serían tímidos y llenos de esperanza. Harían el amor con ternura y perdonando. Los ojos de Augusta se llenaron de lágrimas, pero no eran lágrimas de dolor.

—Pero he regresado a ti, Owen, y jamás volveré a abandonarte.

Tras *La Malnacida*, su fulgurante debut e «indiscutible fenómeno literario del año» (*El Confidencial*), galardonado con el premio de la Scuola Holden y el Premio Nollegiu, Lo que nadie dice sobre el amor y el deseo en la madurez: una novela deslumbrante de «la escritora más sólida, ingeniosa, brillante, curiosa y creativa del momento». (Gillian Flynn)

POR LA GANADORA DEL NATIONAL BOOK AWARD, EL PEN/MALAMUD AWARD, EL PRIX FÉMINA ÉTRANGER, BBK JA! BILBAO Y PEPE CARVALHO



Todos son ricos, bellos y aparentan menos edad de la que realmente tienen. En Salthill-on-Hudson, un pueblo a apenas media hora de Manhattan, los habitantes viven en una agradable armonía que parece sumergirlos en una tierra lejana. Pero cuando Adam Berendt, un carismático y misterioso escultor, muere en un inesperado acto de heroísmo, el precario equilibrio social se desmorona.

Atravesadas por el duelo, pero sobre todo por la confusión, varias mujeres y algunos hombres del pueblo se lanzan a una búsqueda de respuestas que es en realidad un intento desesperado por escapar de ciertas verdades que llevan años intentando evitar. Ahora, a medio camino entre la ilusión ciega de la juventud y el abismo de un futuro que no desean conocer, deben decidir si mantener las mentiras que han permitido su idilio o descorrer el velo y mirarse de frente. La brillante y afilada prosa de Oates vuelve a diseccionar el amor, el deseo y el desencanto propios del corazón de una sociedad y una generación al borde de la desesperanza.

La crítica ha dicho:

«Una crónica elegante y sabia sobre la transformación y la regeneración».
Sunday Telegraph

«Una escritora de igual o mayor talento y profundidad que Norman Mailer, John Updike, Gore Vidal o Saul Bellow».
Javier Martínez de Pisón, *El País*

«Una de las voces más prolíficas y poderosas de la literatura estadounidense contemporánea. […] Oates combina erudición y sensibilidad moral. Su escritura, intensa y perturbadora, revela la fragilidad humana ante el poder y la violencia cotidiana».
El Mundo

«La autora que con más ambición ha retratado la vida americana del último medio siglo».
Berna González Harbour, *El País*

«Todas y cada una de las novelas de Oates confirman mi convicción de que es un genio».
Julie Myerson, *Independent on Sunday*

«Una crónica elegante y sabia sobre la transformación y la regeneración».
Sunday Telegraph

«*A media luz* confirma una vez más la maestría de Oates».
Publishers Weekly

«Una novelista de raza, sin fisuras, que es una candidata seria al Premio Nobel y que merece figurar en lugar preferente en nuestras estanterías».
Ricardo Martínez Llorca, *Zenda*

«Lo que nos hace volver a Oates es su extraño don para hacer de la página una ventana: algo, juraríamos que la vida misma, ocurre del

otro lado».
The New York Times Book Review

«La riqueza y el entusiasmo de las novelas de Oates residen en su descripción hiperrealista de la vida moderna».
Sunday Times

«Una historia fascinante».
Daily Mail

«Una adelantada a su tiempo y una suerte de baluarte moral contra la intolerancia y el miedo».
Nuria Azancot, *El Cultural*

«Joyce Carol Oates es leyenda viva de la literatura internacional».
Irene Crespo, *Mujer Hoy*

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938 y es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Es autora de más de medio centenar de novelas, más de cuatrocientos relatos breves, más de veinte libros de no ficción, doce libros de poesía y diez obras de teatro, publicadas en sus más de seis décadas de trabajo. Ha sido galardonada con numerosos premios, incluidos el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Femina étranger y, en España, el Premio BBK Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra» y el Premio Pepe Carvalho 2021. En 2010 recibió la Medalla Nacional de Humanidades, el más alto galardón civil del Gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y, en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Entre sus obras destacan *Qué fue de los Mulvaney, La hija del sepulturero, Niágara, A media luz, Mamá, Ave del paraíso, Memorias de una viuda, Blonde* (finalista del Premio Pulitzer), *Hermana mía, mi amor* (Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro), *Rey de Picas*. Una novela de suspense (uno de los mejores libros del año según *El Cultural de El Mundo*), *Un libro de mártires americanos*, *Riesgos de los viajes en el tiempo, Delatora, Babysitter, Noche. Sueño. Muerte. Las estrellas, Carnicero* (mejor novela del año 2024 según *El Mundo*) y *El señor Fox,* su última e impresionante novela.



Título original: *Middle Age: A Romance*
Publicado por acuerdo con HarperCollins Publishers, Inc.

Primera edición: febrero de 2026

© 2001, The Ontario Review, Inc.
© 2001, Joyce Carol Oates
© 2008, 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Carme Camps, por la traducción

En el capítulo «La caída de la noche» el poema citado es «Despierto y siento que cae la noche», de Gerard Manley Hopkins.

Las citas que se reproducen en la novela son de Platón (sobre todo de *El banquete*, *La república* y *Fedón*).

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Kourtney Roy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la

reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-264-3416-6

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[*] Juego de palabras entre *monkey-making* («hacer el mono») y *money-making* («ganar dinero»). *(N. de la T.)*

Índice

A media luz

Prólogo

Primera parte. Si me atrapas…

- Sus deudos…
- Old Mill Way: la cueva
- La Virgen de las rocas
- El juegoEl juego
- ¡Adiós!¡Adiós!

Segunda parte. … y no escapo

- La caída de la noche
- Old Mill Way: la transformación
- La niña de la boina roja
- Queridopapámuerto
- La desaparecida

-Tercera parte. Siempre jamás

- Criaturas oníricas
- Old Mill Way: el ataque

El ballet

Los amantes, por la noche

El regreso a casa

Sobre este libro

Sobre Joyce Carol Oates

Créditos

notas